3 1761 09545836 0

LIBRERIA DE
LA VIUDA E HIJOS
DE D.N J. CUESTA
C.DE CARRETAS.8
MADRID.

1743 C

TOMO II
PERSILES
D. QUIJOTE.
NOVELAS.
GALATEA.
M. C. GOMEZ, EDITOR.
1859.
Zarza dib.º y lit.º
Lit.ª Heráldica

LS
0773ce

MARIANO C. y GOMEZ, EDITOR.

CERVANTES

NOVELA ORIGINAL

DE

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

EDICION DE LUJO ADORNADA CON PRECIOSAS LÁMINAS LITOGRAFIADAS
Á VARIAS TINTAS, REPRESENTANDO LAS ESCENAS MAS
INTERESANTES DE LA OBRA.

MADRID 1859:

IMPRENTA DE DON ANTONIO GRACIA Y ORGA,
PLA. DEL BIOMBO, NUM. 4.

303192
8.
34
27

Es propiedad del editor.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/cervantesnovela01orte

Ramon Ortega y Frias

A MI QUERIDA ESPOSA

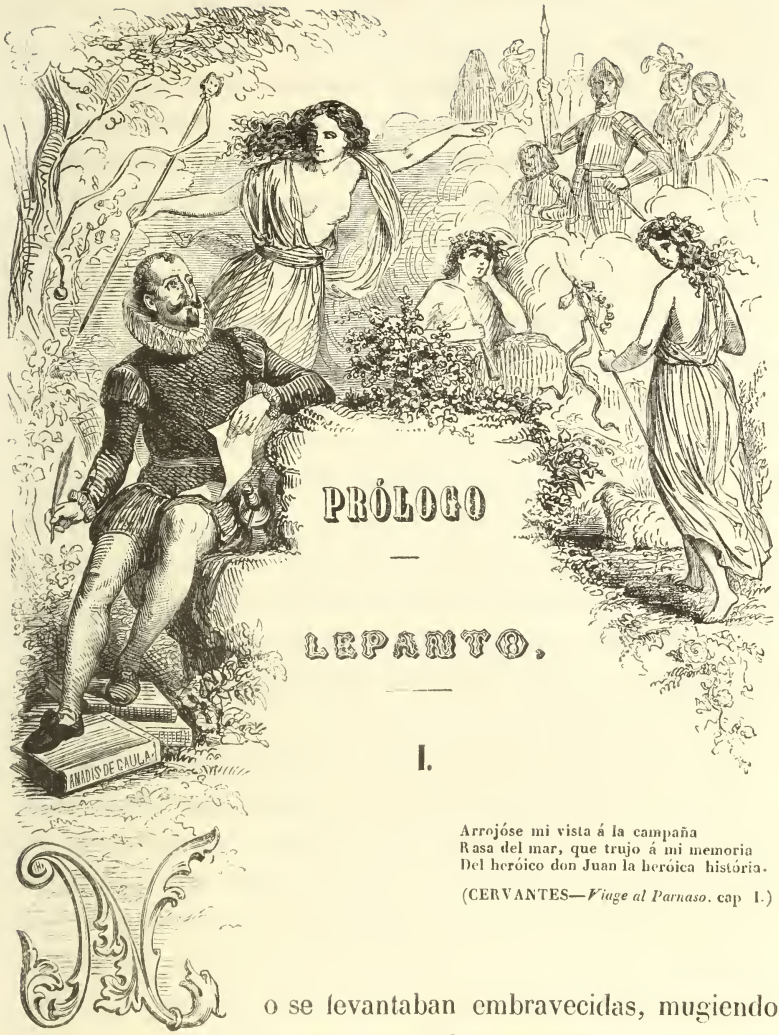
La señora doña Matilde Verdes-Montenegro.

Mucho tiempo me has visto vacilar antes de decidirme á escribir el Cervantes. *Presentar en el cuadro de una novela al príncipe de nuestros ingenios sin tener el suyo, hacerle hablar sin poseer su lenguaje, es sobrado atrevimiento. Algunos de mis buenos amigos, que son muchos, y en esto me reconozco afortunado, juzgándome con la pasion de su sincero afecto, me animaron á tomar la pluma. Aun no sé porqué me decidí á dar comienzo á la obra que tanto respeto y aun temor me infundia; pero al fin, el atrevimiento de la ignorancia ó la locura me hicieron dar el primer paso.*

Muchas veces tambien me has oido decir que el Cervantes *pondria mi escasa é inmerecida reputacion de escritor pendiente de un cabello, porque del acierto que demostrase al escribirlo, estribaba el que tuviese que abandonar para siempre la pluma ó pudiera seguir, al menos sin avergonzarme, el espinoso camino de las letras. Esto me ha decidido á dedicarte la presente obra: tú has compartido conmigo mis muchas amarguras y mis pocas alegrías, y nada mas justo que el estampar tu nombre, para mí el mas querido de todos, en el libro que decidirá tal vez de mi suerte como escritor.*

¡Esposa de virtudes intachables, madre de mis dos inocentes y adorados hijos, el Eterno conserve viva la llama del acendrado amor que te profeso, para hacerte la mas feliz de todas las mugeres y que yo sea el mas dichoso de todos los hombres!

Ramon Ortega
y Frias.



PRÓLOGO

—

LEPANTO.

I.

Arrojóse mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trujo á mi memoria
Del heróico don Juan la heróica história.

(CERVANTES—*Viage al Parnaso*. cap I.)

No se levantaban embravecidas, mugiendo amenazantes, las aguas de Lepanto; ni agitaba Aquilon sus impalpables alas, convirtiendo la brisa en vendaval; ni manchaban el azul horizonte gigantescas nubes preñadas de centellas, oscureciendo la refulgente luz del sol: ni se hinchaban las velas para convertirse en girones; ni se doblaban los redondos mástiles para saltar deshechos en astillas; ni el timon, mal sujeto por la mano temerosa del piloto, giraba y crugia, buscando en vano direccion

segura; ni la amedrentada tripulacion corria precipitadamente del uno al otro lado, pasando de popa á proa, de babor á estribor, recojiendo cuerdas y soltando cuerdas, trepando la arboladura, botando lanchas, y siempre atenta á las repetidas señales de mando; ni respondian juramentos y blasfémias á los ecos del trueno, ni las corrientes de aire se llevaban fervorosas oraciones, ni el fuego de los relámpagos secaba el llanto de los débiles y cegaba los ardientes ojos de los temerarios. Nó, ni tormenta, ni espanto ni confusion; calma, completa calma.

Las aguas de Lepanto se rizaban á impulsos de la fresca brisa, y si en ligeras espumas se levantaba algunas veces, era para besar los negros costados de las pesadas naves, y deshacerse luego en líquido azulado que se plegaba y desplegaba, recoriendo, de Norte á Sud, la transparente superficie. En el despejado y purísimo horizonte se enseñoreaba el astro del dia, derramando sus vivificadoras luces en menudos hilos de fuego que se quebraban en los movibles cristales del golfo.

¡Cielo y agua! ¡Cielo y agua no mas cuanto alcanza la vista! Cuanto de sorprendente y recreativo tiene un variado panorama, es de imponente y magnífico ese horizonte de cielo y agua, por todas partes igual, pero cuya igualdad conmueve y aun espanta. En alta mar, cuando se tiende la mirada y solo se ven el cielo y las olas, estas blandas y movibles, aquel impalpable y sin fin, estremécese el pecho, tiembla el corazon y se agita el alma, porque no hay mas sosten que resista á la planta que el leño débil, arista entre las olas, pluma entre el viento, y solo la mano de Dios puede asir la mano del hombre que no ve la Omnipotente mano aunque la adivina y la siente. El infinito sobre la cabeza, un abismo á los pies.... ¡Cielo y agua no mas!...

No mugian las olas, murmuraban, parecian gemir agoviadas por el peso de los numerosos bajeles que avanzaban

con lentitud al compas de los movibles remos. Nunca las aguas de Levante se movieron tan dulcemente en su cóncavo lecho de arena, ni levantaron sus blancas espumas tan blandamente, ni lamieron con igual cariño las surcadoras quillas, ni con tanta calma dejaron azotar sus cristales por los duros remos, ni al sol, en pago de sus luces, devolvieron mas multiplicadamente las sonrisas de sus movibles y variados reflejos. El tosco velámen, levemente hinchado por el viento, apenas daba ayuda en su lenta marcha á los pesados bajeles; las corrientes de aire, como fatigadas de su eterna y desigual carrera, parecian reposar, y mientras que los plateados peces, con descuidado abandono, se dejaban mecer por las blandas olas, las acuáticas aves y la inocente golondrina atravesaban el espacio con manso vuelo, sacudiendo placenteras sus pintadas alas y graznando ó pitando como para responder al monótono gemido del mar. El desigual crujido de los pesados aparejos no se dejaba oir sino por intérvalos muy largos, como si temiese interrumpir el silencio y la calma de los sosegados elementos.

¡Impotente quietud!

¡Cuadro grandioso y magnífico el que presentaban las doscientas naves de la Santa Liga! Sus gloriosos pabellones flotaban izados orgullosamente, revolviéndose en caprichosas ondulaciones, ya plegándose al asta cimbradora, ya estendiéndose en direccion del soplo de la brisa. Relucian, como si numerosísimos espejos revoloteasen desconcertadamente, las bruñidas armaduras de los soldados y los cañones de los arcabuces y mosquetes, mientras que se agitaban, doblándose con flexible coquetería, las rojas y blancas plumas de los pardos sombreros de anchas alas de la infantería ligera. Humeaban las encendidas mechas que debian hacer vomitar la muerte y el esterminio á las negras bocas, de hierro y bronce, que guarnecian los costados y los castillos de los bajeles, sobre cuyas cubiertas se veian los enmoheci-

dos garfios de abordaje y las cortantes y pesadas hachas de armas.

Admiracion y espanto á la vez infundia la cristiana flota.

Vogaban á la descubierta, forzando remos y á todo trapo, ocho galeras al mando del intrépido don Juan de Cardona, almirante de la escuadra de Sicilia. Formando prolongada hilera, babor con estribor, á iguales distancias, y levantándose y cayendo acompasadamente los duros remos, seguian otras cincuenta galeras bien artilladas bajo las órdenes del experto Juan Andrea Doria. A larga distancia, y formando tres grupos, navegaban cuarenta y dos galeras y muchos navios: el ala derecha iba mandada por Marco Antonio Colonna, general de la flota pontificia, y la izquierda por Sebastian Venier, de la veneciana, ocupando el centro parte de la escuadra española, con la Real Capitana á cuyo bordo iba el generalísimo don Juan de Austria. Mas pausadamente y en buen órden vogaban tras de todas otras cincuenta galeras y algunas goletas y navios á las órdenes del valiente marques de Santa Cruz, y en todas direcciones, con mas ó menos rapidez, veíanse cruzar muchas lanchas con oficiales y soldados que iban de unos en otros bajeles comunicando órdenes.

Seguia levantándose el sol en el puro y azulado horizonte.

Continuaba soplando la fresca brisa y murmurando las blandas olas engalanadas con los caprichosos bordados de sus nacaradas espumas.

Vogó mas y mas la numerosa flota.

Desde las sicilianas galeras divisóse al fin un punto negro que, ensanchando gradualmente su forma, parecia ir saliendo del fondo de las aguas segun se le acercaban los bajeles.

Eran los escollos de Curzolari con sus puntiagudos riscos, sus desiguales cumbres, sus simas, sus cortaduras, sus movedizos arenales y sus ocultos bancos.

El grito de

—¡Tierra!

Partió desde la primera cofa del palo mayor de la galera capitana, mas que todas velera, y fué repitiéndose de una en otra hasta perderse en el inmenso espacio.

Agitáronse todos los corazones, moviéronse con mayor velocidad todos los remos, y el gemido sordo de las aguas resonó mas prolongado y dominante.

Vogó mas y mas la numerosa flota.

Distinguiéronse los accidentes de la cercana tierra.

Seguia tranquilo el mar y acariciadora la brisa.

No muy lejos de la costa apareció otro punto negro, y pocos minutos despues,

—¡Barco viene!

Se oyó gritar desde la capitana de Sicilia.

Repitióse la voz.

Todos los corazones palpitaron con violencia.

Quedaron los remos inmóviles por un instante.

Treparon muchos marinos los altos masteleros.

Reinó un profundo silencio, y todas las miradas se fijaron en un mismo punto.

El que se habia divisado ensanchóse lentamente, elevándose sobre las aguas; vióse manchado de blanco, y al fin, á favor de los ópticos instrumentos, se reconoció la enemiga flota.

Muy numerosa era tambien; componíanla trescientas velas á lo menos.

Las galeras sicilianas viraron en redondo, y multiplicando los golpes de sus remos, vogaron para encontrar la Real Capitana.

Imitaron con prontitud esta maniobra las cincuenta galeras de la vanguardia mandadas por Doria, y avanzando mas las que formaban la retaguardia, reuniéronse todas en poco tiempo.

Maniobróse nuevamente, plegáronse muchas velas, y se abandonaron los remos.

Entonces se votaron mas lanchas y se cruzaron con mas rapidez que antes.

Don Juan de Anstria llamaba á consejo á los principales gefes.

Generales, almirantes y proveedores fueron llegando.

Pasemos á la cámara donde la esperiencia y el valor van á emitir su juicio.

Once gefes, presididos por don Juan de Austria, componian el consejo.

La llama del bélico entusiasmo hacia brillar con su radiante luz las garzas pupilas del héroe de las Alpujarras, del gran soldado siempre vencedor, nunca vencido, y de cuyos gloriosos laureles, aguijon de la ruin envidia, rivales de la ciega vanidad, espanto de la ambicion cobarde, debia brotar la ponzoña vil. Su pálida frente, ancha y noble como la de su invicto padre, se levantaba con el aire de la mas imponente autoridad, mientras que en sus labios entreabiertos vagaba una levísima sonrisa que dulcificaba la espresion altanera de su continente.

Nada mas noble que su aspecto magestuoso: ante las suyas bajaban sus miradas los mas ancianos y los mas atrevidos, así como los mas indiferentes sentian por él cariñoso afecto al ver la dulce sonrisa que dilataba su semblante de varonil belleza.

Sobre su coleto de ante finísimo con mangas de la misma piel festoneadas de oro en sus costuras, llevaba peto y espaldar de bruñido y bien templado acero con incrustados tambien de oro y cincelado con primor. Armado así á la ligera, sin que otras piezas embarazasen sus movimientos ni ocultasen sus formas, podia notarse la belleza de estas y la grave dulzura de aquellos.

Á pesar de su juventud infundia respeto á los veteranos

generales que le rodeaban y que habian envejecido entre el fuego de los mosquetes y la carnicería de las batallas.

Allí estaba don Luis de Requesens, Gran Comendador de Castilla, el mas leal de los caballeros españoles, soldado valiente y político esperimentado. Daba á su rostro mayor autoridad su cabeza calva en la parte superior y sus negros ojos de mirada tranquila.

Cerca de él se hallaba Sebastian Venier, el ardiente veneciano, impetuoso en la acometida, ciego en la pelea. Sus pupilas verdes brillaban como relámpagos, y en su ovalado rostro de espesa barba gris, se pintaba lo indómito de su carácter.

Marco Antonio Colonna, valiente, aunque de mas templado ardimiento, mostraba en su semblante la gravedad de sus juicios, y esperaba, con calma aparente, á que hablasen sus compañeros.

A su lado estaba Agustin Barbarigo, proveedor general de Venecia, el del brazo incansable y animoso corazon. Su mirada sombría vagaba del uno al otro lado como si quisiese adivinar en los semblantes de los demas si tenian como él tantos deseos de blandir el hacha mortífera.

Juan Andrea Doria, el marino esperimentado, el que en todas ocasiones pesó en la balanza de su juicio los laureles de la victoria con los escudos que le costarian las averias de sus galeras, calculaba sobre su parte de botin y miraba con indiferencia á los que le rodeaban.

Por el contrario, el entusiasmo y la impaciencia se pintaban en el semblante adusto de don Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz, tan valiente en la pelea como prudente en el consejo.

Otros capitanes, Orsino, de la Corgnia, Santa Fiora y Serbelloné, mostraban tambien en sus ojos el deseo de encontrarse frente á frente con el enemigo.

Cualquiera se hubiese sentido dominado á la vista de

aquellos rostros, por el sol y el humo de la pólvora ennegrecidos los unos, por la respetable vejez marcados los otros.

Contemplólos el noble don Juan y sintió latir su corazon á impulsos del orgullo, al pensar que todo el heróico valor de aquellos pechos estaba subordinado á su voluntad, y que el suyo en nada les cedia.

—Grande es, señores—dijo con pausado tono—la empresa que intentamos, y como á todos alcanzarán los laureles, si vencemos, la vergüenza, si somos vencidos, justo es que tambien sea de todos la responsabilidad de la determinacion que debe tomarse. Pronto me ayudareis quizás con vuestras fuerzas, ayudadme ahora con vuestros consejos, y que ninguna consideracion impida á vuestros lábios decir lo que sientan vuestros leales corazones. No hay distinciones de patria ni de particulares intereses; todos somos unos, soldados de la santa Liga, defensores de la misma fé. La cristiandad tiene por patria el mundo porque lo ha conquistado con las armas de la verdad divina, de la caridad y de la mansedumbre, y sus creyentes, hermanos son todos, todos iguales. Frente á nosotros ondea la media luna sus estandartes impíos, ó desgarrémoslos en menudos girones, ó dejémoslos campear, señores de los mares, hasta que la mano de Dios quiera abatirlos para siempre. La eleccion no es dudosa para buenos cristianos, pero donde mismo están los laureles están las cadenas de la esclavitud, y como los juicios del Eterno son incomprensibles, la razon tal vez y la prudencia aconsejen la retirada para aguardar ocasion mas oportuna. Por eso os he llamado y os pido vuestros consejos, que en empresa de tanta importancia, la inesperiencia de mis pocos años no debe atreverse á determinar por sí sola. Don Luis de Requesens—prosiguió, dirigiéndose al Gran Comendador de Castilla —vuestros años, vuestra calidad y el respeto que os debo, os conceden la primacia en tomar la palabra. Hablad, pues.

El Gran Comendador levantó la cabeza con altanero orgullo y como si quisiese hacer comprender que no era el miedo el que iba á dictar sus palabras, y luego dijo:

—No creo prudente, señor, acometer una empresa donde arriesgamos mucho sin poder obtener ventajas de consideracion. Si las conquistas que nos proponemos hacer no son ni ciertas ni de una importancia capaz de infundir terror á nuestros enemigos, es locura correr peligro tan manifiesto y esponer una armada tan formidable. ¡Y cuán fatales serian las consecuencias! La Sicilia, los mares de la Calabria, la Italia toda y aun las costas de España, quedarian sin defensa, abiertas á los corsarios berberiscos. Hay ocasiones en que debe mirarse como una gran victoria el impedir que aumente las suyas un enemigo poderoso, y nosotros estamos en este caso. Las circunstancias de los enemigos no son como las nuestras, están en su propio pais, cuentan con el abrigo cercano de muchos puertos bien defendidos, y en caso de una derrota, pueden rehacerse con facilidad y prontitud, mientras que nosotros arriesgamos cuanto poseemos. Si nos vencen, el golpe será terrible, irreparable para la cristiandad, pues de una vez se perderán para siempre tantos ilustres generales, tantos capitanes renombrados por su valor y su esperiencia, tantos soldados que sin exageracion pueden considerarse la flor de la milicia cristiana. Con la derrota nos inutilizaremos para contener prudentemente el pillaje de los turcos, y perderemos la esperanza de vencerlos tarde ó temprano. No menciono, señor, todos los demas incidentes que debemos temer, como son los vientos y las tempestades, casi ciertas en la estacion en que estamos. Mis palabras no pueden ser sospechosas por que hartas pruebas de lealtad tengo dadas, y si se decide V. A. por acometer al enemigo, tentando doblemente la fortuna, mi pecho será el primero que se oponga á los golpes de su alfanje, mi brazo será el último que deje de herir, y antes mi sangre correrá

toda que doblar mi cuello á la cadena vil de la esclavitud. Palabras me pidió V. A. que dijesen la verdad de lo que sentia mi corazon; tal las he dicho, nada me resta que añadir; ahora solo me toca obedecer.

Así habló don Alvaro y su mirada severa se fijó, uno por uno, en los presentes como para cerciorarse de si su prudente discurso habia hecho dudar de su valor. Empero tal sospecha no podia caber tratándose de quien tantas pruebas de lo contrario tenia dadas, y sus ojos solo encontraron ojos ardientes, rostros contraidos que revelaban con claridad que la opinion de la mayoría no era la del noble comendador.

—¿Qué decís—preguntó don Juan á Colonna—de la opinion de don Alvaro?

Brillaron las pupilas del general, se contrajo su frente, y contestó:

—Señor, no sé con qué objeto se haya firmado una liga con estrechas condiciones muy estudiadas y mas revisadas, liga que se ha solemnizado con rogativas públicas, con fiestas de todas clases, si tanto aparato, dispendios tan costosos, no debian servir sino para hacer algunas descargas de artillería al saludarse las escuadras confederadas en el momento de su reunion. Los príncipes que han depositado en nosotros su confianza, han querido hacer el último esfuerzo, y no nos toca sino obedecer. Mucho arriesgamos, es verdad, pero mas ganaremos si alcanzamos la victoria. La armada turca es mas numerosa que la nuestra, pero tenemos doscientas galeras mejor equipadas y provistas que las suyas, y si nuestros soldados son la flor de la cristiandad, compensado está el número con la bravura y la disciplina. Se teme que nuestras costas queden abiertas á la crueldad y al pillaje de los infieles: ¿en tan poco estimamos las fortalezas que las guardan? ¿Será lo mismo que nos desbaraten en un encuentro como que invadan nuestros territorios donde teno-

mos todos los recursos para la defensa? No nos abandonemos á quiméricos temores; es preciso que despertemos del profundo letargo que por tanto tiempo ha tenido en vergonzosa inaccion las armas cristianas. Tenemos deberes muy sagrados que cumplir: Chipre nos demanda ayuda, la sangre de sus mártires está humeante aun, y el honor nos pide venganza de las injurias que hemos recibido. ¡Triste ejemplo daríamos al mundo cristiano si despues de tan extraordinarios preparativos trocásemos en prudencia para esquivar el combate la arrogancia que mostramos para provocarlo, y solo dejásemos ver á los infieles las fugitivas popas de nuestras galeras, soltando trapos y doblando remos para huir con mas velocidad! ¡No contemos el número de nuestros enemigos, (1) marchemos a su encuentro, que Dios combatirá en nuestra ayuda, y así responderemos dignamente al llamamiento, á los votos de toda la cristiandad! Si Dios, en sus altos fines, para castigar nuestros pecados permite la derrota de los que adoran su ley, habremos cumplido nuestra sagrada mision, y cuando en los venideros siglos surquen estas aguas, por nuestra sangre enrojecidas, cristianos bajeles, podrán decir, «aquí murieron los de la santa Líga como mártires poseidos de ardiente fé, como soldados valerosos» pero no «aquí como católicos solo en el nombre dudaron de la ayuda de Dios, como débiles mugeres huyeron espantados, encubriendo el miedo con la máscara de la prudencia.» Vinimos á morir por nuestra religion y nuestra patria: ¿qué tememos, pues, si la muerte encontramos, cuando á buscarla hemos venído? Pelear con la seguridad de la victoria, no es proeza de nobles y animosos pechos. Cerca está el enemigo, señor, y si las escuadras de la Liga no le

(1) Esta frase no es nuestra ni de algun otro escritor moderno que en situaciones parecidas la ha puesto en boca de sus personajes: está tomada del estenso discurso de Colonna insertado por Gregorio Leti en su *Vita di Philippo II.* Cúmplenos declararlo asi por la importancia que justamente se ha dado al mérito que tiene.

acometen, irán á buscarlo solas mis galeras sin mas ayuda que la de Dios. «¡A vencer ó á morir!» me dijeron bajo las sagradas bóvedas del Vaticano, y venceré ó moriré, acompañado ó solo, como buen cristiano, como honrado caballero y como valiente soldado!

Este discurso, pronunciado con fuego, produjo el mas vivo entusiasmo, y si el respeto contuvo las lenguas para no prorumpir en aclamaciones, los gestos, las encendidas miradas y los espresivos ademanes, dieron á entender bien claramente lo que sentian los corazones, lo que animaba el deseo.

Don Juan de Austria, cuyos bélicos instintos se dejaron ver en todos los hechos de su malograda vida, sintió palpitar violentamente su animoso corazon, y ardiente la pupila, alta la frente, levantado el pecho y estendiendo la diestra con arrogante ademan, salieron de su boca, con sonoro y vibrador acento, las siguientes palabras:

—¿Dónde está la gloria del soldado sino donde está la muerte? ¿Qué es la muerte donde está la gloria? ¿Qué es el honor si lo pregonan los lábios y lo desmiente el miedo, lo abandonan las fuerzas? ¿La fuerza de qué vale si el honor no la socorre? Sin que á presentarles cara se atrevan los cristianos pueblos, las escuadras turcas recorren los mares, llevando delante el espanto, dejando detras la sangre y la destruccion. Como numerosa plaga de carnívoras y ponzoñosas fieras, siembran la muerte allá donde su aliento se esparce, donde sus garras hieren, y aumentando victoria tras victoria, amontonando riquezas con el botin de sus rapiñas, y llenando á millares las férreas argollas con esclavas manos, insultan el honor, lo pisan, lo desgarran, y al mismo Dios provocan en la embriaguez de su orgulloso poderío. Nada se opone á su paso; todo lo arrollan, lo vencen, lo destruyen; el corvo alfanje abre á miles los pechos para arrancar las vidas, como arranca el buitre las entrañas de su débil

presa; en polvo se convierten las murallas á sus rudos golpes, y la incendiaria tea, mas ardiendo cuanto mas consume, deja cenizas donde pueblos hubo, humo no mas, la muerte y el espanto, la soledad y el silencio donde moraron seres, el recuerdo, solo el recuerdo triste donde existió la realidad. Vencidos, mas que vencidos, humillados, escarnecidos, la vergüenza dobla nuestras frentes, el miedo hace temblar nuestros corazones, y nuestras armas, terror en otro tiempo de la infiel morisma, se esconden y aun se arrojan de las manos para humillar el cuello á la argolla vil de la dura esclavitud. ¿Qué se han hecho los corazones que alentaron á Pelayo en Covadonga, á don Alfonso en el Salado, á Ponce de Leon, á Gonzalo y á Pulgar en Granada, á Cortés en Otumba? ¡No salgais, nó, de vuestros silenciosos sepulcros, reconquistadores heróicos de vuestra patria, porque la vergüenza os haria volver á ellos!

No bien don Juan hubo pronunciado estas palabras, cuando instintivamente todas las manos empuñaron los aceros, de todos los pechos se escapó un rugido, y centellas de corage brotaron de todos los ojos.

—¡Aquí están, sí, aquí están!—prosiguió con voz potente el de Austria—¡Aquí están los hijos de aquellos nobles héroes! ¡Responden á los gritos del honor!... ¡Mi sangre toda correrá con la vuestra! ¡Ha despertado el leon! ¡Su garra poderosa romperá en menudo polvo la traidora garra del tigre del desierto! ¿Qué nos importa esa numerosa falange de perros infieles? ¡Murallas encontrará en nuestros pechos esforzados, y un rio de sangre correrá de sus venas por cada gota que de las nuestras salga! ¡Santa es la causa que defendemos, Dios nos ayuda, y ante la divina enseña de la cruz, caerá la media luna impía para no levantarse jamás! ¡Laureles solo llevemos á la cristiana tierra, ó el recuerdo no mas de nuestro nombre vaya con el último soplo de nuestro aliento! ¡A vencer ó á morir!

Así acabó don Juan su conmovedor discurso, y en su encendido rostro y en su contraida frente, en sus centellantes miradas y en la agitacion de su pecho, demostró que el fuego de sus palabras no era mas que un débil reflejo del que ardia en su valeroso corazon.

Oyóse un solo grito que no podemos significar ni hacer comprender, grito elocuente vomitado por el entusiasmo y el coraje, y luego, como si el enemigo estuviese allí, blandieron aquellos héroes sus gloriosas espadas con ademan terrible y amenazador.

Instantáneamente quedó la cámara desierta, y todos corrieron á sus puestos, comunicando á la guerrera gente el valor y el entusiasmo que en sus corazones hervia.

Don Juan subió á cubierta, pronunció una palabra, y el estampido del cañon mortífero retumbó y fué á perderse en el infinito del horizonte.

Era esta la señal de ponerse en órden para dar la batalla.

Izóse el estandarte de la Liga en el mastelero del palo mayor de la Real Capitana, y el soplo de la brisa lo agitó suavemente en caprichosas ondulaciones.

II.

Que en fin has respondido á ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estas estropeado.

(CERVANTES.—*Viage al Parnaso.*—Cap. 1.)

Cómo, al crujido atronador del parche, respondió en la galera *Marquesa* un grito de alegre y bélico entusiasmo! Iba, con otros bajeles, á las órdenes del proveedor Barbarigo, y montábanla para su defensa algunos italianos y la compañía de veteranos del valerosísimo capitan Diego de Urbina. Mandábala Francisco Sancto Pietro, soldado animoso y marino esperimentado, y no latia en ella un corazon que no anhelara el momento del combate.

Pálido el rostro y abatido el cuerpo, hallábase en el entrepuente de la *Marquesa*, tendido sobre algunos trozos de áspera lona, un hombre que estaba en lo mas florido de su lozana juventud. Veíase animado su semblante noble por la divina chispa del creador ingenio que en su cabeza ardia, y cuando no le aquejaban las incomodidades de la aguda en-

fermedad que entonces padecia, brillaban alegremente sus grandes ojos negros, de penetrante y vivísima mirada, y de sus ardientes pupilas parecian desprenderse dos corrientes magnéticas que dominaban con su influjo incontrarestable las voluntades mas firmes. Era de mediana estatura, de aguileño rostro ligeramente moreno, de frente lisa y desembarazada, pequeña la boca y largo y espeso el retorcido bigote, y castaño y recortado cabello. No era entonces, como él mismo dijo despues, á la edad de sesenta y seis años, cargado de espaldas y no muy ligero de pies, sino que por el contrario, sus miembros de perfectas formas demostraban en su musculatura, un tanto descarnada, vigorosas fuerzas y suma agilidad.

Aquel hombre se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra. Hoy se llama el príncipe de los ingenios españoles, y sus escritos, su nombre solo, solo su recuerdo es la mas esplendente gloria de nuestras letras.

¡El cielo guie nuestra pluma! ¡No quisiéramos profanar nombre tan venerable y glorioso, y ya que no lo ensalcemos con la grandeza que se merece, que nuestra torpeza no sea tal que nos atraiga la justa indignacion y el merecido desprecio de los que veneran, como buenos hijos, las glorias de su patria! ¡Antes la pobre y vanidosa pluma abrase nuestros dedos!

Era Cervantes simple soldado del tercio de don Miguel de Moncada, al cual fué agregado, cuando ambicioso de todo género de gloria, sentó plaza. Pobre y desvalido, aunque de cuna hidalga, y sintiéndose su espíritu con fuerzas para acometerlo todo y para luchar con todas las adversidades, pensó sin duda que con su valor y su ingenio, podria conquistar algun dia un puesto honroso en la carrera de las armas. Siendo estudiante pobre y travieso, habia corrido universidades y escuelas y probado fortuna para crearse una posicion en el camino espinoso del Parnaso; pero los libros

no valian entonces sino en razon del incienso que se prodigaba en sus dedicatorias, y el que no se arrastraba á los pies de un Mecenas ignorante y vanidoso, nada sacaba de los partos de su ingenio. Empero la adulacion era imposible en los lábios de Cervantes, y á su carácter independiente cuadraba mal la bajeza de ser poco menos que el criado de ningun gran señor para que se dignase protejerlo por humillante lástima como el que arroja una limosna con altivo desden y sin mirar al rostro al socorrido. Ya habia probado, sin embargo, á sujetar la grandeza de sus instintos, y llegó á servir de camarero en Roma al cardenal Aquaviva; pero aunque tratado por este con bastante consideracion y cariño, cansóse bien pronto de la servidumbre, y arrastrado por el espíritu entusiasta y emprendedor de aquella época, buscó en las armas la gloria y el provecho que le habia negado la fortuna en sus primeros pasos en las letras.

Desde algunos dias antes del en que hemos presentado al inmortal autor del *Quijote*, teníanle postrado unas calenturas que le dispensaban de todo servicio, y por esta razon pasaba la mayor parte de las horas tendido en un trozo de vela hecho dobleces, ó rocostado junto á la cureña de un cañon, respirando el aire fresco de la brisa antes que adelantase la mañana, contemplando el cielo y el mar, y dando á su imaginacion, por la fiebre exaltada, todo el vuelo de que eran capaces sus fantásticas alas.

Aunque aquejado por la enfermedad, habíase cuidado de inquirir cuanto iba sucediendo, y desde que supo que estaba á la vista el enemígo y que don Juan de Austria habia llamado á consejo para decidir si debia provocarse el combate, esperaba con toda la ansiedad de su ardimiento, ó que se diese la señal de acometida, ó que virase de bordo la galera para buscar la salida del golfo y esquivar la pelea.

Cualquiera hubiese dicho, al verlo en tan completa inaccion, que era indiferente á cuanto á su alrededor sucedia, y

que mas hubiese deseado la calma y el reposo que la agitacion y el estruendo del combate. No era así, la grandeza de su espíritu, su esforzado aliento, eran muy superiores á los dolores de su aguda enfermedad, y tras el afanoso deseo de que se travase la pelea, su imaginacion de poeta, sin poderse contener en los límites de lo real y lo presente, embriagóse con los sueños de la futura gloria, y extasiado por sus fantásticas creaciones, quedó aletargado en brazos de un mentido sueño.

Crujió, con repetido tableteo, el estampido del guerrero bronce, y esta señal de sangre y esterminio, sacó á Cervantes de su soñador letargo.

Abrió sus rasgados ojos, brillaron sus negras pupilas como brilla la chispa del rayo vomitada por la tempestad en el negro seno de las tinieblas, y su frente, de pronto coloreada, se dilató como si fuese á recibir el glorioso mirto.

—¡Gloria!—fué la primera palabra que salió de sus secos lábios.

Y oprimiéndose el pecho que parecia que iba á ser roto por los fuertes latidos de su animoso corazon, exhaló un suspiro, púsose de pié, ciñó la espada que tenia cerca de sí, apoderóse de un mosquete y subió precipitadamente á cubierta.

Allí aspiró con avidez la fresca brisa; estendió la penetrante mirada y vió maniobrar á un tiempo en las doscientas naves, soplar las mechas, cargar los arcabuces, asir los timoneros la redonda caña, y bullir centenares de cientos de marineros y soldados que preparaban sus armas ó corrian en todas direcciones los unos, mientras que los otros trepaban con ligereza los altos palos y recojian y soltaban cuerdas ó botaban lanchas; oyó crujir las pesadas jarcias, silbar los pítos de mando, gritar á los capitanes y contramaestres, jurar y maldecir á los marineros, cantar á los veteranos mientras que se retorcian el tostado bigote, y pre-

guntar á los visoños reclutas mientras que se arreglaban el cinturon y requerian la espada ó buscaban apresuradamente donde encender las mechas; contempló las pesadas naves que se valanceaban de babor á estribor á medida que el viento hinchaba las velas, y todo aquel conjunto que se agitaba y crujia, y las murmuradoras olas con sus rízadas cabelleras de blanca espuma, y el cielo transparente, azulado y puro, con la joya de su refulgente sol, todo aquel espectáculo, grande, magnífico, inimitable, de la obra del Eterno y de la obra del hombre, elevó el espíritu del poeta al último grado de su inmensa sublimidad, exaltó su fantasia y encendió en su cabeza, mas viva que nunca, la llama del bélico entusiasmo.

—¡Gloria!—exclamó otra vez.

Y se dilataron sus pupilas, y á la vez que su semblante tomó una espresion de imponente grandeza, irguió la frente con magestuoso orgullo.

A la señal del combate habian acudido á cubierta cuantos iban en el bajel, y los soldados españoles, al ver á Cervantes allí armado y como dispuesto á entrar en la pelea, no pudieron menos de manifestar su sorpresa con una exclamacion.

—¿Qué haceis aquí?—le dijo el capitan Diego de Urbina, llegando á tiempo que otros soldados iban á dirigír la misma pregunta á nuestro héroe.

—¿No se ha dado la señal de ponerse en buen órden para acometer al enemigo?—replicó el poeta como admirado de que le preguntasen sobre lo que era por demas sabido—¿Por ventura, he dejado de ser soldado español y vasallo de su Magestad? ¿Cómo, pues estrañais verme dispuesto á cumplir con mi deber cuando nunca me vísteis escusarlo?

La lealtad que mostrais es exagerada-le dijo el capitan-y ocasiones tendreis en que poder dar pruebas de ella. Estais enfermo, sin fuerzas, y no seria prudente el permitiros hacer una locura como la que intentais. Vuestro corazon no ha con-

sultado á vuestro brazo, y sin que os fuese posible defenderos, caeríais á los primeros golpes del enemigo. ¿Qué servicio prestariais así á su Magestad, privandole de vuestra lealtad y de vuestro valor, que quizás estará llamado á decidir en otro encuentro la suerte de vuestra patria? Acometer al enemigo con la seguridad de sucumbir, no es valor sino temeraria locura y es grave delito esponer la vida inútilmente cuando tal vez otro dia pudiera servir á nuestros hermanos.

—Si, sí, que se retire al entrepuente—dijeron algunos soldados, mostrando el mayor interes.

—Todos piden—repuso el capitan—lo que yo me veré obligado á mandaros si como amigo no escuchais mis consejos.

—Señores—respondió el poeta cuyo rostro se iba animando mas á cada instante—¿qué se diria de Miguel de Cervantes? En todas las ocasiones que hasta hoy en dia se han ofrecido de guerra á su Magestad y se ha mandado, he servido muy bien como buen soldado; y así ahora no haré menos, aunque esté enfermo é con calentura; mas vale pelear en servicio de Dios é de su Magestad é morir por ellos que no bajarme so cubierta. (1).

—Os repito que os estravia vuestro mismo entusiasmo. Es verdad que mas que nada, vale morir por Diós y por el rey, pero es cuando se puede morir defendiendose y castigando á los enemigos de la religion y de la patria. ¿Qué hareis vos sin fuerzas apenas para sosteneros? La lucha va á ser muy encarnizada, el momento se acerca, ya se empieza á maniobrar para ponerse en buen órden, y cada uno debe ir á su puesto.

Estas palabras, en lugar de convencer, escitaron mas en Cervantes el deseo de figurar en la pelea.

(1) Estas palabras están copiadas textualmente de los biógrafos mas notables del inmortal poeta.

—Sí—replicó acaloradamente—el momento se acerca y por eso me veis aquí. ¡Va á ser la lucha encarnizada, correrá la sangre á torrentes, y quereis que permanezca tranquilo! Mis compañeros van á arrostrar la muerte, pero tambien á conquistar la gloria: ¿me robareis la parte que en ella puede caberme? No me faltan las fuerzas ¡vive Dios! que mi brazo á ninguno cede en este instante. ¡Quiero estar con vosotros, camaradas; con vosotros vencer ó morir y que juntos cantemos la victoria ó que presentemos á la muerte sereno rostro para que el turco envidie hasta nuestra derrota! Fuerte es el brazo mientras el corazon late animoso, y cuando ya falta el aliento para herir, sobra la hidalguia para cubrir con el ensangrentado pecho el de nuestro hermano y servirle de escudo á los enemigos golpes.

—¡Viva nuestro camarada!—gritaron los españoles veteranos que, sin saber esplicarse la causa, no podian dejar de sentirse dominados en todas ocasiones por el jóven poeta.

—¡Qué os abandone!—prosiguió Cervantes—Allí está la gloria y quiero mi parte en ella—dijo señalando hácia donde vogaba la flota enemiga—Mirad, allá en el azulado horizonte, aquella, como nube, con manchas blancas que parece subir y acercarse con pausado vuelo: es la armada ímpia, el soberbio mahometano que escarnece á nuestro Dios, que mancha nuestra honra, que se mofa de nuestro valor y de nuestra fuerza; es el verdugo que inmola á su fanática crueldad á millares de mártires, el que pone á nuestro cuello la argolla de la dura y humillante esclavitud. ¿Quién no defiende el nombre santo de Dios y el brillo de la honra? ¿quién no responde al que provoca su valor? ¿Cuando español y esclavo fué posible cosa, si nuestra espada nos hizo señores en uno y otro mundo, si nuestra hidalguia y nuestra honra fueron espejos en que siempre se miraron nuestras acciones? ¡Allí teneis al enemigo, con

sus numerosos bajeles, con sus pesados alfanges segadores de cristianas cabezas; pero no os arredre su poderio, de nuestra parte está Dios, el Dios que de un leve soplo hizo caer las murallas de Jerusalen al resonar las trompetas de los ejércitos de su pueblo querido! ¡Por centenares de miles corren hácia nosotros los infieles; por centenares de miles tambien los veremos sumergirse bajo las olas, y nuestras galeras, ostentando la santa cruz, dando al viento su pendon glorioso, vogarán en un mar de sangre y el recuerdo de Lepanto se conservará en la memoria de todos los pueblos hasta que el Omnipotente los borre de la haz de la tierra!

Numerosos gritos de entusiasmo respondieron á estas palabras.

El aspecto de Cervantes era imponente en aquellos momentos. Su semblante estaba animado con la espresion de la mas noble grandeza, brillaban sus negros ojos con todo el fuego de su entusiasmo, y su frente se levantaba como la del héroe cuando está poseido del orgullo de su valor y de su gloria.

—Don Diego—prosiguió el poeta despues de algunos momentos y dirigiéndose al capitan—si en algo estimais mi honra, que es la honra de un español, ponedme en el lugar mas peligroso y dejadme cumplir con mi deber. Si muero, os bendeciré al espirar porque me habeis dado ocasion de pagar á Dios y á la madre patria el tributo que les debo, y si la fortuna me proteje y salvo la vida, mas que á mi valor ni á mi brazo os deberé á vos la gloria que alcance. Mas que nunca me siento con fuerzas, os lo juro, y late mi corazon con tales brios, que á contenerlos, hecho pedazos saltaria del pecho.

Y no mentia, porque su arrebatada ambicion de gloria dominaba todos sus sentimientos, y si la fiebre no habia desaparecido, habíale dado á sus miembros mayores fuerzas.

Ni Diego de Urbina pudo contrarestar la influencia que en su ánimo ejercieron las palabras de Cervantes, ni por consiguiente, supo tampoco negarle la atrevida peticion, por lo cual, accediendo á sus deseos, destinólo á la cabeza de doce soldados al lugar del esquife.

Mientras tenia lugar esta interesante escena, habíanse repetido las maniobras en todos los bajeles, que fueron colocandose en el órden de ante mano convenido para entrar en combate.

La escuadra que iba á las órdenes de Juan Andrea Doria, con parte de la siciliana, formó el ala derecha sobre el Norte, y sobre el Mediodia, la venecciana, con la galera *Marquesa*, mandada por el proveedor Barbarigo, formó el ala izquierda, quedando en medio casi todo el resto de las galeras con la Real, la capitana de Genova y la del duque de Savoya, y los tres generales, don Juan de Austria, Colonna y Venier. Algunos navios de gran porte formaban la vanguardia, y la retaguardia, dispuesta á socorrer el punto de mas peligro, buen número de galeras y galeotas.

En tal órden vogó la numerosa armada en direccion de la del enemigo, siempre con viento fresco y mar serena.

Al principiar la marcha reinó en todos los bajeles un silencio profundo, interrumpido solo por el eco acompasado de los remos al azotar las aguas y por el desigual crujido de la arboladura; pero transcurrido buen rato, y estando aun á bastante distancia del Turco, formaron los soldados diversos grupos junto á sus respectivos puestos, para entretener el ócio apurando alegremente algunas botellas.

Palpitaron de gozo todos los corazones como si se preparase una alegre fiesta.

La arrebatadora idea de alcanzar glorioso renombre subordinó á su poderoso influjo todos los sentimientos de Cervantes, y como si hubiese obrado en su naturaleza un completo trastorno, ni sintió en aquellos momentos los ar-

dores de la fiebre, ni enervaba, como poco antes, sus miembros la debilidad.

Brillaban alegremente sus negros ojos, y la espansion de su espíritu se revelaba en su rostro de movible musculatura y enérgica espresion. Era Cervantes, á la vez que pensador grave y profundo, mancebo de no comun travesura, buen camarada, franco, bullicioso y decidor chistoso y oportuno, y en nuestro tiempo lo hubiésemos calificado, no sin razon, de verdadero *calavera* porque tenia de tal todo el ingenio, rápida inventiva y gracioso donaire. Segun la ocasion se presentaba, mostrábase, ya, como ninguno alegre, ya, mas que todos grave, y al que hubiese mirado su semblante risueño, animado por la mas cordial franqueza, hubiérale parecido imposible que un instante despues se presentase altivo, desdeñoso hasta herir en lo profundo del alma mas fria, ni que aquellos labios hubiesen podido entreabrirse con tan amargo desprecio, ni que aquella mirada inquieta y escudriñadora se fijase con tan altanero orgullo é hiciese reconocerse pequeños á cuantos corazones iba á clavarse.

—¡Camaradas!—gritó dirigiendose á los doce soldados que Diego de Urbina habia puesto á sus órdenes—¡Tenemos enfrente al enemigo, pero sobre nosotros revolotea el alegre Momo, que al reirse del mundo entero abre un palmo de boca, y el panzudo Baco, inteligente catador, que nos amenaza con sus iras sino le inmolamos algunas de las vírgenes habitadoras de la bodega!

—¡Sí, degollemos unas cuantas y bebamos su sangre!—dijeron algunos.

—¡Bien, bravo¡—gritaron otros.

—Aplaquemos—repuso el poeta—el enojo de ese Dios que puede favorecer á los turcos por lo aficionado que es á las turcas.

—¡Vivan las turcas y mueran los turcos!

Algunos momentos despues los trece valientes españoles estaban sentados sobre cubierta y bebian, reian y cantaban en alegre confusion.

—¡A la salud de nuestro buen camarada Cervantes!—dijo uno mientras se disponia á empinar una botella de Jerez.

—¡Por la gloria de España!—repuso á su vez el poeta.

Y todos brindaron, ya por su patria, ya por el rey, ya por la Liga, vaciandose botella tras botella cuyos frágiles vidrios iban á recibir honrosa sepultura en el mar.

El vino se apuraba y calentábanse las cabezas, achicábanse los ojos, dilatábanse las pupilas brillando mas y humedeciendose levemente, enrojecianse los rostros, secábanse los labios y algunas lenguas se turbaban.... Empero no hay cuidado; el estampido del cañon despejará todas las cabezas, tornará sombrias todas las miradas, cubrirá de palidez todas las megillas, de rabiosa espuma todos los labios y dará fuerza á las lenguas para proferir enérgicas amenazas, juramentos y maldiciones.

Cervantes se puso repentinamente de pie, y empuñando una botella que levantó en alto, dijo:

—¡Oh, excelencias del vino, y cuan raras y preciosas sois! ¡Oh, suavisímo jugo del dorado racimo que entre el pámpano verde esconde el tesoro de sus dulcísimos granos, cuan prodigiosamente das valor al cobarde, desembarazo al encojido, palabras al discreto, liberalidad al tacaño, confianza al sospechoso y la vanidad rebajas y das orgullo y atrevimiento al humilde y al pobre! ¡Cómo el fuego de tu espíritu da á nuestros cuerpos refrigerante calor, y el ingenio enciende y á los soñolientos ojos presenta estrañas visiones que el ánimo recrean ó el corazon espantan! Tú eres olvido de las penas, alma de los placeres y de todas las fiestas alegria. ¡Y cuantos y cuan grandes acontecimientos se deben á tu influjo poderoso! Las afiladas tijeras de la traidora Dalila no hubiesen cortado los ásperos cabellos de

Sanson si este escusára en su cena una copa de añejo vino que siempre la acompañaba, ni el invencible Olofernes se hubiese dormido con tan pesado sueño en los brazos de Judit á no haber añadido á la embriaguez de su pasion la de un esquisito vino de Chipre, ni Baltasar hubiese provocado la cólera de Dios si el mosto no exaltara su vano orgullo, ni Deyanira, mas que por los celos, trastornada su cabeza por la copa con que la obsequió el vengativo centauro Nelso, hubiese enviado á Hércules la fatal camisa, ni Saturno hubiese perdido lo que mas estimaba si el jugo de la uba no encendiera la envidiosa cólera de sus hijos. ¡Oh, aguijon de las pendencias y de todos lo malos pensamientos! ¿qué seria sin tí de los corchetes y escribanos que con sus plumas ensucian papel para limpiar bolsillos? ¡Yo te bendigo, patriarca Noe, segundo poblador del mundo, primer cultivador de la preciosa cepa! ¡Cuan satisfecho debió quedar tu amor propio á la primera cata del espumoso líquido! ¡Cómo sentirias renacer en tu cuerpo las fuerzas de tu juventud y alegrarse tu magin! Seguro estoy que bailastes de contento á pesar de tu luenga y encanecida barba que diz te llegaba á la cintura. ¿Qué le importa á Baco que le llamen vicioso si bebe y engorda y siempre está de buen humor para retozar por los bosques con todas las mozuelas del Parnaso? ¡Oh, vino, líquido sin igual, palanca que conmueve al género humano, á tu vista huyan avergonzados á esconderse los cristalinos arroyos con sus trenzas de plata, que las tuyas son de oro con topacios y rubies! ¿Qué seria de nosotros sin tí en este momento? ¿Quién sino tú tendria el poder de alegrarnos cuando corre hácia nosotros la muerte? ¡Yo te bendigo, cien veces te bendigo y mas te bendecire, que eres alegria, consuelo, atrevimiento, reposo, y olvido! ¡Solo brindo por tí, por tí no mas, y prometo cantar tus excelencias si Apolo quiere prestarme su lira! ¡Camaradas, bebamos por cientos, por miles de botellas hasta que cruja

el cañon! ¡Viva el vino y mueran los turcos que el beberlo tienen por pecado!

—¡Viva el vino!

—¡Viva Cervantes!

—¡Bebamos!

—¡Descabezemos botellas!

—¡Cantemos!

—Sí, sí, cantemos!

—¡Que nuestro camarada Cervantes improvise la cancion!

—¡Silencio!

—¡Nó, nó, bullicio, alegria, ruido, algazara, desórden!

—¡La cancion, la cancion!

Entre el ruido de las carcajadas, de las voces, de las botellas al chocar ó romperse en menudos pedazos y de las palmadas al aplaudir, oyóse un silvido prolongado y agudo y todos quedaron silenciosos é inmóviles en la misma posicion que tenian, los unos con el brazo derecho levantado y empuñando una botella, los otros con ella entre los labios y muchos en actitud de arrojarla despues de haberla vaciado.

Era la señal de silencio y atencion, y luego oyóse la de guardar cada cual su puesto porque el enemigo estaba muy cerca y parecia intentar la primera acometida sobre el ala izquierda.

Anublóse el semblante del poeta, su frente se contrajo y fijó su mirada de águila en los bajeles enemigos, observando por espacio de algunos instantes la direccion que llevaban.

—¡Nosotros los primeros!—exclamó con acento de la mas entusiasta alegria.

Y brillaron sus ojos como dos centellas, y estendiendo el brazo derecho impulsado por una sacudida nerviosa, prosiguió:

—¡Esos son los traidores, y como traidores, cobardes!

¡Compañeros, acordaos de Numancia y de Sagunto, de Pavia y de San Quintin y que Lepanto sea la mas brillante gloria de nuestra patria!

—¡Viva España!—gritaron sus compañeros.

En pocos instantes se encontraron todos en sus puestos y reinó por do quiera el silencio mas profundo, interrumpido solo por el crujido desigual de la arboladura y por los acompasados golpes de los remos.

¡Cómo palpitaron todos los corazones y cómo sintieron aquellos valientes convertirse en corrientes de fuego la sangre que alimentaba sus venas! No habia pupila que no se moviese inquieta, reluciendo centellante, ni mano que no temblara convulsivamente, no por el espanto, sino por el coraje agitada.

Iba á correr la sangre á torrentes y á convertir los azulados cristales en rojo y espumoso charco, y la mas horrible de las carnicerias iba á dar ejemplo de la fiereza del hombre que acepta como deber el perdonar las ofensas y que no las perdona sino despues de vengarlas.

Era el dia siete de octubre de 1571, y tal vez aniversario del nacimiento de Cervantes; solo consta que fué bautizado en Santa Maria la Mayor de Alcala de Henares el nueve de Octubre de 1547, siendo muy probable que hubiese nacido dos dias antes y aun quizas á la misma hora en que probó que estaba dotado de un corazon tan animoso como de una imaginacion tan brillante y fecunda.

A poco que vogaron ambas flotas encontráronse bastante cerca para que se pudiesen aprovechar los disparos de cañon.

Tan apacible estaba el mar que apenas se rizaban sus aguas, y casi no se dejaba sentir el leve soplo de la fresca brisa. No parecia mas sino que los elementos habian suspendido su movimiento eterno para presenciar el sangriento y horrible drama que iba á representarse.

Cervantes, mas que ninguno atento, miraba alternativamente á la enemiga flota y al proveedor Barbarigo que estaba sobre el castillo de proa esperando el momento oportuno de dar la señal de fuego.

Segun la posicion de las galeras de ambas partes, la *Marquesa* debia ser la primera que encontrase al enemigo.

Repentinamente palidecieron las megillas del poeta y luego se cubrieron de un vivo carmin; despidieron sus ojos dos chispas, agitóse su cuerpo, y con el acento de un loco, gritó:

—¡Yo el primero!

Luego se precipitó sobre un artillero, le arrancó la mecha de entre las manos, y su convulsa diestra la aplicó al oido de un cañon.

Retumbó con prolongado tableteo la esplosion mortífera, y el grito de guerra, exhalado por cristianos y turcos, pobló el inmenso espacio.

La galera turca que se hallaba mas próxima, contestó con una andanada, y entonces, como si, rompiendo sus negros límites, hubiese estallado el infierno, un crujido espantoso, horrible, incomparable, hizo estremecer al mar en lo mas profundo de su cóncavo seno, y temblar á las arenas y á los riscos de las cercanas costas. Una inmensa y fugaz llamarada pareció querer abrasar á los seiscientos bajeles que quedaron envueltos entre los negros remolinos de una espesa nube de humo.

Habia comenzado el combate.

El estampido del cañon, las detonaciones de los mosquetes y el crujido de los palos y tablas al volar desechos en menudas astillas, lo dominaron todo con su ruido espantoso y atronador.

El humo denso, elevandose en espirales negras y azuladas, velaba la luz del sol que, suspendido en la inmensa bóveda del universo, robaba lentamente un dia mas de existencia á las pasiones del hombre.

Una hora, escasamente una hora, el fuego solo y las voladoras flechas turcas hicieron sus estragos. Aun no se habia teñido con la humana sangre el filo del hierro, aun debia ser mas espantosa la carniceria, no bastaba que se hubiesen deshecho en mil pedazos algunos bajeles ni que entre sus incendiados restos volasen horriblemente mutilados brazos, piernas y ensangrentados troncos.

Chocáronse las galeras enemigas y los garfios de abordaje las afianzaron entre sí, comenzando cuerpo á cuerpo el rudo combate.

Entonces fué mas espantoso y aterrador el ruido.

Seguia crujiendo el cañon y con su desigual y repetido tableteo armonizaba el de los miles de arcabuces y mosquetes. Por do quiera se mezclaban los gritos, las amenazas, maldiciones y juramentos con los ayes desesperados de convulsivas agonias, y el hipo de muerte entre el ronco estertor respondia á las feroces y nerviosas carcajadas de los que de un solo golpe quitaban una vida, y que de un solo golpe tambien recibian la muerte un segundo mas tarde. Rechinaban los aceros al chocarse entre sí ó al encontrar los huesos del brazo enemigo, y crujian los cráneos al romperse á los golpes de las pesadas hachas. Corria la sangre formando espumosos arroyos y humeantes charcos donde se revolcaban los moribundos con las convulsiones de la agonia y donde se resbalaban los pies de los feroces combatientes.

¡Horrible concierto! ¡Música infernal de mortíferas detonaciones, de golpes de hacha, de crujidos de cráneos y pechos que se rompian y brotaban torrentes de sangre, de imprecaciones, de blasfemias y de amenazas no temidas, de ayes y de lamentos no escuchados! ¡Música infernal cuya aterradora armonia iba á espirar entre el fuego de la pólvora y las llamas de los bajeles incendiados, ó á perderse con las negras columnas de humo en el infinito del zenit!

Quien aseguraba su planta sobre el pecho ó la frente de su moribundo hermano; cual, al caer en las enrojecidas olas, aprovechaba las convulsivas fuerzas de su agonia en una lucha desesperada y tenaz con el enemigo que habia caido antes que él; cual otro, en la turbacion de su agonia, para no sumergirse en las aguas, asíase de un palo ardiendo ó del costado de una lancha donde quedaban sus manos deshechas cortadas de un hachazo.

¡Muerte, sangre y destruccion!

La rabia, la mas desesperada rabia hervia en todos los pechos; estaban inyectados de sangre todos los ojos; rechinaban todos los dientes; blanca espuma, por el coraje vomitada, cubria los temblorosos y maldicientes lábios. No habia rostro que no estuviese manchado de sangre, pero la embriaguez de la ira y de la ardiente sed de venganza no dejaban á ninguno sentir el dolor de sus heridas.

Mientras los unos al espirar invocaban el santo nombre de Dios, los otros blasfemaban ó maldecian la muerte solo porque no les dejaba verter mas sangre.

Y no habia para el vencido otro refugio mas que el abismo de las olas, ni nada dulce y apacible que pudiese contemplar en su agonia, porque el humo habia nublado la brillante luz del sol y ocultado la faz serena, trasparente y pura del cielo.

Cubierto estaba ya el golfo de los restos humeantes de las galeras que se habian destrozado, y las tranquilas aguas, poco antes azuladas y cristalinas, habíanse tornado rojas y espesas, y lo que eran nacaradas espumas de caprichosos rizos, convirtiéronse en amarillentos borbotones que entre desiguales madejas de sangrientos coágulos flotaban entrelazándose ó deshaciendose, y ya se enredaban entre las astillas de un palo ó se pegaban al amoratado rostro de un cadáver, dandole el mas repugnante aspecto.

Cuatro horas llevaban de combate las enemigas escua-

dras, y parece imposible que aun el hierro encontrase mas sangre que verter ni el fuego nada que consumir.

¡Con cuanto afan destruye el hombre y con cuanta lentitud avanza y crea! ¡Cómo se embriaga con las malas pasiones y cuan friamente practica el bien!

¿Qué era de Cervantes?

Seis esquifes turcos habian rodeado á la galera *Marquesa*, pero sus defensores se multiplicaban y acudian á todas partes con prodigiosa velocidad. No habia turco que intentase poner el pié sobre la cubierta del bajel cristiano, que no cayese sin vida. El intrépido Barbarigo blandia un hacha y no daba descanso á su brazo de hierro. Estaba el buque como todos los demas, de sangre teñida y de cadáveres sembrada su cubierta.

Cervantes peleaba con incansable ardimiento; su ambicion de gloria lo habia convertido en un héroe; en la embriaguez de su bélico entusiasmo olvidaba evitar los golpes enemigos por cuidar de que los suyos fuesen mas continuados y certeros. Cien veces la turca cimitarra se levantó sobre el tesoro de su noble cabeza; cien veces la negra mano de la inexorable parca intentó sellar la espaciosa y altiva frente del poeta con el hielo de la muerte, y sin cesar cruzaban, rozando con su animoso y agitado pecho, las silbadoras flechas que parecian entretejarse en el espacio y se perdian entre las nubes formadas por la espesísima humareda.

—¡Detente!—gritaba el poeta—¡Deten, oh muerte, tu segadora guadaña hasta que yo vea triunfante la enseña divina de la cruz; dejame gozar por un solo instante de la gloria de mi patria!...

Y multiplicábanse sus golpes, y con sus breves y arrebatadores discursos alentaba á los menos animosos y encendia mas y mas el coraje de aquellos cuya intrepidez rayaba en locura.

Habíanse abordado la *Marquesa* y la Capitana de Egipto, y de la una como de la otra parte no quedaba mas que morir ó vencer, porque era imposible ya buscar la salvacion en la huida.

La parte del esquife era la mas comprometida, si bien toda la banda de estribor hallábase asaltada tenazmente por numerosos enemigos.

Cervantes y sus camaradas no bastaban á contener el impetuoso ataque de los turcos por aquel lado; pero Barbarigo acudió en su ayuda.

—¡La victoria es nuestra!—gritó el terrible venecíano con potente voz—¡Nuestros hermanos están sobre la cubierta de la Real Otomana!...

—¡Mientes, que la monta Alí!—exclamó un soldado turco arrojándose al proveedor.

Este levantó su hacha de abordage sobre la cabeza del infiel, y mientras decia,

—No sabes lo que cuesta desmentir á un cristiano,

Descargó el golpe mortífero y el cráneo del infiel crujió, cayendo dividido en dos pedazos y entre un mar de sangre.

—¿Cómo os deteneis aquí sin hacer mas que defender vuestro puesto?—gritó el poeta—¡Adelante, camaradas, la victoria es nuestra!

—¡Santiago y á ellos!

—¡Viva España!

—¡Avancemos!.

—¡Adelante, adelante!

Pocos momentos despues de estos entusiastas gritos, los situados eran sitiadores, y peloton tras peloton de los soldados que montaban la *Marquesa*, la mayor parte de ellos encontróse bien pronto sobre la cubierta de la capitana de Alejandria.

—¡Victoria, victoria!—exclamaron.

No habia sido hasta entonces tan horrible la matanza. Los turcos se defendieron con desesperacion porque la muerte era cierta á no destruir completamente á los cristianos. Mas que nunca se oyeron multiplicados los homicidas golpes, y resonó mas y mas el ruido del choque de las armas y armaduras, y el crujido de la mosqueteria y el silbido de las flechas.

Los humanos cuerpos caian unos tras otros sin vida como antes habian caido destrozados los aparejos de la nave.

No brillaban los ojos del poeta, sino que despedian centellas de furor y de entusiasmo. Su pálida frente se levantaba sobre todas; su voz dominaba el estruendo del combate, y quitando una vida con cada golpe que descargaba, y avanzando un paso por cada enemigo á quien tendia á sus pies, fijó su ardiente mirada en el estandarte real de Egipto y exclamó:

—¡Allí lo teneis! ¡Bendita la mano que lo arranque para clavar el de la cruz divina! ¡La muerte está con él, pero tambien una corona cuyo laurel glorioso no será marchitado por los siglos! ¡Compañeros, el que ponga bajo sus pies el estandarte impio verá su nombre en el libro glorioso de la inmortalidad!

Un grito de entusiasmo respondió á estas palabras, y los católicos redoblaron sus esfuerzos mientras que los turcos empezaban á sentir el espanto.

Igualmente llevaban la ventaja en todos los buques los soldados de la Liga.

La Real Capitana y la Otomana habianse abordado como la *Marquesa* y la Capitana de Alejandria.

Don Juan de Austria se mostraba digno de su glorioso renombre: siempre á la cabeza de sus soldados, destruia y avanzaba, pugnando por encontrarse frente á frente con Alí, generalísimo de los turcos que tampoco desmentia su fama de valiente.

Declinaba el sol hácia su ocaso, y las tinieblas de la noche se preparaban á tender su negro crespon sobre tantos horrores.

Pronto el silencio de los sepulcros reinaria donde el estruendo dominaba.

Tras los rayos de oro del sol que habian alumbrado la animacion y la vida, los resplandores de plata de la nacarada luna velarian en breve, como una antorcha fúnebre, la muerte y la quietud.

Pocas horas despues las ensangrentadas olas se revolverian entre cadáveres sin que las duras quillas cortasen sus espumas.

La noche debia protejer, ocultando en su negro seno, á las victimas que amenazaba sacrificar la guadaña de la muerte.

Bendita, santa noche cuando traes el cansancio y tus tinieblas suspenden la matanza de los combates.... pero nó, ¡oh, noche! que tu oscuridad abriga el crímen, alienta al asesino y levanta su brazo.

Declinaba el sol y el Oriente oscurecia como la gloria de sus hijos mientras la alcanzaban los defensores de la santa fé cristiana.

Apenas en la Capitana de Egipto podia ponerse un pie sin pisar un cadáver ó hacer salpicar la sangre de un charco enrojecido y humeante aun.

—¡Perros, infieles!—gritó Cervantes—¡Canalla vil, gente menguada y cobarde! ¡Condenados, impios!... ¡Atras, vive el cielo! ¡Atras, plaza, que la victoria es nuestra!

—¡Al gigante del hacha, al de la pálida frente que son los mas terribles!—dijeron muchos turcos, señalando á Barbarigo y al poeta.

Y uno de aquellos infieles, preparando su arcabuz, apuntó al incansable veneciano.

Cervantes dejó escapar un grito, y comprendiendo con

su viveza de imaginacion, que asestando un golpe al que amenazaba la vida de su gefe, no evitaria que el arma se disparase, asió con la mano izquierda atrevidamente y junto á la boca el cañon del arcabuz enemigo y le dió otra direccion. Empero en aquel instante oyóse la esplosion y la mano salvadora quedó mutilada y llena de sangre.

Contrajéronse los músculos del rostro del poeta; sus megillas palidecieron mas de lo que estaban aun; mordióse los lábios, y haciendo un esfuerzo, exclamó:

—¡Sangre!... ¡Oh!... ¡Gracias, Dios mio!... ¡Miradla, compañeros!—prosiguió, desplegando una sonrisa—¡Miradla como corre! ¡Ya salvé mi honra!

—¡Viva Cervantes!—gritaron los soldados.

El hacha de Barbarigo se hundió en el pecho del que habia disparado contra el suyo; pero estaba decretada la muerte del veneciano, y de nada sirvió que le librase la vida un rasgo de abnegacion sin igual: una flecha turca le atravesó la cabeza, entrandole por el ojo izquierdo.

—¡Maldicion!—gritó el valiente capitan—¡Oh!... ¡Sin arrancar ese estandarte!

No pudo proseguir: la luz faltó á sus ojos, y despues de vacilar algunos instantes, cayó pesadamente sobre un monton de cadáveres.

—¡Venganza!— gritó el poeta — ¡Venganza, compañeros!....

—¡Venganza!—se oyó repetir por todas partes.

—¡Has perdido la vida, pero tu hacha destruirá al último de los enemigos!—prosiguió Cervantes.

Y con peligro de recibir la muerte porque descuidaba la defensa, recojió el hacha de Barbarigo y la blandió con terrible ademan.

Entre tanto su sangre corria, pero ni siquiera pensó nuestro héroe en restañarla, ni el dolor de la herida le amenguó el aliento, sino por el contrario, escitó su coraje.

En torno de él y de sus camaradas se agrupó la mayor parte de los enemigos, ya porque su primera atencion era defender el estandarte, ya porque consideraban al poeta y á los suyos como á los mas temibles, atendiendo al ardor con que peleaban, á la destreza que dejaban ver en manejar las armas, y á la firme resolucion que en ellos se notaba de no retroceder un solo paso.

Y en verdad que era así, pues cuando los valerosos cristianos no avanzaban, todo lo mas, se detenian para desembarazarse de sus acometedores, pero no daban un paso atras aunque hubiesen con ello de salvar la vida.

Entre el estrepito del combate gritaba así el poeta:

—¡Allí está la gloria, vamos allí!

—¡Allí está tu muerte!—dijeron muchos turcos que lograron rodear al jóven—¡Allí está tu muerte si es que logras llegar allí!

—¡Perros, condenados!—repuso Cervantes, descargando innumerables golpes—¡No os regocije el ver correr mi sangre, que la sangre no hace falta cuando el aliento sobra! ¡Atravesad mi corazon y lo vereis latir despues! ¡Villanos, mal nacidos, cobardes!...

—¡Socorramos á nuestro camarada!—dijeron muchos soldados.

Y pugnaron por colocarse al lado del poeta; pero no pudieron conseguirlo tan pronto como deseaban.

Cervantes se vió perdido: le era imposible defenderse pues por todos lados le acometian. Entonces, con el acento de la desesperacion, gritó de modo que se oyó en todo el bajel:

—¿Ha envilecido la esclavitud vuestros corazones? ¿No os atreveis á tomar venganza de los que os han tratado como á bestias miserables? ¿Las desgracias os han hecho dudar de Dios y han entibiado vuestra fé?... ¡Romped las cadenas, vuestros hermanos mueren por rescataros!

Dejóse oir un rugido sordo por las bandas de babor y estribor, como si las olas hubiesen respondido á la escitacion del poeta, y tras aquel rugido, al cabo de algunos momentos, un murmullo de espanto y los gritos de,

—¡Se rebelan, se escapan!

Que en lengua turca pronunciaron los infieles.

La causa de estos gritos fué que, por acudir al combate, habian descuidado los turcos la guarda de los cautivos cristianos de que se servian para remeros, y aprovechandose estos del descuido, viendo que la victoria se inclinaba á los católicos, y escitados al fin por las palabras de Cervantes, lograron, con la ayuda los unos de los otros, deshacer las ligaduras que los sujetaban á los duros bancos, y á trueque de perder la vida, acudieron al lugar en que mas encendida estaba la pelea, proveyendose de las diversas armas que encontraron sobre cubierta de los que habian perecido.

Eran muchos los cautivos, y aunque casi desarmados, su crecido número y lo inesperado de su acometida, puso en grande aprieto á los infieles y casi puede decirse que decidió el combate. Bastantes sucumbieron al primer choque por la escasa defensa que podian oponer á los golpes de los contrarios, pero esto no disminuyó el ardor de los demas que comprendieron que su salvacion única estaba en el completo esterminio de sus crueles opresores.

Cervantes se vió muy pronto libre de lós que le rodeaban, y unido á sus compañeros, logró acercarse mas al estandarte codiciado.

—¡Dios y España!—exclamó.

Y derribando enemigos avanzó mas y mas.

Un ardor febril parecia impulsar su brazo que agitaba, revolviendo en todas direcciones, el hacha de abordaje cuyo ensangrentado filo hendia los cráneos y dividia los enemigos pechos con sus terribles golpes.

—¡A mí, compañeros!—gritó—¡A mí si sois españoles y cristianos! ¡A mí si el honor alienta vuestros pechos!

Y sin sentir el dolor de la herida de su mano, con los ojos chispeantes y la frente erguida, lanzóse á los que defendian el estandarte real.

Sus compañeros, poseidos del mismo ardor, lo siguieron sin vacilar.

Trabóse un combate horrible y la sangre corrió á torrentes.

Del uno y del otro bando acudieron muchos.

Uno, dos, tres, cuatro enemigos cayeron á los golpes del hacha del poeta.

—¡Viva España!—gritó á la vez que dividia la cabeza del turco que se encontraba entre él y el estandarte.

Y arrojando lejos de sí el hacha, porque solo podia hacer uso de su mano derecha, empuñó la enseña real, y levantandola para tenderla despues á los pies de sus compañeros, exclamó:

—¡Victoria!

Empero tras este grito resonó una detonacion, y la encendida bala de un arcabuz sarraceno atravesó su pecho noble.

Ni una queja, ni un leve gemido salió de la boca del poeta; su mano apretó convulsivamente el asta del estandarte, elevó al cielo una mirada de indefinible ternura, y luego sus ojos, radiantes con la luz de la gloria se tornaron hácia la Real Capitana y la Otomana que aun se disputaban la victoria.

—¡Venganza!—gritaron los soldados españoles.

—¡Nó, compañeros!—les dijo Cervantes esforzándose para sostenerse de pie.—¡Venced antes que vengarme!... ¡Antes la fé de Cristo y el patrio honor!... ¡Morid como yo muero!... ¡Sí, sois españoles, me mirais con envidia!... ¡Yo tambien he envidiado á los que yacen en el abismo de las

aguas!...? ¡Dichoso el que pueda pedir á la posteridad un nombre en la página sin par gloriosa de la jornada de Lepanto!

Detúvose un momento y quiso con la tela del mismo estandarte contener la sangre que en abundancia manaba de su profunda herida; pero al ver que algunos intentaban socorrerle, prosiguió:

—¡Aun tengo vida! ¿Qué importa que se pierda la sangre si no se mengua el valor? ¡Miradle!... ¡Victoria!—exclamó con acento de febril entusiasmo.

Y señaló hácia la Real Otomana.

Todos, con peligro de sus vidas, miraron hácia aquel punto, y vieron ondear en la galera turca el estandarte de la santa Liga y levantarse en la punta de una pica la ensangrentada cabeza del generalísimo Alí.

—¡Victoria, victoria!— se oyó gritar por todas partes.

—¡Gracias, Dios mio!— exclamó el poeta.

Y al elevar al cielo una mirada de inmensa gratitud, un segundo arcabuzazo hirió otra vez su pecho. Ahogó en su garganta un ¡ay! que hubieran tenido á mengua dejar salir sus lábios; oprimió contra su ensangrentado pecho el estandarte; brillaron por un segundo sus negras y ardientes pupilas, y su cuerpo vaciló.

Dos de los veteranos que lo habian seguido lo sostuvieron.

—¡Rayos del infierno que me trague!—gritó el uno á la vez que estendia su nervudo brazo, cerraba el puño con ademan de terrible amenaza y el fuego de la desesperacion brotaba de sus negros ojos.

—¡Ira de satanas!—gritó el otro mientras que rechinaba los dientes y arrancaba un puñado de su encanecido bigote.

El grito de victoria resonó por todas partes.

La armada turca estaba completamente derrotada, y las pocas y averiadas galeras que no habian sido destruidas,

Mugica inv y lit. Lit de M. Bort

"Oprimió contra su ensangrentado pecho el estandarte...

PARTE PRIMERA.

EL CAUTIVERIO.

CAPITULO 1.

Donde se verá lo que habia sido de Cervantes.

ERA uno, no recordamos cual, de los primeros dias del mes de enero de 1576, es decir, cerca de seis años despues del sangriento cambate de Lepanto. Desaparecian en Occidente los últimos rayos del sol, y las estrechas y tortuosas calles de Argel veíanse muy pobladas por los mahometanos habitantes de la ciudad que se dirijian á las mezquitas para rezar la oracion de la tarde. Todos iban silenciosos, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Los sombrios edificios estaban tambien silenciosos y sus puertas se veian cerradas, sin que por los agujeros de las celosias de sus estrechas ventanas ó balcones de madera se escapasen aun esos destellos de luz que en las poblaciones despiden con sus vacilantes reflejos á los últimos arreboles del crepúsculo vespertino.

Aumentábase la concurrencia de las calles por la de muchos esclavos que se cruzaban en todas direcciones y se dirijian á las casas de sus respectivos amos, y aunque el rudo y continuado trabajo de muchas horas teníalos fatigados en estremo, no dejaban de caminar aprisa, temerosos de que la noche les sorprendiese fuera de su encierro y que por esta falta les impusiesen un terrible castigo. No habia entre todos ellos un rostro en que no se revelasen padecimientos los mas crueles y falta de salud, y con solo reparar en su casi completa desnudez, adivinábase el duro y miserable trato que sufrian. Muy pocos eran los que no iban descalzos, y rarísimo, y se tenia por dichoso, el que habia logrado algo mas que unos calzoncillos, y una, á manera de camisa, de áspero lienzo, pues muchos aun de esta carecian y llevaban desnudo el pecho y la espalda sobre la que á veces tenian que cargar un pesado fardo. No eran pocos los que llevaban argollas y cadenas de hierro desde la cintura á los pies, que les embarazaban en gran manera para andar, y á veces, con el contínuo roce heríanles hasta hacer salir la sangre. Si alguno estaba falto de una oreja, de los dientes ó de parte de la nariz, era porque habia sufrido, por la mas leve falta, uno de los bárbaros castigos que solian imponer con la mayor sangre fria sus amos. Y aun sin tener falta alguna que castigar, aquellos mónstruos de la humana raza, solian cortar á cualquiera de sus esclavos una oreja, y hasta empalarlos, no mas que por el feroz placer de verlos hacer un gesto en el esceso del dolor ó en las ansias de la agonía.

Ninguna ley habia que pusiese límites á la crueldad de los señores; eran dueños absolutos de sus esclavos, con el derecho de vida y muerte, y si alguna vez contenian los impulsos de su ferocidad, era por puro egoismo, temerosos de perder con la vida de un esclavo el précio del rescate ó las ganancias de una venta.

Tristísimo era el estado de los infelices cautivos. Empleábanlos en los mas rudos trabajos, apenas les daban el alimento suficiente para sostener la vida y teníanlos casi desnudos. Los que por la pobreza de sus familias no podian esperar ser rescatados por una respetable suma, eran generalmente destinados á remar en las galeras ó á durísimos trabajos en los arsenales ú obras públicas, y reservaban á los demas para el servício de las casas ó los encerraban en los *baños* que eran unas prisiones que consistian en algunas cuadras y patios, húmedas, mal sanas, y estrechas por mucha capacidad que tuviesen, pues en ellas se encerraban á veces hasta tres ó cuatro mil hombres. Todos los señores podian llevar allí á sus esclavos cuando les estorbaban en sus casas ó no podian guardarlos con seguridad. Un solo consuelo tenian aquellos desdichados, y era el libre ejercicio de su religion, permitiendoles asistir á las diferentes iglesias católicas que habia en la poblacion y cuyo culto se sostenia con las limosnas que enviaban los fieles españoles y aun con las de los esclavos que en su mísera condicion no dejaban de encontrar medios con que adquirir algunos recursos. Raro parece que un pueblo inculto, fanático y que se gozaba en atormentar á los católicos, permitiese que estos, sus mayores enemigos, ejercitasen tan libremente su religion; procuraban hacerles renegar de su fé, halagándoles con todo género de promesas, pero á ninguno obligaban ni tampoco imponian castigo alguno, ni aumentaban la dureza de su trato, si se negaban á trocar por la de Mahoma la religion de sus padres.

Nada añadiremos á la ligerísima idea que hemos dado

de la suerte de los cautivos en Arjel, porque en el transcurso de la presente historia la conocerán nuestros lectores hasta en sus mas insignificantes detalles: solo añadiremos que en aquella época, Arjel era el refugio, la madriguera puede decirse de todos los piratas turcos, que estaba gobernado por un virey nombrado por el sultan, y como dicho vireinato tenia un periodo fijo de tiempo, pasado el cual, el que lo disfrutaba era reemplazado por otro, cada uno de aquellos tiranuelos, á quienes no se les pedia cuentas de su conducta con tal de que pagasen religiosamente el tributo, cometia todo género de abusos para enriquecerse antes de abandonar el empleo. Generalmente, los gobernadores habian sido piratas, y para obtener el vireinato, se les habian contado por títulos meritorios los robos y crueldades con que habian hecho célebres sus nombres.

Réstanos decir ahora lo que habia sido de nuestro héroe. No haremos un minucioso relato de los sucesos de su vida durante los cinco años que han transcurrido desde que lo vimos en Lepanto.

Cerca de un año permaneció Cervantes en Mesina, curándose de sus peligrosas heridas y con el dulce consuelo de verse particularmente atendido por don Juan de Austria, quien le aventajó en tres escudos al mes, socorriéndole además muchas veces con demostraciones de un interés el mas cariñoso.

El erudito autor de la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* inserta en la *Biblioteca de Autores españoles*, que publica don Manuel Rivadeneira, y dirije el ilustrado señor don Buenaventura Cárlos Aribau, á quienes la literatura española debe importantes servicios, nos permitirá que en el relato que vamos haciendo copiemos algunas de sus frases y aun alguno de los párrafos de su notable escrito, porque no nos consideramos bastante para dar en pocas palabras y con tanta exactitud, viveza de colorido y elegancia en las formas

como él lo hace, una idea de los sucesos de la vida del príncipe de nuestros ingenios desde su salida del hospital de Mesina hasta el principio de su cautiverio. No podemos ofrecer al dicho autor en pago de este hurto nada que pueda servirle para sus trabajos literarios; pero sí le aseguramos que es mucha nuestra gratitud por lo que el Parnaso español debe á su talento, á su sabiduría y á sus constantes desvelos. Oportunamente haremos mencion de los demás eminentes escritores á quienes debemos la ayuda de acertadísimos consejos y datos sin los cuales valdria mucho menos de lo poquísimo que vale nuestra obra.

A fines de abril de 1572 se vió incorporado Cervantes en el tércio de don Lope de Figueroa, que fué á Corfú en las galeras del esclarecido marqués de Santa Cruz, concurriendo bajo las órdenes de Colonna á la jornada de Levante, y bajo las del generalísimo á la empresa de Navarino. La política de la Francia, atendiendo á sus particulares intereses, logró apartar de la liga á los venecianos, hizo surgir algunas dificultades, y hasta fines de setiembre de 1573 no salió de Palermo la espedicion, que se posesionó del fuerte de la Goleta y de la ciudad de Túnez, donde don Juan de Austria, harto confiado en la benevolencia de su hermano, soñaba en asentar su codiciada soberanía. ¡Codicia fatal que, con la que le hizo fijar sus miradas en Escócia, cortó en edad temprana el hilo de sus gloriosos dias! De esta espedicion fué parte el tércio de Figueroa, y tal vez Cervantes pertenecia á las cuatro compañías del mismo, que segun la espresion de Vanderhamen en su historia de don Juan de Austria, hacian temblar la tierra con sus mosquetes. ¡Temblar la tierra!... ¡Ah!... ¡Cuan tristísimos recuerdos y dolorosas comparaciones nos sugiere esta enérgica y célebre frase!

Nuestros lectores que han visto á Cervantes en Lepanto, comprenderán cuantas pruebas de valor no daria en aque-

lla espedicion donde se contaron tantos héroes como soldados, cuyas hazañas parecerian invencion de la fantasia si no las justificase la historia con documentos irrecusables.

Antes de la pérdida de Tunez y del fuerte de la Goleta, pérdida que tanta sangre costó á los tércios españoles, nuestro poeta pasó á Cerdeña de guarnicion, despues al Genovesado, y de allí á Nápoles y Sicilia, á las órdenes del duque de Sesa. Empero su suerte no mejoraba á pesar de haber dado tantas pruebas de valor, de lealtad á su rey, de amor á su patria, y seguia reducido á la miserable condicion de simple soldado. De nada le sirvieron cinco años de esclarecidos servicios y haber quedado inutilizado de su mano izquierda: distinguíanlo sus jefes, respetábanlo sus compañeros, y unos y otros le reconocian prendas no comunes, pero nada obtuvo sino estas consideraciones que, al arraigar en él el convencimiento de su valor, aumentaban su amargura, porque se hacia mas palpable la injusticia.

Cansado al fin, y viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos para adelantar en la peligrosa carrera de las armas, solicitó su licencia y la obtuvo de don Juan de Austria, quien le proveyó de espresivas cartas de recomendacion para el rey su hermano, á fin de que se le confiriese alguna compañía; el duque de Sesa escribió tambien encarecidamente en su favor á S. M. y á los ministros.

En compañía de su hermano Rodrigo, que tambien habia seguido la carrera de las armas, salió de Nápoles en la galera *Sol*, con mas esperanzas que dinero, con muchas ilusiones y sin mas realidades que las cartas de recomendacion que daban testimonio de sus esclarecidos hechos.

Navegaron felizmente, y ya nuestro poeta sentia henchirse de gozo su corazon porque iba á verse en su patria y en el seno de su familia, cuando el 26 de setiembre de 1575 se encontró la galera rodeada de una escuadrilla de galeotas que mandaba en persona el arnaute Mamí, rene-

gado albanes, capitan de la mar de Arjel, que era destino de importancia en aquel reino. Diéronle caza tres de estos bajeles, de los cuales el uno era de veinte y dos bancos, al mando del arraez Dalí Mamí, tambien renegado griego, y atacándola con denuedo vinieron al albordaje. La lucha fué sangrienta, pero las fuerzas no eran iguales, y de nada sirvió la resistencia obstinada de los cristianos. En aquel encuentro dió Cervantes nuevas pruebas de su valor, pero cayó al fin con su hermano Rodrigo y toda la tripulacion en poder de los piratas, y ambos cupieron en suerte al arraez Dalí Mamí cuando se hizo el reparto de la presa.

Su noble aspecto, su bravura en el combate y las cartas de recomendacion que llevaba nuestro poeta, hicieron creer á su señor que el prisionero era sugeto distinguido y de mucha importancia, y escitada su codicia con la esperanza de obtener un pingüe rescate, vigilóle estrechamente y tratóle con estremada dureza para obligarle así á que pidiese con mas afan á su familia que lo sacasen de tan triste estado. ¡Fortuna loca! ¿Quien habia de decir á Cervantes que las mismas prendas meritorias de que estaba dotado, los documentos que atestiguaban sus esclarecidos servicios, su valor y su honradez, habian de servirle para su mayor tormento, endureciendo mas el trato de su negra esclavitud?

Tal habia sido la suerte de aquel grande ingenio: tales los sucesos de su amarga vida desde que lo vimos en Lepanto perder su mano izquierda por salvar la vida al veneciano Barbarigo, y dar al cielo gracias cuando el mortífero plomo rompió su noble pecho.

Cuatro meses llevaba de cautividad, y continuaba sirviendo al arraez Dalí Mamí, en cuya casa estaba tambien su hermano Rodrigo.

Como deciamos al principio de este capítulo, el sol se ocultaba, los creyentes de Mahoma se dirijian á las mezquitas, y los esclavos á sus encierros.

Caminaba por una de las calles, la mas solitaria, ya de prisa, ya despacio, á veces deteniendose, y como absorto en profundas meditaciones, un esclavo en cuyo pálido rostro brillaban sus ojos negros y espresivos con el fuego de una ira mal reprimida.

Era Cervantes.

Como todos los que sufrian la triste suerte del cautiverio, iba casi desnudo. Llevaba una gruesa cadena de hierro sujeta á la cintura por uno de sus estremos con una cuerda de cáñamo, y por el otro enlazada á un grillete que oprimia su pierna derecha sobre el pie. El chirrido que producia la cadena al moverse marcaba los pasos del poeta como para que cuidase contar los que daba durante su esclavitud.

Con el mismo aire meditabundo dejó atras aquella calle, atravesó otras y al fin se detuvo junto á la puerta de una casa bastante grande y en cuya parte posterior se veian las altas tapias de una huerta ó jardin. Cervantes llamó, abrióse la puerta, y pasó adelante.

El sol se habia ocultado ya, y las tinieblas de la noche envolvian completamente á la poblacion.

La luz de un farolillo iluminaba el zaguan de aquella casa que era la de Dalí Mamí.

Salió al encuentro de nuestro poeta un turco pobremente vestido, de gigantesca estatura y horrible semblante de siniestra y feroz espresion, llevando en la mano izquierda una linterna y en la derecha unas disciplinas hechas de cuerdas de cáñamo trenzadas, enceradas, y con muchos nudos.

—Ya es de noche—dijo al poeta con voz ronca y desagradable que resonó en el interior de su ancho pecho como el ronquido de un leon en el interior de una caverna.

Cervantes no contestó ni aun siquiera miró al que tales palabras le dirijia.

—¿Me has oido, esclavo?—repuso el turco con salvaje aspereza.

—Sí—contestó Cervantes.

—¿Y no sabes el castigo que se impone á los esclavos que no se han recojido antes de anochecer?

—Diez azotes—replicó tranquilamente el poeta mientras que se dirijia hácia una puertecilla que daba paso á un largo corredor.

—No has pecado por ignorancia—dijo el gigante, agitando sus diciplinas y como si fuese á descargarlas sobre Cervantes.

—El tiempo que gastas en hablar—replicó el poeta—puedes invertirlo en darme los azotes.

—¿Me provocas, perro desagradecido?—repuso el turco—No perderé mas tiempo.

Y diciendo así levantó el brazo con intencion de descargar el primer golpe.

Cervantes observó el movimiento, sus megillas se tornaron rojas como si fuera á brotar la sangre de ellas, volvióse repentinamente, y clavando en el turco su penetrante mirada, quedó inmovil, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza erguida con imponente altivez. Los ojos del poeta brillaban en aquel momento como dos ascuas, y su frente contraida y un estremecimiento nervioso que recorrió todo su cuerpo, revelaron la ira que trabajosamente contenía en su pecho.

El turco se sintió dominado por el influjo poderoso de aquella mirada, y no pudiendo sacudirlo, rechinó los dientes, dejó escapar un rujido y bajó el brazo casi sin saber lo que hacia.

—¿A qué esperas?—le dijo Cervantes—¿Tienes miedo ó es que piensas darme otro castigo mas severo?

—Es que si empiezo no acabaré hasta dejarte sin vida; pero al fin lo conseguiras, y te juro por el santo profeta que no he de perdonarte muchas veces.

—¿No te ha convencido la esperiencia—repuso el mancebo

—de que á mi placer exalto tu cólera ó te hago sonreir? Tú eres mi esclavo y yo no lo soy de nadie.

—¡Oh!....

—Mira—prosiguió Cervantes sin hacer caso de un gesto horrible y amenazador del turco—he hablado con uno de los cristianos que tienen la costumbre de socorrernos, y como otras veces, ahora me ha dado una prueba de su caridad.

—¿Y qué me importa?....

—Toma—interrumpió el poeta sacando una pequeña moneda de plata y arrojandola á los pies del turco—Esa es su limosna.

—¿Y para qué me das esto?—preguntó el gigante á la vez que recojia la moneda.

—Para lo que te he dado otras, para que la gastes, porque yo no la quiero, y sabes que tengo la costumbre de hacerte esos regalos....

—Si piensas que así....

—Nada te he pedido hasta hora ni pienso pedirte. Cuando te place me tratas con dureza y no me quejo, ó me tienes alguna consideracion y tampoco te doy las gracias.

El turco se encojió de hombros y guardó las disciplinas entre los pliegues de su faja.

—Vamos, sígueme y encierrame si ninguna cosa tengo que hacer, pues estoy fatigado y deseo descansar.

Cervantes entró seguido del turco por la puertecilla de que ya hemos hablado, siguió un largo y estrecho corredor y bajó una escalerilla muy pendiente á cuyo final habia otra puerta.

—Registrame—dijo, deteniendose y abriendo los brazos.

—Dejemos por esta noche la ceremonia--contestó el gigante—Entra y duerme. Toma la linterna que te dejo esta noche por gracia particular si me juras por tu Dios crucificado apagarla antes de media hora. Así podras ver á tu hermano y dar envidia á tu compañero.

—Te juro apargarla antes de media hora.

—Volveré á ver si lo cumples—repuso el turco, dando la luz al mancebo.

Este entró en un espacioso sótano, de techo abovedado, de negras paredes y húmedo piso. La atmosfera era allí pesada, pestilente y como sin otra ventilacion que la de la puerta.

A la opaca luz de la linterna pudieron verse, recostados sobre un monton de paja, dos esclavos que al fijar sus miradas en el poeta dieron muestras de contento y se le acercaron para abrazarlo.

El uno era Rodrigo, el hermano mayor de Cervantes, y el otro un veterano capitan llamado Francisco de Meneses, que habia servido tambien en el tércio de don Leandro de Figueroa.

El poeta contestó cariñosamente á los saludos de su hermano y del capitan, dejó en el suelo la linterna, sentóse con ellos en el monton de paja, y cuando sintió que el turco habia cerrado la puerta y que se alejaba, dijo:

—Se acerca el dia de nuestra libertad.

—Esplícate, hermano—dijo Rodrigo con tono afanoso—Te esperábamos con impaciencia para saber lo que habias adelantado.

—Mirad—repuso el mancebo alegremente y á la vez que sacaba de debajo de su camisa un trozo de lima.

El capitan Meneses se apoderó de aquel objeto, y lo mismo que Rodrigo, dióle entre sus manos mil vueltas, examinólo con centellante mirada, y en su entusiasmo hasta lo besó con ternura.

—Ya veis que Dios no nos abandona—repuso el poeta—Con esa lima romperemos los grilletes para poder caminar sin ningun estorbo y deprisa, pues de otra manera necesitariamos emplear doble tiempo en nuestra marcha y podrian darnos alcance.

—Pero hablais de nuestra fuga como de una cosa cierta.

—Y asi es la verdad, y no habeis de tardar tres dias en convenceros. Todo se consigue á fuerza de constancia que es el arbitrio mas poderoso de cuantos están al alcance del hombre.

—¿Has visto al alferez Castañeda? —preguntó Rodrigo.

—Y al sargento Navarrete, el cual ha robado esta lima en casa de un cerrajero que trabaja para su amo. Ha tenido miedo de guardarla, y me la ha dado.

—¿A quien mas has visto?

—A ninguno mas de los que se ocupan de nuestra fuga.

—¿Qué os ha dicho Navarrete?

—Que por su parte está dispuesto á todo, como lo prueba el hurto de esa herramienta; pero que le parece imposible encontrar al hombre que ha de servirnos de guia.

—Lo mismo pienso yo—dijo Rodrigo.

—Y yo tambien—añadió el capitan—temo que ese inconveniente dasbarate nuestro plan y acabe con nuestra esperanza.

—Os equivocais—repuso el poeta.

—No digo—replicó Meneses—que no se encuentre alguno que se preste á nuestros deseos, pero será en la apariencia, con el fin de sacarnos algunos ducados y delatarnos luego para lograr una recompensa por su traicion. Ya sabeis cuan falsas son estas gentes y lo poco ó nada escrupulosas que se muestran cuando se trata de engañar á los cristianos, porque nos consideran como bestias.

—Tomaremos precauciones para que no suceda asi.

—Todas son pocas.

—Algun riesgo hemos de correr, aunque sea el de la vida, porque todo es preferible al miserable estado en que nos hallamos. ¿Qué puede suceder, que nos ahorquen?... ¡oh!... lo prefiero á pasar la vida encerrado en esta cueva ó trabajando mientras levanta sobre mis costillas el látigo mi

inhumano señor. Y ya sabeis que aun no se me ha dado un solo golpe, pero las amenazas me han herido en el alma mas que los azotes pudieran haberme herido el cuerpo.

—Teneis razon.

—Todo es preferible, os lo repito, á verse tratado como una bestia, á ser esclavo. Cien veces hemos espuesto la vida en los combates y hemos hecho mas de lo que nos mandaba nuestro deber solo por el vano orgullo de que nos llamen valientes; ¿pues cuanto no es mas justo que arrostremos toda clase de peligros por alcanzar nuestra libertad, por esa libertad que es el primer derecho del hombre? ¡Esclavo.... esclavo el hombre que tiene una vida en la tierra y otra en la eternidad!... ¡Antes la muerte! ¡Que los padecimientos no amengüen vuestro valor ni rebajen los quilates de vuestra dignidad!...

—¡Somos españoles y nuestros cuellos no pueden doblarse sin haberlos cortado!—exclamó el capitan—No temo la muerte, y antes la prefiero que esta vida que me envilece. Cuando llegue la hora, pronunciad una palabra y no nos vereis vacilar para seguiros.

—Nunca lo he dudado—repuso Cervantes—y menos de vosotros que tantas pruebas de valor teneis dadas. La hora llegará; no perdais la fe en Dios que es la que da á la voluntad del hombre una fuerza superior á todas las cosas.

—Tú redoblas nuestros alientos, hermano mio.

—Si los perdeis—prosiguió el poeta—mirad en torno vuestro y vereis vuestro porvenir en esas negras paredes.

—Antes la muerte—murmuraron con espanto Rodrigo y el capitan al estender sus miradas por el oscuro sótano.

—Ahora—repuso Cervantes—demos gracias al Omnipotente por la ayuda que se digna prestarnos, y apaguemos la luz y acostémonos por si vuelve ese mónstruo á quien no debemos infundir sospechas.

—Sí, roguemos á Dios que mañana nos dé una nueva suerte.

—No será estraño: ya he fijado mi atencion en cierto moro de mala vida que tiene el vicio de la embriaguez y pienso que ha de servirnos para el caso. Trabaja en clase de peon en la obra que hacemos en la huerta, y me es fácil ponerme en comunicacion con él.

—Nada nos habias dicho.

—Ni os diré mas porque os repito que podemos infundir sospechas si seguimos hablando.

—Ciertamente.

—Básteos saber que tengo mucha y muy fundada esperanza.

—El cielo os ilumine.

—Oremos.

Arrodilláronse aquellos tres hombres y los ecos de su ferviente oracion se repitieron en la bóveda. Sus ojos brillaban con los resplandores de la mas ardiente fé religiosa, y nadie hubiera podido contemplarlos sin doblar la frente. ¡Cuan tranquilo estaba su espíritu en aquellos solemnes instantes, y cómo el rezo les hizo olvidar todos sus tormentos y amarguras!... ¡Ah!... ¡La oracion cuando la fé arde viva en el alma es divino consuelo el mas dulce de todos!

Terminaron sus preces los desdichados cautivos.

Cervantes apagó la luz, y el silencio mas profundo reinó.

CAPITULO II.

Donde pasaremos desde el negro calabozo del esclavo á la dorada prision de una muger.

UN no habia dejado ver la aurora su risueña y sonrosada faz, cuando los tres cautivos, sacudiendo de sus ojos el sueño, sentáronse en la paja, y despues de breves instantes se arrodillaron para rezar. Presumian que se acercaba la mañana porque la costumbre les hacia despertar siempre á la misma hora; por lo demas, el sótano estaba tan oscuro como á la media noche, porque ya hemos dicho que solo por la puerta podia recibir algun escasísimo resplandor, y esto solo á ciertas horas del dia y estando abiertas unas ventanas del corredor inmediato que daban al jardin.

—¿Habrá amanecido?— preguntó Meneses despues de terminado el rezo.

—Poco debe faltar—contestó Cervantes—segun lo anuncian los gallos.

—Pronto— repuso Rodrigo— vendrá nuestro gefe para mandarnos ir al trabajo.

—No tardará, y por lo mismo, debemos aprovechar estos instantes para quedar de acuerdo en lo que cada cual debe hacer hoy.

—Vos dispondreis—repuso el capitan.

—Tú—prosiguió el poeta dirijiéndose á su hermano Rodrigo—te encargarás de decir al alferez Rios y á don Beltran que poseemos una lima con que romper sus grilletes los que les tengan, y que espero ganar las voluntades de un moro que trabaja en mi compañia.

—No dejaré de participarle tan buena nueva.

—Como tienes ocasion de hablar con don Beltran cuando te plazca, porque formais pareja para tirar de un mismo carreton, añádele que el señor Baltasar de Torres me habló ayer en el mercado y que demuestra los mismos deseos de favorecerle; que procure verlo por si le da algun socorro, lo cual no será difícil porque me dijo que habia hecho una lucida ganancia en la última partida de tafetanes que recibió de Valencia. Si á fuer de paisano le da un par de escudos, podremos, con lo ya reunido y poco mas, acudir á todos los gastos de nuestra empresa.

—Tal vez hoy al mediodia—contestó Rodrigo—me dejen solo en el carreton de sacar los escombros, porque hace falta madera y enviarán á buscarla á don Beltran que para esto ha mostrado buena inteligencia.

—Tanto mejor; así podrá tal vez aprovechar la coyuntura para ir á ver al señor Baltasar de Torres, y esplicándole el pormenor de nuestro proyecto pedirle la ayuda de algun socorro.

—Nada olvidaré—contestó Rodrigo—y al efecto aprovecharé las primeras horas del dia para hablarle.

—Ahora me toca á mí—dijo Meneses—que aunque me tienen atado á la nória donde estoy todo el dia dando vueltas, ya sabeis que no me falta ocasion de hablar á Osorio.

—Lo mismo que á mi hermano os digo á vos—repuso el poeta—Dadle al buen hidalgo las noticias que tenemos, y que sea prudente para evitar que descubran el escondite donde guarda los diez ducados.

—Y sobre todo—añadió el capitan—que nada trasluzca del proyecto la mulata porque seria muy capaz de delatarlo antes que dejar que se le fuese su amante.

—En verdad, mi buen amigo—replicó Rodrigo—que se necesita sobrada fuerza de fingimiento para corresponder á las caricias de una muger tan repugnante como la tal mulata.

—Le sirve de mucho.

—Es verdad, pero....

—Todo puede hacerse por alcanzar la libertad, y el dinero que roba la mulata á su señora y que entrega al hidalgo nos será muy útil.

Hubo algunos momentos de silencio mientras que los tres desdichados sacudian de sus miserables ropas la paja que se les habia pegado durante la noche.

—Pienso—dijo al fin Rodrigo á su hermano—que hace muchos dias que no hemos recibido noticia alguna de nuestros padres.

—¡Cuántos sacrificios estarán haciendo para conseguir nuestro rescate!— repuso el poeta cuyos ojos se humedecieron.

—He soñado que los abrazaba—contestó Rodrigo con no menos ternura.

—¡Quiera Dios que se cumpla tu sueño!

—¡Felices vosotros—dijo el capitan—que al volver á

vuestra patria encontrareis pechos amigos que estrechar contra los vuestros!

El llanto corria fácilmente por las megillas de aquellos infelices que en su situacion sentian con mas viveza que nunca los recuerdos de la patria y de la familia, y ya enjugaba el veterano una lágrima, cuando se oyeron pasos en la parte de afuera del sótano, y la puerta se abrió violentamente.

—¡Arriba, holgazanes!—gritó el gigante turco mientras que, haciendolas crujir, sacudia sus disciplinas á guisa de amenaza.

—Há rato que os esperamos, buen amigo—le dijo el capitan.

—¿Amigo me llamais, perros condenados? Ya os he dicho que no me falteis al respeto. Sin duda teneis frio y quereis que os caliente las espaldas.

—Lo que tenemos frio—dijo Cervantes—es el estómago.

—El almuerzo os espera, y hoy es bueno.

—¿No es el de siempre?

—Teneis estraordinario.

Los tres cautivos siguieron al gigante, atravesaron el corredor, dejaron atras dos espaciosos aposentos, y salieron á un patio en donde estaban ya hasta otros doce esclavos de distintas edades.

Pocos momentos despues llegaron otros dos, llevando un arteson de madera lleno de habas cocidas con agua y sal, y colocadas al rededor algunas, al parecer cucharas, de madera, pues era aventurado calificarlas de tal.

Algunos de aquellos infelices mostraron en sus semblantes la alegria que les causaba la vista de aquel asqueroso alimento, pues era muy delicado en comparacion del que acostumbraban á darles los demas dias. Una cebolla asada ó un pedazo de pan de centeno ó de maiz, negro, duro y mal condimentado era el almuerzo que ordinariamente se les daba,

y por consiguiente, no era estraño que se regocijasen al ver el repugnante cocimiento.

Colocáronse los desdichados alrededor del arteson, tomaron las cucharas y empezaron á comer ávidamente.

Los unos porque en su niñez habian tenido una grosera educacion, los otros porque en su larga esclavitud habian olvidado la que recibieran, y algunos porque los tormentos del hambre podian en ellos mas que ningun sentimiento delicado, es lo cierto que hubo instantes en que se rechazaban los unos á los otros y los mas robustos se aprovechaban de la superioridad de sus fuerzas para alcanzar mayor cantidad de alimento, y aun llegó el caso de disputar acaloradamente y de descargarse algun cucharazo en las narices.

Tuvo el gigante que intervenir al cabo en la contienda y poner órden á fuerza de latigazos que descargó indistintamente sobre acometedores ó acometidos, sobre débiles ó fuertes.

Aquellos infelices murmuraron en voz baja, despidieron miradas sombrias y se amenazaron mútuamente, conteniendo su enojo por temor de recibir mas duro castigo, pues en tales casos á los motores del desórden solian imponerles el de estar un dia y aun dos sin comer. Y esto era cosa de que ninguno se admiraba, pues sucedia con mucha frecuencia. ¡Cuantos perecian de hambre encerrados en sus oscuras mazmorras! Sin que exajeremos en el cálculo, bien puede asegurarse que de los cautivos que entraban en Arjel, la mitad eran víctimas de la falta de alimento, de la desnudez y de las enfermedades producidas por la insalubridad de los baños donde los encerraban. El P. Haedo, que vivió allí muchos años, dice en su *Historia de Arjel*, que muchos esclavos morian de hambre, especialmente si eran viejos ó débiles que no servian para el trabajo ó para ser vendidos. Un cautivo en el mercado valia menos que una mula, pues su precio corriente, á menos que no fuese persona de quien

se pudiese esperar rescate, no pasaba de doscientos ducados, ó lo que es lo mismo, de poco mas de dosmil reales, y eso en tiempo de escasez y cuando eran jóvenes, robustos, ágiles y de condicion humilde, porque sino, podian comprarse muchos á la mitad de este precio.

Bien pronto concluyó el almuerzo, y el turco dió rápidamente varias órdenes á los unos y á los otros, repitiendolas acompañadas de latigazos á los que no las comprendian en seguida.

Quedaron algunos en la casa para las faenas domésticas, y los demas salieron cuando el sol comenzaba á dejar ver sus primeros rayos y los habitantes de la ciudad se disponian á hacer la oracion de la mañana antes de emprender sus ordinarias faenas.

Los dejaremos alejarse, y mientras que nuestro poeta llega al punto donde trabajaba aquellos dias, nos internaremos en las mas apartadas habitaciones de la casa de Dalí Mamí por si algo observamos que pueda interesar á nuestros lectores.

En la parte del edificio que daba al jardin habia un aposento cuadrado cuyas paredes estaban cubiertas con esas primorosas labores de relieve pintadas de azul y blanco, rojo y oro que aun se conservan y admiran en alguno de los alcázares que nos dejó el arte de la dominacion Mahometana y que no hemos podido siquiera imitar. El techo, en forma de cúpula, estaba construido por vigas incrustadas primorosamente de nácar y marfil y recortadas y colocadas de modo que presentaban la mas bella combinacion que puede imaginarse. Ligeras columnitas de blanquísimo mármol se asentaban sobre la cornisa de los muros y sostenian las vigas, y entre las columnas, pequeñas ventanas redondas y cerradas con cristales azules y encarnados dejaban penetrar un resplandor agradable y en estremo dulce que en vano intentaban desvanecer algunos atrevidos rayos del sol

que á ciertas horas traspasaban los estrechos agujeros de la celosia pintada de color verde que cerraba una ventana, única del aposento, que daba al jardin. Tres puertas habia en distintas paredes, las tres con hojas de cedro incrustadas de marfil, y para completar la obra de tan costoso aposento, el piso era de mármol blanco pulimentado con tal delicadeza que era menester andar con sumo cuidado para no resbalarse.

Nada desmerecian tampoco los muebles que consistian en dos grandes divanes forrados de seda encarnada con flecos de oro, un espejo de cinco pies de altura formado de dos pedazos de cristal, con marco de ébano y colocado lejos de la pared y próximo á la ventana, un taburete tambien forrado de seda y oro, y grandes jarrones y demas vasijas para lavarse, llenas de perfumadas aguas. Ademas habia sobre dos mesas doradas muchos pomos de distintas formas llenos de esencias y olorosos aceites y algunos pebeteros de plata y de bronce donde se quemaban las resinas y yerbas de olores mas esquisitos.

Como presumirán nuestros lectores, aquella habitacion era el tocador de una muger, la esposa del acaudalado Dalí Mamí que, como todos los demas musulmanes de Arjel bien acomodados, rodeaba de aquel lujo á su esposa mientras que se contentaba con comer un mal guisado de arroz ó de trigo y beber una taza de café. La sobriedad de los turcos es estremada, y en aquella época, si hemos de dar crédito á las noticias del P. Haedo y otros historiadores, una familia de doce personas gastaba escasamente dos reales diaros en comer. Pero en cambio, en sus serrallos, el que era bastante rico para tenerlo, ó en el adorno de la persona y habitacion de su mujer ó mugeres, desplegaban un lujo estremado.

Media hora, poco mas ó menos, haria que los esclavos habian salido de la casa, y á pesar de ser tan temprano, hallábase sentada en el taburete de que hemos hecho mencion,

y delante del espejo, una muger cuya belleza arrebatadora intentaremos en vano pintar.

Los ojos de aquella muger eran grandes, rasgados, negros, de pupila brillante, ardiente y cuya espresiva mirada, viva á veces, á veces lánguida, revelaba un corazon de fuego, manantial de amorosa pasion que no satisfecha debia ser una espantosa borrasca, que correspondida debia ser un arrullo blando como el céfiro que besa los pétalos del lirio sin agitarlos, y mece á la azucena en su tallo débil sin romperlo, embriagador con la dulzura de esos aromas que adormecen y hacen soñar creaciones de fantásticos paraisos. Largas pestañas y arqueadas cejas negras rodeaban sus ojos y resaltaban en el blanco mate de su frente. Sus lábios rojos de hechicero corte, de provocativa espresion, levemente entreabiertos, permitian ver el tesoro de las perlas que encerraba su boca y dejaban escapar acentos tan dulces como el último eco de un harpa cuando se pierde bajo el estrellado cielo de una noche de estío. Caian sobre su entonces desnuda espalda y levantado pecho las crenchas largas, relucientes de su negra cabellera y ocultaban parte de su torneado cuello. Si era su rostro de belleza rara, de no menos perfectas formas era su cuerpo de talle flexible, de lánguidos movimientos. Acababa de salir del baño y por consiguiente estaba á medio vestir sus vistosas ropas y libre su cabeza de turbante ni adorno alguno y sin que schales ni joyas ocultasen los encantos de su belleza.

Dos esclavas indias de tez negra y brillante, con argollas de plata en el cuello y en los brazos y ataviadas con trages vistosos y de muchos colores, se disponian á peinar á la esposa de Dalí Mamí que, contra su costumbre, llevaba algunos dias de levantarse al amanecer, estaba triste, y aun á veces de sus negros y rasgados ojos brotaban dos perlas que dejaban en las megillas huellas de cristal y se evaporaban al caer en su ardoroso seno.

Solian murmurar las esclavas de este cambio de su señora, y pensando que Dalí Mamí tenia cincuenta años, era feo y de palabras y maneras rudo, hacian deducciones no desacertadas.

Evitarémos á nuestros lectores el enojo de seguir una por una todas las operaciones del tocado de Zoraida, y solo les diremos que pasada una hora pusiéronle sus esclavas los dos últimos brazaletes de oro y perlas, y aguardaron que un gesto les mandase salir de la estancia.

Zoraida se levantó, sentóse luego en uno de los divanes, y recostandose con descuido, guardó silencio por algunos instantes hasta que al fin dijo á una de las esclavas:

—Vete.

La negra salió.

Volvió á reinar un profundo silencio, durante el cual, la esposa de Dalí Mamí fijó varias veces una mirada escrutadora en la esclava, meditó, pareció dudar y luego dijo:

—¿Quieres ser libre, Jaguá?

Los ojos de la negra brillaron como dos luces.

—¡Libre!—exclamó—¡Libre como antes!

—Sí, libre y volver á tu tribu.

—¡En mi tribu y en mis bosques!... ¡oh!... ¡Quiero ser libre por un dia no mas aunque al otro me muera!

—¿Pero no querras morir ahorcada sin haber alcanzado tu libertad?

—¡Morir ahorcada!—repitió la negra con espanto.

—La libertad y tus bosques ó la esclavitud y la muerte te esperan.

—No te comprendo, sultana.

—¿Has amado á un hombre alguna vez?

—¡Oh! sí—contestó Jaguá cuyos ojos brillaron nuevamente y cuyo cuerpo se estremeció.

—Entonces comprenderas lo que una muger que ama es capaz de hacer.

—De todo es capaz, de todo.

—Entonces no me serás traidora, porque sabes lo que es la muger cuando la ciega una pasion.

—¡Pobre sultana! — murmuró tristemente la negra.

—¿Porqué te inspiro compasion? — dijo vivamente Zoraida.

—¿No palpita tu corazon por un hombre que no es tu esposo?

—¿Sabes lo que puede costarte ese secreto?

—Ya me lo has dicho, la vida si soy traidora, la libertad si te sirvo bien.

Los ojos de Zoraida se animaron; enrojeciéronse sus megillas por un instante, y se oprimió el pecho.

—Jaguá—dijo con enérgico acento—amo á un hombre que no es mi esposo, y moriré desesperada si ese hombre me desprecia.

—¡Pobre sultana!—volvió á murmurar Jaguá.

—¡Es verdad, con razon te inspira lástima mi desdichada suerte!

—¡Tú, Zoraida, que debias ser feliz porque eres libre!...

—¡Libre porque no me llaman esclava! ¡Libre en esta cárcel de oro cuyas riquezas trocaria yo por las secas arenas del desierto! ¡Es esclavo mi cuerpo porque estas paredes ponen límite á mis pasos, esclavos son del capricho de un hombre mi pensamiento y mis sonrisas, y tambien esclavos, mi llanto que no puede salir á los ojos cuando quiere, y mi aliento que en suspiros no puede exhalarse porque delataria los secretos del corazon! ¡Feliz dices cuando el deber me manda fingir amor y olvidar á quien amo! ¡Feliz cuando una pasion me abrasa el pecho y no templa sus ardores ni aun la esperanza!

—Eres hermosa como ninguna muger ¿porqué no ha de amarte ese hombre? ¿Te ha despreciado para que así te desconsueles perdiendo la esperanza?

—Tal vez no sepa que existo.

—Entonces....

—Está escrito que he de morir desesperada:—interrumpió Zoraida con voz sombria—está escrito, me lo dice el corazon.

—Dime, sultana, quien es ese hombre, y no saldrá el sol dos veces sin que lo veas á tus pies.

—¿Antes de dos dias?—replicó Zoraida enderezando su talle repentinamente—¿Sabes lo que dices? ¿No piensas en que puede haber muchas dificultades?

—Te lo prometo.

—¿Y si no lo cumples?

—Antes has pronunciado mi sentencia.

—Es imposible, Jaguá.

—Me has prometido la libertad....

—Y serás libre.

—Dime su nombre, sultana.

—Su nombre....—murmuró Zoraida como dudando—su nombre.... ¿Y si llega á despreciarme?... Nó, Jaguá, antes la duda que una realidad tristísima....

—No vaciles, sultana; antes la realidad y morir de un solo golpe, que la duda y acabar la vida lentamente á fuerza de sufrir.

—Es verdad, mas vale morir de un solo golpe

—Yo le pintaré tu amor, y tanto le diré, que aunque tenga un corazon de piedra se ablandará.

—¡Oh!... sí, sí, dile que son horribles los tormentos que padezco!...

—Su nombre, sultana, su nombre.

—Un esclavo—dijo Zoraida.

—¡Un esclavo!— repitió la negra cuya frente se contrajo.

—Se llama Cervantes...

—¿El manco?—preguntó Jaguá afanosamente.

—Sí.

La esclava reprimió un grito y tuvo que hacer un esfuerzo para sostenerse de pie.

—¡El manco!— murmuró con voz apenas perceptible y mientras que sus manos temblaban convulsivamente.

Zoraida no acertó á comprender la causa de la turbacion de la negra.

—¿Qué tienes, Jaguá?— le preguntó—¿Porqué se agita tu cuerpo, porqué inclinas la frente?

—Sultana— replicó la esclava con acento ahogado— ese amor que abrigas en tu pecho nos perderá...

La esposa de Dalí Mamí palideció.

—¡Tú tambien— exclamó— desvaneces mi esperanza!...

—No quiero la libertad— interrumpió Jaguá.

—¿Qué dices? ¿Te arrepientes de haberme prometido que antes de dos dias el hombre á quien amo estaria á mis pies?

—No sospeché que el esclavo manco fuese el objeto de tu pasion.

—¿Piensas que mis ruegos no lo conmoverán como á cualquiera otro?

La esclava no acertó á contestar: su turbacion se aumentaba, y la mirada sombria de sus grandes ojos casi infundia pavor.

—Esplícate, Jaguá—dijo Zoraida, levantandose.

Pero la negra no contestó.

—Esplícate.... ¿porqué tiemblas?... ¡Habla!—gritó la esposa de Dalí Mamí cojiendo por un brazo á Jaguá y sacudiendola violentamente.

—Tiemblo porque me amenazas—díjo la negra cayendo de rodillas.

—Levántate, Jaguá— repuso Zoraida, sentandose otra vez—Levántate y esplica la causa de esa turbacion.

—No me levantaré, sultana, porque tengo miedo.... Si me ves temblar es porque sé que ese hombre es fatal para tí y para mí.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Le has hablado alguna vez?

—Nadie me lo ha dicho sino un presentimiento, ni le hablé nunca porque la mirada de sus ojos me hace estremecer, me domina....

—Es cierto, Jaguá;—interrumpió Zoraida—la mirada de ese hombre se clava en el corazon....

Zoraida calló repentinamente y quedó pensativa.

—Lo amo tanto—prosiguió despues de algunos instantes—que no me importa la muerte ni todas las desgracias que puedan amenazarme con tal....

—Sultana—interrumpió vivamente Jaguá—no me hables de tu pasion porque.... porque me recuerda mis tristes presentimientos....

—¡Será mio!—exclamó con arrebato Zoraida.--Si no le basta mi amor le ófreceré riquezas y su libertad tambien si quiere llevarme á su patria.

—Nos perderemos....

—Es preciso que le hables, Jaguá, y que venga.

Dos centellas despidieron los ojos de la esclava que, haciendo un esfuerzo, dominó sus violentas emociones, y repuso:

—Le hablaré, sultana; pero tendras que esperar algunos dias.

—Hoy mismo.

—Ya sabes que trabaja en la huerta y que solo viene de noche para encerrarse en su cueva donde no puedo entrar.

—Le hablarás mañana.

—Tambien irá á la huerta.

—No irá, trabajará en el jardin.

—Tu esclava te obedecerá, dijo la negra.

—Bien, Jaguá, ya sabes lo que puedes ganar ó perder.

—Me mandarás ahorcar, sultana—repuso la negra—Tengo un presentimiento....

—Vete—interrumpió Zoraida.

La esclava salió, dirijióse precipitadamente á un apartado aposento, y cerciorandose de que estaba sola, retorcióse los brazos con fuerza convulsiva, y en ayes y lágrimas demostró el dolor mas desesperado.

—¡Antes moriremos las dos, pero no será suyo!—exclamó—¡Soy la esclava miserable, pero aprendí en los bosques donde he nacido á morder con el silencio de la serpiente!

CAPITULO III.

Siguen los preparativos de fuga.

poca distancia mas de un cuarto de legua de Arjel, tenia Dalí Mamí una huerta de recreo, y en ella era donde Miguel de Cervantes trabajaba desde algunos dias en la obra de reedificacion de una parte de tapia que se habia caido. Entre algunos peones que se empleaban á jornal en aquella obra, habia uno moro llamado Hamete, hombre de mala vida y que entre todos los vicios dominábale el de la embriaguez hasta el punto de prestarse á cometer cualquier crímen por un jarro de vino: flaqueza que conocida por Cervantes, le hizo comprender cuán fácilmente podria ganar la voluntad del moro, y por esta razon, con tanta seguridad dijo á su hermano Rodrigo y á Meneses que no tardaria mucho tiempo en encontrar quien favoreciese sus proyectos.

Quiso la buena suerte de nuestro poeta que el dia en que

estamos le destinasen con Hamete á llenar espuertas de tierra que otros iban llevando, y esta ocasion le dió la de poder trabar cómodamente conversacion con el moro.

Dos horas llevaban de trabajo, y tras muchas palabras que solamente sirvieron para preparar el ánimo y ganar la confianza del hijo de Mahoma, dijo Cervantes:

—Ya ves que la esclavitud no es tan dura para mí como te parece, y si el deseo de ver á mi patria no me aguijonease, te aseguro que yo pasaria la vida regularmente.

—¿Y si tu amo llegase á descubrir que pierdes media hora en las visitas que haces á tu amigo? — contestó Hamete.

—Eso es lo único que me tiene con cuidado y por lo que pienso procurar mi libertad á toda costa.

—¿Tienes familia que te rescate?

—No; pero otros medios hay con que alcanzar mi deseo.

—¿La fuga?

—No diré tal; pero aun cuando así fuese, ¿no es justo que el esclavo procure huir de las cadenas?

—Tú meditas algun proyecto de escapatoria — repuso el moro meneando la cabeza. — y te juro que no me parece un crímen el que quieras volver á tu patria donde se puede beber un jarro de vino sin esconderse.

—Mis proyectos son otros, Hamete—contestó Cervantes—y bien quisiera tener el desahogo de confiártelos mientras dábamos fin á unas botellas de vino de Jerez ó siquiera de Valdepeñas.

—La cosa es fácil;—dijo el moro, suspendiendo su faena—y puedes creerme que perdono el saber tus secretos con tal que me des vino hasta que me canse de beber, lo que no he podido conseguir en mi vida.

—Tengo á mí disposicion una bodega—replicó Cervantes.

—¡Y yo tengo que estarme sin comer un dia si he de procurarme un jarro de mal vino!—repuso Hamete á la vez que suspiraba.

—Prosigue tu trabajo—Le dijo el poeta—no sea que llamemos la atencion.

—Es verdad; pero hablame de esa bodega.

—Decídete á prestarme un servicio, y por espacio de muchos dias beberas cuanto quieras.

—El negocio varia de aspecto—dijo el moro.

—Amigo Hamete—replicó Cervantes—tú puedes beberte en tres ó cuatro dias cincuenta botellas, y esto no es una bicoca.

—Mucho dinero valen aun cuando no me bebiese mas que cincuenta, que á contar por mi deseo, tendriamos que duplicar ese número.

—Entonces con mas razon algo has de hacer para conseguirlas.

—Pero tal puede ser el servicio que exijas de mí....

—Nada que te comprometa: pasarás por algunos dias una vida holgada, comiendo y bebiendo á tu placer, y al fin te encontrarás dueño de cincuenta ducados, cantidad que no veras reunida jamas.

—¿Y dices que no me comprometo?...

—A nada, como te convencerás cuando te diga lo que de tí se desea.

—No acierto lo que es.

—Ni es menester que lo adivines, porque es para mí secreto de mucha importancia, y no debes saberlo sin que médie un convenio formal.

—Sea lo que quiera, cuéntame por tuyo si las condiciones son de darme cuanto vino quiera yo beber y cincuenta ducados por conclusion del asunto.

—Entonces hablaremos de ello seriamente.

—Comienza—dijo el moro.

—Deja que pase un buen rato sin que nos vean hablar, porque ya sabes que en nosotros todo infunde sospechas.

Trabajaron entonces silenciosamente y sin mirarse siquiera.

Cervantes, á pesar de tener estropeada su mano izquierda, veíase obligado á manejar un pesado azadon. Corria por su frente en abundancia el sudor, y mientras que se agotaban sus fuerzas con aquel penoso trabajo, sufria su espíritu horribles tormentos por las tristes ideas que embargaban noche y dia su imaginacion; pero como hombre dotado de un alma privilegiada, nunca se le vió desmayar, y parecia crecer su aliento al aumentarse sus amarguras.

Transcurrió largo rato, y ya iba el poeta á reanudar su interrumpida conversacion, cuando lo llamaron para que se ocupase de otra cosa.

—Si no vuelvo, hablaremos mañana—le dijo al moro al alejarse.

Desgracia era de Cervantes, y que le persiguió toda su vida, que en los momentos mas interesantes se atravesase algun inconveniente á sus proyectos. Pero su resignacion era superior á todo, y nunca de su boca salió una queja, nunca retrocedió ante ningun obstáculo.

En todo el dia no tuvo otra ocasion de volver á hablar con Hamete, y llegada la hora de dejar la faena, volvióse á la ciudad algo triste porque habia perdido un dia.

Como tenia de costumbre, no se cuidó de andar de prisa para llegar á su encierro antes de que anocheciese, y ya encontró en el sótano á su hermano y al capítan Meneses que lo esperaban con impaciencia.

—¿Qué has adelantado?—le preguntaron á la vez ambos cautivos.

—Algo;—contestó Cervantes, dejandose caer en el monton de paja—pero no todo lo que yo hubiese querido adelantar.

—Esplicaos—dijo Meneses—que por poco que sea, para nosotros es mucho.

—Encuentro bien dispuesto al moro, aunque no he tenido tiempo de manifestarle mi plan; pero como yo sospechaba, por un jarro de vino hará cuanto se le pida.

—¡Nos salvaremos!—exclamó Rodrigo, buscando á tientas á su hermano para abrazarle, porque aquella noche no les dejó luz el turco.

—Así lo espero, hermano mio. Mañana proseguiré mi interrumpida conversacion con el moro Hamete, y si se decide y nuestros compañeros tienen ocasion, dentro de dos dias saldremos para Oran.

—¡Libres!

—¿Y vosotros qué habeis hecho?

—Cumplir tus encargos—contestó Rodrigo.

—Nada de nuevo tenemos que participaros—añadió Meneses—Nuestros compañeros siguen animados, dispuestos á todo, y no teme ninguno de ellos esponer la vida para alcanzar su libertad.

—El dia se acerca, amigos mios—repuso el poeta—el gran dia en que rompamos nuestras duras cadenas.

—Y á vos os lo deberemos.

—A Dios que lo hace todo—contestó Cervantes—¿Qué seria de nosotros sin su ayuda?

—Ciertamente, pero tú eres el instrumento de que se vale

—¡Hemos perdido un dia!...

—Así lo ha dispuesto el Señor, cúmplase su voluntad.

—Oremos, amigos.

Como la noche anterior, rezaron fervientemente los desdichados.

Luego reinó un profundo silencio en el interior del negro sótano, y el sueño, único descanso del pobre, única felicidad del que padece, cerró los ojos de los tres cautivos y durmieron como duerme el virtuoso que sufre y llora, con ensueños de sonriente ventura.

Entre tanto, dos mugeres sentian atormentados sus corazones: Zoraida y Jaguá no podian conciliar el sueño porque lo mismo que por la mañana, un secreto presentimiento les decia que su ardiente pasion habia de serles fatal.

CAPITULO IV.

El Ramillete.

omo la mañana anterior, antes que despuntase el alba, oraban ya los tres cautivos.

La hora del almuerzo llegó, y aquel dia fué mas frugal, pues solo una cebolla alcanzaron los infelices que tenian que trabajar como bestias.

Cuando se dió la órden para que cada cual emprendiese su faena, dijo el turco á Cervantes:

—Tú te quedarás en casa porque tienes que ayudar á una esclava de nuestra señora en la tarea de hacer unos ramilletes de flores que ha deseado su capricho.

—¿Y la obra de la huerta? ¿No sabes que Dalí Mamí quiere que se acabe pronto? — replicó el poeta sorprendido y en estremo disgustado.

—¿Y qué te importa la obra de la huerta? Obedece y calla, esclavo.

—Es que para cortar flores bastan las mugeres y no hay necesidad de disminuir los brazos donde mas hacen falta.

—Vete al jardin y espera si no quieres probar mis disciplinas — dijo el turco.

Cervantes no insistió por no infundir sospechas, y despues de cambiar una mirada con su hermano y con Meneses, se dirijió al jardin.

El cielo estaba despejado, la atmósfera serena, y los primeros rayos del sol coronaban las copas de los árboles.

Las fuentes murmuraban con manso ruido; trenzaban sus cristales los arroyos, y cantaban los pájaros ocultos entre el ramaje siempre verde del arrayan, mientras que las leves y pintadas mariposas volaban de flor en flor sin encontrar ninguna cuyos colores compitiesen con los de sus brillantes alas.

Cervantes se recostó lánguidamente sobre la blanda yerva que tapizaba el suelo cerca de una fuente de juguetones cristales, y mientras que se acordaba de su familia y de su patria, estasióse en la contemplacion de las bellezas sin rival de la naturaleza. Pronto el poeta dejó de ser hombre, se olvidó de todas las miserias de la humanidad, de todas las amarguras de su vida, y su frente pareció dilatarse, y brillaron sus ojos con el fuego de la inspiracion y se elevó su espíritu al mundo ideal de los sueños de la poesía.

Desde uno de sus aposentos, y tras la celosía de una ventana, observaba al poeta la esposa de Dalí Mamí, y Jaguá, detrás de su señora, oprimíase el pecho con fuerza convulsiva y sentia los tormentos horribles de los celos.

—¡Qué hermoso es! — murmuró Zoraida — ¡Con cuánta nobleza levanta su pálida frente y cómo brillan sus negros ojos de mirada fascinadora y penetrante como la del águila!... ¡cuánto le amo!... ¡Se arde mi pecho!... ¡Ah!...

—¡Yo me arrastraré como la culebra de mis queridos bosques y sin que lo sientas mezclaré en tu sangre el vene-

no de mi boca! ¡Arrogante leona del africano desierto, te acecha la pantera!

Esto pensaba la esclava al escuchar las palabras de su señora, y entre tanto, encendíase la mirada de sus grandes ojos, rechinaban su blanquísimos dientes y se crispaban sus dedos de ébano.

Largo rato permanecieron ambas inmóviles, hasta que volviendose Zoraida hácia la negra, le dijo:

—¿A qué aguardas?

—Voy, sultana.

—Acuérdate de la libertad, de tus queridos bosques, de los hermanos que dejastes en tu tribu.

—Y me acordaré mas que de todo de tu amor que ha de ser la mas horrible desdicha de ambas.

—Deja tus tristes vaticinios, Jaguá; no desvanezcas con ellos ninguna de mis ilusiones. ¡Ah! tú no comprendes cuanto lo amo.

—¡Qué no lo comprendo!— murmuró la esclava con amargura—Ya te dije, sultana, que tambien mi corazon amaba á un hombre....

—Pero él te amará tambien.

—Si así fuese, los celos no atormentarian horriblemente mi existencia.

—¡Pobre Jaguá!

—¡Desdichada de mi rival, dirás!—replicó la negra, apretando los puños—¡Desdichada de mi rival, si la fortuna la proteje!

—¿Deseas vengarte?

—Y me vengaré, sultana. ¿Qué harias tú si otra muger quisiese arrebatarte el corazon del manco?

Una profunda arruga se marcó en la frente de Zoraida, y sus megillas palidecieron.

—Tambien me vengaria—contestó—y no estaria contenta hasta ver sin vida á mi rival.

—Tú has pronunciado su sentencia—dijo Jaguá á la vez que sonreia con espresion siniestra.

La esposa de Dalí Mamí no pudo contener un estremecimiento al contemplar el semblante de su esclava.

—Vé á buscar á Cervantes:—le dijo—ya sabes que nadie os interrumpirá.

—Pronto me verás á su lado.

—No olvides que debe aprovecharse la ausencia de mi esposo que no tardará muchos dias en volver.

Jaguá se dirijió rápidamente al jardin mientras que en su pecho hervia la ponzoña de los celos.

El poeta continuaba inmóvil y tan absorto en la contemplacion del cielo, de las flores y del agua que á sus pies corria, que no se apercibió de la llegada de la negra.

Esta lo miró por algunos instantes y como si quisiese respetar aquel éxtasis, hasta que al fin le dijo con voz turbada por la emocion:

—¿Cervantes?

El poeta se estremeció como si lo despertasen de un sueño, y miró con sorpresa á Jaguá.

—¿No me esperabas?—repuso la negra.

—¿Vienes de parte de tu señora para que cortemos las flores?

—Sí.

—Entonces, dispon lo que ha de hacerse porque yo no lo sé—repuso el poeta.

—Sígueme y te lo iré diciendo—contestó la esclava que queria llevar á Cervantes á un sitio desde donde no pudiese verlo Zoraida.

Él obedeció maquinalmente, y despues de atravesar algunas calles de árboles, llegaron junto á un kiosco formado por enredaderas y laurel.

Jaguá se detuvo.

—Sientate aquí—dijo, señalando el borde de una fuente de mármol blanco y á la vez que ella se sentaba.

—¡Que me siente!—replicó admirado Cervantes porque no acertó á comprender el fin que se proponia la esclava.

—Sí, tenemos que hablar—repuso esta—y para eso he venido.

El poeta tomó asiento y se encojió de hombros, cruzandose de brazos tranquilamente.

Jaguá lo contempló por espacio de algunos instantes, y sus grandes ojos brillaron extraordinariamente.

—Si en vez de esta fuente—dijo—se estendiese á nuestros pies uno de los grandes pantanos de la tierra que me vió nacer; si en lugar de encontrar nuestra mirada esos débiles arbustos pudiese contemplar aquellos espesos bosques donde los rayos del sol nunca penetran, y si como son gusanos y hormigas los que á nuestras plantas corren, fuesen negras serpientes que se arrastrasen en silencio, y si como escuchamos el canto de esos pajarillos oyésemos el rugido de la pantera, entonces yo seria tan feliz en estos momentos que á nada podria compararse mi felicidad.

Cervantes escuchó admirado estas palabras: tanta poesia, tanta delicadeza de sentimiento en una mísera esclava no podian menos de sorprenderle, así como le conmovieron tiernamente. Pero no sospechó el poeta que mas que la triste amargura del destierro, una amorosa pasion habia sublimado en aquel instante el alma de la cautiva.

—Lloras como yo—dijo el poeta con triste acento—tu perdida patria, y cifras tu dicha en volver al seno de sus frondosos bosques....

—No me comprendes—repuso Jaguá, interrumpiendo á Cervantes.

—¡Qué no te comprendo!

—Nó, porque piensas que solo el recuerdo de mi patria es el que me hace llorar.

—¿Qué mas que su libertad puede desear el esclavo?

—¡La libertad!—murmuró la negra cuyos ojos brillaron como dos luces fosfóricas—¿Qué importa la libertad del cuerpo cuando no la tiene el corazon?

—¿Estará loca?—dijo Cervantes para sí y mientras examinaba atentamente el rostro de Jaguá.

—¿Callas?—repuso esta—¿Acaso no has esperimentado nunca los rigores de la esclavitud del corazon?

—¿A qué has venido?

—Ya te dije que para hablarte, y....

—¿No te manda tu señora?

—Sí, ella me ha mandado venir y fuerza me ha sido obedecerla.

—No te comprendo.

—Escúchame—prosiguió Jaguá con acento cada vez mas exaltado—Lo que tengo que decirte debes guardarlo cuidadosamente en tu memoria, porque de ello depende la felicidad, la vida de tres personas.

—Vuelvo á repetirte....

—No me interrumpas, óyeme hasta el fin, que de la vida de mi señora y de la mia, de tu vida tambien vas á decidir. Tal vez tengas que hacer un sacrificio, pero ten en cuenta que yo lo hice mayor, porque aunque mísera esclava, siento y sufro, y tengo corazon y lágrimas como vosotros los del rostro blanco.

Cervantes, en estremo sorprendido y confuso, nada contestó, y se dispuso á escuchar á Jaguá.

—Mucho tiempo hace—prosiguió esta—que encendistes en el pecho de Zoraida una pasion ardiente.

—¡Zoraida!—exclamó el poeta palideciendo—Zoraida, la esposa de Dalí Mamí...

—Sí, su esposa, la muger mas hermosa de Arjel, la de los ojos negros, centellantes; la de la frente blanca como las perlas.... ¡Ah!—repuso á la vez que se contraian los

músculos de su rostro—¡Muy hermosa, tan hermosa como horrible debe parecerte la pobre Jaguá que tambien te ama!...

—¡Está loca!—murmuró Cervantes con tono compasivo.

—¡Loca!... ¡Ah!... Sí, loca estoy porque los tormentos que sufro han turbado mi razon.

—¿Qué quieres, pues? Acaba, estas dando lugar á que nos impongan un severo castigo si advierten que en lugar de cumplir con nuestro deber gastamos el tiempo en hablar.

—No tengas miedo porque nadie vendra á interrumpirnos; así lo ha dispuesto Zoraida para que tengamos tiempo de ocuparnos de lo que tanto le interesa.

—Me obligarás á alejarme—repuso el poeta que estaba á punto de convencerse de que Jaguá habia perdido el juicio.

—¿Qué has de hacer cuando te manda estar aquí quien es dueño de tus acciones como de las mias? ¿Piensas que estoy loca?

—Lo dudo.

—Ya te convencerás de lo contrario.

—Sé breve.

—Lo seré, pero escúchame sin interrumpirme.

—Con tal que no me trastornes la cabeza....

—Te he dicho que Zoraida te ama con exaltacion, y es tan verdad, como que ella ha dispuesto que hoy te quedes en casa y me ha mandado venir para rogarte que vayas á verla, que correspondas á su pasion, y que para la entrevista se aproveche la ocasion de la ausencia de nuestro señor Dalí Mamí. Pero yo estoy celosa porque tambien te amo como las mugeres de mi raza, con esa ternura que las esclaviza al hombre á quien adoran si se ven correspondidas, ó con esa desesperacion capaz de todos los crímenes si se ven despreciadas. Yo tambien te amo, Cervantes, y los celos han hecho nacer en mí un ódio tan profundo á

Zoraida, que lo mismo ella que tú sereis víctimas de mí frenética desesperacion si os veo al uno en brazos de la otra.

El poeta miró con espanto á Jaguá, y se apartó de ella involuntariamente.

—¡Te repugna solo la idea de mi pasion!—repuso tristemente la esclava—Lo sé, no me lo digas, no aumentes mis tormentos.... ¡Soy negra!—áñadió mientras que de sus ojos brotaba una lágrima tan cristalina y tierna como pudiera haberlo sido una vertida por Zoraida—Por eso no te pido que me ames, pero tampoco me siento con fuerzas para verte en brazos de otra muger.

—¿Entonces que pretendes?—dijo al fin Cervantes cuyo corazon palpitaba con violencia.

—Si yo no te llevo á presencia de mi señora, me costará la vida; y aunque nada me importa perderla porque es harto desdichada, no quiero morir porque entonces ningun obstáculo se opondria al logro de los deseos de vuestro amor.

—¿Es decir, que he de presentarme á Zoraida?...

—Sí, para que no me ahorquen.

—¿Y contestar con desden á sus halagos?...

—Sí, para que yo no os envenene....

—¡Esclava!

—¡Ni la muerte me hará retroceder!—dijo arrebatadamente Jaguá.

Y sus crispadas manos, agitadas convulsivamente, oprimieron con extraordinaria fuerza uno de los brazos de Cervantes.

—¡Aparta, desdichada!—exclamó el poeta.

—Mañana á la noche iré á buscarte á tu encierro, espérame, que no me faltará medio de abrir la puerta.

—Me pides un imposible.

—No te niegues.

—Dí á Zoraida que no quiero verla.

—Me ahorcará con cualquier pretesto, con el de la primera torpeza que cometa al servirla.

—Busca un medio para dilatar la entrevista, y mientras.....

—Tengo dos dias de término....

—Renuncia entonces á conseguir tus fines: no puedo herir tan rudamente el corazon de una muger que me ama, soy hombre, soy caballero...

—¿No hieres el mio?

—Esclava...

—Entonces morirá.

—¿Qué intentas, desgraciada?

—Ya te he dicho que es irrevocable mi resolucion.

—¿Y si yo descubro tus planes?

—La envenenaré tambien... Pero no los descubrirás, tienes un corazon muy noble.

Cervantes se cruzó de brazos é inclinó tristemente la cabeza. Sufria mucho en aquellos momentos porque tenia que sostener una lucha terrible. Si accedia á los deseos de Jaguá, tenia que herir en lo mas profundo del alma á Zoraida y atraerse su ódio, ser tal vez el blanco de una terrible venganza, porque una muger herida en su amor propio y ciega por una pasion es capaz de todos los crímenes; y si despreciaba las amenazas de la negra, esta pondria en ejecucion su infernal proyecto, y sin duda alguna la esposa de Dalí Mamí seria víctima de su desdichada pasion. ¿Qué hacer en tan apurado trance?

Largo rato permaneció nuestro poeta meditabundo; empero su fecunda inventiva acudió al fin en su socorro, suministrándole un medio, que aunque no de éxito seguro, podia darle buenos resultados.

—¿Qué determinas?—preguntó la esclava con acento de temeroso afan.

—Iré á ver á Zoraida.

—¿Y qué le contestarás?

—Antes de separarnos te haré una advertencia por la cual comprenderás que no pienso corresponder al amor de tu señora.

Los ojos de Jaguá brillaron con indecible alegria, y su semblante se dilató.

—Sígueme—dijo;—es preciso que cortemos algunas flores para no dar que sospechar si alguien me observa al salir.

Cervantes siguió distraidamente á la esclava, y ambos se internaron en el jardin cortando las primeras flores que encontraban.

La escena que acababa de tener lugar habia aumentado las amarguras del poeta, ya porque le habia inspirado compasion el doloroso estravio de la infeliz Jaguá, ya porque iba á correr nuevos riesgos despreciando á Zoraida, sin contar con que la hermosura tan ponderada de esta, podia muy bien impresionarle y sufrir tanto como ella al no corresponder á su pasion. Sus proyectos de fuga iban tambien á encontrar un nuevo inconveniente, porque ¿quién le aseguraba que la esposa de Dalí Mamí no pondria todos los medios para no dejarle salir de casa ningun dia?

Jaguá por su parte sufria mucho tambien, porque á pesar de la promesa de Cervantes, temia que este lo olvidase todo al contemplar los encantos de la belleza de su señora.

Ya cerca del mediodia salieron del jardin sin que pronunciasen mas palabras que algunas que el poeta dijo á la cautiva cuando se separaron, y el uno á su encierro, y la otra á satisfacer el anhelante afan de Zoraida, fuéronse entrambos tristes y pensativos.

CAPITULO V.

Cómo Cervantes no perdia el tiempo para conseguir su libertad.

Sin que apenas el sueño hubiese proporcionado algun descanso al agitado espíritu de nuestro poeta, levantóse á la siguiente mañana, y lo primero que acudió á su memoria fué el recuerdo de lo sucedido en el jardin, principiando así sus tormentos de aquel dia, y aumentándose su tristeza por la que demostraban Rodrigo y el capitan, quienes temian que la pasion de Zoraida pusiese nuevos obstáculos á sus proyectos de fuga.

Algunos momentos permanecieron silenciosos los tres cautivos, hasta que rompiendo Meneses el silencio, dijo á Cervantes:

—¿Conque la casualidad ha de decidir hoy de nuestra suerte?

—Sí, amigo mio:—contestó el poeta—si me mandan que-

darme como ayer, temo que Hamete desconfie, y quizas tengamos que renunciar por ahora á nuestros planes.

—No te dejarán salir—replicó Rodrigo—porque como á la noche has de ir á ver á Zoraida, tendrán que hacerte alguna advertencia sobre este punto, y buscarán una ocasion como la de ayer.

—Mucho lo temo, hermano.

—¡Perder esta ocasion, vive el cielo!—exclamo Meneses con acento de coraje—No tendremos otra. Todos estaban ya dispuestos, y á no atravesarse ese maldito amor, hoy hubiésemos podido romper nuestras cadenas.

—¡Hoy!—repitió Rodrigo con el acento del ciego que habla de la luz perdida.—¡Hoy hubiésemos podido respirar el áire de la libertad, andar á nuestro antojo, dormir á nuestro placer! ¡Hubiésemos visto trasponer el sol, brillar la luna y las estrellas!... ¡No veremos mas que las paredes de este negro calabozo!...

—Un dia mas—repuso Cervantes—un dia mas y esta bóveda sombría se trocará por la celeste bóveda sembrada de luceros...

—¡Si no fuese mas que un dia!—murmuró tristemente el capitan.

—No os abandone la esperanza, amigo mio. ¿Quien sabe si el dia de hoy será tan dichoso como poco afortunado el de ayer?

—Veremos.

—Todo debe aguardarse, y como no sabemos lo que puede suceder. estemos prevenidos y de acuerdo.

—Nada se pierde.

—No hay que desaprovechar estos instantes; el tiempo que se gasta en quejas y lamentos, es mejor empleado en procurar vencer la desgracia, que cada minuto que el hombre deja pasar inútilmente, es un tesoro que desprecia y que no puede recobrar cuando llega á conocer su valor.

—¡Cómo acrecientan tus palabras las fuerzas de mi espíritu!—dijo Rodrigo.

—Supongamos—repuso Cervantes—que me mandan ir á la huerta.

—¿Y si no sucede así?

—Ya nos pondremos en ese caso.

—Bien, proseguid.

—Si tal fortuna tenemos, estad seguros de que mañana saldremos de Arjel.

—¿Y si Hamete no se presta?...

—A todo, lo conozco bien.

—Entonces....

—Nada direis á nuestros compañeros de lo ocurrido con Zoraida, porque desmayarian y esto es lo peor que puede sucedernos.

—Se les ocultará esa desgracia,

—Por el contrario, les haceis ver que todo se presenta á medida de nuestro deseo, y quedareis definitivamente convenidos en que mañana al salir cada cual para ir á su trabajo, se dirija fuera de la poblacion y al punto convenido ya para reunirnos.

—¿Y si mañana te diesen la órden de quedar aquí como ayer?

—Buscaré trazas de escaparme, y estoy cierto de conseguirlo; por consiguiente, solo falta que hoy me dejen ir á la huerta para quedar de acuerdo con Hamete, pues lo demas me será en estremo fácil.

—Así lo haremos—dijo Rodrigo—pues cuando tú lo aseguras no podemos dudar.

—Ahora—repuso Meneses—supongamos que el moro se niega á guiarnos hasta Oran.

—Si así sucediese, cosa que no espero, como ya os he dicho, desde el punto de reunion nos volveremos á la ciudad para emprender nuestras faenas.

—Se perderán dos horas del dia.

—Y nos impondrán un castigo, lo sé—replicó Cervantes—pero debemos arriesgar algo, porque de otro modo jamas conseguiremos nuestro deseo. Por mi parte, estoy dispuesto á correr el peligro de que me den cincuenta palos. ¿Teneis miedo vosotros?

—¡Miedo cuando se trata de la libertad!—exclamaron Meneses y Rodrigo.

Iba á proseguir Cervantes, cuando la puerta del sótano se abrió, y la voz ronca del turco les mandó salir.

El temor producido por la duda tenia en tal estado el espíritu de nuestros cautivos, que á pesar de la necesidad de alimento, no pudieron concluir el escaso que les dieron para almorzar. Mirábanse los unos á los otros á hurtadillas, y en sus semblantes revelaban con harta claridad el afanoso deseo que tenian de que llegase el instante de partir para el diario trabajo, y á la vez el miedo con que lo esperaban por si la órden era contraria á sus deseos.

Al fin el turco agitó sus disciplinas, descargó algunos latigazos sin mas razon ni motivo que el de la costumbre, comenzó á dar órdenes, y dijo á Cervantes:

—Tú, á la huerta, que todos los dias no son de holganza como el de ayer.

Los ojos del poeta brillaron instantaneamente, y tanto él como su hermano y el capitan, tuvieron que hacer un esfuerzo para contener una exclamacion de alegria.

Al atravesar Cervantes un pasillo que conducia á la puerta esterior de la casa, encontró á la negra que le dijo al pasar:

—Todo está ya dispuesto.... á la noche iré....

—¡Oh!—murmuró el poeta, apretando los puños y alejándose rápidamente sin contestar á Jaguá—¡Vienes á amargar mi alegria!

Luego salió y con ligero paso siguió distinto camino del

que otros dias llevaba. Dejó atras algunas calles estrechas, atravesó una plaza, y llegó al fin á la tienda de un mercader de sederia, donde entró despues de asegurarse de que nadie habia comprando.

El interior de aquella tienda era oscuro, y en nuestro tiempo hubiera parecido hasta miserable; pero entonces, lo mismo en Arjel que en todas las poblaciones, los mercaderes procuraban atraer parroquianos con la bondad de sus mercancias, en vez de llamar la atencion con espejos, luces y adornos como las viejas procuran tapar su fealdad y borrar sus años con afeites y joyas.

Detras del mostrador habia un hombre que tendria cuarenta años, y era de rostro vulgar, aunque aparentaba sentimientos bondadosos.

—Buenos dias, señor Onofre—le dijo Cervantes—Ya han pasado algunos dias sin que nos veamos, y aquí me teneis, aunque en estremo de prisa.

—Como siempre—le contestó el mercader, apretandole cordialmente la mano—Ya sabeis que entre todos los cautivos que conozco, vos sois el que mas ha ganado mi afecto.

—Me lo habeis probado en muchas ocasiones, y el cielo quiera darme una en que mostraros mi agradecimiento.

—¿Qué novedades hay?

—Se acerca el dia de nuestra libertad—repuso Cervantes, bajando la voz.

—¿El mismo plan que me indicásteis?

—El mismo.

—Dios os proteja.

—Así lo esperamos.

—¿Y os puedo servir de algo en esta ocasion?

—Una cosa me teneis ofrecida que ha de valerme mucho, y por ella vengo.

—Esplicaos.

—¿Recordais que os hablé de cierto moro?

—Os comprendo—interrumpió el mercader—quereis la botella de vino....

—Precisamente.

—Poco me pedis.

—Me basta por hoy.

—Al momento voy á darosla—dijo el señor Onofre—Esperad.

Y entrando en la trastienda, salió poco despues con una botella de vino de España.

Cervantes la ocultó disimuladamente bajo su saco de lienzo.

—Gracias, amigo mio—dijo.

—¿Os basta con una?—le preguntó el mercader.

—Tal vez mañana á esta misma hora vendré con otros dos compañeros, ó solo, para que me deis una docena, con lo cual podreis decir que habeis contribuido con la mayor parte á nuestra fuga. Sé que abuso de vuestra generosidad, pero vos y el señor Baltasar de Torres sois las dos personas en quienes los infelices cautivos han encontrado mas amparo.

—Es nuestro deber—contestó el señor Onofre—y por mi parte os aseguro que lo que yo desearia para estar completamente satisfecho, seria poder rescataros á todos.

—No hace poco vuestra caridad, señor Onofre, con las muchas limosnas que reparte.

—¿Y teneis ya fijado el dia de vuestra fuga?

—Quizas mañana.

—¿Tan pronto?

—Aun me parece tarde.

—Pues contad con las botellas y con algun socorro en dinero que tambien os daré.

Algunas palabras mas se cruzaron, y despidiendose Cervantes, salió de la tienda y tomó apresuradamente el camino de la huerta de Dalí Mamí, no sin algun temor de que descubriesen la botella.

Tambien aquel dia tuvo la fortuna de que lo destinasen á trabajar cerca del moro Hamete, y apenas se les presentó ocasion, comenzaron á hablar.

—Bien cumplistes ayer tu palabra—dijo el mahometano.

—¿No sabes—le contestó Cervantes—que no soy dueño de mis acciones? Me mandaron quedar en casa, y forzosamente tuve que obedecer; pero en cambio, te traigo una botella del mas esquisito vino para que lo bebas á mi salud.

—¡Una botella! —repitió Hamete con tono de admiracion.

—Sí, una botella que quiero que guardes cuanto antes porque si he de ocultarlo no puedo trabajar con desembarazo.

—Ninguna ocasion como esta, nadie nos vé....

—Toma—repuso Cervantes, dandole el codiciado licor.

—No tardaré mucho en probarlo.

—Te lo prohibo, pues ya sabes que tenemos que hablar, y como es asunto de importancia, se hace preciso que tengas la cabeza despejada.

—¿Piensas que me emborracho tan fácilmente?

—Nó, pero eso vino no es como el que tu bebes.

—Hablemos antes, porque yo á la hora de comer destapo la botella y le doy fin.

—Ahora no conviene que tratemos de nada, ya porque nos interrumpirán á cada instante, ya porque pueden sospechar de nosotros.

—¿Entonces, cuando?

—Cuando nos retiremos del trabajo.

—Como quieras; pero en cuanto á que espere á la noche para beber, no me conformo.

—Al menos sé prudente y no hagas mas que echar un trago, que tiempo te queda para satisfacerte.

—Média botella, y la otra média, mientras hablamos por el camino.

—Si te empeñas....

—No cederé.

—Pues ahora calla y trabaja.

—Quedamos conformes en que....

—Me esperarás en el camino.

Así concluyeron su corto diálogo, y Cervantes no volvió á dirijir la palabra al moro que de cuando en cuando introducia la diestra bajo su vestido, buscaba la botella y la acariciaba tiernamente mientras que la alegria asomaba á sus negros ojos.

Lentas corrieron aquel dia las horas para nuestro poeta, y no dejó de atormentarle la duda del resultado que darian sus proyectos. El recuerdo de Zoraida y de Jaguá no se apartaba un instante de él, y cuanto mas pensaba admirábase mas de que aquel dia lo hubiesen dejado salir, y con razon temia que no sucediese lo mismo al siguiente y que esto hiciese fracasar la empresa.

Comenzó al fin á ocultarse el sol, y dejando el trabajo, salió Cervantes de la huerta, y encaminándose á la poblacion, encontró al poco trecho que anduvo al moro que, sentado en una peña, empinaba la botella de vino ya casi del todo vacia.

—¿Así cumples tus promesas?—le dijo Cervantes.

—Nada me puedes echar en cara—contestóle Hamete—pues he guardado la mitad del vino como estás viendo.

—Con tal que tengas la cabeza firme para que podamos tratar de nuestro asunto, no importa que hayas bebido.

—Ya lo verás: comienza.

—Sigamos andando para no perder tiempo.

Levantóse Hamete cuya cabeza empezaba á cargarse con los vapores de la bebida, y siguió á Cervantes.

Este comprendió que cuanto mas repentina y sencillamente dijese lo que queria, menos importancia le daria el moro al asunto y con menos dificultad aceptaria las proposiciones, por lo cual hablóle así:

—Algunos esclavos intentamos fugarnos, y el medio que hemos escojido es el de irnos á Oran; pero como para evitar que nos den alcance tenemos que tomar caminos estraviados y no conocemos la tierra, necesitamos una persona de confianza que nos guie.

—¡Por Alah!—exclamó Hamete, fijando en Cervantes una mirada de asombro—¿Qué me propones, Nazareno?

—Una cosa muy sencilla—contestó el poeta con la mayor naturalidad.

—¿Sabes que es asunto en el que se juega la cabeza?

—Creo que te equivocas. ¿No eres libre para ir á Oran cuando te plazca?

—Sí.

—¿No puedes tomar el camino que mejor te parezca?

—Sí.

—Pues entonces no sé lo que arriesgas con hacerlo así.

—Verdad es; pero de ir yo á Oran á protejer vuestra fuga, hay mucha diferencia.

—No me comprendes.

—Esplícate mas claramente.

—Mañana sales para Oran.

—Bien.

—Y en vez de seguir el camino ordinario, tomas otro.

—Bien.

—Cuando llegues al término de tu viaje, estarás en tierra de cristianos, y ningun peligro correrás en que te se acerque uno y te dé los ducados de que hablamos ayer.

—Ciertamente.

—Pues no te se pide otra cosa.

—¿Entonces?...

—Durante el camino no hagas caso de que te sigan algunos hombres, sean esclavos ó libres.

Hamete quedó pensativo.

—¿Dudas?—repuso Cervantes—¿En que puedes compro-

meterte? Si alguien te encuentra no pueden decirte nada porque eres libre, y si nos prenden, no te exigimos que nos defiendas.

—Tal como tú pones el caso—dijo el moro—es bien sencillo; pero no es lo mismo hablar que obrar, y luego ocurren dificultades....

—Ninguna veo.

—Yo tampoco ahora, pero llegado el caso....

—Veo que eres cobarde.

—¡Cobarde!—repitió Hamete frunciendo el ceño.

—Bien claramente demuestras el miedo—repuso el poeta sin hacer caso del aspecto feroz que presentaba el semblante del moro.

—¿Porqué?—replicó este.

—Porque no te atreves á guiarnos á Oran, aun cuando esto te promete una lucida ganancia.

—Me obligarás á servirte porque no me llames cobarde.

—Piensalo bien, y si te decides, mañana será el primero de los buenos dias que te esperan.

Volvió Hamete á quedar pensativo, y al cabo de algunos instantes repuso:

—Estoy decidido, pero á condicion de ir delante de vosotros y que no os acerqueis á mí mientras yo no os hable.

—Cuidado con que te arrepientas á la mitad del camino, porque entonces, como somos muchos y tú no mas que uno, pagarás cara tu traicion.

—Pronto me amenazas—dijo Hamete de cuyos ojos se escapó una mirada sombria.

—No es una amenaza, sino una advertencia.

—¿Y cuando pensais salir de Argel?

—Mañana mismo en cuanto amanezca.

—¿Tan pronto?

—¿Tienes que hacer muchos preparativos para el viaje?

—Ninguno.

—¿Estas completamente decidido?

—Ya te lo he dicho una vez.

—No te arrepentirás—dijo Cervantes;—haces una buena accion y un buen negocio.

—A vuestra salud—repuso Hamete.

Y apurando la botella, arrojóla despues de vacia.

Convinieron en seguida en el punto de reunion, y ya cerca de la ciudad, separáronse despues de haber jurado el moro por Mahoma que cumpliria fielmente su promesa.

Cervantes se encaminó á casa de su amo.

Esperábanlo con impaciencia Rodrigo y el capitan, y ambos le preguntaron á la vez lo que habia conseguido de Hamete.

—Cuanto deseábamos—les dijo el poeta—Mañana nos esperará al amanecer. ¿Y vosotros, qué noticias me dais?

—Todos dispuestos—contestó Meneses.

—Pero algunos temen perder la vida—añadió Rodrigo—y con razon, porque hoy hemos presenciado una desgracia horrible.

—¿Qué ha sucedido?

—Han ahorcado á un infeliz esclavo porque llegó media hora mas tarde que los otros.

—¡Dios mio!—exclamó Cervantes estremeciendose.

—Y el infeliz justificó su tardanza mostrando una herida en la cabeza, hecha de resultas de una caida que le privó de sentido largo rato.

—¡Ni la justicia ni la compasion le han valido!

—Su amo le dijo con una sonrisa horrible: «Con la herida no podrás trabajar en algunos dias, y no vales lo que habras de comerte» Y luego mandó que lo ahorcasen.

En medio de la oscuridad del sótano se vieron brillar los ojos de Cervantes, y se oyeron rechinar sus dientes.

—¿Y no habeis arrancado—dijo—el corazon al infame verdugo?

—¿Qué habiamos de hacer, indefensos esclavos, cargados de cadenas?

—Es verdad, pero algun dia vengaremos á las inocentes víctimas de esos malvados; no estaré contento con sacudir el yugo de la esclavitud....

—Hay un Dios para castigarlos—interrumpió Rodrigo.

—¡Plegue á su justicia—repuso el poeta—hacerme el instrumento de su terrible cólera!

—Pensemos ahora en nuestra libertad.

—Dormid vosotros—dijo Cervantes—que yo tengo que meditar sobre lo que he de hacer cuando la esclava me lleve á presencia de su señora.

—Ya me habia olvidado—replicó Meneses—de que nos amenazaba ese peligro.

—Tranquilizaos y descansad.

Rodrigo y el capitan procuraron conciliar el sueño, pero inútilmente, porque no les dejó el cuidado de lo que aconteceria con Zoraida.

Transcurrieron algunas horas, y ya seria la de la media noche, cuando cautelosamente oyóse abrir la puerta de la cueva y luego una voz comprimida que dijo:

—Ven.

Cervantes buscó á tientas la puerta, y al llegar sintió que una mano temblorosa y ardiente cojia las suyas.

—Sigueme—le dijo Jaguá, que no era otra la persona que lo habia llamado.

El poeta obedeció, y despues de haber caminado á oscuras largo trecho, llegaron á una habitacion donde habia una linterna sorda que tomó la negra.

El mayor silencio reinaba en toda la casa cuyos habitantes, escepto Zoraida, Jaguá y nuestros tres amigos dormian profundamente.

Cervantes y la esclava atravesaron con tal cuidado algunos aposentos, que apenas sus pasos producian un leve ro-

ce, y quizás mas fácilmente que este hubiérase podido percibir el ruido de su respiracion y los violentos y desiguales latidos de sus corazones.

El de Jaguá estaba en estremo agitado; una fiebre nerviosa abrasaba su cabeza, y sus ojos encendidos clavaban en el poeta miradas ardientes y penetrantes. Temblaban convulsivamente sus manos de azabache, y mientras se chocaban, castañeteando, sus blanquísimos dientes, sus lábios titilaban sin acertar á pronunciar una sílaba.

Tampoco dijo una sola palabra Cervantes: siguió á Jaguá maquinalmente, y se detuvo cuando esta se lo indicó. Muchas habitaciones habian dejado atrás; pero el camino pareció demasiado corto á nuestro poeta.

—Ya sabes—le dijo en voz baja la esclava—que escucharé vuestra conversacion y observaré hasta vuestros menores movimientos.

—¿No le has dicho—replicó Cervantes—que no entiendo vuestra lengua?

—Sí.

—Entonces no escucharás mas palabras que las suyas.

—Te repito que os observaré.

—¿Qué temes cuando habré de encojerme de hombros á cuanto me diga?

—El amor tiene un idioma que no necesita palabras—repuso la negra á la vez que se oprimia el pecho.

Esta incontestable verdad hizo estremecer á Cervantes.

—Ha llegado el momento—dijo Jaguá;—en el segundo aposento que encontremos te señalaré una puerta...

—Bien—murmuró el poeta.

—Tu vida, la suya y la mia...—añadió la esclava cuyos ojos brillaron como nunca.—No olvides que los celos son los dueños de mi razon...

—Acabemos—interrumpió Cervantes.

—Sígueme—le dijo la negra.

Y lo guió hasta que al fin, estendiendo el brazo, señaló hácia una puerta.

El poeta se detuvo y clavó en aquella puerta una mirada medrosa como si fuera la de un *in pace* donde hubiera de acabar su vida en medio de los tormentos del hambre y de la sed, del desconsuelo de llamar sin ser oido, del espanto de las visiones que la soledad y la debilidad del cuerpo y del espíritu ponen ante los ojos. Por algunos instantes sintió sus pies clavados en el duro pavimento, y en vano intentó retroceder ni avanzar un solo paso.

—¿Vacilas?—le dijo al oido Jaguá.

Cervantes no pudo responderle.

—Entra—prosiguió la esclava.—Dentro te espera una mujer blanca como la espuma de los arroyos y loca de amor; pero ten presente que desde aquí te mira otra muger negra como las aguas de la Estigia y loca de celos.

El poeta hizo un supremo esfuerzo, pasóse las manos por su abrasada y pálida frente, y tambien loco como Zoraida y Jaguá, pero loco de coraje, acercóse á la puerta y la abrió violentamente.

CAPITULO VI.

Lo que sucedió en el aposento de Zoraida.

Al abrirse la puerta resonó un grito en el interior del aposento, y Cervantes vió á la esposa de Dalí Mamí recostada en un divan, como nunca bella, como nunca fascinadora. Una corriente de fuego pareció circular repentinamente por las venas del cautivo, la luz huyó por un instante de sus ojos, paralizáronse sus miembros, no pudo avanzar ni un solo paso, y luego sintió un frio glacial que le robó todas sus fuerzas.

Zoraida clavó en él una mirada á la vez lánguida, apasionada y tímida: su tersa frente palideció, una sacudida nerviosa agitó su cuerpo, y despues, al tornarse rojas sus frescas megillas, brotaron de sus ojos dos gruesas lágrimas y se cubrió el semblante con sus mórbidas y temblorosas manos.

Siguióse un profundo silencio, mas imponente para Cervantes que el estruendo horrísono de las batallas donde habia dado tantas pruebas de heróico valor. Penosa en estremo era su situacion; sentíase vivamente impresionado por la belleza arrebatadora de Zoraida, y una sentencia de muerte le prohibia acercarse á ella y recojer aquel suspiro arrancado al corazon por el amor, secar aquellas lágrimas arrancadas á los ojos por la vergüenza.

La pálida luz de una lámpara de plata derramaba sus dulces resplandores sobre la esposa de Dalí Mamí que vestida de blanco, adornada de brazaletes y collares de gruesas perlas, se destacaba sobre el brillante azul del divan y parecia una fantástica creacion recostada en una celeste nube. Nada tan bello, de tan irresistibles atractivos, de hechizos tan incomparables. En aquellos momentos era imposible mírarla sin morir de desesperacion por sus desdenes ó de amor al pensar en sus caricias.

Dominado por el influjo de la belleza de Zoraida, fuése olvidando de Jaguá, de todos los peligros que le cercaban y aun de que tenia que alejarse para siempre dentro de algunas horas, y ya iba á dar un paso, cuando sintió tras sí un leve roce que le hizo recordar su posicion, despertar de aquel sueño delicioso, y conteniendo entonces un ademan de rabiosa ira, ahogando en su garganta un grito de desesperacion, exclamó solamente con acento comprimido y en castellana lengua:

—¡Maldita esclava, que me has cerrado las puertas de un paraiso!

Estas palabras, aunque ininteligibles para la mora, hicieronle levantar su hermosa cabeza, y fijar en Cervantes una mirada de indefinible ternura.

—Ven—dijo con acento tan dulce que encendió mas el pecho del poeta.

Movióse este para acercarse á Zoraida, pero acordandose

del papel que tenia que representar, se detuvo, fingiendo no haber comprendido lo que le decia la mora.

—¡Frio, impasible!—murmuró esta—No le conmueven ni mis miradas, ni mi llanto.... ¡Ah!...

La desdichada volvió á contemplar al poeta que permanecia inmóvil y pálido, y despues de algunos momentos le hizo seña de que se acercase.

Obedecióla él con vacilantes pasos y mientras que con la diestra sobre el pecho y bajo su vestido, oprimíase el corazon con nerviosa fuerza y como si quisiese contener sus violentos y desiguales latidos.

—¡Qué hermosa es!—dijo, mirando á Zoraida con encendidos ojos—¡Y un puñal se levanta sobre ese corazon ardiente y sella mis labios!... ¡Por mi ánima que no es el temor de perder yo la vida el que me detiene, sino el de hacerla á ella víctima de mi desgracia!

—¿Qué dirá?—se preguntó la mora—¡Oh! quizás me dirije palabras de desprecio al compararme con alguna orgullosa cristiana.... ¡Y no puedo hablarle!—prosiguió, elevando al cielo una mirada de súplica desgarradora—¡Tendré que tenderle mis brazos para que me comprenda y sufrir que me rechazen los suyos, que me insulte con una risa de amargo desden y que me vuelva la espalda, diciendo en su lengua, «vales poco aun para esclava de la muger á quien adoro yo!».... ¡Esto es horrible!.... ¡Humillarme, arrastrar por el suelo mi belleza para que la pise!...

Estas palabras que, como Zoraida creia, no eran incomprensibles para Cervantes, exaltáronlo hasta el punto de que casi se olvidó por segunda vez del peligro que corria; pero volviendo atras la cabeza como el que teme la persecucion de un fantasma, vió brillar como dos luces fosfóricas los ojos de Jaguá y oyó cómo rechinaba los dientes.

—¡Maldita negra!—volvió á decir.

Imposible nos seria esplicar lo que sufria en tales mo-

mentos el espíritu de aquel hombre. La lucha que sostenia era terrible, y tan dudoso su resultado, como que sentia menguarse por segundos la energia de su voluntad. Poco le hubiera costado volverse sobre la negra y ahogarla entre sus manos, declarando despues á Zoraida la causa de esta conducta, pero rebelábase su conciencia contra este brutal atentado, solo justificable con la repugnante ceguedad de una pasion desenfrenada, y conteníalo ademas la idea de que la infeliz Jaguá no debia sufrir menos que él, ya que el venenoso aguijon de los celos no la atormentase mas, unido á la amargura de su amor sin esperanza.

—¡Sufriré todos los desprecios, todas las humillaciones!—dijo al fin Zoraida con enérgica resolucion—La herida de su desden tal vez trueque en ódio la ternura de mi cariño.... ¡Apuremos, apuremos el dolor ya que no puede apurarse la felicidad!

Y cojiendo á Cervantes por una de sus manos, le hizo sentar junto á sí.

Toda la sangre pareció afluir á las megillas del poeta, que se estremeció violentamente.... ¡Ah!...

Jaguá habia dicho bien, el amor tiene un idioma que todos lo entienden.

Zoraida se inclinó hácia el cautivo con la dulzura que se inclina la azucena cuando por el céfiro mecida besa con sus blancos pétalos los morados del lánguido lirio.

Habia llegado el momento de tomar una determinacion que pusiese fin á tan desgarradora escena. ¿Pero cómo rechazar á aquella muger cuyos negros y rasgados ojos, húmedos y brillantes fascinaban, cuyos rojos lábios, temblorosos y levemente entreabiertos encendian el alma?

—No entiende el arrullo de mis palabras—dijo la mora—¡Ah!... ¡así podre sin rubor decirle cuanto lo amo!

Y oprimiendo entre las temblorosas suyas las agitadas y ardientes manos del poeta, prosiguió:

—¡Hermoso cristiano, el de la pálida y altiva frente! ¿porqué tiemblas junto á tu esclava? ¡Mírala por un instante á tu lado, á tus pies si quieres y que tus ojos den á los suyos luz, á su afan esperanza! ¡Escucha el acento que de sus lábios brota, de sus lábios ardientes como las hojas de la flor del africano desierto!... Tú eres, cristiano, la única estrella que he visto por entre los dorados hierros de mi dura prision, el solo consuelo de mis amarguras, el solo recuerdo grato que á mi memoria viene. En tus ojos el amor bebí porque los tuve por de amor abundosa fuente. Y en la callada noche, enemigo el sueño de mi pasion, en tí pensé una y mil veces como el ciego piensa en la luz, y en el arroyo el sediento, y en su libertad el cautivo. Y en nada tuve el lánguido arrullo de la amante tórtola comparado con el que de mi amor yo te guardaba. Y pálidos y frios me parecieron los rayos del sol porque mis ojos para tí tenian mas vivos y ardientes rayos...

—¡Oh!... interrumpió Cervantes fuera de sí y á la vez que se oprimia las sienes—¡Venga la muerte, cien muertes, pero no puedo mas!

Y enderezándose repentinamente y volviéndose hácia Zoraida, iba á tenderle los brazos con todo el afan de su locura, cuando Jaguá se precipitó en el aposento con el semblante horriblemente desfigurado y las manos crispadas.

—¡Estamos perdidos!—gritó con ahogado acento—¡Por aquí!... ¡pronto!... ¡por aquí!...

Y sin dar tiempo á que se sosegase del sobresalto su señora, asió de un brazo á Cervantes y lo arrastró tras sí fuera de la habitacion.

—¿Qué haces, desdichada?—exclamó Zoraida, lanzándose hácia la puerta.

Pero ya habian desaparecido la esclava y el poeta, y el inmediato aposento estaba completamente á oscuras.

—¡Ah!—murmuró con acento ahogado la mora.

Y agotadas las fuerzas de su espíritu y de su cuerpo, cayó sin sentido en un divan.

Entre tanto Cervantes seguia maquinalmente á Jaguá, sin escuchar que esta decia:

—Nos hemos salvado.... Te olvidastes de mí... ¡Oh!.... ¡no serás suyo!... ¡antes moriremos los tres!

Rápidamente atravesaron aposentos y corredores y llegaron á la puerta del sótano.

—Mañana hablaremos—repuso la negra—No saldrás de casa...

Ni siquiera estas palabras entendió el poeta, segun estaba de aturdido y quebrantado.

Entró en su prision y la puerta volvió á cerrarse.

Cuando llegó al monton de paja, preguntóle Rodrigo:

—¿Qué ha sucedido?

—Mañana lo sabrás...— contestó Cervantes, dejandose caer como quien no puede sostenerse.

Y luego murmuró con acento débil:

—¡Fuerzas, Dios mio!

Nada volvió á oirse en el sótano sino la fatigosa respiracion de los tres cautivos.

CAPITULO VII.

Nuevos apuros.

PENAS despuntaba la aurora y ya Zoraida habia dejado el lecho donde pasó en no interrumpido insomnio el resto de la noche. Su rostro estaba en estremo pálido, sus lábios secos, y un círculo amoratado rodeaba sus grandes ojos. Descansaba en el mismo divan donde tantas emociones habia esperimentado pocas horas antes, y su esclava favorita, arrodillada á sus pies, la miraba afanosamente y procuraba tranquilizarla con fingidas palabras de consuelo. Empero nada aliviaba de la mora el dolor que en quejas y suspiros tiernos ó en amenazas terribles se exhalaba.

—No te abandones, sultana, á la tristeza—le decia Jaguá —No pierdas la esperanza, que eres en estremo hermosa y te amará.....

—Tal vez ya me ama. Mis palabras de anoche, aunque

para él incomprensibles, le conmovieron porque ví brillar sus ojos como si los animase la pasion, y... ¡Oh! Jaguá—prosiguió arrebatadamente la mora—tú llegastes en el momento en que me tendia sus brazos, y me rosbastes la felicidad con tus vanos temores.

—Perdoname, sultana, porque en aquel momento hubiera yo jurado que alguien venia. ¡Si os hubiesen sorprendido!...

—¿Qué me importaba?—interrumpió la mora—¡Su amor, su amor y venga la muerte!

—Yo velaba por tí y era mi deber....

—Te he perdonado, Jaguá; pero si otra vez acontece, pagarás con la vida tu torpeza.

—Mi vida es tuya, sultana—contestó la negra inclinandose humildemente.

—Ya amanece, Jaguá—repuso Zoraida—Avisa para que no le dejen salir.

—Voy, sultana.

La negra salió para dar órden de que aquel dia se quedase en casa Cervantes, y este, entretanto, contaba á Meneses y á Rodrigo lo que le habia sucedido la noche anterior.

—Mucho temo—le dijo el capitan—que os hagan quedaros hoy porque Zoraida querrá volver á veros.

—Aun cuando así llegase á suceder—repuso el poeta—no por eso dejeis de acudir á la cita y de esperarme, que yo veré el medio de salir.

—Es casi imposible—replicó Rodrigo,

—Si no es imposible del todo, no hay que desesperar.

—¿Y si no llegais en una ó dos horas al sitio convenido?

—No importa, me esperareis porque al fin iré antes del medio dia.

—Es que muchos esclavos reunidos y sin ocuparse en nada infundiran sospechas.

—Os diseminais, ocultandoos por allí cerca, que el lugar es á propósito por la mucha arboleda que hay.

—Seras obedecido.

—Vosotros os llevareis la lima para que se sirva de ella el que la necesite, y así aprovechareis el tiempo si yo tardo.

—En todo pensais.

—¡Dios nos proteja!—exclamó Cervantes.

Pocos momentos pasaron cuando el turco abrió la puerta del sótano y los llamó.

Como la mañana anterior, la incertidumbre y el afan apenas permitió á nuestros amigos tomar ningun alimento, y con la mayor impaciencia esperaron las órdenes del gigante turco.

Este hizo crujir al fin sus enceradas disciplinas, y gritó:

—¡Al trabajo, holgazanes, que no ganais la mitad de lo que os comeis.

Y despues de dar á cada uno su órden, dijo á Cervantes:

—Tú te quedas porque la sultana nuestra señora lo manda así.

El poeta hizo un esfuerzo para no demostrar el disgusto que sentia, y contestó:

—Me quedaré; dime en qué he de ocuparme.

—Te lo dirán las esclavas de la sultana.

Rodrigo y Meneses apretaron los puños con ira y salieron murmurando imprecaciones de desesperacion porque creian que todo se habia perdido.

—Es preciso salir de este apuro—dijo para sí Cervantes

—¿Y como haré para reunirme á mis compañeros?

Así pensando entróse en un solitario aposento y prosiguió:

—No ir será lo mismo que pronunciar su sentencia de muerte, porque tendran que volver á sus encierros y muchos de ellos serán ahorcados. Se han entregado á mí, y es mí deber morir por ellos. Quizás anduve sobradamente ligero al prometer que acudiria á la cita aun cuando me mandasen quedar en casa...Grave es mi responsabilidad... La puerta está siempre guardada y no es fácil salir... es casi imposible,

Quedó Cervantes pensativo por algunos instantes, dando tormento á su magin para encontrar un medio de salir de su apuro. Y era el caso que no podia dilatar su fuga, ya porque lo esperaban sus compañeros con riesgo de la vida, bien porque el moro podia perder la paciencia, ó porque quizas muy pronto Jaguá iria á buscarlo de parte de su señora, y entonces ya todo se perderia. Fatigado por la lucha y el insomnio de la pasada noche, y para meditar con mas descanso, pensó el poeta que era conveniente sentarse, y buscando en donde hacerlo, solo vió en el desamueblado aposento un cajon de madera de unos dos pies de largo y poco menos de ancho, que sin duda habia servido para transportar alguna mercancia y se tenia allí abandonado.

—Aquí descansaré—murmuró Cervantes;—estoy muy fatigado y... ¡Ah!...

Dióse una palmada en la frente, y quedándose de pié, prosiguió diciendo:

—¡Torpe de mí!... ¿Cómo no habia pensado en tan sencillo medio?... Y eso que mil veces he salido lo mismo y nadie me ha preguntado á donde iba... ¡Oh, caja de salvacion!— prosiguió —¿Quién habia de decirte que serias mi salvo conducto para volver á mi perdida patria?

Sonrióse á pesar de su cansancio y de que la situacion no era para bromas, y tomando el cajon colocólo sobre uno de sus hombros.

—No hay que perder un instante, la mañana avanza y Jaguá puede venir—dijo.

Y salió del aposento con tardo paso y como si fuese de mala gana á cumplir una órden conduciendo el cajon; pero al atravesar un pasillo, encontróse frente á frente con la negra.

—¿A dónde vas?—le dijo esta.

Cervantes quedó inmóvil y sin poder pronunciar una pa-

labra: el inesperado y fatal encuentro trastornaba todos sus planes, iba tal vez á ser causa de que perdiesen la vida muchos de los infelices que habian depositado en él su confianza.

—¿A dónde vas?—repitió la esclava.

—¿Qué te importa?—dijo al fin el poeta.

—¿No quieres contestarme?

—¿Desde cuando tienes autoridad para pedirme cuenta de mis acciones?

—Es—repuso Jaguá — que vengo con órdenes de nuestra señora, y como tenia mandado que ninguna te se diese, habrá que castigar á quien te haya ocupado...

—Ya sabes que á mas de tu señora tengo quien me mande.....

—Nada te han mandado...

—Pues bien—replicó Cervantes con tono de mal humor —no te importa á donde voy ni de donde vengo.

—Pero me importa cumplir las órdenes de Zoraida, y ella me dice...

—Bien, bien—interrumpió el poeta;— aparta y dejame soltar este cajon: al instante vuelvo y te seguiré ya que os habeis empeñado en hacerme vuestra víctima.

—Algo intentas que quieres ocultar...

—Déjame un momento.

—Iré contigo.

—¡Maldita negra! —exclamó Cervantes con desesperacion— Aparta ó no respondo de mi paciencia...

—¿Me amenazas?... ¡Estás sin duda loco; no piensas que un solo grito mio hará venir gente!...

—¿No dices que me amas?

—Sí.

—Pues en nombre de ese amor déjame el paso y espérame un momento...

—Tú intentas escaparte— repuso Jaguá;— en vano es que disimules.

Comprendió Cervantes que nada conseguiria de la esclava con ruegos, y que tampoco le daria resultado la violencia, porque cualquier escándalo aumentaria los inconvenientes para su salida; y en tal situacion, espuesto á que llegasen otras personas y viendo que el tiempo, por demas precioso, se perdia, decidióse á declarar á la negra su proyecto, diciéndole que lo habia concebido para huir del amor de Zoraida.

—Oye, Jaguá— dijo— y ten presente que hoy es á tí á quien toca decidir de tu vida y de la mia.

—¿Vas á decirme la verdad?

—Sí.

—Te escucho.

—Ya sabes lo que anoche sucedió...

—Que al fin te olvidastes de todo...

—¿Y cómo no habia de suceder así? ¿Es posible volver la espalda á una muger?...

—La amas, Cervantes.

—Te equivocas, y en prueba de ello, te diré que habia pensado escaparme para evitar corresponder á sus caricias. Ahora elige: ó me dejas salir ó me verás en sus brazos....

—¡En sus brazos!... ¡Jamás!— exclamó la negra arrebatadamente— Ya te he dicho que antes morirémos los tres...

—Pues deja que me vaya...

—Tampoco. ¿Olvidas que te amo? ¿Cómo he de separarme de tí?

—¿Prefieres verme amante de Zoraida?

—Ya te he dicho que eso no puede ser porque la muerte se interpone entre vosotros. Acuérdate de lo que anoche hice con riesgo de mi vida, con tanto riesgo que á no estàr ofuscada Zoraida hubiera comprendido mi traicion y á estas horas yo no existiria.

—Pues á pesar de todo seré suyo— dijo Cervantes con tono de firme resolucion.

—¿Y á donde quieres ir?

—A mi pátria.

—¿Y porqué no me llevas?

Cervantes meditó algunos momentos, y decidido á salir del apuro á costa de cualquier sacrificio, contestó:

—¿Quieres venirte?

—Sí.

—Tendrás que dejar tu religion por la mia.

—¿Porqué? ¿Has dejado tú la tuya por la de Mahoma en la tierra donde eres esclavo? ¿Porqué he de dejar yo la mia donde todos son libres?

—La libertad tiene allí sus límites, y sobre todo la de conciencia...

—Pues bien, seré cristiana.

—Dios no aceptará tus votos porque son falsos...

—¿Qué te importa? Quiero ir contigo, participar de tus desgracias y...

—Sosiégate, Jaguá, y piensa que es una locura tu deseo. Tengo que andar mucho y no podrás resistir la fatiga de un viaje...

—En vano intentas disuadirme porque estoy resuelta á estorbarte la salida sino me dejas acompañarte.

No habia medio de convencer á la esclava; su pasion y sus celos le daban valor para todo y una resolucion tan firme que ningun poder humano era bastante á contrarrestarla. Así lo comprendió el poeta: conocia bastante el corazon humano, sus debilidades y el estremo á que conducen las pasiones, y se convenció de que nada adelantaria intentando disuadir á Jaguá sino perder un tiempo precioso.

—Pues bien, acompáñame; pero ten entendido que te espones á perder la vida, porque si nos dan alcance no habrá compasion para nosotros y menos para tí de quien no pueden esperar un rescate.

—Lo sé—contestó resueltamente la esclava—y no me arredra el temor de la muerte. Vamos.

—Este cajon—repuso el poeta—nos servirá de pretesto para salir, pues creerán que vamos á cumplir alguna órden de Zoraida.

Atravesaron el pasillo y algunos aposentos, y cuando llegáron á la puerta de la calle y junto al moro que la guardaba, dijo el poeta:

—No me obligues á andar muy deprisa, porque este maldito cajon pesa como si estuviese lleno de plomo.

—Parece—le contestó Juguá—que te has propuesto disgustar á nuestra señora: ya sabes que nos manda ir corriendo... Abre, Alí—díjo al portero.

Este abrió la puerta y dejó el paso libre á la vez que murmuraba:

—Quitar á un esclavo de su trabajo, para ocuparlo en estas pequeñeces, no es cosa que agradaria mucho á nuestro amo... Impertinencias de mugeres.

Apenas Cervantes y la esclava salieron, tomaron á buen paso calle arriba, y no tardaron mucho en llegar á la tienda del señor Onofre, el cual, como habia prometido, dió las doce botellas y seis ducados mas, amen de un amistoso abrazo á nuestro poeta.

Como la mañana avanzaba, se detuvieron no mas que el tiempo preciso en casa del mercader, y despidiéndose emprendieron nuevamente su marcha.

—Allí están—dijo Cervantes—despues que hubieron salido de la poblacion y andado buen trecho de camino.

Y señaló hácia un sitio lleno de árboles y al pié de uno de los cuales Hamete estaba recostado descuidadamente.

—Por fin has llegado—dijo el moro al poeta despues que se hubieron reunido—Algunos temian ya que... ¿Pero qué traes en ese cajon?

—Las prometidas botellas.

—Allah te bendiga—repuso Hamete, tomando la caja—

Me quedo con un par de ellas, y ya te pediré cuando se me concluyan.

Y diciendo y haciendo, sacó dos botellas, guardó la una, destapó la otra y saboreó su contenido.

Entre tanto Cervantes reunió á sus compañeros, y con ayuda de la lima, se vió en breve libre del grillete y la cadena que arrojó léjos de sí.

Pintar la alegría con que aquellos infelices se abrazaron es vana empresa, porque hay emociones que solo sintiéndolas se comprenden, y la del esclavo cuando recobra su libertad puede sentirse, pero no puede espresarse. Mezclóse al llanto la risa, y mientras el uno invocaba con ardiente fé el nombre de Dios, el otro pronunciaba el de su madre, el de su esposa ó de sus hijos, ó repetia cien veces el de su patria. Cual abrazaba con efusion á uno de sus compañeros, quien saltaba y corria como un niño, y cual otro daba prisa para que se emprendiese la marcha. Todos estaban pálidos, demacrados y débiles, pero no habia ninguno que no se sintiese animoso y con fuerzas para trepar montes y cerros, sufrir el hambre y la sed y arrostrar todos los peligros. Diez eran los cautivos y ademas la esclava que á todo se mostraba indiferente pues tenia su atencion fija en Cervantes.

El cielo estaba puro, serena la atmósfera y tan risueña la naturaleza, que no se cansaban aquellos desdichados de tender sus miradas en todas direcciones y de aspirar el aire libre con una avidez exagerada.

—Compañeros— dijo el poeta— demos al Omnipotente gracias por la ayuda con que nos favorece. Vamos á ser libres, á volver á nuestra patria, á estrechar contra nuestro pecho á los queridos seres que nos lloran con amarguísimo llanto, á vivir entre hermanos, no entre verdugos, á ser hombres y no béstias, pues como á tales nos miran en esta tierra de maldicion. Dentro de pocos dias podremos volver los ojos hácia cualquier lado y decir: «vamos allá» sin que

nadie estorbe nuestros pasos: en el silencio de la noche, cuando la naturaleza duerme y la conciencia despierta, podremos levantar nuestra mirada y contemplar el cielo, la luna y las estrellas, admirar la obra inimitable de Dios y llenos de fé enviarle nuestras preces; al despuntar la mañana, cuando los primeros rayos del sol asoman tibios y escasos por Oriente para derramarse despues sobre la tierra como una lluvia de oro; cuando los pájaros sacuden sus alas y el justo despierta con la sonrisa en los lábios, y comienza á cerrar sus ojos, tras noche de desvelo, el intranquilo pecador, entonces, sin que el látigo de un verdugo cruja sobre nuestras espaldas, recibiremos el beso puro, inocente y sin igual de nuestros hijos ó el saludo cariñoso de nuestra madre, y podremos orar tambien con fervor porque la muerte del sueño huyó de nuestros ojos, dejándonos ver un nuevo dia. Esta dicha es incomparable, amigos mios; ver de noche el cielo en lugar de las paredes de una mazmorra; vivir entre hermanos que con uno lloran y rien, y no sentir constantemente el chirrido de la cadena y que no zumbe sin cesar la humillante amenaza en el oido, es la mayor de las felicidades, y solo á Dios la debemos, al Dios justo que se ha dignado fijar en nosotros su mirada para poner á prueba nuestra fé. Esperanzados en su ayuda hemos acometido esta arriesgada empresa; aun no podemos contar con la victoria, quizás pruebas mas duras nos esperan; pero si así sucediese, que no desmayen vuestros corazones, que no se mengüe vuestra fé, que la duda de la justicia divina no os haga indignos de sus favores, y á luchar de nuevo, á luchar, que al fin vencereis porque la fé y la constancia pueden mas que todas las adversidades.

—¡Oremos! —exclamaron los cautivos— ¡Oremos y que se cumpla la voluntad de Dios!

—Si alcanzamos la libertad bendeciremos la mano santa del Omnipotente que nos dió su ayuda.

—Si no la alcanzamos la bendeciremos tambien y nos resignaremos.

Corta, pero ferviente oracion salió de los lábios de los cautivos, y concluida, dijo Cervantes al moro:

—Marchemos que se hace tarde.

Hamete empinó la botella, y guardandola despues tomó un estrecho sendero que conducia á un montecillo.

Siguiéronle los cautivos y Jaguá que no se separaba del poeta, y al cabo de media hora se perdieron tras el monte alegres y animosos.

CAPITULO VIII.

—

Donde conocerá el lector á Dalí Mamí.

No habia transcurrido una hora desde que salieran de la casa Cervantes y Jaguá, cuando estrañando que esta no volviese á su aposento, Zoraida mandó que la buscasen, y no encontrándola preguntaron y supieron que habia salido con el poeta y á pretesto de cumplir las órdenes de su señora.

—¡A cumplir mis órdenes!—dijo Zoraida sin acertar á comprender el motivo de la desaparicion de Jaguá y de Cervantes.—¡A cumplir mis órdenes cuando se las dí para que cortasen flores! ¡Buscadlos otra vez, y si no los encontrais, que recorran la ciudad hasta dar con ellos!

—Se cumplirán tus mandatos, sultana—contestó la otra esclava negra á quien ya conocemos.

Púsose en movimiento la servidumbre toda de Dalí Mamí, y cuando ya se cansaban de preguntar y buscar, llegó la noticia de que algunos cautivos habian desaparecido aquella mañana. Entonces fueron á donde trabajaban Rodrigo y Meneses, y allí dijeron que estos no se habian presentado aquel dia. Ya no quedó duda á Zoraida; Cervantes y Jaguá se habian fugado, estaban de acuerdo y habian aprovechado la primera ocasion. Claras demostraciones dió la mora del mas profundo dolor y amarga pena, y aunque todos creyeron que era esta producida por la pérdida del valor de los cautivos y de la esclava, ella estaba muy lejos de afligirse por semejante cosa, pues solamente la atormentaba la pérdida del hombre en quien habia puesto su amor.

Ya el sol tocaba á la mitad de su carrera, cuando hé aquí que en medio de la general confusion de la casa, llaman á la puerta y Dalí Mamí se presenta seguido de algunos esclavos que llevaban fardos y cajones. Como no se esperaba que volviese aun del viaje que por mar habia emprendido, y como llegó precisamente en los momentos en que acababa de suceder una desgracia, no encontró sino rostros tristes y taciturnos y miradas temerosas, lo cual le impresionó desagradablemente y preparó su ánimo muy mal para la noticia que tenian que darle.

Era Dalí Mamí en estremo brutal, de tan aviesas y dañadas intenciones, que aun entre los mismos mahometanos tenia fama de cruel y servia de comparacion cuando queria dárse una idea exagerada de los instintos feroces y sanguinarios de alguien. Si en los primeros arrebatos de su enojo no podia vengarse de quien lo habia provocado, descargaba su terrible cólera sobre el primer infeliz que se le presentaba, y por esta razon, sus criados y esclavos temblaban y procuraban esquivar la presencia de su señor, mucho mas aquellos, como el portero y el gigante turco, á quienes se podia acusar siquiera de descuido.

Frisaba Dalí Mamí en los cincuenta años y conservaba todas las fuerzas y la agilidad de los treinta, sin que hubiese perdido nada de la energía de su duro carácter. Era orgulloso, altivo hasta rayar en insultante, como hombre de todos adulado por sus muchas riquezas, y de bastantes temido por su influencia y su valor. La codicia era la señora de sus pasiones, y ante el oro callaban todos sus sentimientos y se esclavizaban todos sus instintos. Nadie podia decir que habia visto la sonrisa en sus labios, y la sombría mirada de sus ojos negros, era constantemente amenazadora ó provocativa. Su rostro era moreno, surcábanlo algunas arrugas, y una cicatriz que tenia en la mejilla izquierda, hacia mas terrible su aspecto, mas dura su espresion.

Cuando al atravesar los primeros aposentos advirtió que no habia un semblante alegre, con ceño adusto y acento de enojo dijo:

—¿Os pesa de mi venida? ¿Qué sucede?... ¡Contestad!—añadió mirando á un esclavo negro que pasaba junto á él.

El negro tembló repentinamente, postróse de hinojos, cruzóse de brazos y se inclinó hasta tocar casi con la cabeza en el suelo.

Dalí Mamí le dió brutalmente con un pié, y el infeliz rodó sin exhalar una queja.

—Tú, Muhamed—repuso el arnaute, encarándose con el gigante turco;—contesta, dime por qué tiemblan todos..... por qué tiemblas tú tambien.

—Señor—respondió Muhamed que en efecto temblaba—acabamos de saber que algunos cautivos.... tres de ellos....

—¿Se han escapado?—interrumpió Dalí Mamí deteniéndose y clavando en el turco una mirada terrible.

—Salieron esta mañana y todavia no se han presentado al trabajo....

—¡Por Allah!—exclamó Dalí Mamí con acento colérico y apretando las puños.

—Corre la noticia—prosiguió Muhamed—de haber desaparecido algunos cautivos de sus encierros....

—¿Quiénes, quiénes son?

—Meneses.... Rodrigo....

—¿Y el manco?

—Tambien, señor.

—¡Oh!.... él habrá sido la causa de todo....

—Y la esclava Jaguá....

—¿Así guardas mi hacienda?—gritó el moro fuera de sí y yendo hácia el turco con amenazador ademan.

Pero quiso la desgracia que un desdichado negro, aturdido y confuso, por huir de aquella escena se interpusiese entre Dalí Mamí y Muhamed, cayendo á los piés de este.

—¿Qué haces aquí?—le dijo su feroz amo.—¿Por qué me estorbas cuando voy á castigar á este infame?.... Que lo ahorquen, ahora mismo, que lo ahorquen.

El turco aprovechó tan feliz ocasion de librarse de la cólera de Dalí Mamí, y cogiendo por el cuello al esclavo, lo arrastró fuera del aposento, sin que al infeliz le sirviesen escusas ni súplicas, sin que valiesen de nada sus lastimeros ayes, sus tristes lamentos capaces de conmover el mas duro corazon. Algunos minutos despues espiraba con la mas penosa agonía colgado á un árbol del jardin.

Dalí Mamí se retiró á su aposento, y algo mas sosegado desde que su furor habia hecho una víctima, preguntó, inquirió, dió varias órdenes, y luego se acordó de Zoraida y quiso verla.

La mora recibió á su esposo con tanta humildad y fingido cariño, que este no pudo seguir dando libre espansion á su ira.

—Sosiégate, señor—le dijo Zoraida, sentándose á sus piés.—Mírame, no rechaces mis apasionadas caricias, y todo lo olvidarás. No te importe la pérdida de esos miserables, quizás lo ha dispuesto así Allah para quitarte enemigos. Aquí

Que lo ahorquen, ahora mismo, que lo ahorquen.

tienes una esclava que te ama y de cuyos pensamientos y corazon eres el dueño absoluto.

—Tus palabras me dan consuelo, Zoraida—contestó Dalí Mamí con toda la dulzura de que era susceptible su voz;—pero ya sabes que la pérdida de ese cautivo manco representa la de muchos escudos de oro, porque ha de proporcionar un crecido rescate.

—Pero es hombre capaz de todo.

—Sí, de todo por alcanzar su libertad; pero á solas con él, viéndolo armado con un puñal y yo sin defensa, me dormiria tranquilo á su lado porque tengo la conviccion de que no me heriria alevosamente. Lo conozco bien, he puesto particular atencion en estudiar su carácter porque me llamó la atencion su arrojo cuando apresamos la galera donde se le hizo cautivo; y á fé que entonces, con diez hombres como él, á pesar de su manquedad, se hubieran burlado de nosotros, lo confieso sin avergonzarme.

Estas alabanzas en boca de Dalí Mamí significaban mucho, y produjeron gran efecto en el ánimo de Zoraida que sintió halagada su vanidad por haber amado á un hombre que tanto valia.

—Cuando se le puso la cadena—prosiguió el moro—le dije que aquella se escusaria si me daba su palabra de honor de no intentar escaparse.

—¿Y qué respondió?—dijo Zoraida con un interés que pasó desapercibido para Dalí Mamí.

—Que no daba tal palabra porque se veria forzado á cumplirla, y así, que le pusiesen la cadena y mas si querian, porque era su intencion hacer cuanto pudiese por fugarse y procurar la fuga á sus compañeros.

—¡Noble corazon!—murmuró Zoraida cuyas megillas se enrojecieron por un instante.

—Noble y grande como pocos: ya ves, pues, que aun cuando él sea pobre, en su pátria deben estimarlo en mucho,

porque á mas de tanta nobleza, es de raro ingenio y un soldado valiente á quien debe mucho la causa de su religion. Por eso su pérdida es considerable. Treinta, cuarenta, cien escudos de oro hubiesen dado por él.... ¡Oh! jamás me consolaré de esta desgracia.

—Olvídala ahora, señor, y que yo vea tu mirada apacible, que en mi oido suenen tus palabras, como otras veces, con la dulzura del arroyo que murmura....

—Zoraida—interrumpió Dalí Mamí—eres hermosa como ninguna mujer, tienes el poder mágico de hacerme olvidar todos los pesares, pero está mi espíritu en tal agitacion en estos momentos que no puedo responder á tus caricias con la dulzura que me las prodigas.

—Perdona, señor, dijo Zoraida con humilde tono y bajando la cabeza.—Como há muchos dias que no te veo, he sentido con tu visita tal contento....

—No me enoja tu ternura, pero hay momentos, te repito, en que el ánimo está dominado por la tristeza, y mas que nada, el desahogo de esta es lo que se busca.

—¿Y no soy yo bastante para hacer que de todo te olvides?

—Ya te he dicho, Zoraida, que el cautivo manco representa una suma de bastante consideracion.

—Pues compárala con los goces que á mi lado encuentras....

—Otro dia—interrumpió Dalí Mamí.—Ahora.... ahora.... voy á dar algunas órdenes....

Y al decir esto el moro, levantóse con aire de indiferencia y salió pausadamente de la habitacion.

Zoraida se levantó tambien, pero por medio de un movimiento rápido, mas bien de una sacudida, como se endereza el arco cuando se rompe repentinamente la tirante cuerda, y mirando con desden hácia la puerta por donde habia salido Dalí Mamí, exclamó con acento comprimido:

—¡Así me desprecia.... nada valgo en comparacion de un puñado de oro!....

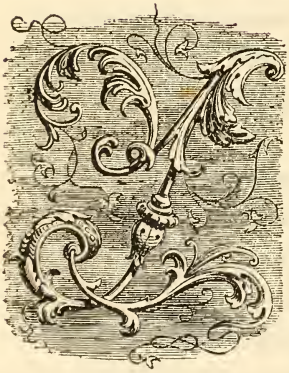
Luego se dejó caer en el divan y prosiguió:

—¡Y yo temia los desdenes del cautivo!.... Desden por desden menos humilla el de un corazon grande y nóble.... El orgulloso cristiano podrá decirme que hay otra mujer á quien ama porque la conoció antes que á mí, pero no me dirá que valgo menos que algunos escudos.... me dirá que mi hermosura y mi amor no valen tanto como el amor y la hermosura de otra mujer, pero no me comparará con algunas monedas de materia vil.... ¡Ah!.... ¡Y ya no veré al cristiano de la pálida frente, de la mirada de águila, lo he perdido y solo me queda ese brutal tirano y esta prision de oro donde se secará mi corazon á fuerza de llorar!....

Muchas y muy amargas quejas exhaló la bellísima Zoraida, y tendida en el divan permaneció hasta que las sombras de la noche trocaron en tinieblas la luz del dia.

CAPITULO IX.

Lo que aconteció aquella noche á los cautivos.



A mas de una hora habia pasado desde que el sol no alumbraba; sino que enviando sus rayos á la luna, esta daba á la tierra sus plateados reflejos. Serena estaba la noche, y fuera de la ciudad, solo el canto del ave nocturna y el murmurio de algun tortuoso arroyuelo interrumpian el silencio que reinaba, pues ni el viento, que sin duda dormia mecido por las olas del mar, agitaba las hojas de los árboles, ni se oia el ladrido del perro, ni se arrastraba el reptil entre la maleza ó sobre los riscos.

Sin detenerse mas que algunos momentos á descansar y á tomar un bocado de las escasas provisiones que llevaban, los cautivos habian caminado todo el dia, y á la noche se encontraban en la garganta formada por dos montecillos areno-

sos. Para evitar que los alcanzasen si los perseguian por aquel lado, cosa que debian esperar, habíalos guiado Hamete por estraviados senderos cuya escabrosidad y la precipitacion de la marcha los fatigaron estremadamente. La enamorada Jaguá, aunque no dejó escapar una leve queja, apenas podia dar un paso; pero tenia el firme propósito de no abandonar á Cervantes aunque perdiese la vida, y en el estravío de su pasion sentíase, sino con fuerzas, con ánimo resuelto para todo.

—Buenos amigos—les dijo el moro cuando llegaron al sitio que hemos indicado—supongo que no pensareis pasar la noche sin dormir, y aun cuando tal locura intentáseis, yo no os lo permitiria porque necesito descansar.

—Nosotros tambien—contestaron algunos cautivos.

—Preciso es—añadió Cervantes—tomar algun reposo, porque sino será imposible que lleguemos al término de nuestro viaje. Este sitio parece estar abrigado, y si sois de mi opinion, no pasemos mas adelante y aprovechemos las primeras horas de la noche para seguir bien de madrugada nuestro camino.

Todos convinieron en que era prudente descansar, y acomodándose como mejor pudieron, cerca los unos de los otros para resguardarse mas del frio, no tardaron en dormirse profundamente todos menos el moro Hamete, que con escusa de apurar el contenido de una botella, quedó despierto y esperando á que el sueño rindiese á los otros.

Empero en vez de saborear el espirituoso líquido, cruzado de brazos y con la cabeza inclinada sobre el pecho, entregóse el mahometano á las siguientes reflexiones, diciendo para sí de esta manera:

—La marcha ha sido penosa: estoy molido como si hubiese andado tres veces mas, y para descanso me espera mañana lo mismo. Las provisiones que lleva esta gente son escasas y poco sustanciosas, y cuando se acaben, difícilmente podremos reponerlas por la imposibilidad de acercarnos á la habi-

tacion de ningun viviente. Creo que vamos á pasar hambre y que no sacaré de este arriesgado negocio mas provecho que el vino, y eso escaso, porque no van las cincuenta botellas de que hablamos. En cuanto al dinero prometido será luego lo que ellos quieran, pues una vez en tierra de cristianos, podrán burlarse de mí á su antojo. Es tambien muy fácil que nos cojan al atravesar la frontera de Oran porque está muy vigilada, y si así sucediese me ahorcarian en seguida. No pensé bien lo que hacia: todo son peligros y ninguna ventaja mas que esas botellas que sin tanta esposicion puedo tener. Veamos lo que me conviene. Todo buen musulman está obligado á conservar su vida, y el arriesgarla cuando no es en defensa propia ó por la religion que nos predicó el profeta ó por la patria, es un crímen. Tambien le está prohibido á todo buen creyente protejer á los de otra religion para dañar á los que profesan la suya, y esto es precisamennte lo que yo hago con la ayuda que doy á los cautivos. Así pues, esponiendo la vida y faltando á los preceptos de mi religion sin la esperanza de un seguro provecho, doy pruebas de ser un animal, y tendré el disgusto de que se burlen de mí en mis barbas, por lo cual, lo mas prudente seria volverme á la ciudad mientras duermen, sin escrúpulo de haber hecho una traicion, porque engañar á un nazareno es agradable á Mahoma que tan perseguido de ellos se vió.

Otras muchas razones por el estilo se dió el moro para tranquilizar su conciencia, aunque á decir verdad no era mucha la que tenia, y resuelto al fin á abandonar á los infelices cautivos que en él habian puesto nada menos que la seguridad de sus vidas, levantóse, y yendo á donde estaba el cajon con las botellas, sacó de estas tres solamente porque mas le hubiesen embarazado en la marcha, y despues de echar un trago alejóse silenciosamente.

De nada se apercibieron los cristianos.

Descuidadamente pasaron la noche, y algo recobradas las

perdidas fuerzas, despertaron cuando los primeros rayos del sol hirieron sus cerrados ojos.

Fué su primer cuidado dar á Dios gracias por su misericordiosa proteccion, y estrañando luego que Hamete no los hubiese despertado antes para seguir la marcha, miraron á su alrededor creyendo verle dormido aun y embriagado.

—¿Dónde se habrá metido?—dijeron algunos sin sospechar todavía la verdad del caso.

—¡Hamete!—gritaron otros con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero como sus gritos no obtuvieron otra contestacion que la del eco, espaciéronse los cautivos por todos lados en busca del moro, pensando que lo encontrarian tendido y durmiendo á pierna suelta.

El resultado no fué nada satisfactorio como ya se comprende, y cuando muchos empezaban á sospechar si les habria hecho traicion, Cervantes estaba convencido de ello, y sin moverse de un sitio dejaba correr sus dolorosos pensamientos.

—En vano os cansais—dijo al fin á sus compañeros—nos ha abandonado, nos ha dejado en peor situacion que antes de romper nuestras cadenas.

El terror enmudeció todas las lenguas é hizo palidecer todos los rostros. Siguióse un profundo silencio que ninguno se atrevió á romper. La situacion era en verdad tristísima: no les quedaba mas que volver á sus encierros, entregarse ellos mismos en manos de sus verdugos.

Largo rato permanecieron en aquella aparente calma, hasta que sin poderse contener el dolor y el espanto en los agitados pechos, resonaron multiplicadas quejas, lamentos y amenazas, y mientras que el fuego de una impotente rábia encendia los ojos de los mas iracundos y animosos, el llanto humedecia los de espíritu mas débil. El poeta, ni exhalaba un ay ni un suspiro, pero harto demostraba su profundo dolor y su coraje en su contraida frente y en su sombria mirada,

—¿Qué haceis?—dijo al fin, levantando la cabeza y contemplando con mirada firme á sus abatidos compañeros.—¿Así os dejais dominar por el vergonzoso espanto? ¿Por qué en los momentos de mayor apuro no aumentais con el ánimo las fuerzas, y las fuerzas y el ánimo perdeis como débiles niños que al ver un mentido fantasma no aciertan en su turbacion ni á huir ni á defenderse? ¿No asoma á vuestras frentes el rubor al compararos con esta desdichada mujer cuya suerte es la nuestra y que al menos tiene valor para que su lengua calle el miedo y lo disimule su rostro? ¿Qué alcanzais con vuestras quejas y lágrimas cuando nadie las escucha ni ha de condolerse de ellas, cuando el cielo no ha de favorecer ni vuestra cobardia ni vuestra desesperacion? Dejad el llanto para lamentar las desgracias agenas, que las vuestras lo que han menester es el esfuerzo para remediarlas; guardad el dolor para afirmar el arrepentimiento de pecadores estravios, que á los reveses de la fortuna han de oponerse la resignacion y la constancia. ¿Qué puede sucedernos? Morir y nada mas, empero como cristianos sois, como mártires morid, con el corazon tranquilo, alta la frente y serena la mirada mientras que de los labios brota la sonrisa del triunfo entre las dulces palabras de fervorosa oracion. Con riesgo de la vida intentamos alcanzar nuestra libertad, y la muerte dijísteis que á la esclavitud preferíais: ¿pues cómo la muerte, mas que las cadenas, os infunden ahora espanto? ¡Acordaos de que sois hombres y que al quitarnos la vida nuestros verdugos no nos desprecien por nuestra cobardia, sino nosotros á ellos por la suya!

—¡Es que el coraje nos ahoga!—exclamaron algunos con demostracion en sus ademanes de que así era la verdad.

—Pero sabremos morir serenos—dijeron otros.

—Mi suerte será la vuestra—repuso Cervantes.—Indiferente me es volver á la ciudad ó caminar á la ventura hasta encontrar la salvacion ó morir de hambre ó que nos den ca-

za como á las fieras. Decidid vosotros, no quiero la responsabilidad de lo que pueda suceder.

—¿Qué haremos sino volver á la ciudad?—dijo el capitan Meneses.

—Nos ahorcarán—contestó otro cautivo.

—¿Y á donde vamos?—replicó Rodrigo.—Vagaremos sin direccion fija, y antes de la noche nos habrán dado alcance.

—Ciertamente.

—Como que nos estarán buscando.

—Volvamos á Arjel y sea lo que Dios quisiere—dijeron algunos.

—Sí, sí, porque es imposible que nos escapemos de sus manos—añadieron otros.

—¿Es esa vuestra resolucion?—preguntó el poeta.

—Sí—contestaron los demas.

—¿Y la esclava?

—Yo voy contigo—dijo Jaguá, señalando á Cervantes.

—¡Infeliz!—repuso este mirando compasivamente á la negra.—¡Quizás debe ser mia la responsabilidad de tu muerte!..

—La fatalidad—interrumpió la esclava, encojiéndose de hombros con estóica indeferencia.—Estaba escrito, se lo anuncié á Zoraida...¿Qué me importa la vida sino es mia?

—Volvamos á Arjel—dijo Cervantes;—pero si mi cruel amo respeta mi vida, lo que no creo, este contratiempo no me arredrará para intentar otra y mil veces romper las cadenas. Tal es mi propósito, y quiero que lo sepais por si teneis los mismos ánimos que yo.

—Os ayudaremos en todo como hasta aquí—contestaron resueltamente los cautivos—y os seguiremos sin vacilar.

—Vamos, amigos—repuso el poeta;—sigamos el único camino que conocemos, el de nuestros oscuros calabozos.

A pesar del valor que las palabras de Cervantes habian infundido á sus compañeros, sintieron nuevamente apoderarse de sus corazones el temor de la muerte casi cierta á que

corrian, y se estremecieron al ponerse en marcha, tomando con harta tristeza el camino que el dia anterior habian andado con tanta alegria; pero ninguno vaciló, y aun para no desanimarse los unos á los otros esforzáronse en aparentar sereno rostro. Cuanto sufrieron en aquellos momentos amargos, es inconcebible: pocas horas antes se alejaban de sus encierros y se regocijaban con la idea de la libertad, y entonces, por el contrario, acercábanse á las duras cadenas y la idea de la muerte era la que dominaba sus pensamientos. Tan repentino cambio, tan opuestas esperanzas, debian atormentarlos horriblemente, y á no ser por el ejemplo de viva fé, de constancia y de resignacion del poeta, á muchos hubiese faltado el ánimo para resolverse á volver á la ciudad, y errantes en aquella tierra desconocida, hubiesen muerto de hambre y desesperados, maldiciendo su estrella y dudando de todo como descreidos, porque cuando el esceso del dolor, mal contenido por el sufrimiento de la resignacion, hace al hombre desesperar, la fé huye del alma, y enferma la razon, débil y torcido el juicio, apodérase del pensamiento la duda que es la madre de la blasfemia.

Silenciosos y con lentitud como la nave que con viento contrario voga, caminaron los infelices cautivos, y al ver la torpeza de sus tardíos pasos y no mirar de qué parte tenian el rostro vuelto, hubiérase podido creer que les obligaban á caminar de espaldas.

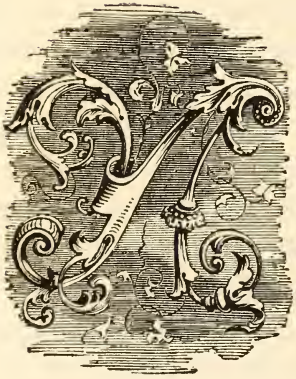
El dia estaba como el anterior, sereno y puro; pero ya fuese que estaban fatigados, ya que en vez de huir del peligro se acercaban á él, es lo cierto que al llegar la noche se encontraban aun á bastante distancia de la poblacion, y determinaron no seguir adelante hasta el otro dia y disfrutar algunas horas mas de libertad, puesto que la misma pena sufririan del uno ú del otro modo. ¡Dormir en el campo, sobre las piedras y con el frio y la humedad de la noche, era para aquellos desdichados la suprema felicidad!

Jaguá seguia con la misma indiferencia, sin pronunciar una palabra, sin proferir una queja á pesar de que debia sufrir mucho su espíritu y no poco su cuerpo, pues la sangre comenzaba á brotar de sus piés llenos de heridas.

Algunos, por el cansancio rendidos, se durmieron profundamente, mientras que otros, entregándose á tristes meditaciones sobre la suerte que les esperaba, no pudieron conciliar el sueño sino muy avanzada la noche. De estos últimos fué Cervantes que revolvió en su inquieta mente mil atrevidos proyectos por si le dejaban la vida.

CAPITULO X.

De la entrevista de los cautivos con Dalí Mamí.



o abrigaba Dalí Mamí esperanza alguna de recobrar á sus cautivos, cuando despues de dos dias no habian podido dar con ellos, y semejante pérdida lo tenia de tan mal humor que no habia en la casa sirviente ni esclavo que no temiese hablarle.

Recostado en un divan pensaba el moro cuán poco acertado habia sido no separar á Cervantes de sus compañeros y tenerle encerrado dia y noche, y ya llevaba mas de una hora de lamentar su falta de precaucion, cuando el turco Muhamed entró en el aposento, demostrando en su semblante la mas viva alegría.

—¿Qué sucede?—le preguntó Dalí Mamí.

—¡Aquí están!—exclamó el turco—¡Aquí están los tres y la esclava!....

—¡Ellos!—interrumpió el moro, levantándose de su asiento.

—Sí, señor, ellos, los cautivos y Jaguá....

—¿Quién los ha traido?

—Nadie, señor, porque han vuelto solos, voluntariamente al parecer.

—Qué vengan, Muhamed, que vengan.

—Pronto los tendrás en tu presencia, señor, porque mis disciplinas les harán andar ligeros.

—No les toques—replicó Dalí Mamí—Antes de castigarlos quiero hablarles, y si les das un solo golpe nada dirán, los conozco bien.

Salió el turco y pocos momentos despues volvió seguido de los cautivos y de Jaguá, cuyos pálidos rostros y ensangrentados piés hubieran conmovido á cualquiera otro que no fuese Dalí Mamí.

Esperaba este que el primer movimiento de los fugitivos hubiese sido arrojarse á sus plantas para demandarle perdon, pero bien pronto convencióse de que se habia equivocado, porque todos ellos quedaron inmóviles, y aun la misma Jaguá en quien las humillaciones eran una costumbre, permaneció junto á la puerta, apoyada en la pared porque sus fuerzas se habian agotado.

Pasaron algunos instantes de silencio durante los cuales el moro contuvo trabajosamente el despecho de su orgullo herido por el orgullo de los cristanos, y al fin, con voz reconcentrada y acento de profundo enojo dijo:

—¿Así os presentais delante de vuestro señor, esclavos miserables, cuando ni mereceis perdon ni aun compasion siquiera?.... ¡Doblad la rodilla, inclinad la frente!

Cervantes levantó la cabeza con tranquila dignidad, y contestó:

—Ni queremos tu perdon ni que nos compadezcas, porque ni tememos á la muerte ni queremos inspirar lástima á quien por su cobarde ruindad nos la inspira. ¿Por qué hemos de doblar ante tí la rodilla igualándote á Dios?

—¡Esclavo!—gritó Dalí Mamí con tono amenazante.

—¡Tú lo eres mio!—replicó el poeta, clavando en el moro su mirada de águila con fijeza tal que le hizo estremecerse involuntariamente.

—¡Miserables!....

—Tú eres mi esclavo porque á mi antojo exalto tu cólera mientras que tú no puedes provocar la mia. ¡Pobre y miserable criatura, juguete de tus pasiones, sella el labio y muéstrate humilde porque serás mas grande reconociendo tu pequeñez que envaneciéndote con tu ilusoria grandeza!

—Me aconsejas humildad mientras que demuestras tu orgullo?—replicó el moro que sin pensar en lo que hacia entraba en discusion con un esclavo.—¿Dónde está tu grandeza?

—Ponte por un momento en mi lugar, hazme dueño de tu vida, considérame cruel y sanguinario, capaz de atropellar todos los derechos, incapaz de abrigar un sentimiento generoso ni humanitario, y veremos entonces si puedes imitarme. ¿En qué consiste mi grandeza? De grande no blasono, pero ya ves como levanto serena la frente, como sonrien mis lábios cuando los tuyos maldicen y amenazan.....

—Calma aparente no mas con que quiere engañarme tu orgullo, ese orgullo haraposo.....

—¡Oh!—interrumpió el poeta—estos harapos que tu generosidad me dió cubren un pecho de hombre, mientras que la seda y el oro de tu vestido abrigan un pecho de tigre, ruin, traidor y cobarde.

—¿Qué dices, miserable esclavo?

—Que eres cobarde porque insultas y provocas al indefenso. No con tanta arrogancia te presentastes frente á mí el dia en que caí en tu poder, sucumbiendo al número y á la trai-

cion. Dame por una hora la libertad, no tengas miedo que huya, aquí me estaré, y entonces provoca mi enojo.

—¡Silencio!—replicó Dalí Mamí.—A los esclavos no les está permitido hablar á sus señores.

—Tal deseo, callar, y si hablé fué porque tú lo hicistes preguntándome.

—¿Sabes para lo que te he mandado entrar?

—Para tener el gusto de ver á tus pies á un hidalgo español, pero no los conoces bien y por eso te has equivocado.

Convencido Dalí Mamí de que no podria vencer la firmeza de Cervantes, prosiguió sin hacer caso de sus palabras y dijo:

—Quiero saber á donde habeis ido.

—¡A dónde hemos ido!.... ¿Y qué te importa? De tu casa huí, buscando la libertad y llevé conmigo á otros. Hemos encontrado un inconveniente y nos hemos vuelto....

—¿Sin que nadie os obligue?....

—La traicion de un moro que nos guiaba y que nos ha abandonado porque es, como todos los de vuestra raza, traidor.

—¡Un moro!.... Díme su nombre y os perdono.

—¡Que nos perdonas!—repuso el poeta con tono de desprecio.—Ya te he dicho que no queremos tu perdon.

—¿Pero, querreis vengaros del que os ha obligado á volver á vuestros encierros?....

—Somos demasiado nobles para querer vengarnos.

—Eso es incomprensible....

—Para tí que no abrigas un sentimiento generoso.

—Pues bien—replicó Dalí Mamí,—si te obstinas en callar os castigaré de muerte.

—Pronuncia la sentencia.

—Quiero otorgaros una gracia á pesar de que no lo mereceis: os doy de término hasta la noche para que digais el nombre de ese moro que os ha servido de guia, y si os negais á hacerlo así, sufrireis la misma pena que va á sufrir ahora delante de vosotros esa vil esclava.

Jaguá tembló convulsivamente mientras que Cervantes palidecia y brillaban sus ojos estraordinariamente.

—Muhamed—prosiguió Dalí Mamí, señalando á la negra—que ahorquen á Jaguá en el jardin.

La desdichada esclava exhaló un grito ahogado y cayó de rodillas, fijando en el poeta una mirada de indefinible ternura.

Dispúsose el turco á obedecer y se acercó á la negra; pero Cervantes le detuvo, diciendo con firme resolucion:

—No cometereis tan infame atentado.

Dalí Mamí miró al poeta con asombro: semejante atrevimiento no lo esperaba, y le dejó suspenso por algunos instantes.

—¿Quién eres—dijo al fin—para oponerte á mis mandatos?

—Si ahorcan á Jaguá—repuso Cervantes—cometeré todos los escesos imaginables, hasta me arrojaré sobre tí para ahogarte entre mis manos, y al cabo tendrán que matarme.

—¿Y me amenazas con tu muerte?

—Ya que no puedo hablarte en nombre de la humanidad porque la desconoces, te amenazo con el vil interés que te domina, y estoy seguro de conseguir mi deseo porque temerás perder conmigo la crecida suma que esperas por mi rescate.

—No te matarán—replicó Dalí Mamí—te sujetarán y así....

—Me quitaré yo mismo la vida, te lo juro por Dios y por mi honor. ¿Dudas de mis juramentos?

—Te quitaré todos los medios de cumplir el que acabas de hacer.

—Pero no podrás obligarme á que coma, y moriré de hambre.

—Renunciaré á cuanto pueda valerme tu rescate.

—No renunciarás, quieres engañarme y engañarte, la codicia te domina, eres su esclavo y ni tu orgullo ni tu ira pueden sobreponerse á ella.

—Ya verás si te equivocas—replicó Dalí Mamí, que en efec-

to no se atrevia á llevar á cabo su sentencia si habia de perder el rescate de su cautivo.—Muhamed, lleva á Jaguá....

—Al aposento de su señora—interrumpió Cervantes—para que le imponga el castigo que tenga por conveniente, esceptuando el de quitarle la vida y el de azotarla, porque sino yo moriré.

—¡Encierra á los cautivos!—dijo Dalí Mamí con acento de rabia.—¡Enciérralos, pero que ese manco orgulloso esté separado de los demás y que no salga para nada!

—No olvides mi advertencia—repuso el poeta tranquilamente.

Y luego, volviéndose á su hermano, añadió:

—Pronto nos veremos....

—Me respondes de él con su cabeza—dijo al turco su señor.

—Entonces creo que debe contarla por perdida—replicó Cervantes.

—¡Salid, salid!

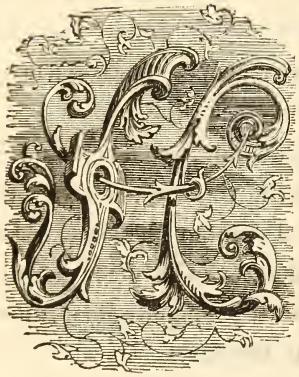
—Algun dia volveré, libre de mis cadenas, para hacerte temblar.

Muhamed condujo al poeta al sótano que ya conocen nuestros lectores, y encerrándolo allí solo, llevó á una cueva no menos húmeda y oscura á Rodrigo y al capitan Meneses.

Jaguá cayó sin conocimiento al intentar salir de la habitacion: la fatiga del viaje y las violentas y encontradas emociones que habia sentido, agotaron sus fuerzas.

CAPITULO XI.

Lo que sucedió entre Zoraida y Jaguá.



ACIA ya cerca de media hora que Jaguá habia perdido el conocimiento cuando volvió en sí. Los ardores de una violenta fiebre abrasaban su cabeza y su pecho y exaltaban su imaginacion hasta el punto de producir el delirio en algunos momentos.

Zoraida habia mandado que la dejasen en su aposento, y á solas con la infeliz, esperaba ansiosa á que recobrase el uso de sus sentidos para interrogarla, no solamente sobre lo sucedido con respecto á la intentada fuga, sino tambien para aclarar las razones que Cervantes habia tenido para fingir que no comprendia la morisca lengua, pues la esposa de Dalí Mamí habia sabido por casualidad que no era esto cierto. Así fué, que apenas Jaguá abrió los ojos y exhaló un suspiro, acercósele su señora y le prodigó toda clase de cuidados, hacién-

dole aspirar algunos perfumes, y cuando creyó que estaba en estado de hablar, le dijo:

—Jaguá anímate, escúchame....

—Agua.... murmuró la negra con doliente voz—agua, que me abraso....

Zoraida se apresuró á darle su misma copa que estaba sobre una mesa.

—Gracias, sultana—dijo Jaguá;—gracias.... Se me arde la cabeza y el pecho y.... no tengo fuerzas para levantarme....

—No te muevas—repuso Zoraida—pero escúchame y contéstame....

—Perdóname, sultana.... ten compasion de la pobre Jaguá —murmuró la esclava, cruzando sus manos temblorosas y ardientes—sufro mucho, y aunque soy negra, pero.... tengo corazon como vosotras las del rostro pálido.... y lágrimas tambien.... pero ahora no puedo llorar.... parece que me ahogo....

Y la infeliz abrió estremadamente sus vidriosos ojos y fijó en Zoraida una mirada de espanto y que revelaba el estravío que empezaba á producir la fiebre.

—Todo te lo perdonaré—repuso la esposa de Dalí Mamí; —todo si me dices la verdad á lo que voy á preguntarte....

—Pero no me hables del cautivo, sultana; no me hables de ese cautivo que encendió tu pecho, porque él es la causa de todas nuestras desdichas, porque....

—No prosigas, Jaguá, y piensa que ya debias haber pagado con la vida la traicion que me has hecho. Del cautivo quiero hablarte y tú has de decirme lo que sepas si quieres obtener tu perdon.

—¡Mi perdon!.... no lo quiero, sultana—replicó la negra qué intentó levantarse, pero que volvió á caer pesadamente sobre el divan;—no quiero mi perdon porque la muerte no es para mí tan horrible como los tormentos que ahora sufro....? ¿Sabes por qué no me han ahorcado?

—Sí, ya lo sé que debes la vida á un rasgo de generosidad sin igual del cautivo. ¿Y crees que ya estás libre de castigo aun cuando yo te lo imponga?

—No me comprendes, sultana: te hablaba de mis tormentos, y es uno de los mas horribles el perdon que he logrado....

—La fiebre estravía su razon—dijo para sí Zoraida.

—¡Ah!....—prosiguió Jaguá—parece que me oprimen la frente y el pecho y.... tengo sed, mucha sed.

—Sosiégate, Jaguá; ya sabes lo que te he prometido si me sirves lealmente....

La negra fijó sus espantados ojos en su señora, y nada contestó.

—¿No me escuchas?—repuso Zoraida.

—Sí, sultana, te escucho porque no puedo hacer otra cosa....

—¿Y por qué no me contestas?

—Apenas puedo hablar.

—Haz un esfuerzo.... no mas que algunas palabras....

—Puesto que lo que quieres, hablaré—replico Jaguá con breve acento y como si quisiese concluir aquella conversacion á trueque de cualquier sacrificio.—Hablaré, pero no sabes lo que me atormentas.... Toma mis manos.... ya vés como tiemblo... Voy á morir, sultana, y tú vivirás para amarle, para ser amada de él... ¡Oh!... ¡y ni siquiera se acordará de Jaguá, de la negra!...—exclamó la infeliz con febril exaltacion y oprimiéndose la frente con fuerza convulsiva.

—¡Escúchame, Jaguá!—repuso Zoraida afanosamente—¡Escúchame un instante!....

—Ya te escucho, sultana, ya te escucho, pero antes quiero recordarte lo que ya te he dicho en otra ocasion, que el amor que tienes al cautivo ha de perderte....

—Escúchame, Jaguá, escúchame y deja tus tristes vaticinios que de nada me sirven porque es en vano que yo intente arrancar de mi pecho esta pasion que tú llamas fatal.

La negra se oprimió el pecho, exhaló un suspiro y revolvióse en el divan con muestras del mayor desasosiego.

—Díme—prosiguió Zoraida—desde cuando tramábais vuestra fuga.

—Desde el mismo dia en que se verificó.

—Mientes, esclava; era proyecto muy meditado, estábais de acuerdo con otros cautivos....

—Lo ignoro.

—Piensa en lo que dices, Jaguá, y no olvides que soy dueña de tu vida.

—Sultana—replicó la negra con la ficticia energia que le daba la fiebre—no me amenaces con la muerte porque será lo mismo que prometerme acabar mis dolores, hacerme feliz.

—¿No tengo medio entonces para hacerte decir la verdad?

—Ya te la he dicho: me fuí con los cautivos porque ví que se iban, pero sin conocer sus planes, sin haber antes tenido ni aun sospecha de ellos.

—¿Y por qué—dijo Zoroida—con riesgo de la vida buscabas la libertad cuando yo te la habia prometido?

—¿Pero á qué precio?....¡Ah!....

—¿Y qué te importa? Déjame buscar mi perdicion, déjame morir, pero no me robes mis esperanzas, no intentes arrancar las ilusiones de mi amor. Yo te daré la libertad, esa libertad que amas tanto y por la que has jugado la vida: volverás á tus bosques, á tu tribu....

—Eso me halagó por un instante, mientras ignoré lo que habia de costarme alcanzarlo, pero luego....

—O deliras—interrumpió Zoraida—ó algun misterio que no alcanzo me oculta el fundamento de tu estraña conducta.

—Si hay misterio no intentes descubrirlo porque te perderás.

—Lo que hay, esclava—replicó la esposa de Dalí Mamí con acento de amenazante enojo—lo que hay es una traicion

infame y que pagarás como se merece. ¿Por qué, miserable, me dijistes que el cautivo no entendia otra lengua que la suya?

—¿Quieres saberlo?—contestó la negra levantándose repentinamente y mientras que sus ojos encendidos parecian brotar llamas.—¿Quieres saberlo y que acabemos de una vez?....

Pero deteniéndose y volviendo á recostarse, y cerrando los ojos mientras que apretaba los puños, prosiguió:

—El cautivo no te ama....

—¡Que no me ama!—exclamó la mora cuyas megillas palidecieron.—¿Te lo ha dicho así?

—Me dijo—repuso Jaguá, siempre esforzándose para dominarse—que fingiria no comprender tu lengua para escusarse rechazar claramente tus caricias....

—¡Mientes, esclava!—gritó la mora fuera de sí.—Mientes porque sin poder resistir ya á mis halagos iba á corresponder á ellos cuando tú llegastes.... Me ama, sus ojos me lo dijeron y tú me engañas....

—He querido evitar tu perdicion....

—¡Miserable, esclava vil!—esclamó Zoraida.—¿No sabes que al intentar evitar mi perdicion buscabas la tuya?....

Jaguá rechinó los dientes, su frente se contrajo, y mientras que con mirada sombria contemplaba á su señora, le dijo:

—Tuyo será, sultana, tuyo en cuanto mis fuerzas me permitan ir de noche á sacarlo de su encierro.... mañana mismo ya que te empeñas, empero no me acuses si el logro de tus deseos te cuesta muy caro.

—Ya me has hecho traicion una vez....

—Te juro, sultana, que lo verás mañana en tus brazos; pero déjame ahora, no hagas antes ninguna tentativa para sacarlo de su encierro, no confies á nadie la llave que nos hemos procurado.... Espera un dia, un solo dia....

—Esperaré—contestó Zoraida despues de algunos instantes de meditacion; —pero si vuelves á engañarme...

—Soy tu esclava y puedes imponerme todos los castigos, vengarte á tu placer.

—Y será muy horrible mi venganza—replicó la esposa de Dalí Mamí, clavando en la negra una mirada terrible.—Si desprecias la vida te haré sufrir otros tormentos.

—¡Si pudieras ver lo que hay aquí!—dijo la esclava, poniendo sobre el pecho una de sus manos y clavando las uñas como si quisiera arrancarse el corazon.—Si pudieses verlo, sultana, ó seria mucha tu compasion y te apiadarias de mí, ó estremado tu ódio y no me dajarias vivir un solo instante.

—¿Qué significan esas palabras?—preguntó Zoraida sorprendida y sin sospechar ni remotamente que su esclava era su rival.—Esplícate, Jaguá, díme cuales son esos tormentos que te hacen aborrecer la existencia, y por qué habia yo de compadecerte ó de odiarte.

Jaguá se revolvió fatigosamente en el divan, sus espantados ojos despidieron miradas vacilantes, y como si no atendiese á las palabras de su señora, dijo:

—Tengo sed.... se me arde la cabeza.... me ahogo.... agua....

—¿No me respondes?—le dijo Zoraida.

—Me muero.... déjame por compasion.... espera un dia y todo lo sabrás, todo.... ¡Agua, agua!

—Delira—murmuró Zoraida.—La dejaré, y esta noche, puesto que tengo la llave....¡Oh!.... no puedo esperar un dia....

—¡Agua!—volvió á decir Jaguá con tono suplicante.

—Mi amor no puede quedar á merced del capricho de una miserable esclava—prosiguió la mora, hablando consigo misma.

—¡Por compasion!—repuso la negra.

—¿La has tenido tú de mí?

—Mañana lo verás, será tuyo, te lo juro, pero....

—Bien, esperaré á mañana que será el dia de tus mas espantosos tormentos, si me haces traicion.

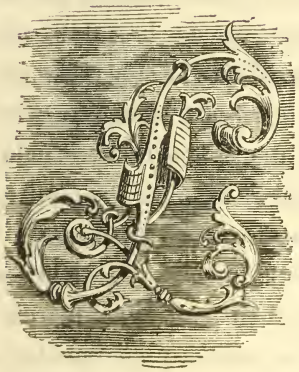
—Me ahogo.... la cabeza se me arde.... parece que me la oprimen con un martillo de hierro....

La negra exhaló un penoso suspiro, estremecióse, movió repetidamente sus secos labios, y quedó aletargada.

La esposa de Dalí Mamí la contempló por algunos momentos y como si quisiere adivinar el significado de las misteriosas palabras que habia dicho, hasta que al fin, queriendo estar sola para entregarse á sus amorosos pensamientos, llamó á dos esclavas y les mandó que llevasen á Jaguá á su lecho y que le prodigasen toda clase de cuidados, lo cual no dejó de causar alguna estrañeza porque se esperaba que le impusiesen un duro castigo.

CAPITULO XII.

Loca de amor y loca de celos.



A noche llegó, y mediada apenas sería, cuando la esposa de Dalí Mamí, que estaba sola y recostada en blandos almohadones de terciopelo carmesí recamados de oro, llevó al mórbido pecho las nacaradas manos, y de sus lábios rojos y ardientes se escapó un suspiro suave, lánguido y tierno que fué á perderse entre el rico mosáico de la cóncava techumbre de la estancia. Nunca habia estado tan bella como en aquellos momentos en que sus rasgados ojos negros giraban bajo sus largas pestañas y á través de ellas despedian vivos relámpagos encendidos por la mas ardiente de las pasiones.

—¡Todo por él!—murmuró con acento que revelaba claramente que la violencia de su amor habíase hecho dueña

absoluta de su razon.—¡Todo por él!.... ¡Un dia es un siglo!

Luego se incorporó como con intento de levantarse, pero deteniéndose inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó pensativa por algunos instantes.

—Algo significa—dijo al fin—esa conducta misteriosa de Jaguá, y no debo fiarme del todo en ella. Arriesgado es mi intento, bien puede costarme la vida, pero como todos duermen y nadie sospecha.... Estoy decidida, no esperaré, y.... tal vez así podré averiguar la causa de la estraña conducta de la negra.... ¡Oh!.... sin duda me sigue la traicion.... No hay que perder tiempo.

Levantóse Zoraida con resolucion, miróse á un espejo, y satisfecha de sus atractivos, sonrióse y tomó una lámpara que habia sobre una mesa. Entonces su corazon palpitó con desiguales y fuertes latidos, temblaron sus manos, y sus megillas palidecieron. Empero el recuerdo del cautivo acudió en su ayuda, y recobrando todo su valor, dirijióse hácia la puerta con silenciosos pasos. Su respiracion agitada levantaba su blanco pecho bajo la ropilla de seda azul que lo cubria, y colocada la diestra en él y estendido el brazo izquierdo para adelantar la luz, salió del aposento, atenta al mas leve ruido, y examinando cuidadosamente cualquiera sombra, cualquiera objeto, pues en todas partes creia encontrar á su esposo.

Mucho tiempo tardó en atravesar algunas habitaciones y pasillos, silenciosos y solitarios todos, ya porque su marcha era lenta, ya porque á cada instante se paraba para escuchar. Poco faltó alguna vez, espantada por su misma sombra ó por uno de esos casi imperceptibles ruidos que se oyen en medio de la noche, para que la lámpara se escapase de sus manos; pero al fin, tras repetidos sustos y mal dominado miedo, llegó á la puerta del sótano donde estaba encerrado Cervantes, y su mano trémula introdujo en la cerradura la llave que llevaba prevenida para el caso.

Su corazon palpitó entonces con mas violencia que nunca,

la luz huyó por un instante de sus ojos, y despues de estremecerse y de exhalar un ahogado suspiro, hizo un esfuerzo y abrió la puerta, entrando con pasos vacilantes y temerosos.

El poeta dormia profundamente sobre el monton de húmeda paja; quizás soñaba en aquel momento con el cielo cuajado de estrellas, bajo el cual habia pasado las noches anteriores, ó tal vez con sus infelices compañeros cuya suerte ignoraba, pero que no debia haber sido la mejor porque no todos, como él, podian enfrenar la cólera de sus amos con la codicia, ni todos los amos eran tan codiciosos que ante la idea de perder un rescate renunciasen á castigar cruelmente á sus cautivos.

La esposa de Dalí Mamí dejó la lámpara en el suelo, y acercándose á Cervantes lo comtempló con todo el afan de su ardiente deseo. Sus negros y espresivos ojos brillaron como dos ascuas, y húmedos luego por la pasion, sin que se empañase el cristal de sus pupilas, quedaron fijos é inmóviles, mientras que sus lábios temblorosos se entreabrieron para dar con una sonrisa desahogo á la mas tierna, dulce y amorosa de todas las emociones. Una corriente de fuego circuló por las venas de Zoraida, y refluyendo en su corazon agitólo tan violentamente que pareció que iba á romperse en mil pedazos y á saltar del pecho. Olvidóse de todo: ni la conciencia, tal vez callada de puro espanto, le recordó sus deberes de esposa, ni el miedo, quizás respetando aquella arrebatadora belleza, se levantó con sus negras formas para hacerla retroceder.

Trascurrieron algunos instantes.

La luz de la lámpara iluminaba con sus dorados reflejos la figura inmóvil de la mora que se destacaba en el pardo color de las paredes del sótano como la aparicion de una hurí entre las tinieblas.

El poeta seguia durmiendo con el sueño tranquilo del que es dueño de su pura conciencia en vez de esclavo de sus remordimientos. Las fatigas y el quebranto de los pasados dias

teníanle tan rendido que ni oyó el ruido que hizo al abrirse la puerta ni se apercibió de la llegada de Zoraida.

Esta, embriagada por sus dulces pensamientos, acariciada por sus esperanzas risueñas, siguió en su contemplacion soñadora, y al cabo de largo rato, inclinando su talle esbelto, dijo con voz dulce como los cantares de Salomon, grata como los ecos blandos de la mágica lira de Orfeo:

—Cristiano....

Cervantes abrió los ojos, contempló por un instante á Zoraida y creyó que las caprichosas visiones del sueño le ponian delante aquella aparicion; pero al sentir en una de las suyas las ardientes y temblorosas manos de la mora, convencióse de la realidad, dejó escapar un grito de envidiable sorpresa, y levantándose como impulsado por un resorte de acero, aunque el impulso fué una palpitacion violenta y repentina de su corazon, exclamó con acento de ardiente arrebato.

—¡Zoraida!

Lo que menos valor tiene, lo que menos significa, y aun á veces lo mas ridículo, es lo que mas conmueve y halaga á los enamorados, y Zoraida, al oir su nombre pronunciado por el poeta, sintió.... no podemos esplicarlo, pero es la verdad que su razon se trastornó completamente, y que loca de amor, estrechó las manos del poeta, sentóse á su lado y dijo con acento tan seductor como el canto de las sirenas tan temidas de Telémaco:

—¡Zoraida, sí, tu Zoraida, que viene á consolarte!....

—¿Quién te acompaña?—le dijo al poeta, acordándose de Jaguá.

—Nadie—contestó la mora.

—¿Y tu esclava?

—Duerme.

—¿Estás segura?

—Sí....¿pero qué temes de la negra?

—No es temor, sino que me parece por demas arriesgado....

—¿Qué importa arriesgar la vida—repuso Zoraida—cuando donde está el peligro se encuentra la felicidad?

—¡Ah!—exclamó Cervantes, cuyos encendidos ojos fijaron en la mora una mirada ardiente.—¡No es la felicidad la que encuentras, sino la que con tu hermosura traes, pues no hay dicha igual á la de estar á tu lado y aspirar tu aliento y que la luz de tus ojos encienda el pecho!

—¿Acaso me amas, cristiano?—dijo Zoraida con visible agitacion.

—Cuando te ví—repuso el poeta—conmovióse mi ser de tan estraño modo, que no sabré decirte si el incomparable goce de tu presencia me atormentaba ó si el tormento me hacia gozar.

—¡Y fingístes no entender mis palabras!....

—Quise evitar tu perdicion, porque si nos hubiesen sorprendido....

—¡Es que no me amas como yo á tí!....

—Olvídate, Zoraida, de esa noche fatal en que sufrí horriblemente.

—¡Olvidarme!.... ¡imposible! Su recuerdo me atormenta porque mi pasion no encontró correspondencia, pero es el recuerdo de la primera vez que te he tenido á mi lado.... ¡Cómo he de olvidar aquella noche!

—¿Tanto me amas?

—¿No te lo dice lo que acabo de hacer?.... Pero no me desprecies si ves que el recato no enfrena mi pasion; no me desprecies si en tu querida patria otra mujer mas hermosa que yo....

—No, Zoraida—interrumpió Cervantes;—solo el corazon de una madre me llora en mi perdida patria; ninguna otra mujer....

—¡Qué felicidad!—exclamó la mora.

—Tú sí tienes un esposo....

—Un amo, dirás, de cuyos caprichos odiosos soy el juguete.

—¿No lo amas?

—¡Amarlo!.... solo á tí, cristiano, solo á tí, y ojalá que tú me amases lo mismo....

—¿Lo dudas?

—Te fuistes sin acordarte que dejabas á una infeliz mujer condenada á vivir en un encierro y á fingir amor á quien solo le inspira repugnancia....

—Tenia que cumplir un deber muy sagrado: diez infelices habian puesto en mis manos su vida y su libertad, y no corresponder á su ciega confianza hubiera sido la mas negra de las iniquidades.

—¡Cuán noble y grande es tu corazon!—exclamó Zoraida.

Y abriendo estremadamente los ojos, pareció que queria absorber con sus miradas al poeta.

Este besó apasionadamente las manos perfumadas de la mora, y no acertó á decir otras palabras que,

—¡Qué hermosa eres!....¡Cuanto te amo!....

Desde aquel instante fué para ellos un Eden el negro sótano. Cervantes se olvidó por un momento de su patria y de su libertad, de sus amarguras y tormentos, y solo se acordó de Zoraida, mientras que ella, loca de amor, olvidóse tambien del peligro que corria.

Dulces, tan dulces como un ensueño de alegre felicidad tras una realidad de triste desdicha, fueron los momentos que en la embriaguez de su pasion sintieron deslizarse el poeta y la esposa de Dalí Mamí.

Trascurrió una hora, dos....

Al fin pensó Cervantes que era una imprudencia el que permaneciese allí por mas tiempo Zoraida, y esta pensó tambien que era preciso separarse.

—No vuelvas á esponer tan locamente tu vida—dijo el poeta.

—Ya te he dicho que nada me importa....

—Yo iré á buscarte....

—¿Y cómo?

—Déjame la llave que te ha servido para abrir.

—¿Y si alguien te encuentra al atravesar la casa?

—Mejor que tú sabré evitar el peligro.

—¿No es mas prudente que Jaguá venga á buscarte?—dijo Zoraida.

—Oculta á la negra tu pasion, díle que ya me has olvidado, que estas arrepentida de lo que has hecho....

—¿Crees que nos venderá?—interrumpió Zoraida cuya frente se contrajo.

—Nó, pero....

—Esplícate, aclara ese misterio....

—Lo haré si me concedes una gracia.

—Tú puedes disponer de mí.

—¿Eres dueña de dar la libertad á tus esclavas sin que sea un inconveniente la codicia de tu esposo?

—Aunque mostrase alguna repugnancia lo conseguiria fácilmente.

—Pues ejecútalo así con Jaguá y sabrás entonces lo que ahora no comprendes.

—¿Con que es traidora?....

—Nó.

—¿Entonces?....

—Dále la libertad, aléjala de tu casa y entonces pregúntame; pero entretanto compadécela.

Zoraida quedó pensativa; su curiosidad era mucha y no estaba contenta mientras no se aclarase aquel misterio. ¿Cómo habia de pensar que su esclava estaba enamorada del poeta?

Un leve roce se sintió en la puerta del sótano, y luego una sombra se deslizó tan silenciosamente como si hubiese sido un fantasma. Era una persona que á favor de la oscuridad, pues la luz de la lámpara no llegaba hasta allí, se arrastraba casi

pegada al suelo como el tigre que se acerca á su presa, esperando el instante oportuno de arrojarse sobre ella.

Ni Cervantes ni Zoraida se apercibieron de semejante aparicion, pues absorto él en contemplar los hechizos de la mora, y esta queriendo adivinar el estraño misterio que la tenia tan pensativa, ni sintieron el levísimo ruido de la agitada respiracion del espía, ni pudieron verlo, aunque era casi imposible, en la completa oscuridad de aquella parte del sótano.

Estaban perdidos: quien quiera que fuese el que los acechaba no habia ido para favorecerlos.

Pocos instantes pasaron.

El espía detuvo su marcha de serpiente y sus ojos brillaron como dos luces fosfóricas.

El silencio no podia ser mas absoluto.

¡Desdichados amantes! la muerte amenazaba sus cabezas; la muerte iba tal vez á separar aquellos corazones que poco antes habian latido estrechándose fuertemente el uno conta el otro, ardiendo en el mismo fuego, palpitando á impulsos de las mismas sensaciones.... ¡Infelices, y cuan pasajera habia sido su dicha!

—Vete—dijo el poeta á Zoraida.—Un solo instante puede perderte....

—No me olvides—contestó la mora.

Levantáronse: un abrazo de despedida los unió quizás por última vez, y el crujido de un ósculo amoroso resonó en la negra bóveda.

Entonces se oyó un grito agudo, desgarrador, destemplado y que lo mismo podia tomarse por el rugido de una pantera herida como por el ay postrimero y desesperado de un moribundo. El espía se revolvió en el suelo como la serpiente á que se corta un trozo de su cuerpo, y despues, levantándose por medio de un movimiento convulsivo, se lanzó hácia los amantes con los brazos abiertos y chispeantes los ojos como dos carbones encendidos. La luz de la lámpara iluminóle, y pudo en-

tonces reconocerse á Jaguá cuyo rostro estaba horriblemente desfigurado. Sus grandes ojos, de mirada vacilante, estraviada, parecia que iban á salirse de sus órbitas, y su labio superior, levantado como el del gato cuando olfatea la caza, dejaba ver sus blanquísimos dientes que castañeteaban amenazadores como los del chacal cuando va á teñirlos con la sangre de su presa.

Cervantes y Zoraida contestaron con un grito de miedosa sorpresa y de horror al grito de Jaguá, y esta, mirándolos alternativamente, respirando con mucha dificultad y despues de un violento tartamudeo, exclamó con voz ahogada;

—¡Suyo!

Luego se oprimió el pecho sin poder respirar por algunos instantes, y soltando al fin una carcajada estridente, concluyó por una risa sardónica que causaba espanto.

El poeta y la mora, mudos de terror, no acertaron á pronunciar una palabra.

—¡Y.... se aman!...—volvió á decir la negra.

El acceso de risa convulsiva se calmó, y la infeliz, sin fuerzas ya, apoyóse en la pared. Entonces se contrajo su frente, sus ojos se revolvieron con rapidez en todas direcciones, y mientras se movian alternativamente sus dedos y cerraba y abria ó se frotaba sin concierto las manos, murmuró con sordo acento y sin fijar sus miradas en ningun punto;

— Se aman, pero.... yo los alejaré mucho, mucho.... y será mio....¡Le vuelve la espalda y finge que no la entiende!... ¡Já já!.... Cuidado, no os descubriré, pero os mataré....¡No entiende su lengua!

—¡Está loca!—dijo Cervantes con doloroso acento.

—¡Loca!—repitió Zoraida.

—¡Infeliz!....

La violenta y repentina sensacion que habia esperimentado Jaguá en su estado febril le habia trastornado el juicio.... ¡Estaba loca de celos!...

—Ahora lo comprendo todo—dijo la mora.—Te amaba.... Su locura nos perderá....

—Huye, Zoraida—replicó Cervantes;—aprovecha estos momentos.... Pero compadécela.

Jaguá murmuró algunas palabras mas, miró á todos lados, y soltando una carcajada se lanzó fuera del sótano con la velocidad de una centella.

—¡Dios mio!—exclamó Cervantes, elevando al cielo una mirada tierna.

Zoraida tomó con trémula mano la luz, y en estremo turbada salió, dirigiéndose á su aposento rápidamente.

Por fortuna ya habia dado al poeta la llave y este pudo cerrar la puerta del sótano, pero no al sueño sus ojos ni tampoco dar tranquilidad á su agitado espíritu. Su vida y la de Zoraida estaban pendientes de un hilo, sujetas á las irreflexivas palabras de una loca.

Pocos momentos despues de haber entrado Zoraida en su habitacion, entró tambien Jaguá en el mismo estado de enagenacion en que ya la hemos visto. La mora llamó á sus esclavas para que encerrasen á su compañera, ordenándoles que la dejasen bien guardada, y que no hiciesen caso de sus palabras.

CAPITULO XIII.

Se prosiguen los sucesos del anterior.

UNQUE Jaguá era una esclava y ninguna importancia tenia en la casa de Dalí Mamí, no dejó de causar alguna impresion la noticia de que se habia vuelto loca, y á la mañana siguiente todos hablaban del suceso y se referian y comentaban las palabras que en sus momentos de exaltacion decia la negra. Afortunadamente, nada se le habia oido que pudiese comprometer á Zoraida ni á Cervantes, por mas que diesen que pensar sus claras demostraciones de que la causa de su demencia habia sido una pasion amorosa y un arrebato de celos. Habia pasado la noche en un continuado delirio, y aunque la fiebre iba desapareciendo, no por eso la razon volvia á su primitivo estado.

Dalí Mamí era el que mas habia sentido la desgracia, no por compasion, sino por puro interés, porque un esclavo loco perdia todo su valor y era menester reemplazarlo haciendo un nuevo desembolso. Lo primero que se le ocurrió al inhumano moro fué mandar que ahorcasen á la esclava para evitar el gasto de mantenerla cuando de nada servia; pero Zoraida, sino muy compadecida, al menos por hacerse agradable á los ojos del poeta, se opuso á tan bárbara determinacion, y tantos fueron sus ruegos que al fin Dalí Mamí se avino á soportar el inútil gasto como el de otro cualquier capricho de su esposa. Y aunque hemos dicho que no era todo compasion en la mora, no por eso dejaba de condolerse de la desgracia de Jaguá, pues era de buen corazon, y como ya no podian atormentarla los celos, el sentimiento caritativo borró fácilmente el recuerdo de un instante de ódio mortal que habia sentido hácia la esclava al comprender la temeraria rivalidad de esta.

El aspecto de la negra era lastimosísimo. Habíanla encerrado en una apartada habitacion donde no habia mas que un miserable lecho de paja con una manta, donde á veces, rendida de fatiga se dejaba caer, para volver luego á pasear con desiguales pasos en todas direcciones. Estaba medio desnuda, y el escaso ropaje que apenas cubria sus bien dibujadas formas, hallábase roto y en el mayor desórden. Su negra y brillante cabellera trenzada otras veces con estudiado primor, caia entonces sobre su espalda y su cuello de ébano en desiguales mechones, y algunos de estos se esparcian sobre su frente. Parecia que sus ojos iban á salirse de sus órbitas; giraban con rapidez y desconcertadamente, y sus miradas, vagas y como recelosas, no se fijaban en ningun punto. Era contínuo el movimiento de sus dedos, y abria y cerraba las manos como si palpase alguna cosa. Aunque poco, algo encorvaba la espalda, y tambien inclinaba la cabeza, levantándola raras veces. Una feroz curiosidad habia llevado á todos los habitantes de la casa al encierro de la esclava, y como esta se mostraba inofensiva,

tomaron algunos á entretenimiento y diversion el hacerle preguntas y oirla disparatar, llegando á familiarizarse en pocas horas con la infeliz, y á convencerse de que no habia peligro en que la dejasen andar libremente pues á nadie hacia mal, sino por el contrario, hablaba á todos de su amor con la mayor dulzura, diciendo sobre este punto todos los disparates imaginables que forjaba su monomanía.

No dejó de saber el poeta el resultado del triste suceso de la noche anterior, pues cuando Muhamed le llevó el almuerzo y la comida, consiguió ingeniosamente hacerle hablar, y tranquilizóse algun tanto al saber que por mas que la negra hablaba, ya de su pasion, ya de sus celos, solo decia *ella*, ó *la del rostro pálido*, cuando se referia á su rival, pero sin pronunciar su verdadero nombre ni el del objeto de su amor á quien llamaba *él*, ó el de los *ojos de fuego*.

Con tales noticias, sin temor de que otra nueva desgracia aumentase sus tormentos y sus cuidados, pudo Cervantes aquel dia entregarse á meditaciones sobre sus proyectos de fuga. Lo primero en que pensó fué en ponerse en comunicacion con su hermano y el capitan Meneses, lo que le seria bastante fácil, contando con el poderoso auxilio de la llave que le habia dejado Zoraida; de modo que el amor de esta que antes habia sido un obstáculo para la libertad de los cautivos, habíase trocado en favorable ayuda, sin la cual hubiera sido imposible al poeta comunicarse con su hermano y su compañero. No le faltaba mas que saber donde estaban encerrados, pero esto lo averiguaria por medio de la mora sin ningun trabajo, y aun por el mismo Muhamed podia saberlo.

Pasó aquel dia, pensando Cervantes en su libertad, soñando Zoraida con su amor y delirando Jaguá con sus celos, mientras que Dalí Mamí calculaba lo que podria costarle en el mercado otra esclava india, jóven y hermosa como Jaguá.

Llegó la noche con su oscuridad, su quietud y su silencio, y los habitantes de la casa de Dalí Mamí se recogieron á la

hora de costumbre, sin que quedasen despiertas mas que tres personas; Jaguá que no podia dormir con su locura, Zoraida á quien sus amorosos delirios le hacian velar, y el poeta que, como tal, estaba reñido con el sueño.

A eso de la media noche, Cervantes se dispuso á salir de su encierro, y abriendo la puerta cuidadosamente, pensó entonces que no tenia luz y que este inconveniente podia serle fatal aunque conocia bien el interior de la casa; pero como era preciso seguir adelante, decidióse á correr el nuevo riesgo, y saliendo y marchando á tientas, siempre junto á la pared, atravesó diversos aposentos sin que le ocurriese novedad.

Mas de un cuarto de hora empleó en su lenta y peligrosa travesía, hasta que al fin un débil rayo de luz puso término á su afan, dió á sus miembros mayor lijereza y mas seguridad á sus pasos, encontrándose bien pronto á la puerta del aposento de Zoraida.

El demonio y la carne son dos de los tres enemigos del alma: esta es una verdad que no ha salido de nuestro pobre magin, pero que se nos viene á la memoria, porque apenas Cervantes vió desde el umbral á Zoraida vestida y recostada descuidadamente en un ancho divan, el enemigo de la carne amenazó al espíritu con sus sonrosadas, brillantes y en estremo bonitas uñas, aunque cortantes y venenosas, y olvidándose de todo, como la noche anterior, sorprendióla con un saludo gratamente espresivo y que aunque mudo pudiera haber sido tan visto como escuchado. La contestacion de Zoraida no sabemos cual fué, pero sospechamos que usó del mismo idioma.

La rapidez con que pasaron cerca de tres horas es escusado que la digamos, ni menos que palabra por palabra repitamos las que de amor fueron de los ardientes lábios á los afanosos oidos: bastará decir á nuestros lectores que fueron tres horas como tres minutos, pero de tan dulcísimo encanto, que para despedirse los amantes, les faltaba lengua, y para separarse,

ocasion. Pero como habian de hacerlo forzosamente, pasaron del amor á tratar de otros asuntos, y Zoraida dijo al poeta el lugar donde su hermano y Meneses estaban, pues disimuladamente lo habia preguntado por lo que de interesante tenia para ella cuanto mas ó menos directamente se relacionaba con el objeto de su cariño. Luego prometió la mora á Cervantes tenerle la siguiente noche prevenida una linterna y lo necesario para encenderla, y muy satisfecho nuestro cautivo, separóse al fin de Zoraida, despues de recomendarle que mirase á Jaguá con compasion y que procurase endulzar los tormentos de su triste estado.

El encierro de Rodrigo y de Meneses estaba muy cerca del de Cervantes, por cuya razon este quiso aprovechar aquella noche para hablar con su hermano y saber la suerte que le habia cabido despues de su separacion.

Con la misma lentitud, cuidado y precauciones que antes, dirigióse el poeta al sótano donde estaba Rodrigo y el capitan, y llegando acercóse á la puerta, escuchó y solo oyó el ruido leve que hasta allí llegaba de la respiracion de los cautivos que dormian á pierna suelta.

—Desgracia será—dijo para sí Cervantes—que no despierten, aunque el veterano tiene el sueño ligero.

Luego dió con el puño dos ó tres golpes en la puerta, que en medio del silencio y de la oscuridad hubiéralos tomado un espíritu supersticioso por el llamamiento de un ánima en pena que iba desde el purgatorio á pedir misas ú oraciones. Pero los cautivos no despertaron.

—Será chasco pesado—repuso el poeta—tener que volverme sin hablarles.

Y repitió los golpes con mas fuerza, escuchando luego con toda su atencion.

—¿Es ya de dia?—dijeron desde adentro con soñolienta voz.

—¡Ya ha despertado Meneses!—murmuró Cervantes, estremeciéndose de alegria.

Echóse entonces al suelo, y poniendo la boca en el hueco que habia entre este y la puerta, dijo:

—Acercaos, soy yo, Miguel.

Oyóse un murmullo en la parte de adentro, despues el ruido de pasos, y por último el de la voz de los dos cautivos tras la puerta.

—¿Estais ahí yá?—repitió Cervantes.

—¿Cómo es que andas por la casa á estas horas?—le preguntó Rodrigo con tono de admiracion.—¿Qué ocurre?

—Ya os lo diré otro dia, que no es esta ocasion de entablar tales coloquios—respondió el poeta.—Lo que importa es que sepais que tengo una llave para abrir la puerta de mi encierro y que esteis prevenidos todas las noches porque vendré para que hablemos.

—¡Loado sea Dios!—exclamó Meneses.

—Decidme—añadió Cervantes—lo que ha sido de vosotros.

—Nos han mandado al trabajo como siempre.

—¿Y nuestros compañeros?

—Al sargento Navarrete le han dado cien palos.

—¡Vive Dios!—exclamó el poeta.

—Y al desdichado Ferrer lo han ahorcado.

—¡Ah!

—Y han cortado una oreja al alferéz Rios.

—¡Los vengaremos, hermano, los vengaremos!—dijo Cervantes por cuya frente corria frio y copioso sudor.

—Los demás han sufrido tambien castigos, aunque de poca importancia, como son ayuno de algunos dias y aumento de horas de trabajo ú argollas y cadenas de mas peso que las que antes llevaban.

—Infundidles ánimo, decidles que trabajo por nuestra libertad y que ahora tenemos mas probabilidades que nunca de alcanzarla.

—Eres incansable, hermano.

—Cumplo con mi deber.

—Pero ten prudencia porque si llegan á sorprenderte en una de estas salidas no habrá compasion.

—Ciertamente, pero es necesario arrostrar el peligro.

—¿Y Zoraida?

—Loca de amor.

—¿La amas?

—Con los ojos, porque es en estremo hermosa, pero no con el corazon porque no me deja el amor á nuestra familia y nuestra pátria.

—¿Ya sabes que Jaguá?....

—Loca de celos.... ¡Infeliz!

—Si se descubriese....

—Os dejo—interrumpió Cervantes—porque está cerca la mañana y tengo que volver á mi encierro.

—Dios te proteja y te recompense tu generosa abnegacion.

—Dios me dé fuerzas para cumplir mis sagrados deberes—dijo el poeta.

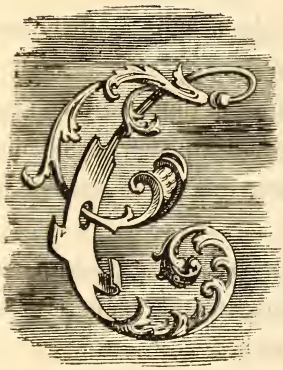
Y despidiéndose de su hermano y de su amigo, dirijióse á su negra prision donde se encerró pensativo y fatigado.

El sueño cerró sus ojos mientras que su inquieta y fecunda imaginacion concibió mil proyectos de inmensa trascendencia y que parecian hijos de la falta de razon cuando lo eran de un atrevimiento sin igual.

Alumbró el sol y los habitantes de la casa se pusieron en movimiento, pero nadie observó cosa alguna que pudiese hacer sospechar lo sucedido en la pasada noche.

CAPITULO XIV.

Cómo Cervantes daba los consuelos de que él necesitaba.



RASCURRIERON algunos dias, durante los cuales el poeta siguió haciendo sus nocturnas escapatorias, visitando á Zoraida y comunicándose con su hermano y el capitan, quienes se ponian de acuerdo con otros muchos cautivos para llevar á cabo una nueva fuga. Muchos planes se habian trazado ya y muchos desechado al encontrar insuperables inconvenientes, pero no por esto desmayaban, sino que al contrario aumentábanse sus deseos de verse libres y su perseverancia en poner los medios para conseguirlo.

De Jaguá apenas se ocupaba ya nadie: dejábanla andar libremente por la casa que recorria casi siempre silenciosamente ó hablando consigo misma, y muchas veces pasaba ho-

ras enteras sentada junto á la fuente del jardin donde declaró á Cervantes su amor, ó en la puerta del sótano donde estaba encerrado. Esto era muy significativo para Zoraida, pero ningun valor tenia para los demás que lo atribuian á una de tantas manías de su locura. Por dias, puede decirse, iba la infeliz esclava perdiendo sus carnes y su belleza; habia enflaquecido mucho y sus bien dibujadas facciones estaban muy desfiguradas.

Como de costumbre, la noche en que estamos, despues de la acostumbrada visita á la mora, llegó Cervantes á la puerta del encierro de Rodrigo y del capitan, y llamándolos, acudieron estos en seguida.

—¿Teneis—les preguntó el poeta—alguna noticia que comunicarme?

—Una que no dejará de alegrarte—le contestó Rodrigo—porque es la de la libertad de uno de nuestros infelices compañeros.

—¿Quién?

—El alférez Castañeda.

—Bien has dicho, hermano, que la nueva era de gozo para mí. Díme como ha sido tan feliz suceso, pues ya sabes que Castañeda es uno de mis mejores amigos.

—Se ha rescatado.

—¿Pero cómo si ayer?....

—Nada sabia.

—¿Entonces?....

—Esta mañana ha desembarcado el portador del dinero y una carta de su tio, y tanta prisa se ha dado el buen Castañeda á terminar el ajuste, que antes que se pusiese el sol estaba ya en libertad y nos abrazaba llorando de alegria y ofreciéndonos cuanto le ha sobrado del rescate, aunque poco ha sido, pues su amo no ha querido bajar una dobla de trescientos cincuenta escudos.

—¡Una víctima menos!—¡exclamó el poeta con indefinible gozo.—¡Gracias, Dios mio!

—Seguro estoy—repuso Rodrigo—de que si hubiese podido obtener su rescate por cantidad menor, hubiese empleado el resto de su caudal en volver á su patria á otro desdichado; pero no le quedan mas que cincuenta escudos.

—Tiene un corazon muy noble.

—De ello ha dado muchas pruebas.

—¿Y cuándo se vá?

—Probablemente dentro de tres dias en compañía de unos mercaderes catalanes.

—¿Os ha dicho si mañana irá á veros?

—Sí.

—Quisiera darle un abrazo.

—Lo mismo desea él, y vendrá para rogar á Dalí Mamí que le permita verte.

—Que no deje de hacerlo.

—Además me ha prometido encargarse de llevar cartas nuestras.

—¡Cartas!—murmuró Cervantes tristemente.—¡Cartas que abrirán nuevas heridas en el corazon de nuestros padres y de nuestra hermana!

—Siquiera sabrán que estamos vivos.

—Es verdad....

—Y creo que no debemos ocultarles nuestra situacion y lo que nos ha sucedido últimamente en nuestra intentada fuga.

—No soy de tu opinion, hermano: creo que solo debemos hacerles saber que existimos aun y que tenemos muy fundadas esperanzas de alcanzar nuestra libertad, ocultándoles lo que sufrimos.

—No, porque con razon se quejarian de nuestra reserva.

—¿Y no piensas que si les pintamos nuestra situacion con sus verdaderos colores, por sacarnos de ella harán sacrificios que los dejarán en el mas triste y miserable estado?

—Ciertamente, pero como añadiremos que estamos á punto de vernos libres....

—Obra como mejor te parezca, Rodrigo, porque no quiero tener que arrepentirme de haberte dado un consejo desacertado. En mi carta procuraré infundirles ánimo y resignacion, hacerles concebir esperanzas consoladoras, y nada mas.

—Yo me encargo del resto: déjame una vez obrar á mi antojo, que ya verás como se tocan buenos resultados.

—Bien, prepara mañana á Dalí Mamí, y díle que dé órden para que me permitan escribir y ver á Castañeda, porque yo no puedo darme por entendido.

—Así lo haré.

—Ahora díme lo demás que ocurra con respecto á nuestros planes.

—Nada porque Navarrete no vió ayer al renegado.

—¿Tenemos, pues, que esperar á mañana?

—Forzosamente.

—Dile que á falta de la escala que es casi imposible procurarse, que no pierda la ocasion de hacerse con una cuerda que tú podrás traerme liada al cuerpo y darme por debajo de la puerta.

—Bien, hermano.

—No tengo que decirte nada hasta ver lo que resulta de la entrevista de Navarrete con el renegado, y si este encuentra medio de salvar la dificultad que ocurre.

—Lo dudo.

—Os dejo que es hora muy avanzada—dijo Cervantes.

Y luego volvió á su encierro, apagó la linterna de que ya le habia provisto Zoraida, y escondiéndola entre la paja que le servia de lecho, se acostó.

Dalí Mamí accedió á la peticion de Rodrigo porque podia dar por resultado el precio de los rescates de ambos hermanos, y aquella misma mañana sacaron á Cervantes de su encierro y le facilitaron lo necesario para escribir.

La carta del poeta, mas que amargas quejas de su triste suerte, contenia las mas consoladoras palabras, concluyendo por

decir á su padre que, salvo lo que Dios dispusiese, muy pronto lo abrazaria porque los preparativos de su fuga estaban muy adelantados. Encarecíale tambien que no hiciese ningun sacrificio para rescatarlo, pues no era razonable empeñar la mezquina hacienda que les daba el sustento para alcanzar lo que estaba á punto de conseguir tan fácil y prontamente.

Rodrigo, que tambien escribió, ocupóse por el contrario de pintar con los mas vivos colores su desdichada situacion, los peligros que habian corrido al intentar la fuga y los que aun tenian que correr. Esto debia herir vivamente el corazon de sus padres por mas que á la vez les dijese que tenian fundadas esperanzas de alcanzar la libertad, mucho mas si esto habia de ser esponiendo la vida.

Apenas habia concluido Cervantes de escribir su tiernísima carta, llegó el alférez Castañeda.

Era este un jóven que apenas tenia veinte y ocho años, de noble presencia y de rostro de franca y alegre espresion.

Amistosa y estrechamente se abrazaron apenas se vieron, y sentándose comenzaron á hablar como antiguos conocidos que eran, pues antes del cautiverio ya habian tenido frecuente trato en el ejército.

—Aquí me teneis—dijo Castañeda—hecho otra vez hombre, pues tal no he sido mientras me han tratado como á un perro. ¡Pluguiese á Dios que vos pudiéseis dicirme otro tanto!

—Ya llegará el dia, mi buen amigo—contestó Cervantes; —y bien sabe el cielo que la libertad que habeis alcanzado me ha dado tanto gozo como si fuese la mia.

—Lo creo de vos que, no digo por mí, sino por el mas desconocido de nuestros desdichados compañeros, arriesgais constantemente la vida y no pensais en vos mismo mas que en ellos.

—Es mi deber.

—Es vuestra generosidad, vuestra nobleza ...

—Dejemos eso aparte y hablemos de lo que nos importa al presente.

—Como os plazca.

—Ya os habrá dicho Rodrigo que necesitamos de vuestra amistad.

—Deseo pagaros lo que os debo. Decid lo que quereis y estad seguro de que todo cuanto sea necesario haré por dejaros complacido.

—Gracias, amigo mio—replicó Cervantes, estrechando la mano á Castañeda.—Se trata de que os encargueis de hacer llegar á mi padre las cartas que os daremos, pues como ireis á Madrid, fácil os será remitírselas por conducto seguro.

—¡Remitírselas!—dijo Castañeda.—No, mi buen amigo: yo mismo iré á Alcalá en cuanto dé un abrazo á mi tio, pues por mucho que digais en las cartas, no quedará satisfecho vuestro padre si no se le dan esplicaciones á las mil preguntas y dudas que se le ocurrirán.

—No me hubiera atrevido á pediros tanto, pero ya que os ofreceis, ese es mi deseo.

—Que nada me costará cumplir.

—Pues bien, una vez que tanta es vuestra bondad, voy á deciros cómo habeis de hablar de nosotros á nuestra familia, porque si no os lo advirtiese, de seguro el interés de vuestra amistad haria lo que evitar quiero á toda costa.

—Esplicaos, pues, que vuestras advertencias serán seguramente dignas de tenerse en cuenta.

—Mi familia—repuso el poeta—vive, como ya os tengo dicho, de un escaso patrimonio que apenas le produce lo suficiente para sostenerse con decencia; pero el cariño de mi padre hácia sus hijos es tal, que para atender á nuestras necesidades y al modesto dote de nuestra hermana, ha llevado una vida de privaciones, que le han impuesto muchos sacrificios. Conozco bien su noble corazon y el tierno sin igual de mi buena madre—añadió el poeta cuyos ojos se humedecieron—y estoy cierto de que si á comprender llegasen todas las miserables desdichas de nuestra suerte y lo comprometida que está nuestra

existencia aquí, y lo insegura, lejanas y casi ilusorias que son las probabilidades que tenemos de alcanzar la libertad, seguro estoy, repito, que á comprenderlo así, darian el escaso pan de su sustento, se quedarian reducidos á la última de las miserias por lograr nuestro rescate. Esto, como imaginareis, no puedo consentirlo porque á ello se oponen mis sentimientos de cariño y gratitud filial, mi razon y mi deber; no quiero que mis padres, tras una vida de sacrificios y privaciones, se vean reducidos en su vejez al tristísimo estado de carecer del preciso sustento, de tener quizás que implorar humildemente la caridad de los opulentos que les volverian la espalda y los mirarian con desprecio, y si le daban una limosna seria para alejarlos, porque la miseria entristece y los ricos no quieren amargar la dulzura de sus goces tomando parte en las agenas desgracias.... ¡Oh!...

Cervantes no pudo proseguir; ahogábalo una dolorosísima emocion, mientras que dos gruesas lágrimas corrian por sus megillas.

—¿A dónde vais á parar—dijo Castañeda conmovido—con tan tristes y exageradas suposiciones?

—A la verdad, amigo mio—repuso Cervantes, procurando dominar su emocion.—Soy muy jóven aun, pero tengo bastante esperiencia y creo conocer el corazon humano. Perdonad si cuando empezais á ser feliz, despues de muchos padecimientos, turbo vuestra alegria con mis dolorosas reflexiones.

—Me haceis una ofensa creyendo....

—Sé que no os pesa llorar conmigo, pero yo abuso haciendoos llorar en vez de evitarlo.

—Mas me atormentais creyéndolo así....

—Como os digo—prosiguió Cervantes—es imposible que yo consienta en ser la causa de la desgracia de mi familia; antes prefiero morir, estar cien años en mi calabozo, sufriendo el indigno y humillante trato que me dan.

—¡Noble corazon!—exclamó Castañeda, abrazando á su

amigo.—¡Cuánta abnegacion!.... Sois esclavo de vuestros deberes, y....

—Encadenado á ellos me será imposible correr tras la fortuna ni alcanzarla; pero podré mirar con desprecio á los que desprecien mi pobreza.... Perdonadme esta vanidosa debilidad, única que el pobre honrado puede tener en cambio de las muchas miserias con que se envanecen los poderosos.

Una amarga sonrisa vagó en los labios del poeta, y luego prosiguió:

—Mi hermano, que es bueno, pero que no tiene el valor de una resignacion constante, lo cual suele producir el egoismo, pintará en su carta á nuestro padre todo lo penoso y horrible de nuestra situacion. Yo no he querido insistir para convencerle de lo mal que en ello hacia, porque no sabemos lo que está por suceder, y consejos que pueden llegar á pesarme no quiero darlos. Pero es lo cierto que si solo á su carta atiende mi padre, sucederá lo que tanto temo, que empeñará ó malvenderá su patrimonio. Puesto ya como estais al corriente de mis deseos sobre este punto, el favor que de vos espero es que hábilmente borreis la impresion dolorosa que causará á mi padre el relato de nuestras desgracias, y haciéndole ver que para nuestra fuga tenemos seguros medios, procureis evitar su ruina.

—Grave es la responsabilidad del encargo que me haceis—dijo Castañeda despues de algunos momentos de reflexion—pues si por evitar una desgracia sucede otra, tendré que acusarme al menos de una torpe condescendencia.

—Vos no haceis en esto mas que cumplir un encargo, y en manera alguna sois responsable de los resultados que dé.

—Aquí de vuestros consejos que no quereis dar cuando pueden pesaros.

—En eso tendria que obrar por mi propia cuenta, pero no así vos ejecutando lo que os dicen.

—Vuestro fin—replicó Castañeda—no puede ser mas digno

de alabanza, pero tened entendido que es exagerar vuestro noble deseo.

—¡Exagerar el querer que mi virtuosa y desgraciada familia no quede sumida en lo mas horrible de las miserias!.... No, amigo mio, esto es cumplir con un deber el mas sagrado de todos, porque despues de Dios están mis padres y yo despues de ellos. Tenedlo entendido, y ya sabeis que en mis resoluciones soy firme, no levantaré mi felicidad sobre la desgracia de mi familia, y ni el deseo de verme entre ella, ni el de ser dueño de mi libertad, serán bastante para que yo acepte el sacrificio que por nosotros estarán dispuestos á hacer cuando conozcan en toda su estension lo horrible de nuestra suerte. Ayudadme en esta buena obra — prosiguió Cervantes con tono de tierna súplica; — ayudadme á evitar que dos ancianos cuya larga vida ha sido un continuado ejemplo de rara virtud, encuentren por término á sus afanes, por recompensa á sus sacrificios y á su honradez la miseria y el hambre, las humillaciones y la amargura sin igual de los desengaños.... ¡El hambre! — exclamó el poeta, estremeciéndose de espanto — ¡El hambre á la vejez!.... ¡Esto es horrible!.... ¡El hambre y las humillaciones, doblar ante el vicio una frente pura y la cabeza cubierta de canas venerables!.... ¡Oh!.... ¡Jamás, jamás! ¡Yo no puedo aceptar sacrificio semejante!

El cautivo apoyó los codos en las rodillas y ocultó el rostro entre sus manos agitadas convulsivamente.

Hubo algunos momentos de silencio que Castañeda no se atrevió á romper porque no encontraba razones que dar contra sentimientos tan nobles y generosos como los del poeta.

Este sufria mucho en aquellos momentos: á su memoria se habian agolpado todos los recuerdos de su infancia y los de rara ternura de sus padres, acudiendo á su imaginacion ideas en estremo atormentadoras para su alma sensible.

—Mi buen amigo—dijo al fin el alférez—cumpliré con

vuestro encargo, pero si no se consigue vuestro deseo, no sospecheis que he desempeñado mi papel tibia y flojamente.

—Me basta vuestra promesa, pues no me la hariais sino tuviéseis intencion de hacer todo lo posible para dejarme servido.

—Estad seguro de ello.

—Tomad la carta—dijo Cervantes, entregando á Castañeda el papel, tesoro de ternura y consuelo.—Dios os ilumine....

—Dios recompense vuestras virtudes.

—A mi madre—repuso el poeta que no pudo contener el llanto—á mi madre besadla por mí como yo la besaria, y estrechad entre vuestros brazos á mi padre y á mi hermana.... y decidles.... decidles que me habeis visto llorar por ellos..

Abrazáronse ambos amigos y ambos derramaron lágrimas de la mas dolorosa ternura.

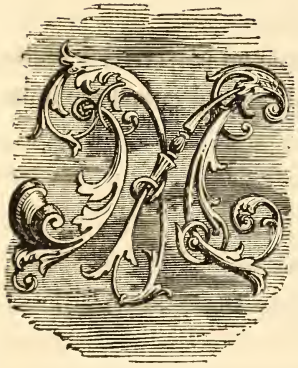
Al fin se separaron.

—¡Va á verlos.... á respirar el aire de mi pátria.... y es libre!—murmuró Cervantes con ahogado acento cuando se hubo alejado su amigo.

CAPITULO XV.

—

De Arjel á España.



IENTRAS Cervantes continúa poniendo en juego su incansable actividad para conseguir su fuga y la de otros muchos cautivos, referiremos aunque muy ligeramente, lo que sucedió á Castañeda y el resultado que dieron las cartas de que era portador para el padre del poeta.

Cuando el alférez desembarcó en Valencia fué acometido de una peligrosa enfermedad que lo tuvo postrado mas de tres meses, de tal modo que apenas podia darse cuenta de que existia. Como era consiguiente, quedó tan debilitado, que no tuvo fuerzas para ponerse en camino, ni tampoco si quisiera intentarlo se lo hubiesen permitido los que cuidaban de su salud. Esta desgracia no le dejó cumplir su encargo, y aunque pensó mandar las cartas, no lo hizo tampoco por miedo de que sucediese lo que tanto temia su amigo si él no se hallaba presente

para procurar evitarlo. Así, pues, creyó preferible esperar, y cuando estuvo en estado de emprender su marcha, es decir, unos siete meses despues de su salida de Arjel, dirijióse á Madrid con la celeridad que le permitia su quebrantada salud y el lento paso de la perezosa mula de un arriero con quien arregló su viaje, pues hacerlo á caballo y con un escudero no se lo permitian sus escasos recursos, ni mucho menos en un coche ó litera, reservados entonces para la crecida fortuna de los opulentos. El camino de Valencia á Madrid no lo andaba en aquella época ningun arriero en menos de diez ó doce dias, y esto contando con que no lo detuviese un temporal; de manera que con el tiempo que el alférez invirtió en su caminata y con el que en la córte hubo de detenerse al lado de su tio, resultó que las cartas de los cautivos no llegaron á manos de su padre sino muy cerca de un año despues de haberse escrito.

Cervantes no se habia equivocado: la carta de Rodrigo produjo tal efecto en el ánimo de su padre, que todos los esfuerzos de Castañeda fueron vanos para convencerle de que debia esperar algun tiempo antes de empeñar sus escasos bienes.

El alférez llegó á Alcalá de Henares una tarde de diciembre, fria y nebulosa, y apenas en una posada hubo dejado su cabalgadura y se hubo limpiado sus vestidos, dejando para despues el tomar alimento, encaminóse á la casa del hidalgo Rodrigo de Cervantes, situada en la que es hoy huerta de los Capuchinos, y de la que no quedan otros restos que una pared y una puerta tapiada. El edificio era de poca estension y pobre aspecto, y lo mismo que su sencillo esterior, su interior daba claros indicios de la pobreza de sus habitantes por la escasez y antigüedad de sus muebles y adornos.

Apenas Castañeda se hubo anunciado, por medio de una anciana criada que le abrió la puerta, diciendo que habia llegado de Arjel, cuando los padres y la hermana de los cautivos

le salieron al encuentro á la escalera, y olvidándose de su natural cortesía, sin esperar á otros cumplimientos preguntáronle todos á la vez:

—¿Los habeis visto?

—Sí—contestó el alférez, pasando adelante.

El aposento en donde entraron era un salon cuadrilongo y de elevado techo formado por vigas gruesas de color oscuro. Componíase el mueblaje de algunos sillones de nogal con asiento de cuero de vaca y tachonados con grandes clavos de cobre, unas cuantas sillas de pino pintadas de azul y dos mesas, la una de encina cubierta con un paño verde, mas que nuevo, cuidadosamente conservado, y la otra de nogal con pies en forma de columnas salomónicas y dos barrotes de hierro torneados que se cruzaban desde los travesaños de estos al tablero cuya parte superior estaba incrustada primorosamente de marfil, nácar y concha. Esta mesa, no de escaso valor por el raro trabajo del mosáico, se conservaba como una reliquia de familia. En una de las paredes, la que estaba frente á la que formaba parte de la esterior del edificio y en la que habia un balcon, veíanse tres cuadros de lienzo pintados al óleo, con molduras talladas y doradas, y como de unos tres á cuatro pies de largo y de proporcionada anchura. El que estaba colocado en medio lo llenaba el árbol genealógico de la familia que principiaba con el nombre del gran Alfonso Nuño, alcaide de Toledo, y seguia luego con otros muy celebrados é ilustres, viéndose entre los de una de sus ramas el de doña Juana Enriquez de Córdova y Ayala, segunda muger del rey don Juan II. Los otros dos lienzos eran los retratos de Juan de Cervantes, corregidor de Osuna, padre de Rodrigo y abuelo de nuestro inmortal poeta, y el otro de su esposa.

El padre de nuestros cautivos no tendria mas de cincuenta y cinco años, pero los pesares habian encanecido sus cabellos y surcado de arrugas su frente. Su esposa, doña Leonor de Cortinas, era mas jóven y aun aparentaba menos edad de la

¿Los habeis visto?
-Si- contesto el alferez, pasando adelante

que realmente tenia, conservando todavia no poco de su belleza juvenil y de su frescura, por ese privilegio que la naturaleza concede á algunas mujeres de no marcar su rostro con el sello de la vejez año por año sino en un solo dia como si repentinamente pasasen de la juventud á la ancianidad.

Andrea, la hermana de Cervantes, era mayor que este, y habia heredado de su madre la hermosura y gracia y de su padre el noble porte que tanto lo distinguia.

Dados á conocer estos personages, y volviendo á reanudar el cortado hilo de nuestra narracion, diremos, que padres é hija dieron apenas lugar al alférez para tomar asiento y comenzaron á hacerle repetidas preguntas sin dejarle tiempo á responder una palabra.

Castañeda, sin oidos bastantes para escuchar y sin ocasion para esplicarse, por toda contestacion sacó las cartas que puso en manos de Cervantes, y que otras cuatro manos las hubiesen cogido si el hidalgo no las apretára entre las suyas, temblorosas y ardientes, con afanosa precipitacion.

—Perdonad la descortesía—dijo el anciano á Castañeda:—voy á leer....

—Hacedlo en voz alta—interrumpió el alférez—para satisfacer el afan de vuestra esposa y de vuestra hija: su contenido no es para mí un secreto.

La lectura dió principio por la carta del poeta, cuyas palabras de ternura y consuelo hicieron correr en abundancia el llanto por las mejillas de los circunstantes. No habia frase que no diese la mas cabal idea de cuanto valia el corazon que la habia sentido; ni una sola queja se habia escapado, ni el mas lijero detalle del duro trato que sufria el infeliz cautivo; todo eran consuelos, consuelos cuando tanto los habia menester el que así los prodigaba.

—¡Alma noble y generosa!—exclamó el anciano á la vez que besaba el papel y lo regaba con su llanto.

—¡Hijo de mis entrañas!—dijo doña Leonor con acento aho-

gado y estrechando contra su seno palpitante á su hija Andrea.

Algunos momentos de silencio pasaron, indispensables para que recobrasen el aliento aquellas tres personas, y luego el hidalgo, con trémula voz, comenzó á leer la carta de Rodrigo.

Esta, como ya hemos dicho á nuestros lectores, era un relato tristísimo de la mas triste vida que llevaban en su duro cautiverio los dos hermanos, y cada frase, cada palabra clavábase en el corazon de aquellas tres personas como la punta de un puñal.

—¡Oh!—exclamó el anciano al concluir la lectura y mientras que la carta se escapaba de sus manos—¡Qué horrible suerte la de mis desdichados hijos!.... ¡Dios mio!....

—Ya conoceis—dijo Castañeda—el carácter impresionable de Rodrigo, y por consiguiente, me creereis si os digo que hay alguna exageracion en la tristísima pintura que hace de sus desgracias. Lo mismo que él cuenta, dicho con mas sencillez, no os pareceria tan malo. Sobre todo, puedo aseguraros que tienen de manera dispuestas las cosas para su fuga, que no tardareis mucho en verlos.

—¡Verlos! repitió el hidalgo, moviendo la cabeza tristemente y con aire de duda.—Consuelos son los que quereis darme, inspirados por la generosidad de mi hijo Miguel, pero la verdad la dice Rodrigo.

—Sí. esa es la verdad—dijo doña Leonor:—Miguel nos engaña....

—¡Noble engaño!—repuso el padre del poeta.

—Yo os daré razones que os convencerán—replicó el alférez—y entonces....

—Decidme—interrumpió el anciado—cómo es que ya no están aquí cuando su fuga debia verificarse á los pocos dias de vuestra partida. Hace muy cerca de un año que se escribieron estas cartas, y el trascurso de tanto tiempo es bastante á convencerme de una de dos cosas bien tristes, ó de que han perecido en su empresa, ó de que ya no pueden llevarla á cabo.

—Eso decís — replicó Castañeda — porque no conoceis aquello....

—Lo que sé, y esto es muy positivo, es que mis hijos, sino han muerto, tienen la vida á merced del capricho de un bárbaro y que sufren peor trato, que las bestias. Pero yo los salvaré, ya no dejaré pasar un solo dia con esperanzas vanas.

—Sí, sí, dijo doña Leonor; —aun cuando tengamos que implorar la caridad como el último de los mendigos..,.

—No os dejeis arrebatar por los impulsos de vuestro corazon, porque tal vez mientras sacrificais vuestra fortuna ellos boguen libres hácia las costas de nuestra pátria.

—Mi hijo Miguel — repuso el anciano — os ha encomendado sin duda una mision harto delicada y la que no podreis cumplir á medida de sus deseos porque ya nada me detendrá para hacer el último de los sacrificios.

—Es que no pensais — replicó el alférez, esforzándose por convencer al hidalgo — no pensais que por hacer á vuestros hijos un bien vais á causarles un mal. Y digo esto porque presumo que intentais recurrir al estremo de empeñar ó vender vuestra escasa hacienda, es decir, lo que algun dia será su único sustento.

—¿De qué les sirve esa hacienda si antes de heredarla morirán en el cautiverio? Alcancen su libertad, y siendo honrados y laboriosos, no les faltará con que vivir siquiera modestamente.

—¡Mis hijos, yo quiero á mis hijos! exclamó daña Leonor.

—Pero....

—En vano os cansareis — dijo el anciano — si aun intentais hacerme desistir de mi determinacion.

Era tan firme el tono de resolucion del padre del poeta, que el alférez se convenció de que nada adelantaria: y como tampoco defendia una opinion que estuviese de acuerdo con la suya, hubo de guardar embarazoso silencio, meditando de qué manera podria convencer al afligido padre. Pero este, sin darle tiempo á pensar mas, le dijo:

—¿Cuando pensais volveros á Madrid?

—Mañana bien temprano, á menos que pueda serviros.

—Iré con vos.

—¿Es decir?....

—No os esforceis; os repito que nada me hará desistir de mi resolucion.... ¡Quiera el cielo que no sea tarde y vano mi sacrificio!.... Estoy muy cerca del sepulcro, amigo mio, porque hay dolores que matan mas que los años, y ya no tengo mas anhelo que abrazar á mis hijos, bendecirlos en mi hora postrera y que cierren mis ojos.... Aun sin perder un dia tal vez no pueda conseguirlo....

Doña Leonor y Andrea daban al llanto libre curso sin poder articular una palabra, y el anciano enjugó tambien con su mano temblorosa una lágrima del mas intenso dolor. Mucho sufrian los desdichados: atormentábanlos las ideas mas desconsoladoras porque no veian sino un porvenir tristísimo, la miseria, los desengaños y la muerte por término á tantos dolores.

—Señor Castañeda—dijo el anciano, variando de conversacion para distraer á su esposa y á su hija—espero que honrareis nuestra pobre casa pasando en ella la noche.

—Ya tengo alojamiento y....

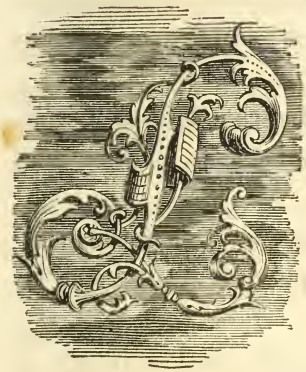
—No me agradezcais el ofrecimiento porque hay en él mucho egoismo: quiero que hablemos de Arjel, haceros muchas preguntas, y si nos acompañais á cenar tendré ocasion de molestaros. Irán á buscar vuestra cabalgadura que se acomodará en la cuadra con mi mula, y mañana, despues de almorzar, emprenderemos nuestro camino.

Castañeda no pudo resistir á tan cortés ofrecimiento, y lo aceptó, pensando tambien que era un consuelo para aquellos infelices padres el hablarles de sus hijos aun cuando solo tuviese que referir cosas muy tristes.

CAPITULO XVI.

—

De la primer visita que el Sr. Rodrigo de Cervantes hizo en la córte.



A siguiente mañana muy temprano, Cervantes y Castañeda salieron de Alcalá, y á buen paso tomaron el camino de la corte, aquel, caballero en una mula de paso, corpulenta y de negro pelo, y este en un cuartago perezoso y espantadizo que habia alquilado para su viaje.

Llevaba el señor Rodrigo por todas provisiones y recursos, un legajo de papeles que lo componian las escrituras de sus bienes, y seis escudos y dos reales en uno de los bolsillos de sus gregüescos de paño verde.

La mañana estaba fria y húmeda, como mañana de diciembre, y los viajeros, embozados hasta los ojos, caminaban triste y silenciosamente. El carácter alegre y festivo de Casta-

ñeda era proverbial entre sus amigos, pero no lo demostraba entonces porque iba muy preocupado con los recuerdos del dia anterior y con el pesar de no poder ofrecer al afligido padre ningun género de ayuda. El buen alférez nada poseia mas que su tizona, por cierto bien temible, y si no le faltaba el preciso sustento, debíalo á la generosidad de un tio solteron y estravagante á quien tenia que pagar sus favores con paciencia y exagerada sumision.

Como nada de particular ocurrió en el camino á los viajeros, evitaremos al lector la molestia de seguirlos paso á paso, y nos trasladaremos de un brinco á la coronada villa en donde, la noche bien entrada, entraron ellos tristes aun y fatigados.

A la entrada de la plaza del Arrabal, hoy plaza Mayor, despidióse Castañeda de Cervantes para seguir calle de la Almudena abajo, tomar la plaza de San Salvador, ahora de la Villa, y buscar la calle del Sacramento donde habitaba su tio, y su compañero de viaje, vovió á la izquierda, dirijiéndose á Puerta de Moros donde habia una posada de las mas antiguas de la poblacion.

—Perdonad—dijo el alférez al hidalgo cuando iban á separarse—si no os pago vuestra fineza ofreciéndoos mi casa, pues ya sabeis que no la tengo.

—Vuestra buena voluntad os agradezco—le contestó el anciano—y esto es lo que aprecio mas que nada. Aun estoy en deuda con vos.

— Iré mañana á visitaros; lo que puedo, no lo ignorais, y si de algo os sirvo....

—No deseo mas sino que el cielo os pague la amistad verdadera que teneis á mis hijos y que habeis demostrado por mí—contestó el señor Rodrigo.

Y luego, tras algunas corteses frases, picó á su fatigada y obediente mula y se encaminó á la posada sobre cuya ancha puerta hubiera podido leerse de dia lo siguiente, escrito con letras amarillas y desiguales:

JESUS MARIA Y JOSÉ.

POSADA DEL COJO DEL SEÑOR SAN BLAS.

Salió á recibir al hidalgo un hombrecillo rechoncho y viejo, falto de la mitad de la pierna derecha que suplia con una de palo, y cuya circunstancia justificaba el letrero de que hemos hecho mencion y sacaba de la duda que pudiera ocurrir de si el cojo era el santo ó el dueño de la casa.

—Dios venga con vuestra merced, señor Rodrigo y compañia—dijo el posadero que ya conocia á Cervantes de otras veces que lo habia hospedado.

—Dad un buen pienso á mi compañia, como vos llamais á la mula—contestó el hidalgo, y á mí algo de cenar.

—Al momento, y como siempre, bien servido, que ya sabe vuesa merced que en esta casa se le estima de veras, y á fé que si la mula pudiera hablar no se quejaria del trato que le doy ni diria que la cebada no abunda en su pesebre, porque, como vuestra merced no ignora, prefiero ganar poco y tener limpia la conciencia, que dia llegará en que á todos nos midan con un rasero, que mas vale ser pobre y honrado, y por tal perdí esta pierna sirviendo lealmente al rey nuestro señor como es obligacion de todo vasallo fiel. Y porque vuesa merced se convenza....

—Ya os conozco y sé lo que valeis—interrumpió el hidalgo que no estaba de humor de sufrir la charlatanería del posadero cuya fama de hablador era pública en toda la villa.—Haced lo que os digo, que estoy muy cansado y necesito acostarme.

—Desocupado está el aposento que siempre ocupa vuesa merced: tome la llave y ese candil que acabo de llenar de aceite, y en seguida iré con la cena.

El señor Rodrigo tomó la llave que le dió el posadero y descolgó un candil de garabato que habia en una pared, encami-

nándose luego á su habitacion donde no habia mas que una malísima cama, una mesa peor y un banquillo de nogal.

Un cuarto de hora despues le llevó el posadero una tortilla y pan, y concluida la cena, acostóse el anciano, aunque el sueño parecia huir de sus ojos.

La noche pasó y á las ocho de la siguiente mañana, despues de tomar un frugal almuerzo, colocó Cervantes debajo del brazo los papeles que digimos sacó de su casa, y salió triste y pensativo, encaminándose con desiguales pasos á la calle de San Nicolás.

—¡Si al menos llegára á tiempo!—murmuraba por el camino.—Pero si han muerto y no sirve de nada este sacrificio.... ¡Oh!.... La prudencia dictaba ayer las palabras del alférez; pero como la prudencia no se aviene siempre con los impulsos del corazon, si he de obedecer los unos tengo que desechar la otra.... Supongo que bastará con lo mio y que no tendré que tocar á lo destinado al dote de mi pobre Andrea.

Así pensando, llegó á la puerta de una casa de apariencia pobre, y examinándola como para reconocerla, dijo:

—Aquí es.... ¿Quién habia de decirme hace un año cuando acompañé á esta misma casa á mi buen amigo Andrés que yo vendria mas apurado que él aun y con el mismo fin? Y en verdad que á no ser por aquello, ahora no sabria á quién dirigirme con mi proposicion. Vamos, pues, que si ha de hacerse, retardarlo es atormentarse.

Entró el hidalgo en el zaguan, subió una estrecha y en estremo oscura escalera, y cuando llegó al segundo y último piso, llamó á uua puertecilla y esperó buen rato á que le contestasen.

—¿Quién es?—dijeron al fin desde adentro.

—¿Vive aquí todavia el señor Justo Perez?—preguntó el hidalgo, acercando los lábios al agujero de la cerradura.

—Aquí vive. ¿Qué se os ofrece?

—Hablarle.

La puerta se abrió, apareciendo una criada que repuso:

—A mala hora llegais, señor hidalgo, porque el señor Justo va á salir para ir á misa, y por nada del mundo deja de cumplir con su antigna devocion.

—Sin embargo—contestó el señor Rodrigo—decidle que el negocio que me trae me interesa mucho, y que tengo gran priesa, porque desearia volver mañana mismo á mi casa.

—Esperad—dijo la criada—que por serviros se lo diré, aunque tengo para mí que ha de ser en vano.

Y luego entróse en el interior de la casa, y despues de buen rato salió.

—Como os lo habia yo dicho, señor hidalgo; hasta las diez no recibe á nadie segun tiene de costumbre: volved á esa hora y podreis hablarle.

El hidalgo bajó tristemente la cabeza y dijo con tono de forzada resignacion.

—Volveré.

—Y si no quereis volver podeis escusarlo, que nadie os llamará—replicó la criada mientras que cerraba la puerta casi sin dar lugar á que saliese el anciano.

—¡Dios mio!—exclamó este, elevando al cielo una dolorosa mirada.—¡Dadme fuerzas para sufrir estas humillaciones!....

Y bajó la estrecha escalera con vacilantes pasos y mientras que su corazon latia con estremada violencia.

En aquel momento se oyó el tañido de una campana que recordó á Cervantes que no hay consuelo mas dulce que el de la oracion cuando la llama de la fé arde vivamente en el alma.

—Rezaré—murmuró.—¿En qué puedo emplear mejor el tiempo que en rogar á Dios por la salud de mis hijos y en darle gracias porque me los ha conservado?

Entonces se dirigió á la iglesia de San Nicolás y entrando en el templo, arrodillóse y la mas tierna y fervorosa oracion salió de sus secos lábios.

Poco á poco fué llenándose de gente la iglesia. Cerca del

hidalgo se arrodilló un hombre de avanzada edad, flaco de cuerpo, de frente estrecha, de ojos redondos, vivos y relucientes como los de un gato, y de roma nariz y desmesurada boca. Llevaba un largo rosario de Jerusalen con muchas medallas de cobre que producian un sonido estraño al chocar unas con otras, y entre ellas veíase una calavera de marfil del tamaño de una nuez. Su vestido era todo de paño negro bastante raido, y no llevaba ni espada ni puñal. Arrodillóse como hemos dicho, y despues de abrir los brazos poniéndose en forma de cruz, inclinóse tres veces hasta besar el suelo, y luego, dándose terribles golpes de pecho con la diestra, comenzó á rezar con esa entonacion particular de las beatas, principiando en alta voz y atiplado tono cada uno de los períodos en que dividen su oracion, y acabando estos con un murmullo grave al que sigue una puñada sonora sobre el corazon. Llamó la atencion del hidalgo aquella devocion y el compungido semblante y aire contrito del anciano, y enternecióle tan ardiente fé religiosa.

Concluida la misa, unos antes, otros despues, fueron los devotos abandonando la iglesia, siendo de los últimos el viejo del rosario, no sin besar nuevamente el suelo antes de salir.

Cervantes, con espíritu mas tranquilo salió tambien, y se dirigió nuevamente á casa del señor Justo por si tenia por conveniente recibirlo. Advirtió el hidalgo que el viejo devoto le precedia, llevando la misma direccion que él, y cuando vió que entraba en el zaguan del señor Justo, dijo para sí:

—Si no es un vecino, es una víctima como yo, segun la pobreza de su vestido y la tristeza de su rostro lo indica. ¡Infeliz!

Y subió la escalera detrás del beato que llamó á la puerta del segundo piso.

—¿Qué quereis?—dijo con melíflua voz á Cervantes cuando la criada abrió.

—¿Sois de la casa?

—Para serviros.

—Buscaba al señor Justo Perez....

—Yo soy—dijo el viejo.

Contemplólo el hidalgo por algunos instantes y como si dudase de que aquel hombre fuese el inhumano usurero á quien buscaba.

—Tenia que hablaros....—dijo al fin—y quisiera....

—Entrad.... ¿Sois vos el que ha venido antes?

—Sí.

—Era precisamente la hora en que tengo antigua costumbre de oir misa todos los dias, y por nada dejo de cumplir esta devocion.

—¿Y ahora podreis escucharme?

—Con el mayor gusto.... Pasad.

El vejete guió á Cervantes á un aposento donde solo habia una mesa de pino con cubierta de bayeta verde, un estante de nogal y dos antiquísimos sillones.

—Sentaos—dijo el señor Justo á la vez que él lo hacia delante de la mesa.

El hidalgo se sentó. Sus manos temblaban y estaba en estremo pálido su rostro, pareciendo que mas bien que un hombre de conciencia tranquila ante un criminal era un acusado convicto y confeso ante su severo y virtuoso juez.

—Podeis hablar con entera confianza—dijo el usurero—pues las palabras se olvidan aquí apenas se han pronunciado.

Cervantes no sabia cómo manifestar el objeto de su visita; pero el vejete le sacó del apuro, diciéndole:

—¿Cuánto dinero necesitais?

—Os diré—contestó el hidalgo—la urgencia que me obliga....

—Sea cual fuere—interrumpió el señor Justo—no me importa, y lo mismo ha de costaros si pensais malgastarlo en devaneos que si atendeis con él á salvar la vida. En los negocios nada se mira mas que las ganancias ó las pérdidas que puede

haber; lo demás atañe al privado de cada uno, cosa muy respetable para mí.

—Creí—dijo Cervantes—que entrarian en vuestra consideracion....

—Nada, y lo comprendereis así cuando os diga que el dinero no es mio sino de otras personas que lo han depositado en mi poder para que se lo negocie, dándome por mi penoso trabajo una mezquina retribucion que no me permite vivir sino con la miseria que podeis observar: y como los dueños del dinero solo entienden de números cuando lo dan, tengo que tratar lo mismo al verdadero necesitado padre de familia que al mancebo vicioso y disipador.... Decid, pues, la cantidad que necesitais....

—Mil y quinientos ducados.

—Bien está—contestó el usurero cuya penetrante mirada estaba fija en Cervantes.—Los tendreis si corresponde la garantía.

—Examinad esas escrituras—repuso el señor Rodrigo, poniendo sobre la mesa los papeles que llevaba.—Son las de propiedad de mis bienes, libres de toda carga.

Pocos momentos bastaron al vejete para hacerse cargo del contenido y valor de aquellos títulos, pues acostumbrado á examinar muchos de la misma clase, no necesitaba sino hojearlos rápidamente para saber hasta donde podia llegar en el negocio que se le proponia.

—¿Traeis algunos mas?—dijo despues que los hubo revisado.

—¿Acaso no son bastantes?—replicó admirado el señor Rodrigo.

—Afianzando los bienes que espresan estas escrituras, no se os pueden dar mas que cuatrocientos escudos—contestó friamente el viejo.

—¡Cuatrocientos escudos!—exclamó Cervantes con asombro.—¡Cuatrocientos escudos cuando representan un valor de

tres mil y seiscientos ducados, sin contar las mejoras que han recibido algunas fincas, como son plantaciones de olivos y reparaciones en la casa.

—Las he apreciado con arreglo á las instrucciones que tengo: ya os he dicho que el dinero no es mio y que por consiguiente, nada puedo hacer aunque conozco que sois una persona honrada.

El primer impulso de Cervantes fué el de levantarse indignado y huir de aquel hombre, pero se acordó de sus hijos, y haciendo un supremo esfuerzo, contúvose y dijo:

—No habeis mirado bien esas escrituras.

—Puedo deciros de memoria todas las fincas y su valor.... Pero esto á nada conduce, los negocios deben tratarse de otra manera: os daré cuatrocientos ducados si los quereis, y si no, buscad quien dé mas valor á la fianza.

Dijo esto el señor Justo con tono de tan fria resolucion, que el hidalgo perdió toda esperanza de conseguir mayor cantidad. ¿Y qué haria con cuatrocientos escudos para rescatar á sus dos hijos, cuando para uno no bastaba? Nada, pero como la necesidad cuando busca y no encuentra todo lo que puede satisfacerla, hace concesion tras concesion, contentándose al fin con lo poco que puede obtener, pensó el hidalgo que si la cantidad ofrecida no bastaba para el rescate de sus dos hijos podria servir para el de uno, y del mal el menos, y si tampoco para uno, que seria mas fácil completarla que encontrarla toda. Con semejante razonamiento, decidióse á tomar los cuatrocientos escudos, y sin humillarse mas inútilmente, dijo:

—¿Qué cantidad me llevareis por intereses?

—Antes—replicó el usurero—decidme los plazos en que pensais pagar.

—Daré doscientos escudos cada año.

—Mucho tiempo es—murmuró el señor Justo; —pero en fin, para vos es el mal, aunque á mí me duele el sacrificio

que tendreis que hacer siendo tan largo el plazo. Dos años para reembolsarse del capital.... y....

Meditó algunos momentos y luego repuso:

—Os daré los cuatrocientos escudos en oro, y vos pagareis los gastos que ocasione la escritura que hay que otorgar, y reconocereis una deuda de novecientos escudos á pagar doscientos cada uno de los cuatro primeros años y ciento el quinto.

Tan sorprendido quedó Cervantes al oir semejante proposicion, que no pudo al pronto articular una sílaba.

—Eso es...—murmuró al fin—es....

—Un robo, vais á decir—interrumpió el vejete. Estoy acostumbrado á oir esa palabra, y reconozco que es una infamia tan crecida usura, pero ya os he dicho que no es mio el dinero, y que por consiguiente....

—¡Basta, basta! ¡Oh!....—exclamó el hidalgo que apenas podia contener los efectos de su indignacion.

—Si os acomoda, decidlo—repuso friamente el usurero.

—¡Horrible alternativa! ¡Ó mis hijos ó sucumbir á semejante abuso!....

—¿Qué resolveis?

—¿Quereis hacerme alguna gracia?

—No sé por qué, pero me intereso por vos, y en prueba de ello haré lo que no he hecho con nadie, pagaré los gastos de la escritura para que no tengais que mermar los cuatrocientos escudos.

—¿Nada mas?

—Si aceptais ahora es cosa hecha, porque para mañana quizás me habré arrepentido.

—¿Cuándo me entregareis el dinero?

—Esta tarde lo tendré ya, y si volveis firmareis la escritura y os lo daré en buena moneda.

—¿A qué hora?

— De cuatro á cinco.

— Vendré.

—Me quedo con estas escrituras para hacer en ellas las correspondientes anotaciones de fianza y atorgar la otra en la cual es condicion precisa que declareis que los novecientos escudos son para atender al alimento de vuestra familia y os los doy sin interés alguno y solo por haceros merced y buena obra.

—Declararé cuanto os plazca: ¿qué me importa? sufrida la primera humillacion nada valen las demás; tolerado el primer abuso deben aceptarse los siguientes.

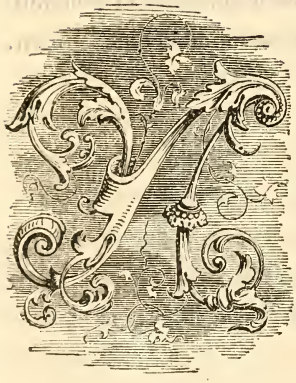
—Soy de vuestra opinion, pero como no dispongo de dinero mio....

—Volveré á las cuatro—dijo Cervantes.

Y levantándose salió medio ahogado por el coraje y la amargura, y sin apercibirse de ellos pasó por la escalera junto á un capitan de rostro alegre y un noble mancebo pálido y taciturno que subian para visitar, no por primera vez, al señor Justo, su amparo y ángel tutelar, como le llamaba el soldado, su enemigo del alma y su condenacion, como le decia el jóven.

CAPITULO XVII.

De la vuelta á su casa del señor Rodrigo.



o dejó Cervantes de acudir á la hora convenida á casa del señor Justo Perez, donde, despues de esperimentar nuevas amarguras, recibió los cuatrocientos escudos, reconociendo una deuda de novecientos.

Despues de tan triste sacrificio que debia ser la causa de la ruina total de aquella honrada familia, fué el hidalgo á despedirse de Castañeda, dirigiéndose en seguida á su posada con intencion de salir al otro dia de la corte.

Todo fué aquella noche calcular sobre los medios mas á propósito para añadir á la cantidad que habia tomado siquiera hasta los quinientos escudos; pero inútilmente formó mil planes, y tuvo al fin que convencerse de que no solo no podia verificarlo así, sino que aun tenia que reservar alguna suma

de la prestada para atender á las primeras necesidades de su familia mientras llegaba el plazo del cobro de algunos mezquinos censos que poseía. ¿Y qué harian sus hijos con trescientos escudos ó poco mas cuando las exigencias de Dalí Mamí eran tan estremadas porque creia tener en su cautivo manco un tesoro? Para que se libertasen los dos no alcanzaba tan mezquina cantidad, y si habia de rescatarse á uno de ellos, ¿cuál debia ser el elegido? Esta idea que solo muy vaga se habia presentado hasta entonces á la consideracion del anciano, porque no sabia qué cantidad conseguiria que le diesen, atormentólo mucho, poniéndolo en gran apricto por la necesidad de dar la preferencia á uno de los dos hijos cuando igualmente los amaba. ¿Qué padre al ver á dos de sus hijos que van á morir señala al uno para que se salve y condena al otro? Dolorosísima era la necesidad de hacer esta eleccion, y sin embargo era imposible evitarla.

Pasó la noche sin que el hidalgo apenas durmiese, y cuando al amanecer emprendió su viaje, aun no se habia decidido.

—¡Iluminadme, Dios mio!—decia mientras que su mula, con la rienda sobre el cuello, caminaba á su antojo.—¿Con qué derecho condeno á la dura cautividad á uno de mis dos queridos hijos mientras al otro le devuelvo la libertad, precisamente con el fruto de un patrimonio que es de ambos?.... Esto es horrible, y cualquiera que sea mi resolucion no quedará tranquila mi conciencia. ¡Oh!.... ¡A qué pruebas tan duras me poneis, Dios mio!.... Hágase vuestra voluntad.... sí, que se cumpla y mi vida acabe porque tan duro golpe nº lo podré resistir.

El llanto acudió á los ojos del anciano y á su mente las mas tristes y desgarradoras ideas.

—No los abrazaré—repuso con voz ahogada y el mas doloroso acento.—Me resta muy poco de vida, muy poco.... ¡Han menguado tanto mis fuerzas de ayer á hoy!....

Cuando Cervantes llegó á su casa, aun no se habia re-

suelto, y abatido el ánimo y quebrantado el cuerpo por la fatiga del viaje, se dejó caer en un sillon.

Su esposa y su hija se le acercaron, pero ninguna se atrevió á preguntarle por miedo de saber alguna mala nueva, y permanecieron silenciosos largo rato, fijos, ellas, los ojos en el anciano, y él con la cabeza inclinada sobre el pecho y como si estuviese bajo la influencia de un letargo.

Al fin doña Leonor se atrevió á romper el silencio.

—¿Hay alguna esperanza?—dijo.

—Ya está empeñado nuestro patrimonio, incluso el dote de nuestra hija—contestó Cervantes.

—No importa, padre mio—replicó Andrea, respirando con mas libertad que antes.—No importa si conseguimos libertarlos.

—¡Libertarlos!—murmuró el anciano á la vez que desplegaba una dolorosa sonrisa.—Libertarlos.... sí.... Dios todo lo puede.

—¿Qué quieres decir?—preguntó afanosamente doña Leonor.—¿Pues si está empeñada nuestra hacienda, dudas que con su producto?....

—¿Sabes cuánto he podido conseguir que me presten sobre todos nuestros bienes?....

—Habrán abusado de nuestra necesidad....

—Traigo cuatrocientos escudos....

—¡Cuatrocientos escudos!—exclamaron á la vez la madre y la hija.

—De los cuales, solo trescientos ó poco mas podremos remitir á Arjel, porque algo habremos de reservar para nuestro sustento mientras se cobra alguno de los censos.

—¡Dios mio!

—Ahora pensad si esa suma es suficiente para que el amo de nuestros hijos les dé la libertad cuando los tiene en concepto de personas muy principales y no han podido convencerlo de lo contrario.

—Nó, no querrá dejarlos por trescientos escudos....

—Seria mucho conseguir, alcanzando la libertad de uno de ellos.

—Yo quiero la de los dos—replicó doña Leonor como si su voluntad fuese un saco de monedas de oro.—Venir el uno y quedarse el otro.... ¡Imposible!

—Pero es muy posible que los dos se queden allí—contestó el hidalgo.

Doña Leonor y su hija bajaron tristemente la cabeza porque comprendieron hasta qué punto debia temerse que no se consiguiera el rescate de ninguno de los dos cautivos.

—¿Y qué haremos para salvarlos?—dijo doña Leonor sin poder contener sus lágrimas.

—Está empeñada nuestra hacienda, y apenas nos quedará para comer si hemos de pagar los doscientos escudos cada año.

—¡Dios mio!

—No abrigueis esperanzas vanas—repuso el anciano;—si el dinero llega á tiempo, lo cual es dudoso, no podrá rescatarse mas que uno.

—¿Y cuál será?

—Esperaba que lo determináseis....

—¡Yo!—exclamó doña Leonor, dando un paso atrás como si tuviese miedo.—¡Yo pronunciar la sentencia de muerte de uno de mis hijos!....

—¿Quién lo decidirá?—preguntó Cervantes.—No me atrevo ni aun á pensarlo....

—Y es preciso....

—Absolutamente.

Quedaron los tres silenciosos porque el punto que se habia tocado no podia ser mas espinoso de discutir.

—¿Te has decidido ya?—preguntó tímidamente doña Leonor á su esposo.

—Decidirme!—replicó este.—Nó, nó; si solo puede salvarse uno, que se salve, pero decir yo cual ha de ser cuando

sé que el otro queda sin esperanza alguna mas que la de la muerte.... Que lo decida la suerte, la casualidad....

—¡La casualidad cuando se trata de la vida de un hijo!...

—Es preciso tomar una determinacion....

—Y pronto porque el señor Alonso Hernandez, única persona á quien podemos encomendar esta comision, se va mañana á Madrid, donde no estará mas que una noche, y en seguida partirá para embarcarse en Valencia.

Cervantes se puso de pié y dijo á su esposa:

—¿Decididamente no te atreves á resolver cual de nuestros dos hijos debe rescatarse?

—¡Jamás!

—Yo tampoco, y como el tiempo urge, pienso entregar el dinero al señor Alonso, de cuya honradez y amistad tenemos muchas pruebas, y que él haga lo que juzgue mas conveniente cuando llegue á Arjel, pues allí, en vista de todas las circunstancias que medien, puede obrarse con mas acierto.

Ni doña Leonor, ni Andrea contestaron una palabra, y sin hablar mas tampoco, el hidalgo salió para ir en busca del nombrado señor Alonso Hernandez.

Era este un mercader bastante rico que especulaba en el comercio de telas de seda y hacia frecuentes viajes á Oran y muchas veces á Arjel. Residia la mayor parte del año en Madrid, y de tiempo en tiempo iba á la ciudad de Alcalá de Henares para visitar algunas haciendas que allí tenia. Antiguo amigo de Cervantes, habíale demostrado en muchas ocasiones su cariño, y cuando se le propuso llevar el dinero á Arjel, aceptó con gusto el encargo, y aunque despues de algunas súplicas, decidióse á tomar sobre sí la responsabilidad de resolver la cuestion de cual de los dos hermanos debia recibir la libertad, en vista de lo que allí ocurriese, de las exigencias de Dalí Mamí, y del estado de salud y otras mil circunstancias de los cautivos. No ofreció el señor Alonso dinero á Cervantes, porque como buen comerciante, no comprendia que el dinero

se pudiese dar sino por una mercancía, y no por hacerse acreedor á gratitud ni cariño; y esto lo creia de tan buena fé, que ni siquiera se le ocurrió que con poco sacrificio podia sacar de su triste apuro al hidalgo. Pero este habia empezado por decir que su hacienda estaba empeñada, es decir, que no merecia ningun crédito porque no podria pagar una deuda, y la palabra crédito para los comerciantes es la primera palabra de su diccionario, por mas que el órden alfabético reclame lugar preferente para la palabra amistad.

Trescientos sesenta escudos fué la cantidad que el señor Rodrigo entregó para el rescate, y se volvió á su casa sin saber cual de sus dos hijos tendria la dicha de verse libre.

—¿Qué se ha resuelto?—le preguntó doña Leonor al verlo entrar.

—Nada—contestó el hidalgo.

—¿Es decir?....

—Que si el dinero llega á tiempo, abrazaremos á uno de nuestros hijos, pero no sabemos á cual.

—¡Dios mio!

—Si viene Miguel no descansará hasta conseguir el rescate de Rodrigo.

—Y si este se liberta....

—Llorará la suerte de su hermano porque lo ama, pero....

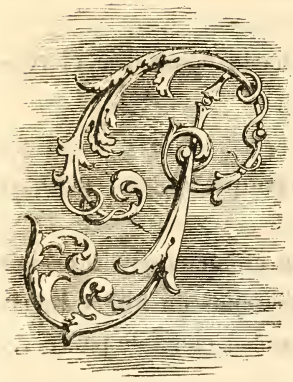
—¿Acaso piensas?....

—Que si tal sucede, Miguel morirá en su cautiverio si por sí solo no se liberta, y nosotros perderemos un hijo y España una gloria.... ¡Ah!.... no es la vanidad ciega de padre.... conozco á mis hijos.

El mas profundo silencio, por tristes suspiros y amargo llanto interrumpido solamente, reinó en toda la casa.

CAPITULO XVIII.

Del resultado que dió el sacrificio de Rodrigo de Cervantes.



ARA las almas de elevados sentimientos, para los grandes corazones, el egoismo es una palabra y nada mas, y la abnegacion el primero y mas respetable de todos los deberes y al cual lo sacrifican todo. Aplicado esto á Cervantes es como puede comprenderse su generosa grandeza, su atrevimiento y su constancia. Cervantes cautivo es un tipo digno de estudio profundo porque en él resplandecieron á la vez todas las virtudes sin que á robarles un quilate pudiesen nada el cansancio ni el tiempo, los continuados reveses de la fortuna, los tristes desengaños de recibir mal por bien ni el temor de perder la vida ó de un cruel y humillante castigo. Considerábase obli-

gado á trabajar en favor de los demás cautivos, y no creia tener derecho á ninguna preferencia en el resultado de sus propios trabajos. El primero en arriesgar la vida y el último en procurar salvarla. Era su mayor felicidad compartir con otros la alegria, así como su primer cuidado el ocultar las desgracias y los pesares para devorarlos á solas y en silencio. Tanta generosidad solo se comprende en almas de estremada sensibilidad, que sienten mas que los suyos los agenos dolores, solo se comprende en corazones donde la ruin envidia no ha clavado su aguijon sutil. Pero como la envidia es un reptil que solo pica á los que se arrastran como ella por el suelo, y su picadura venenosa no alcanza á los que se elevan sobre el cieno de las pasiones, de las miserias y de las pequeñeces, por eso en el pecho de Cervantes no pudo clavar nunca sus incisivos dientes.

Desde que partiera de Arjel el alférez Castañeda, habíase ocupado el poeta con su incansable actividad en preparar su fuga y la de sus amigos, los cuales se habian aumentado porque él mientras adelantaba en sus trabajos reclutaba gente, animando á los tímidos y escitando á los perezosos. Mas peligro habia cuantos mas estuviesen en el secreto de la conspiracion, pero esto no importaba á Cervantes con tal que se aumentase el número de los que tenian probabilidad de verse libres.

Mil medios se habian tentado ya sin que ninguno diese el apetecido resultado, y últimamente pensó el poeta, en que se comprase una barca que les sirviese para llegar á tierra de cristianos. Para llevar á cabo esta idea, se contó con la ayuda de un cautivo natural de Navarra, conocido con el nombre de Juan el Jardinero, que cultivaba las tierras de una casa de campo del alcaide Azan, renegado griego, sita á tres millas al Este de Arjel. Este cautivo se ofreció á ensanchar una cueva que bastante oculta entre matorrales habia en la posesion de Azan, debiendo ocultarse allí los cautivos segun pudiesen ir escapándose de sus encierros, para embarcarse una

noche y darse á la vela. Habia otro cautivo llamado el Dorador, natural de Melilla, que despues de haber renegado de su fé en la juventud se habia vuelto á reconciliar con la Iglesia, y habia sido posteriormente cautivado. Este se ofreció á comprar los víveres y conducirlos á la cueva para que se alimentasen los prófugos hasta el dia de la partida.

Este plan encontró tambien un inconveniente casi insuperable. La barca debia comprarla un renegado que arrepentido deseaba volver al gremio de la Iglesia católica, pero á los renegados solo les estaba permitido armar bajeles para salir en corso, prohibiéndoles tener barcas para hacer el comercio en aquellas costas porque la espariencia tenia probado que casi todos los que las compraban so pretesto de hacerse mercaderes se volvian á España. Sin embargo, quedaba un recurso, y era que el renegado propusiese el negocio de comerciar en aquellas costas á algun moro bastante amigo suyo, y que comprando este á su nombre la barca, se hiciesen algunos viajes hasta lograr una ocasion en que el renegado hubiese de salir solo, quedando en Arjel su compañero. Pero para esto era menester que encontrase una persona de mucha confianza, lo cual requeria tiempo.

En tal estado se encontraban nuestros cautivos.

Cervantes seguia sin contratiempo alguno haciendo sus nocturnas escapatorias, y visitando á Zoraida que cada dia mostrábase mas enamorada.

Ninguna otra novedad habia ocurrido en el tiempo que hace que dejamos la casa de Dalí Mamí, hasta que una mañana, por cierto que las nueve serian, se abrió la puerta del calabozo de Cervantes con no poca estrañeza de este pues ya le habian dado el almuerzo y no era aun la hora de la comida.

—¿Qué sucederá?—dijo el poeta.

Y luego oyó que el turco Muhamed le gritaba:

—¡Arriba, perezoso!

—¿Qué quieres?—contestó Cervantes.

—Ven que has de hablar con un cristiano que trae cartas de tu tierra.

El cautivo dejó escapar una exclamacion de júbilo, y en dos brincos se puso fuera del calabozo.

—¡Cartas!—repitió.

—Y algo mas segun entiendo, porque tambien he oido cosa de rescate....

—¡De rescate, dices!—interrumpió el poeta sorprendido.

Y la alegria que le habia causado el anuncio de las cartas tornóse en tristeza al oir nombrar su rescate, porque acertadamente pensó que habia sucedido lo que tanto temia, es decir, que su padre habia hecho el último sacrificio por sus hijos.

—¿Le vas tomando cariño á tu encierro?—dijo Muhamed, sonriendo ferózmente.—Cualquiera diria que te has puesto de mal humor al saber que venian á rescatarte.

El poeta siguió silenciosamente al turco que le señaló un aposento donde lo esperaba el señor Alonso Hernandez.

Sintióse este conmovido al contemplar al hijo de su amigo y verlo medio desnudo y con todas las señales en su rostro de una vida de miseria y sufrimiento. Recibiólo en sus brazos, y despues de estrecharlo cariñosamente contra su pecho, le dió las cartas de que era portador.

Largo rato empleó Cervantes leyendo, mientras que de sus ojos salia en abundancia el llanto, y despues de besar repetidas veces con la mayor ternura aquellos papeles que habian tocado sus padres y su hermana, que habian salido de la casa que lo vió nacer, exhaló un doloroso y prolongado suspiro, y exclamó:

—¡Dios mio!

No pudo articular otra palabra hasta despues de algunos momentos que consiguió con gran trabajo dominar un poco su emocion desgarradora.

—¿Con qué se han arruinado?—dijo al fin—¿Se ven en la mas horrible miseria?....¡Oh!... yo no puedo aceptar este sacrificio porque mi conciencia no me dejaria vivir. Ya dije al

amigo que llevó nuestras cartas que disuadiese á mi padre del loco intento de empeñar su hacienda, porque yo no queria la libertad á tanta costa; antes el duro cautiverio y la muerte son preferibles. ¡Sin pan, Dios mio, sin pan en la vejez!....¡Ah!.... ¡Nó, jamás, jamás aceptaré ese horrible sacrificio!

—Sosegaos— le dijo el señor Alonso— y pensad que vuestra familia será mas feliz en la miseria y con sus hijos, que en la opulencia mientras vosotros arrastrais la cadena de la esclavitud.

—Volveos, señor Alonso, con las lágrimas de oro que habeis traido; llevadlas á España y decid á mi noble padre que á su hijo, ni le espanta la muerte, ni la constancia y la resignacion se la amenguan los trabajos. Que llore, sí, que me llore, pero que no intente convertir en oro su llanto para comprar mi libertad porque en Dios confio que muy pronto he de alcanzarla.

—Señor Miguel—replicó el comerciante—ya que tanto puede en vos un deber mal entendido, una virtud exagerada, no intentareis privar á vuestro hermano de la libertad que renunciais.

—Teneis razon—dijo tristemente el poeta:—el mal no tiene remedio porque mi hermano aceptará y yo no debo aconsejarle lo contrario.

—¿Sabeis lo que Dalí Mamí quiere por vuestro rescate?

—Fijamente, nó; pero segun algunas indicaciones que ha solido hacerme, nos pone en alto precio, particularmente á mí, no sé por qué razon.

—Por la misma que yo prefereria que fuéseis vos el rescatado. No se ha escapado á Dalí Mamí la superioridad que teneis sobre vuestro hermano, y como tambien lo sé yo, quisiera llevaros conmigo para que reparáseis el descalabro que han sufrido los intereses de vuestra casa.

—No lo intenteis porque será en vano: de Arjel no saldré sin que salga Rodrigo y teniendo que arruinarse mi padre.

—Su ruina no tiene remedio: aun cuando le devolviese la cantidad que me ha dado no podria pagar la deuda que ha contraido, y esta razon debe ser bastante para que no os obstineis en vuestro empeño loco porque ya el mal no tiene remedio, y ya que ha de quedar en la miseria vuestro padre, al menos que tenga á sus hijos que lo consuelen y le ayuden.

—¡Ah! no sabe mi hermano todo el mal que inocentemente ha hecho.

—Os repito que de nada sirve lamentar lo que ya no puede remediarse.

—Es verdad.... pero....

—Hablemos á vuestro amo.

—Inútilmente.

—¿Por qué?

—Los trescientos sesenta escudos no alcanzarán para el rescate de uno solo.

—Creo que os equivocais.

—Pronto hemos de verlo.

—Que le avisen porque ha dicho que despues que yo hablase con vos tratariamos del negocio.

Cervantes llamó á Muhamed que esperaba en el aposento inmediato.

—Avisa á tu señor—le dijo.

Pocos momentos despues entró Dalí Mamí, y tomando asiento se dió principio al ajuste.

—¿Ya estais de acuerdo contra mi bolsa?—dijo el moro.

—Intenciones traigo—respondió el señor Alonso—de pagarte bien.

—Todos dicen lo mismo, pero yo os conozco y sé cómo debo obrar.

—Sepamos el precio que pones á los dos hermanos cautivos.

—Ante todo os advierto—dijo el moro—que habreis de pagarme en escudos de oro de España, única moneda que admitiré.

—Te se pagará en escudos de oro de buena ley.

Dalí Mamí meditó algunos intantes y luego repuso:

—Por el rescate de este quiero mayor cantidad que por el de su hermano.

—¿Por qué razon?—dijo el señor Alonso.

—No necesito entrar en esplicaciones porque demasiado sabes que este es hombre de mas importancia que el otro.

—Para su padre tienen ambos el mismo valor.

—No lo creo, pero de cualquier modo que sea, ya no variaré mis cálculos.

—Bien, pues entonces, no gastemos el tiempo en valde y dí lo que quieres por cada uno.

—¿Para que andemos en rebajas?

—Nó.

—Pues entonces te diré lo último en que pienso dejar que te lleves é este.

—¿Cuánto?

—Mil escudos de oro.

—¡Mil escudos!—exclamó asustado el comerciante—¡Mil escudos cuando no vale la mitad de esa suma el patrimonio de toda su familia!

—¿Intentas sorprenderme?—dijo el moro, desplegando una sonrisa maliciosa.

—Veo que te han engañado.

—No cabe engaño en las cartas que llevaba este cautivo y en las que se le nombraba como persona que vale mucho; y aun cuando esto no fuese, sus hechos aquí me han demostrado que no es sugeto vulgar. En fin, te repito que sobre este punto tengo formada mi opinion, y de los mil escudos que he pedido no rebajaré uno solo.

—Entonces es inútil que sigamos hablando porque la cantidad que su padre ha podido reunir á duras penas no alcanza ni con otro tanto á la que pides.

—De esa manera será cansarnos en valde.

—Tratemos ahora del otro hermano, puesto que lo aprecias en menos, y que uno siquiera se rescate.

—El otro te lo dejaré por quinientos escudos. Ya ves si hay diferencia.

—Tampoco puedo dártelos.

—¿Qué dinero traes? ¿Has creido que el rescate de un hidalgo se alcanza tan fácilmente?

—Quiero acabar pronto este negocio—replicó el mercader —y voy á decirte lo que puedo dar por Rodrigo.

—Sepamos.

—Trescientos escudos.

—No haremos nada—contestó Dalí Mamí.

—¿No piensas rebajar de lo que has pedido?

—Poco será porque no me tengas por mezquino.

—Ya conocemos tu liberalidad—dijo el poeta que hasta entonces habia permanecido silencioso.

—Piensa, esclavo, que algun dia se me acabará la paciencia—replicó el moro con tono de amenaza.

—Castígame—repuso Cervantes—pero entre tanto sufres tú mayor pena no tomando ni una dobla por mi rescate.

—¿Quieres llevarte á este miserable por ochocientos escudos? —dijo Dalí Mamí acaloradamente y dirigiéndose al señor Alonso.

—No puedo.

—Quizás no vuelvas á tener otra ocasion como esta.

—Ya te he dicho que solo traigo trescientos escudos.

—Continuemos el trato sobre Rodrigo.

—¿En cuánto lo dejas últimamente?

—En lo que te he dicho.

El señor Alonso guardó silencio por breve rato, y luego, decidiéndose á lo que hasta entonces no se le habia ocurrido, repuso con tono de pronta resolucion.

—Si los quieres, te daré cuatrocientos escudos, y para eso habré de poner ciento de mi bolsillo.

—Cuatrocientos escudos....

—Si te convienen, hoy mismo te los entregaré, y si no, pronuncia una palabra y me retiro para que no vuelvas á verme.

—Trato hecho—dijo el moro.

Un rayo de viva alegria brilló en los ojos del poeta.

—¡Libre!—exclamó—¡Libre mi hermano!.... ¡Gracias, Dios!

—Ahora—repuso Dalí Mamí—decídete y por ochocientos escudos mas te llevas á este.

—Bien quisiera, pero ya te he dicho que ni aun los cuatrocientos me dió su padre, y no tengo para suplir tanta cantidad.

—Ten en cuenta que dentro de un año será su precio mas crecido por lo mucho que me cuesta mantenerlo.

—Te repito que me es imposible rescatarlo.

—Bien, como quieras.

—¿Cuándo me entregarás á Rodrigo?

—Cuando me traigas el dinero.

—Voy por él y antes de una hora estaré de vuelta.

—Sí, sí,—dijo Cervantes—que no sabeis lo que vale un momento de libertad.

—Daré órden de que vayan á buscarlo.

—¿No está aquí?

—Trabaja de dia en otra parte.

—Supongo—dijo el poeta—que me permitirás que abrace á mi hermano....

—Te concederé esa gracia, pero por una sola vez, porque tengo miedo de que trames alguna de las tuyas.

—Dirás una vez cada dia mientras permanezca en Arjel.

—Todo lo mas, una vez hoy para que le des la enhorabuena, y otra el dia que haya de irse para que te despidas de él.

Pocas palabras se cruzaron entre ellos.

El señor Alonso salió para ir por los escudos, y Dalí Mamí dió la órden de que fuesen á buscar á Rodrigo.

Cervantes obtuvo por gracia especial que lo dejasen en el

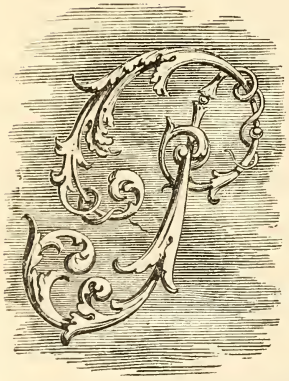
jardin mientras llegaba su hermano, y con esto creyó haber alcanzado la mayor de las felicidades, pues hacia ya cerca de dos años que no veia la luz del sol ni respiraba el aire libre sino de noche cuando salia furtivamente de su calabozo.

Empero como nuestro poeta no tuvo una alegria cumplida, la de mirar el cielo, apagar su sed en las cristalinas fuentes y aspirar el aroma de las flores, turbóla una desgracia que le causó el mas doloroso sentimiento.

CAPITULO XIX.

—

Cuál fué la desgracia sucedida y la que estuvo á punto de suceder.



Pocos momentos antes de que el poeta se separase del señor Alonso y de Dalí Mamí, la esposa de este, acompañada de dos esclavas, habia salido al jardin con ánimo de pasear y distraer su tristeza que era mucha aquel dia porque le habian dicho que el cautivo manco habia recibido dinero para su rescate. Pensativa y silenciosa vagaba por las calles de árboles, fijando distraidamente sus miradas en las flores y en las fuentes, en el trasparente cielo y en los pájaros que saltaban de rama en rama, sacudiendo sus pintadas y ligeras plumas; pero nada era bastante á dar alivio á su pena.

Largo rato anduvo del uno para el otro lado, cuando vió á Jaguá sentada al borde de la fuente testigo en otra ocasion de sus amorosas palabras. La mora miraba ya sin prevencion

alguna á la infeliz negra, y como todos, acostumbrada en tanto tiempo á las estravagancias de su monomanía, ni siquiera fijaba en ella la atencion.

Estaba la esclava con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre su desnudo pecho, fija la mirada en los rizados cristales de las aguas, y tan inmóvil que mas que un ser viviente parecia una estátua de negro mármol. Sin duda eran para ella palabras de dulce consuelo el murmurio de la corriente, y su ruido manso, igual y no interrumpido, eran recuerdos gratos que hacian palpitar de alegria su atormentado corazon. Como los que entonces herian su atento oido, eran los ecos leves que en otro tiempo se mezclaron con sus palabras de amor y de celos, y como las que entonces sus ojos contemplaban, habian sido las juguetonas trenzas entre cuyos borbotones se escondieron los suspiros de amor de la desdichada.

Dirigíase Zoraida hácia aquel sitio, y cuando cerca de él estuvo, el ruido de sus pasos, aunque apenas perceptible, hizo estremecer á Jaguá que levantó repentinamente la cabeza y fijó una mirada, como si de espanto fuese, en su abatida señora. Una sonrisa amarga dilató por un instante el negro rostro de la loca, pero en seguida contrajéronse los músculos de su frente, estendió los desnudos brazos, y con sorda y reconcentrada voz, dijo:

—Ella.... ella....

Y levantándose, retrocedió algunos pasos como quien duda de si es un fantasma lo que se le presenta y se prepara á huir mientras lo reconoce.

Zoraida miró distraidamente á la negra y siguió su camino.

—Ella....—volvió á decir la infeliz.

Y siguió retrocediendo paso á paso, siempre de espaldas y sin apartar su penetrante mirada de la mora.

—¡Infeliz! murmuró esta.

—Vete—dijo la pobre loca.—Vete.... no me interrumpas ahora que hablo con él.... ¿Tienes celos?.... Yo tambien y he

jurado vengarme.... ¡Huye de la fuente! —gritó con voz destemplada y que se oyó en todo el jardin.

Zoraida se detuvo no sin algun sobresalto, temerosa de cualquiera indiscrecion hija de la locura de Jaguá; pero esta, dando un nuevo y agudo grito, lanzóse como un rayo á través de una calle de arrayan, y desapareció.

—¡Corred!.... ¡sugetadla!....—dijo la mora á las esclavas que la servian.

Estas obedecieron; pero inútilmente, porque Jaguá se habia internado en la casa.

Temblando de miedo la esposa de Dalí Mamí no acertó á moverse del sitio donde estaba.

—¡Allah me proteja!—murmuró.—Una palabra mas delante de mi esposo, delante de cualquier esclavo adulador, y estoy perdida.... ¡Cristiano, cristiano, cuanto nos puede costar la compasion que tienes de esa desdichada!

Entre tanto la negra, con el rostro horriblemente descompuesto y en estremo agitada, corrió velozmente hasta llegar al aposento en donde estaba aun Dalí Mamí pensando sobre el trato que acababa de hacer.

—¡Ella!—exclamó la pobre loca con exaltacion y mientras se dejaba caer de rodillas á los pies del moro.—Ella.... ¿Tú no la conoces?.... ¡Oh!.... Ya llegó la hora de la venganza.... ¿Por qué me persigue?

—Aparta —dijo Dalí Mamí, dando con un pié á Jaguá.

—No me rechaces —prosiguió esta— porque es preciso que nos venguemos.... Voy á decírtelo todo.... ¿Por qué me persigue?.... Tiene celos de la fuente.... Yo tambien tengo celos.... ¿No quieres conocerla?.... Ven.... está allí, en el jardin.... es mas hermosa que yo y por eso el de la mirada de fuego la ama.... Mírala....

Y la infeliz se levantó arrebatadamente y se acercó á una ventana que daba al jardin.

En aquel momento quiso la desgracia que Cervantes acer-

tase á pasar cerca de Zoraida, y viendo que esta se hallaba sola y que demostraba en su semblante la agitacion de una muy desagradable sorpresa ó de un repentino y profundo dolor, acercósele sin pensar cual imprudentemente obraba.

—Allí está, mírala—dijo Jaguá, estendiendo sus crispadas manos hácia su señora.—Allí está y se goza en mi tormento.... Y él tambien.... se acerca.... le habla....¡Oh!.... tambien él....¡Ven, ven.... los dos.... el de los ojos de fuego, la del rostro pálido!....

Y se pasó las manos por la frente que en aquel momento se le ardia, y sus ojos en estremo abiertos, encendidos como dos ascuas, giraron tan desconcertadamente que parecia que iban á salirse de sus órbitas. Espanto infundia el aspecto de la desdichada loca: habia llegado al último grado su exaltacion mental. Su pecho, agitado como por el estertor de la muerte, se levantaba á impulsos de una respiracion desigual y fatigosa; sucedíanse con rapidez sus repentinos movimientos que mas parecian los de una convulsion; retorcíase los brazos desesperadamente, y su ronca voz hubiera podido tomarse por la del que en vano intenta gritar al sentirse ahogado por la presion de una mano hercúlea.

La insistencia de Jaguá, y mas que todo la curiosidad de saber quien le habia inspirado tan violenta pasion y tan rabiosos celos, hicieron que Dalí Mamí se levantase y se dirijiese á la ventana para ver quiénes eran los amantes de los ojos de fuego y el rostro pálido.

Reunidos estaban en aquel momento Zoraida y el poeta, y ninguna duda debia quedar al moro de la infidelidad de su esposa al verlos solos y hablando.

Un solo paso y los amantes estaban perdidos.

—¡Ya te dije que entre vosotros estaba Jaguá con su venganza!—gritó entonces la negra.—¡No os gozareis muchos instantes con mi tormento y vuestro amor!.... ¡Aquí me teneis!....

Y dejando escapar un rugido atronador, precipitóse la infeliz por la ventana, cayendo al jardin y crujiendo al romperse su cráneo contra un banco de piedra.

Oyóse un grito de espanto, y Dalí Mamí, retrocedió instintivamente, quedando inmóvil por algunos instantes, hasta que repuesto de la sorpresa, asomóse á la ventana y miró al jardin; pero ya no vió otra cosa que el cadáver de Juguá entre un lago de espumosa sangre: Zoraida habia desaparecido tras un bosquecillo de frondosos rosales, y el poeta habia huido lleno de espanto.

El moro se encojió de hombros y murmuró:

—Los locos ven lo que no existe.... Hoy es dia bastante afortunado: cuatrocientos escudos de oro por un rescate, y ademas libertarme de la carga de dar de comer á esa negra que de nada servia.

Y se frotó las manos alegremente porque en realidad la muerte de la esclava era para él un suceso afortunado, atendiendo solamente al interés de su bolsillo.

Pocos momentos despues habia desaparecido ya del jardin el cuerpo horriblemente mutilado de la infeliz Juguá, y dos esclavos se ocupaban en limpiar las manchas de sangre.

El poeta se habia retirado á su calabozo atormentado por el mas profundo dolor, y Zoraida, sola en su aposento, estremecíase al sentir el menor ruido porque creia que era el de los pasos de su esposo que venia á pedirle cuenta de sus acciones y enseñarle la cabeza del cristiano en quien habria descargado su cólera. Empero lo que menos se ocurrió al esposo ofendido fué la infidelidad de su esposa ni que de ello fuese la causa el poeta.

CAPITULO XX.

—

De lo que trataron Miguel y Rodrigo.

AYABA apenas el dia, tercero desde el en que tuvo lugar el triste suceso que acabamos de referir.

Aun los rayos del sol no habian evaporado con su fuego las gotas de rocío que bordaban las hojas de los árboles y la picada yerba, ó se desprendian del tallo de la flor para caer sobre la arena azulada. Apenas los pájaros acababan de dejar sus nidos y de esconderse en su agujero la lechuza.

Casi no dejaba sentir su leve soplo el céfiro de la mañana, y el despejado cielo, puro y trasparente, parecia sonreir al inundarse por los vivísimos rayos del astro del dia.

Los cautivos y esclavos de Dalí Mamí acababan de sacu-

dir el sueño y acudian á recibir el mezquino alimento que les daban.

En un banco de piedra del jardin, debajo de una acacia en cuyo ramaje oscilaban los racimos de sus flores, y cerca de un arroyo jugueton que pugnaba por arrastrar en su veloz corriente las hojas de un lirio, hallábase Cervantes y su hermano Rodrigo que acababa de llegar para despedirse.

El rostro del poeta se animaba de vez en cuando por una viva alegria para anublarse luego con la sombra de la tristeza, siendo causa de la una y de la otra, ya el contento que sentia por la libertad de su hermano, ya el dolor que le causaba separarse de él.

Algunos instantes permanecieron silenciosos como si nada tuviesen que decirse, cuando nunca habian tenido necesidad de hablarse tanto.

Al fin el poeta, despues de mirar á su alrededor y convencerse de que nadie los escuchaba, dijo:

—Dentro de una hora, hermano mio, habrás dejado esta tierra de maldicion para volver á la suspirada patria y al seno de nuestros padres. Dios vaya contigo y su mano santa te guie por la senda de la virtud; Dios vaya contigo y su bondadosa misericordia tome en cuenta lo mucho que has sufrido para recompensártelo con felicidades.

—Y tú te quedas—murmuró Rodrigo como avergonzado de partir solo y dejar á su hermano bajo el yugo de la esclavitud.

—Me quedo, sí — contestó el poeta — pero no solo, pues bien puede quedar conmigo Dios aunque contigo vaya. Llora la suerte de nuestros ancianos padres y no la mia, que ya sabes que para sufrir estos trabajos no me falta resignacion, y me sobra fuerza de espíritu para luchar aun con mayores desgracias. Al separarnos, solo la natural pesadumbre de no verte es la que siento; pero consuélame la alegría de verte libre y de pensar que tu presencia en nuestra casa mitigará el dolor de nuestros padres y aliviará su penosa situacion. Y si te recuerdo

la brevedad de los instantes que nos quedan de estar reunidos, no es para renovar la pena que te causa tu separacion y mi desdicha, sino para recordarte que el tiempo vuela y que debemos aprovecharlo, tú para darme cuenta del estado en que quedan nuestros planes de fuga, y yo para hacerte los últimos encargos.

—¡Cuanto envidio tus virtudes, hermano mio! —exclamó Rodrigo, estrechando entre sus brazos á Miguel.

—Si algunas virtudes encuentras en mí, aunque yo no las reconozco, imítalas y tu envidia quedará satisfecha, pues para poseerlas aun en mas alto grado no has menester quitármelas.

—Para ello me falta....

—Nada te falta, y no prosigas—interrumpió el poeta—que para ser virtuoso no se necesita mas que la voluntad bien conducida por el juicio; y si este falla siempre iluminado por la fé, y las acciones van ayudadas por la constancia, todo se consigue, hasta la eterna salvacion cuyo camino presenta á nuestras pasiones tantas espinas, y tantos precipicios á nuestras debilidades. Pero dejemos este asunto que, aunque digno de atencion y por demás provechoso, necesitamos el tiempo que vuela para cumplir los sagrados compromisos que hemos tomado. Díme, pues, lo que sobre nuestros planes haya.

—Cuarenta y siete cautivos son ya los que se preparan á la fuga, y este número aumentará en el tiempo que falta para que se realice nuestro proyecto.

—Para entonces serán mas de cincuenta.

—Tal creo.

—¿Has recogido las cartas?

—Todas—contestó Rodrigo, sacando un paquete y mostrándolo á su hermano.

—Nada te falta, y por consiguiente, bien en Valencia bien en las Baleares, segun á donde arribeis, haces armar inmediatamente un bajel que deberá acercarse á esta costa sin atracar hasta que haya cerrado bien la noche.

—No perderé ni un dia.

—Las personas á quienes van dirigidas esas cartas facilitarán el dinero que sea necesario para la empresa, y tú debes procurar que el que tome el mando de la embarcacion, sea marino esperimentado, atrevido y valiente á la par que hombre de prudencia, pues todo esto se necesita para llevar á cabo felizmente la empresa que intentamos y que puede fracasar por el menor desacierto.

—Bien quisiera yo dirigirla....

—No, Rodrigo, porque tu marcha no debe interrumpirse. Apenas el bajel se dé á la vela, sigues tu camino sin perder un instante.

—Te obedeceré.

—La casa de Azan no tiene pérdida, y los que vengan á buscarnos podrán encontrarla fácilmente. Juan velará todas las noches para recibir el aviso, y sin dilacion saldremos de la cueva y nos embarcaremos.

—Nuestros compañeros — repuso Rodrigo — tienen todas las instrucciones necesarias, y segun se les presente la ocasion irán escapando de sus encierros y refugiándose en la cueva, aunque tengan que permanecer allí muchos dias.

—¿Y el Dorador?

—Ya tiene una buena cantidad que se ha reunido y con la cual irá comprando la comida que llevará al jardinero.

—Todo vá bien.

—¿Y tú cuando piensas escaparte?

—Cuando calcule que debe llegar el bajel, pues mi desaparicion, con los antecedentes que de mí tienen, produciria mayor alarma que la de los demás cautivos, y esto podria sernos muy perjudicial.

—Ciertamente.

—Ya sabes que puedo escaparme cuando quiera por la tapia del jardin.

—¿Nada sospecha Zoraida?

—Ni Dios lo permita, porque el egoismo de su pasion le haria entorpecer mi fuga, ó quizás la llevaria hasta el estremo de querer venirse conmigo aun cuando tuviese que dejar su religion, á la cual, segun he traslucido, no le dá mucha importancia.

—Semejante locura seria un inconveniente para el buen éxito del plan.

—Bien pudiera arriesgarse todo porque la Iglesia contase uno mas en el número de sus fieles, pero esto no es seguro.

—¿Estás cierto de que tu corazon no se ha interesado?

—Nó, Rodrigo, mi corazon está libre. A la vista de Zoraida enciende su belleza mi pecho, pero comprendo que la olvidaré fácilmente.

—Quiéralo el cielo.

—Puedes estar tranquilo. Y no digo por esto que no conservaré de ella un recuerdo agradable, siquiera por gratitud.

—Otro hubiera sabido aprovecharse de esa pasion.

—Es verdad, pero seria una accion indigna aceptar las joyas y el dinero que esa mujer me ofrece, para abandonarla, burlándose de ella, ayudado por su misma generosidad. Hay además que tener en cuenta que lo que Zoraida me diese habia de robarlo á su marido y yo aceptarlo como el fruto de un robo, y tanto crímen es robar á un cristiano como á un hijo de Mahoma; por lo cual se comprende que un hombre honrado no puede hacerse cómplice de tan feo delito por alcanzar su libertad ni la salvacion de su vida.

—Tienes razon, hermano, y sigues en eso los principios de tu severa virtud.

—De mis deberes.

—Dime ahora si algo mas te ocurre que encargarme.

—¿Está instruido de todo el capitan Meneses?

—Sí.

—Pues ese será el intermediario entre mis compañeros y yo.

—Piensa si algo mas tienes que decirme.

—Nada, y será prudente que te retires porque se acerca la hora fijada para la partida y.... nos daremos el último abrazo.... es decir, el último por ahora....

Ni el poeta pudo proseguir ni contestarle Rodrigo, y ambos bajaron la cabeza para ocultar la emocion dolorosa que sentian y que á sus rostros asomaba.

No pocos momentos pasaron silenciosamente, porque ni el uno ni el otro se atrevian á pronunciar la palabra *adios* que es terrible cuando al salir de los labios el alma teme que puede ser la última despedida.

El sol se habia dejado ver ya por completo; gorjeaban los pájaros, seguian murmurando los arroyos y las fuentes, y oscilando en su ramaje las flores de la acacia.

—Hermano mio—dijo al fin el poeta, limpiando una lágrima que habia asomado á sus ojos—es fuerza separarnos.

—¡Quizás para siempre!....—murmuró Rodrigo.

—Si Dios lo dispone así, con mas razon debes grabar en tu memoria lo que voy á decirte.

—¿Cómo podré olvidar tus palabras?

—Ya sabes—prosiguió Miguel—que por rescatarnos de la esclavitud, nuestro buen padre ha hecho el mas duro de los sacrificios y no ha vacilado al sumirse en la mas horrible miseria. Ignoro las condiciones con que habrá podido obtener el dinero que nos ha enviado, pero es la verdad que todo su patrimonio, incluso el dote de nuestra hermana, queda á merced de un miserable usurero que, como todos, tendrá el corazon en la bolsa. Antes de un año sucederá que falte á ese padre virtuoso hasta el preciso sustento, porque no puede ser otra cosa, y anciano, á las puertas del sepulcro y tras una vida de continuados sacrificios, le dará el mundo por recompensa á sus virtudes el desprecio que á la miseria otorga el orgullo y la impiedad. Esto, que no puede ser mas horrible, sucederá por haberte salvado.

—¡Atormentas mi conciencia!—exclamó Rodrigo palideciendo.

—No, no debe remorderte, pero sí recordarte que tienes una deuda que pagar, deuda que has contraido con tu padre y que consiste en el sacrificio de cuanto posee y ha conservado á costa de mil privaciones, en el sacrificio de su dignidad que habrá visto ajada, humillada, pisoteada por un ente despreciable y criminal que le habrá tratado con el mayor desden, que le habrá impuesto las mas repugnantes condiciones, que le habrá obligado á bajar con vergüenza la frente noble y pura que siempre se levantó con orgullo....

—¡Dios mio!—exclamó Rodrigo á la vez que ocultaba el rostro entre las manos.

—Rodrigo—prosiguió el poeta con solemne acento—si no pagas esa deuda eres un infame y que Dios te maldiga.

—¡Hermano mio!....

—Vuelves al seno de nuestra desdichada familia.... ya sabes cual es tu deber, trabajar sin descanso, con el afan de un loco que corre tras el fantasma creado por su manía, trabajar hasta perder la existencia para reparar el daño que tiene por causa el beneficio que has recibido.

—¡Trabajaré, sí, moriré trabajando porque mi conciencia no estaría tranquila de otro modo!

—No te digo estas palabras con intento de atormentarte sino con el de hacerte comprender tus deberes y con el de infundirte valor para que á los reveses de la fortuna opongas una voluntad de acero, una constancia contra la que se estrelle el roedor de un año y de otro año y que solo con la vida acabe.

Como habia dicho el alférez Castañeda, Rodrigo era en estremo impresionable, pero sus sensacionos eran tan pasajeras como violentas. Las palabras de su hermano conmoviéronle hasta el punto de sentirse medio ahogado, y de sus ojos brotó un raudal de lágrimas que dió claras muestras del profundo dolor que lo atormentaba.

—¡Hermano mio!—exclamó, arrojándose en los brazos del poeta.

—¿Por qué lloras?—le dijo este.

—Porque reconozco mi debilidad, porque no podré hacer por nuestros padres lo que tú harias....

—No desmayes antes de entrar en la lucha porque serás vencido.

—¡Te juro no retroceder ante ningun obstáculo!

—Dios te ayudará.

Ambos pensaron nuevamente en que era preciso separarse, y acreció en ellos el dolor y el embarazo de pronunciar la primera palabra de la despedida.

—Debes ya partir—dijo el poeta con tan ahogada voz que apenas salió de su garganta.

—¡Partir!—murmuró Rodrigo.

—Sí, partir para abrazar á nuestras padres.... vas á estrecharlos contra tu pecho, á sentir los latidos de sus corazones.... á besar sus frentes, á oir como te dicen «¡hijo mio, hijo de mis entrañas!».... ¡Ah!.... ¡Cuanta felicidad!....

Una mano de hierro pareció oprimir la garganta del poeta que no pudo seguir hablando. La luz huyó por un momento de sus ojos, su corazon palpitaba como si fuese á saltar del pecho, y su abrasada frente se contrajo mientras que el llanto empañaba sus negras pupilas. El mas intenso dolor atormentaba su alma sensible. ¡Es tan triste estar separado de un padre á quien el peso de los años y de las desgracias lo tienen al borde del helado sepulcro! ¡Es tan triste cuando se teme llegar tarde por muy pronto que en su busca se corra! ¡Tan triste, tan horrible, si ese padre no ha vivido para sí, sino para sus hijos, si su existencia ha sido una serie de trabajos y sacrificios cuyo valor no podemos comprender hasta que nos vemos en la necesidad de hacerlos á nuestra vez por nuestros hijos! ¡Es tan dura la separacion de una madre cuando recordamos las veces que nos ha mecido en sus brazos, que nos há

quitado el frio con el calor de su seno, que nos ha besado con el frenesí de su puro é inagotable amor, y cada uno de nuestros inocentes besos era para ella un mundo de felicidades, cada una de nuestras sonrisas el mas dulce consuelo, el olvido de sus dolores!.... ¡Ah! ¡Verse separado de sus padres cuando les amenazaba la muerte y no poder darles el último adios, oir sus últimos consejos, cerrar sus ojos y besar su frente helada donde por tantos años ardió un solo pensamiento, el de su amor á nosotros, el de su afan por nuestra felicidad!.... ¡Cuanto dolor!.... ¡Cuanto dolor sin mas esperanza de consuelo que el ser virtuosos para que al contemplarnos con los ojos del alma desde la mansion de la eternidad sonrian y nos bendigan!.... ¡Padre mio, madre mia, si aun puedo recibir un beso de vuestros labios y estampar uno mio en vuestras frentes venerables, si aun puedo sentir por un instante sobre mi corazon las palpitaciones de los vuestros, si llego á oir, siquiera por una vez, cómo me llamais «¡*hijo mio*!» y vuestras manos trémulas por la vejez y por la emocion de vuestra ternura se estienden sobre mi cabeza, habrá recompensado Dios con sobrada largueza los dolores agudísimos, las amarguras cuya historia triste está escrita en las palpitantes hojas del libro de mi corazon y que he devorado silenciosamente mientras que la sonrisa agitaba mis labios ó la indiferencia enmascaraba mi rostro!

Un sobrehumano esfuerzo, uno de esos esfuerzos que solo los espíritus grandes pueden producir en los frecuentes momentos en que se subliman, hizo el poeta, y aunque arrancando las fibras mas delicadas de su corazon, dominóse y apareció, sino completamente tranquilo, al menos con bastante serenidad para disminuir la pesadumbre de su hermano y para darle ejemplo de valor.

—¡Adios, hermano mio!—exclamó Rodrigo que no habia podido dominar su emocion.

Y estrechó entre sus brazos fuertemente al poeta.

—Lleva este abrazo á nuestros padres y á nuestra hermana.

—¡Quiera Dios que lo reciban pronto de tí!

—¡Fé y constancia!—dijo el poeta.—¡Fé y constancia!.... ¡Adios, hermano!....

Y desprendiéndose bruscamente de los brazos de Rodrigo, huyó como un loco mientras murmuraba:

—¡Adios!.... ¡quizás para siempre!....

Y tras el esfuerzo vino el cansancio y la natural enervacion del espíritu y del cuerpo; que emociones tan dolorosas, sensaciones tan rudas, solo pueden resistirse por muy pocos instantes.

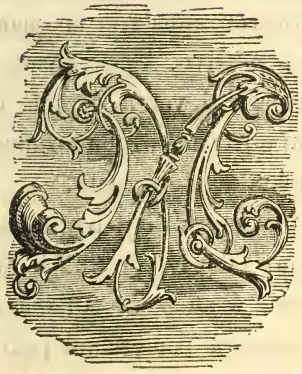
Dejóse el pocta caer en el banco de piedra que habia junto á la fuente testigo de la pasion y de los celos de Jaguá, y allí, si el llanto no desahogára su pena, esta acabára con él en breves momentos, segun era de dolorosa su intensidad.

Gran parte de la mañana pasó allí, y tuvo la fortuna de que nadie lo interrumpiese, que no es poco consuelo el que el afligido encuentra en la libertad de llorar á solas.

Aun no habia pasado una hora cuando Rodrigo y el señor Alonso Hernandez se dieron á la vela.

CAPITULO XXI.

Siete meses despues.



IGUEL de Cervantes contó con todos los inconvenientes que su hermano habia de encontrar para armar la fragata, y calculó tan acertadamente el tiempo que esta debia tardar para su llegada, que solo en un dia se equivocó.

Cerca de siete meses habian transcurrido desde la partida de Rodrigo, y durante este tiempo habian ido fugándose de sus casas muchos cautivos, aunque no todos los que estaban en el complot, y escondiéndose en la cueva permanecieron ocultos sin ver la luz del dia, pues solo de noche se atrevian á salir para respirar el aire libre y puro de que carecian en la mazmorra. Algunos de ellos, los mas ancianos, perdieron la salud á causa de la humedad, y solamente los jóvenes y robustos conservaron enteras sus fuerzas. Los alimentos eran tam-

bien escasos, pues no tenian otros que los que les llevaba el Dorador, y este no contaba para ello con mas recursos que las mezquinas cantidades que podian agenciar los cautivos.

Era el 20 de setiembre de 1577.

La noche estaba serena; despejado el cielo, y la luna mostraba la mitad de su redonda cara.

Ya las doce habian dado y Cervantes encendido su linterna para hacer su acostumbrada escursion al aposento de Zoraida; pero aquella noche no sucedió como las demás en que salia sin detenerse, sino que pensativo en estremo, permaneció largo rato sentado en el monton de paja, y mas de una vez se contrajo su frente, palideció su rostro y de sus ojos se escaparon miradas sombrias ó dolorosas. Era aquella la noche que habia destinado para ir á reunirse con sus compañeros, pues segun su cálculo, la fragata debia llegar de un momento á otro. Y como en tan arriesgada empresa jugaba su vida y la de muchos infelices, y á fracasar quedaria en peor situacion, natural era que estuviese pensativo. A esto añadiase para su tormento la duda de si debia ir á ver á Zoraida ó partir desde luego, y para lo uno y lo otro encontraba razones poderosas que aumentaban su vacilacion y su disgusto.

—Irme sin verla—decia—casi es una ingratitud, porque si bien tengo al fin que abandonarla, pero la privo de una hora de felicidad que es para ella el tenerme á su lado. Además, cuando llegue á saber mi fuga, me acusará por el mal pago que he dado á su cariño, y aunque esta acusacion nada deberia importarme, sin embargo, me duele porque mayor será su pena si á mas de verse abandonada por mí llega á creer que dió su corazon á quien no abrigaba otro en el pecho. Revelarle el secreto de mi partida es imposible, pero bien puedo hacerle comprender que si algun dia se me presenta la ocasion de escaparme, la aprovecharé sacrificando mi amor, porque antes que este es el que tengo á mis padres y el deber de ir á consolarlos y á servirlos. Por otra parte, voy á perder un

tiempo precioso; quizás en estos momentos estén desembarcando los que vienen en nuestra busca, y mi retardo puede hacer fracasar la empresa. Mucha es mi responsabilidad, y bien mirado he debido reunirme á mis compañeros siquiera un dia antes. ¿Qué haré? ¿Partiré inmediatamente ó veré antes á Zoraida? ¡Es tan triste su vida! ¡Son las que pasa conmigo las únicas horas de felicidad de que ella ha gozado!....

Volvió el poeta á quedar pensativo y silencioso, hasta que al fin, decidiéndose por dar á Zoraida una hora mas de consuelo y de dicha, levantóse resueltamente, tomó la linterna y salió.

Esperábalo la mora como siempre, con todo el ardiente afan de su pasion, y al ver entrar en el aposento á Cervantes, levantóse del divan en que estaba recostada y le salió al encuentro, mientras que con voz dulce y amorosa le decia:

—¡Cuán largas y tristes son las horas en tu ausencia! Ven á mi lado, vuelve á mi alma la alegria y á mis ojos la luz, que contigo ambas huyen de mí, y por eso en esta dorada prision la noche es dia y el dia oscura noche que ni aun estrellas tiene.

—Largas y tristes son—contestó el poeta—las horas en que estamos separados, pero olvídalas cuando me ves, ó no me las recuerdes porque es recordarme que ha de llegar un dia de eterna tristeza.

—¡Un dia de eterna tristeza!—replicó Zoraida mientras tomaba asiento junto á Cervantes.—¿Y por qué ha de llegar ese dia? Ya que la codicia de mi esposo te ha quitado la esperanza del rescate no debes temer una separacion que es imposible.

—¿Olvidas, Zoraida, que si tengo aquí tu amor y tus caricias, tengo en mi patria las caricias y el amor de una madre? ¿Olvidas que lo que es aquí un estrecho calabozo y la oscuridad es allí la libertad y la luz?

—¡No he podido hacerte olvidar tu patria!—dijo tristemente la mora.

—No has podido hacerme olvidar mis deberes ni el cariño de mis padres, porque esto es imposible. Con tu amor podrá serme dulce el destierro y menos dura la esclavitud, pero saber que por mí lloran noche y dia los que me dieron el ser y no anhelar llevarles el consuelo á trueque de sacrificar los goces de mi pasion, eso es imposible.

—¿Pero no me has dicho que tu familia es tan pobre que no podrá rescatarte? ¿No me has dicho que su miserable fortuna la han empleado toda en comprar la libertad de tu hermano?

—Me queda el recurso de la fuga.

—¿Y la intentarias otra vez?

—Solo me falta la ocasion. No quiero engañarte, Zoraida, porque seria una ingratitud; pero puedes estar cierta de que si á tu lado me tienes es porque me faltan los medios para huir, no de tí, sino de la deshonra de mis cadenas.

—¡Cristiano, cristiano, acuérdate de que sin tí moriré y que esa libertad que ambicionas, esa felicidad que en ella fundas, seria mi mas horrible desgracia! ¿Qué me queda en el mundo sin tí?.... ¡Oh!.... Si has de ser dichoso huyendo de mi lado, vete, pero antes de partir quítame la vida de un solo golpe y no me dejes morir lentamente. Vete, sí, pero mátame, cristiano, mátame—prosiguió diciendo arrebatadamente la mora.—¿Qué puede importarme una existencia de contínuos tormentos? Si tu pasion fuese como la mia, pátria, libertad y madre, todo lo olvidarias. Yo seria dichosa á tu lado en el calabozo que te sirve de prision, sin luz y casi sin aire; dichosa atada á tu cadena y tratada como un esclavo por los que me tratan ahora como á una sultana. ¡No es tu amor como el mio que solo la muerte lo arranca del corazon!

—No sabes lo que es el cautiverio—replicó Cervantes.—No has esperimentado....

—Sé lo que es mi pasion—interrumpió Zoraida—y por tí sacrificaria la libertad como he sacrificado mis deberes, como arriesgué la vida yendo á buscarte....

—¿Acaso no la arriesgo yo cuando vengo aquí? ¿Ves que el miedo de perderla ataje mis pasos?

—La vida la tienes en poco, y así lo has probado muchas veces, pero....

—Mi madre, Zoraida....

—Bien me dijo la desdichada Jaguá: mi pasion me será fatal, será mi mayor desdicha.

—Deja esos presentimientos.

—Tarde ó temprano romperás tus cadenas,—repuso la mora—porque si solo esperas la ocasion, la encontrarás.... ¡Y yo te habré dado los medios de que me abandones!....

—No prosigas, Zoraida, que te atormentas y me entristeces. Dejemos de hablar sobre lo que está muy lejos de suceder: basta á mi propósito que estés convencida de que si algun dia desaparezco será por obedecer á mis deberes y no porque deje de amarte.

—Si algun dia desapareces.... llévame contigo á España.

—Imposible.

—¡Imposible!.... ¿por qué?

—Porque si llego á conseguir fugarme será superando inconvenientes que tú no podrias vencer.

—¿Qué habria para mí imposible tratándose de tu amor?

—Luego has de pensar que tu fuga podria entorpecer la nuestra, y digo nuestra porque en tal caso no seria yo solo; y en buen hora que yo arriesgase mi libertad y mi vida, pero la de aquellos que en mí la habian depositado llenos de confianza.... ¡Oh! seria el mayor de los crímenes.

—¡Te estorbaria!—murmuró tristemente Zoraida.

—¿Por qué te atormentas así?—dijo el poeta.—Pensemos en lo presente que es nuestro amor.

—¡Pero en el horizonte de ese amor hay una negra nube que me espanta!

Cervantes cogió entre las suyas las manos de Zoraida, y repuso con tierno acento:

—Mira en mis ojos el fuego de mi pasion sin nubes que lo oscurezcan.

—¡Ah!....

—A tu lado me tienes, como siempre amante. ¿Qué mas deseas? En este momento lo olvido todo porque me embarga el alma tu belleza y me enloquece la pasion. Lucero que en la oscura noche de mi amarga vida inundó de luz el negro cielo que me cobijaba, no empañe el llanto el brillo de tus ojos, no las rosas de tus megillas en pálidas azucenas se truequen, no den tus labios salida al lamento de la tórtola, sino al arrullo de la paloma enamorada y tierna. Tuyo es mi corazon, mi pensamiento es tuyo....

—¡Cuánto te adoro!—exclamó Zoraida cuyos negros ojos brillaron y cuyo rostro se encendió.—¡Quieres de la paloma el arrullo!.... tan dulce de mi boca lo escucharas que á nada podrás compararlo. Tú has sido mi primer amor y mi primera dicha, y la esperanza sola de verte á mi lado fué mi mayor, mi único consuelo. Eres para mí la vida, mas que la vida. Y nunca habia sentido palpitar mi corazon hasta que mis ojos te vieron.

Con tales ó parecidas palabras continuó la mora espresando los sentimientos de su pasion, y el poeta, aunque con algun embarazo, le correspondia con frases no menos cariñosas y tiernas; pero como en tales casos nada se escapa á la penetracion de las mujeres, Zoraida comprendió que algun pensamiento secreto turbaba aquella noche á su amante, y mirándolo fijamente, interrumpió sus caricias para decirle:

—Algo me ocultas, cristiano.

Tan repentina interpelacion dejó sorprendido por algunos momentos al poeta; pero en la necesidad de evitar que la mora sospechase su proyecto, procuró finjir cuanto pudo y contestó con bastante naturalidad:

—Esta noche te se ocurren estrañas ideas.

—No sé esplicar lo que advierto en tí, replicó Zoraida, pero

— Tuyo es mi corazon, mi pensamiento es tuyo.

es la verdad que te encuentro como nunca. Parece que estás violento, y tan distraido, que hay momentos en que ni siquiera me escuchas.

—Es antojo tuyo.

—¡Antojo!.... ¡Ojalá que yo me equivoque!

—Hablemos de nuestro amor.

—Tranquilízame antes.

—Tal vez, Zoraida, los recuerdos que sin querer hemos evocado en nuestra conversacion....

—Otras muchas veces hemos hablado de tu patria y de tu familia.

—Pero no hemos hecho ciertas comparaciones....

—Me engañas—interrumpió la esposa de Dalí Mamí.

—Es que hay momentos en que ciertas ideas causan mas impresion y....

—Pero asegúrame que no me engañas.

—Te he dicho la verdad.

—¿Lo juras?—preguntó la mora.

—Vuelvo á repetirte con franqueza, que si tengo ocasion de fugarme la aprovecharé, ahogaré en mi pecho el amor que te profeso por el de mi madre, porque esto es un deber y yo cumplo con mis deberes antes que con mis afecciones.

—Si me abandonas....

—Algun dia sucederá si la suerte me es propicia.

Zoraida ocultó el rostro entre las manos y un raudal de lágrimas corrió por sus megillas.

—¿Por qué esas lágrimas?—le dijo el poeta con dulce tono.

—No lo sé, cristiano—contestó la mora con ahogado acento.—Tengo oprimido el corazon, ignoro la causa, y lloro sin voluntad de hacerlo.

—¿Por qué te atormentas con lo que ha de suceder?

—¿No has tenido nunca, cristiano, presentimientos horribles sin saber la causa de ellos?

—Pero los he desechado.

—Dichoso tú si tanta es la fuerza de tu voluntad, porque yo, débil mujer, no puedo borrarlos de mi mente.

—¡Zoraida!....

—Tu pasion, me decia Jaguá, será fatal para las dos, será nuestra muerte, nuestro mas horrible tormento.... Tambien su triste vaticinio no era mas que un presentimiento y se cumplió.... ¡Ah!

Cervantes procuró nuevamente á reanimar á la mora con mil caricias, pero solo consiguió tranquilizarla muy poco.

Llegó la hora de separarse, y no como siempre, una sonrisa y cariñosas palabras salieron de los labios de la esposa de Dalí Mamí, sino que estrechando fuertemente entre sus brazos al poeta, oprimiéndolo contra su pecho medio desnudo y palpitante, no pudo articular una palabra y el llanto volvió á correr por sus pálidas megillas, como si le hubiesen dicho que era aquella la última vez que veia á su amante.

Este se sintió ahogado por una dolorosa emocion, y casi tuvo remordimientos de engañar á aquella infeliz mujer á quien tanto cariño y tantos sacrificios debia; pero considerando que él no habia sido la causa de que llegase tan triste situacion para la mora, y acordándose de sus padres, de su libertad, y mas que de todo, de los sagrados compromisos que tenia que cumplir con sus compañeros de cautiverio, hizo un esfuerzo, correspondió al abrazo de Zoraida, y antes que el llanto en sus ojos delatase su secreto, con voz trémula y ahogada dijo:

—¡Adios!....

Y se desprendió de los brazos amantes de aquella infeliz mujer, tomó la linterna y salió precipitadamente de la estancia con el corazon oprimido y la cabeza ardiente como si la abrasase la calentura.

Zoraida se dejó caer en el divan porque no tenia fuerzas para sostenerse.

—¡Desprecia el tesoro de mi amor!—murmuró tristemente. —¿Dónde encontrará otro igual?.... ¡Ah!.... ¡Me ha dado la

muerte!.... ¡Se cumplirá el vaticinio de la negra Jaguá!....

La desdichada sufria horriblemente. El llanto seguia corriendo en abundancia por sus megillas y regaba su agitado pecho.

—El corazon me dice que no volveré á verlo, y moriré con la mas lenta y desgarradora de las agonías, tendré que ocultar mis lágrimas, callar mis sufrimientos, y todo lo mas, lástima será lo que inspiraré á los que me rodean, pero no consuelo, ni una sola palabra de consuelo.... ¡Triste suerte!.... ¡Sin un pecho amigo donde depositar las quejas de mis amargos pesares, teniendo que sonreir á mi brutal esposo!.... ¡Oh!.... ¡La muerte, venga la muerte!

Los ojos de Zoraida, abiertos al llanto, no pudieron cerrarse al sueño en toda la noche.

Dejémosla llorar su desgraciada suerte, digna en verdad de lástima, y sigamos á nuestro poeta.

CAPITULO XXIII.

De cómo Cervantes fué á reunirse con sus compañeros.

on desiguales pasos atravesó el poeta corredores y aposentos, y llegando al sótano, sacó de entre la paja una cuerda y salió, cerrando la puerta y guardando la llave.

—¡Llegó la hora!—exclamó—¡Dios mio, protejedme!

Luego se dirijió al jardin, y con la ayuda de una escalera de mano, subió á la tapia, aseguró en ella un estremo de la cuerda, y dejándola caer á la parte esterior, volvió la cabeza atrás y fijó una mirada tierna en la ventana del aposento de la mora por entre cuya celosía se escapaban algunos rayos de luz.

Un suspiro salió de su pecho y una lágrima humedeció sus brillantes pupilas.

—¡Infeliz!—murmuró con ahogado acento.—¡Perdona si he herido tu corazon sensible, ese corazon que solo por mí late, pero mis deberes me obligan á sacrificarlo todo.... Si alcanzo mi libertad, despues que haya besado la frente de mis padres, mi primer pensamiento será para tí, y bajo el cielo de mi pátria, entre sus altivas mujeres, tu recuerdo no se apartará de mi memoria.... ¡Adios y que el Omnipotente ilumine tu razon con la luz de la verdad y te dé consuelo!....

Cervantes se asió de la cuerda, descolgóse al otro lado de la tapia, y en pocos instantes se encontró en una calleja tortortuosa y oscura, y por la que, aun de dia, apenas transitaba alguna persona.

Poco faltaba para el amanecer, y como el poeta tenia que salir fuera de la poblacion y las puertas estaban cerradas, hubo de entretener el tiempo recorriendo algunas calles, hasta que al despuntar el sol pudo dirigirse sin ningun obstáculo á la quinta de Azan, á donde llegó en estremo fatigado.

Con muestras de estremada alegria lo recibió Juan el Jardinero, y dándole un abrazo, le dijo:

—¡Con cuanto afan os esperábamos!

—¡Aquí me teneis ya, amigo mio. Dios quiera protejernos —le contestó Cervantes.

—Hasta el presente nos ayuda.

—¿Cómo están nuestros compañeros?

—Como os podeis figurar, sin ver apenas la luz del sol porque no se atreven á salir de la cueva sino de noche, haciendo de esta dia, y con las incomodidades consiguientes á la vida que pasan.

—¿No desmaya ninguno?

—Alguno, pero los demas los animan. Ya podeis considerar, señor Miguel: los primeros que se escaparon de sus casas llevan aquí mas de seis meses, y en tanto tiempo no es estraño que alguna vez se pierda la paciencia.

—Poco tendrán ya que esperar.

—¿Creeis que llegará pronto la fragata?

—Segun mis cálculos no ha de tardar tres dias.

—Quiera Dios que no os equivoqueis.

—Tal pienso.

—Algunos han enfermado de la humedad de la cueva, pero todo lo prefieren con tal de verse libres.

—Quiero verlos.

—Seguidme y os llevaré al escondite porque no hay uno que no desee abrazaros.

—Es lo que yo anhelo.

—Ademas, á esta hora no es prudente que esteis por aquí porque dentro de algunos momentos empezará á venir gente y os pueden ver. Hace poco que ellos se han recojido y aun no dormirán. Venid.

Juan guió á Cervantes hasta llegar á un sitio que no estaba cultivado y en el que el terreno era desigual y pedregoso. Levantábase allí un montecillo arcilloso á cuya falda crecian algunos espinos y habia dos ó tres montones de estiércol que impedian ver la entrada de una cueva.

—Aquí es—dijo el Jardinero.—Cuidado con la cabeza.

Y metiéndose por entre las zarzas llegó á la puerta de la cueva, ó mejor dicho á un agujero ovalado por donde se internó.

Siguióle el poeta y á los dos ó tres pasos se encontró completamente á oscuras, viéndose obligado á caminar á tientas con el cuerpo inclinado, sin que á pesar de toda su precaucion dejase de recibir algunos golpes contra las paredes ó el techo de aquella galería. Afortunadamente el camino fué corto, y despues de volver á la izquierda y luego á la derecha, llegaron á un lugar bastante espacioso y alto de techo, pero donde tampoco penetraba un rayo de luz

Respirábase allí una atmósfera nauseabunda, cargada de las emanaciones de todos las cautivos en el espacio de mucho tiempo, durante el cual no se habia renovado el aire.

El potea se detuvo al detenerse Juan, y escuchando oyó un ruido sordo, igual y no interrumpido, que era el de la respiracion fatigosa de los que allí se albergaban. Acostumbrado estaba el poeta á vivir en oscuro y fétido aposento, pero no dejó de producirle la mas desagradable impresion la llegada al en que estaba, y á no tener de ello una prueba no hubiese podido creer que hubiese quien allí pudiera vivir por espacio de seis meses aunque fuese por la libertad y la vida.

—¡Compañeros—dijo Juan—aquí está nuestro salvador el señor Miguel de Cervantes!

Y al apagarse en las húmedas paredes su voz, oyóse un murmullo y el ruido del movimiento de los cautivos que se acercaban hácia la puerta.

Siguióse una escena tierna y conmovedora. En medio de la oscuridad vagaban todos del uno al otro lado, buscando al poeta para darle un abrazo y hacerle mil preguntas, porque creian que debia llevarles noticias ciertas sobre su partida.

—¡Dios os bendiga!—decian los unos.

—Apartaos y dejadme que lo abrace decian los otros.

—¿Cuándo es la partida?

—Por fin os tenemos á nuestro lado.

Todos hablaban á la vez, preguntaban muchas veces una misma cosa y no daban lugar á la contestacion. Mezclábanse las risas á las lágrimas y entre las voces confundíanse los suspiros.

—Compañeros—dijo el poeta—aquí me teneis para participar de vuestros trabajos, y si antes no he venido fué por evitar mayores sospechas, que encierro por encierro, oscuridad por oscuridad, este prefiero con vosotros mas que el que he dejado con la soledad. Venid y abrazarme—prosiguió con acento conmovido.—Venid y que vuestros pechos nobles recojan mis lágrimas de ternura!...¡Cuánto habreis sufrido!...¡Cuánta ha sido vuestra constancia!.... Pero se acerca el momento de la libertad....¡Bendito sea Dios!...¡Abrazadme, compañeros, abrazadme!....

Cervantes fué interrumpido por mil diversas voces de entusiasmo y de alegria. Muchos brazos se tendieron hácia el sitio donde estaba, y si hubiese habido luz hubiéranse podido ver los pálidos y demacrados rostros de los cautivos llenos de lágrimas.

—Decid cuanto sepais, amigo mio.

—Nada sé de cierto—contestó Cervantes—pero calculo que muy pronto, quizás mañana llegará el bajel que debe llevarnos á nuestra patria.

—¡Libertad!....¡Oh¡....¡Libertad!...—exclamaron algunos cautivos.

—Sin embargo—añadió Cervantes—no hay que dar á la esperanza mucho vuelo, pues el desengaño es mas triste cuanto mas se ha remontado la ilusion. Por nuestra libertad trabajamos, pero si se frustra nuestro deseo, no hay que desmayar, sino con mas fé, con mayor ardimiento, seguir trabajando que al fin premiará Dios nuestra constancia.

—¡Hemos sufrido ya tanto!—dijeron algunos.

—Mas sufrireis si os abandonais á la suerte, que no hay premio sino hay sacrificio, sino hay trabajos. ¿Qué puede esperar el que nada hace?... Lo que el labrador que duerme sobre su tierra en vez de regarla con su sudor: las espigas no brotarán donde no cayó la semilla ni abrió surco la reja. La suerte lucha constantemente con nosotros, y el que no opone la resistencia, queda vencido. No viene la felicidad al que por ella clama, sino al que la conquista con su trabajo. La fortuna y la desgracia son fantasmas ilusorios, vanas palabras no mas inventadas por el hombre para justificar su inconstancia, su falta de fé y su abandono, para engañar al mundo y engañarse á sí mismo, para contestar á su conciencia cuando le pregunta en qué ha gastado el tiempo y porqué se queja, para alegar un derecho falso á la compasion, á la ayuda de los demas, un derecho injusto para pedirles que hagan por él lo que él no ha querido hacer por sí mismo.

Las palabras del poeta produjeron el mismo efecto que siempre: reanimaron el valor de aquellos infelices, y aun los que estaban enfermos sintieron renacer sus fuerzas. Fué aquel para ellos un dia feliz porque sintieron mas aliviadas sus penas, y lo pasaron hablando sin cesar y escuchando los consejos de Cervantes, siempre prudentes, para cuando llegase el caso de la deseada partida.

Llevóles el renegado llamado Dorador algun alimento y recibió en cambio las demostraciones mas vivas de gratitud; pero no se retiró contento porque el dinero se le acababa, y ya los cautivos, encerrados todos en la cueva, no tenian medios para darle mas ni esperanza de conseguirlo.

Era el Dorador un hombre como de cuarenta años, de pequeña estatura, frente estrecha y negros ojos, de mirada recelosa y sombria, advirtiéndose en el conjunto de sus facciones cierta espresion de malicia y doblez que nunca agradó á Cervantes. Pero se habia mostrado tan deseoso de volver á la fé católica, tan solícito en ayudar á los cautivos, que al fin el poeta creyó que la impresion desagradable que le producia la presencia de aquel hombre era una aprension necia.

Salió, como hemos dicho el renegado, no muy contento, y despues de haber andado buen trecho de camino para volver á la ciudad, sentóse en una piedra y mientras meditaba sobre el proyecto decia para sí:

—Pasa mucho tiempo y la fragata no llega. Esperanzas no faltan, pero sí dinero para comer. Muchos son mis deseos de volver á España, pero si el plan no da buen resultado, habré espuesto la vida tontamente. Algo es preciso que yo gane en este negocio, porque arriesgar así la cabeza para quedar como antes ó peor, seria obrar bien neciamente. Si antes se me hubiesen ocurrido estas reflexiones hubiera podido ahorrar algunos escudos del dinero que me han dado; pero ya es tarde para hacerlo así pues apenas me queda para llevarles de comer dos dias, y nada puedo quitar de donde tan poco hay.

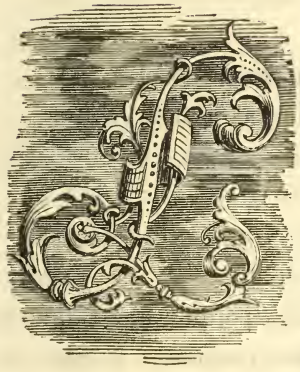
¿Qué debo hacer?... Esperaré dos dias, nada mas, y cuando la bolsa esté vacía de dinero y la cabeza de ilusiones, porque para entonces las habré perdido todas, tomaré una determinacion. Si en Arjel y moro he de quedar, que al menos sea con algun provecho, y sobre todo, obrando de manera que me ponga á salvo de la responsabilidad que pueda caberme si el plan de fuga llega á descubrirse. No me remuerde la conciencia: mi intencion ha sido la mejor del mundo, y si la suerte no nos favorece, en mi mano no está trocarla, y justo y muy justo es que mire por mí antes que por nadie.

Tras estos pensamientos que eran las primeras tentaciones de la traicion, levantóse y volvió á emprender su camino.

CAPITULO XXIV.

—

De cómo llegó el deseado bajel.



A noche del siguiente dia brillaba tambien la luna, el horizonte estaba despejado y relucian centenares de miles de estrellas. Ni el mas leve soplo de viento se dejaba sentir, y las aguas del mar, tranquilas en su lecho de arena, parecian dormir, pues ni se agitaban en espumosas olas ni apenas en menudos pliegues se rizaban sus azulados cristales.

La quinta de Azan estaba muy cerca del mar, y por aquella parte, habia muchas chozas de pescadores que no habitaban la ciudad porque les convenia mas estar fuera de ella para acudir á las faenas de su oficio. Eran todos hombres atrevidos y de carácter belicoso porque tenian frecuentes ocasiones en que poder trocar su ejercicio de pescadores por el de pira-

tas, acometiendo con sus barquichuelos á los bajeles cristianos que despues de cerrada la noche se aproximaban á aquel punto.

No serian aun las nueve y los pescadores estaban ya recojidos en sus miserables chozas ó tendidos en la playa, durmiendo á pierna suelta, menos tres de ellos que se ocupaban en reparar algunas pequeñas averías que habian tenido en su barca. Cuando terminaron su faena, ayudados del resplandor de la luna, sentáronse á descansar junto á la orilla.

—Somos los últimos que nos acostamos esta noche—dijo uno de ellos.

—Y tendremos que ser los primeros en despertar—contestóle otro—si hemos de hacer lo que hemos convenido.

—Ya sabes que soy madrugador, y por consiguiente, no me importa.

—Yo soy algo perezoso, pero si la ocasion llega ninguno me adelanta.

—Buena está la noche.

—Algunos se alegrarán de ello mas que nosotros.

—Los que tengan que caminar á estas horas.

—Pocos, ó ninguno, serán.

—Mas de uno.

—¿Quién?

—Los que tengan que ocultarse de dia.

—Es verdad que no será uno solo, porque dicen que en poco tiempo han desaparecido muchos cautivos, y estos esperarán la noche para caminar.

—Mucho se habla de ese asunto.

—Hoy contaban de uno que ha desaparecido de la casa del renegado Dalí Mamí, y segun aseguran es sugeto de calidad y muy estimado de su amo porque de él esperaba un buen rescate.

—Sospecho quien es, y en verdad que Dalí Mamí ha perdido con él quizás ochocientos ó mil escudos.

—¡Mil escudos!

—No exagero.

—¿Lo conocias?

—Lo ví algunas veces cuando antes de entrar á serviros trabajé en una huerta de Dalí Mamí. Esto, si es el que yo presumo, uno manco....

—El mismo, esas señas me dieron.

—No es la primera tentativa que ha hecho, y lo peor es que siempre se lleva consigo á otros muchos.

Como habrán comprendido nuestros lectores, el que acababa de hablar no era otro que Hamete, el traidor que abandonó á Cervantes y á sus compañeros en el camino de Oran.

—Entonces habrá sucedido lo mismo en esta ocasion, y es posible que la fuga de los que han ido desapareciendo estuviese convenida con él.

—Casi puede asegurarse.

—Buena fortuna para el que lo coja y lo presente á su amo.

—Es poco generoso.

—¿Pero no habia de dar siquiera seis escudos al que le hacia recuperar mil perdidos?

—Tal vez no diese mas que uno.

—Aun así, pocas veces los habrás visto en oro y en tus manos.

—Ninguna si he de decir la verdad.

—Desconfio de que lo encuentren.

—¿Por qué?

—Porque no ha podido encontrarse á ninguno de los que antes se han escapado.

—No es razon.

—Ya estarán en salvo.

—Sea como quiera, no es para nosotros semejante fortuna.

—¿Quién sabe?

—Dejemos lo que no nos importa.

—Es verdad, que mas nos conviene dormir.

—Como ya hacen todos, y hasta el mar descansa.

—No se mueve una ola.

—Ni corre un pelo de viento.

—Mucha fuerza de remos se necesitaria para navegar ahora.

—Parece el mar un espejo de plata.

—¡Cómo le hace brillar la luna!

—Fácilmente podria distinguirse una embarcacion desde larga distancia.

—Aunque asomase por allá—dijo uno, estendiendo el brazo.

—Allá, si, por.... por allá.... Mirad—repuso otro, poniendo sobre los ojos una mano á modo de visera para recoger mas la vista.—¿No veis allá?....

—Nada veo.

—Ni yo tampoco.

—Sabeis que me equivoco pocas veces ó ninguna.... Sí, sí, es una embarcacion....

—No hay quien tenga tan buena vista como tú, pero lo que es ahora creo que te engañas.

—¿Que me engaño?

—Sí.

—Puede ser.... Esperad.... por esta vez....

—Estás soñando.

—Estoy.... estoy seguro.

—Te equivocas, al menos por la parte hácia donde señalas....

—Apostaria....

—Nada apuestes sino quieres perder.

—Pues bien, apuesto seis ásperos de plata....

—¿De veras?

—Sí.

—Quedan apostados.

—¡Dichosos los que así arriesgan semejante cantidad—

dijo Hamete que consideraba los seis ásperos como respetable suma, á pesar de que no equivalian sino á poco mas de cinco reales.

—Tú eres testigo, Hamete.

—¿Y cuánto gano?

—Un áspero por sentenciar fielmente.

—No cabe engaño en lo que ha de verse muy pronto.

—¿Tampoco distinguís nada ahora?—repuso el que se preciaba de buena vista.

—Tampoco.

—Observemos.

Pusiéronse los tres á mirar, y despues de un rato dijo Hamete:

—Me parece que pierdes, Alí, pues ahora se distingue....

—¡Por Allah!.... Creo que tienes razon.

—No te arrepientas de haber apostado.

—Yo soy testigo y me vá en ello un áspero — dijo Hamete.

Volvieron á quedar silenciosos.

Pasó un cuarto de hora y al fin pudo distinguirse claramente que en efecto se acercaba un bajel á la costa.

—¡He perdido!

—No te desconsueles, porque si la embarcacion fuese de cristianos, daremos el grito de alarma y tal vez hagamos buena presa.

—Cuando esté cerca nos prondremos donde no puedan vernos para examinarlo bien.

La embarcacion siguió vogando, y no tardó mucho en oirse desde la orilla el ruido de los remos.

Era efectivamente una fragata cristiana, la misma que iba en busca de los cautivos, y atracó muy cerca de donde estaban los tres moros sin apercibirse de ellos que, agachados y ocultos, conocieron fácilmente ser la embarcacion de cristianos que trataban de saltar ocultamente en tierra, á juzgar por el sitio

que habian elegido para el desembarque y el silencio con que se preparaban á verificarlo.

—Presa tenemos—dijo uno de los pescadores.

—Parece que van á botar una lancha.

—No traerán buen fin cuando con tanto silencio llegan.

—¿Qué hacemos?

—Dar el grito de rebato porque no podrán escapar si andamos listos en rodear el bajel con nuestras barcas.

—Nuestras armas están siempre preparadas.

—Y nuestros ánimos tambien.

—Y de buena gana acudirán nuestros vecinos....

—Como siempre lo hacen.

—No hay que perder tiempo.

Mientras así hablaban los moros guardaban profundo silencio los que tripulaban la fragata. Los remeros habian dejado los bancos, y tomando las armas de fuego se disponian á obedecer las órdenes que en voz baja ó por señas les daba un hombre de elevada estatura, de ojos negros y vivos, de tostadas megillas y que parecia ser el gefe.

Como los moros habian sospechado, disponíanse los cristianos á botar una lanchilla para salir á tierra, procurando ejecutar esta maniobra con el mayor silencio.

—Mucho cuidado porque el menor descuido puede perdernos—dijo el que parecia capitan.

—¿Estais seguro, señor Viana—le preguntó un marinero —de no haberos equivocado?

—Conozco mucho estos lugares y no los olvidaré porque arrastré en ellos mi cadena de cautivo.

—Es que....

—¿Veis aquel edificio que se levanta allí enfrente y no muy lejos?

—Sí.

—Pues es la casa de campo de Azan donde nos esperan los infelices por cuya salvacion hemos venido.

—Cerca los tenemos.

—Muchas veces he venido á esa casa de parte del que fué mi amo y en busca de hortalizas ó flores.

—Adelante, pues.

—Adelante y no perdamos tiempo.

—Creo que nada debemos temer porque la playa está desierta.

—Pues aprovechemos la ocasion.

—Al agua la lancha y....

No pudo proseguir el llamado Viana porque hasta el bajel llegó el ruido de estrepitosa gritería y las voces de «¡*á ellos*!» dadas en la playa.

—¡Nos han visto, vive Dios! — exclamó el capitan con acento de rabia.—¡Detenos.... no boteis la lancha!....

Y dirigiendo la vista á tierra vió salir mar arriba muchas barcas y cruzar cerca de la orilla bastantes moros que daban desaforadas voces.

—¡A los remos!—gritó Viana.—¡A los remos y á ponernos en franquía!

—¡A ellos!—gritaron los moros.—¡A ellos, pescadores!.... ¡Fuego!....

—¡Las barcas!....

La fragata se balanceó de babor á estribor, y en seguida, forzando remos, comenzó á alejarse rápidamente de la orilla.

A tiempo se ejecutó la maniobra, porque á no emprender la huida con tanta prisa, les dieran alcance á los cristianos algunas barcas que bogaban ya y otras que soltaban las amarras, y en grande aprieto se vieran para libertarse, sino de la fuerza, del número de los enemigos.

Grande fué la confusion de los moros: no hubo uno que no acudiese al rebato; pero tuvieron que renunciar á su empresa cuando la fragata se alejó, pues solo en alta mar hubieran podido darle caza, y allí, á los barquichuelos pescadores, aunque muchos, nada les era dado hacer, sobre todo si los cristianos seguian mar adelante y á la ventaja de sus

muchos remos se unia la de alguna ráfaga de viento que les favoreciese.

Oyéronse algunas detonaciones producidas por disparos de arcabuz hechos sobre la fragata, pero solo sirvieron para interrumpir el silencio de la noche y acrecentar la alarma sin causar á los fugitivos ningun daño.

Cuando los pescadores perdieron la esperanza de lograr su presa, reuniéronse á conferenciar sobre lo que debian hacer. Opinaban los unos ponerse en acecho y esperar que volviesen los cristianos, mientras que otros creian que era lo mejor aprovechar la noche en dormir, pues la fragata no haria segunda tentativa despues de alarmada aquella parte de la costa.

—Pues bien—decia el que habia visto primero el bajel y apostado los seis ásperos—ellos pensarán que hemos calculado de ese modo, porque así es lo natural, y volverán teniendo por seguro que dormimos. Mi opinion es que esperemos bien ocultos.

—¿Volverias tú?—le replicó otro moro.

—Nó.

—Pues ni ellos tampoco, y se reirán á su placer, mas si llega á su noticia mañana que nos han tenido en vela toda la noche.

—¡Por Allah! que eres muy torpe.

—Y tú muy testarudo.

—Como son los cristianos, y por eso volverán aunque sepan perderse.

—Pues bien, yo me quedo con los que quieran acompañarme.

—Y yo.

—Yo tambien.

—Y los que os vais á dormir no tendreis derecho á participar de la presa.

—Buen provecho os haga.

—Mas vale descansar.

—Está visto que teneis miedo porque volverán mas prevenidos.

—¡Miedo!....

—¡Por Mahoma!....

—El tiempo lo dirá.

—Seis ásperos aposté no há mucho á que se divisaba una embarcacion.

—Y has ganado.

—Ahora apuesto mi barca contra un zoltaní.

—Ya sabeis—dijo Hamete—que cuando nuestro camarada apuesta no es en valde.

—Es esperimentado.

—Soy de su opinion.

—Y yo tambien.

—Quedémonos que nada se pierde.

—No hay necesidad de pasar la noche en vela, pues basta con que uno ó dos vigilen y den la señal.

—Bien pensado.

—Nos relevaremos de media en media hora, y este poco tiempo no mas dejaremos de dormir.

—Convenidos.

—Ahora propongámonos un plan por si llega el caso de que vuelvan los cristianos.

—Si vuelven los dejaremos desembarcar, y cuando estén en tierra y algo separados de la orilla, les acometemos, cortándoles la retirada, y despues de apoderarnos de las personas nos apoderamos del bajel.

Todos aprobaron la idea, y designados los que debian vigilar, fuéronse los otros á dormir, á sus barracas los que las tenian cerca, y á campo raso los demas para no alejarse.

Mientras esto sucedia, otra escena de muy distinto género tenia lugar sobre la cubierta de la fragata. Allí la desesperacion estaba pintada en todos los rostros, y mas que en nin-

guno en el del capitan que desconfiaba mucho de salir adelante con su empresa.

—Dejad los remos—dijo á los que estaban en los bancos.—Nada tenemos ya que temer.

—¡Vive Dios!—exclamó un marinero.—¡Cien rayos me abrasen sino era preferible naufragar á tener que huir de esa canalla miserable!

—¡Volver la popa á esos cascarones de nueces!—añadió otro, apretando los puños.—¡Por Santa Bárbara que tal vergüenza no es para sufrida por un marino viejo!

—¿Y qué vamos á hacer, señor Viana?

—Dudo.

—Vos conoceis mejor que nosotrós á esos perros porque habeis sido su cautivo.

—Temo que nos acechen.

—¿Y no hemos de vengarnos?

—Sí, pero arriesgar la empresa....

—¿Nos volveremos á Mallorca?

—No digo tal, pero como he jurado á fé de marino morir ó volver á Mallorca con los infelices que nos esperan....

—Sí, sí, prudencia.

—Disponed, capitan, que os obedeceremos ciegamente.

—Ya no podemos retroceder ni dilatar un solo dia nuestro desembarque, y por esta razon creo que, aunque con mucho riesgo, debemos esperar á la media noche, y tentar nuevamente la fortuna.

—Sí, sí—dijeron todos.

—Es probable que estén alerta, pero no podemos hacer otra cosa.

—Pelearemos.

—Si nos dan tiempo volveremos atrás como ahora hemos hecho, y si no....

—Moriremos matando y Satanás tendrá un dia de regocijo.

El gefe movió tristemente la cabeza y quedó pensativo

por largo rato. Desconfiaba mucho del éxito de la empresa, casi tenia seguridad de que los sorprenderian; pero habia empeñado su palabra de no retroceder y tambien se interesaba por la suerte de los cautivos por haberlo sido él algunos años y saber lo que padecian. Era además muy triste perder cuanto se habia gastado en armar la fragata, y mas que todo el caer en manos de los arjelinos, lo cual se tenia por mayor desgracia que la muerte.

Apurada era la situacion del arrojado marino, y no menos triste la de aquellos desgraciados que lo aguardaban, pues en un momento debian ver su esperanza desvanecida, y tras el largo encierro de la cueva, la muerte en una horca ó mas crueles tormentos serian el resultado de los muchos que llevaban sufridos.

El rostro de Viana volvió á animarse al fin, y reuniendo á los valientes marineros que lo acompañaban, les dijo:

—Sé que sois hombres de corazon y que no os arredra el peligro de la muerte; pero antes de volver á intentar el desembarque quiero haceros comprender que os esponeis á mas que á morir, á ser cautivados, y ninguno de vosotros sabe lo que pesan las cadenas de la esclavitud.

—¡Rayos y truenos!—exclamó un marino—¿pensais que cuando nos comprometemos á una cosa nos hace retroceder el miedo?.... Ya sabemos que si esa canalla nos echa mano nos encerrará en una mazmorra ó nos hará servir de bestias de carga, pero no somos de mejor condicion que los que nos esperan y han sufrido otro tanto, y ¡por los cuernos de Satanás! que en diciendo «¡adelante!» sabemos ir de frente hasta que la muerte nos dé un abrazo. ¡Dios de Dios!.... ¡Antes me trague una ballena y me tenga diez años en sus tripas que presentar la popa á esos perros miserables!

—¿Tan decididos estais?

—A todo—dijeron á la vez los marineros.

—¿Y si se apoderan de nosotros?

—Quedaremos todos iguales, y aun mejor que los que nos esperan que llevan algunos años de esclavitud.

—¡Bravo, compañeros!—exclamó Viana.—Así cumplen los hombres de honor, los valientes....

—¡Los españoles!

—¡Dios nos ayude!

—Esperamos vuestras órdenes.

—Ninguna tengo que daros ahora. A la media noche, á tierra otra vez.

Aquel puñado de hombres tan decididos no se acordaron mas del peligro que les amenazaba, y vaciando algunas botellas, cantando y riendo, dejaron pasar las horas.

Ya la luna intentaba, no sabemos si besar las blancas y rizadas espumas del mar, si beber sus saladas aguas ó servirse de ellas como espejo para ver si era digna de enamorar á Apolo que la contemplaba; pero es lo cierto que habia descendido y parecia que iba á sumergirse en las olas.

Habia llegado el momento y el capitan se estremeció porque cada vez crecia mas su desconfianza de conseguir un buen resultado.

—¡A los bancos!—gritó.

Y pocos momentos despues se oyeron los acompasados golpes de los remos, se agitaron las aguas y el bajel vogó hácia tierra con lentitud.

Mientras esto sucedia, sobre el montecillo donde estaba socavado el escondite de los cautivos, hallábase Miguel de Cervantes de pie, inmóvil, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. Los últimos resplandores de la luna se derraban sobre su noble cabeza, ardiente en aquellos instantes y atormentada por mil tristísimas ideas. Un doloroso presentimiento le decia que los tiros que á lo lejos habian sonado eran el anuncio de su desgracia y de la de sus compañeros.

Largo rato permaneció de aquella manera, hasta que al fin,

despues de exhalar un suspiro, levantó la cabeza, dirigió al cielo una tierna mirada y exclamó:

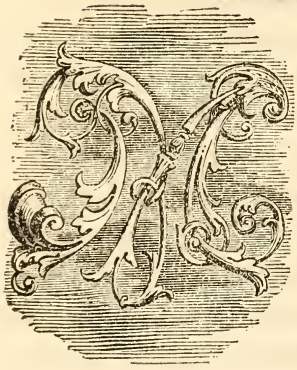
—¡Dios mio, no permita vuestra justicia que esos desdichados padezcan por mí!.... ¡Yo los he alucinado para que me sigan, y sobre mí debe caer toda la desgracia!

Luego cayó de rodillas, sus ojos se humedecieron, y mientras su corazon palpitaba con desigual violencia, de sus lábios salió la oracion mas fervorosa y las mas tiernas súplicas en favor de los desdichados por quienes tanto se afanaba sin que para él pidiese otra cosa mas que constancia y resignacion que fueron las poderosas armas con que aquel hombre estraordinario luchó en su amarga vida con sus contínuas desgracias, sin que jamás la desesperacion ni el cansancio del espíritu le hiciesen retroceder. ¡Alma sublime, corazon grande y animoso donde se estrellaron todas las miserias de la ruin envidia y de la ridícula vanidad sin conseguir abatirlo!

Los últimos resplandores de la luna bañaron su frente noble, y una lágrima corrió por sus megillas.

CAPITULO XXV.

Del resultado que dió la nueva tentativa de desembarque.



uy cerca de la orilla estaba ya el cristiano bajel, y aunque mayor que antes era la oscuridad, divisáronlo los moros que vigilaban.

—Sin duda es el mismo—dijo á sus compañeros uno de los pescadores.

—No hay duda, ya vuelven.

—¿Qué hacemos?

—Dar aviso á los que duermen para que con tiempo se preparen sin que puedan ser observados.

—Y sin perder tiempo porque llegará muy pronto.

—Sí, sí, que este vientecillo de Levante que empieza á correr les ayudará.

—Cada cual por su lado para que todos despierten á un tiempo.

—Mucho cuidado de no hacer ruido.

—Afortunadamente ya se oculta la luna y la oscuridad nos favorecerá.

—Ya sabeis el plan: dejar que desembarquen y estén algo lejos de la orilla para poder cortarles la retirada: antes que así suceda no hay que hacer el mas leve movimiento.

Partieron los tres moros en distintas direcciones, y en pocos minutos acudieron los demas y fueron ocultándose cerca de la orilla, tendidos en la arena y formando dos grupos, de manera que por entre ellos pasasen los cristianos.

Reinó el mas profundo silencio.

La oscuridad era completa, y en ella envuelto, el bajel atracó sin que otro ruido se percibiese que el de los remos y las agitadas aguas.

¡Cómo se oprimieron los pechos de los valientes cristianos! Sus miradas, intentando romper las tinieblas, se dirigieron hácia la playa, y escucharon con la mas afanosa atencion; pero solo oyeron el gemido monótono del mar y la plática dulce que con las olas comenzaba á entablar el vientecillo del Este que se habia levantado.

—Yo nada veo ni oigo—dijo Viana.

Y lo mismo repitieron los demas.

—Pues no perdamos tiempo, que si nos acechan, de nada nos servirá esperar, y si es que se han retirado debemos aprovechar esta ocasion.

—A tierra, pues—repuso el capitan.

Brillaron como luces fosfóricas todas las pupilas, palpitaron con violencia todos los corazones, y resueltos á morir dejaron la fragata los cristianos y en poco tiempo se encontraron sobre la arena.

Allí volvieron á mirar en todas direcciones y á escuchar mientras contenian la respiracion, pero solo oscuridad encon-

traron sus ojos y no percibieron ni el ruido mas leve que pudiera infundir sospecha.

—Parece que Dios ha escuchado nuestros ruegos—dijo el capitan en voz baja.

—Vais teniendo confianza—replicó un marinero.

—Sin embargo, bueno es ir prevenidos para evitar la sorpresa.

—Ya lo estamos.

—Mucho silencio y atencion, y fuego sobre el primer bulto ó sombra que se divise. Todos reunidos para poder resistir mejor en caso de un ataque, y si así sucediese, mientras nos defendemos, nos iremos retirando en buen órden hácia la orilla para embarcarnos.

Paso entre paso, volviendo á todas partes la escudriñadora mirada y deteniéndose al oir el mas leve ruido, fueron internándose sin pronunciar una palabra.

Empero no se habian alejado cincuenta pasos de la orilla cuando de repente oyeron un grito y tras aquel otros muchos y luego sobre sus cabezas silbaron algunas balas.

—¡Dios de Dios!—gritó el capitan con acento de la mas desesperada rabia.—¡Nos atacan por la espalda!.... ¡Estamos perdidos!... ¡A ganar la orilla á todo trance!... ¡Camaradas, antes morir que ser cautivados!

Un rugido de rabia se escapó de los pechos de aquellos valientes, y volviendo cara al mar avanzaron presurosos mientras hacian uso de sus armas.

¡Vano intento! ¡Arrojo inútil que solo debia servir para aumentar el peligro que corrian!

Los moros, en número de mas de ciento, se lanzaron sobre los cristianos, dando gritos y disparando sus mosquetes. Rodeáronlos en pocos momentos y los estrecharon sin permitirles avanzar ni retroceder.

Grande fué la confusion y la lucha desesperada y sangrienta.

—¡Compañeros!—gritó Viana.—¡No nos queda mas que morir, pero no dejemos que nos aprisionen!

Y sus ojos brillaron como dos centellas, y á sus palabras respondieron amenazas horribles, ayes y blasfemias que se confundian con las detonaciones de los mosquetes y la incesante gritería de la morisca chusma.

Aunque se perdian la mayor parte de los disparos porque la oscuridad no permitia dirigirlos con acierto, cayeron sin vida en poco rato tres cristianos y algunos pescadores.

La pelea no podia durar mucho tiempo por la desigualdad de las fuerzas del uno y del otro bando.

—¡A ellos!—gritaron algunos moros.—¿Qué esperamos?

—¡A ellos, sí, porque no han de entregarse y solo conseguiremos matarlos!

—¡Venid, cobardes, traidores!—exclamó Viana fuera sí.—¡Venid, menguados, perros, mal nacidos!...¡Rayos y truenos!

—¡Todos á la vez y sugetadlos!—gritó un pescador.

Y esta voz corrió de grupo en grupo, y cerrando con los marinos, llegaron á luchar cuerpo á cuerpo.

No eran los cristianos hombres que se dejasen aprisionar, pero los moros eran tantos, que el crecido número de estos puede decirse que ahogó á los otros y la defensa se hizo imposible, pues en pocos momentos se vieron desarmados y sujetos los marineros que quedaban vivos.

Apenas entre cinco ó seis pescadores robustos podian contener los desesperados esfuerzos que hacia Viana para desasirse; pero al fin lograron atarle los brazos, y lo mismo á sus compañeros.

Todo habia concluido, y con aquella desgracia se hacia ya imposible la fuga de Cervantes y de sus compañeros. ¡Infelices! ¿Qué seria de ellos?

Los moros se apoderaron de la fragata y se repartieron la presa no sin tener acaloradas disputas.

Cuando ya sosegados celebraban con broma y risas su

buena fortuna, acercóseles otro moro que habia presenciado el suceso sin tomar parte en él y sin que nadie se apercibiese de su presencia.

Era el Dorador, conocido de muchos de ellos.

—Alláh os guarde—dijo al llegar.

—Este viene al olor de la caza, pero ha llegado tarde; y sobre todo los renegados no tienen participacion en estas empresas.

—Nada vengo á pediros—contestó el Dorador—sino á daros la enhorabuena y á satisfacer mi curiosidad.

—¿Has visto á los cautivos?

—Nó.

—Uno hay que ya se rescató otra vez por trescientos escudos, y ahora no esperamos sacar menos.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he conocido, que él no ha querido decir su nombre.

—¿Quién es?

—Un mallorquin bastante acomodado.

—¿Mallorquin?—repitió el Dorador.

Y luego añadió para sí:

—No me equivoqué, son los que esperábamos.

—Ya ves que no ha sido la noche mal aprovechada.

—Ciertamente—repuso el Dorador.

Y despues de hacer algunas preguntas mas para convencerse de que el proyecto habia fracasado, se alejó en estremo pensativo.

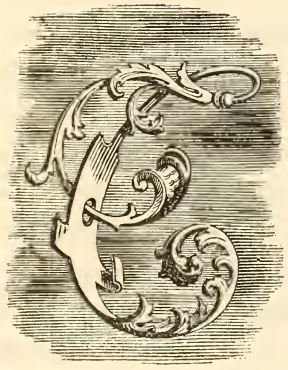
La noticia del suceso cundió rápidamente al amanecer y llegó á los infelices cautivos cuya esperanza se desvaneció apoderándose de sus espíritus el pavor y el desaliento que en vano trató Cervantes de reanimar con la magia de sus palabras. ¿Qué suerte les esperaba? Si el valiente mallorquin tenia bastante entereza para que los tormentos no le arrancasen una declaracion que comprometiese á los cautivos, podrian estos permanecer ocultos en la cueva hasta encontrar los me-

dios de fugarse; pero esto era imposible porque no tenian que comer. De manera que debian elegir entre dos cosas bien horribles: ó morir de hambre en su escondite, ó entregarse á sus verdugos. La alternativa no podia ser mas espantosa, y era imposible buscar un término medio.

Tal era la triste situacion en que los infelices quedaron despues de siete meses de encierro que algunos llevaban y de todo género de privaciones, como lo fueron las del alimento y la luz del dia y aun del aire puro que solo en medio de la oscuridad de la noche podian respirar.

CAPITULO XXVI.

Donde se da cuenta de lo que hizo el Dorador.



RES dias habian pasado y aun no habia podido descubrirse el fin que los cristianos tenian al desembarcar; pero el Dorador, temeroso de que los tormentos ó las promesas de libertad hiciesen hablar á los nuevos cautivos y se llegase á saber la parte activa que él habia tomado en aquellos proyectos, decidióse á salvar su responsabilidad ante todo, y principiando por no volver á llevar alimento á los de la cueva, concluyó por encaminarse á casa del rey Azan con la mas ruin y cobarde de todas las ideas.

—¿No soy primero que los demás? ¿No hace tiempo que se me mira con cierta desconfianza que será mi perdicion? Pues para libertarme del peligro que me amenaza no tengo otro re-

curso que el de dar una prueba de lealtad á esta gente y así me rehabilitaré en su opinion. Mucho lo siento, pero ante todo es mi vida que no debo jugarla así como quiera por salvar la de otros, pues ellos no perderian la suya por la mia.

Así hablaba consigo mismo el renegado, y otras muchas reflexiones parecidas se hizo para tranquilizar su escasa y dormida conciencia, hasta que llegando al palacio de Azan pidió verle para comunicarle un asunto de la mayor importancia.

Era el rey Azan renegado veneciano y se habia llamado Andreta. Al abrazar la religion de Mahoma entró á servir al famoso Dragut, y despues que este murió en Malta, á Uchalí, que tambien fué rey de Arjel. La proteccion de este y la crueldad de sus hazañas, le dieron en poco tiempo renombre, y cuando Uchalí fué nombrado general de la mar, sucedióle en el gobierno de Arjel.

A toda ponderacion escede la crueldad de Azan: sus goces todos consistian en atormentar á los cristianos cautivos, y sin mas razon que la de entretener el ócio cuando nada tenia que hacer, divertíase en ver ahorcar á uno de aquellos infelices, ó en cortarles las narices ó las orejas, ó apalearlo, siendo él mismo el ejecutor en muchas ocasiones. No pasaba dia en que no condenase á un desdichado á sufrir un suplicio horrible, y cuando este se habia ejecutado parecia quedar tranquilo y contento como el que hace una buena obra. Pálida es toda pintura, falta de espresion toda palabra para dar una idea de la ferocidad de aquel mónstruo á quien nadie ha caracterizado con tanta verdad sino el ingenio de Cervantes, diciendo de Azan, *que era natural condicion suya ser homicida de todo el género humano*. Solo este magnífico pleonasmo puede dar idea de la crueldad de Azan.

Con tales instintos, se comprende fácilmente que nada podia serle mas grato que la noticia que el Dorador le llevaba, pues le daba ocasion de ejercitar sus crueldades, y además halagaba su codicia, que era mucha, porque segun las leyes

de aquel pueblo bárbaro eran propiedad del rey todos los esclavos fugados ó perdidos que cogian sus soldados.

Cuando llegó el Dorador hallábase Azan recostado en blandos almohadones de seda carmesí, contento en estremo porque acababa de cortar por sus manos las narices á un cautivo y quemar á otro un ojo porque se atrevió á murmurar de tan injusto y cruel tratamiento.

Llegó á su presencia el Dorador, y despues de inclinarse con la mayor humildad, dijo:

—El amor que te profeso y mi deber como leal vasallo me traen para revelarte un secreto de la mayor importancia. Si te dignas escucharme....

—Empieza por donde hayas pensado concluir—interrumpió Azan mientras variaba de postura.—Las palabras inútiles me ponen de mal humor.

—No ignoras—repuso el Dorador—que en pocos dias se han fugado de sus casas muchos cautivos.

—¿Y tú sabes donde están?—preguntó el reyezuelo, incorporándose y mientras que la codicia animaba su rostro.

—Sí, poderoso Azan.

—Vienes á venderme el secreto.... te lo pagaré bien.

—No vengo á venderte el secreto, sino á descubrírtelo. Ninguna recompensa quiero sino la de tu gracia, y si me la otorgas quedaré satisfecho.

—Si eso quieres no mas—dijo Azan sonriendo—seré tan generoso que la paga escederá á tus deseos.

—Pues nada mas me ofrezcas.

—Habla, pues.

—Los cautivos están ocultos en la casa de campo del alcaide Azan donde esperaban que llegase la fragata que apresaron los pescadores.

—¡En la casa del alcaide Azan!.... ¿Estás seguro de no equivocarte?

—Tan seguro estoy que si á bien lo tienes guiaré á tus sol-

dados á la cueva en donde los cautivos se hallan y de la que no salen sino de noche.

—Ahora mismo, ahora mismo—dijo el rey levantándose apresuradamente.—¿Cuántos soldados quieres llevar?

—Basta con diez—contestó el traidor—porque aunque son muchos los cautivos, la mitad están enfermos y los demás no pueden hacer resistencia. Los sorprenderemos en su escondite, y antes que se recobren de su sorpresa los habremos asegurado.

—¿Cuántos son?—volvió á decir Azan.

—Veinte con el jardinero Juan que es el que los encubre y que te pertenece porque debe considerársele fugado.

Quedó Azan pensativo algunos instantes y luego repuso:

—Les habrán ayudado algunos de los españoles que viven en la ciudad, porque ellos solos desde sus encierros no hubieran podido llevar á cabo un proyecto tan atrevido.

—Lo ignoro, pero á bien que el tormento les hará confesarlo todo.

—Yo les haré hablar.

—El principal, el alma de la conspiracion es un cautivo de Dalí Mamí que ya en otras ocasiones ha intentado fugarse, y segun dicen es hombre temible por su ingenio y por su arrojo así como por la influencia que ejerce sobre todos los cautivos que lo consideran y respetan como á un gefe ó protector de mucha importancia. Es hidalgo principal en su pátria y Dalí Mamí esperaba un crecido rescate de él.

—Tengo noticias de ese cautivo.

—Pues ya es tuyo.

—No te detengas. Van á seguirte veinte y cuatro soldados.

—Estoy pronto á obedecerte.

Azan llamó al gefe de su guardia y le dió las órdenes oportunas para el caso.

Inmediatamente veinticuatro infantes y seis turcos de á caballo mandados por su gefe y guiados por el Dorador se

pusieron en marcha para ir en busca de los cautivos, yendo provistos de antorchas para alumbrarse en el interior de la cueva.

No se sabe cómo, pero es el caso, que corrió instantáneamente la noticia de que se habia descubierto la guarida de los cautivos fugados y que la guardia del rey iba á prenderlos; así fué que, apenas habian dejado atrás una calle los esbirros de Azan, seguíalos buena porcion de populacho para satisfacer su curiosidad y tener el inhumano placer de insultar á los infelices que despues de tantos padecimientos debian sufrir atroces castigos, siendo el menos horrible el de que les quitasen la vida.

Los dejaremos seguir su camino que ninguna novedad ha de ofrecer, y volveremos á la cueva donde va á tener lugar un suceso que dió á Miguel de Cervantes ocasion de mostrar su grandeza de alma, con un rasgo tan noble, que es sin duda uno de los que mas honran su gloriosa memoria.

CAPITULO XXVII.

Abnegacion de Cervantes.

omo ya dejamos indicado, el Dorador no habia vuelto á la cueva, y los cautivos pasaron los dos primeros dias con un escasísimo alimento, y este, gracias á que Juan, con riesgo de su vida y con todas las trazas imaginables, lo habia proporcionado. Pero al tercer dia ni aun semejante recurso tuvieron ni lo esperaban para el siguiente, y los mas débiles empezaban á desfallecer, á desanimarse los mas fuertes y desesperarse los mas animosos. Aun el mismo Cervantes se horrorizaba á la idea de morir de hambre en aquel oscuro y fétido agujero, y pensaba que era mejor salir sin reparo alguno y dejarse matar por sus perseguidores. Pero esta idea, hija solo de la locura de la desesperacion, la desechaba siempre que á

su mente acudia, y la resignacion y la constancia volvian á recobrar su imperio y á darle fuerzas para sufrir.

Al principio de la mañana habian conferenciado sobre la conducta que deberian seguir en vista de lo apurado de las circunstancias, pero hubo muchos pareceres y nada se resolvió al fin, y el cansancio y los tormentos del hambre que empezaban á sentir les hizo callar y abandonarse á la suerte con esa estóica y horrible calma que se sucede á la desesperacion y al miedo cuando es totalmente imposible la salvacion y los sufrimientos han sido muy largos.

Mas de una hora llevaban ya los cautivos de estar silenciosos é inmóviles, tendidos en el húmedo suelo de la cueva; y al ver aquella quietud y no percibir el oido otra cosa que el ronquido de agitadas respiraciones, algun sollozo ó algun quejido leve, hubiérase creido que mientras los unos dormian con agitado sueño los otros espiraban con lenta agonia ó lloraban sobre el cuerpo inerte de algun hermano.

Entre tanto el poeta habia revuelto en su imaginacion mil planes, mil ideas, y al fin levantó la voz y con acento firme dijo:

—Quiero que me escucheis, compañeros.

A estas palabras siguióse el ruido del roce contra las paredes y el suelo de algunos cautivos que se levantaron ó variaron de postura para escuchar á Cervantes, y luego todo volvió á quedar en silencio. Ninguno habia contestado porque el hablar era un tormento para aquellos infelices que apenas tenian fuerzas para sostenerse.

—¿Me escuchais?—preguntó el poeta.

—Sí—respondieron algunos con débil voz.

—Os encontrais—repuso Cervantes—en la mas apurada de todas las situaciones y sin mas esperanza que la de morir de hambre ó la de volver á vuestros encierros despues de sufrir crueles castigos. La causa de tales sufrimientos la soy yo que os he inducido á que tomeis parte en un proyecto que por

lo atrevido puede llamarse loco, y á no escusarme el buen fin que me propuse, mi responsabilidad seria mucha y yo muy digno de castigo. Esta situacion no tiene mas que dos términos, que son el perecer aquí de hambre y el de que descubran nuestro paradero. Si me preguntais mi opinion sobre lo que deberá suceder, os diré que creo que lo segundo, pues sospecho que el renegado ha de hacernos traicion para salvarse si el plan se descubre, y me lo prueba el no haber vuelto como debia para seguir nuestra suerte y ayudarnos, que mucho pudiera á no faltarle la voluntad y sobrarle la mala intencion. Tengo para mí que no han de pasar dos dias, quizás algunas horas, sin que vengan á prendernos, y en esta conviccion quiero ponerme de acuerdo con vosotros sobre la conducta que hemos de observar para hacer menor el peligro y para dejar tranquila mi conciencia.

—¿Acaso—le replicó un cautivo—puede remorderos vuestra conciencia porque habeis hecho por nosotros todo género de sacrificios? La nuestra es la que debe acusarnos, porque tal vez si solo á vos hubiéseis atendido ya estarias libre, siendo como sois sin igual para idear trazas no imaginables y valiente para ejecutarlas.

—Nó, amigo mio—dijo Cervantes;—yo os he hecho ir demasiado lejos, os he hecho abrigar esperanzas locas, he confiado demasiado en mis fuerzas, he imaginado cosa positiva lo que solo eran recursos probables, y esto os ha traido á tan triste estado, que el tristísimo del cautiverio es preferible comparado con él.

—Señor Miguel, no aumenteis nuestros tormentos, no hagais mas penosa nuestra agonía, pues mas sufriremos sabiendo que por nosotros sufrís y que nos juzgais tan miserables que os acusamos de lo mismo que os debemos agradecer. Está muy cercana nuestra última hora....

—Os equivocais—interrumpió el poeta:—os repito que darán con nosotros.

—Bien, pues sabremos morir á manos de nuestros verdugos, bendiciendo vuestro nombre.

—Eso es precisamente lo que quiero evitar, porque probada vuestra culpa os ahorcarán ó tal vez os impondrán castigos mas atroces que la muerte.

—¿Y cómo ha de evitarse si volvemos á poder de nuestros amos? Os digo, señor Miguel, que esto es mas imposible que alcanzar la libertad, á menos que vuestro ingenio se empeñe en encontrar remedio para lo que no lo hay.

—Dejadme obrar y os prometo que, sino del todo, al menos en gran parte se evitará la desgracia.

—Decid cómo—respondieron algunos con tono de estremada curiosidad.

—Antes de manifestaros mi proyecto quiero que me deis palabra de obedecerme.

—¿Y por qué esa condicion?

—Porque es precisa.

—Sospechoso es el misterio.

—¿Teneis confianza en mí?

—¿Eso nos preguntais?.... ¡Vive Dios, que nos haceis una ofensa!

—Entonces....

—Sin embargo, señor Miguel, vuestra reserva significa mucho.

—Teneis delante la muerte, y por descabellado que sea mi plan, nada peor que morir puede sucederos.

—No es el miedo de un nuevo apuro el que nos hace desconfiar, sino el de que intenteis imponeros otro sacrificio.

—Pues bien, os ruego que jureis obedecerme, y pensad que esta será tal vez mi última súplica. ¿Os negareis?

—Dudamos—dijeron algunos.

—Entonces esperemos á nuestros verdugos y que os ahorquen aunque los remordimientos me atormenten toda mi vida.

—¿Y por qué no decís que nos ahorquen? ¿Acaso pensais que vos habeis de libraros de sufrir el castigo que todos?

—Ya sabeis—repuso el poeta—que en ocasiones semejantes ni un mal tratamiento me han dado, porque tengo un medio seguro de evitarlo y ahora me servirá como siempre. Por esta razon digo que os castigarán y no á mí, y por lo mismo, yo que estoy libre de ser víctima de la barbarie de mi amo, que he de quedar ni mas ni menos como antes estaba, debo mirar por vosotros y ofreceros una proteccion que no podeis dispensarme.

—Mucha es vuestra confianza.

—La esperiencia ha probado que debo tenerla.

Los cautivos guardaron silencio por algunos instantes.

—¿Me concedeis este último favor?—repuso el poeta.

—¿Os empeñais en ello?

—Si algo me debeis consideraré que me lo habeis pagado todo con esceso.

—¿Y vos nos prometeis que no pensais arriesgar mas de lo que habeis arriesgado?

—Os repito que mis verdugos respetarán mi vida como han hecho otras veces.

—Jurémosle obedecerle—dijo un cautivo.

—Lo juramos—añadieron muchos.

—¿Y no me hareis ninguna observacion?—volvió á preguntar el poeta.

—Ninguna.

—Pues bien, escuchadme y luego callad y esperad los acontecimientos.

—Hablad, esplicaos.

—Cuando vengan á prendernos, yo diré que os he alucinado, que os he engañado con mil promesas y que en contra de vuestra voluntad os he hecho seguirme.

—¿Qué decís?—exclamaron muchos de los cautivos llenos de asombro.

—Me habeis jurado obedecerme y no hacer ninguna observacion—replicó el poeta con firme tono.

—Pero....

—Cuando llegue el caso haré lo que os digo y vos declareis que es la verdad, que vinísteis engañados creyendo que la reunion tenia distinto fin, y luego no pudísteis volver á casa de vuestros amos porque os amenazé con delataros antes y decir que os habíais fugado, con lo demás que yo añadiré y que vosotros afirmareis.

Fué tal la admiracion y la sorpresa que este rasgo de noble abnegacion produjo en los cautivos, que por algunos instantes no pudieron articular una palabra; pero al fin, algunos con lágrimas de ternura en los ojos, y ahogado de todos el pecho por la ternura de su emocion, iban á replicar á pesar de su juramento, cuando llegó á sus oidos un rumor estraño que fué creciendo por instantes hasta percibirse distintamente el eco de algunas voces.

Los infelices cautivos quedaron suspensos, sin poder apenas respirar, y mientras que mudos de espanto escuchaban con medrosa atencion, Cervantes, poniéndose de pie, poseido del entusiasmo de su abnegacion, arrebatado por sus nobles y generosos sentimientos, exclamó con acento firme:

—¡Acordaos de vuestro juramento!

Y despues de algunos instantes, añadió:

—Este es el momento mas solemne de mi vida.... ¡Dios mio, dadme valor para cumplir mis deberes, y que no tenga que avergonzarme porque el desaliento me haga vacilar al cumplir la sagrada mision del hombre de sacrificar su vida en bien de sus hermanos!

Tras el ruido de voces se oyó el de pisadas y el del choque, sin duda de los alfanjes, contra las paredes, y luego amenazas, juramentos y blasfemias se percibieron clara y distintamente.

Los cautivos temblaron poseidos del mayor espanto, pues

aunque no eran cobardes tuvieron miedo porque el instinto de conservacion está siempre sobre el valor mas temerario del hombre, y todo lo mas que puede conseguirse en los momentos de peligro es ocultar, no dominar, el temor de la muerte con los esfuerzos que hace el deber, el honor, el orgullo, la vanidad ó la necesidad:

Luego se oyó decir,

—¡Por aquí, á la derecha!

Y pocos momentos despues se inundó súbitamente la cueva con los rojizos resplandores de las humeantes antorchas que llevaban los soldados del rey.

CAPITULO XXVIII.

—

Cómo Cervantes cumplió su propósito.

scapóse un grito de espanto de los oprimidos pechos de los cautivos, y una feroz carcajada salió á coro de los labios de los soldados y resonó en el cóncavo techo de la cueva.

Entonces pudo verse un dolorosísimo cuadro que hubiese conmovido al corazon mas duro.

Los cristianos se hallaban esparcidos en desórden, sentados los unos, otros recostados y muy pocos de pie, porque los menos eran los que conservaban algunas fuerzas para sostenerse. Todos los rostros estaban cubiertos de una palidez mortal; apagado el brillo de los ojos y los labios secos y blanquecinos. Muchos estaban casi completamente desnudos y dejaban ver su huesoso y agitado pecho, sus brazos y piernas enfla-

Zaria d.º y lit.º

Lit.ª S.ta Clara n.º 8.

—Solo yo soy el criminal....

quecidos y en armonía con la demacracion horrible de sus megillas. Por sus movimientos lánguidos, inciertos, adivinábase en muchos la mas estremada enervacion, en no pocos el marasmo, y en todos ellos la mas ó menos cercana muerte que les amenazaba con una lenta y penosa agonia. Junto al mancebo de ardiente mirada y atléticas formas que apretaba amenazante los puños y rechinaba con rabia los dientes, veíase al anciano de frente calva y venerable, débil y flaco, que casi exánime descansaba en el húmedo piso su desnudo cuerpo y exhalaba un gemido, el último quizás, de angustioso dolor. Cuál levantaba la cabeza con orgullo y cuál la inclinaba como agoviado por el terror.

De pie y delante de todos, con altivo continente, la cabeza erguida con imponente altivez y la pupila ardiente y fija y penetrante la mirada, hallábase nuestro poeta sin que el miedo se dejase ver en su rostro ni hiciese temblar sus miembros. La vacilante y rojiza luz de las antorchas se derramaba sobre su ancha frente, pálida pero serena, como si una aureola de celestiales resplandores la coronase ó el fuego de la inspiracion que bajo ella ardia despidiese sus vivos rayos. ¡Noble figura digna de la omnipotente mano que la habia formado!

Los turcos levantaron sus alfanges sobre algunos de aquellos infelices que apenas sabian lo que les sucedia, y gritaron con tono amenazante:

—¡Ninguno se mueva! ¡Presos en nombre del rey!

Cervantes dejó escapar una sonrisa desdeñosa, miró á los soldados uno por uno, y luego dijo:

—¡Cobardes!

—¡Atadlos!—dijo el gefe de la guardia.

—¡Atarlos!—exclamó el poeta.—¿Por qué? ¿A quién buscais?

—¡A quién buscamos!.... Estraña pregunta. Buscamos á los criminales y ya los hemos encontrado.

—Os equivocais, esos hombres son inocentes.

—¡Inocentes! —dijo el turco con tono de sorpresa. —Tú quieres burlarte de nosotros sin saber á lo que te espones. Si son inocentes, ¿dónde están los culpables?

Cervantes levantó mas la cabeza, se adelantó un paso, y mientras clavaba su mirada penetrante en el gefe, exclamó, poniendo la diestra sobre el pecho:

—¡Solo yo soy el criminal!

Y quedó inmóvil, tranquilo y sereno mientras que el turco lo contemplaba lleno de admiracion y de sorpresa y fascinado por aquella mirada no acertaba á pronunciar una sílaba.

—O estás loco—dijo al fin el gefe de la guardia—ó yo no entiendo lo que dices.

—Lo que no comprendes—replicó Cervantes—es cómo hay un hombre en quien puede mas la rectitud y el amor á la verdad que el temor á la muerte. Y no lo comprendes porque tienes un alma ruin, porque tú en mi lugar para librarte de un castigo, siquiera para hacer que fuese menor, acusarias á tus hermanos, echarias sobre ellos toda la culpa.

—¿Pero no dices?....

—Que son inocentes.

—¿Cómo es que se escaparon de sus casas? ¿Cómo es que están aquí.

—Vinieron engañados por mí que me dejé llevar de locas esperanzas, y luego no pudieron volverse porque les amenazé, porque les hice ver que ya una vez que se habian escapado no atenuarian su falta con volver á sus encierros. Necesitaba de su ayuda y mi afan por verme libre me hizo egoista; pero ya que una vez fuí criminal no atendiendo sino á mi conveniencia, quiero ser justo ahora.

—Y tú mismo te acusas....

—Porque no soy ton cobarde como vosotros—replicó el poeto.

El gefe turco quedó pensativo y sin saber qué partido tomar con un hombre tan estraordinario.

—¿A qué esperas para cumplir las órdenes que tienes?—repuso Cervantes.—Condúceme á presencia del rey ó de mi amo y deja que estos vuelvan á sus casas.

—¡Dejarlos!

—¿No te he dicho que son inocentes? ¿Qué mas pruebas quieres que mi confesion? Por cierto que no puede ser sospechosa.

—Pero....

—Te habrán mandado que te apoderes de los criminales.... ninguno hay aquí mas que yo y á tí me entrego.

El turco no sabia que hacer para no desagradar al rey; dudó largo rato, y al fin, sin resolverse á nada, dijo á uno de los soldados:

—Que vaya corriendo un ginete á dar parte al rey de lo que ocurre.

El soldado salió de la cueva, enteró á uno de sus compañeros de á caballo del suceso, y este partió á escape para noticiarlo al renegado Azan.

—Aquí no se puede respirar—dijo el turco.—Salgamos mientras llega la contestacion del rey. Vamos, perros, afuera y esperaremos cómodamente al aire libre.

Los cautivos se levantaron y fueron saliendo tras los turcos.

Fuera ya de su escondite pudo examinarse mejor el rostro de aquellos infelices. Algunos de ellos, los mas ancianos, llevaban en la frente marcado ya el sello de una muerte próxima. Sin fuerzas para sostenerse se dejaron caer en el suelo y tuvieron que ocultar el rostro entre sus manos huesosas, porque sus ojos debilitados no pudieron resistir la impresion repentina de la luz del sol. Otros se sentaron de manera que con las rodillas casi tocaban á la boca; cruzaron los brazos, poniendo las manos sobre los hombros para recojer el calor y se les vió agitarse convulsivamente á impulsos del frio producido por la desnudez y por la falta de alimento. Los menos

permanecieron de pié, aspiraron con avidez el aire y miraron en todas direcciones y aun llegaron á levantar hácia el sol los ojos con todo el afan del avariento que contempla el oro que le robaron y ha podido recuperar.

Cervantes habló con unos y con otros, infundiéndoles valor, dándoles esperanza, encendiendo la entibiada fé y prodigándoles consuelos tan dulces y cariñosos, con tanto afan y ternura que nadie hubiese creido que aquel hombre era el que mas tenia que temer de todos ellos.

Cerca de media hora pasó y el ginete volvió con la respuesta de Azan.

—¿Qué ha dicho?—preguntó el gefe turco.

—Que se lleven á su baño á los cautivos hasta que con sus amos se vea lo que hay que hacer; pero que al manco español se le separe de todos y bien asegurado se le conduzca á su presencia inmediatamente.

El turco dió las órdenes oportunas para que se cumpliese la del rey. Diez y seis infantes rodearon á los cautivos y se los llevaron. Algunos necesitaron para andar la ayuda de sus compañeros.

Cuando hubieron salido de la huerta maniataron á Cervantes, le pusieron al cuello una cuerda de esparto para llevarlo como á una bestia, y rodeado de los soldados que quedaban de infantería y de caballería, se pusieron en marcha.

Apenas salieron de la quinta, un populacho soez, bárbaro, inhumano, cercóles y prorrumpió en denuestos contra el poeta, insultándole cobardemente y llegando hasta el estremo de escupirle y arrojarle piedras.

Tal suerte estaba reservada al buen patricio, al soldado valeroso y cubierto de heridas, al hombre de ejemplares virtudes, al mayor ingenio del mundo, como ha dicho uno de los patriarcas de nuestra literatura moderna, al que debia ser la primera gloria de nuestro Parnaso. Y mientras así se trataba al hombre de gran corazon y cuyas virtudes, no solo se

habian hecho proverbiales en Arjel, sino que se reputaban dignas de mucha estima en España, mientras así se le trataba, su desdichada madre imploraba la caridad de la grandeza española, llevaba sus lágrimas hasta el trono del tirano de dos mundos, de aquel hombre estraordinario que es el misterio de nuestra historia, de aquel gran rey que hizo mas de lo que puede hacer ningun hombre, del llamado por unos *Prudente*, por otros *Justiciero*, *Severo* por otros, de Felipe II, en fin, y, repetimos, aquella madre dolorida que solo pedia una limosna mezquina para volver á su patria un tesoro de inestimable valor, no encontró una mano compasiva que la ayudase, llamó á todas las puertas y ninguna se abrió, habló á todos los oidos y ninguno la escuchó, tocó todas las cuerdas del sentimiento y ninguna se conmovió, y fué mirada de muchos con desden, acogida de otros con frialdad y despedida por todos con indiferencia. Y habló entonces en nombre de la gratitud y recordó que la patria era deudora á su hijo de la sangre que habia derramado defendiendo el honor nacional, los intereses de sus conciudadanos y la santa causa de la religion que entonces corrió mas peligro que nunca. Pero todo en vano; Cervantes no era para su rey mas que un soldado como otro cualquiera que al derramar su sangre solo habia cumplido con su deber; no era para los ricos y los grandes mas que un simple hidalgo pobre y oscuro que como otros cien habia demostrado algun ingenio y travesura.... ¡Ah!.... ¡Y aquella madre tuvo que llorar en silencio y guardarse de *molestar* á los poderosos como habia sucedido á su desgraciado esposo que murió envenenado por la amargura de los desengaños y de las humillaciones y que vió convertir en montaña de labrada piedra otra montaña de oro para levantar un monumento que por su grandeza espantase la mirada y suspendiese el ánimo y que se llamase la octava maravilla, sin que el hombre cuyo fanatismo y orgullo dejaba aquel recuerdo tan grande como él, quitase á la montaña de oro un solo grano para volver á su pátria al

mas honroso de sus hijos, para darle una gloria mayor, mas envidiable que la del monumento artístico del Escorial! ¡Tantos millones para levantar un palacio y ni un solo escudo para que no se perdiese una gloria nacional, para premiar servicios de grande importancia, para alentar virtudes no comunes!.... ¡Oh! si el hombre de génio no se remontase sobre todas las miserias del corazon humano, se prostituiria bien pronto al considerar ¡sarcástica idea! que la pátria que ha de gastar crecidas sumas en encerrar sus huesos, su cabeza cuando ya no piense, en un sepulcro de oro y en erigirle una estátua, lo dejará morir de hambre sin desprenderse por él de un solo grano de plata. ¿Por qué sucede así? Tal vez, y no lo aseguramos, sea porque al morir el hombre de génio muere la envidia de los que lo conocieron y viene la vanidad á levantar esos monumentos donde la verdad debiera escribir con su severa mano: *Este sepulcro de mármol y oro, esta estátua de imperecedero bronce, costaron diez veces mas de lo que necesitó para no morirse de hambre aquel cuyos huesos encierra y en cuyo honor se ha erigido, y fueron costeados con gusto por la misma pátria que negó un pedazo de pan al hijo que mas la honra. Inclinemos la frente y veneremos la memoria de aquel á quien en vida despreciamos.* ¡Pobre y miserable sociedad!.... ¡Ah!.... ¡se nos viene á los lábios una carcajada de hiel!....

Empero nos separamos de nuestra narracion, quizás se fastidia alguno de nuestros lectores, y esto no es justo porque el lector paga en buena moneda para divertirse y no para que desahoguemos nuestra amargura. Y además, tales consideraciones vendrán mas á cuento cuando lleguen á referirse otros sucesos de la vida de nuestro inmortal héroe.

Como deciamos antes, el poeta fué objeto de los mas groseros insultos, de la mofa de aquel populacho bárbaro. Empero en vez de aturdirse ni acobardarse, sintió por el contrario renacer todas sus fuerzas y enardecerse su noble orgullo. A su cabeza acudió toda su sangre, palpitó su corazon con vio-

lencia, y sus ojos de fuego dejaron escapar sobre la multitud una mirada tan terrible, tan imponente, que por algunos instantes no hubo quien se atreviese á verter nuevas injurias y algunos retrocedieron un paso con cierto miedo que no hubieran sabido esplicarse.

Una idea que por lo atrevida hubiera podido tonerse por loca surgió entonces en la mente de Cervantes, y contemplando á la haraposa y degradada multitud que lo seguia, murmuró con sordo acento y voz reconcentrada:

—¡Canalla miserable y ruin, entes cobardes que insultais al caido y al indefenso, yo romperé mis cadenas y haré que este pueblo de bárbaros se convierta en un pueblo culto y que sean esclavos los que son señores! ¡Oh!.... yo no me contentaré con alcanzar mi libertad, sino que no descansaré hasta que vuestras mezquitas, purificadas por la palabra del sacerdote, se conviertan en católicos templos, y vuestros palacios en cuarteles para los tercios españoles. Los que no me han ayudado para sacarme del cautiverio me ayudarán para estender sus conquistas y el número de los pueblos cristianos: sino respondieron á la caridad responderán á la pátria y á la ambicion.

Y luego, cerrando los oidos á la griteria del populacho, se entregó á meditaciones profundas sobre el proyecto atrevido, en que tanto trabajó despues, de quitar á los mahometanos á Arjel; proyecto que se hubiese visto realizado sí, como dice el P. Haedo en su *Historia de Arjel*, hablando de Cervantes, *si á su ánimo, industria y trazas correspondiera la ventura, hoy fuera el dia que Arjel fuera de cristianos, porque no aspiraban á menos sus intentos.*

¡Cuantos beneficios no hubiera recojido España de aquel hombre estraordinario si le hubiese prestado la mas leve ayuda! Si cautivo, encerrado y sin ningun apoyo ponia en ejecucion tan atrevidos proyectos que estuvieron á punto de realizarse ¿qué empresas no hubiese acometido á contar con los

medios que otros desaprovechaban? ¡Y mientras él, sin mas que su ingenio y su arrojo, arriesgando su vida pensaba en hacer una conquista para su pátria, era en esta olvidado!....

La comitiva llegó al alcázar de Azan, pasaron á este aviso y mandó que entrase en su aposento el cautivo manco.

Se preparaba una escena no menos interesante que la anterior, y en la cual Cervantes debia probar toda la grandeza de su esforzado ánimo y el ascendiente que ejercia sobre el de los mas poderosos.

Pasemos, pues, á la cámara del rey para presenciar la entrevista del tirano y del esclavo, del verdugo y de la víctima.

— ¿Quién eres?— le preguntó al fin Azan.

CAPITULO XXIX.

De la entrevista de Cervantes y Azan.

ERVANTES entró en el aposento de Azan con una altivez y desembarazo mas propios del señor que del cautivo, y contempló al renegado con mirada tan serena y firme que este quedó por algunos instantes admirado y sorprendido. Lo cual no era estraño, pues á cualquiera hubiese sorprendido ver á un hombre en tan miserable estado y de tan triste condicion, quizás próximo á sufrir una muerte afrentosa, presentarse ante su verdugo con aquel continente orgulloso y aquella tranquilidad.

—¿Quién eres?—le preguntó al fin Azan.

—¿Acaso no lo sabes?—replicó el poeta.

—Sí, pero temo haberme equivocado, viéndote entrar aquí

con tan poco respeto y mirarme tan atrevidamente que parece que vengas á pedirme cuentas en vez de llegar á implorar humildemente el perdon de que tanto necesitas.

—¡Perdon!—repuso Cervantes á la vez que sonreia con espresion desdeñosa.—Yo no necesito otro perdon que el de Dios. Me llamo Miguel de Cervantes Saavedra y fuí soldado de los tercios que en tantas ocasiones han hecho temblar y huir despavoridos á vuestra soldadesca cobarde y á tí tambien.

—¡Perro cautivo!—exclamó Azan con tono de ira y de amenaza.

—Para que comprendas—prosiguió el poeta con imperturbable acento—por qué me presento ante tí orgulloso y te miro atrevidamente, te diré que soy español é hidalgo, y sabiendo esto perderás la esperanza de verme doblar la frente y te evitarás el disgusto de avergonzarte porque tu poder se ha estrellado contra mi firmeza.

—¡Soy dueño de tu vida!

—Los soldados españoles no tienen miedo á la muerte.

—Yo haré que inclines la cabeza.

—Habrás de cortarla primero, porque es preciso que sepas que un hidalgo español no dobla la cerviz sino ante Dios y ante su rey.

—¡Oh!—exclamó Azan apretando los puños y rechinando los dientes mientras que sus ojos brotaban fuego.—¿No tienes miedo á la muerte ni á los tormentos horribles que puedo hacerte sufrir?

—A nada—contestó tranquilamente el poeta.

—Estás loco.

—En vano te cansas, Azan. Cálmate y con ello te evitarás el disgusto de alterarte. ¿No eres dueño de disponer de mí á tu antojo? Pues sin necesidad de atormentarte con esa rábia, puedes ahorcarme, ó sino, imponerme otros castigos, los mas atroces que imagine tu crueldad, que verdugos tienes que te obedecerán sino prefieres ejecutarlos tú mismo, como diz que

sueles hacer para dar entretenimiento al ócio y combatir el fastidio. Pero no te esfuerces para intimidarme, porque no lo conseguirás. Si quieres verme humillado, otros medios tienes de alcanzar tu deseo: amenázame con atormentar á mis hermanos cautivos, y me arrastraré á tus pies implorando tu perdon.

Azan fijó en el poeta una mirada de asombro. ¿Era posible que existiese un hombre dotado de alma tan noble y de corazon tan grande? Sí, delante lo tenia, estaba escuchándolo, pero dudaba aun y hasta pensaba si el estravío de la razon hacia obrar de tal modo al cautivo.

—Cristiano—dijo al fin Azan—mucha es tu arrogancia, ó mas bien tu locura, y aunque me agrada encontrar hombres de corazon valeroso, me ofende que un cautivo desafíe mi poder, y lo que es mas, me injurie como tú lo has hecho.

—¿Por qué intentas humillarme?—replicó el poeta con calma.—¿No soy un hombre como tú? ¿Quién te ha dado el derecho de tratarme como á una bestia? ¿Por qué consientes que me pongan al cuello un cordel como si no fuera una criatura?

—Porque eres un criminal.

—¿Y cúal es mi crímen?

—El que tú mismo has confesado.

—No intenté fugarme para burlar la justicia, porque no estaba preso por haber cometido ningun delito; me fugaba para alcanzar mi libertad, y así no delinquia, sino que cumplia con un deber. ¿Qué harias tú en mi caso? Así como vosotros os valísteis de la fuerza para atentar contra mi libertad, justo es que yo me valga de la astucia para burlar vuestra fuerza. A vosotros os favoreció la fortuna y á mí me ha sido contraria. Vosotros quereis hacerme perder unos cuantos centenares de escudos en mi rescate, y yo quiero que los perdais vosotros no rescatándome sino huyendo. ¿Es el derecho igual? Creo que sí, y si criminal es mi proceder no es menos el vuestro, sino mas, porque habeis sido los primeros en violar los

derechos mas sagrados del hombre y yo no hago otra cosa sino querer recuperar esos derechos.

El acento con que Cervantes pronunció estas palabras, produjo tal efecto en Azan que quiso convencer con razones al prisionero y no se le ocurrió alegar las que eran el móvil de todas sus acciones, la arbitrariedad y el abuso de la fuerza.

—En buen hora—dijo el renegado—que intentes recuperar tu libertad, pero ¿por qué mueves el ánimo tranquilo de otros para que te se unan é imiten? Esto es un delito del que tú mismo te has acusado.

—Yo solo no tenia medios de fugarme, y con los otros, sí. Además, pudiendo libertar á mis desdichados hermanos ¿por qué no hacerles ese beneficio? Mi religion me impone el deber de amar al prógimo como á mí mismo, y yo sé cumplir mis deberes á cualquier riesgo.

—En vano intentas disculparte—dijo Azan.

—¡Disculparme!—repitió el poeta.—¡Disculparme cuando yo mismo me acuso!.... No temo ningun castigo de los que tu crueldad quiera imponerme, y no el miedo, sino el deseo de hacer triunfar la razon dictó mis palabras. ¿Qué quieres, que confiese mi culpa? Ya lo hice sin que nadie me forzase á ello. ¿Necesitas algo mas para dictar la sentencia? Dílo, y si de mí depende, muy pronto se cumplirá tu deseo.

—¡Esa arrogancia española!....

—Debes agradecérmela porque te escusa la molestia de escuchar mis súplicas, porque no te hace perder tiempo para obligarme á declarar mi delito. Repasa la historia, larguísima por cierto, de tus crueles arbitrariedades, y díme si has encontrado una víctima mas inocente que yo y que se haya sometido á tu fallo con ánimo tan conforme.

—Ten la lengua, cautivo—replicó Azan con enojo—y no des comienzo nuevamente á tus ofensas.

—A eso se espone—contestó Cervantes tranquilamente—el que como tú emplea su fuerza contra el débil ó el indefenso.

El hombre de corazon grande no emplea su fuerza ni muestra su arrogancia contra el que no puede defenderse, porque eso....

—¿Quieres llamarme cobarde?—interrumpió Azan con arrebato.

—Nó, pero tú lo dices—contestó con calma el poeta.

—¡Oh!—exclamó el renegado con tono de despecho.—¡Si no estás loco, no hay ningun hombre que valga tanto como tú!

Cervantes se encojió de hombros.

—Oye, cautivo—prosiguió el rey—los hombres como tú deben vivir porque pueden ser muy útiles, y á mí me remuerde la conciencia si quito la vida á un héroe, porque creo que es quitar una gloria á la humanidad sin distincion de razas ni de religiones, y no me importa que perezcan cien mil cobardes, porque estos rebajan la importancia de los demás hombres.

—¿Entonces por qué no te suicidas?—replicó Cervantes:

—Cristiano—repuso Azan, reprimiendo un arrebato de ira —yo tu señor, yo el rey de Arjel, yo Azan el poderoso, estoy haciendo contigo lo que nunca pensé que haria, me intereso por tí, te hablo, no como á un esclavo, sino como á un hombre, te escucho y permito que me repliques y entro contigo en razonamientos que solo se tienen entre iguales, y no es prudente ni justo que me correspondas con injurias. Ya me has llamado cobarde tres veces....

—Si no eres cobarde—interrumpió el poeta, clavando en el renegado una mirada penetrante y fascinadora—si no eres cobarde, rompe las ligaduras que me sujetan los brazos, empuña tu alfange, dame una espada, siquiera un puñal, y veamos cual de los dos queda por señor del otro.

—¿Te atreves?....

—Sí, me atrevo á proponerte un desafio, pero tú no te atreves á aceptarlo.

—Cautivo, me apuras la paciencia....

—Habla que ya te escucho, no temas que te interrumpa,

—Quiero que vivas á pesar de tus crímenes; quiero que vivas, no para que me seas útil, sino para tener el orgullo de haber conservado á un hombre que hará proezas nunca oidas. Pero si te empeñas en morir, morirás. Todo te lo perdono, la fuga y el que me hayas ofendido con tus palabras: y advierte que es el primer perdon que otorgo en mi vida.

—Lo creo, y te diré que no haces mas que pagarme porque yo te habia perdonado ya.

—¡Tú perdonarme cuando!....

—Sí, en el fondo de mi alma puedo aborrecer, desear la venganza ó el castigo y puedo perdonar. La libertad de mi cuerpo es tuya, pero no la de mis sentimientos.

—Tú no puedes perdonarme en el fondo de tu alma—dijo Azan.

—Te juro—contestó Cervantes—que si yo volviese á mi pátria y algun dia fueses tú cautivo á ella y en mi mano estuviese tu libertad, no tardarian en romperse tus cadenas una hora.

—Pues bien, quiero que seas libre, y lo serás—resplicó el renegado.

—Así harás una buena accion y disfrutarás de goces que no has conocido.

—Díme quienes son tus cómplices, los que te han favorecido en la empresa de tu intentada fuga, y te daré la libertad.

—¿Nada mas exijes de mí?—dijo Cervantes, fingiendo que el deseo de romper sus cadenas le alucinaba hasta el punto de convertirse en delator.

—Nada mas—contestó el rey;—pero no me engañes.

—Ya puedes conocerme lo bastante para no temer de mí la mentira.

—Bien, díme....

—Me han ayudado en mi empresa, mi ingenio y mi arrojo—dijo el poeta.

—¿Te burlas de mí?—exclamó el renegado cuyos ojos despidieron centellas de rabia y cuya frente se contrajo con muestras de la mas reconcentrada ira.

—Te contesto, y nada mas.

—¡Mientes!

No se alteró Cervantes, sino que muy reposadamente contestó:

—Hace algunos meses que me encerraron en una cueva de la que no he podido salir, donde nadie entraba, y mal he podido ponerme de acuerdo con otras personas.

—¿Y los cautivos que te seguian?

—Estaban hablados por mi hermano que se rescató.

—Ese mismo pudo tratar con otros.

—Con nadie mas habló de nuestra fuga, te lo aseguro.

—Quieres engañarme.

—¿Si no has de creerme, para qué me preguntas?

—Declara, cautivo, ó mando que te ahorquen.

—No sabrás por mí otra cosa de lo que acabo de decirte.

—¿Piensas que porque he tenido la debilidad ó el capricho de escucharte y de entrar en contestaciones contigo no tendré bastante energía para castigarte como mereces?

—Creo que cumplirás tu palabra de ahorcarme porque eres una hiena, no un hombre; pero ya te he dicho que ni tengo miedo á la muerte ni me espanta la idea de que me atormentes de cualquiera otro modo mas cruel que quitándome la vida.

—Pues bien, ya que así lo quieres—dijo Azan, acercándose al poeta—disponte á morir.

—Dispuesto estoy desde que entré en Arjel. Llama á los verdugos que te sirven sino prefieres serlo tu mismo para tener mayor deleite.

—Piénsalo bien—replicó Azan resueltamente.

—Lo tengo pensado.

—Por última vez,

—¿No has comprendido que te desprecio?—dijo Cervantes con insultante desden.

—¡Miserable!....

—No conseguirás hacerme temblar.

El rey, ébrio de coraje, despechado porque no habia podido doblegar la firmeza del cautivo, solo sintió el deseo de vengarse, y acercándose á la puerta llamó á sus soldados y ordenó que llevasen á Cervantes al jardin.

Obedecieron los esbirros, y el poeta, con la misma dignidad que antes, caminó con paso firme y sin hablar una palabra.

Siguiólo Azan en estremo agitado por la ira que desahogaba en amenazas terribles y que hacian temblar á sus vasallos solo al oirlas.

Llegaron al jardin.

—Una cuerda de cáñamo para ahorcar á este perro—dijo Azan.

Y algunos esclavos corrieron para obedecerle, volviendo á pocos instantes con una cuerda untada de sebo que habia estrangulado ya á muchos infelices.

—Ahora veremos—dijo el renegado—á lo que se reduce tu arrogancia.

Se habia interesado de tal modo el amor propio del rey en la lucha sostenida con Cervantes, que con tal de que este cediese lo hubiera perdonado. Además, con fundamento sospechaba el moro que habria muchos cómplices en el asunto de la fuga, y deseoso de tener un pretesto para acusar á algunos cristianos libres de los que residian en Arjel, y particularmente á un virtuoso fraile de la Merced que habia hecho algunas conversiones, cifraba todo su afan en que declarase el poeta por si entre los que nombrase estaba el sacerdote. Empero vista la firmeza del cautivo, y pensando que con ahorcarle nada conseguiria sino perder el producto de un rescate, porque ya era suyo como fugado, trató solo de infundirle miedo,

no creyendo que su valor se sostuviese cuando sintiera al cuello el mortífero dogal.

Cervantes continuaba tranquilo, con la mirada fija en su verdugo, y solo una ligera contraccion se advertia en su pálida frente.

—Voy á tomar tu consejo—dijo Azan.—Yo mismo te ahorcaré, y este honor podrá llenarte de orgullo en tu agonía: quiero hacerlo así porque no eres un hombre vulgar.

Y quitó á Cervantes la soga que llevaba al cuello y le puso la cuerda ensebada.

—¡Dios mio!—exclamó el poeta con solemne acento y elevando al cielo una mirada tierna.—¡Dad fuerzas, resignacion y consuelo á mis ancianos padres, protejed á mis infelices compañeros, acojed misericordiosamente mi arrepentimiento y concededme la recompensa del mártir aunque soy el último de todos los pecadores!.... ¡Adios, padre mio.... madre mia!.... —añadió con acento conmovido y mientras que á sus ojos asomaba una lágrima.

—Por última vez, ¿quieres declarar?—dijo el rey que tomó aquel llanto por hijo del miedo.

El rostro del poeta cambió de espresion repentinamente, y clavando en Azan su mirada de águila, le dijo con acento firme:

—No tengo miedo: si lloro es de ternura.... pero tú no sabes lo que es la ternura, miserable.... ¡Acaba tu obra, verdugo!

El renegado apretó los puños con desesperada rábia porque se convenció de que era imposible conseguir que hablase el cautivo ni se humillase.

—¡Te reservo otros tormentos mayores que el de la muerte!—exclamó.

Y le quitó la cuerda con mano temblorosa porque la ira lo tenia convulso.

En aquel momento se presentó un esclavo negro y dijo al rey que Dalí Mamí queria verlo.

Ya tenemos dicho que Dalí Mamí era persona de mucha importancia, tanto por su influencia como por las riquezas que poseia. Dispensábanle todos las mayores atenciones, y ni aun el rey podia dejar de guardarle las consideraciones que se tienen á las personas de calidad. Así fué que al decirle que el amo de Cervantes estaba allí, sintió no poco disgusto, temeroso de que fuese á reclamar á su cautivo, y aunque sin derecho para ello, lo comprometiese á entregárselo valiéndose de su influencia.

Algunos momentos reflexionó Azan sobre lo que deberia hacer, pero como no podia negarse á recibir á Dalí Mamí, tuvo al fin que dar órden para que le permitiesen entrar.

—Vendrá por tí—dijo á Cervantes el rey—pero no te regocijes con la idea de que así te librarás del castigo que te reservo, porque no pienso entregarte á tu amo.

—¿Qué me importa?—replicó el poeta.—Lo mismo pesan sus cadenas que las tuyas, sois igualmente crueles y sanguinarios.

Dalí Mamí entró á pocos momentos, y acercándose al rey le dijo con tono de franqueza y como quien trata con un igual:

—Allah te guarde, Azan amigo. No me agradezcas la visita porque no vengo como otras veces por el solo placer de verte.

—Lo presumo, contestó el rey con alguna sequedad. Sin duda te han dado la noticia de la prision de los cautivos y vienes á saber si es cierta.

—No te equivocas, y ya veo aquí al revoltoso manco que se ha propuesto quitarme la vida con su proceder, pero á quien pienso quitar la ocasion de repetir sus travesuras.

—Ahora—contestó Azan con sencillez—me toca á mí refrenar su génio inquieto y castigar sus demasías. Tú, amigo Dalí, habrás sido demasiado compasivo, y con un hombre de natural tan perverso es menester obrar con dureza. Hace un momento que iba yo mismo á ahorcarle, segun te lo hará co-

nocer esta cuerda, pero luego he pensado que es mas prudente aplicarle algunos azotes para rebajar su orgullo y cortarle la lengua para que no pueda con sus palabras incitar el ánimo de los buenos cautivos. Iba á mandar que lo llevasen á mi baño con los otros y lo tuviesen allí mientras yo comia, pues quiero tener despues un buen rato oyendo sus quejidos y viendo los gestos que hace cuando le corten la lengua.

—¡A tu baño dices!—contestó Dalí Mamí cuyos ojos brillaron como dos luces.

—¿Pues dónde querias que lo encerrase?

—Allí podrás guardar á tus cautivos.

—Bien, á mis cautivos, y como uno de tantos....

—¿Acaso este es tuyo?—replicó Dalí Mamí con cierta agitacion producida por su codicia.

—¿Pues de quién si no?

—¡Azan!

—¿Acaso, los cautivos que se fugan y los cojen mis soldados, no son mios? ¿Querrás negarme ese derecho?

—No te niego ese derecho—replicó Dalí Mamí cuya agitacion se hacia cada vez mas visible—pero bien sabes que no debes ponerlo en práctica con una persona de mi clase. Además, apresada la fragata en que debian embarcarse los cautivos, no les quedaba medio de huir, y hubieran tenido que volver á sus casas para no morirse de hambre, como ya en otra ocasion hizo este.

—Pero es el caso que yo lo he cojido despues que se escapó.

—Sí, pero tampoco me negarás, que sin tu auxilio, hubiera vuelto á mi poder porque no podia suceder de otra manera. Así, pues, Azan, entrégamelo y seamos como siempre amigos, que hartos enemigos te vas haciendo y no te conviene aumentar su número en los dias de conflicto que nos esperan con la falta de granos que tu arbitraria especulacion ha producido.

Esta amenaza era de mucha consideracion, y así lo com-

prenderán nuestros lectores cuando les digamos que entre los abusos que durante su gobierno cometió Azan, fué uno de ellos el monopolio del comercio del trigo, produciendo en la ciudad tal escasez y carestía del pan, que la mayor parte de la clase pobre llegó á no poder comprarlo, y aun hubo infelices jornaleros que fueron víctimas del hambre, porque á la carestía del trigo siguió la de todos los artículos de primera necesidad. Y si el gobierno de Azan no concluyera pronto, y sus crueldades no fuesen tan temidas, la poblacion de Arjel hubiera sido teatro de un sangriento motin, como ya estuvo á punto de suceder dos ó tres veces en que numerosos grupos intentaron romper contra tamaña arbitrariedad y durísima tiranía. Reinaba cierta agitacion en todas las clases del pueblo, y los enemigos de Azan eran muchos y aumentaban cada dia, y como habia dicho Dalí Mamí, no era conveniente al reyezuelo provocar el enojo del que por sus riquezas y su influencia podia causarle mucho mal, tomando cumplida venganza.

—Siento, amigo mio—dijo el rey despues de algunos instantes—oir de tu boca una amenaza, pues en los dias en que los descontentos y los traidores intentan alterar el órden para satisfacer venganzas y ambiciones ruines á la sombra de una causa justa, las personas de tu calidad están obligadas á prestar á la autoridad todo su apoyo.

—Menos—replicó Dalí Mamí con firmeza—si los que valemos algo hemos sido víctimas de tus abusos como el mas miserable aventurero.

—No es abuso usar del derecho que me concede la ley.

—Conmigo sí.

—¿Es decir que te empeñas en que te devuelva al cautivo?

—Y tambien á otro que con él deberás haber cojido.

—El otro, sea quien quiera, te lo devolveré.

—¿Y al manco no?

—Tengo capricho en quedármelo, y mas que capricho la razon de castigarlo porque me ha ofendido.

—¿Sin duda con su arrogancia?

—Sí.

—Es costumbre suya, una manía, y aun creo que no está muy sana su razon. ¿Qué te importan las palabras de un miserable?

—Si está loco, no sé por qué tienes tanto empeño en llevártelo.

—Porque espero que me valga un rescate de ochocientos ó mil escudos.

—Te lo devolveré despues de haberlo castigado.

—Nó, porque entonces no podrás darme mas que un cadáver para que lo entierre. Yo lo encerraré, lo cargaré de cadenas, le haré ayunar...

—Es poco—dijo el rey.

—Otra cosa nó porque él mismo se mataria de rabia y yo perderia su rescate. No lo conoces: antes que sufrir la humillacion de los azotes preferirá morir.

Esto que dijo Dalí Mamí aumentó en Azan el deseo de quedarse con Cervantes; pero como vió que podria producirle malas consecuencias el hacer uso de su derecho en aquella ocasion, prefirió adoptar un término medio, aunque tuviese que hacer algun sacrificio pecuniario, el cual no seria perdido si podia compensarse con el valor del rescate que debia ser crecido, tratándose de un hombre tan singular.

Así pensó el rey, no sin acierto, y decidido á conservar al poeta, dijo á Dalí Mamí:

—Somos buenos y antiguos amigos, y no quiero que digas que abuso.

—¿Me lo devuelves?—preguntó Dalí Mamí, demostrando en su semblante la mas viva alegria.

—Te lo compro, y así, tú no perderás tu dinero y yo satisfaré mi capricho.

—¿Te sobran muchos escudos?

—¿Tantos quieres por él?

—Mil.

—¡Mil escudos cuando no esperabas mas que ochocientos por su rescate!

—No te admire, que ya te he dicho ser el cautivo persona muy principal, como has podido conocerlo.

—Eres muy codicioso.

—¿Para qué lo quieres tú sino para tener una ganancia?

—Ya sabes que puedo quedarme con él sin darte un zoltaní.

—No olvides lo que te he dicho—replicó Dalí Mamí cuya frente se contrajo de nuevo.

—Dejemos las amenazas y las ofensas que no han de llenar nuestro bolsillo, y tratemos del negocio. Ya ves que soy razonable, y esto te obliga á serlo tú conmigo.

—No tendrás queja de mí.

—Sepamos cuanto quieres para concluir pronto.

—Pues bien, Azan, para darte una prueba de que sé corresponderte, dejaré al manco por ochocientos escudos de oro de España que me entregarás en otras tantas monedas y no en otra.

—¿Nada quieres perder de lo que pensabas sacar por su rescate?

—Tú intentas arruinarme, Azan.

—Llévate al cautivo—dijo el rey con acritud;—pero desde ahora concluye nuestra amistad.

—Eso nó—replicó Dalí Mamí con tono hipócrita;—antes que tu amistad quiero perder cien escudos.

—¿No vale mas?

—Doscientos—repuso el codicioso mahometano á la vez que dejaba escapar un doloroso suspiro.

—¿Quieres quinientos escudos de oro de España?—dijo Azan.—Te los daré ahora mismo para no hablar mas de este negocio. Si no te convienes, llévate al manco.

—¿Y me devolverás al otro?

—Sí.

—Tuyo es—dijo Dalí Mamí.

Y volviéndose hácia Cervantes que estaba algo separado, añadió:

—Perteneces al rey.

El poeta se encojió de hombros con la mayor indiferencia, aunque en realidad no le agradaba el cambio, pues para estar cautivo preferia la casa de Dalí Mamí donde tenia mas medios de poder fugarse y donde en los brazos de la hermosa Zoraida podia, siquiera algunas horas, olvidar sus amarguras.

Azan entregó á Dalí Mamí los quinientos escudos en oro, mandó que le devolviesen el capitan Meneses, y volviendo á donde estaba Cervantes, le dijo:

—Ya eres mio, mi esclavo.

—Lo sé—contestó el poeta sin dignarse mirar á su nuevo amo.

—Ahora—repuso este—que con toda libertad puedo imponerte el castigo que mas me plazca, y que estarás convencido de que no tendré ningun miramiento, vuelvo á decirte que declares quienes han sido tus cómplices y te perdonaré.

—Te repito que no necesito ese perdon que me ofreces.

—Pero sí la libertad que me obligo á darte si no callas el nombre de los cristianos libres que te han ayudado.

—Ruinmente piensa el que ruin es—dijo Cervantes con desdeñoso tono.—Ya te advertí que soy español é hidalgo.

—Bien—replicó Azan cuyo rostro se contrajo horriblemente—pues hidalgo y español llevarás doscientos palos.

—¿Cuánto has dado por mí?—preguntó el poeta.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Dímelo, que quiero hacerte una observacion que te conviene aprovechar.

—Quinientos escudos de oro de España—contestó Azan—sorprendido por la pregunta del poeta.

—Es decir que estás decidido á que la diversion de darme doscientos palos te cueste quinientos escudos ó sean dos escudos y medio cada palo.... Me parece el capricho demasiado caro.

El rey miró al cautivo sin acertar á comprender lo que significaba tan estraña observacion.

—Dalí Mamí me ha dicho que está loco....

—No tanto como tú que atentas contra tu bolsillo.

—Esplícate....

—Si me dan doscientos palos perderás los quinientos escudos, porque si ese brutal castigo me deja con vida, me la quitaré yo mismo ó haré de manera que te obligue á matarme.

Este argumento produjo en Azan el mismo efecto que en otra ocasion habia producido en Dalí Mamí.

—Veo—añadió el poeta—que no te se habia ocurrido una idea tan sencilla.

—Cristiano—dijo Azan—quiero ver si lo que contigo no ha conseguido el rigor lo alcanza la blandura; pero ten entendido, y te lo juro por Allah, que si no cambias tu proceder acabaré por ahorcarte aunque pierda lo que me has costado y mucho mas.

—No se tiran quinientos escudos—replicó Cervantes, moviendo la cabeza con aire de incredulidad.

El rey no contestó porque estaba convencido de que eran inagotables las réplicas del cautivo, y para evitar nuevos enojos, mandó que lo encerrasen en el baño donde estaban los demás infelices.

Pocos momentos despues, el otro Azan el alcaide, se presentó al renegado para reclamar al jardinero, y el rey no pudo tampoco negárselo, no teniendo tampoco, como no tenia, empeño en quedarse con aquel cautivo que era viejo y sin esperanzas de rescate.

El desdichado sufrió el mas severo castigo, pues su cruel amo lo llevó á la huerta y por sus propias manos lo ahorcó de

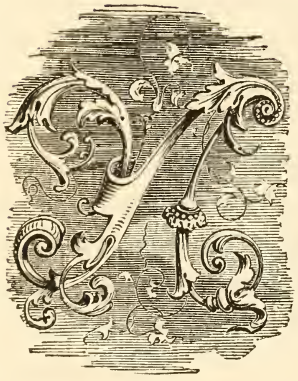
un pié, haciéndole morir con la mas lenta y penosa de las agonías.

Algunos mas de los cautivos volvieron á poder de sus dueños y sufrieron castigos atroces, y dos de los mas ancianos espiraron al dia siguiente víctimas de la enfermedad que el hambre y el largo encierro de la cueva les habia producido.

Tal fué el tristísimo resultado que tuvo el proyecto de fuga intentado á costa de los mayores sacrificios.

CAPITULO XXX.

Cómo se encontraba Zoraida.



o quedó descontento Dalí Mamí del negocio que acababa de hacer, ya porque quinientos escudos eran una cantidad de consideracion, ya porque habia llegado á convencerse de que era imposible guardar á Cervantes.

Lo primero que se ocurrió al codicioso mahometano al llegar á su casa fué ir á ver á su esposa para hacerla partícipe de su contento, sin saber que iba á clavarle un puñal en el corazon al decirle que el cautivo manco ya no le pertenecia.

Zoraida estaba en su aposento, pálida como un cádaver, recostada en el divan de seda y oro donde tantas horas de felicidad habia pasado. En sus blancas megillas se notaba la

huella de un continuado llanto; habia desaparecido de sus negros ojos aquel fuego que los hacia victoriosos rivales del sol, y las frescas rosas de sus amorosos lábios habíanse convertido en marchitas azucenas sin color ni aroma, cuando tanto era el suavísimo y embriagador que antes dejaban escapar entre el arrullo de dulces y conmovedoras palabras. ¡Infeliz Zoraida, flor que tras su perfume su color perdia, y seco su cáliz, marchitos sus delicados pétalos, inclinaba el débil tallo bajo el peso de la tristeza y debia convertirla en polvo el fuego de los pesares! ¡Pobre flor sin mas rocío que el abrasador del llanto, sin mas áuras que los dolientes suspiros de su amarga pena! ¡Pobre flor y cómo habia cambiado en pocas horas! Antes tan fresca y lozana, mecida en su flexible tallo por el soplo de amorosos suspiros, estendiendo vanidosamente sus sonrosadas hojas, finas y transparentes, para recibir el rocío de apasionados ósculos, y ahora seca y quebrantada, pidiendo al cristalino arroyo que le sirvió de espejo, al arroyo cuyo murmurio adulaba su belleza, una sola gota de sus aguas para apagar sus ardores, sin que el travieso arroyo la escuche, sin que detenga su curso jugueton para refrescar la sed que convierte en polvo las hojas de la que en otro tiempo fué la mas esplendente gala de su arenosa orilla. ¡Infeliz Zoraida! El dolor roia lentamente su existencia: cuatro dias habian bastado para quebrantar su salud hasta el estremo de que se temiese verla postrada por una peligrosa enfermedad: en vano la ciencia y el empirismo habian acudido con sus remedios; la enfermedad estaba en el alma, y cuando esta se evapora en lágrimas y suspiros es impotente la mano del hombre para curarla.

Dalí Mamí entró en el aposento de su esposa muy convencido de que esta iba á sentir alivio á la tristeza que la consumia cuando supiese que se habia recuperado á uno de los cautivos y que el otro habia producido la respetable suma de quinientos escudos de oro de España.

—Estás muy abatida, Zoraida—dijo el mahometano, sen-

tándose junto á su esposa.—Tu tristeza crece cada dia, lloras y de tus lágrimas hay claras señales en tus hermosos ojos y en tus megillas....

—Nada tengo, señor—le contestó la mora con débil acento. —Estoy triste, es verdad, pero ya volverá la alegría á mi corazon.

—¿Pero cuál es la causa de tu tristeza? Ni tú la esplicas ni yo la alcanzo.

—¿Cómo he de esplicarla si la ignoro?

—Mucho habrá contribuido á tu mal—repuso Dalí Mamí—las pérdidas que nos han amenazado con la fuga de esos perros cautivos; pero consuélate porque te traigo una buena noticia....

—¿Es cierto que los han encontrado?—interrumpió Zoraida, levantándose repentinamente.

—Sí, verdad es.

—¿A los dos?

—A los dos.

Los ojos de la mora brillaron repentinamente, sus megillas se sonrosaron por un instante, y pareció que habian renacido todas sus fuerzas.

Dalí Mamí la contempló con alegre mirada, y se lisonjeó mas y mas pensando que quizás la noticia de la ventajosa venta de Cervantes seria el completo remedio para la estraña enfermedad de la infeliz.

—Estoy viendo, Zoraida—dijo el mahometano—que la noticia ha producido en tí el efecto que era de esperar; pero aun ha de ser mayor tu alegría cuando acabe de decírtelo todo.

—¿Pero ya están aquí los cautivos?—repuso la mora afanosamente.

—Al capitan lo tenemos ya encerrado.

—¿Y al manco?

—El manco no se me escapará otra vez.

—¿Está bien asegurado?

—En mi bolsillo.

—¡En tu bolsillo!—repitió Zoraida con tono de admiracion.

—Mira—repuso Dalí Mamí sacando los quinientos escudos que llevaba en un taleguillo bajo su jaike.

—¿Qué es eso?—dijo la mora, fijando una mirada de espanto en el oro.

—Quinientos escudos.... ¿Pero qué te espanta?

—Bien, ya lo veo, pero el cautivo manco....

—Lo he vendido....

—¡Vendido!—exclamó Zoraida á la vez que caia sobre el divan pesadamente.

—¿Qué te sucede?—le preguntó su esposo que no acertó á comprender la causa de tan repentino cambio.

—Es....—murmuró Zoraida—es.... que me parece que has hecho.... una mala venta, porque el rescate....

—Hay que contar con que tenia que mantenerlo, y si antes de que se rescatase se escapaba, todo se perdia, y esto hubiera sido lo mas probable, porque el manco no es hombre que desista de su intento, y con sus trazas y su arrojo al fin lo hubiese conseguido.

—¿Quién lo ha comprado?

—El rey Azan.

—No vivirá el cautivo ocho dias....

—Tal pienso, pero ¿qué me importa? la pérdida será para él.

Zoraida no pudo contestar: la luz huia por instantes de sus ojos, y se sentia desfallecer.

—¿Qué tienes, esposa mia?—le preguntó cariñosamente Dalí Mamí.

—Nada....la tristeza.... la falta de fuerzas.... Perdóname, esposo y señor, pero.... quisiera reposar....

—Sí, duerme y descansa.... Entretanto iré á guardar este dinero y volveré.

El mahometano besó en la frente á Zoraida y salió acariciando el talego.

—Me siento morir.... ¡Ah!—murmuró la mora con entrecortado acento.—Ya no me queda esperanza.... ¡No sabe lo que sufro por él!....

Luego cerró los ojos y quedó inmóvil por espacio de una hora, al cabo de la cual, dando nuevas señales de vida, dijo:

—Es preciso que yo lo vea.... Quiero verlo.... Sí, sí....

Calló y meditó algunos instantes, añadiendo despues:

—¿Y de quién podré fiarme que no me venda?.... ¡Oh!.... Pero tampoco entenderia la escritura arábiga.... y no puedo escribirle en la suya....

La infeliz estaba en estremo agitada, y en vano buscaba los medios de hacer nuevas locuras.

—Yo no puedo ir, y aun cuando á ello me arriesgase me descubririan y esto seria su perdicion. Le enviaré una esclava.... pero me hará traicion como Jaguá, sino por celos, para hacerme daño porque tienen todas ellas dañada intencion y aborrecen á sus señores.... y con razon; yo tambien aborrezco á mi esposo porque me esclaviza.... ¿Quién me ayudará?

Desde el suceso que hizo conocer la pasion de Jaguá, Zoraida desconfiaba de todas sus esclavas; aunque si se hubiese tratado de peligros para ella no mas, todos los hubiese arrostrado sin miedo; pero su perdicion era la de Cervantes, y esto la detenia, dándole una prudencia que en otro caso no hubiese tenido.

A pesar de su desconfianza, como era preciso valerse de alguien, pensó nuevamente la mora en cuál de sus esclavas depositaria el peligroso secreto de sus amores.

—Zamareta—dijo—es la única que ha demostrado algun interés por mí, la que ha manifestado mas tristeza al ver la mia: podrá haber sido puro fingimiento, pero ni aun esto he visto en las demás.... Es preciso salir de esta situacion.... á muerte ó á vida.... ¡Alláh me proteja, y si no quiere, venga en mi ayuda esa madre del Nazareno que invocan los cristianos, que mas fé tengo en quien mayor socorro me preste!

Zoraida pareció recobrar su energía aunque su cuerpo estaba agitado convulsivamente, y palpitaba con tal violencia su corazon que parecia que iba á saltársele del pecho.

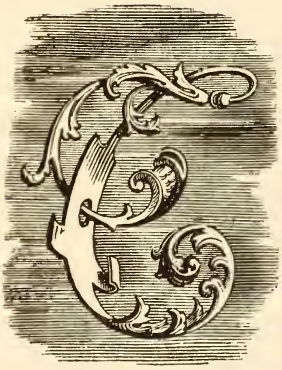
Algunos momentos pasó meditando sobre la conducta que deberia seguir con la esclava, y decidida al fin la llamó para comunicarle su secreto y pedirle ayuda.

Nuevos peligros debian amenazar á Cervantes con esta loca determinacion, pero estaba dispuesto que siempre habian de rodearle muchos, ya que tanta era su resignacion para sufrirlos y su constancia para vencerlos.

Dejaremos á la mora con la esclava negra que era la misma que vimos en compañía de Jaguá cuando la dimos á conocer, y pasaremos á tratar de otro asunto de no menos importancia que el de los fatales amores de la esposa de Dalí Mamí.

CAPITULO XXXI.

Donde volveremos á ver al anciano señor Rodrigo de Cervantes.



ENEMOS abandonada á la familia de nuestro poeta, y ni hemos dicho cuál habia sido la conducta de Rodrigo al volver á su casa, ni lo que sus ancianos padres hacian para procurar el rescate de Miguel, asunto que no debian tener olvidado, siendo este el hijo predilecto y en el cual fundaban sus esperanzas todas.

Escenas de mucho interés, aunque tristes, vamos á pintar, y para ello, con permiso de nuestros lectores, nos trasladeremos á Madrid y á la calle de las Huertas, y una vez allí, entraremos en el estrecho, oscuro y sucio zaguan de una casa, subiremos una empinada escalera y penetraremos en el

miserable y reducido cuarto segundo, entrando luego en una salita cuadrada, amueblada con estrema sencillez, mejor dicho, con pobreza.

En aquel aposento, sentado en un sillon de nogal y cerca de una ventana que daba á la calle y por la que penetraban los primeros rayos del sol, hallábase el buen anciano Cervantes, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos cruzados y silencioso y meditabundo. Las arrugas de su pálida frente estaban mas pronunciadas que de costumbre, tenia los ojos medio cerrados, y su semblante revelaba la mas profunda tristeza. Quizás se acordaba de su hijo Miguel, de aquel hijo predilecto y que era su gloria; quizás un presentimiento dolorosísimo pesaba sobre su alma.

Era precisamente el mismo dia en que el poeta fué aprisionado y conducido al alcázar de Azan.

La mañana estaba fria.

El sol acababa de romper la ligera neblina de la aurora, y un vientecillo sutil se colaba por entre los verdosos y desiguales vidrios de la ventana.

Largo rato permaneció el anciano entregado á sus tristes ideas, y al fin, levantando la cabeza, pasándose las manos por la frente y exhalando un suspiro, exclamo:

—¡Dios mio, dejadme que lo vea, que lo vea por un instante para estrecharlo en mis brazos, y luego disponed de mi vida!.... ¡Morir sin abrazarlo una sola vez, sin decirle adios!.... ¡Hijo mio!.... Y siento ya la mano de la muerte que se acerca á mí, no es una aprension como me dicen, porque mis fuerzas disminuyen cada dia, cada hora, se debilita mi razon y los recuerdos del pasado van huyendo de mí por mas que quiero detenerlos, mientras que me persiguen las dudas de lo porvenir. Sí, yo sé que mi vida se acaba; el presentimiento de la muerte no puede equivocarse con ningun otro, á la vejez, el instinto anuncia la última hora.... ¡Ah!.... ¡Y mi desdichada familia queda en una espantosa miseria!.... ¡Dios mio,

echad una mirada sobre esta mansion de llanto y desdichas y tened misericordia de los que siempre os han amado sobre todo!

Una lágrima, tierna y dolorosa como la de una mujer ó un niño, asomó á los apagados ojos del hidalgo que volvió á quedar silencioso.

Tristísimo era su estado. Como acababa de decir, la muerte levantaba sobre su cabeza la negra guadaña, y su virtuosa familia iba á quedar en la miseria, porque su escaso patrimonio debia ser arrebatado por la mano fria de la usura. No habia ninguna esperanza de salvacion, pues era dudoso que Miguel pudiese salir de su cautiverio, y en cuanto á Rodrigo, segun hemos indicado, no habia tampoco nada que esperar, pues pasada la primera impresion que recibió al despedirse de su hermano, y ya de vuelta á su casa, habíase alistado nuevamente en el ejército, dejando á sus padres, no por falta de cariño, sino porque de nada les servia. Preparábase una guerra, la suerte del soldado era muy dudosa, y tal vez Rodrigo sucumbiria en la próxima campaña. Bien pensado, si Rodrigo no encontraba medios de ayudar á sus padres, nada le quedaba que hacer sino probar otra vez fortuna en la carrera de las armas, único recurso entonces de todo hidalgo que carecia de patrimonio. Dos dias antes del en que estamos habia dejado su casa, abrazando á su padre por última vez, pues no debia volver á verlo. Se alejó, y en su abono lo decimos, con el mas profundo convencimiento de que su hermano habria logrado fugarse y pronto llegaria á sustituirle ventajosamente: convencimiento que, si bien da idea de la ligereza de su carácter, de su falta de reflexion, escusa su conducta, porque á su razon no le era dado alcanzar mas.

No tan confiado el padre de nuestro poeta, dudaba que su hijo hubiese logrado escapar del cautiverio, y con el fin de buscar los medios para el rescate, habia trasladado su residencia á Madrid. Falto de todo recurso, sin hacienda que empe-

ñar ni vender, pensó entonces recurrir al monarca Felipe II para que ayudase con alguna cantidad como recompensa á los esclarecidos servicios de Miguel. Necesitaba documentos para justificarlos, y muerto á la sazon don Juan de Austria que hubiera podido informar muy ventajosa y autorizadamente sobre el manco de Lepanto, no pudo obtener sino una certificacion del duque de Sesa. Apoyado en este documento, pidió el anciano Cervantes que se abriese una informacion de testigos, á fin de que declarasen algunos que habian servido en el tercio de Figueroa y otros que habian estado cautivos en Arjel.

Este era el estado en que se hallaba el asunto de rescate. El señor Rodrigo habia trabajado ya mucho en él con la constancia que le daba su cariño de padre; pero los trámites del espediente eran muchos, poca ó ninguna la influencia y relaciones del anciano, y se llenaban con tanta lentitud los requisitos exigidos por la legislacion, que despues de muchos meses que habian pasado se estaba muy lejos aun de la terminacion del espediente.

Pocos momentos despues de haber derramado el anciano aquella lágrima, entró en el aposento su esposa que á pesar de sus sufrimientos conservaba la misma frescura que cuando la vimos por primera vez.

—¿Qué tienes?—preguntó doña Leonor á su marido al observar la palidez de este.

—Nada sino un dia menos de vida—contestó el señor Rodrigo.—Un dia menos de vida cuando mas falta me hace.

—Tú contribuyes á concluir tu existencia—repuso doña Leonor con tono de reconvencion cariñosa.—Hace algun tiempo que te dejas dominar por las ideas mas tristes, y eso es bastante para producirte una enfermedad.

—Nó, Leonor: no es que me dejo dominar por tristes ideas, es que presiento la muerte, que mis fuerzas se acaban....

—Volvámonos á Alcalá; tal vez te perjudiquen estos aires.

—¡Volver á Alcalá cuando de nuestra estancia aquí depende la libertad de nuestro hijo!....

—Antes es tu vida.

—Lo mismo ha de durar de un modo que de otro. No siento morir sino por vosotros que quedais en la mayor miseria; por mí ¿qué me importa esta vida de amargura, separado de mis hijos y sin esperanza de un dia de felicidad? Nuestra hacienda será muy pronto de otro, y si podemos salvar el dote de nuestra hija, no será poca fortuna.

—Con tal que abracemos á Miguel....

—Desconfio, Leonor. Ya ves el interés que se toman en este asunto por mas que pido invocando sagrados derechos.... Hago esto por dejar tranquila mi conciencia, porque nada me quede que hacer, pero no tengo ninguna confianza en su resultado.

—Es imposible que el rey deje de atender nuestra demanda.

—¡Imposible! —murmuró el anciano, desplegando una amarga sonrisa.—Tal vez ni aun la tome en consideracion.... No quiero aventurar juicios infundados, pero he recibido tantos desengaños, que he perdido la fé en los hombres y no me queda mas que para Dios. Dentro de horas saldré para presentarme al comendador Tellez y rogarle que ayude al marqués á preparar el ánimo del rey, si es que el marqués se ha ocupado de este asunto.

—¿Tambien dudas?

—Sí, Leonor, dudo de todos los hombres, de todas las cosas: ya te he dicho que solo tengo fé en Dios. ¿Por qué he de esperar nada del marqués cuando tan friamente acojió mi súplica? Y en cuanto al comendador....

—Ya sabes que tiene fama de caritativo, que proteje á los jóvenes de mérito....

—Así lo dicen—repuso el anciano cuyo rostro palideció mas aun de lo que estaba.

—¿Te sientes malo?—le preguntó doña Leonor con inquietud.

—No.... pero hay momentos en que la luz desaparece de mi vista y siento como si la sangre se me helase y detuviese su circulacion; pero es cosa de un instante.

—Vuelve hoy á ver al doctor Perez....

—Me dirá lo mismo que ayer: mucha tranquilidad de espíritu, mucho método en los alimentos, distraer la imaginacion.... Esto quiere decir que se procure disminuir los tormentos de la agonía, pero que no hay mas que resignarse á morir porque el hombre no es eterno.... La vejez es una enfermedad que no tiene cura.

—Pero tu edad no es la de la vejez.

—No son los años los que deben contarse para calcular el término de la vida, sino las desgracias, los pesares que se lloran en silencio y que envejecen y matan mas pronto que los años.

—Dejemos esas tristísimas reflexiones.

—Ya te he dicho que no me espanta la idea de la muerte sino por vosotros que quedais desamparados, y por lo mismo quiero pensar en mi última hora para dejar en el mejor órden posible vuestros intereses, para hacerte mis últimos encargos....

A pesar de los esfuerzos que hacia doña Leonor para no llorar, las lágrimas asomaron á sus ojos y corrieron en abundancia por sus tersas megillas.

—¡Rodrigo!—exclamó la afligida esposa con acento ahogado.

—No te dejes abatir por el dolor—repuso el anciano en estremo conmovido y estrechando contra su pecho á su virtuosa compañera.—Tienes deberes muy sagrados que cumplir, te queda una hija, la hija de nuestro amor, el fruto primero de la santa bendicion del Omnipotente, el recuerdo vivo de nuestros dias de felicidad, de aquellos dias en que el corazon solo palpitaba con las emociones de lo presente y en que el horizonte de lo porvenir era una promesa de dicha inagotable; te

queda una hija pobre, desamparada, y tienes que vivir para ella: este es un deber que no puedes olvidar sin que caiga sobre tí la maldicion de Dios y el desprecio del mundo.

—¡Pobre hija mia!—murmuró doña Leonor.

—Le queda en el alma un tesoro de virtud y el nombre sin mancha de su padre, la historia limpia de sus abuelos: tiene, pues, con que defenderse de la corrupcion, porque la virtud es un escudo donde se rompen las armas del vicio; tiene recuerdos que la fortalezcan, porque el mio le servirá de ejemplo; podrá hasta envanecerse si imita á los que llevaron su nombre.

Doña Leonor, ahogada por la emocion dolorosa y triste que sentia, no pudo contestar una palabra.

—Ya sabes—prosiguió el anciano—donde está mi testamento. Además, entre mis papeles reservados encontrarás dos pliegos, uno dirigido á tí y el otro á nuestro hijo Miguel. En el tuyo está el último de mis ruegos que espero cumplirás aunque tengas que hacer el mayor sacrificio, como así será si el caso llega de poner en práctica mi deseo: he querido sacrificarlo todo á mi familia, todo, hasta la idea de ese porvenir que ya no le pertenece á uno porque es de los que le sobreviven, pero que interesa mucho al corazon cuando ya no ha de latir sino algunos momentos.

—¡Otro sacrificio!—dijo doña Leonor.—¿Te queda alguno que hacer?

—Uno solo, ya te lo he dicho. El hombre no nace para vivir y morir como una bestia, sino para cumplir una mision sagrada: al nacer, el Omnipotente le impone el deber de sacrificarlo todo por sus hermanos, y el que no lo cumple no puede morir tranquilo, le atormenta la conciencia porque ha sido egoista, y el egoismo es la mas ruin, la mas detestable de todas las debilidades, porque es la causa de todos los males, de todas las miserias de la humanidad. El egoismo hace al homicida, al ladron, al avariento, al vanidoso, al ambicioso, al intrigante, y

es en fin la gran palanca de la corrupcion y del trastorno social.

El anciano calló porque se sentia fatigado y muy conmovido, y su esposa no acertó á romper el silencio, segun de turbada y afligida se encontraba..

Por la imaginacion de aquellos dos seres que tanto se habian amado, que solo habian vivido, primero el uno para el otro, luego para sus hijos, pasaron, uno tras otro, todos los recuerdos de su juventud con sus dias de ardiente pasion y de infinitos goces, los recuerdos de sus emociones incomparables al acariciar en la cuna á su primer hijo, y comparaban aquel tiempo en que la inocente sonrisa del ángel, fruto de sus amores, les hacia olvidar todas las penas, cerraba las mas profundas heridas del corazon y endulzaba las mas venenosas amarguras; lo comparaban, decimos, con el dia tan cercano de la muerte, de la despedida de los que para ellos eran ángeles todavia, con el dia en que tantas risueñas ilusiones se habian trocado en horribles realidades.

Largo rato permanecieron silenciosos, vertiendo lágrimas que ya la ternura, ya el dolor arrancaba al alma, hasta que haciendo ambos un esfuerzo y queriendo doña Leonor alejar de la mente de su esposo las negras ideas que lo atormentaban, le dijo:

—Ya hemos desahogado nuestros corazones con el llanto; ahora enjuguémoslo y piensa que tú, lo mismo que yo, debes vivir para tus hijos.

—Solo eso me sostiene. Si ya hubiese conseguido el rescate de Miguel y lo hubiera abrazado, no viviria.

—¿Me harás desear que se prolongue el cautiverio de nuestro hijo?—replicó doña Leonor.

—No he querido decir que viviré hasta que lo vea, sino que el afan de libertarlo me ha sostenido, pero con una vida ficticia, porque hace, en particular dos meses, que he muerto y solo me alientan esos últimos esfuerzos que hace la naturaleza para luchar con la muerte.

—Dejemos esta conversacion, procuremos hacernos algunas ilusiones.

—Te atormento—repuso el anciano que intentó sonreir;—por desahogar mi corazon he martirizado el tuyo, he sido egoista cuando maldecia el egoismo.

—Ahora es cuando me atormentas.

—Voy á salir—replicó el anciano, queriendo hacer olvidar á su esposa sus tristes palabras.

—¿Tan temprano?

—El comendador madruga.

—Pero no recibirá á nadie á estas horas.

—Antes quiero oir misa.

—Pero aguarda á sosegarte; estás agitado....

—Me siento bien.... ¿Y Andrea?

—Ocupada en las faenas de la casa.

—Díle que me traiga la capa y que me dé un beso.... ¡Recibiré ya tan pocos suyos!.... ¡Y ninguno de Miguel!....

—¡Rodrigo, por Dios!

—Son desahogos.... Mi capa y mi sombrero....

—¿Pero te sientes con bastantes fuerzas para salir?

—Sí, Leonor, ya te lo he dicho.

Doña Leonor salió del aposento, y pocos instantes despues entró Andrea, llevando la capa, el sombrero y la espada de su padre.

—No salgais, padre mio—dijo la doncella.—Quedaos, y mas tarde iremos todos á misa.

—Dame un beso—contestó el anciano mientras abrazaba á su hija.

Esta besó á su padre con ternura y repuso:

—La mañana está fria, corre un aire húmedo que no puede seros provechoso.

—Pero es preciso que yo salga, hija mia: sabes que tengo que ver al comendador, y si se pierde un dia....

—Un dia no es nada.

—Para tí que te quedan muchos, pero no para el que vé el último tan cercano como el de mañana.

—¡Siempre esas tristes ideas!

—¿Qué puede esperarse de la vejez?

El anciano ciñó con mano trémula su espada, se puso el sombrero y dejó que su hija le colocase sobre los hombros una capa de paño verde oscuro que contaba algunos años de servicio.

—Adios, hija mia—dijo despues de besar nuevamente á la buena Andrea.

—¡Quién pudiera acompañaros!

—Dios va conmigo—repuso el hidalgo.

Y con paso no muy firme salió.

CAPITULO XXXII.

Una herida de muerte en el alma.

L anciano se encaminó á la iglesia de San Ginés, donde oyó misa y oró fervorosamente por largo rato, dirigiéndose luego á la calle de Santiago, que era donde vivia el comendador Tellez, gentil hombre de Felipe II y persona de bastante influencia en la córte.

A medida que el hidalgo se acercaba á la casa del noble señor cuya proteccion iba á implorar sin otros títulos ni recomendaciones que los de la caridad cristiana, sentia que le faltaban las fuerzas y que se agitaba su pecho mas y mas.

—Al verme—murmuró el anciano—cualquiera creeria que

iba á cometer un crímen, á sorprender la buena fé, á abusar del generoso corazon del que dicen que tan sensible se muestra por las agenas desgracias. Y sin embargo, pocos habrán implorado su caridad con tanta razon como yo. ¡Cuánto seria mi consuelo si se interesase en mi dolor, si respetase mi vejez y la muerte que tan de cerca me amenaza!.... Lo dudo: me recibirá como todos, con frialdad, me escuchará con impaciencia y me despedirá con palabras corteses.

Creció la turbacion del hidalgo, y con pasos vacilantes llegó á la suntuosa morada del cortesano, subiendo la escalera despues de haber obtenido con algunos ruegos que el portero le dejase pasar.

Cuando llegó arriba encontró á un lacayo vestido lujosamente que le preguntó:

—¿Qué quereis, buen anciano?

—Deseo—contestó á la vez que descubria su noble cabeza hablar al señor comendador.

—¿Lo conoceis?

—Nó.

—¿Os ha citado?

—Tampoco.

—¿Venís para hablarle de asuntos de la casa?

—Son esclusivamente mios los que me traen.

—Entonces no podreis verlo.

—¿No recibe á todo el que solicita hablarle?

—Sí; pero antes hay que obtener su permiso.

—Es negocio muy urgente.

—Para vos sin duda—replicó el sirviente.

—Es verdad, solo para mí—repuso el anciano que tuvo necesidad de apoyarse en una mesa porque el humillante tratamiento que acababa de recibir le habia causado la mas dolorosa sensacion.

—Decidme vuestro nombre—contestó el lacayo—y el objeto de vuestra venida, y volved mañana á esta hora que ya se

habrá hecho presente al señor comendador vuestra solicitud. Es costumbre pedir la audiencia por escrito, pero como tanta prisa mostrais, y en atencion á vuestra edad, no quiero haceros perder un dia. Además, el señor comendador nos tiene mandado que tratemos con toda consideracion á los pobres que vienen á implorar su caridad, y no se incomoda porque se prescinda de ciertas formalidades....

—¡A los pobres!—murmuró Cervantes con amargura.

—Tal he supuesto que sois—repuso el sirviente á la vez que examinaba con la vista el miserable vestido del hidalgo.

—No vengo á pedirle una limosna.

—La cuestion varía—contestó el lacayo.—Entonces decidme qué es lo que quereis....

—¿Representais á vuestro amo? Si es así me volveré sin verlo.

—Decidme al menos vuestro nombre, y mañana....

—¡Mañana!... ¿No veis que estoy enfermo y que mañana tal vez á donde iré será al sepulcro?

—Es verdad, estais pálido y sudais á pesar de que la mañana está fria.... pero todos los que vienen están lo mismo.... Al menos decidme vuestro nombre y quebrantaré las reglas establecidas....

—¿Qué importa un nombre desconocido?

—De eso no puedo dispensaros.

—Me llamo Rodrigo de Cervantes Saavedra.

—De Cervantes Saavedra—repitió el criado, dándose los aires de entendido en la ciencia heráldica y *cognomentológica*.

—De Cervantes—volvió á decir el anciano, cargando la pronunciacion en la preposicion *de*.

—¿Seréis hidalgo?

—Sí.

—¿Simple hidalgo?

—Nada mas.

—Voy á dar aviso al mayordomo de su señoría.

El lacayo entró en el aposento inmediato, y pocos momentos despues salió y dijo:

—Habeis conseguido vuestro deseo porque van á pasar recado al señor comendador. Tendreis que esperar, pero en atencion á que sois hidalgo podeis pasar á ese otro aposento y sentaros.

El anciano entró maquinalmente en la habitacion que le indicaba el lacayo, y se dejó caer pesadamente en un sillon, entregándose á las mas tristes y desgarradoras reflexiones.

Pasó mas de media hora, al cabo de la cual llegó el mayordomo del comendador, y acercándose al hidalgo le díjo:

—Venid.

El señor Rodrigo lo siguió con dificultad porque sus fuerzas seguian disminuyéndose notablemente.

Despues de atravesar algunas habitaciones amuebladas con lujo, llegaron á una antecámara donde se detuvo el mayordomo y volvió á decir:

—Esperad.

Y desapareció tras un rico tapiz flamenco que cubria una puerta, volviendo pocos momentos despues.

—Entrad—dijo—y sed breve porque su señoría está muy ocupado.

El anciano entró en un aposento espacioso, y dirijiendo su vacilante mirada hácia la izquierda vió al comendador recostado en un ancho sillon, con los pies colocados en un taburete, y entretenido en contemplar las oscilantes llamas de la leña que ardia en una gran chimenea y que acababa de colocar artísticamente.

Era el gentil hombre, aunque hombre, nada gentil por su presencia. Frisaba en los cincuenta años y su estatura era muy escasa, si bien recompensaba esta falta con la sobra de sus carnes que eran muchas. La frente y la espresion de la mirada de sus ojos pardos eran las de un hombre de vulgar entendimiento, de esos que nacen, viven y mueren sin que

ninguna idea les haya atormentado ni ocupado una hora seguida, que no saben por qué nacieron, ni para qué viven, y que tampoco alcanzaron el por qué han de morir, siendo tan buena la vida cuando se pasa como la pasaba el comendador, sin saber lo que es el hambre, ni el frio, ni el insomnio, ni las vigilias, ni las humillaciones, ni los desengaños, ni el llanto, en fin, porque sus ojos no han hecho mas que mirar lo que les ha sido agradable y cerrarse con el sueño sin que nunca los haya humedecido una lágrima. Tenia el buen comendador entre otras muchas debilidades la de una vanidad necia por adquirir fama de caritativo, y semejante debilidad la esplotaron algunos hábilmente y alcanzaron repetidas limosnas de las que desacertadamente repartia su mano sin que se conmoviese su corazon, quedando muy satisfecho con que le dijesen que era el amparo de los desvalidos, el padre de los pobres y que la fama de sus caritativas obras habia llegado á ser proverbial.

Cervantes saludó respetuosamente al cortesano, recibiendo por toda contestacion un

—¿Qué se os ofrece?

Pronunciado con un tono de impertinente superioridad que dejó mudo al desdichado padre.

—¿Qué quereis?—volvió á decir el comendador.

—Señor—contestó el anciano con voz trémula—aunque sin ningun título para pediros vuestra proteccion, me he decidido á molestaros porque sé que no cerrais los oidos á la desgracia, y como la mia es de las mayores y....

—Bien—interrumpió el comendador—decid lo que necesitais porque son muchos los que acuden á mí y me falta el tiempo para escucharlos.

El hidalgo hizo un esfuerzo para sostenerse de pié, y repuso:

—Tengo un hijo, único apoyo de mi amarga vejez, único amparo de mi pobre familia....

—Me han dicho que sois hidalgo.

—Sí, señor.

—Y solicitareis para vuestro hijo un empleo, porque hemos llegado á una época en que los hidalgos tienen á menos ganar con su espada su fortuna.

—Tambien los hay—repuso el anciano cuya frente se enrojeció—que derraman cien veces su sangre en defensa de la pátria para ganar.... para ganar el olvido, la miseria....

—Si vuestro hijo fuese de ese número....

—En Lepanto—interrumpió el hidalgo—desenvainó por primera vez su espada, perdió la mano izquierda y dos balas atravesaron su pecho mientras que arrancaba al enemigo el estandarte real de Egipto.

—Bien, muy bien, hidalgo—dijo el comendador.—Eso es otra cosa. ¿Pedireis para vuestro hijo, inútil en aquella gran jornada, alguna pension?

—Tampoco.

—¿Entonces?.....

—Mi hijo, á pesar de sus heridas, siguió peleando bajo las banderas españolas.

—Era su deber.

—¡Si se cumpliesen todos los deberes!—dijo el anciano con amargura.

—¿Venís á pedirme que eche en cara al rey su ingratitud?

—Mucho tengo que echar en cara al mundo, pero no quiero que se eche nada en cara al rey—contestó el anciano sin acordarse del papel que debia representar.

—No he visto nunca una manera mas estraña de pedir proteccion ó limosna—dijo el comendador.

Estas palabras, hijas de la falta de entendimiento mas que de una mala intencion, produjeron en el hidalgo tan doloroso efecto que estuvo á punto de caer sin sentido. En su turbacion tuvo necesidad de sostenerse en el respaldo de un sillon, y

hasta que hubieron trascurrido algunos momentos no pudo contestar.

—Señor comendador—dijo, dominándose por un esfuerzo de su amor paternal—siento que tomeis mis palabras en un sentido que no fueron dichas, porque mi profundo amor y respeto al rey los tengo bien acreditados. Os suplico que me escucheis por algunos momentos, y así comprendereis el objeto de mi pretension y os convencereis de que nada es mas natural en un padre que lo que pido. La edad, las desgracias, y sobre todo la natural turbacion que me produce la grave enfermedad que padezco, tal vez me hagan decir lo que no siente mi corazon ni quisiera que mis lábios pronunciasen.

El comendador, mientras volvia á ocuparse en arreglar el fuego de la chimenea, dijo:

—Bien, esplicaos, pero vuelvo á deciros que haceis perder tiempo á otros pobres.

El anciano devoró en silencio esta nueva humillacion, y repuso:

—Despues de la jornada de Lepanto, sirvió mi hijo en la campaña de Levante y se halló en la toma de Túnez.

—¿Pero cuál es vuestra pretension?—dijo con tono de impaciencia el cortesano.

Solo el cariño paternal pudo dar al anciano fuerzas para dominarse y no mostrar su indignacion al verse tratado con tanto desprecio: solo el deseo de salvar á su hijo pudo sostenerle sin sucumbir á tan duros golpes.

—Señor—dijo Cervantes—mi hijo, despues de una larga y esclarecida carrera sin haber podido salir de la triste condicion de simple soldado, se encuentra cautivo en Arjel....

—Por ahí debísteis empezar—interrumpió el comendador.

—No necesito que me digais mas; sé lo que pretendeis... Me basta vuestra palabra para dar fe á lo del cautiverio....

—Es que se está formando un espediente....

—Me basta, me basta; sois hidalgo, y....

Zarza d.º y lit.º

lit. Heraldica.

—¡Señor comendador!— esclamò levantando la cabeza con orgullo

—Pero aun tengo que deciros....

—Haré lo que pueda—repuso el comendador, volviendo á interrumpir al anciano y á la vez que se levantaba. — Son muchos los desgraciados á quienes tengo que socorrer....

—Os suplico, señor comendador....

—¡Juan!—gritó este sin escuchar á Cervantes.

El mayordomo entró.

—Entrega á este buen hidalgo diez ducados.

El rostro del anciano se puso rojo como el carmin, y olvidándose por un momento de su hijo, se acordó solamente de lo que era.

—¡Señor comendador!—exclamó levantando la cabeza con orgullo y en un instante de energia que debia ser el último en su vida.

Pero el comendador, creyendo que el anciano iba á darle las gracias, desplegó una benévola sonrisa, se inclinó cortesmente, y dijo mientras levantaba un tapiz y salia del aposento:

—No lo hago para que me lo agradezcais.... quisiera daros mas limosna, pero....

—¡Limosna!—murmuró Cervantes con ahogada voz é inclinando la cabeza.

Y por su frente pálida corrió abundante y frio sudor, y sintió oprimido el pecho como por un enorme peso, y sus trémulas manos, despues de vacilar algunos instantes como las del ciego que busca un objeto, se asieron con movimiento convulsivo al respaldo de un sillon, sin cuyo apoyo el infeliz hubiese caido al suelo.

—¡Diez ducados!—murmuró el mayordomo.—¡Qué exorbitancia!.... Tomad—añadió, dando algunas monedas de plata al anciano.

Este las cojió sin saber lo que hacia, pero al instante las arrojó al suelo con altivo desden, exhaló un grito y se precipitó fuera de la estancia con pasos tan desiguales y vacilantes que no acertaban á seguir la línea recta.

—¡Miserable!—exclamó.

Y luego, oprimiéndose el pecho y despues de intentar, sin conseguirlo, exhalar un suspiro, murmuró con voz apagada:

—Me ha dado la muerte.... me ha herido en el alma....

No pudo decir mas.

La luz huia por instantes de sus ojos, y solo el instinto lo llevó á su casa, á donde llegó poco menos que arrastrándose.

Al verlo su esposa y su hija dieron un grito de espanto. El infeliz llevaba impreso en su rostro el sello de la muerte.

CAPITULO XXXIII.

Lágrimas.

ESTAMOS en el siguiente dia del en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir.

El sol esparcia sobre la tierra sus últimas luces que en breve debian convertirse en los débiles crepúsculos que son la primera y la última sonrisa del dia, el anuncio y la despedida de la noche.

El horizonte estaba despejado y la atmósfera serena y templada como á menudo sucede en Madrid en los hermosos dias de otoño.

Llegaba la noche con su quietud, su silencio y su descanso; con sus misterios, con sus crímenes y con sus goces.

En un reducido aposento de la casa de Cervantes, halla-

base este en su pobre lecho donde daban los últimos rayos del sol, iluminando su frente pálida. Nada era mas imponente ni triste que el aspecto del anciano en aquellos momentos en que con la luz del dia se acababa su existencia. En pocas horas se habia desfigurado completamente su rostro. Estaban sus ojos hundidos, apagado el brillo de sus pupilas, y su mirada, por lo vacilante y falta de fijeza, denotaba que apenas percibia los objetos que tenia mas próximos. Sus lábios secos y blanquecinos se movian con frecuencia, pero sin pronunciar una palabra, y sus descarnadas manos solian agitarse sin concierto, abrirse y cerrarse como si palpasen alguna cosa. Era desigual y ahogada su débil respiracion que en el interior de su pecho producia ese ronquido que anuncia el próximo estertor de la agonía, el hipo de la muerte, y de vez en cuando se escapaba de su boca algun quejido leve.

Una á cada lado del lecho, estaban doña Leonor y Andrea, con el pecho agitado, los ojos preñados de lágrimas que apenas podian contener, y la mirada afanosa, fija en el rostro cadavérico del anciano.

Este habia recibido la comunion pocos momentos hacia, y el sacerdote que lo habia absuelto en nombre de Dios, esperaba en el aposento inmediato para prestarle el último consuelo y encaminar á la mansion celeste aquella alma pura.

Cervantes habia querido despedirse de su esposa y de su hija, y éstas, transidas de dolor esperaban las últimas palabras que debian grabar en su memoria y en sus corazones.

El moribundo volvió trabajosamente la cabeza á uno y otro lado, fijó por un instante su incierta mirada en doña Leonor y Andrea, y luego, con voz débil y entrecortada, dijo:

—Leonor.... Andrea....

—¡Esposo mio!

—¡Padre mio!

Exclamaron á la vez la madre y la hija sin poder contener ya su doloroso llanto.

—Vamos á separarnos para siempre—repuso el anciano. —Para siempre.... esta palabra es.... muy triste.... Pero estoy tranquilo.... veo junto á mí la muerte, siento su mano.... que me ahoga, y no me espanta.... Quedais solas, en la miseria.... ¡Ah!.... ¡Solas!.... Pero me consuela la seguridad que tengo.... en vuestra virtud que luchará con sus fuerzas de gigante.... y creo que Dios os devolverá libre á mi hijo Miguel.... ¡Mi hijo Miguel!.... ¡No está aquí!.... ¡No besará mi frente helada!.... ¡Tampoco Rodrigo!.... Pero Dios es bueno, misericordioso, infinitamente misericordioso y lo protejerá para que os sirva de amparo!....

El anciano, fatigado en estremo, tuvo que callar por algunos instantes.

Doña Leonor ni Andrea no pudièron articular una sílaba.

Solo se oyó entonces la respiracion agitada del moribundo.

¡Cuadro imponente y desgarrador!

El sol seguia ocultándose y sus débiles rayos caian sobre la frente noble de Cervantes como la aureola de divina luz que Dios derrama sobre la cabeza del mártir.

Doña Leonor y Andrea, inclinadas sobre el lecho, regaban con su llanto abrasador las manos heladas del anciano.

—He vivido para mi familia—prosiguió el hidalgo—y si mi muerte hubiera de sacaros de la miseria, este seria el momento.... mas feliz de mi vida.... Pero os aguardan dias muy amargos.... Procura, Leonor, salvar el dote de nuestra hija.... no atiendas al resto de nuestro patrimonio.... porque.... es cosa perdida....

—No te atormentes con esas ideas—dijo doña Leonor.—Dios nos ayudará porque seremos buenas....

—No transijais con la tentacion del pecado para aliviar vuestra miseria, porque esta vida es muy corta.... muy corta.... es un soplo.... y un momento de bienestar engañoso se paga con una eternidad de tormentos horribles.... Os hablo desde el sepulcro.... en este instante, sin duda por un

privilegio de la muerte, veo á la vez el pasado en toda su desnudez y lo porvenir de la eternidad tan claramente como esos rayos de sol.... ¡Ah!.... Me ahogo....

La voz del anciano se debilitó hasta el punto de que apenas se entendieron sus últimas palabras.

—Os fatigais, padre mio—dijo Andrea.

—Hija mia... hija....—repuso el moribundo.... no olvides mis consejos.... Y tú, esposa mia.... tú que.... has compartido mis pesares.... mis alegrias.... y que has sabido guardar como un tesoro.... la honra.... que te confié.... ya sabes que encontrarás un pliego.... y que la única idea risueña que ahora.... endulza mi agonía.... es la de creer que.... cumplirás mi voluntad y podrás salir de la miseria....

—¡La cumpliré!—exclamó doña Leonor.—¡La cumpliré, sea cual fuere!....

—Te costará un sacrificio.... porque me amas mucho.... pero yo los he hecho todos.... todos, hasta el del natural egoismo del amor.... y.... Apenas veo.... para mí se oculta el sol....

—Es que anochece....

—Es que mi vida se acaba con el dia.... es que me muero.

—¡Rodrigo, esposo mio!....

—¡Padre mio!....

—Dios dispone de mi vida.... respetad la voluntad de Dios.... bendecid la muerte que su mano santa envia.... Adios.... Leonor.... esposa mia.... adios, hija mia.... hija.... abrazad en mi nombre á mis hijos.... mis hijos.... rogad á Dios por mí.... Mis hijos.... mi esposa.... Adios.... El sacerdote.... Dios os bendiga....

Un grito desgarrador, grito arrancado al alma por el mas agudo de los dolores, salió de los pechos de las infelices que para siempre se separaban de aquel ser querido sobre todos los seres.

La puerta se abrió y apareció un sacerdote de luenga y

encanecida cabellera, de espaciosa y noble frente, de mirada apacible y dulcísima, y que en su rostro llevaba impreso el sello de la santidad de su virtud. Era el ángel cuya mano, en nombre del Omnipotente, iba á señalar el camino de la eterna gloria á un alma limpia de pecado por el arrepentimiento y la contricion.

La madre y la hija cubrian de lágrimas y besos la frente helada del moribundo que apenas podia murmurar algun adios y pronunciar los nombres de su esposa y de sus hijos. El sacerdote las separó dulcemente del lecho, y les dijo:

—Dejadle que escuche la santa palabra de Dios; no le robeis uno solo de estos instantes que son los de la salvacion de su alma.

Las infelices salieron del aposento, y el sacerdote, inspirado por el soplo divino del Espíritu Santo, se colocó junto al lecho y puso entre las manos del moribundo un Crucifijo de marfil que descolgó de la pared.

Doña Leonor y su hija, oculto la una en el seno de la otra el rostro bañado en llanto, permanecieron silenciosas sin que su dolor se manifestase mas que por tristísimos suspiros.

Pasó un cuarto de hora.

Los últimos crepúsculos reflejaron en los vidrios de la ventana, y al fin desaparecieron y derramaron su oscuridad.

En aquel momento entró en la habitacion donde las huérfanas estaban el virtuso sacerdote. En sus megillas brillaba una lágrima que habia brotado de sus ojos y que se perdió en su ropaje negro como la triste noche que habia sustituido á tan triste dia.

Al verlo dejaron escapar un grito aquellas desdichadas mujeres, y cuando iban á prorrumpir en exclamaciones de dolor, el sacerdote levantó la diestra, señalando al cielo, y dijo con acento á la par dulce y solemne:

—Los ángeles sonrien cuando llega á la divina mansion el alma del justo.

Luego se arrodilló, y las infelices, impulsadas por el influjo misterioso de aquella mirada apacible, lo imitaron.

Entre los negros pliegues del nocturno crespon, se perdieron las palabras de la mas ferviente oracion.

En el gran libro de la humanidad se añadia un nombre en el catálogo de los mártires ignorados por el mundo.

. . . . . .

A la siguiente mañana volvió á asomar el sol radiante en un horizonte puro y trasparente.

Doña Leonor y su hija estaban solas en un reducido aposento, y en sus pálidos rostros se veian las señales todas del insomnio y del llanto.

—Hija mia—decia la madre con doliente voz—voy á saber cuál es la última voluntad de tu padre que ya mora en el cielo.

Y se acercó á un armario que habia sobre una mesa, y abriéndolo, sacó algunos papeles, entre los cuales encontró dos pliegos cerrados y lacrados. En el sobre del uno decia: *Para mi esposa*: y en el del otro, *Para mi hijo Miguel.*

Tomó doña Leonor el primero, lo abrió con mano convulsiva, y mientras que de sus ojos brotaban algunas lágrimas, leyó para sí el contenido. Empero cuando apenas hubo concluido la lectura, dejó escapar un agudo grito, y cayó pesadamente en los brazos de su hija que acudió á sostenerla.

—¡Dios mio!—exclamó Andrea—¿Qué misterio encierra ese papel?

Y colocando á su madre en un sillon, mas que por la curiosidad, por cariñoso interés movida, tomó el pliego y lo leyó ávidamente.

El mismo efecto.

Tambien de su boca se escapó un grito, su rostro palideció mas de lo que estaba, y el papel se escapó de sus temblorosos manos.

¿Era el descubrimiento de algun misterio horrible lo que

tal efecto producia? Nó, y así debemos pensarlo porque Andrea, levantando al cielo la mirada, exclamó:

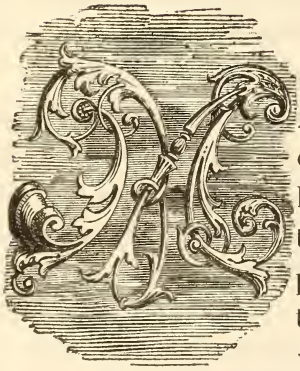
—¡Dios mio!.... ¿Es posible que abrigue un alma tanta abnegacion? ¿Es posible que hasta tal estremo se sacrifique un esposo y un padre?.... Sí, lo estoy viendo.... ¡Padre mio!

Abundantes lágrimas corrieron por las megillas de la doncella que despues de recojer el papel misterioso y de besarlo con respetuosa, con religiosa ternura, se ocupó en socorrer á su madre hasta que logró volverle el perdido conocimiento.

—¡Yo no puedo hacer ese sacrificio!—dijo doña Leonor despues de pasados algunos momentos.—¡Imposible!.... Pero le he jurado cumplir su voluntad.... ¡Esposo mio, tú que estás en el cielo, pide al Omnipotente que ilumine mi entendimiento y que me dé fuerzas!

CAPITULO XXXIV.

Lo que sucedia en Arjel.



AS de dos años han trascurrido, y estamos obligados á dar á nuestros lectores cuenta, aunque ligeramente, de lo que en este espacio de tiempo habia sucedido en Arjel, en cuanto tenga relacion con el héroe de la presente historia. La vida de Cervantes no podemos seguirla paso á paso, pues aunque relatándola dia por dia tendriamos hechos de mucho interés que pintar, solo podemos hacer mencion de los mas importantes y que mas dieron á conocer la grandeza de su alma: de otro modo, á pesar del interés que suponemos escita en nuestros lectores cuanto al príncipe de los ingenios toca, se haria pesada la lectura de nuestro libro y dejaria de tener las condiciones de

una novela que es lo que nos propusimos escribir, si bien esponiendo hechos verdaderos y comprobados.

Usando, pues, de nuestro derecho de novelista, porque á nuestro propósito conviene, damos al tiempo una bofetada, y permítasenos la retórica figura, echamos atrás dos años, nos ponemos de un brinco en Arjel, y seguimos nuestra relacion con licencia de nuestros lectores, como acostumbra á decir todo escritor bien educado.

Ya, cuando del rey Azan dimos noticia, hicimos algunas indicaciones sobre los abusos de este gobernante, y si mal no recordamos, dijimos que el pueblo estaba en estremo descontento y que á poco que se escitase á las clases pobres, peligraria, no solo el órden público, sino la vida de Azan.

Este continuaba ejerciendo el monopolio de la venta de trigo, y la escasez y carestía de los artículos de primera necesidad habia llegado al último estremo.

Cervantes habia esplotado esta situacion, y valiéndose de mil ingeniosas trazas, tramó una basta conspiracion entre los cautivos á la vez que hizo cundir mil noticias alarmantes y que escitaron al pueblo. Imposible parece que un hombre encerrado, sin apoyo de ningun género, vigilado cuidadosamente y amenazado por toda clase de peligros, llevase, hasta el punto que él llevó, sus planes atrevidos.

A mas de treinta mil ascendia el número de cautivos que entonces habia en Arjel, y Cervantes pensó que, sino todos ellos, si la mayor parte daban el grito de rebelion, aunque desarmados, su crecido número, lanzado de una vez sobre sus opresores, hubiera podido arrollarlos. Esto, si se hacia oportunamente, en los momentos en que una escitacion popular llamase la atencion del rey, daria el resultado mas lisonjero, pues antes de que los mahometanos pensasen en suspender su lucha para destruir al enemigo comun, el golpe estaria dado.

Todos los cautivos tenian noticias de que se preparaba un

levantamiento, y aunque sin saber quien fuese el alma del plan, esperaban de un dia á otro recibir un aviso en que se les señalase el momento de lanzarse sobre sus verdugos. En el espíritu del pueblo, cansado de sufrir, estaba tambien el convencimiento de que se preparaban acontecimientos graves, y sin saber por qué, esperaban que muy pronto sonase el grí to de venganza. Ninguno pensaba ser el primero, pero no tenia ninguno intencion de ser el último. Y en verdad que si media docena de atrevidos se hubiesen lanzado á las calles gritando muera Azan, la poblacion en masa los hubiese seguido.

Tal era el estado de Arjel, y el rey lo conocia perfectamente y estaba preparado, ya para combatir al punto el primer movimiento de rebelion, ya para huir si la fortuna le era adversa. No ignoraba tampoco que entre los cautivos se tramaba algun plan, porque no habian faltado aduladores ó espias que se lo advirtiesen; pero no sabia el objeto de la conspiracion, ni quién fuese el autor de ella, aunque sospechaba, lo mismo que sus adictos, que debia ser obra del manco español. Y no se estrañe que Azan fijase su atencion en un pobre cautivo para sospechar que fuese capaz de tanto, pues en tal concepto lo tenia, que muchas veces se le oyó decir, hablando de Cervantes, que como él tuviese guardado al estropeado español, tenia seguros sus cristianos, sus bajeles y aun toda la ciudad.

Por otra parte en España se hacian armamentos de tropas y galeras y se tenia por seguro que era con el objeto de verificar un desembarco en las arjelinas costas, con la cual contaba el poeta, pues encendida la rebelion en el interior de la ciudad cuando se viese atacada por el esterior, no habia duda de que su plan tendria el éxito mas feliz, y no solo conseguiria su libertad y la de todos los cautivos, sino que España se haria dueña de una plaza de mucha importancia, y la religion católica y la civilizacion darian un paso agigantado.

Dejamos á Zoraida trazando el modo de ponerse en comu-

nicacion con su amante, y vamos á decir dos palabras sobre este punto.

La esclava Zamareta se habia mostrado sensible á los ruegos de su señora, y aunque esponiendo la vida, se decidió á servirla fielmente y lo cumplió, probando que era tanta su astucia y su travesura como su lealtad. La negra habia entrado muy jóven en casa de Dalí Mamí, y la dulzura de su carácter no habia dado ocasion para que le impusiesen ningun castigo, por lo cual no habia tenido ocasion de sentir ódio contra su ama, pues la esclavitud no habia sido para ella mas que una servidumbre nada penosa.

Algunos dias tardó, pero al fin la esclava encontró medios de comunicarse con el poeta, y hasta logró que este viese algunas veces á Zoraida.

La pasion de esta no disminuia, pero no así la tíbia de Cervantes, que todo su afan lo puso en procurar que la mora dejase por la cristiana su falsa religion. Y como las exhortaciones, cuando salen de los lábios de la persona amada conmueven tanto el corazon y tienen sobre el ánimo tal influencia que rara vez dejan de producir el convencimiento, no faltaba á la mora sino muy poco para abjurar sus creencias, como ya hubiese sucedido si mas frecuentemente hubiera tenido Cervantes ocasion de hablarla.

Ya dijimos que Cervantes habia sido encerrado en el baño de Azan, donde este tenia dos mil cautivos.

De lo que era el baño dimos ya una idea, pero sin embargo, añadiremos que la prision llamada así se componia de un espacioso salon donde estaban todos los cautivos, sin mas camas que el suelo ó alguna paja que no todos podian procurarse, y contiguo á este salon otra pieza destinada á capilla y que era la iglesia mayor católica de Arjel, en donde todos los dias, á espensas de los cautivos y de una cofradía, celebrábase misa rezada por los sacerdotes residentes en la ciudad. Al estremo opuesto del edificio habia un ancho corral cerrado de

tapias por dos de sus lados, y resguardado el tercero por el palacio del rey con el cual se comunicaba. Tenia además otra puerta que daba salida á la calle y junto á la cual habia un reducido aposento donde se alojaba el conserje de aquella prision, encargado de la guarda de los cautivos, y algunos soldados para que le auxiliasen en caso de necesidad.

La mayor parte de los cautivos salian del baño de dia y á ciertas horas con permiso del guarda, y obtenida préviamente esta gracia de su amo, así como les permitian tener visitas de otros cautivos y cristianos libres que iban á verlos por pura amistad ó á llevarles noticias de sus familias ó á tratar de sus rescates. Pero todo esto con muchas precauciones, pues el guarda estaba autorizado para negar la entrada y salida en la prision, y tenia órden de enterarse de cuanto allí se trataba, así como facultad para imponer castigos menores como ellos llamaban á dar algunos palos ó latigazos, á poner grilletes y cadenas y á privar uno ó mas dias de alimento al que delinquía.

Los cristianos que habian obtenido la gracia de salir del baño, eran llamados cautivos libres y no se ocupaban en trabajo ninguno. Cervantes, con su constancia y disimulo, habia llegado á lograr este privilegio al cabo de un año de estar en poder de Azan.

Los que no podian ó no querian salir, pasaban la mayor parte del dia en el corral respirando el aire libre.

Lo mismo allí que en todas partes, el tratamiento que recibian los infelices cautivos era en estremo cruel: desnudez, hambre, atroces y arbitrarios castigos, nada les faltaba. Ademas la vivienda era mal sana por la humedad, la falta de ventilacion y el poco ó ningun cuidado que se tenia de la limpieza, siendo su atmósfera tan nauseabunda que parecia imposible que pudiese respirarse allí sin asfixiarse.

Solo nos resta añadir para completar las noticias referentes á los dos años anteriores, que Cervantes habia sabido ya

la muerte de su buen padre, porque habia recibido algunas cartas de su madre, siendo la primera la que contenia esta triste nueva y la de haber vuelto Rodriho al ejército, y las otras dándole algunos detalles sobre el estado en que se encontraba el espediente relativo á su rescate.

Creemos haber dicho lo bastante para continuar los sucesos de la presente historia sin que deje de comprender el lector cuanto en ella se refiera; por lo cual, dejando aquí el presente capítulo que solo ha servido para dar esplicaciones, comenzaremos el siguiente, yendo en busca de Cervantes para ver en qué se ocupaba y convencernos mas y mas de que su constancia era incansable.

CAPITULO XXXV.

El contrato.

Las nueve de la mañana serian y casi todos los cautivos del baño del rey estaban en el corral, tendidos los unos, paseando los otros y muchos sentados formando grupos y entretenidos en diversas conversaciones.

El dia estaba sereno y brillaba el sol sin que la mas ligera nube ocultase uno solo de sus rayos á la tierra.

En el rincon mas apartado del corral y sentado en el suelo, estaba Cervantes hablando con otro cautivo que aparentaba tener unos cuarenta años y que por su noble aspecto y por sus maneras parecia ser persona de distincion.

Acababa de pasar junto á ellos el guarda del baño que era

un turco viejo, astuto como una zorra y mal intencionado y traidor como un tigre, y cuando nuestro poeta vió que se habia alejado á distancia que no pudiese oirlo, prosiguió su conversacion con el otro cautivo, interrumpida, ó mejor dicho trocada en sentido indiferente para no infundir sospechas.

—Creo, don Beltran—dijo el poeta—que ya es hora de que os vayais como ha hecho Osorio y yo haré luego, pues si salimos juntos despues de haber estado hablando podrá sospechar ese condenado cancerbero que es malicioso como un sordo.

—Antes—contestó el llamado don Beltran—daré una vuelta y hablaré con algun compañero para mayor disimulo.

—Pero no os detengais mucho porque Giron tiene poca paciencia y puede cansarse de esperar.

—No mas que algunos momentos.

—Allí encontrareis á Osorio y á Meneses que habrán acudido tambien.

—Y el señor Baltasar segun ha prometido.

—Sin él nada podremos tratar.

—Con mi proposicion creo que todo quedará arreglado.

—Y como ademas podremos ofrecerles hoy la garantía del señor Antonio de Sandoval....

—No habrá inconveniente.

—Si Giron se impacienta decidle que me espere porque no tardaré.

—Descuidad.

—Idos, don Beltran, que ya hablaremos despues.

—No os entretengais mucho.

—Lo preciso para no infundir sospechas.

—El cielo os guarde—repuso don Beltran á la vez que se levantaba.

—Y á vos tambien.

El caballero se alejó del poeta y se mezcló entre los diversos grupos, hablando con unos y con otros, hasta que pasados algunos momentos se acercó al guarda y le dijo:

—Saldré si me lo permites.

—Bien—contestó el moro—pero no abuses de la gracia volviendo tarde.

Don Beltran salió del baño, y antes de un cuarto de hora hizo Cervantes lo mismo sin encontrar ningun inconveniente.

Cuando estuvo el poeta en la calle se dirigió á casa de aquel mercader á quien ya conocen nuestros lectores desde que facilitó algun dinero y las botellas para la primera fuga á Oran, y allí encontró á su antiguo compañero el capitan Meneses, á otros tres cautivos y á don Beltran, que lo esperaban en compañía del señor Onofre Exarque, el mercader de sedas, y de un renegado natural de Osuna llamado antes Giron y entonces Abdaharramen, que deseoso de volver al gremio de la Iglesia Católica se habia prestado á ayudar á los cautivos para fugarse con ellos.

El plan consistia en que el dicho renegado comprase una fragata so color de salir en corso, y en ella huyesen los cristianos que para ello estaban convenidos y que eran en número de sesenta. Para los gastos se habia ofrecido el señor Onofre á dar mil y trescientos doblas que debian reintegrarle algunos de los cautivos cuando llegasen á España. Otro mercader, el señor Baltasar de Torres, daria tambien alguna cantidad con la misma garantía, y ya de este modo podria llevarse á cabo el proyecto.

—Veo—dijo Cervantes al entrar—que habeis sido puntuales, y me alegro porque tenemos contados los minutos.... pero nó, el señor Baltasar falta....

—Ya lo he visto—contestó el señor Onofre—y me ha dicho que da por bueno cuanto se convenga.

—Entonces—repuso el poeta—tratemos del asunto. Vos, señor Giron, no estareis arrepentido de vuestro buen arrepentimiento, y seguireis con la intencion de correr nuestra suerte.

—No tengo mas que una palabra—contestó el renegado—

Ya he encontrado quien me venda una fragata, que está en muy buen estado, y solo me falta el dinero.

—Por mi parte—dijo entonces el señor Onofre—poco tengo que hablar: una vez que don Beltran se aviene á responderme del pago de las mil y trescientas doblas, las entregaré mañana, así como otras mil mi amigo el señor Baltasar de Torres.

—Todo está convenido—repuso Cervantes.—Estended luego la obligacion que ha de firmar don Beltran y la que por su parte harán el señor Osorio y el señor Hernandez, y mañana á esta misma hora volveremos.

—Por esta vez—dijo el capitan Meneses—pienso que lograremos nuestra libertad.

—Si no lo estorba algun traidor—contestó el poeta.

—¿Sospechais de alguno?

—De dos ó tres, y por eso me guardo de que conozcan el plan en todos sus detalles, no diciéndoles mas sino que estén prevenidos para cuando se les avise.

—¿Quienes son?

—No me atrevo á nombrarlos porque ninguna prueba tengo de su mala intencion, y no debe ofenderse á nadie acusándolo solo por sospechas que no tienen fundamento alguno. Obro con precaucion por lo que pueda suceder, y si me equivoco, me arrepentiré de este mal pensamiento.

—Por Dios os ruego que procedais con cautela—dijo el señor Onofre—pues ya comprendereis hasta qué punto me comprometeria la menor indiscreccion.

—Nadie sino los presentes sabemos que vos sois el que facilita el dinero; los demás lo ignoran, no tienen de ello la mas leve idea, ni la tendrán.

—En vosotros confio.

—Podeis estar tranquilo.

—El mayor placer de Azan seria el poder acusar á uno de los cristianos libres que vivimos en la ciudad, para tener así un motivo de apoderarse de cuanto poseyese.

—Si se frustrase nuestro plan—repuso el poeta—nadie resultaria culpable sino yo, y por consiguiente nadie podria tampoco declarar en contra vuestra si yo no lo hacia, de lo cual estais bien seguro pues ni los tormentos ni la muerte me arrancarian de los lábios vuestro nombre. Probado tengo ya, señor Onofre, que sé echar sobre mí toda la responsabilidad en los momentos de desgracia, y compartir con mis amigos la fortuna cuando se nos muestra propicia.

—Por vos nada temo, señor Miguel—contestó Exarque—pero sí por algun traidor, aunque me tranquiliza vuestra prudencia.

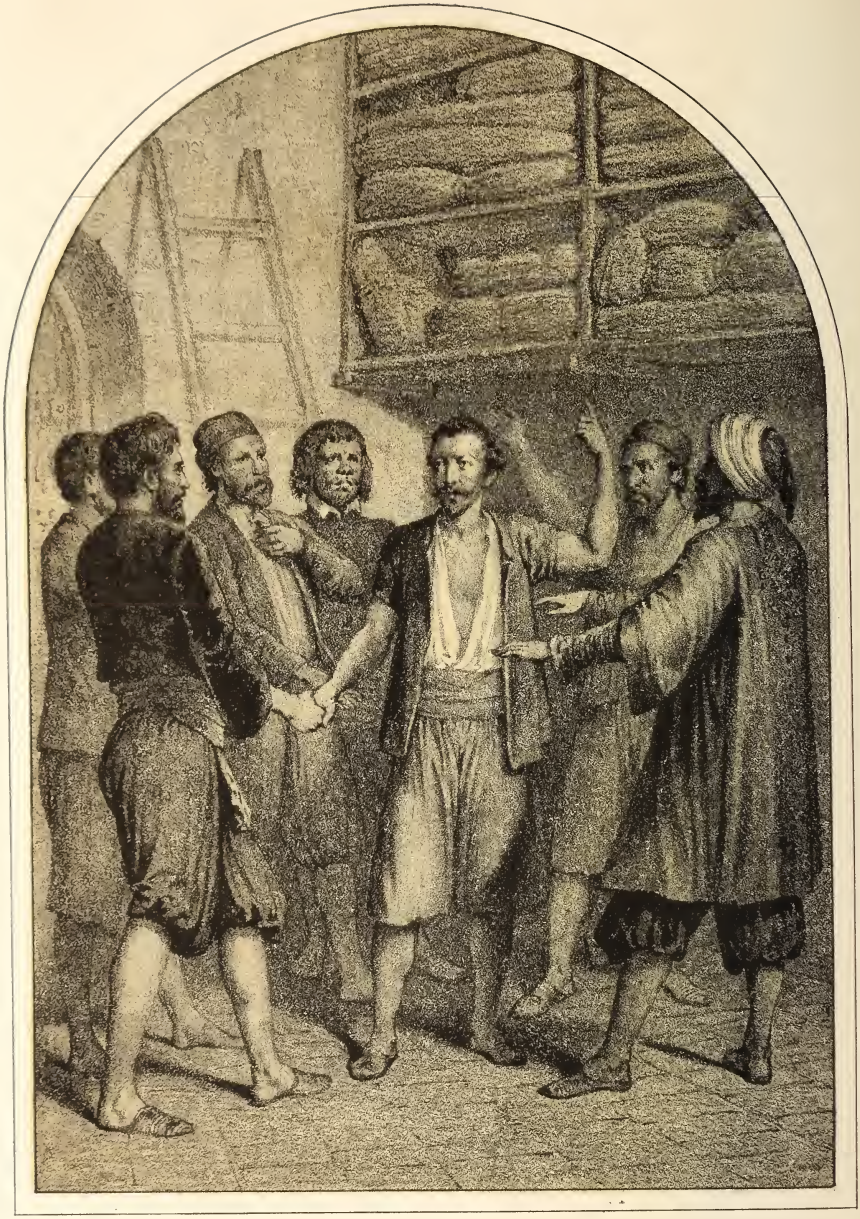
—Solo una cosa que ya os tengo dicha voy á repetiros—repuso el poeta hablando con sus compañeros—y es que si en los momentos de partir se presentase la ocasion de hacer estallar en la ciudad un desórden para dar lugar á la rebelion de todos los cautivos, marchareis solos porque yo me quedaré para luchar hasta morir por la causa de la religion y de la humanidad, por el engrandecimiento de mi pátria.

—¿Dejareis lo cierto por lo duduso?

—Todo lo dejaré para cumplir con mis deberes. ¿Qué se diria de un hidalgo español, si teniendo ocasion de hacer un servicio á la religion y á su pátria y de morir por ellas la dejase pasar, ya por el egoismo de atender solo á su bienestar, ya por otro cualquier temor? Nó, amigos mios; si la escuadra española se acercase ó si otro cualquier incidente favoreciese el levantamiento, os veria sin envidia alejaros de estas costas, y mientras que el viento hinchase las velas de vuestro vajel y llevaba un suspiro mio á la tierra madre, sonreirian mis lábios, palpalpitaria gozoso mi corazon y me lanzaria presuroso al combate poseido de fé, de entusiasmo y de alegria.

—¡Y nosotros seguiremos vuestra suerte y la de todos vuestros infelices compañeros!—exclamó entusiasmado don Beltran.

—¡Sí, os seguiremos!—repitieron los otros cautivos y el mismo Abdaharramen.



Larza dº y hijº. Lit. Heràldica.

....Si Dios dispone que sucumbamos en tan noble empresa, al menos moriremos con gloria....

—Ya sabeis—añadió este—que trabajo mucho en favor de vuestra causa, á pesar del riesgo que corro.

—Es verdad, amigo Giron.

—Hasta ahora sois digno de nuestra confianza.

—Queda hecho nuestro contrato—repuso Cervantes: —la union nos hará invencibles, y si Dios dispone que sucumbamos en tan noble empresa, al menos moriremos con gloria y sin que nos sea penoso tan duro trance porque la tranquilidad de la conciencia es un bálsamo que adormece los dolores de la agonía.

Como siempre, nuestro poeta logró conmover á cuantos le escuchaban, que entusiasmados le dieron muestras del mas tierno cariño.

—Separémonos para no infundir sospechas si tardamos en volver á nuestros encierros.

—Sí, sí, prudencia.

—Dios os guarde, señor Onofre.

Salieron de casa del mercader los cautivos y el renegado, y tomando diversos caminos para no llamar la atencion, se dirigieron á casa de sus amos, satisfechos y contentos porque ya contaban por seguro el buen resultado de la empresa. Cervantes era el único que no tenia completa confianza porque los muchos reveses de la fortuna le hacian ya dudar de todo por seguro y positivo que pareciese, solo en Dios tenia fé; solo fiaba en su constancia porque iba conociendo el corazon humano y la impotencia del hombre cuando no tiene la ayuda de Dios.

CAPITULO XXXVI.

De cómo Cervantes pensaba bien al pensar que no debe cantarse victoria antes de haber vencido.

NTRE los cautivos de Azan, y uno de los que formaban parte de la conspiracion de fuga y de rebelion, habia un Juan Blanco de Paz, que se titulaba doctor y habia sido religioso dominico, cuyo natural perverso y revoltoso lo tenia malquistado hasta con sus mismos compañeros. Ignoramos por qué, ni en la capilla del baño ejercia su ministerio religioso, ni como tal se le consideraba, lo cual es ya un sospechoso antecedente; pero concretándonos á nuestro asunto, diremos que, el quizás falsamente llamado doctor, bien fuese porque desconfiando del plan calculase para sus adentros como habia calculado el Dorador, bien que le moviesen sus dañadas inclina-

ciones ó la envidia por las distinciones de que era objeto Cervantes, es lo cierto que resolvió hacer el papel de Judas sin que lo detuviese, ni la fealdad de la traicion ni el deber de favorecer á los que profesaban su misma religion.

Dispuesto á poner en ejecucion su ruin pensamiento, esperaba una ocasion favorable de buen humor de Azan para que fuese mas lucida la recompensa de su traicion.

Ya habia vuelto Cervantes al baño, y en el mas apartado rincon meditaba sobre sus atrevidos proyectos.

Eran las once de la mañana, y antes de comer, el rey, seguido de cuatro esclavos con sendos almohadones de terciopelo carmesí recamados de oro, salió á su jardin con objeto de pasear.

Caminaba Azan con lento paso por una calle de naranjos y espesos y corpulentos rosales, y en su distraccion no pudo advertir que un cautivo al verlo hizo un gesto de amenaza, y como si quisiese evitar encontrarse con él, ocultóse tras uno de los rosales de manera que no podia distinguírsele.

Azan llegó á aquel sitio, aspiró los aromas que esparcian las numerosas flores, y perezoso ó fatigado, hizo á sus esclavos una seña para que pusiesen al pié del rosal los blandos almohadones.

Instantáneamente fué obedecido, y sobre la menuda arena se vió un cómodo asiento donde se dejó caer el rey con aire, sino de fastidio, de indiferencia.

Los esclavos se apartaron á respetuosa distancia de su señor y quedaron atentos á éste para acudir al primer gesto de mando.

Transcurrieron pocos momentos cuando llegó otro esclavo, seguido de un cautivo de pequeña estatura, flaco y que tendria unos cuarenta y cinco años, el cual se detuvo mientras que aquel se acercaba al rey para decirle:

—Poderoso Azan, ese cautivo quiere hablarte, segun se esplica, de un asunto de mucha importancia.

—Para él—contestó el renegado;—pero que venga y así, si

tiene la desgracia de fastidiarme tendré yo el placer de verlo ahorcar de este naranjo.

El cautivo se acercó; revolviéronse recelosamente sus ojuelos pardos en todas direcciones, y seguro de que con todo descuido podia esplicarse, dijo:

—He venido, Azan, para darte una prueba de que los cautivos podemos tambien ser leales.

—Tú has venido—respondió el rey—para buscar una recompensa por solo cumplir con tu obligacion sirviéndome. Pero esto no importa, ya sabes que soy generoso.

—Nada te pido á pesar de que el asunto que me trae es de la mayor importancia.

—Esplícate.

—Antes—repuso el cautivo con humilde tono—quisiera hacerte una advertencia, y te ruego que me perdones si á tanto me atrevo.

—¿Cuál?

—Que guardases el mayor secreto sobre la persona de quien has recibido la noticia que voy á darte.

—¿Qué temes si se sabe que has sido tú?

—Lo menos la muerte, porque es asunto que interesa á muchos y la mayor parte de ellos son gente desalmada, capaces de cualquiera maldad.

—¿Pero qué secreto es ese á que le das tanta importancia? No me hagas esperar tan grandes revelaciones que luego de sabidas me parezcan insignificantes por mucha que sea su trascendencia.

—¿Es algo la pérdida de treinta ó cuarenta cautivos?

—¿Qué dices?—replicó Azan cuyos ojos brillaron.

—¿Es algo la seguridad de tu vida y de tu reino?

—Esplícate, cautivo—repuso afanosamente el rey—que ¡por Alláh! tengo ganas de hacer un escarmiento.

—Pues bien, Azan, lo que pasa es que se conspira en tu baño y fuera de él.

—Bien, pero ¿qué se proponen y quiénes son los que conspiran?

—Se proponen provocar un motin.

—¡Un motin!

—No solo del pueblo, sino de los cautivos para recobrar su libertad asesinando á sus amos.

—Prosigue.

—Si esto no puede efectuarse, está ya convenido por muchos un plan de fuga.

—¿Conoces sus detalles?

—Bastantes.

—¡Oh!—exclamó Azan.—¡Voy á tener un gran dia!

—Un moro, que ignoro quien sea, está dispuesto á comprar una fragata como para salir en corso, y en ella deben huir los traidores.

—Prosigue, prosigue.

—Entre el pueblo se saca todo el partido posible de la carestía de granos, señalándote como la causa principal de la miseria.

—Lo sé, pero de quien sea el autor de tamaños crímenes, solo tengo sospechas, me faltan pruebas con que acusarlo sin que pueda negar.

—Me alegro—repuso hipócritamente el cautivo;—me alegro que tales antecedentes tengas porque estés convencido de que no he inventado un cuento para esplotar tu generosidad.

—Díme los nombres de los delincuentes.

—Solo á uno conozco que es el alma de la conspiracion.

—¿Es el manco español?

—Sí.

—No me equivoqué—dijo Azan.—¡Por quien soy que será esta la última vez que conspire!

—Bien merece un terrible castigo.

—¿Y por qué no has aparentado unirte á ellos para conocerlos á todos?

—Así lo he hecho, pero el manco no ha querido nunca decirme otra cosa sino los medios de que se valdrian para la fuga, y se ha reservado los nombres de los demas cautivos; el del moro renegado que ha de comprar la fragata y el de la persona que facilita el dinero necesario.

—¿Y no sospechas?....

—Sí, pero sin fundamento, puede decirse.

—No importa, esplícate.

—Dos veces he visto á Cervantes hablar con el renegado Abdaharramen, pero como todo el mundo conoce á ese travieso manco y todos le guardan tantas consideraciones, no es estraño que Abdaharramen sea su amigo sin ser su cómplice.

—Creo que no andas desacertado—repuso Azan despues de meditar algunos momentos.

—Sospecho tambien si ese mercader valenciano á quien tú conoces, el señor Exarque, ayudará con dinero.

—Lo dudo porque es algo codicioso.

—De positivo nada podré decirte sino con respecto á Cervantes, porque él mismo ha tratado conmigo del asunto.

—¿Tampoco tienes sospechas de los cautivos mios que conspiran con él? ¿No has observado si en particular habla con algunos?

—Nó, porque todos son sus amigos, todos lo obedecen y lo escuchan como á un oráculo, y le guardan tales respetos y tanto lo adulan que ha llegado á envanecerse de modo que se considera casi como un gefe ó protector de los demás.

Estas palabras, dichas con acento de despecho, dieron á conocer á Azan que la envidia era la principal causa que habia movido al cautivo á delatar á su noble compañero.

—Bien, bien—replicó el rey—eso nada mas prueba sino que ha tenido medios de hacerse adular, lo cual nó habrás tú podido conseguir: á todos nos gusta que nos consideren como á superiores: la justicia en su lugar.

El cautivo frunció el ceño y se mordió los lábios, sintiendo su corazon, mas que nunca, atormentado por el roedor de la envidia y la sed de la innoble y cobarde venganza.

—Mi estado—repuso con humilde y melifluo tono el cautivo—me prohibe ambicionar las mundanales pompas hijas del soplo del espíritu maléfico que constantemente pone á prueba nuestras virtudes.

—Tú ya habrás olvidado tu oficio de fraile—replicó Azan, soltando á la vez una burlona carcajada.—Pero no hay que perder tiempo en lo que nada nos importa: acaba de decirme cuanto sepas.

—Nada mas sé.

—Pues antes de cinco minutos verás el resultado de tu lealtad.

El cautivo creyó que Azan se referia á la recompensa que pensaba darle por su traicion, y dijo:

—Te repito, generoso Azan, que no me ha movido el interés....

—¡Ah!—interrumpió el rey—ya me olvidaba de que tengo que pagarte. Al hablar de resultados quise decir que voy á mandar ahorcar al manco español, único medio de tener seguros á mis cautivos y aun al pueblo.

—Sentiré que se vierta sangre....

—Pues yo no me contento con la suya, pero tendré que renunciar á castigar á otros porque será imposible hacerle hablar á ese maldito manco.

—En vano será que lo intentes.

Azan quedó pensativo por algunos instantes, y luego repuso:

—Me ocurre una idea feliz: todos caerán en mi poder sin que uno solo se escape. ¿Hay dia determinado para la fuga?

—Nó, pero me han dicho que será muy pronto porque ya tienen el dinero que era lo único que les faltaba.

—Bien, esperaré aparentando que ignoro el plan y los co-

jeré en el momento de la fuga. De este modo, ni el renegado armador de la fragata se me escapará, ni tampoco el que ha dado el dinero, porque entre todos habrá alguno débil que declare para que le perdonen la vida: la firmeza del manco es muy rara.

—No puede ser mas ingeniosa la idea—dijo el cautivo que esperaba con impaciencia el pago de su traicion y aun se lisonjeaba con que tal vez seria la libertad la recompensa.

—¿Con que te parece bien?

—Inmejorable.

—Ahora voy á decirte lo que no esperarias oir, cautivo. Yo dejé mi religion por la de Mahoma, y al obrar así no hice mas que cambiar de ideas, sin que se me pudiese llamar por ello ni traidor ni cobarde. Luego me lancé á la guerra, y arriesgando mi vida tantas veces que parece un sueño el haberla salvado, gané riquezas y honores y he llegado á ser rey de Arjel con esperanzas de alcanzar mas elevado puesto: empero la traicion no me sirvió nunca de medio para el logro de mis empresas; siempre luché con mi enemigo cara á cara, y antes de herirle le presenté mi pecho para que me hiriese. Es cierto que en fuerza de ver sangre, de verterla y de ver derramar la mia, se ha hecho insensible mi corazon, me he vuelto cruel hasta el estremo, y con la mayor indiferencia quito la vida á un cautivo indefenso y tal vez inocente; pero esto no es ni cobardía ni traicion, sino añeja costumbre y aun forzoso sistema para infundir temor y tener á raya á los que deben odiarme con sobra de fundamento. Te digo esto, cautivo, para que sepas que nunca fuí traidor y que aborrezco la traicion; pero como es preciso que haya traidores para casos como el presente, y recompensarlos para que no dejen de serlo, voy á darte una muestra de mi liberalidad.

Quedó tan turbado el cautivo que no pudo articular una palabra. Imposible era que esperase tan durísima leccion y tan humillante desprecio del hombre apóstata de su fé, del

pirata sanguinario, del rey tirano y cruel sin igual, cuyo corazon depravado no debia abrigar ningun sentimiento que tuviese siquiera asomos de noble. Empero la traicion es tan fea, tan horrible, tan repugnante, que rara vez suele encontrar, ni aun en los pechos menos nobles, una lisonjera acogida.

—Sabes el plan que me propongo seguir para sorprender á los cautivos—prosiguió Azan.—A nadie se lo comunicaré, de manera, que si llegan á saberlo y evitan el golpe, será porque tú pongas en práctica tus mañas traidoras lo mismo conmigo que con ellos.

—Secreto que me pesa es el que me has confiado, y en verdad que no quisiera ser dueño de él.

—Por Alláh te juro, cautivo, que si no eres reservado he de imponerte dos castigos á cual mas terrible: el primero perdonar á Cervantes y en tu presencia darle un premio por su ingenio, su valor y su nobleza, para que la envidia te atormente desgarrándote el corazon, y el segundo ahorcarte delante de todos mis cautivos, diciéndoles que te hago sufrir esa pena porque les has sido traidor, para que así ninguno se lastime de tu suerte.

El cautivo se estremeció.

—Voy á recompensarte—añadió Azan.

Y dirigiéndose á los esclavos, dijo:

—Uno de vosotros que vaya con este perro para que de mi órden le den un escudo de oro y una jarra de manteca.

El cautivo apretó los puños y los dientes y se retiró sin dar las gracias á su amo.

Tal recompensa encontró su accion cobarde, ruin y villana: no parece sino que Azan quiso, con premio tan mezquino, demostrar mas claramente el desprecio y aun la repugnancia con que miraba á los traidores.

Pocos momentos despues se levantó Azan y se alejó seguido de sus esclavos.

Cuando se perdió de vista, el cautivo á quien vimos ocul-

tarse tras el rosal, salió de su escondite, pálido y agitado, y con voz trémula, dijo:

—Estamos perdidos.... ¡Vive el cielo que ese miserable falso religioso ha de pagar su traicion como merece!.... ¡Menguado, ruin!.... ¡No descansaré hasta aplastar su cabeza como la de un reptil venenoso!

Y luego salió precipitadamente del jardin y se dirigió al corral del baño.

Pocos cautivos habia en aquel momento allí; pero Cervantes permanecia sentado en un rincon, inmóvil y entregado á meditaciones profundas, de las cuales le sacó el cautivo con su repentina llegada.

—¿Qué sucede, señor Pablo?—dijo el poeta al reparar la palidez y agitacion de su compañero.

—Estamos perdidos—le contestó este.

—¡Perdidos!....

—Sí, acaban de descubrir nuestros planes al rey.

—¿Qué decís?—repuso Cervantes con marcada sorpresa y profundo enojo.

—Lo que oculto en el jardin he podido escuchar.

—¿Y quién es el traidor?

—¿Quién ha de ser, amigo mio, sino ese miserable?....

—No prosigais—interrumpió el poeta—porque lo adivino: otro no puede ser que el menguado ruin que se titula religioso.

—No os equivocais, el llamado doctor Juan Blanco de Paz.

—¡Oh! exclamó Cervantes de cuyos ojos se escaparon dos centellas.

—Todo lo ha revelado.

—¿Y me ha nombrado?

—Sí, á vos solamente porque no sabe quienes son los demas; pero ha indicado que sospecha de nuestro compatriota el renegado Giron porque os ha visto hablar con él algunas veces.

—¡Miserable!

—¡Cuántos esfuerzos he tenido que hacer para contener mi furor!

—¿Y ha dicho algo del señor Onofre?

—Sí.

—¡Eso mas, vive el cielo!

—Pero Azan no cree fundada la sospecha con respecto al mercader.

—Me tranquilizais.

—Hasta ahora solo vos sois el comprometido.

—No importa.

—Ya os figurareis que Azan piensa tomar cumplida venganza.

—¿Quién puede dudarlo?

—Pero no se contenta con castigaros á vos, y como tiene por imposible el que delateis á vuestros compañeros, trata de aparentar que nada sabe para sorprendernos á todos en el momento de embarcarnos.

—No se le cumplirá tan cruel deseo.

—Ahora, mi buen amigo, tratemos sobre lo que nos conviene hacer.

—Vosotros seguireisvuestra conducta ordinaria puesto qué ningun peligro correis, y yo voy á fugarme del baño y á dar aviso al señor Onofre.

—¿Pero no volvereis?

—Me esconderé en casa de mi amigo el alférez Diego Castellano que de buena gana me recibirá, y allí permaneceré algunos dias hasta ver el giro que toman las cosas y obrar segun convenga.

—Temo por vuestra vida.

—Por de pronto no me ocurre otra idea, y voy á ponerla en práctica ahora mismo.

—¡Dios os proteja!—exclamó el señor Pablo con acento conmovido.

—¡La ruin traicion me persigue! ¡La ruin traicion que tanto aborrezco!

—¿Qué será de nosotros sin vos?

—Mucha prudencia y nada temais.

—La tendremos.

—Encargaos de decir á nuestros amigos lo que sucede.

—Lo haré.

—Adios, amigo mio, quizás para siempre—dijo Cervantes con acento ahogado.

—¡El cielo os bendiga!—le contestó el cautivo.

Y apretándose las manos, con el pecho palpitante de dolor y de rábia, separáronse, no sin abrigar el temor de ser la última vez que se viesen.

Llegó Cervantes á la puerta del baño, pero el guarda se opuso á que saliera por segunda vez.

—Dejadme—le dijo el poeta—y sino que pregunten al rey si me da su permiso.

—¿Salir dos veces?.... no puede ser—replicó el cancerbero.

—Viejo zorro, no me apures la paciencia: quiero salir y saldré: si en ello tienes reparo consulta á tu señor, ó ¡voto á tu falso y condenado Profeta! que de una puñada te envio al infierno donde hace falta un portero como tú.

—¿Me amenazas?

—Cuando te digo que consultes á Azan, mis razones tendré.

Como todo era estraordinario en Cervantes, el guarda sospechó si tendria aquel algunas razones para hablarle tan atrevidamente; por lo cual, aunque de mala gana, envió un aviso al rey y poco despues volvieron con la contestacion, diciéndole:

—Azan dá permiso al manco para que salga y vuelva tarde ó temprano, segun le acomode.

Gruñó el viejo y el poeta se burló de él y salió.

CAPITULO XXXVII.

Cervantes sigue dando pruebas de su abnegacion.

omo habia presumido Cervantes, su amigo el alférez Diego Castellano, lo recibió con la mejor voluntad del mundo, ofreciéndole ocultarlo en su propia casa y tenerlo allí hasta que se proporcionase una ocasion en que pudiese salir sin riesgo.

No pensaba el poeta abandonar sus proyectos, sino por el contrario, seguir con mas ahinco trabajando hasta conseguir por lo menos, no solamente su libertad, sino la de todos aquellos que la esperaban y la hubieran obtenido sin la traicion de Juan Blanco. Ante todo rogó á su amigo Castellano que fuese á ver al señor Onofre y decirle lo que sucedia, pues no creyó

prudente el hacerlo él mismo por si alguno lo observaba y con esto se confirmaba la sospecha del traidor.

Apenas el mercader recibió la noticia, turbóse en estremo y temió hasta tal punto por su seguridad, que se decidió á hacer cualquier sacrificio con tal de evitar su ruina que hubiese sido cierta á descubrir el rey que tan directamente favorecia la fuga de los cautivos. Resuelto, pues, á salvarse á toda costa, y sin perder un instante, encaminóse con Diego Castellano á la posada de este, donde entró pálido y agitado, sorprendiéndose al ver al poeta tranquilo y aun risueño como si nada tuviese que temer.

—No esperaba vuestra visita—le dijo Cervantes al verlo y mientras le alargaba amistosamente la mano.

—¿Con que estoy arruinado, perdido para siempre?—exclamó el mercader con voz ahogada y dejándose caer en una silla.

—¡Arruinado, perdido para siempre!—repuso el poeta como si no comprendiese estas palabras.—¿Pues qué os ha dicho mi amigo el señor Diego que así os espanta.

—¡Qué me ha dicho!—replicó con estrañeza el señor Onofre.—¡Por Dios, señor Miguel, que sois bien raro!.... ¿Eso me preguntais? ¿Pues no se ha descubierto el plan? ¿No habeis huido del baño para evitar la muerte? ¡Vive el cielo, que esa tranquilidad que mostrais no es ya valor, sino loca temeridad! ¿No sabeis lo que os espera?

—Que me ahorquen.

—¿Y á mí?

—Nada.

—¡Nada!.... ¿Pues qué Azan no se holgará con la ocasion que se le presenta de despojarme de todo cuanto poseo sin dejarme una dobla, y de imponerme, si no otro castigo, por lo menos el de un destierro?

—¿Y por qué ha de obrar con vos así el rey? ¿De qué puede acusaros?

—De que soy vuestro cómplice: ¿os parece poco? Ya sabeis que segun las leyes de este pais incurre en la pena de muerte el que favorece por cualquier medio la fuga de un cautivo.

—¿Y quién ha de decirle que favoreciais la nuestra? Mis compañeros, no, porque como ninguna sospecha tiene de ellos el rey no les preguntará.

—Pero vos caereis en su poder tarde ó temprano....

—¡Señor Onofre!—interrumpió Cervantes, clavando una mirada severa en el mercader.

—De manera—repuso Exarque, bajando la cabeza—que si os ponen en la alternativa de morir ó declarar, como la vida es primero que todo, y para vos valdrá la vuestra mas que toda mi fortuna....

—No prosigais—replicó el poeta.—Os perdono el mal pensamiento: creí que me conociais mejor.

—Perdonad, señor Miguel, que no he pensado ofenderos porque os estimo en mucho y de ello os he dado pruebas; pero por lo que pueda suceder, me parece que debemos cortar por lo sano.

—No es comprendo.

—Me esplicaré.

—Sí, sepamos lo que habeis discurrido.

—He pensado que para mi tranquilidad y vuestro beneficio, lo mejor es rescataros. De este modo, Azan no se acordará mas de vos, y como es consiguiente, tampoco del asunto desgraciado de vuestra fuga, y yo quedaré en la completa seguridad de que nadie vendrá á incomodarme. Vuestro amo ha dado por vos quinientos escudos, y segun me habeis dicho, no piensa dejaros si no dobla esta cantidad: veremos el partido que puede sacarse, pero si se obstina en no hacer rebaja, le daré los mil escudos. Para que nada sospeche le diré que espero la llegada del dinero para vuestro rescate y que mientras os deje en libertad bajo mi fianza.

—Señor Onofre, mucho os agradezco el sacrificio que por mí quereis hacer, pero no puedo aceptarlo.

—¡Que no lo aceptais!—replicó sorprendido en estremo el mercader.

—Nó, porque seria una accion de cobarde egoismo el abandonar á mis compañeros en los momentos de peligro.

—¿Estais loco?

—Les he jurado correr su suerte, morir con ellos y por ellos, y no aceptaré mi libertad sin que antes se rompan sus cadenas.

El mercader contempló por algunos momentos á Cervantes, como si dudase de que ningun hombre fuese capaz de tanta abnegacion.

—¿Y si vuestra familia pudiese rescataros?—dijo al fin.

—Tampoco lo aceptaria, á menos que me encontrase imposiblitado para ayudar á mis compañeros, en cuyo caso, sino habia de serles útil ni libre ni cautivo, volveria á mi patria.

—¿Acaso podeis hacer algo por ellos ahora?

—Puedo al menos intentarlo.

—Si volveis á poder de Azan y os deja con vida os quitará todos los medios.

—Pero eso no puede asegurarse.

—Aceptad mi oferta: volved á España donde os espera vuestra madre, pobre y desamparada; ella es antes que vuestros amigos.

Tentadora era la proposicion y nadie sino Cervantes hubiese dudado un momento en aceptarla; pero no era el poeta un hombre como muchos, estaba dotado de un alma privilegiada, y una vez propuesto á llevar á cabo una noble empresa, nada le hacia desmayar ni retroceder.

Todos los hechos que vamos relatando son verdaderos, están justificados con documentos, y lo advertimos porque aquellos que no conozcan la vida de nuestro inmortal Ingenio, aunque serán pocos, podrian creer que tales rasgos de sin par

abnegacion eran invento de la fantasía para dar interés á nuestra obra.

El mercader rogó nuevamente al poeta, le recordó su pátria y á su desvalida madre y hermana, haciendo la cuestion de conciencia; se lo pidió en nombre de su padre, y no dejó, en fin, sin tocar una sola de las delicadas fibras del corazon de Cervantes; pero este, aunque conmovido con semejantes recuerdos y hasta esforzándose para que el llanto no asomase á sus ojos, se mantuvo firme en su propósito noble y juró una y mil veces que ni el miedo de la muerte ni los mas duros tormentos le arrancarian una palabra que pudiese comprometer al mercader.

Este al fin, convencido de que nada adelantaria, tuvo que abandonar su proyecto y se retiró algo mas tranquilo porque le inspiraban mucha confianza las seguridades que le habia dado el poeta de no pronunciar una palabra que pudiese comprometer á nadie.

Cervantes quedó en casa de su amigo, y pasados algunos dias, viendo Azan que no volvia su cautivo, tuvo por cierto que receloso de alguna traicion se habia fugado; pero como se informó y supo casi con seguridad que no habia salido de la poblacion, no perdió la esperanza de recobrarlo, y al efecto mandó que por las calles se pregonase la fuga del poeta, amenazando con pena de la vida al que lo ocultase.

Desde el aposento en que estaba, oyó Cervantes el pregon por dos veces, pues de corto en corto trecho se repetia; y levantándose resueltamente, impulsado como siempre por sus sentimientos de noble proceder, buscó á su amigo el alférez y le dijo:

—Os dejo.

El señor Diego lo miró sorprendido.

—¡Que me dejais!

—¿Habeis oido lo que por órden del rey se pregona por las calles?

—De nada me he apercibido.

—Se amenaza con pena de la vida al que me oculte, y como si no me encuentran se registrará casa por casa de la ciudad....

—¿Pero á dónde vais?—interrumpió el alférez.

—Al palacio de Azan.

—¡Entregaros vos mismo!

—Sí.

—No hareis tal locura.

—Tampoco abusaré de vos comprometiendo vuestra vida y vuestra hacienda.

—Me ofendeis, amigo mio— replicó el señor Diego en un impulso de noble generosidad.—Os he dado asilo y todo lo arrostraré para protejeros. Si os descubren y el rey quiere que se cumpla su arbitraria sentencia, bien, la sufriré con resignacion y no me arrepentiré de haber obrado con vos como cumple á un antiguo y leal camarada. ¿No sabeis por esperiencia que el peligro no me asusta?

—Lo sé y conozco toda la grandeza de vuestra alma; pero debeis pensar que con perder vos vuestra vida no salvais la mia. Sacrificadlo todo cuando podais hacer un beneficio, pero cuando no han de obtenerse resultados, entonces es una locura el arriesgarse.

—No me convencereis.

—Me iré sin convenceros.

—Os ruego que no hagais tal.

—Estoy resuelto á presentarme á Azan, porque si alguna desgracia os sucediese por mi culpa, los remordimientos me harian morir desesperado.

—Permaneced siquiera hasta mañana, y entre tanto veremos si se encuentra algun medio de evitar la muerte que tan cierta os espera.

—¡Gracias, mi generoso amigo!—repuso Cervantes mientras que abrazaba al alférez.—No olvidaré lo que os debo....

—Al menos dejadme que os acompañe.

—Nó, porque seria descubrir que me habeis ocultado.

El señor Diego no insistió porque conocia bien al poeta y sabia que una vez decidido no retrocedia.

Cervantes, resuelto á todo, salió animosamente de casa de su amigo, y con paso firme y presuroso se encaminó al palacio de Azan.

Al atravesar una calleja solitaria sintió que le tocaban en un hombro, y volviéndose y mirando á un moro que estaba detrás, le alargó amistosamente la diestra y le dijo:

—Nunca en mejor ocasion.

—¿Pero á dónde vais tan de prisa y sin recato alguno cuando correis el mayor peligro?—le dijo el moro con tono que indicaba el interés de una buena amistad.

—¡Peligro cuando se obedece al rey!

—Siempre el mismo—repuso el moro.—No he hablado con vos una sola vez que no me contesteis algo que me sorprenda, como haceis ahora diciendo que obedeceis al rey cuando se pregona vuestra cabeza por las calles de la ciudad.

—Pensadlo bien, que no es la mia, sino la vuestra la que está amenazada.

—¿Lo tomais á broma?

—Todo el que me proteja será ahorcado....

—¿Habeis oido el pregon?

—Sí, y como vos estais dispuesto á protejerme incurrís en la pena.

—Dejad las chanzas, señor Miguel.

—Bueno, hablemos seriamente. Os dije que llegábais en buena ocasion.

—Esplicaos.

—Sois amigo de Azan, de los que con él tienen mas influencia, y podeis hacerme un favor.

—Sabeis que mi amistad es verdadera, y que aun cuando renegué de mi religion, miro á los cristianos con particular interés.

—Me fugué como os lo habrá hecho comprender el pregon.

—Ya lo sabia por Azan que siente vuestra pérdida mas que la de todos sus cautivos, y sé tambien que fraguábais una conspiracion que se ha frustrado por la traicion de un Judas.

—Pues bien, para no comprometer á un amigo que me tenia oculto, me he salido de su casa y voy á presentarme al rey.

—Siempre noble.

—He cumplido con mi deber.

—¿Y deseais?....

—Que me acompañeis al palacio de Azan para que vuestra influencia temple algun tanto su bárbaro enojo, pues aunque la vida es para mí una carga pesada, tengo una madre y una hermana que necesitan de mí y debo conservarme siempre que pueda hacerlo sin cometer ninguna bajeza.

—Os acompañaré de buena voluntad, y estad seguro de que emplearé todo mi valimiento en vuestro favor.

Agradecido Cervantes, y deseoso de servirlo el moro, siguieron calle arriba con ligero paso.

Era este que tan buen amigo se mostraba un renegado murciano llamado Morato Raez, y por sobre-nombre Maltrapillo, muy amigo del rey y mucho mas y muy admirador del poeta. Gozaba de buena fortuna y era en Arjel muy conocido y de todos estimado por la bondad de su carácter y nobles inclinaciones, no pareciéndose en esto á los demás renegados que eran en lo general mas perversos que los moros, sin que se pudiese fiar de ellos en ninguna ocasion.

Largamente hablaron por el camino sobre el estado de los negocios públicos, y en particular sobre aquello que podia en algo interesar á nuestro poeta.

Llegaron al palacio de Azan, y mientras le daban aviso, Cervantes, dijo al renegado.

—Vuelvo á repetiros que no imploreis mi perdon porque no quiero humillarme á ese bárbaro: solamente deseo, y este

es el favor que os pido, que contengais el primer arrebato de su ira para que me escuche.

—¿Pero qué perdeis por mostraros humilde algunos instantes, si esto ha de daros la vida?

—Nó, amigo mio, antes prefiero que me ahorque.

—Pues tened entendido que está furioso como un tigre, y que si escitais su enojo será inútil mi influencia.

—No importa.

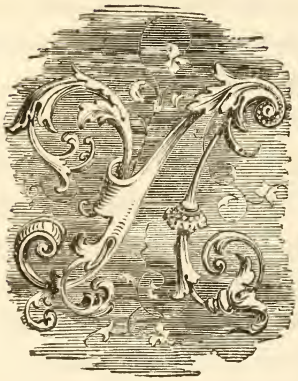
—Dejadme obrar.

—Trabajareis en valde.

Iba á replicar Morato cuando llegaron los criados de Azan diciéndoles que entrasen, lo que hicieron, con mas temor el renegado que el mismo Cervantes en cuyo rostro se traslucia la animosa tranquilidad de su corazon.

CAPITULO XXXVIII.

Ingenio contra fuerza.



o bien Cervantes y Morato entraron en el aposento donde se encontraba Azan, cuando este, levantándose del divan en que estaba recostado y dando en el fuego de sus ojos y en lo encendido de su semblante muestras claras del enojo que sentia, exclamó:

—¡Perro, miserable, ya concluyeron tus hazañas!

—Cálmate, amigo Azan,—le dijo Morato Raez con dulzura. —Quiero pedirte una gracia y espero que no me la niegues.

—Perdona—repuso el rey, dirijiéndose al renegado—si no te recibo como siempre; pero el coraje me ciega.

—Escúchame, Azan.

—Dí cuanto quieras, pídeme cuanto te plazca porque me has prestado un gran servicio trayéndome á este miserable.

El poeta se sonrió irónicamente y dijo:

—Veo que no has acabado de conocerme, Azan.

—¡Silencio, perro!—exclamó el rey.—Silencio y tiembla porque tu vida es corta.

—Si ves aquí á tu cautivo—repuso Morato—es porque viene por su voluntad, no porque lo traigo yo, que seria muy difícil no queriendo él. Lo encontré, me rogó que lo acompañase, y por eso me ves aquí.

—¿Ha tenido miedo de seguirte ocultando el que te dió asilo?

—Tambien te equivocas—contestó el poeta.

—Poco me importa saber el motivo que te ha hecho volver; lo cierto es que estás aquí y que por esta vez no escaparás como en otras ocasiones.

—Me has prometido concederme lo que te pida—dijo Morato—y si he venido con Cervantes no ha sido mas que para rogarte que lo perdones.

—No es eso exacto—replicó el poeta;—yo no quiero pedir perdon ni que lo imploren por mí; la amistad de Morato Raez la necesitaba solamente para que aplacase el primer arrebato de tu cólera y me dejases hablar.

—Lo has conseguido—repusó Azan—porque precisamente lo que quiero es que hables.

—A costa de un perdon humillante no quiero la vida—añadió el poeta.

—Por esta vez—dijo el rey—no revocaré mi sentencia, y ten por seguro que te ahorcaré sino declaras quienes son tus cómplices.

Cervantes meditó algunos momentos, y acordándose de cuatro caballeros españoles que habian sido rescatados y que habian salido de Arjel el mismo dia que él huyó del baño, dijo:

—¿No quieres mas que eso?

—Si declaras te impondré otro castigo que no sea la horca.

—Gracias por tu generosidad—contestó irónicamente el poeta.

—Pero no me respondas con una burla como en otra ocasion.

—Mis cómplices eran cuatro cautivos tuyos.

—¡Sus nombres!

—Don Juan Hernando....

—Se rescató.

—El capitan don Gil de Bustos....

—Ese tambien....

—Don Mateo Nuñez y el señor Antolin Vazquez.

—Todos se han rescatado.

—Su dinero debia servir para la compra de la fragata.

—¿Quién era el renegado que debia comprarla?

—Lo ignoro porque se entendia, como era consiguiente, con los que daban el dinero.

—¡Mientes!

—¿Das mas crédito al fraile que á mí?

—¿Quién te ha dicho?....

—Ya sé que te han estafado un escudo de oro y una jarra de manteca.

—No apures mi paciencia, cautivo—replicó Azan.—Dime cómo sabes quien fué el traidor.

—No es justo que le exijas mas—dijo Morato al rey.—Ya te ha declarado los nombres de sus cómplices.

—Ha mentido.

—Pruébalo—repuso el poeta.

—Sabes que esos cautivos se rescataron y no están en Arjel.

—Harto lo siento porque no supieron cumplir su promesa, empleando en la fragata el dinero de su rescate.

—Pero no eran cuatro, sino cuarenta los cautivos mios que debian fugarse.

—Mi delator te engañó añadiendo un cero.

—De otros crímenes te se acusa.

—De que intento provocar una rebelion, pero no he delinquido mas que con el deseo.

—¿Confiesas? ....

—Debias sospecharlo porque es natural que los cristianos deseen ser dueños de Arjel; y si esto es un delito, un crímen como tú le llamas, debes ahorcar á todos los cautivos, á todos los que encierra la ciudad, ó mejor dicho, á todos los cristianos que hay sobre la tierra, porque no hay uno que deje de tener igual deseo.

—Es que tú has conspirado.

—¿No tienes mas pruebas que la delacion del fingido reverendo y doctor?.... Pues ten entendido que se ha burlado de tí.

—¿Y tú tampoco tienes pruebas para justificarte?

—¿De qué?

—De la conspiracion.

—Es cierto que conspiraba para alcanzar mi libertad.

—Pero has prometido perdonarle la vida si declaraba quienes eran sus cómplices—dijo Morato Raez.

—Cumpliré mi promesa aunque no quedo satisfecho; pero le queda otro delito que castigaré con doscientos palos.

—No me los darán.

—¿Piensas que seré tan débil?....

—Pienso que, aunque bárbaro y cruel, sabes cumplir tus promesas como acabas de decir.

—No lo hice mas que de perdonarle la vida.

—¿Y por qué quieres imponerme el castigo de los palos?

—Por tu fuga.

—¡Por mi fuga!—repitió el poeta como admirado.—Yo no me he fugado.

—¿Te burlas?

—Tienes mala memoria, Azan.

—No me provoques, cautivo.

—Cálmate y recordarás que salí del baño con tu permiso.

—Es cierto.

—Y que al dármelo, añadistes que yo podia salir cuando quisiese y volver tarde ó temprano segun se me antojase.

Azan contempló admirado á Cervantes, y su cólera cedió ante la ingeniosa ocurrencia de querer probar con incontestables razones que no habia semejante fuga, sino el uso de una autorizacion tan terminantemente concedida.

—Cautivo—dijo el rey despues de algunos instantes—no sé lo que en tí vale mas, si tu valor ó tu ingenio.

—Sin duda mi valor, puesto que acabo de convencerme de que soy muy torpe porque no supe comprender las palabras con que me otorgastes el permiso de salir.

—¿Crees que te has librado del castigo?

—Creo que me tendistes un lazo y que has caido en él. Sin embargo, puedes abusar de la fuerza y castigarme, pero me queda el derecho de decir que eres de los hombres que olvidan sus palabras.

—Podrás llamarme cruel, pero no mal guardador de mis promesas—replicó Azan.—Válgate por hoy tu ingenio.

Y luego añadió, dirigiéndose á Morato:

—Amigo, complacido estás.

—Gracias, contestó Maltrapillo.

Azan cedió, como siempre, á la influencia de Cervantes cuya superioridad reconocia mal de su grado.

—Cautivo—dijo despues de algunos momentos—acabastes de ejecutar tus atrevidas trazas. Voy á mandar que te encierren en uno de los calabozos de la cárcel donde estarás seguro y yo tranquilo, pues de otra manera no tengo medio de guardar mis esclavos.

Un cuarto de hora despues fué encerrado Cervantes en la cárcel de moros que estaba en el mismo palacio de Azan, y allí, en un calabozo donde apenas se deslizaba un debilísimo rayo de luz, sujeto á una cadena de hierro que apenas ten-

dria seis pies de largo, quedó el infeliz sin esperanza alguna de salvacion, y tranquilo y resignado aguardó la muerte que no podria hacerse esperar, pues era imposible vivir mucho tiempo de aquella manera.

No se contentó con esto Azan, sino que llevado de la sospecha de que el renegado Giron, ó sea Abdaharramen, era el que debia favorecer la fuga de los cautivos, lo desterró al reino de Fez, con sentimiento de no poder castigarlo mas severamente por carecer de pruebas con que acusarlo; y aunque no las necesitaba su autoridad sin límites, pero como era tan creciente entonces el descontento del pueblo, respetaba algo mas que antes la justicia para no dar ocasion á nuevas quejas de su tiranía.

El mercader Onofre Exarque salió bien librado, pues ni aun siquiera de él se acordó el rey.

Tal fué el triste resultado de aquella nueva tentativa que debia ser la última en que Cervantes dió pruebas de su arrojo, de su ingenio, de su constancia y de la nobleza de su alma y grandeza de su corazon.

CAPITULO XXXIX.

En Madrid y en Arjel.

IENTRAS esto sucedia en Arjel, en Madrid, la madre de Miguel de Cervantes, seguia con incansable ardor haciendo toda clase de esfuerzos, todo género de sacrificios para conseguir el rescate de su hijo querido.

Hay que advertir que doña Leonor, un dia despues de pasado el año de la muerte de su esposo, volvió á casarse con un hidalgo pobre, pero honrado, por nombre Sotomayor, del cual tuvo una hija á quien llamaron Magdalena. Mucha estrañeza causó este matrimonio á las personas que sabian con cuán profundo amor y respeto guardaba doña Leonor la memoria de su primer marido, y mas estrañaron que Andrea mostrase ser de su aprobacion que otro

ocupase el lugar de su virtuoso padre; empero la madre como la hija callaron al mundo las razones que tenian para obrar así, y el dia del casamiento, despues que este se hubo verificado, cambiaron una mirada, se estrecharon con un abrazo dolorosísimo y de sus ojos salió una lágrima cuyo valor solo ellas comprendian. Pero la viudez debia ser el estado de la noble señora, porque antes del año murió Sotomayor, y algunos meses despues se casó Andrea con su primer marido Sanctes Ambrosi, natural de Florencia.

Como hemos dicho, la materal constancia de doña Leonor consiguió al fin ver terminado el voluminoso espediente en que debia fundar su pretension para que el monarca ayudase por lo menos con alguna cantidad al rescate de Miguel. ¡Vana esperanza que debia darle el mas amargo de los desengaños!

Se solicitó del rey la gracia de que mandase dar del tesoro lo que á bien tuviese para tan humanitario fin, y entonces se procedió á formar un segundo espediente para crear un arbitrio especial, pues segun el sistema económico y administrativo de aquellos tiempos no podia hacerse otra cosa. Los trámites eran muchos y no fué poco el tiempo que en esto se perdió.

Llegó al fin el dia en que el monarca decretase en vista de un centenar de informes, y el fundador de San Lorenzo del Escorial, el que gastó montañas de oro en encender guerras civiles en otros reinos para ayudar los cálculos de su ambicion y de su política tenebrosa, el señor de dos mundos, concedió por toda merced un permiso para esportar de Valencia á Arjel por valor de dos mil ducados de mercaderías no prohibidas para que con las ganancias de la venta de estas se ayudase á rescatar á Miguel de Cervantes, al soldado valiente y cubierto de heridas, al cautivo que antes que pensar en su propia suerte pensaba en su patria y agravaba su situacion para añadir una joya á la corona de aquel mismo rey. Esto no necesita comentarios; basta decirlo sencillamente para

comprender toda la ingratitud que entonces y despues demostraron los que mas debian al desvalido manco. Los apasionados del monarca *Prudente*, *Justiciero*, *Magnánimo* y *Caritativo*, intentan defenderlo de esta *gratuita acusacion* de ingrato, diciendo que Cervantes entonces no habia dado prueba alguna de su grande ingenio, y que por consiguiente solo podia considerársele como á uno de tantos que en aquella época demostraron su heróico valor en las guerras que se sostenian, y que gemian, tambien como Cervantes, en las mazmorras de Arjel; por cuya razon todos tenian igual derecho á ser atendidos, y si á rescatarlos á todos hubiese acudido Felipe II, no le hubieran bastado el tesoro de la nacion y el suyo particular. La réplica es sutil, pero nada mas que sutil, porque debe tenerse en cuenta que del espediente formado á peticion de Rodrigo de Cervantes, resultaban justificados servicios particulares que ninguno tenia en su favor, así como los muchos sacrificios que con riesgo de la vida habia hecho el poeta en bien de sus hermanos. Empero esto sin duda no tenia ningun valor para el que se envanecia con ser el primer defensor de la religion católica, haciendo alarde de una caridad que en vano hemos intentado ver justificada. Y á pesar de todo perdonariamos esta ingratitud á Felipe II si no hubiese ido seguida de otras inescusables. Despues del rescate del poeta se hizo en Arjel otra informacion de la cual resultaba, primero, que olvidándose de sí propio atendió constantemente á los demas cautivos; segundo, que habia dado las mas inequívocas pruebas de una fé religiosa que desgraciadamente era y es poco comun, y tercero, que á no mediar la vil traicion, Arjel hubiera sido de España y hubiéramos llevado allí la civilizacion que por convenir á sus miras políticas ha llevado la Francia tres siglos despues, haciendo un gran servicio á la humanidad. ¿Y qué hizo Felipe II por el que volvió á España con aquel brillante y honroso documento? ¿Qué hizo por el que dejaba una envidiable reputacion entre cristianos y moros,

por el que logró ocupar la atencion del gravísimo P. Haedo, hasta el punto de que en su *Historia de Arjel* hiciese particular mencion con muchos detalles de nuestro inmortal poeta? Miguel de Cervantes mereció una página en la historia de un pueblo, porque cargado de cadenas y encerrado en un calabozo pudo influir en los destinos de aquel mismo pueblo y aun quizás en la marcha de la civilizacion de aquella parte del mundo, y no mereció mas que el desprecio y la ingratitud del prudente Felipe de Austria. Ya se vé como el manco de Lepanto no necesitaba demostrar las dotes de su claro ingenio para ser digno de que no se le confundiese con esa multitud de hombres que nacen, viven y mueren sin hacer mas que nacer, vivir y morir. Si se hubiese tratado de atacar la independencia de un pueblo para aumentar conquistas y poder, Felipe II hubiera derramado el oro con tanta abundancia como sus ejércitos derramaron la sangre en Flandes y, tal vez como algunos sospechan, su política en la San Barthelemy. Pero se trataba solamente de conquistar un gran corazon, de pagar á un soldado leal y valiente la sangre que habia vertido, y esto era poco para el gigante de nuestra gigantesca historia.

Repetimos lo que ya hemos dicho en otras ocasiones: admiramos á Felipe II porque su cabeza atesoraba un talento político que pocos ó ningun hombre han alcanzado, pero no encontramos bueno el uso que hizo de tan riquisima dote, no puede perdonársele su ingratitud.

Quizás nos separamos demasiado de nuestro asunto, pero ya volvemos á él.

De nada sirvió la merced concedida por el monarca. Al principio creyó doña Leonor que el privilegio de sacar las mercaderías sacaria del cautiverio á su hijo. ¡Vana ilusion! La dolorida madre, pensando ofrecer un tesoro, ofreció la real merced á todos los comerciantes, y despues de muchos pasos dados inútilmente, solo uno encontró que le ofreciese por él la mezquina suma de sesenta ducados.... ¡Madre infeliz!

Empero no desmayó por esto y buscó otros tratantes en esta clase de negocios.... Ninguno volvió á encontrar que le ofreciese un solo escudo, y entonces, para aprovechar algo, decidióse á venderlo al primer comprador que habia encontrado y se presentó á sacar la cédula de merced; pero ¡oh país de las anomalías! los derechos curiales importaban mas de los sesenta ducados que por ella le habian ofrecido.

Doña Leonor tuvo que renunciar á este socorro, y siguiendo sus diligencias pudo conseguir que de los fondos de la limosna general de la órden Redentora se aplicasen cincuenta doblas al rescate de su hijo Miguel.

Esto no alcanzaba ni con mucho mas para satisfacer las exigencias de Azan, y tuvo la pobre madre que dejar que la usura se apoderase del resto de su hacienda y que permitir que su hija recurriese otra vez á su dote para poder reunir trescientos ducados.

Mientras que el monarca y los poderosos magnates cerraban sus oidos á la voz de la desgracia, un hombre oscuro y pobre que ni siquiera conocia á Cervantes, pero que habia tenido noticia de este asunto, dió cincuenta doblas que probablemente constituirian el total de sus ahorros de muchos años, hechos á costa de trabajo y privaciones. Quizás sin el rasgo generoso de aquel hombre no hubiera podido conseguirse el rescate del poeta, y á tan caritativa accion sea deudora España de poder envanecerse con el nombre de Miguel de Cervantes, al cual debemos unir el de su desinteresado bienhechor, que lo fué un tal Francisco Caramanchel, doméstico de un consejero.

El producto de tantos afanes y amarguras fué entregado al fin al padre fray Juan Gil, religioso de la órden de la Santísima Trinidad, y su procurador general, varon sábio y de ejemplares virtudes, que en compañía del padre fray Antonio de la Bella, ministro del convento de Baeza, llevó á Arjel el estandarte de la Redencion con algunos fondos particulares de

la órden. Esta gloriosa espedicion salió de Madrid en el mes de mayo de 1580, quedando doña Leonor y su hija mas tranquilas y consoladas, aunque mas que nunca pobres y sin recursos porque todos los habian agotado.

Mientras esto sucedia en Madrid, en Arjel tambien se derramaban muchas lágrimas por Cervantes.

Nos referimos á Zoraida que desde la última prision del poeta, perdida ya toda su esperanza, deseaba la muerte para acabar de padecer. Empero en aquellos momentos en que la desgracia la perseguia como nunca, cuando parecia que el dolor que consumia su existencia no debia dar trégua á ningun otro sentimiento que el de su amor, acudieron á su mente mas vivos que nunca, mas consoladores y mas halagüeños, los recuerdos de las exhortaciones religiosas del poeta y fueron dominando poco á poco su razon hasta encender en el alma una leve chispa de fé que debia convertirse en hoguera.

Trascurrieron así muchos dias, y la esposa de Dalí Mamí, siempre pensando en Cervantes, no pudo olvidarse tampoco de las exhortaciones de este, y cada dia se sintió mas inclinada á las creencias de la religion católica, llegando al fin el caso de desear vivamente recibir el bautismo.

Entonces, con todo el ardor de su espontáneo deseo, se ocupó en buscar los medios mas seguros de llevar á cabo su determinacion, y bien porque alguna nueva esperanza aliviase sus dolores, bien porque ocupada con tales proyectos su imaginacion no la dejasen pensar tanto en sus tristes desgracias, es el caso que sintió algun consuelo y recobró algunas fuerzas.

Al fin, despues de mucho cavilar, ocurrióselo un pensamiento atrevido, y decidida á ponerlo en práctica, llamó á Zamareta, su esclava favorita, para participárselo y saber si podria contar con su ayuda. Además, la esclava era astuta en estremo, y su opinion debia tenerse muy en cuenta.

Zamareta acudió al llamamiento de su señora, y arrodillándose y luego descansando el cuerpo sobre la parte inferior

de las piernas, se dispuso á escucharla con religiosa atencion é interés porque la queria estremadamente.

—Mi buena Zamareta—le dijo Zoraida—ya sabes cuanto sufro sin otra esperanza de alivio que el negro de la muerte.

—Pero hace algunos dias, sultana—le contestó la negra hija de la India—que estás menos triste. Yo adivino la causa de esto, y con tal que tu vida se salve y recobres tu sosiego, todo lo encuentro bien.

—¿Has adivinado la causa de mi alivio?

—Sí, sultana.

—¿Y cuál piensas que es?

—El haber trocado tus creencias religiosas por las del cautivo que tiene tu corazon.

—¿Y por qué lo sospechas?

—Porque casi no me has hablado de otra cosa y te faltaban palabras para elogiar una religion que es igualmente buena para todos, lo mismo para el rico que para el pobre, para el hombre que para la mujer, á la cual los cristianos tienen y miran como ó una criatura y no como á un ser despreciable segun sucede entre los creyentes de Mahoma.

—Es verdad, te he dicho que entre los cristianos las mujeres somos sus hermanas, y para los mahometanos no somos otra cosa que un ser intermedio entre la criatura y la bestia, un mueble animado que cuando ya no puede servir para lo que se le destina, se le abandona y aun se le considera estorboso. El hombre que hoy vemos á nuestras plantas, esclavo de nuestra hermosura, mañana nos mira con desden porque se marchitó nuestra belleza, y como el que arroja al suelo una flor que ha perdido su perfume, nos rechaza sin que le quede de nosotros ni el recuerdo mas débil de cariño: todo lo mas que solemos inspirarle es compasion.

—Lo que prueba, sultana, que encuentras mejores las máximas del cristianismo, y por consiguiente....

—Pues bien, Zamareta, ¿para qué he de negártelo? quiero

ser cristiana, quiero esa religion que se engrandece con la humildad, que castiga con el perdon, que guarda en la otra vida goces para el pobre y consuelo para el que llora; esa religion donde todos son hermanos, lo mismo el rey que el vasallo, el noble que el plebeyo, y que tiene por base el precepto de « ama á los demás como á tí mismo, no hagas con los otros lo que no quieras que hagan contigo. » Los cristianos son todos iguales en esta vida, iguales en la otra, no tienen mas que un cielo, una ley, una misericordia que alcanza á todas las criaturas y á todos los pecados.... ¡Ah!.... Esa religion es la del Dios verdadero y el que la predicó su verdadero Hijo, el Hijo de Dios el que socorria á los pobres, consolaba á los afligidos y ayudaba á los desvalidos y á los débiles.

Bien habia aprovechado Zoraida las exhortaciones del poeta, si ha de juzgarse de sus palabras, que mas parecian hijas de una larga instruccion en los principios católicos.

—Sí, sultana—replicó Zamareta con algun entusiasmo;—eso es muy consolador y muy justo, y no estraño que calme tus dolores. ¿Pero cómo has de ser cristiana siendo esposa de Dalí Mamí?

—He concebido un proyecto—repuso Zoraida—y para consultarte y ver si puedo contar con tu ayuda te he llamado.

—¿Si puedes contar con mi ayuda? ¿Acaso te la he negado hasta ahora? ¿No soy tu esclava?

—Mi esclava, nó, Zamareta: ya no tengo esclavas, sino hermanas como me manda el Dios verdadero: desde este instante eres libre, y solo podrá estorbar tus acciones mi esposo, usando de su criminal derecho.

Los ojos de la negra se humedecieron por el llanto, y besó repetidas veces los pies de su señora.

—¡Jamás te abandonaré!—exclamó la pobre esclava. ¡Jamás!.... ¡Mi vida es tuya!.... Yo tambien quiero ser cristiana, tú me enseñarás los preceptos de esa religion porque yo

no sé de ella mas sino que el esclavo tiene tambien un Dios que le promete un cielo como al rey mas poderoso.

—¡Sí, seremos cristianas!

—Dime tu proyecto, sultana, y cuenta conmigo para todo.

—He pensado huir de Arjel—repuso Zoraida.

—¡Huir de Arjel!—repitió con asombro la negra.—¡Huir de Arjel!....

—Sí, quiero ir á España, á esa tierra bendita por Dios donde nacen hombres de tan noble corazon como el cautivo.

—¡Imposible, sultana, imposible!

—No es imposible si tenemos arrojo y constancia.

—Prosigue.

—Me llevaré cuantas joyas pueda, no para que pasemos allí una vida regalada, sino para venderlas y rescatar al cautivo sin que él sepa quien le hizo semejante bien, porque no lo admitiria.

—¿Y cómo puede hacerse eso?

—Muy fácilmente.

—No lo alcanzo.

—Ya sabes que hace dos dias han llegado á la ciudad unos sacerdotes cristianos que vienen á establecerse para rescatar cautivos con lo que de España les manden las gentes caritativas.

—Ahora te comprendo: tú entregarás allá lo necesario sin decir quien eres....

—Ya ves cuan fácil es.

—¿Pero y la fuga?

—Es lo mas difícil y lo mas espuesto, pero tambien se conseguirá.

—¿Te se ocurre algun medio?

—Sí.

—¡Qué felices seremos!—exclamó la negra cuyos grandes ojos brillaron alegremente.

—Mi esposo apenas me vigila; y cuando hace algun viaje, que ya sabes son frecuentes, quedo en completa libertad.

—Pero quedan muchos ojos que te miran.

—No importa, podremos escaparnos de noche por las tapias del jardin, dejando prevenido antes que al otro dia no me despierten hasta una hora bastante avanzada: así, cuando se aperciban de nuestra ausencia, estaremos á distancia que no puedan alcanzarnos.

—Otras muchas cosas deben mirarse, sultana.

—Lo sé, pero cuando llegue el caso obraremos segun se presenten las circunstancias.

—¿Y quién nos llevará á España?

—Creo, Zamareta, que será lo mejor el ir á caballo hasta Oran, y una vez allí, diciendo que vamos con el fin de abrazar la religion católica, encontraremos proteccion sobrada. Necesitamos para esto contar con una persona de mucha confianza que nos guie hasta Oran; pero la buscaremos y no dejará de encontrarse si pagamos generosamente.

—¿No temes la traicion?

—Sí, pero hemos de arriesgar algo.

—¡Si pudiese ayudarnos el cautivo!....

—Ciertamente entonces era seguro el buen resultado de nuestra empresa; pero él necesita ahora nuestra ayuda.

—Pues bien, empecemos á trabajar.

—¿Estás decidida?

—Tanto que el dia de hoy lo pasaré meditando sobre ello, y mañana me ocuparé en buscar la persona que necesitamos.

—No ha de saber que se trata de mí.

—Nada me adviertas, sultana: antes de obrar te consultaré, pero déjame combinar los medios.

—En tí confio.

—Y yo en ese Dios que tanto ama á los pobres y á los desgraciados—repuso la negra.

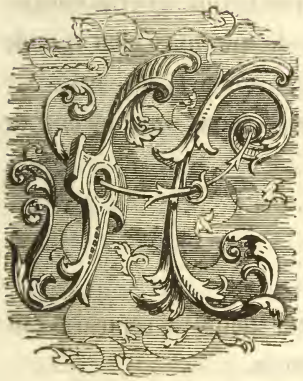
Un cuarto de hora despues, Zoraida quedaba tranquila y

profundamente dormida sobre el divan en que estaba sentada. Las esperanzas mas risueñas habian dado á sus dolores alivio, y por primera vez, despues de mucho tiempo de contínuo llanto, habia podido sonreir al cerrar al sueño sus ojos.

Zamareta, entretanto, se paseaba sola por el jardin con pasos lentos y desiguales, hasta que para meditar con mas sosiego se sentó á la orilla de un travieso arroyuelo en cuyas aguas cristalinas bañaba sus hojas de terciopelo un enamorado lirio de lánguido tallo.

CAPITULO XL.

Mal principio.



ABIAN llegado á Arjel los padres redentores, y lo primero en que pensó ocuparse el reverendo fray Juan Gil fué en el rescate del poeta.

Eran las diez de la mañana, y el procurador de los Trinitarios, despues de haber celebrado misa en una de las iglesias católicas, se dirigió al palacio de Azan, mientras rogaba á Dios que le prestase ayuda para comenzar á ejercer su humanitaria mision.

El tirano reyezuelo recibió al sacerdote con toda la altivez y el orgullo de su omnímoda autoridad, lo que no desconcertó en nada á aquel verdadero imitador de Jesucristo que sabia engrandecerse con la humildad y la mansedumbre.

—Que el Señor ilumine tu razon—dijo el reverendo padre

al entrar en el aposento donde el rey se hallaba recostado descuidadamente en blandos almohadones de terciopelo.

—¿Quién eres?—le preguntó Azan.

—Uno de los que, como sabes, hemos venido con el fin de procurar la libertad á los cautivos que lloran en vuestros calabozos.

—¿Traereis muchos escudos?

—Mucha caridad—contestó el sacerdote.

—Poco es eso, pues no habrá quien te dé un cautivo, por viejo y débil que sea, por un sermon. Pero en fin, sea como quiera, si os mandan algunas limosnas, podreis hacer algo de provecho.

—Y para comenzar he venido á hablarte.

—Bien, eso me agrada. ¿Quieres llevarte algun cautivo? Me alegro porque se comen mas de lo que valen y te lo daré por muy poco dinero. Tengo dos mil, y esceptuando unos cincuenta, los demas podrás rescatarlos por lo que quieras darme.

—Vengo por uno que estoy cierto de que mas bien que de otra cosa te servirá de estorbo.

—Si es como dices—repuso Azan—dame una docena de escudos y llévatelo.

—Con tal que no te arrepientas....

—¿Cómo se llama?

—Miguel de Cervantes.

—¡Miguel de Cervantes, el manco español!—repuso Azan, incorporándose y con acento de sorpresa.

—Sí.

—¿Y dices que nada vale ese cautivo?

—¿Para qué puede servirte un hombre estropeado y de genio díscolo?

—Veo que te han informado mal: ese cautivo solo vale mas que todos los que tengo. Bien se conoce, buen fraile, que acabas de llegar á Arjel y que con nadie has hablado del manco español, conocido en toda la ciudad por moros y cristia-

nos. Muchos me lo envidian y ya me hubieran dado mas de lo que me costó si yo hubiera querido venderlo.

—¿De qué te sirve que así tanto lo aprecias?

—De nada—contestó Azan:—encerrado lo tengo en el mas oscuro calabozo de la cárcel, y allí no hace mas que dormir y comer. He tenido que tomar esta determinacion para tener seguros á mis cautivos y aun la ciudad, pues ya ha intentado provocar una rebelion del pueblo.

—Entonces no comprendo en qué se funda la estima con que lo guardas, pues sino te sirve mas que para hacerte daño, debieras desear que se lo llevasen por cualquier precio.

—Sin embargo, he dado por él quinientos escudos de oro de España en oro, y no me arrepiento, porque estoy seguro de que para su pátria valdrá mucho más y lograré un buen rescate.

—Te equivocas, Azan—replicó el reverendo;—ese hombre vale menos en su pátria que aquí, y con trabajo ha podido su madre reunir de limosna la cantidad que traigo.

—Bien haces en hablarme así para obtener el rescate á bajo precio, pero no te creo ni te creeré aunque me lo jures, y por consiguiente puedes evitarte la molestia de querer convencerme.

—No lo intentaré.

—Vamos á la cuestion.

—Sí, porque anhelo ver libre á Cervantes.

—¿Estás decidido á rescatarlo?

—Dí lo que quieres por él.

—Voy á decírtelo, y si te acomoda, bien, y sino, puedes escusar ofrecerme otro precio porque no rebajaré ni un zoltaní.

—Sepamos.

—Mil escudos de oro de España en monedas de oro.

—¡Mil escudos! exclamó el buen sacerdote.

—¿Te parece mucho?

—No hay duque que haya dado tanto por su rescate.

—El manco vale mas.

—¿Pues no te ha costado quinientos escudos?

—¿Y piensas, cristiano, que los di para no ganar?

—Eso es una usura criminal.

—¿Has venido á predicarme ó á rescatar un cautivo? Te he dicho que quiero mil escudos, y si no me los cuentas en oro, no saldrá el manco de la cárcel sino cuando yo tenga que salir de Arjel, porque haya cumplido el plazo de mi bajalato.

—No eres justo, Azan.

—Ten entendido que no pretendo la fama de bienhechor.

—Te creo.

—Y escusa gastar tiempo en valde porque no rebajaré una dobla.

Fray Juan Gil bajó tristemente la cabeza porque el acento del renegado le hizo comprender que estaba resuelto á no dejar á Cervantes por menos precio que el exhorbitante que le habia puesto ya. No llegaba á trescientos escudos la cantidad de que podia disponer para el rescate, y era imposible que Azan hiciese tal rebaja que se consiguiese la libertad del cautivo.

—¿Te decides?—repuso el rey despues de algunos instantes, y creyendo que el sacerdote vacilaba.

—¿En nombre de qué te rogaria para que se ablandase tu corazon?—dijo fray Juan con acento conmovido.—Una madre pobre, sin mas amparo que ese hijo, ha tenido que implorar la caridad pública y sufrir toda clase de humillaciones....

—Suspende tu sermon—interrumpió Azan con acritud.—No me hagas perder tiempo: si ánimo tienes y dinero con que rescatar al manco, ya sabes el precio en que lo dejaré; si alguna de esas cosas te falta, puedes retirarte.

—¡No tengo mas que doscientos sesenta escudos!—dijo el sacerdote con triste acento.

—¿Y te atreves á ofrecerme esa cantidad?—replicó el rey con marcado enojo.—Aléjate, cristiano, y no tientes mi paciencia: sin duda me tienes por muy necio para creer que no solo no he de ganar, sino que he de perder en el negocio.

—Azan....

—Hemos concluido, vete.

—¡Dios te perdone!—murmuró fray Juan.

—Por ahora no necesito ese perdon.

—¿Y me permitirás ver á Cervantes?

—Tampoco.

—¿Por qué llevas hasta ese estremo tu crueldad?

—Porque no quiero que conspire, como seguramente hará si tiene ocasion de hablar contigo.

—Que nos vigilen mientras estoy con él, que escuchen nuestra conversacion; pero déjame que al menos lo consuele hablándole de su madre y de su hermana.

Azan reflexionó algunos momentos, y luego repuso:

—Bien, de ese modo te permitiré que lo veas; pero ten entendido que si le dices ó escuchas una sola palabra en voz baja, quedarás con él en la cárcel.

—Tu orgullo te estravía—replicó el sacerdote con firmeza.

—Pero cumpliré lo que digo.

—He venido á Arjel bajo el amparo del rey de España, y si te atreves á atentar contra mi persona....

—Tú perderás—interrumpió el renegado—porque por muy pronto que acudiese tu rey para vengarte, ya no me encontraria en Arjel: el tiempo de mi empleo concluye muy pronto.

—Pero quedará la ciudad.

—Pueden quemarla despues que yo no esté en ella.... Pero dejemos esto que á nada conduce.

—Sí, hablemos del infeliz cautivo.

—Lo verás con la condicion de que escuchen vuestra conversacion.

—La acepto.

—¿Quieres ir ahora á su calabozo ó dejarlo para otro dia?

—Ahora mismo si es posible.

—Bien, espera y daré las órdenes convenientes. No puedes tener queja de mí.

Azan llamó á un oficial de su guardia y le hizo las observaciones oportunas á fin de evitar que la entrevista del redentor y el cautivo fuese causa de algun nuevo trastorno: tal era el miedo que el renegado habia llegado á cobrar al infeliz Cervantes, á pesar de tenerlo encerrado, atado á una cadena y sin mas comunicacion que la del duro carcelero que le llevaba la comida.

El soldado salió del aposento, y pasado mas de un cuarto de hora volvió, diciendo al rey.

—Están cumplidas tus órdenes.

—Conduce á la cárcel á este cristiano—dijo Azan—y advierte nuevamente al carcelero que me responde con su cabeza del cumplimiento de mis mandatos.

—Serás obedecido.

—Y que no permita que esté en el calabozo mas de media hora.

El soldado hizo una seña á fray Juan Gil, y este lo siguió, dirigiéndose ambos á través de muchas habitaciones á la cárcel de moros.

CAPITULO XLI.

De la entrevista de fray Juan Gil con Cervantes.

A maciza y ferrada puerta del calabozo donde estaba nuestro poeta, rechinó al girar sobre sus enmohecidos goznes, dejando salir un aire pesado, húmedo y pestilente que obligó al religioso á retroceder un paso.

—¿Tienes miedo?—le dijo con acento burlon el carcelero. —Entra sin cuidado porque está solo y es el hombre de mas calma que he visto en toda mi vida. No se mueve de un sitio.... verdad es que está amarrado á una cadena, pero tampoco muestra deseos de que lo suelten.

El sacerdote miró severamente al moro y luego entró sin poder distinguir al cautivo hasta que pasados algunos instantes se dilataron sus pupilas.

No sucedió lo mismo al poeta, que acostumbrado ya á la

escasísima luz de aquel triste aposento, pudo conocer que era un religioso el que entraba, y lo miró con sorpresa, no acertando á pronunciar una palabra porque sintió oprimido su pecho por la mas tierna emocion. ¡Hacia tanto tiempo que solo veia á su brutal carcelero y que no habia dirigido la palabra á un cristiano!....

El infeliz estaba sentado en un monton de paja medio podrida donde anidaban los mas incómodos y asquerosos insectos, y aunque tenia libres los brazos y las piernas, pero una argolla de hierro rodeaba su cintura, y esta argolla estaba enlazada á una cadena del mismo metal, de gruesos eslabones, y sujeta por el opuesto estremo al muro, no permitiéndole hacer otros movimientos que los indispensables para acostarse, levantarse y ponerse de pie y alejarse un solo paso del monton de paja.

Solo dos ó tres veces habian limpiado el calabozo desde que estaba en él nuestro cautivo, y con decir esto podrá formarse una idea del estado en que se encontraria su atmósfera que por fuerza debia ya estar corrompida. Imposible parecia que hubiese podido nadie vivir de aquella manera: solo una constitucion fuerte y vigorosa como la de Cervantes, ayudada por un espíritu enérgico como el suyo, hubiera podido resistir á la humedad y la falta de ventilacion, ó mejor dicho, á una atmósfera cargada de miasmas venenosos, y á la forzada quietud que necesariamente debia producir una enervacion precursora del aniquilamiento físico. Empero Dios velaba por él: le tenia reservados dias de mas amargura, es verdad, pero tambien una gloria que en vez de oscurecerse á través de los siglos se esclarece mas con el transcurso del tiempo.

Cuando el sacerdote, despues de distinguir al poeta iba á hablarle mientras se acercaba á él, oyó el chirrido que al moverse produjeron los toscos eslabones de la cadena, y estas palabras que resonaron en el calabozo, pronunciadas con voz en estremo conmovida y tierno y y doloroso acento:

—¡Venid, padre mio, quien quiera que seais!

Y el infeliz cautivo se levantó y abrió los brazos donde se precipitó el reverendo sin articular una sílaba, pero con los ojos preñados de lágrimas.

Largo rato permanecieron aquellos dos hombres abrazados con el mismo cariño que si desde mucho tiempo se conociesen y los ligaran los lazos de la amistad: y sin embargo, nunca se habian visto, y el uno de ellos ni siquiera sabia quien era el otro, pues solo por el vestido pudo conocer que era un cristiano y un ministro del Señor.

¡Con cuanta violencia palpitaron aquellos corazones! El del trinitario estaba oprimido de dolor; el del poeta latia con el mas dulce gozo. Aquellos primeros instantes fueron de suprema felicidad para el que no abrigaba ya otra esperanza consoladora que la de alcanzar en el cielo la recompensa de sus dolores y de la resignacion con que los habia sufrido.

—¡Infeliz!—murmuró al cabo fray Juan con voz ahogada.

—¡Padre mio!—repuso el poeta.—¡Cuán dulcísimo es el consuelo que habeis derramado en mi alma!

—¡Pluguiese al divino Hacedor que conmigo viniese el término de vuestras desgracias!

—Ya llegará—dijo el cautivo;—ya llegará porque el hombre no es eterno, y así como la muerte arrebata con su mano de hielo todas las mundanas felicidades y convierte en humo todas las vanidades, tambien pone fin á todos los dolores, enjuga todas las lágrimas, disipa todos los temores, y el que fué horizonte nublado de un negro porvenir, se torna en risueña aurora que anuncia el dia de la eterna bienaventuranza.

—¡Dios os bendiga, hijo mio, porque vuestros dolores aumentan vuestra resignacion, porque el llanto, en vez de apagarla con sus raudales, aviva mas y mas la llama de vuestra fé!

El sacerdote estendió su sagrada diestra y bendijo á Cer-

vantes. Este inclinó la cabeza y besó luego aquella mano bendita.

—La muerte—repuso el poeta—no es un trance duro y medroso cuando duerme tranquila la conciencia en brazos de la virtud. Yo no ambiciono dicha que como la juventud ha de pasar para no volver. En el mundo hay dos clases de hombres: aquellos cuyos ojos lloran mientras que sonrie su conciencia, y aquellos cuyos lábios rien mientras su conciencia llora y acusa. Quiero ser de los primeros para que no me espante la muerte, esa muerte tan temida, tan acusada de dura y de inexorable, esa muerte que parece la mayor desgracia de la humanidad, pero que es la ley mas justa de la naturaleza porque enseña á los hombres á conocer lo que son, arrancando lo mismo la púrpura del monarca que el harapo del miserable, presentándolos á todos desnudos, sin el oropel de las riquezas ni de los honores, sin las bellezas de sus formas naturales, convertidos en esqueletos tan horribles y tan asquerosos, tan iguales, que no podria distinguirse cual de aquellas calaveras sostuvo una corona ó el casquete de un esclavo; cual de aquellos descarnados armazones se cubrió con un manto de púrpura y de armiño, de seda y oro, ó con un sambenito envilecedor. Yo no veo mas que esqueletos; mis ojos los buscan y los encuentran lo mismo bajo el terciopelo y los bordados conque se viste el noble, que bajo la tosca lana conque el plebeyo se abriga. Y no sirve que la vanidad intente traspasar los umbrales del sepulcro, esculpiendo en mármoles coronas y nombres esclarecidos por la misma oscuridad de su remoto orígen; levantad aquella losa y no encontrareis mas que polvo y gusanos lo mismo que los que bullen en la sepultura humilde donde solo una cruz puso la fé cristiana sin mas timbres ni nombres que la dulce palabra *paz*.

El sacerdote contemplaba admirado al cautivo. ¿Cómo habia de figurarse encontrar á un hombre de alma tan elevada y virtuosos sentimientos, de entendimiento tan preclaro?

Cervantes á su vez contempló la dulzura evangélica del rostro de fray Juan, y prosiguió diciendo :

—No penseis, padre mio, que yo me envanezco teniéndome por virtuoso: mi conciencia me acusa tambien de haber ambicionado mundana gloria.... ¡Ah!.... la ambicion de gloria me ha dominado muchas veces y presiento que me dominará; me ha llevado á los combates para buscarla con la muerte; me dará perseverancia en el estudio porque ambiciono la gloria del poeta....

—¡Noble ambicion!—exclamó el reverendo.—Noble ambicion de una gloria que quisisteis comprar sacrificando vuestra vida en defensa de la religion y de la pátria, que intentais alcanzar con la vigilia en pró del saber humano.... gloria que si Dios os concede no será solo para vos, porque con vos la partirá llena de orgullo vuestra pátria. Esa ambicion de gloria no podeis alcanzarla sino haciendo beneficios.

Hubo algunos momentos de silencio como si aquellos hombres hubiesen querido dar trégua á las emociones que sentian, y luego repuso el sacerdote:

—Vuestra fé y vuestra resignacion os hacen merecedor de que yo ponga todo mi afan en volveros á vuestra madre.

—Muy difícil es, padre mio.

—No os he dicho aun el objeto de mi venida á Arjel ni á vuestro encierro.

—Lo adivino: traer el consuelo y el alivio á los desgraciados.

—Con la proteccion del rey hemos venido dos hermanos de nuestra comunidad á establecernos aquí para ir redimiendo cautivos con las limosnas que envien los fieles españoles, y para servir de agentes á las familias que con sus propios recursos pueden comprar la libertad de sus parientes.

—¡Santa mision!

—Vuestra madre....

—¿Otro sacrificio?—interrumpió el poeta.—¡Dios mio!..., ¡Madre querida y desdichada!

Y el llanto asomó á sus negros ojos y rodó por sus pálidas megillas.

—Segun me dijo vuestra madre, ya teneis noticia de una informacion que pidió vuestro buen padre, que Dios tenga en su santa gloria.

—Desconfio de su resultado.

—No ha sido el que se esperaba, pero al fin pudo conseguirse que de los fondos de la órden Redentora se aplicasen á vuestro rescate cincuenta doblas.

—Nada es eso para la codicia de mi amo.

—Además un cristiano caritativo y pobre á quien no conoceis, dió otras cincuenta doblas.

—Decidme su nombre, padre mio; decídmelo que quiero grabarlo en mi corazon.

—Es oscuro.

—¡Oscuro el nombre del que sabe ejercer la caridad cristiana!

—Se llama Francisco Caramanchel y es doméstico de un consejero....

—¡Dios lo premie!

—Unidas estas dos cantidades á lo que de su dote ha dado vuestra hermana y á lo que ha podido proporcionar vuestra madre, traigo trescientos ducados.

—¡Pobre madre, pobre hermana!

—Dignas son de mejor suerte.

—Yo no debo aceptar ese sacrificio.

—Ya está hecho, no puede remediarse.

—Verdad es, pero....

—Además están solas, sin amparo ni ayuda, y vos teneis la obligacion de ocupar el lugar de vuestro padre, siéndolo para las dos.

—¿Pero habeis hablado ya con Azan?

—Sí.

—Se habrá burlado, y quizás enojado de que le ofrezcais

por mi libertad trescientos ducados, porque es codicioso, tiene grandes esperanzas en mi rescate, y sobre todo, porque me compró en mayor cantidad.

—No os equivocais—dijo tristemente el religioso—se ha burlado, se ha enojado....

—¡Miserable!

—Ni mis ruegos, ni el relato de las desgracias de vuestra familia.... nada le ha conmovido.

—Y todo cuanto hagais será inútil.

—Quiere mil escudos de oro....

—No rebajará una dobla, creedlo: yo lo conozco bien, y estoy convencido de que perdereis el tiempo.

—No me desanimeis porque tengo el mayor empeño en alcanzar vuestra libertad.

—Tanto como yo, mas que yo, valen otros muchos cautivos: emplead en el rescate de otro esa cantidad, venid á decirme que así lo habeis hecho, y tendré un dia feliz.

—¡Noble corazon!

—Azan no ha de tenerme aquí encerrado eternamente, habrá de sacarme aun cuando no sea mas que el dia en que tenga que salir de Arjel, que ya se acerca, y yo encontraré ocasion de fugarme porque no siempre la traicion ha de perseguirme.

—Os rescataré aun cuando tenga que empeñarme.

—¿Pero no conoceis que ni aun así podreis reunir mil escudos de oro?

—Volveré á rogar un dia y otro dia á vuestro amo; buscaré personas influyentes para que me sirvan de mediadores, y al fin conseguiré que rebaje el precio que os pone.

—No lo conoceis.

—Si no lo consigo, quedaré tranquilo porque nada habré dejado de hacer.

Aquí llegaban de su conversacion cuando el carcelero, que habia permanecido inmóvil á la puerta del calabozo, escuchando lo que hablaban, les dijo:

—Otro abrazo y á la calle. Ha pasado mas tiempo del señalado por el rey.

—Esperad....

—Cumpliré la órden de dejaros á los dos encerrados sino me obedeceis.

—Retiraos—dijo Cervantes al sacerdote.—Esta gente es tan brutal que hará lo que dice.

—¡Dios conserve viva vuestra fé y os bendiga!

Un segundo abrazo los unió.

—Os ruego, padre mio—repuso Cervantes—que volvais á verme.

—Cuantas veces me lo permita vuestro cruel amo.

—¡Gracias!.... ¡Dios os conserve y proteja vuestra santa mision!

Separáronse despues de algunos momentos, no sin derramar lágrimas de dolorosa ternura.

Volvió á crujir la puerta y rechinaron los férreos cerrojos.

Cervantes se recostó en la paja pronunciando el nombre de su madre, y luego quedó entregado á profundas y tristísimas meditaciones.

CAPITULO XLII.

Síguese tratando del rescate de Cervantes y de los proyectos de Zoraida.

No habia esperanza de que el cristiano celo de fray Juan Gil consiguiese alcanzar la libertad del infeliz cautivo que, ó debia muy pronto enfermar y morir en su encierro, ó seguir á su amo á Constantinopla, donde el rescate se haria mas dificultoso y la fuga imposible. Los amargos sufrimientos que abreviaron la vida del anciano Cervantes, los sacrificios hechos por doña Leonor y Andrea, debian ser estériles; sus resultados no debian probablemente ser otros que la ruina de aquella virtuosa familia despues de haber sufrido todo género de humillaciones, despues de haber apurado en silencio la hiel de toda clase de amarguras.

El reverendo fray Juan Gil trabajaba con mas ardor cuanto mas se obstinaba Azan en no rebajar el precio del rescate, y apelando á todos los medios imaginables no dejó un solo dia de reiterar sus proposiciones: comprometió á muchas personas de influencia, amigos del rey, y estos le rogaron con la mejor voluntad, pues la suerte de Cervantes habia llegado á interesar á todos, cristianos y berberiscos. De manera que el asunto se hizo público y fué objeto muchas veces de las conversaciones particulares, estrañando todos que España no hubiese dado el oro á manos llenas por recobrar á un hijo que tanto valia, puesto que en tanto se le estimaba.

Al fin Azan rebajó cien escudos; pero no era esto bastante, y siguió el regateo.

Nuevas influencias y nuevas recomendaciones intentaron obtener mas ventaja, y como el rey se vió tan asediado, y cerca ya el término de su empleo, rebajó con admiracion de todos otros doscientos escudos, pero jurando no hacer nuevas concesiones ni escuchar otros ofrecimientos ni súplicas.

Empero no mejoró por esto la situacion del negocio: ya dijimos que la cantidad de que podia disponer el redentor no llegaba á cuatrocientos escudos; la diferencia hasta los setecientos era, pues, de otro tanto y no habia recurso para arbitrarla.

Mientras esto sucedia en el odioso ajuste de la persona de nuestro inmortal poeta, Zoraida trabajaba tambien con ardimiento para llevar á cabo su plan de fuga. Zamareta le ayudaba lealmente y demostrando un ingenio y resolucion que nadie le hubiera supuesto.

Averigüemos á qué altura se encontraban de su proyecto.

La esposa de Dalí Mamí se hallaba en su aposento, sentada en un divan y la esclava en el suelo. Sus semblantes estaban animados y aun en ciertos instantes revelaban la alegria.

—Refiéreme cuanto hablastes con él—decia Zoraida.

—Es hombre en estremo reservado y creo que no nos hará traicion.

—¿Y no has conocido si sospecha?....

—Nada, porque yo tampoco le he dado lugar á ello. Ya sabes que sin mostrar que me llevaba ningun fin, me he captado su voluntad pagándole generosamente sus pobres mercaderías, y para inspirarle confianza he aceptado algun regalo que me ha hecho con el fin de que la codicia me llevase siempre á su casa. Algunas veces me ha hablado de tí y yo he fingido que me dejaba engañar por la astucia de que carece, y he satisfecho su curiosidad diciéndole mil mentiras. Cree que eres sola y libre, caprichosa y amiga de devaneos y que gastas locamente las riquezas que te proporciona tu hermosura.

—Me admira tu travesura, Zamareta.

—Luego inventé otro cuento, y como si hiciera de él mucha confianza, despues de dejarme engañar por un puñado de confites, le dije que un renegado rico en quien depositabas toda tu confianza y tu amor, trataba ocultamente de salir de Arjel y de irse á Oran llevándose algunas joyas de valor que tenia en su poder y que por ciertas razones tu estimabas en mucho.

—¿Y qué pensó de esa nueva mentira.

—Que el renegado, al fin era tal, y que merecia que lo azotasen hasta arrancarle el pellejo.

—Bien, Zamareta.

—Dejé pasar algunos dias sin ir, y cuando volvió á verme me preguntó la causa de mi ausencia, á lo cual yo le respondí que se empeoraba tu situacion con respecto á tu amante, y que de un dia á otro esperabas que te abandonase.

—No exageres demasiado tus mentiras.

—Nada temas, sultana: es crédulo y fanático, lo cual le ha hecho aborrecer al renegado que solo existe en mi mente y en la suya.

—Prosigue—repuso Zoraida con estremada curiosidad.

—Hoy me ha preguntado al fin qué habias determinado para castigar al que tan vilmente te engaña, y yo le he dicho que tu deseo seria marchar tras él á Oran, valerte de la influencia de tus seducciones para hacerle volver, y luego castigar su perfidia del modo que mas te conviniese; pero esto no era fácil, le añadí, porque necesitarias para ponerlo en ejecucion la ayuda de un hombre fiel y decidido que á cualquier hora estuviese dispuesto á llevarte á Oran.

—¡Bien, Zamareta!—volvió á exclamar Zoraida con entusiasmo.

—Esta nueva mentira—prosiguió la negra—le hizo pensar en que tú pagarias muy largamente al que te prestase semejante ayuda; pero no atreviéndose á ofrecerse, volvió á preguntarme si no conociamos á ninguno á propósito para el caso.

—Y contestándole tú que no....

—Le añadí que se darian ciento cincuenta zoltanís de oro fino, cantidad que él no ha visto nunca reunida. Como su miserable comercio le obliga á hacer frecuentes viajes á Oran, el negocio le presentaba mas ventajas que á ningun otro, y apenas le rogué que si conocia á alguno que pudiese servirnos que me lo indicase, dejó la reserva y se ofreció abiertamente con tal que le asegurásemos el pago de tan crecida suma.

—¿Y cómo le has inspirado confianza?

—Diciéndole que se le daria adelantado.

—¿No temes que nos abandone despues de cojer el dinero ó las joyas que valgan los ciento cincuenta zoltanís?

—Es honrado: tengo los mejores informes de su proceder. Y sobre todo debemos arriesgarnos á cuanto pueda suceder.

—Sí, sí, estoy resuelta á todo—repuso Zoraida.—Concluye que deseo saber en qué habeis quedado definitivamente.

—En que hará todos los preparativos y esperará, de modo que á cualquier hora que lleguemos á su casa pueda emprenderse el viaje sin perder un momento.

—¿Le has advertido que tendremos que caminar con mucha prisa?

—Sí, y está conforme.

—Bien, Zamareta: solo nos falta que mi esposo no demore el dia en que ha de emprender el viaje que tiene proyectado.

—Ya debia haber salido de Arjel.

—Pero sabes lo que lo ha detenido.

—Es una desgracia.

—Y temo que aun no pueda marchar en muchos dias.

—Paciencia, sultana.

—La tengo y bien la necesito, porque nuestra fuga es imposible mientras Dalí Mamí esté en Arjel.

—Advertirian en seguida nuestra ausencia.

—Ahora dime lo que sepas con respecto al cautivo español.

—Nada hay de nuevo. Segun decian hace poco Mahamud y Alí, hablando de lo mismo, el rey no quiere hacer mas rebajas y los redentores no pueden dar los setecientos escudos.

—¡Y el tiempo vuela y vendrá muy pronto el reemplazo de Azan!....

—No tardará muchos dias.

—¡Oh!—exclamó Zoraida con acento de despecho.

—Por eso en cuanto lleguemos á Oran debemos enviar dinero para el rescate, valiéndonos de algun cristiano, que no faltarán muchos que quieran servirnos, tratándose de hacer un bien á un hermano.

—¿Y si Azan marchase antes que mi esposo?

—Entonces.... no acierto con ningun medio para salir del apuro.

—Mientras permanezcamos en Arjel es imposible hacer nada. Dinero no tengo, y tú no puedes ir á vender una joya que valga quinientos escudos porque sospecharian que la habias robado: tampoco puedes ir á entregarla á esos sacerdotes porque les infundirias la misma sospecha y no lo admitirian, y si les descubrias la verdad, mucho menos porque de uno ó

de otro modo lo considerarian como un robo que en su religion y sus leyes es un delito aun cuando se cometa con el fin de hacer una obra de caridad.

—Es imposible, sultana, y no hay que pensar en ello. Si Dalí Mamí retarda su partida y llega el relevo de Azan, todo se ha perdido.

—¡Favoréceme, verdadero Hijo de Dios! ¡En tí confio!—exclamó Zoraida con la mas viva fé, y levantando al cielo sus negros ojos.

Transcurrieron algunos momentos de silencio, y luego Zamareta salió de la cámara para no dar que sospechar con sus largas y reservadas conferencias con Zoraida.

Tras de aquel dia pasaron otros muchos.

Dalí Mamí dilataba el de su partida y se acercaba el de la de Azan.

Fray Juan Gil iba perdiendo la esperanza de alcanzar la libertad de Cervantes, y Zoraida temia que sus proyectos se convirtiesen en humo.

Se acercaba el momento fatal: España iba á perder para siempre á uno de sus mas ilustres hijos, y la seductora berberisca al hombre que tan ciegamente amaba.

CAPITULO XLIII.

El último esfuerzo.

STAMOS en el dia diez y nueve de setiembre de 1580, y desde el anterior advertíase gran movimiento en el palacio de Azan, y los rostros de los arjelinos estaban mas alegres que de costumbre.

¿Cuál era la causa de todo esto? ¿Por qué aquel ir y venir, dar repetidas órdenes y gritar y preguntar en la régia morada? ¿Por qué aquel contento en el pueblo precisamente en los dias tristísimos en que la escasez de alimentos diezmaba á las clases pobres y en las calles se encontraban hasta de dos en dos infelices que acababan de morir de hambre? ¿Y por qué tambien mientras todos los semblantes manifestaban el contento, lloraba y se retorcia deses-

peradamente los brazos la hermosa Zoraida y el reverendo fray Juan sentia transida de dolor su alma sensible?

Con pocas palabras lo esplicaremos.

Ya habia llegado á Arjel el nuevo rey Jafer-Bajá, y Azan habia determinado partir aquel dia, y era natural que el pueblo se regocijase al verse libre del cruelísimo tirano que no habia sido su rey, sino su verdugo. Pero Azan se llevaba con sus inmensas riquezas sus numerosos esclavos, se llevaba á Cervantes, y esto habia desvanecido todas las esperanzas de la esposa de Dalí Mamí y las del caritativo sacerdote.

Once buques se balanceaban en el puerto y estaban prontos á levantar sus anclas y á desplegar sus lonas para surcar las aguas con rumbo á Constantinopla: cuatro eran de propiedad de Azan, y siete se le habian dado de escolta.

Los cautivos estaban amarrados á los demas barcos y empuñaban los remos. Solo faltaba que se embarcase el poderoso renegado y que diese la órden de hacerse á la vela.

A nuestro poeta se le habia destinado á remar en la misma galera que debia ocupar su amo. Resignado como siempre se encontraba el infeliz cautivo, pero nada mas que resignado, y en su rostro pálido y demacrado se advertia la mas profunda tristeza y el dolor atormentaba su espíritu. Su mirada tiernísima se fijaba afanosamente en la ciudad y por su mente atravesaban todos los recuerdos de los cinco años que habia pasado allí. ¡Recuerdos inolvidables y conmovedores! ¡Cuántas lágrimas dejaba en aquella tierra! ¡Cuántos nobles sacrificios habia hecho allí! ¡Cómo habia en su oscuro calabozo conocido el corazon humano! ¡Y allí quedaban sus desdichados compañeros bajo la opresion de sus crueles amos! ¡Y allí queda Zoraida, loca de amor y poseida de ardiente fé cristiana! ¡Y quedaban los restos de la infeliz Jaguá, de la pobre negra loca de celos y víctima de su locura!....

Largo rato contempló Cervantes la ciudad, y una lágrima abrasadora rodó por sus megillas. Luego dirigió sus miradas

á la playa, vió á la multitud agitarse y bullir alegre y con impaciencia porque esperaban ver partir á Azan para convencerse de que no tenian que temer sus crueldades y despótica tiranía.

—¡Pueblo miserable y desdichado!—murmuró el poeta.

Y su mirada de águila se fijó en un punto, temblaron sus manos y oprimieron el remo convulsivamente, su frente se contrajo y apareció sombría la espresion de su semblante.

¿Por qué tan repentino cambio? ¿Por qué aquellos ojos que tan dulce y tiernamente miraban despidieron dos centellas?

Si buscamos entre la multitud que cubre la playa, encontraremos á un hombre con hábito de fraile dominico, y reconoceremos en él al traidor que movido por la envidia delató la conspiracion de los cautivos y fué causa de que Cervantes no lograse su libertad ni pudiese ver realizados sus planes atrevidos. El mismo era con sus ojuelos de mirada recelosa, con su sonrisa hipócrita. El mismo, protegido por la fortuna y rescatado pocos dias antes de la salida de Azan.

Por eso el poeta, al reconocerlo con su mirada de águila, sintió afluir á su rostro toda su sangre convertida en fuego y latir su corazon con estremada violencia.

El proceder infame del llamado doctor lo habia desacreditado de tal manera entre los cautivos españoles y aun entre los cristianos libres, que no podia contar con un amigo, y temia, no sin fundamento, que llegase á España la noticia de sus maldades, lo cual le perjudicaria mucho cuando volviese á su pátria y al seno de su comunidad, si es que realmente era religioso dominico. Y lo ponemos en duda, porque como en breve veremos, tambien intentó apropiarse otros títulos y fué descubierta la falsedad por los mismos religiosos de la órden Redentora y por otros, cautivos y libres, de los que vivian en Arjel. Con semejante temor, estaba en interés del fraile que no se rescatase el poeta, porque como de los mas ofendidos, podia serle de los mas perjudiciales, y por eso espe-

raba con ansia la partida de Azan y aun queria presenciarla él mismo para que no le quedase duda de que estaba inutilizado el hombre que con su influencia y su talento podia probar sus maldades.

—Mucho tarda Azan—murmuró el dominico mientras dirigia la mirada hácia la ciudad.—¿Si lo habrán comprometido á que deje en libertad al hidalgo por la cantidad ofrecida? No es fácil, pero como ayer ya se interesaron tantos en el asunto.... Preciso es averiguar lo que sucede y estorbar que el manco se vea libre, porque sino intentará defenderse y probar la falsedad de los rumores que he hecho circular estos últimos dias, que es lo mismo que ponerme en un aprieto.

Hechas estas reflexiones, encaminóse el traidor á la ciudad con acelerados pasos.

Lo dejaremos seguir su camino, y mientras volvemos á encontrarlo, diremos lo que sucedia en el palacio de Azan.

Todo estaba preparado para la marcha, y el ex-rey se disponia á salir del alcázar con una numerosa escolta, cuando llegó el reverendo fray Juan Gil con dos moros amigos de aquel.

—A mala hora llegais—les dijo el renegado—porque como podeis ver me dispongo á marchar y no quiero detenerme.

—Azan—le replicó el reverendo fray Juan Gil con voz conmovida—deja un recuerdo siquiera por el que te se bendiga.

—Díme lo que he de hacer que me valga dinero y no bendiciones que para nada necesito.

—Amigo mio—dijo uno de los moros que acompañaban al fraile—nosotros venimos á rogarte que dejes al cautivo manco por cuatrocientos escudos que es todo lo que pueden darte por él, y para eso he de prestar yo veinte, pues no les alcanza la cantidad que tienen á tanto. Pocas veces te he pedido favores, y no he dejado de hacerte cuantos me has exigido. No te lo recuerdo para echarte en cara servicios que te he prestado por amistad, con el mayor gusto, sino para obli-

garte á que no me niegues este que es último y que te pagaré, pues sabes que nosotros tendremos muchas ocasiones en que podemos necesitarnos aun cuando no seas rey de Arjel.

Efectivamente, el moro que así hablaba habia prestado á Azan servicios de importancia y podia prestarle mas aun por su posicion y la índole de sus negocios, y convenia á los intereses del renegado no desairarle.

—Por lo mismo—contestó el rey—que siempre me has servido, estraño que ahora me pidas una cosa que perjudica mis intereses.

—Pues Muzaf—repuso el mahometano, señalando al otro moro—viene á pedirte lo mismo, y no menos que á mí debes atenderlo.

—Ya sabeis que el cautivo me costó quinientos escudos, y dejarlo por menos ya no es favor, sino necedad.

—Llámale como quieras y no dejes de complacernos.

—Bien—dijo Azan—estoy obligado á serviros, y lo haré; pero de ninguna manera en los términos que me pedís. Ya que no se gane que no se pierda: vengan seiscientos escudos de oro de España en oro, es decir, los quinientos que dí y ciento por lo que he gastado en mantener al cautivo. Si esto conviene id con el dinero á buscarlo á la galera antes de que levantemos anclas, que será en seguida, y si no, dejad de rogarme porque será en vano.

Al acabar Azan de decir esto, hizo una reverencia á sus amigos, y añadió:

—De vosotros casi no tengo necesidad de despedirme porque pronto nos veremos en Constantinopla. Que Alláh os guarde.

Y salió del aposento y luego del palacio, montó en un potro negro árabe de sangre pura, y se alejó seguido de su escolta sin atender á las súplicas que fray Juan Gil le hacia.

Los moros se despidieron del redentor, y este, con la ca-

beza inclinada sobre el pecho, se detuvo en medio de la calle para pensar lo que debia hacer, pues no estaba en ánimos de abandonar su empresa mientras quedase á Cervantes siquiera un cuarto de hora de permanecer á la vista de la ciudad.

Cuando mas embebido se hallaba en sus meditaciones, sintió que le tocaban en un hombro, y volviéndose encontró al doctor Juan Blanco de Paz que con fingido acento de tristeza le dijo:

—¿Qué os sucede, hermano, que estais tan abatido? ¿Acaso no ha podido conseguirse el rescate de nuestro compatriota?

—Nó—le contestó fray Juan;—pero aun haré el último esfuerzo.

—Tened entendido que se darán á la vela antes de una hora.... antes de media.

—Lo sé.

—¿Quereis que os ayude en algo? os acompañaré, que mas pueden dos que uno.

—Gracias, hermano—replicó el redentor—por ahora no necesito otra ayuda que la de Dios.

Hay que advertir que el poeta, obrando con su acostumbrada generosidad, no habia dicho al reverendo trinitario el nombre del que habia descubierto al rey el plan de fuga; pero sin embargo, la mala fama del traidor habia llegado hasta el virtuoso sacerdote, y por eso no admitió el ofrecimiento que le hacia con intencion perversa, y se despidió de él para ir en busca de dinero, bajo la garantía de los fondos de la órden.

Poco tardó Azan en llegar á la playa, donde fué acojido con un murmullo amenazador; pero el tirano miró con desprecio á la multitud y murmuró:

—Con bien poco os contentais para cobrarme el oro que me llevo: sino haceis mas que murmurar y maldecirme, proseguid que es justo que tengais algun desahogo: bien caro os cuesta.

Y atravesó con la cabeza erguida y la mirada insolente

por medio de la muchedumbre que le dirijia mil denuestos.

Llegó á la orilla, y cuando se disponia para embarcarse, asomó á lo lejos el reverendo fray Juan Gil que caminaba tan aceleradamente que casi le faltaba el aliento.

—Algo habrá adelantado—murmuró el dominico que tambien habia llegado á la playa y vió al redentor correr al alcance de Azan.

Brillaron sus ojuelos, se contrajo su frente, y luego añadió:

—Es preciso estorbarlo á toda costa.

Por su mente atravesó una diábolica idea, y acercándose á uno de los grupos de moros que con mas complacencia miraban alejarse al tirano, les dijo con acento de picante burla:

—Algunos azotes me ha dado el miserable Azan y lo aborrezco mas que vosotros, pero no me quedaré burlado como os vais á quedar.

—¿Qué quereis decir? le preguntó uno de los berberiscos.

—Que pensais que vais á libraros de él y os equivocais. Antes de una hora lo vereis desembarcar, y no pasarán muchos dias sin que vuelva á llamarse rey de Arjel.

—Estás loco.

Sois muy cándidos. ¿Ignorais lo que pasa?

—¿Qué?—preguntaron muchos con la mayor curiosidad y sorpresa.

—Azan está en tratos con Jafer-Bajá para que este pida al Gran Señor el gobierno de Trípoli que se destina para el otro, y así quedareis otra vez con vuestro renegado.

—¡Imposible!

—Esto lo negocia uno de los frailes redentores que llegaron hace poco tiempo, y solo faltaba que Azan y Jafer se conviniesen en cierta cantidad que el primero ofrece al segundo por el cambio. Se están haciendo las últimas gestiones, y si el nuevo rey se ha decidido, vereis venir al que sirve de mediador y desembarcar Azan.

—¿No nos engañas?

—Pronto lo vereis porque estoy seguro de que Jafer aceptará.

—¡Desdichado del fraile si llega á venir!

—¡No pasará adelante!

—Lo mataremos.

—No hay necesidad de tal cosa—repúso el dominico.—Con estorbarle el paso es bastante, pues si no va se dará á la vela el renegado creyendo que su última proposicion no ha sido aceptada por Jafer-Bajá. Esto es lo convenido.

—¿Y por qué no hemos de degollarle?

—Porque estais maldiciendo la crueldad de Azan y no es justo que os mostreis mas crueles que él.

—¡Por allí viene corriendo un fraile!—dijo uno de los moros al ver al redentor.

—Es el mismo que os decia.

—Estorbémosle el paso.

—¡A él!

Aquellos desdichados se lanzaron sobre fray Juan Gil, diciéndole con tono amenazador:

—¡No prosigas ó te degollamos!

—¿Qué intentais hacer infelices?—Les replicó sorprendido el reverendo.

—¡Atrás!

—Dejadme el paso libre:

—¿Quiéres traernos al tirano?

—Vuélvete si estimas la vida.

—¿Estais locos?—Dijo el redentor, esforzándose para que lo oyesen.

—¿No vas en busca de Azan?

—Sí.

—Pues bien, te perdonanos la vida, pero vuélvete.

—¡En nombre de vuestos hijos, dejadme!—gritó el reverendo.

Zarza d° y lit°

Lit. Heraldica.

—¡Dejadme paso ó matadme!—

Y mirando al mar vió que las tripulaciones de las galeras se agitaban como si se dispusiesen á maniobrar para darse á la vela.

—¿Te obstinas?—dijeron los berberiscos.

—¡Un solo instante puede ser causa de que todo se pierda! —volvió á decir el redentor.

—¿Y qué perderemos, un verdugo?

—¿Pero qué os habeis figurado?

—Que vas para que vuelva Azan.

—¡Habeis perdido el juicio!—replicó fray Juan, pugnando por desasirse de los berberiscos que lo sujetaban.—Voy á salvar á un infeliz cautivo, al manco español á quien todo Arjel conoce.

—Mientes cristiano—dijo un moro—si así fuese, no solo no te estorbaríamos el paso, sino que te ayudariamos: el manco español me dió para comer un dia en que mi hijo iba á espirar de hambre.

—Pues bien, si me deteneis un momento no podré libertarlo.

—Nos engañas.

Abundante sudor corria por la espaciosa frente de fray Juan Gil. Era muy angustiosa su situacion. En algunas galeras empezaban ya á levantar anclas, y múy pronto el viento hincharía las velas. ¿Cómo sacar de su error á aquellos miserables, instrumentos ciegos de la intriga de Juan Blanco?

—¡Dejadme paso ó matadme!—dijo con tono de desesperacion y lanzándose sobre la muchedumbre que lo rodeaba.

—Quieres engañarnos.

—Venid conmigo, y si os engaño, hacedme pagar con la vida mi traicion! ¡Tú, que debes al hidalgo manco la vida de tu hijo, ayúdame!—exclamó el reverendo dirigiéndose al moro á quien Cervantes habia socorrido.

—¡Amigos!—gritó el berberisco—¡Dejadlo pasar, yo lo acompañaré, y si nos engaña, ocasiones tendreis en que ven-

garos.—Yo lo creo porque tiene cara de mas honrado que el otro que nos dió la noticia y que parecia burlarse.

—¿Y dónde está?

—Ha desaparecido.

—Nos engañaba.

—¡Paso!—dijeron muchos moros.—¡Paso al que va á libertar á un hombre caritativo! ¡El otro que nos dió la noticia se ha ocultado, y esto prueba que quiso burlarse de nosotros!

—¡Pero que lo acompañe Agá!

—Sí, sí, que lo acompañe.

Dos de las galeras de Azan habian desplegado ya sus velas y en las otras se disponian á hacer lo mismo.

El reverendo fray Juan Gil, encontrando ya libre el paso, corrió cuanto pudo seguido del llamado Agá y de algunos otros curiosos.

Un cuarto de hora despues se encontraba á bordo de la galera de Azan. Este se hallaba sobre cubierta, y al ver al fraile dijo:

—¿Qué es eso, quieres acompañarme á Constantinopla?

—Sí—contestó el reverendo.—Seré tu cautivo si no das la libertad á Cervantes. Lo comprastes en quinientos escudos y esa cantidad te traigo: mas es ya imposible.

Era tan espresivo el acento del redentor, que Azan, como dominado por un instante, dijo:

—Me costará cien escudos el que digan que alguna vez he hecho algo bueno.

—¿Estás conforme?—preguntó afanosamente el fraile.

Por toda contestacion llamó Azan á uno de sus sirvientes y dió órden para que pusiesen en libertad al poeta que á los pocos instantes se arrojó con los ojos preñados de lágrimas en los brazos de su salvador.

Ni una palabra pronunciaron aquellos hombres porque se sentian ahogados por la emocion.

Despues de largo rato, el poeta exhaló un suspiro y exclamó:

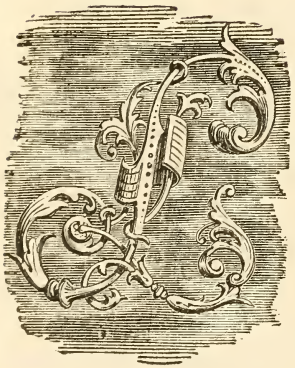
—¡Libertad!.... ¡Dios mio!

Azan contó cuidadosamente los quinientos escudos, y el cómitre y los oficiales de la galera recibieron además nueve doblas por ciertos derechos que les pertenecian en los rescates.

Un cuarto de hora despues se arrodillaba Miguel de Cervantes sobre la arena de la playa y de sus lábios salia la mas fervoroso de las oraciones.

CAPITULO XLIV.

Lo que sucedió despues del rescate.



IBRE al fin Cervantes despues de cinco años de la mas dura cautividad, fué su primer cuidado demostrar su agradecimiento á los que le habian favorecido y visitar á los infelices que aun gemian bajo el yugo de la esclavitud, llevándoles socorros que pudo proporcionarse, consolándolos con la dulzura de su mágica palabra y fortaleciendo sus abatidos espíritus con cristianas exhortaciones.

Todos los amigos libres del poeta lo agasajaban á porfía: cuál le regalaba vestidos, cuál le ofrecia su mesa, y muchos le daban dinero que él empleaba en obras caritativas sin cu-

rarse de sus necesidades. Entonces descolló mas que nunca toda la lozanía de su ingenio; viósele decidor y alegre como cuando estaba en el ejército con sus camaradas, y no habia quien no tuviese á fortuna disfrutar de su conversacion salpicada de chistes ó de sentencias.

Todo esto lo presenciaba ó lo sabia el doctor Juan Blanco de Paz y era un veneno que hacia mas roedora su envidia, un motivo mas de temor porque apenas hubiese descubierto el poeta la infame conducta del ruin delator acabaria el escaso crédito de este y aun quizás se inutilizaria para poder presentarse en su pátria.

Mucho cuidado daba al dominico la creciente influencia del hombre á quien tanto aborrecia, y por tercera vez intentó inutilizarlo. Al efecto esparció voces las mas denigrantes para el poeta, y recogiéndolas otra vez, se hizo eco de lo que él llamó la opinion pública. Sorprendió la ignorancia ó la candidez de algunos cautivos españoles, comprometiéndolos á que declarasen en contra de Cervantes en una informacion que intentó á la sombra de un fingido celo religioso, y aun quiso que lo apoyasen los padres redentores. Pero en estos como en las personas de mas crédito solo encontró el desprecio mas profundo. Su sed de venganza acreció al ver desbaratada su intriga, y entonces acudió á otro medio que pudo darle el mejor resultado si encubriendo anteriormente su maldad con mas disimulo no se hubiese desconceptuado hasta el estremo que lo estaba. Con el atrevimiento de su maldad arrogóse el título de comisario del santo oficio con cédula y comision del rey para ejercer allí sus funciones, y con este fingido carácter presentóse al reverendo fray Juan Gil para que lo reconociese; pero el digno sacerdote lo rechazó con el desprecio que debia. Insistió sin embargo para que se le tuviese por tal representante de la Inquisicion, y entonces le exigió el redentor que presentase sus despachos, lo cual no pudo hacer porque carecia de ellos. Sin duda no los falsificó porque le seria imposible.

Sin este nuevo contratiempo á sus intrigas, indudablemente el poeta hubiese sido víctima de aquel hombre.

Semejante tenacidad para perseguir á Cervantes, obligaron á este á tomar una parte activa en su defensa, pues aunque de él se tenia la mejor opinion, era prudente borrar esa huella que la calumnia deja tras sí. Entonces pidió á su vez una informacion.

Precisamente las acusaciones del dominico eran las de sus mismas maldades, pues consistian las principales en el malogro de la última tentativa de fuga que no se llevó á efecto por su traicion, y cuya desgracia costó la vida al cautivo Juan el Jardinero, y el destierro del renegado Giron, causado tambien por la misma traicion.

Proveyó fray Juan Gil á lo solicitado por Cervantes, y el notario apostólico Pedro de Ribera recibió las declaraciones de once hidalgos españoles de reconocida honradez, los cuales contestaron á veinticinco preguntas del modo mas satisfactorio para el poeta.

No seguiremos paso á paso los trámites del espediente, pero citaremos algunas palabras de los declarantes.

Don Diego de Benavides, caballero muy principal, dijo que á su llegada á Arjel quiso informarse de quiénes eran los cautivos mas principales, y que todos le nombraron el primero á Cervantes como el mas *pundonoroso*, *acaballerado*, *irreprensible*, *de escelente índole y apreciado de los demas hidalgos*. El carmelita fray Feliciano Enriquez, declaró que se habia amistado con Cervantes al par de los demas cautivos *que estaban envidiando su conducta noble, cristiana, honrada y virtuosa*. Y por último, el alférez Luis de Pedrosa dijo que de *todos los hidalgos residentes en Arjel, ninguno ha visto mas esmerado en favorecer á los demás cautivos, ni mas pundonoroso que Cervantes; que es agraciado para todo, yéndole pocos á los alcances en ingenio, advertencia y cordura.*

Esta informacion existe original en el archivo general de

Indias establecido en Sevilla y es la mejor contestacion á las repugnantes calumnias con que algunos han intentado empañar la honrosísima memoria del príncipe de los ingenios.

El traidor Juan Blanco tuvo que renunciar á sus criminales intrigas y guardar en lo mas profundo de su corazon el ódio que profesaba á Cervantes.

Desvanecidas todas las calumnias, provisto de tan honroso documento, se dispuso nuestro poeta para volver á España á disfrutar, segun él dice, uno de los mayores júbilos que cabe lograr en el mundo, que es de volver, tras dilatada esclavitud, á su pátria sano y salvo, por cuanto no hay sobre la tierra dicha comparable con la de recobrar la libertad perdida.

Desde que Cervantes fué rescatado habia tenido algunas entrevistas con la negra Zamareta, y supo con estremado gozo que Zoraida se habia decidido á recibir el bautismo y á dejar á Dalí Mamí con quien no le unian lazos algunos espirituales una vez que profesasen distintas creencias religiosas. No pudo ver una sola vez á la bellísima berberisca porque su esposo habia tomado la costumbre de visitarla á las horas mas intempestivas, como era la media noche; y aunque Cervantes hubiera podido entrar escalando las tapias del jardin, esponíase á perderse y á perder á la que tanto lo amaba. Zamareta le manifestó tambien el plan que tenian para escaparse, y le pidió consejo: visto lo cual por el poeta, antes de salir de Arjel, declaró sus amores á don Diego de Benavides y le rogó estuviese á la mira del asunto y protegiese á Zoraida en cuanto se le ocurriese, porque ya debia considerársela como cristiana. Prometió hacerlo así el caballero, y de acuerdo sobre este punto, solo pensó en su viaje.

El último dia de octubre de aquel mismo año se embarcó Cervantes despues de haber abrazado á sus numerosos amigos, y cuando el viento hinchó las anchas lonas, volviéronse sus ojos hácia la ciudad y derramaron abundantes lágrimas.

—¡Adios—dijo—tierra desdichada, regada con llanto y san-

gre de mártires! Me alejo de tí con el pecho dolorido por los que padecen en tus mazmorras, con el corazon palpitante de alegria por la esperanza de abrazar á mi madre. ¡Adios, tierra donde entre pesadumbre y tormentos, esperanzas y desengaños, pasé en continuada lucha lo mas florido de mi juventud! Vuelvo á mi pátria, corro á abrazar á mi madre, á mi tierna madre, á secar su llanto y á verter el mio sobre la tumba de mi virtuoso padre.... ¡Oh!.... ¡Adios, tierra infeliz, no te olvidaré!....

No pudo proseguir, sentíase ahogado por la violencia de su emocion.

Hinchâronse las velas, los remos azotaron las aguas y crujió la arboladura.

Agitâronse las azuladas olas con espumosos rizos.

Y el bajel se alejó.

Y pareció á la vista débil esquife....

Luego se perdió en el horizonte, allá donde el cielo parece bañarse en el mar.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

DESENGAÑOS.

CAPITULO I.

¡Hijo mio!

El dia 12 de Diciembre del año de 1580, es decir, próximamente tres meses despues de haber salido de Arjel Miguel de Cervantes, y á la hora en que el sol estaba cerca de su ocaso, subia por la calle de las Huertas un hombre cuyos vestidos se veian cubiertos de polvo, salpicados de lodo en muchas partes, y en tal desaliño que llamaba la atencion de cuantos pasaban cerca de él. Aunque caminaba con paso tan ligero que casi podia decirse que corria ó que queria correr, demostraba el cansancio de sus piernas en cierto embarazo ó dificultad con

que las movia. Llevaba debajo del brazo izquierdo un pequeño lio, al parecer de ropa y que sin duda componia su miserable equipaje. O acababa de dejar la respingona, flaca y perezosa mula de algun arriero, ó sin mas cabalgadura que la de sus gregüescos de lana verde, era por lo menos indudable que despues de una larga caminata acababa de entrar en la villa. No era un estudiante sopista, porque hubiera vestido de negro en vez de llevar un coleto azul de terciopelo, ó para hablar con mas propiedad de *tercioraido*, y un sombrero de alas mas anchas que lo prescrito por la moda y con pluma encarnada que solia flotar orgullosamente, gracias al rizado fleco que habia respetado la polilla. Debia ser un hidalgo pobre, de aquellos que no tenian mas patrimonio que la agudeza y travesura de su ingenio y una espada mas traviesa y mas aguda aun, que se separaba tan pronto de la vaina como la lengua del paladar, compitiendo con esta en ligereza, y que con la bolsa y el estómago vacíos y la cabeza llena de ilusiones y esperanzas, acudian á la corte á pretender ó á probar fortuna por otro medio.

Pero fuese lo que fuese, sopista ó hidalgo, pretendiente ó aventurero, debia ser hombre de brios y de no escaso ingenio, porque tenia un rostro aguileño de atrevidos perfiles y unos ojos negros de mirada penetrante y pupila ardiente. Apesar del frio, que era mucho porque soplaba de Guadarrama un vientecillo sutil, no se cuidaba de embozarse en su raida capa ni se frotaba las manos como hacian todos los que como él las llevaban desnudas de guantes.

Anduvo, como ya hemos dicho, con mucha prisa, buen trecho de calle y se detuvo delante de una casa de dos pisos, y de apariencia pobre, examinó su esterior, miró á la de enfrente, y luego entró en su estrecho y oscuro portal, subió la empinada escalera, y al llegar al segundo piso se paró á la vez que sus megillas palidecian y que su corazon palpitaba con violencia. Luego pareció vacilante algunos segundos, como si te-

miera llamar, pero al fin levantó la mano derecha, que le temblaba convulsivamente, y dió dos golpes en la puerta.

Pasaron algunos instantes y nadie contestó.

—¿No estarán?—murmuró con voz trémula.

Y volvió á llamar, pero con muy fuertes y precipitados golpes.

—¿Quién es?—se oyó decir en la parte de adentro con voz cascada y acento de mal humor.

Y se abrió el ventanillo y asomó una nariz larga y llena de berrugas y se vieron unos ojos despestañados y llorosos.

—Abrid—dijo el recien llegado.

—¡Abrir!—repuso con admiracion la vieja, porque era tal la poseedora de la nariz *accidentada*.

—Soy de casa, abrid.

—Sin duda habeis equivocado el cuarto.

—Bien puede ser porque.... ¿No es este el segundo?

—Sí.

—Entonces aquí vengo.

—Pues es que habeis equivocado la casa.

—Me hareis perder la paciencia—replicó el hidalgo con tono de mal humor.—¡Abrid, vieja condenada!

—Tened en cuenta que llamaré á los vecinos para que me socorran. ¡Pues no faltaba mas!.... Idos, y bien aprisa, sino quereis que os hagan rodar por la escalera. ¿Háse visto atrevimiento igual ni mas osado tentador de honradas mujeres?

—¡Vieja de Satanás!—exclamó el caminante con acento iracundo.—¡Abrid, vengo á mi casa!

—¡Vuestra casa!.... Ya veo que estais loco y me equivoqué al tomaros por un seductor. Esta casa no es de nadie mas que del señor Antolin Durán....

—Por ahí debisteis haber empezado, señora bruja—interrumpió el hidalgo.

—Sed mas comedido, que hablais con una cristiana que tiene nombre. Me llamo Prudencia....

—Bien, señora Prudencia, bien; pero sabreis á donde se ha mudado doña Leonor de Cortinas, viuda del señor Miguel de Cervantes....

—¿Pensais que soy tan curiosa que me cuide de averiguar la vida de nadie? Guárdeos Dios y buscad por otro lado á vuestra viuda.

La vieja cerró el ventanillo, y nuestro poeta, á quien ya habrán reconocido nuestros lectores, apretó los puños con rábia y bajó la escalera hasta llegar al primer piso, donde se detuvo nuevamente.

—Tal vez lo sepan estos vecinos—murmuró.

Y llamó no tan resueltamente como antes.

—¿A quien buscais?—le preguntó una mujer que abrió tambien el ventanillo de la puerta.

—Os agradeceria mucho—le dijo Cervantes—que me dijeseis á donde se ha trasladado doña Leonor de Cortinas que vivió en el cuarto segundo.

—De la mejor gana os satisfaré—le contestó la mujer—porque supongo que hablais de la viuda del señor Miguel de Cervantes.

—De la misma.

—Vivió en el cuarto de arriba hasta pocos dias antes de casarse....

—Creo que os equivocais.

—Vos si acaso, porque conozco muy bien á doña Leonor.

—Entonces debereis saber que cuando vino á esta casa no era soltera, y por consiguiente no podia casarse despues de venir.

—Hablo de su segundo marido.

—Os repito que estais equivocada: sin duda es otra doña Leonor.

—¿No decís que la viuda del señor Miguel de Cervantes?

—Sí.

—¿Un hidalgo de Alcalá?

—Sí.

El poeta palideció aunque seguia creyendo que habia algun error por parte de aquella mujer.

—Ya veis como no me equivoco.

—Sí, porque esa viuda no ha vuelto á casarse.

—¿No tiene una hija que se llama Andrea.

—Sí.

—¿Y un hijo soldado que se llama Rodrigo?

—Tambien.

—¿Y otro, Miguel, que está cautivo?

—¡Vive el cielo, que teneis razon!

—Pues bien, esa viuda volvió á casarse y á enviudar otra vez.

Cervantes palideció y no pudo contestar.

—Se fué á vivir á la calle del Sacramento, y despues de la muerte de su segundo marido, á la costanilla de San Pedro.

—¿No podeis darme mas señas?

—Nó, pero allí fácil os será encontrarla.

Cervantes inclinó la cabeza sobre el pecho con aire abatido, y despues de dar las gracias á aquella mujer, bajó la escalera con lentitud.

En aquellos momentos sentia la frente abrasada.

—Es imposible—murmuró.

Siguió calle de las Huertas arriba tan preocupado que no sintió que el lio de ropa que llevaba debajo del brazo le habia caido, y seguramente lo perdiera á no avisarle un honrado menestral que iba tras él.

Cerca de media hora invirtió el poeta en llegar á la costanilla de San Pedro, pues aunque andaba con ligereza, deteníase muchas veces para hablar consigo mismo.

El momento tan ansiado de volver á su pátria era un momento de amargura.

Tal fué siempre la condicion de su desdichada estrella.

No consideraba el poeta como una falta grave el segundo

casamiento de su madre, pero sentia el mas profundo dolor al ver que el lugar de su padre lo habia ocupado otro hombre, y le atormentaba tambien el pensar que se habia equivocado con respecto al juicio que habia formado de las ideas de su madre: esto era un desengaño, amargo como todos. Sin embargo, debemos suspender nuestro juicio hasta despues.

La casualidad deparó á Cervantes una vieja que salia de una casa, y por si era vecina de aquella calle, le preguntó si sabia donde habitaba doña Leonor.

—Sí soy del barrio, de la calle y de esta casa—le contestó la vieja—y os diré lo que me preguntais, pues no dudo que será con buenas intenciones.

—Os lo agradeceré.

—No hay quien no tenga noticias de ellas en toda la calle, y aunque yo no soy curiosa, pero....

—Os creo—interrumpió el poeta que temió un diluvio de palabras que le hiciese perder media hora.—¿Es tal vez en esta casa de donde salís?

—Ojalá, señor hidalgo, porque me agradaria la vecindad de gente tan honrada como doña Leonor, pero no es aquí. Es la familia mas temerosa de Dios....

—Lo sé, la conozco hace mucho tiempo.... ¿Quereis decirme cuál es la casa?

—La que está enfrente de esta, en el cuarto segundo....

El poeta no escuchó mas, y sin contestar á la vieja entró precipitadamente en el zaguan de la casa que esta le habia indicado, subiendo de dos en dos los escalones. Pero al llegar al segundo piso se detuvo repentinamente, exhaló un suspiro y quedó inmóvil.

Su amargo dolor atormentólo mas al encontrarse allí donde ningun recuerdo existiria de los que debian ser para su alma sensible un bálsamo consolador. No podrian decirle «aquí acostumbraba á estar tu padre, en ese aposento exhaló el último suspiro y pronunció tu nombre, este sitio lo regó con el

llanto que por tí vertia.» Y semejantes recuerdos, aunque tristes, en aquellos momentos y para un corazon como el de nuestro poeta, debian ser el mayor de los consuelos.

Al fin, pasados algunos instantes, su trémula mano llamó á la puerta mientras que su corazon palpitaba violentamente.

Poco le hicieron esperar.

De la parte de adentro preguntaron.

—¿Quién es?

Y al reconocer Cervantes la voz de su madre, gritó:

—¡Vuestro hijo, madre mia!

Oyóse entonces un grito penetrante, uno de esos gritos que arrancan al pecho la alegria, pero esa alegria tan estremada que puede matar ó enloquecer, y que por lo menos parece suspender la vida por algunos instantes, pues deja inmóvil el corazon, ahogado el pecho y quita á los ojos la luz.

La puerta se abrió y doña Leonor de Cortinas se precipitó en los brazos de su hijo á la vez que exclamaba:

—¡Hijo mio!

—¡Madre mia!—dijo el poeta.

No pudieron pronunciar una palabra mas: sentian como si una mano de hierro oprimiese sus gargantas.

—¡Hermano mio!—se oyó decir entonces.

Y Andrea llegó y se abrazó tambien á Cervantes, quedando este entre ambas estrechado de tal manera que no hubiera podido moverse.

Reinó un profundo silencio.

Abundante llanto corrió por las megillas de aquellas tres personas tan desgraciadas, pero entonces tan felices porque lloraban reunidas.

Los crepúsculos vespertinos iluminaban debilísimamente aquel grupo tierno y conmovedor.

Doce años hacia que Cervantes se habia separado de su familia, desde diciembre de 1568 en que salió de España de camarero del cardenal Aguaviva, y tan larga ausencia y tan-

los y tan tristes acontecimientos como habian tenido lugar, eran suficiente motivo para conmover el ánimo de aquellos tres seres hasta el punto de sentirse ahogados por la emocion que les producia el verse reunidos.

Largo rato permanecieron junto á la puerta sin que ninguno pensase en moverse, ó mejor dicho, sin que ninguno pudiese separarse de los brazos del otro.

Seguia corriendo el llanto.

Percibíanse solamente los tiernos y profundos suspiros en medio del silencio que reinaba.

La oscuriad, mudo testigo de aquella escena conmovedora, iba envolviendo á nuestros personages.

Andrea fué la primera que habló, y yendo en busca de una luz hizo que su madre y su hermano entrasen en un reducido aposento amueblado con bastante pobreza.

—Siéntate, hermano: necesitarás descansar y tomar aliento—dijo Andrea.

Cervantes se dejó caer en una silla, y sin contestar á su hermana examinó cuidadosamente cuanto habia á su alrededor.

Nada encontró que le recordara á su padre, y su corazon se oprimió dolorosamente y palideció su rostro mas de lo que estaba.

—¡Hijo mio!—le dijo su madre, sentándose á su lado y besándole la frente con el cariño de madre.—¡Ya no te separarás de mí!.... ¡Ah!..., ¡Cuánto he llorado!....

Y volvieron las lágrimas á sus ojos.

—Madre mia—dijo el poeta con acento de ternura—perdonadme si en estos momentos en que sois feliz evoco tristes recuerdos....

—No se han apartado de mi memoria, hijo mio, interrumpió doña Leonor.

—¿Se conserva alguna reliquia, porque tales son para mí, de mi padre?

—Aquí está su nombre—repuso la viuda, poniendo sobre el corazon la diestra.

—¿Nada mas?

—Sí.

—¡Pues completad mi felicidad haciendo que yo reconozca la casa de mi padre!

—Sígueme y la reconocerás; sígueme y te haré entrega de tu herencia, de un tesoro que para tí tendrá mucho valor.... ¡Quiera el cielo que no te cueste un sacrificio como el que tu desdichada madre tuvo que hacer!....

No pudo proseguir doña Leonor porque el dolor embargó su lengua. Levantóse, tomó la luz y entró en el inmediato aposento seguida de su hijo.

Andrea se quedó por respeto á la solemnidad de la escena que debia tener lugar.

Y efectivamente, corta iba á ser la escena que se preparaba, pero solemne y triste.

Apenas entraron en la otra habitacion el poeta y su madre, cerró esta la puerta y se detuvo, estendiendo el brazo derecho para levantar la luz y que pudiesen distinguirse con mas facilidad todos los objetos.

CAPITULO II.

Donde se trata del contenido de los pliegos cerrados que el anciano Cervantes dejó para su esposa y para su hijo Miguel.

L estender Cervantes la mirada por el aposento reconoció muchos de los antiguos muebles de su casa, y en particular los que eran de uso casi esclusivo de su padre, y vió el retrato de este colgado en la pared y sobre un sillon de encina tallada.

El corazon del poeta suspendió por un momento sus palpitaciones para dejarlas sentir luego con mas fuerza; por su frente corrieron algunas gotas de frio sudor, y despues de exhalar trabajosamente un suspiro y á la vez que de sus ojos brotaban dos gruesas lágrimas, exclamó:

—¡Padre mio!

Y descolgó el retrato venerable y lo cubrió de besos.

Doña Leonor tuvo que sentarse porque la abandonaban las fuerzas.

—¡Padre mio!—repuso el poeta.—¡Padre mio, mártir de tus virtudes, bendíceme desde el cielo en donde habitas!.... ¡Ah!.... ¡No pude cerrar tus ojos ni besar tu frente helada, ni darte el último adios, pero siempre, siempre tu recuerdo se conservará vivo en mi memoria, grabado en mi alma tu nombre!.... ¡La mitad de mi vida.... mi vida toda, hubiera dado por recibir en mis lábios el último aliento que salió de los tuyos!.... ¡Padre mio!.... ¡Oh!.... ¡A qué pruebas tan duras pone el Omnipotente la resignacion de las criaturas!....

Quedó silencioso el poeta, con la mirada fija en el lienzo y en los ojos el alma que parecia brotar convertida en llanto, segun este era de copioso y abrasador. Pero agotado al fin, aunque no porque el dolor hubiese menguado ni sosegádose el espíritu, ni desahogádose el pecho, se pasó las manos por la frente, abrasada por el delirio de su amarga pena, y besando otra vez la imágen querida del anciano, colocó en su sitio el lienzo y se volvió hácia su madre que, inmóvil y muda, dejaba tambien que sus ojos brotasen un raudal de lágrimas arrancadas al corazon por el dolor y la ternura.

Por algunos instantes se contemplaron aquellos dos seres que tanto habian sufrido, y despues de algunos instantes, el poeta, acercándose á doña Leonor, le dijo:

—Perdonad, madre mia, si renuevo vuestros pesares, y perdonadme tambien si me atrevo á preguntaros....

—No prosigas, hijo mio—interrumpió la viuda.—Sé lo que vas á decirme, y si te lo oculté hasta ahora no fué porque me remordiese la conciencia, sino porque debia esperar este momento.

—Esplicaos, madre.

—Ningun hombre ha vuelto á ocupar en mi corazon el lugar de tu padre, pero....

—¿Con que es cierto?

—Escúchame.

—Sí, sí, os escucho—repuso el poeta con visible agitacion.

—Ademas de su testamento, dejó tu buen padre dos pliegos cerrados que no debian abrirse hasta despues de su muerte. El uno era para tí y el otro para mí.

—Dádmelo, madre mia—dijo Cervantes con afan.

—Antes—repuso doña Leonor—quiero hablarte del que escribió para mí.... quiero que lo leas porque en él encontrarás la esplicacion de mi proceder.

Y levantándose la viuda, abrió la papelera que ya conocen nuestros lectores, y sacó un pliego que estaba cuidadosamente doblado.

Su hijo se lo arrebató, desdoblólo y besó el nombre de su padre con religioso respeto.

Su penetrante mirada devoró el manuscrito con indecible avidez.

A medida que iba leyendo palidecia su rostro mas y mas, se agitaba su pecho y temblaban sus manos.

Por su abrasada frente corrieron algunas gotas de frio sudor que regaron el papel.

Cuando iba ya á terminar la lectura, fijó la mirada con mas afan, se abrieron estremadamente sus ojos como para ver mejor y como para convencerse de que no se habia equivocado, y luego estrechó el papel contra su pecho, exhaló un grito y exclamó:

—¡Padre mio!

Y se dejó caer en un sillon como si le faltasen el aliento y las fuerzas.

Lo que habia producido tal conmocion en el alma del poeta era un párrafo de aquel escrito en que decia:

«Una sola cosa me resta que decirte, ó mas bien que pedirte: es un sacrificio que sé ha de costarte un doloroso esfuerzo, pero te suplico que lo hagas, escitando tu valor con el recuerdo del que yo he tenido para soportar los duros gol-

pes que acaban mi existencia. Quedas sola y pobre y te verás obligada á buscar tu sustento y el de nuestra hija: lo que esto cuesta lo ignoras, porque no es bastante verlo en otro para comprenderlo, es preciso sufrirlo. Yo lo sé, esposa mia, y me estremece la idea de que tú llegues á saberlo por esperiencia. Para evitarlo solo he podido encontrar un medio, que ha sido el sacrificar la idea de lo porvenir como he sacrificado la realidad de lo presente: he querido que mis esfuerzos para endulzar tu vida vayan mas allá de la tumba: si á costa de mi existencia he podido evitarte el hambre, con mas razon querré evitarte la miseria y las humillaciones á costa de mi memoria, ó mejor dicho, á costa de un egoismo que el hombre quiere hacer respetar en los dias que ya no han de pertenecerle despues que haya dejado este mundo. He dominado ese sentimiento egoista, aunque para decir la verdad, me ha costado hacer un esfuerzo. Me has amado mucho, me amas cuanto puede amarse, y estoy convencido de que jamás me olvidarás.... ¡Querida Leonor!.... ¡Si vieses como en este momento derramo lágrimas de ternura!.... ¡Ah!..., ¡Separarnos para siempre!.... ¡Qué dias tan felices aquellos de nuestra juventud en que al estrecharte contra mi pecho palpitante por la pasion ardiente de mi amor y mientras que el tuyo asomaba á tus ojos nos creiamos inseparables!.... Entonces no pensábamos en la muerte, ó al menos, la veiamos tan lejana que parecia que no pudiese llegar á nosotros en muchos siglos. ¡Qué dias tan felices aquellos!.... Todavia recuerda mi memoria con los mas vivos colores aquel tiempo en que nuestra inocente Andrea comenzaba á pronunciar mi nombre, y estrechando mi cuello con sus torneados bracitos, cubria de tiernos y puros besos mis megillas mientras se animaba su rostro infantil con toda la espansiva alegria de la incomparable felicidad de su ignorancia.... ¡Hija mia!.... Perdona, Leonor, si evoco estos recuerdos y te hago llorar.... Sin advertirlo me interrumpo.... Voy á manifestarte mi último deseo, á rogarte que hagas un

gran sacrificio como lo hago yo, te repito, para llevar mas allá del sepulcro el cumplimiento de mis deberes, pues como te he dicho, ya que á costa de mi vida te he librado del hambre, quiero á costa de la idea de lo porvenir ponerte á cubierto de la miseria y de las humillaciones. El tiempo, Leonor, no ha podido borrar tu belleza, y tus virtudes son un tesoro. Si estas cualidades que tanto hacen valer á la mujer porque á la vez satisfacen los deseos de la materia y del espíritu, atraen sobre tí las miradas y la atencion y luego el cariño de algun hombre, únete á él y que Dios os bendiga. Pero que sea un hombre digno de tí, que tenga bastante grandeza de alma para sacrificarlo todo por tí, que te ame, sí, que te ame es mi deseo, aun cuando al pensar que esto puede suceder tenga yo celos en mi agonía, porque sino, mi espíritu en la otra vida pedirá para él á Dios el mas terrible de los castigos.»

Tal era el contenido de aquellos renglones que acabaron de dar al poeta la idea cabal de la abnegacion y virtudes de su buen padre. Por eso el dia que doña Leonor se casó segunda vez, abrazó á su hija y ambas se comprendieron sin pronunciar una palabra, pero diciendo con su llanto lo que callaban sus lenguas.

Pero como el mundo no juzga mas que por las apariencias; como el mundo cree que la risa es siempre hija de la alegría y el llanto de la tristeza, sin pensar en que á veces la risa es sobra de amarga hiel que no cabiendo en el corazon se derrama por los lábios, y el llanto esceso de ternura que para no ahogar el pecho se escapa por los ojos convertida en lágrimas; como es condicion del mundo vituperar lo malo sin alabar lo bueno, murmuró de la desdichada viuda, calificó de poco respeto á la memoria de su marido, lo que era obediencia á la voluntad de este, y de humana debilidad de las pasiones lo que era un sacrificio.

Y sobre este punto se nos ocurren algunas observaciones. Contra todas las leyes de la naturaleza, contra todo lo predicado

por el Hijo de Dios, contra todo lo establecido anteriormente por los hombres y sancionado por el Creador, nuestra sociedad, la sociedad cristiana, vitupera á la mujer que despues de llorar á su perdido esposo se une á otro hombre. ¿Es por qué cree tener con esto una prueba de que el primer amor de aquella mujer no era tan firme como debió serlo, no era tan intenso como le hizo creer á su esposo que lo era? ¿Entonces qué diremos de la que sucesivamente entrega y recoge á diez ó mas amantes su corazon hasta que con él da su mano? La cuestion bajo el punto de vista puramente moral, es la misma, y sin embargo, el mundo la juzga de distinto modo. Comprendemos que un hijo mire con repugnancia que un estraño ocupe el lugar de su padre, pero no comprendemos la justicia de la censura del mundo que perdona al mismo tiempo todas las inconsecuencias de amor en la mujer soltera. Amar y olvidar amando á otro es para nosotros lo mismo que casarse, enviudar y volver á casarse.

Largo rato permanecieron silenciosos doña Leonor y su hijo.

—¿Y el hombre—dijo al fin el poeta—á quien os unísteis, era digno de vos?

—Sí, Miguel, era digno de mí aunque no fuese digno sucesor de tu padre. Trabajó mucho para conseguir tu rescate, y si hubiera sido rico, hace mucho tiempo que estarias en España. ¡Dios se lo premie!

—¡Dios lo bendiga!—repuso Cervantes impulsado por la gratitud.

—¿Qué piensas ahora de tu madre?

—Que es la misma de quien me separé hace doce años—dijo el poeta abrazando á la viuda.

—¡Hijo mio!

—Ahora decidme qué noticias teneis de mi hermano.

—Ha conseguido el empleo de alférez.

—Dios ha escuchado mis ruegos.

—Voy á darte la carta de tu padre....

—Si, venga mi herencia que no cambio por la de una corona.

Doña Leonor sacó del armario otro pliego y lo entregó á su hijo.

Este lo desdobló, y como antes habia hecho, besó el nombre de su padre con toda la veneracion de su cariño.

Luego leyó lo siguiente:

»Hijo mio, te escribo desde el borde del sepulcro y mi voz es la de la verdad: escúchala y guarda en tu memoria mis consejos porque antes de dártelos he sacudido de mi alma todas las pasiones y he pedido á Dios que ilumine mi entendimiento.

»Eres bueno: el Omnipotente se ha dignado darte un corazon sensible y desgracias que lo fortalezcan. De tu voluntad depende el que cumplas en el mundo tu mision como hombre y como cristiano.

»Las desgracias son el crisol de la virtud: alégrate si tienes ocasion de que la tuya se purifique.

»No te amedrenten los años que han de venir porque presumas que han de ser de llanto, que en la otra vida son consolados por una eternidad los que en esta lloran por un dia.

»Nada hay mas amargo que los desengaños: espera solo en Dios y no te engañarás.

»No olvides que la vida del hombre tiene fin como ha tenido principio, y que la felicidad en este mundo desaparece como ha venido; pero el premio ó el castigo en la otra vida no tiene fin.

»Sé humilde para el humilde, y digno, pero no mas que digno para el soberbio. Si quieres humillar la soberbia opónle el desprecio.

»En todas las posiciones puede el hombre elevarse.

»Ten presente en los trabajos que con la resignacion podrás resistirlos, pero con la desesperacion no lograrás vencerlos.

»Conserva la fé porque es la única antorcha que ha de iluminarte en el espinoso camino de la vida. Cuando se apaga su llama, todos los esfuerzos del hombre son inútiles para volver á encenderla, porque es luz que solo arde una vez en la vida.

»Sé caritativo y encontrarás la recompensa en la incomparable satisfaccion de haber hecho una buena obra; pero oculta el rostro cuando socorras la necesidad de otro y descúbrele sin vergüenza cuando pidas que socorran la tuya.

»Si á la voz de tus desgracias cierran los hombres sus oidos, compadécelos porque llegará un dia en que ellos encuentren cerradas las puertas del cielo.

»Perdona para ser perdonado, y si alguno ofende tu honra, defiéndela y no la vengues porque entonces justificarias con la ruindad de tu ódio la acusacion de tu enemigo.

»El único orgullo que debes tener es el de tu pobreza.

»No envidies el banquete del rico, porque Dios promete hartura en el cielo al que en la tierra ha tenido hambre.

»¿Ves esos desdichados hambrientos y desnudos, que siempre lloran, que siempre sufren? Pues son los predilectos, los benditos de Dios.

»No te arrastres hasta el banquete del poderoso para recojer las migajas que esperan sus perros; trabaja y el sudor de tu frente se convertirá en pan. Lo que no se adquiere con el trabajo no proporciona ningun goce.

»Ayuda al débil contra el fuerte sin preguntar su nombre al socorrido.

»No juzgues á los hombres por sus palabras sino por sus hechos. No estimes al charlatan por lo que dice, estima al modesto por sus virtudes.

»Si de tí murmuran porque eres callado, contesta con el silencio, y si porque hablas mucho, habla mas para probar que tus palabras fueron bien dichas; pero antes que salgan de tu boca, mídelas con el compás de la prudencia y con-

téstate á tí mismo para poder apreciarlas en lo que valen.

»No adules á ningun hombre por grande y poderoso que sea, porque la adulacion es la bajeza mas deshonrosa que puede cometer el hombre; pero tampoco digas á nadie sus defectos, ni verdades que son amargas, porque no solo no corregirás sus vicios, sino que escitarás contra tí su ódio.

»La gratitud es el sentimiento mas noble de la criatura. Muéstrate agradecido al que te haya hecho un bien aunque deje de hacerte otros ciento.

»Estima la honra mas que la vida. Si la primera se mancha, jamás se limpia, y si la segunda se pierde en el cielo se recobra.

»Trabaja; no solo para tí, sino para ser útil á tus semejantes, porque esa es la mision del hombre, y el que no la cumple, ni corresponde al fin para que Dios lo crió, ni paga á la sociedad la deuda sagrada que con ella tiene.

»Tu sangre es de tu patria; si te la pide no se la niegues; tus abuelos la derramaron por tí, derrámala tú por tus nietos; pero no confundas la pátria con las ambiciones ni con los ódios particulares, ni defiendas causas ilegítimas.

»Lucha con la sociedad en general y serás vencedor; pero no luches con los hombres uno á uno porque serás vencido.

»Todo lo demas que yo pudiera decirte te lo enseña nuestra santa religion.

»Es la última vez que te doy mis consejos, no los olvides.

»Mas te enseñará la esperiencia que es el gran libro de la ciencia humana.

»Tu madre y tu hermana quedan solas en el mundo y sin mas apoyo que el tuyo.

»Adios, hijo mio, adios. Yo te bendigo.... Cuando vuelvas á tu pátria, reza sobre la tumba humilde de tu padre y estampa en ella un beso que allí descenderá mi espíritu para recibirlo....

»¡Adios, hijo mio, hijo mio!»

Al concluir la lectura besó el poeta repetidamente el papel y lo regó con su llanto.

Tambien lloraba su madre, pero ninguno de los dos pronunció una palabra en largo rato.

Andrea llegó al fin á poner término á aquella situacion, y un abrazo volvió á unir á los tres.

Las lágrimas habian aliviado sus pesares, y mas tranquilos pudieron hablar sosegadamente de los asuntos de familia, alegrándose no poco el poeta al saber que si bien carecia de fortuna, no era hasta el punto que pudiesen estar á cubierto del hambre si vivian con una rigorosa modestia, ó mas bien con estrechez.

Gran parte de la noche pasaron en no interrumpida conversacion, y retirándose á descansar, durmieron con el sueño apacible de los justos.

CAPITULO III.

De la resolucion que tomó Cervantes.

No conviene á nuestro propósito hablar estensamente del estado de los negocios públicos en España en la época á que nos referimos, pero tenemos que hacer algunas ligeras indicaciones sobre este punto, para la buena inteligencia de los sucesos que vamos relatando.

Cuando Miguel de Cervantes llegó á su pátria, hacia cerca de un año que el cardenal Enrique, rey de Portugal, habia muerto. Los pretendientes de mas importancia á la corona de aquel reino eran el duque de Braganza, don Antonio, prior de Ocrato, y Felipe II. A quien correspondia el derecho á la sucesion en el trono portugués, debia decidirlo un consejo,

nombrado de antemano por el difunto rey, de acuerdo con los Estados generales, y este consejo, compuesto de nobles partidarios de la casa de Austria, ya ganados por esta, hubiesen decidido á favor de Felipe II sin entrar en mas exámen; pero se veian amenazados por el pueblo que ante todo queria su independencia, que consideraba perdida si un monarca estranjero se sentaba en el trono del, no olvidado aun, célebre don Sebastian.

El consejo puso en juego todos sus recursos para ganar tiempo hasta que mas tranquilos los ánimos se presentase una ocasion oportuna; pero como el prior don Antonio trabajaba sin descanso para engrosar las filas de su partido, y para ello recurria á todos los medios imaginables, temió Felipe II que semejantes dilaciones perjudicasen su pretension, y despues de haber hecho en vano promesas de todas clases á sus contrarios para que renunciasen sus derechos, se resolvió á hacer valer el suyo por la fuerza de las armas.

Muchas circunstancias favorecian al católico rey en aquella ocasion, siendo las mas principales, la division en partidos de los portugueses, la falta de medios para una defensa vigorosa, y la terrible epidemia que á mas de mermar considerablemente la poblacion habia infundido en ella un terror el mas espantoso.

No quiso Felipe II desaprovechar tan oportuna ocasion, y sin detenerse, envió un ejército de veinte mil hombres al mando del Duque de Alba, mientras que él se trasladó á Badajoz, instalándose allí para poder mas fácilmente comunicar sus órdenes y recibir con mas prontitud los avisos de cuanto fuese sucediendo.

Algunas plazas de la frontera de Portugal se prepararon para resistir la invasion, ya declarándose en favor de don Antonio, ya solamente en nombre de su independencia. Todo fué inútil: el Duque de Alba entró en el territorio portugués, tomó la plaza de Elvas á poca costa, y luego las de Olivenza,

Portalegre, Campomayor y otras, mientras que don Sancho de Avila se apoderaba de Villaviciosa que era del dominio del Duque de Braganza.

Entonces se dirijió el duque á Setuval donde se habian refugiado los gobernadores y lo mas florido de la nobleza, y tambien entró sin que se le opusiese resistencia. No podia haberse hecho con mas rapidez la conquista de tantas y tan importantes plazas: faltaba solamente la capital del reino, pues una vez sometida esta, fácilmente quedaria sosegado el resto de la península.

Entre tanto, el prior don Antonio, habia pedido auxilio á la Francia y á la Inglaterra, y aun enviado un embajador á Constantinopla, y deslumbrado por el brillo de la corona á que aspiraba, se hizo proclamar sin tener en cuenta el mal efecto que debia producir semejante paso.

Tal era el estado de los negocios públicos á la vuelta de Cervantes.

Nuestro poeta, despues de haber descansado algunos dias y puesto en órden los intereses de su familia, pensó en comenzar sus pretensiones cerca del monarca, á título de sus servicios en el ejército y de su conducta durante su cautividad, segun lo atestiguaba la honrosa informacion hecha en Arjel y á la cual daba él mas importancia que á las cartas de recomendacion de don Juan de Austria y del duque de Sesa. A pesar de que entre los demás consejos le habia dado su padre el de que no confiase mas que en Dios y así se evitaria el recibir desengaños, Cervantes abrigaba esperanzas risueñas, creyendo de buena fé que Felipe II lo atenderia cumplidamente.

Con tal ánimo, y en vista de que doña Leonor y sus hijas, aunque con suma estrechez, podian vivir con los recursos que tenian, nuestro poeta se decidió á ir á Badajoz para ver al monarca, y emprendió el camino sin pérdida de tiempo, con la cabeza, como siempre, llena de ilusiones y de es-

peranzas y la bolsa con algunos escudos que apenas le bastaban para su viaje. Empero la desgracia, que parecia ir con su sombra, segun de cerca le seguia por todas partes, quiso que su llegada á la capital de Estremadura coincidiese con la enfermedad que repentinamente puso en peligro la vida de Felipe II.

Ni siquiera intentó Cervantes solicitar una audiencia, porque no se la hubiesen concedido, y esperó algunos dias, gastando el poco dinero que llevaba y entreteniendo el ócio en pasear por la ciudad y en escribir romances. Pero la enfermedad del monarca se agravaba mas cada dia, y mas que de otra cosa daba señales de seguir cada dia peor.

Nuestro poeta se habia hospedado en una de las posadas mas humildes de Badajoz y en el aposento mas pobre de aquella posada, pues con la estancia de la corte en la ciudad, todas sus viviendas estaban ocupadas y eran pagadas á los mas altos precios. Una mala cama, una mesa peor, y una silla con asiento de madera, componian el mueblaje de la habitacion oscura y reducida de Cervantes. Sobre la mesa habia un tintero de plomo con una pluma de pavo, y algunas hojas de papel escritas, y esparcidas desordenadamente; sobre la silla estaban los vestidos del poeta, y este en la cama.

Las siete acababan de dar y la mañana estaba bastante fria, razon por la cual Cervantes no se habia decidido á dejar aun el duro lecho, y se entretenia en mirar en una de las paredes el círculo de luz que formaba la que entraba por un agujero de la ventana que daba á la calle, y en cuyo círculo se dibujaban, cabeza abajo, todos los transeuntes. Semejante observacion lo entretuvo largo rato, y mas lo hubiese entretenido á no entrar el posadero para avisarle que avanzaba la mañana y para preguntarle si le habian de disponer algun almuerzo.

—Guárdeos Dios, maese Nolasco—le dijo el poeta mientras variaba de postura.

—Parece que se os han pegado las sábanas—le contestó el posadero que era un hombre regordete que habia dado al demonio la conciencia en cambio de las uñas.

—¿Cómo está la mañana?—repuso Cervantes.

—Algo fria, pero no tanto que vuesa merced tenga miedo de salir de la cama.

—No tal, y pronto lo vereis. Abrid esa ventana que entre la luz á visitarme, y luego decidme las noticias que corren con respecto á la salud de S. M.

El posadero abrió la ventana, y luego, con cierto aire de importancia, dijo:

—Ya sabe vuesa merced, señor hidalgo, que mis noticias son seguras porque, como tengo dicho, las adquiero por un criado de nuestro amado rey, y....

—Lo sé, maese Nolasco—interrumpió Cervantes.—Al grano, dejad las digresiones inútiles, que si por vuestras palabras llevásceis el dinero como por vuestro cristiano vino, seríais ya el hombre mas rico de la ciudad.

—Siempre está vuesa merced de buen humor; pero como me gusta esplicar las cosas....

—Bien bien, sepamos lo que se dice.

—Se dice, ó para hablar con mas exactitud, me han dicho que S. M. se encuentra peor y que los médicos empiezan á desconfiar.

—Mala noticia.

—Y tan mala, porque si muere el rey, en las circunstancias que atravesamos, es posible que se vuelva la tortilla y que los portugueses vengan á pagarnos la visita que les hemos hecho.

—Sois hombre pensador—replicó Cervantes—y mereceis algo mas que regir una posada; pero como todavia no ha muerto el rey ni han venido los portugueses á pagarnos la visita, quiero ocuparme de mi estómago y de mis asuntos antes que de todo.

—Precisamente he venido para preguntar á vuesa merced si se le disponia de almorzar.

—Antes he de preguntaros otra cosa.

—¿Cuál?

—Deseo que me digais lo que vale un huevo cocido.

—Hay mucha escasez de huevos porque todos los consumen los cortesanos como si no se alimentasen de otra cosa.

—Decid el precio y dejad las observaciones.

—A mis huéspedes no les llevo mas de lo que me cuesta, que son veinte maravedís.

—Es un robo.

—Soy de la misma opinion, y así lo digo al que me surte de huevos; pero le entra por un oido y le sale por el otro.

—¿De manera que por seis huevos me haríais pagar ciento veinte maravedises?

—Exactamente.

—¿Y si alguno está podrido?

—Me lo avisa vuesa merced para....

—¿Darme otro?

—Para no tomar mas al que me los trae.

—Mas barata es la carne.

—Tengo un trozo de pierna de carnero que ayer se asó.

—¿Cuánto vale?

—Para vuesa merced, cinco reales nada mas.

—¿Y para otro?

—Seis porque tiene mas de tres libras.

—Dos serán de hueso.

—Ni dos onzas.

—Prefiero que me engañeis con la carne....

—Si no digo la verdad....

—Reservadme el trozo de pierna, pero á condicion de que si luego no es como decís, os lo quedareis.

—Bien.

—Ahora dejadme, que yo os avisaré.

—¿Caliento entre tanto la carne?

—Nó.

—Vuesa merced disponga lo que quiera — repuso maese Nolasco.

Y volvió á salir.

Cervantes se incorporó en la cama y tomó sus gregüescos de donde sacó algunas monedas y las contó.

—Bien—dijo:—apenas me queda dinero para sostenerme en Badajoz cinco ó seis dias, en cuyo tiempo no puede mejorarse el rey hasta el punto de ocuparse de mis pretensiones. En este caso, tengo precisamente que tomar las de Villadiego en seguida; pero como no he de volver á Madrid sin haber adelantado nada, porque para eso hubiese sido mejor no venir y escusar los gastos que he hecho, me ocurre una idea que indudablemente favorecerá mis pretensiones y me sacará del apuro presente: me voy á Portugal hoy mismo para sentar plaza en mi antiguo tercio y á las órdenes de mis antiguos gefes don Lope de Figueroa y Diego de Urbina, y al lado de mi hermano Rodrigo que sirve con ellos. Si merecen recompensa los servicios que tengo prestados, mayor deberá ser aumentando estos espontáneamente. Ya alcanzó mi hermano el grado de alférez, sin mas recomendacion que su buen comportamiento, y natural parece que yo alcance lo mismo. El duque se prepara á entrar en Lisboa: este debe ser un golpe decisivo, y si tengo ocasion de hacer algo de provecho en la jornada, aseguro mi fortuna, porque los servicios pasados y los presentes serán una gran recomendacion para el monarca.

Meditó algunos instantes el poeta, y luego repuso:

—Estoy decidido: así podré decir al rey: «Señor en Lepanto perdí la mano izquierda y en Arjel la libertad; y la mano derecha que al cielo plugo dejarme, y la libertad que con los mas costosos sacrificios pude recobrar al fin, la he empleado en servicio de V. M. y de la pátria.» Y el rey, como buen padre de sus vasallos, y obrando con justicia, pondrá precio

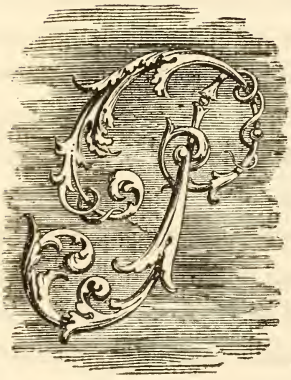
á la sangre que he derramado, á la lealtad con que lo he servido y á la honradez que tengo probada, y señalará la recompensa.

Resuelto y convencido de que no podia suceder de otro modo que como pensaba él, levantóse el poeta, vistióse y fué en busca de maese Nolasco, pagóle los dias de alquiler de su aposento, envolvió en un papel la carne asada, y aprovechó la ocasion de salir para el vecino reino con un traginante que se ofreció á llevarlo en una mula hasta la frontera por el módico precio de tres ducados.

Lo dejaremos caminar, y mientras llega al término de su viaje, volveremos á Madrid para dar cuenta á nuestros lectores de lo que sucedió aquel mismo dia en casa de doña Leonor, pues así lo exije el buen órden de la presente historia.

CAPITULO IV.

Donde volvemos á ver á Zoraida.



Por aquellos tiempos habia en la plaza del Arrabal una hostería que era de las mas concurridas de la poblacion por la fama de buen cocinero que tenia su dueño maese Mancioni, personaje muy conocido de los lectores de *La Capa del Diablo* por los sustos y apuros que le hizo pasar el travieso paje, protagonista de aquella historia. Pero como no todos los lectores de esta lo habrán sido de aquella, les diremos que la hostería en cuestion tenia cerca de la puerta de entrada una empinada y estrecha escalera que conducia á las habitaciones del piso superior, y que en una de estas, con balcon á la plaza, es donde vamos á penetrar sin licencia de dos mujeres que se alojaban

en ella y que el dia anterior habian llegado á la coronada villa.

Una de aquellas mujeres era jóven, de ojos negros y rasgados, de mirada lánguida y espresiva, de blanca tez y lábios rojos, y de formas esbeltas.

La otra era jóven tambien, pero de cútis negro, fino y brillante como el azabache, de ojos mas redondos, aunque tambien espresivos y de ardiente pupila y de lábios mas rojos aun y de formas que hubieran podido servir de modelo.

La primera, como habrán sospechado nuestros lectores, era Zoraida, y la segunda su esclava Zamareta, que al fin habian logrado escapar felizmente de Arjel, y despues de recibir el bautismo en Oran, se habian venido á España. Aunque la esposa de Dalí Mamí habia tomado el nombre de María, y la negra el de Ana, seguiremos llamándolas como de costumbre para evitar confusion.

Zoraida estaba vestida á la usanza europea, con un vestido de brocado azul y adornada con un collar de gruesas perlas de las mismas que habia traido de Arjel, y aunque por la falta de costumbre no llevaba este traje con toda la soltura que las que siempre lo habian usado, no por eso dejaba de estar bellísima, si bien no tan arrebatadora como con las vestiduras que la dimos á conocer.

Tambien Zamareta llevaba traje europeo, aunque mas humilde, y esta era la que mas habia perdido su belleza al trocar sus ropas, pues ocultaba la de sus formas del mas puro y correcto dibujo. Acaba de entrar y de dejar un ancho manto de seda, y sentándose en un taburete á los pies de su señora que descansaba en un ancho y viejísimo sillon forrado de cuero verde con clavos de cobre, dijo en lengua berberisca:

—He sido afortunada.

—¿Ya sabes donde vive?—le preguntó afanosamente Zoraida.

—Sí, aunque me ha costado mucho trabajo, porque ni co-

nozco las calles de la poblacion ni sé esplicarme con la claridad que quisiera; y esta misma dificultad encontrarás tú tambien aunque has podido aprender en poco tiempo algo mas de la lengua de este pais.

—¿Pero sabrás ir á su casa?

—He andado tres veces el camino para aprenderlo, y puedo ir sin equivocarme.

—¿Está lejos?

—Nó.

—Pues bien, ya que la fortuna se nos muestra propicia, no perdamos un momento. ¡Ah!.... voy á verlo, á estrecharlo entre mis brazos, á recordar las horas tan felices que pasé á su lado, á preguntarle si me ama y á oir de sus lábios palabras de amor.... ¡Y ya no nos separaremos!

Los ojos de Zoraida se animaron, se encendió su rostro con el fuego de su pasion mas viva cada dia, y las mas gratas ilusiones, las esperanzas mas halagüeñas hicieron que se entreabriesen sus lábios para sonreir dulcemente.

—¿Y no seria mejor—repuso la negra—que yo le avisase tu llegada y que viniese á verte?

—¿Y por qué no he de buscarlo yo? ¿Por qué perder ese tiempo despues del que ha pasado sin verlo?

—Vivirá con su familia y tal vez tengas que verlo en presencia de su madre cuyo carácter no sabemos cual sea.

—¿Acaso no debe halagarle á su madre el ver que su hijo es amado? Yo tendré para ella tambien caricias, y no me mirará con desden porque naci mahometana; el baustimo nos ha hecho iguales.

—Como te plazca, señora—contestó la negra que no quedó convencida:—ya lo habrás pensado bien y habrás visto si es prudente el paso que vas á dar.

—Nada me detiene: harto sacrificio he hecho en no acompañarte como quise, pues así ya lo hubiera visto.

—Dispon á tu placer.

—Vamos, vamos—repuso Zoraida con impaciencia.—Ya te he dicho que no quiero perder un instante.

Y se levantó, dejando que Zamareta le colocase un ancho manto negro con el cual procuró recatarse todo lo posible el rostro.

—No olvides los collares que quiero regalar á su madre y á su hermana: ese presente me lo agradecerá él mucho y será para ellas una prenda del cariño que pienso conquistar.

Zamareta tomó una caja de ébano que encerraba dos riquísimos collares de perlas, y siguió á su señora que con rápido paso salió del aposento.

Encamináronse á la calle de Toledo, bajaron, y volviendo á la derecha, se encontraron en Puerta Cerrada.

—Vamos bien, conozco este sitio—dijo la negra.

Luego entraron por la calle del Nuncio, y pocos momentos despues se hallaban á la puerta de la casa de Cervantes.

—Aquí es, señora.

Zoraida se detuvo.

Sus megillas estaban pálidas y su corazon latia con tal violencia que parecia que iba á saltar del pecho.

—¿Estás decidida?—repuso Zamareta.

—Sí, pero tiemblo y estoy turbada de tanta alegria.

—Creo que no has consultado tus fuerzas.

—Subamos.

Treparon, porque asi puede decirse, la empinada escalera, y cuando llegaron al cuarto segundo, la negra llamó.

—¿Quién es?—preguntaron desde adentro.

—Abrid si lo tenéis á bien—contestó la berberisca con alguna dificultad, pues le costaba aun bastante trabajo hablar en español.

Abrióse la puerta y apareció la hermana de Cervantes.

—¿Qué quereis, señora?—preguntó.

—¿Es esta la casa de Miguel de Cervantes?—dijo Zoraida.

—Sí.

—¿Puedo verlo?

—Es imposible—contestó Andrea.

—Perdonad, buena señora, si os ruego que no me negueis hablarle. Decidle....

—No puedo decirle nada—interrumpió Andrea—porque el señor Miguel de Cervantes no está en Madrid.

—¿Acaso no ha vuelto de Arjel?—repuso con algun sobresalto la convertida.

—Sí, á Dios gracias, pero ha salido otra vez para Badajoz.

Zoraida palideció hasta el punto que llamó la atencion de la viuda.

—¿Os sentís indispuesta?

—Nó, pero.... ¿Sois vos?....

—Hermana de Cervantes.

—¿Y no sabeis si esperaba la llegada de alguna persona?...

—Lo ignoro.

—¿No os ha dicho todo lo que le ha sucedido en Arjel?

—Tal creo.

—Quisiera ver á vuestra madre—repuso la berberisca que sintió que le faltaban las fuerzas y tuvo que apoyarse en el brazo de su esclava.

—Palideceis.... temblais—dijo Andrea.

—No es nada....

—Aunque no os conozco, si quereis entrar y sentaros.... Vuestro acento me dice que sois estranjera....

—Tan buena como él—murmuró Zoraida.

—Entrad, señora, y vereis á mi madre.

—Dios os lo premiará.

Zoraida entró seguida de Zamareta, y Andrea las condujo al aposento que ya conocen nuestros lectores, y en el cual estaba doña Leonor.

—Vos sois su madre—dijo la convertida, acercándose á la viuda.—Vuestro rostro me lo dice.

Y se dejó caer en una silla.

—Madre mia—dijo Andrea—esta señora pregunta por Miguel. Le he dicho que no está en Madrid y ha manifestado deseos de veros.

Doña Leonor contempló con estrañeza á Zoraida, y aunque no la conocia, la tuvo por una dama de calidad al ver el riquísimo traje que vestia y las gruesas perlas que adornaban su mórbido cuello.

—Se ha sentido repentinamente indispuesta, y le he rogado que entre y que descanse....

—Señora—dijo doña Leonor—aunque no os conozco, es bastante que hayais pronunciado el nombre de mi hijo Miguel para que se os abran las puertas de esta casa.

—Tan buena como él—dijo la berberisca con acento de ternura.—Señora, en vuestro semblante se retrata la grandeza de vuestro corazon, y ahora comprendo el dolor de vuestro hijo por estar separado de vos.

—¿Lo conocísteis en Arjel?

—Sí.

—¡Oh! decidme cuanto sepais de lo que allí ha sufrido—replicó la viuda, acercándose á Zoraida.

—¿No os ha referido todos sus trabajos?

—Mas me ha hablado de sus alegrias que de sus pesares.

—¡Siempre lo mismo! ¡Pensando siempre en disminuir los pesares de los demas á costa de sus alegrias!....

—¿Segun veo lo habeis tratado muy de cerca, puesto que tan bien le conoceis?

—¿No os ha hablado nunca de mí?

—¿Y quién sois vos?

—Yo,—dijo algo turbada la berberisca—me llamo María, y.... antes me llamaba.... Zoraida....

—¡Sois la esposa de su amo!

Los ojos de la convertida brillaron alegremente porque estas palabras de doña Leonor le probaban que Cervantes no la habia olvidado puesto que habia hablado de ella.

La viuda, por su parte, que ya tenia noticia de los amores de su hijo en Arjel, contempló á Zoraida con la mayor atencion, y lo mismo hizo Andrea.

—Todo lo comprendo, señora—dijo doña Leonor.—Mi hijo esperaba que viniéseis, aunque no tenia mucha confianza de que pudiéseis lograr vuestra fuga.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó la hermosa berberisca cuyos negros ojos se humedecieron con dos lágrimas de ternura.

Y luego añadió, dirigiéndose á la madre del poeta:

—Sois dueña de mi felicidad y de mi vida, pronunciad una palabra, decid que me permitireis que os llame madre y....

—Como yo, sois cristiana—interrumpió doña Leonor, y bien podeis ser la esposa de mi hijo....

—¡Ah!—exclamó Zoraida arrebatadamente.

Y se arrojó llorando en los brazos de la viuda.

Esta, que sabia los sacrificios que por su hijo habia hecho la esposa de Dalí Mamí, la prodigó mil caricias con la mayor ternura.

—¡Y no puedo verlo!—repuso la convertida.—¡Tengo que esperar!....

—Tal vez dentro de pocos dias esté de vuelta, porque una circunstancia imprevista ha hecho inútil su viaje. Hoy he tenido carta suya, y me dice que no podrá permanecer muchos dias en Badajoz porque nada adelanta y se le concluyen los recursos para su sostenimiento allí.

—¿Con qué es cierto que sois tan pobres como él me decia? —replicó Zoraida con la mas sencilla franqueza.

—Mucho, señora.

—No desde este momento, porque yo soy rica, y cuanto poseo es del hombre á quien tanto amo.

Doña Leonor sonrió tristemente y repuso:

—Aun no nos conoceis, señora.

—¡Es verdad!.... He olvidado por un momento lo que la

esperiencia me habia demostrado: tampoco quiso vuestro hijo aceptar la libertad que tantas veces le ofrecí.... Perdonadme, señora; no fué mi intencion ofenderos; pero ¿qué he de hacer con las riquezas que he traido? ¿He de darlas á un estraño cuando pueden hacer vuestra felicidad, ó mejor dicho, nuestra felicidad, porque yo seré un individuo de la familia?

—Nada puedo contestaros sobre eso—dijo doña Leonor—porque es asunto en el que solo á mi hijo toca resolver; pero casi estoy segura de que no aceptará unas riquezas que fueron de vuestro esposo.

La viuda habia quizás aventurado mas de lo que debiera al dar á entender á Zoraida que se casaria con Miguel de Cervantes, punto sobre el cual este nada habia dicho á su madre al referirle lo sucedido en Arjel. Llevada doña Leonor de un impulso generoso, acojió á la berberisca con la mayor franqueza y cariño; pero pasada aquella primera impresion, comprendió que debia obrar con alguna reserva para no comprometer la posicion delicada de su hijo con respecto á la esposa de Dalí Mamí.

—Señora—repuso la viuda—para mí teneis un doble valor porque habeis arriesgado vuestra vida por cariño á mi hijo, y porque habeis abierto los ojos á la luz de la verdad, abjurando los errores de vuestra antigua y falsa religion; pero este aprecio que os debo tan justamente; no me autoriza para tratar con vos sobre cuestiones que solo son del corazon. Mi hijo me ha hablado de vos con la mayor ternura y os recuerda con toda la gratitud que atesora su alma noble, mas no por eso podré yo deciros la resolucion que tomará cuando os vea. Esto no quiere decir que se casará con vos ni que os volverá la espalda cuando os encuentre, sino que es lo mas acertado aplazar este asunto para su vuelta.

Zoraida bajó tristemente la cabeza y exhaló un suspiro.

—Entre tanto—se apresuró á decir doña Leonor—os amaré

y seré vuestra mejor amiga, me serán gratas en estremo las horas que estemos reunidas, y si quereis, juntas iremos á cumplir los deberes de cristianas....

—A nadie conozco en esta tierra....

—No os pese, porque el mundo está muy pervertido y es peligroso entregarse de buena fé al trato del primero que se presenta con apariencias de amigo. Vos debeis tener un doble temor: sois jóven y estremadamente hermosa, y pronto os vereis rodeada de todos los lazos que tiende la seduccion.

—Yo no quiero trato con nadie sino con vosotras porque sois la madre y la hermana del hombre á quien tanto amo.

—Pues bien, venid á vernos todos los dias á las horas que mejor os parezcan, y reunidas haremos mas breve el tiempo de la ausencia de mi hijo.

—¡Gracias señora!—exclamó Zoraida conmovida y estrechando entre las suyas ardientes y temblorosas las manos de doña Leonor.

—No os ofrezco—repuso esta—que os vengais á vivir con nosotras, por dos razones: la una porque nuestra escasez es tal que solo miseria es lo que tendriais que compartir con nosotras, y la otra porque á la vuelta de Miguel se murmuraria porque una mujer á quien amaba, jóven y hermosa, vivia en su misma casa.

—Compartir vuestra miseria y vuestros pesares seria mi mayor felicidad, pero hay que evitar la murmuracion.

—Me place que participeis de mis ideas.

—Ahora seremos amigas; despues podré llamaros madre.

—Deseo vuestra felicidad.

—Una súplica tengo que haceros aun—dijo Zoraida despues de haber reflexionado algunos momentos.

—Os escucho.

—Al salir de Arjel me acordé de vosotras y quise traeros una prueba de mi recuerdo. ¿La aceptareis? No tiene otro valor que el que le dé el cariño que me habeis demostrado.

—Pensad que es muy delicado que yo admita obsequios vuestros sin conocimiento de mi hijo.

—Ya os he dicho que ningun valor material tiene el que os ofrezco y que solo debeis considerarlo como un recuerdo de cariño.

—Sin embargo....

—No me negueis esa gracia—repuso la berberisca, tomando la caja que habia llevado Zamareta.—Os repito que nada vale.

Y puso la cajita sobre las rodillas de doña Leonor.

Abrióla esta, y al ver los riquísimos collares cuya nacarada blancura brillaba mas sobre el fondo negro de la caja, dijo:

—Esto son joyas de gran valor.... Perdonad, señora, pero ni aun con la licencia de mi hijo las aceptaria.

—¿Rehusais?....

—Decididamente.

—¡Oh!

—Si habeis traido algun puñado de la tierra que mi hijo ha pisado y regado con sus lágrimas, algun trozo de las cadenas con que lo han sujetado, dádmele, lo besaré como una reliquia, me vereis llorar de ternura y os lo agradeceré mas que si fuese un tesoro. Tomad, señora, y guardad esas prendas, que yo de vos no quiero mas que virtudes y cariño.

Zoraida no se atrevió á replicar porque comprendió que seria inútil insistir, segun se lo daba á entender el acento de firme resolucion de la viuda. Así, pues, volvió á tomar la caja, y entregándola á Zamareta, dijo:

—No sé si os he ofendido porque ignoro las costumbres de este pais.

—Por eso os he devuelto los collares y agradecido vuestra voluntad, porque de otro modo los hubiera arrojado con desden.

—Pues bien para daros una prueba mas de mi buena in-

tencion—repuso Zoraida—venderé esas perlas y su producto lo daré á los pobres.

—Sois....—contestó la viuda y se detuvo.

«Digna de mi hijo», iba á añadir; pero acordándose de la reserva que se habia propuesto observar, cambió la frase y añadió:

—Sois virtuosa.... ¡Dios os bendiga!

Pasaron algunos instantes de silencio que al fin rompió la berberisca para decir:

—¿Y si vuestro hijo retardase su vuelta?

—Tendremos que esperar.

—¡Esperar!—repitió tristemente Zoraida.—¡Siempre esperar!.... ¡Cuán largo es el tiempo!

—Debemos conformarnos con la voluntad de Dios.

—Decidme, señora, ¿no podré sin riesgo ir á donde está vuestro hijo?

—Nó, porque allí se ha encendido una guerra.

—¿Pero ha vuelto á ser soldado?—preguntó con inquietud la berberisca.

—A nada se ha resuelto todavia, y sentiré que otra vez tome las armas y ponga su vida en riesgo.

—Tal vez haré una locura, pero si tarda muchos dias sin volver, estoy resuelta á ir á buscarlo.

—Desechad esa idea.

—¿Por qué?

—Os espondreis á perecer.

—¿Qué me importa? En muchas ocasiones he arrostrado la muerte por estar una hora á su lado: ¿por qué no he de arrostrarla en esta ocasion para alcanzar la dicha de toda mi vida?

—Pero entonces os era forzoso hacerlo así, y ahora podeis lograr vuestro deseo sin arriesgar nada. Lo que en unas ocasiones es valor digno de alabanza, en otras es loca temeridad.

—¡Es que estoy loca!—exclamó Zoraida, haciendo un esfuerzo y mientras que sus megillas se tornaban rojas.—Vos

habeis amado tambien, señora; acordaos de cuanto puede una pasion....

—Que debe enfrenarla el juicio cuando lo exije la prudencia.

—Es verdad, sí, pero es tan débil mi voluntad para luchar con mi pasion....

—Pedid fuerzas al Omnipotente.

—Además, todavía no he podido hacerme superior á las supersticiones que desde la niñez dominan á los de mi raza.

—Es un pecado.

—Lo sé, y lucho, y cuando logro vencerlas, me acuerdo de Jaguá.... Vos no sabeis quien era Jaguá.... ¡Infeliz!.... Era una esclava mia que amaba á vuestro hijo con la mas ardiente de las pasiones, con toda la fuerza impetuosa de una fiereza que vos no podeis comprender, con toda la violencia del que no ha tenido en su vida mas que una afeccion, que no ha amado mas que á una criatura y aborrecido de muerte al resto del género humano.... ¡Pobre Jaguá!....

Por las megillas de Zoraida rodó una lágrima de compasion.

—La desdichada—prosiguió—perdió el juicio.... ¡Los celos la volvieron loca!.... Me predijo que mi pasion habia de ser fatal para ambas....

—Desechad esas ideas.

—No se equivocó en cuanto á ella porque murió desastrosamente en un arrebato de celos; y en cuanto á mí, no estoy tranquila.... es la única supersticion que no he podido dominar.... ¡Dios me proteja!

Zoraida se cubrió el rostro con las manos y derramó abundantes lágrimas. Como habia dicho, la prediccion de Jaguá no se apartaba de su memoria, y su espíritu supersticioso no estaba tranquilo desde la muerte de aquella infeliz.

Largo rato de silencio transcurrió hasta que la berberisca hubo de despedirse de doña Leonor y de Andrea que habia permanecido muda durante la pasada escena.

—Dedicad—dijo la viuda—el dia de hoy á descansar, y mañana, si quereis, venid temprano y nos acompañareis á oir misa.

Salió Zoraida despues de abrazar á sus nuevas amigas, y cuando estuvo en la calle, respiró con avidez el aire libre, y dijo á Zamareta:

—Ocho dias mas, pero no mas que ocho dias.

—¿Y qué piensas luego hacer?

—Si no ha vuelto en ese tiempo, iré á burcarlo.

—Dicen que espones tu vida, amada señora.

—La vida sin él es para mí una carga pesada.

—Ya sabes que aunque se presenten los mayores peligros no te abandonaré.

—Sé que me amas mucho.

—Soy todavia tu esclava.

—Ya hemos corrido solas por mar y tierra sin que nada malo nos haya sucedido. ¿Por qué no ha de seguir protegiéndonos Dios?

—Nada temo, señora.

—Yo tampoco mas que el perderlo.

Siguieron el mismo camino que habian llevado, y mas de una mirada se fijó en el pálido y hechicero rostro de la berberisca que en su turbacion ni cuidaba de ocultar con el manto, ni advirtió que un caballero jóven, ricamente vestido iba tras ellas.

Llegaron á la hostería, entraron y precipitadamente subieron la estrecha escalera que conducia á su habitacion, y el galan perseguidor, entrando tambien, pero quedándose en el zaguan, gritó:

—¡Maese Mancioni!

El panzudo hostelero acudió con toda la celeridad que le permitia su robustez, y al ver al caballero, dijo:

—Bien venido sea vuestra señoría, y cien veces bien venido, porque ya pensaba que vuestra señoría me habia olvida-

Zarza d.º y h.º

Lit Heraldica.

...N. advirtió que un caballero joven, ricamente vestido iba tras ellas.

do. Pero si ni falta de salud ni otros disgustos le han impedido venir, me alegro.

—Eso no viene al caso: lo cierto es que aquí me teneis.

—Y solo, que es cosa estraña en vos.

—No siempre se encuentra un amigo, ó una amiga, que almuerce con uno.

—Lo cual es rarísimo, pues en cuanto á los amigos, vuestra señoría tiene muchos que apuren las botellas de Jerez y de Borgoña que paga generosamente; y si hablamos de amigas, vuestra señoría es....

—Cualquiera cosa, que esto no interesa, os repito. Sois un tunante adulador á quien yo estimo....

—Me honra vuestra señoría—contestó sonriendo maese Mancioni.

—Necesito hablaros reservadamente.

—Pues nunca en mejor ocasion: todos los huéspedes están fuera de casa....

—Menos dos que no habeis visto entrar: blanco el uno con los ojos tan negros como el rostro del otro.

—¿Ya les echásteis la vista encima?.... Con razon dicen que el señor vizconde de Puertoalegre....

—Con razon dicen que sois un bribon. Sacad una botella y entremos en el salon de mis delicias.

Maese Mancioni hizo una reverencia y se fué, volviendo á poco rato con una botella empolvada y un vaso de vidrio, y siguiendo al llamado vizconde que entró en un aposento situado á la derecha del zaguan.

CAPITULO V.

De la conversacion que tuvieron el vizconde y maese.

olo una mesa habia en medio del aposento donde entraron maese Mancioni y el perseguidor de Zoraida.

Era este un jóven como de veinte y cuatro años, de buena estatura y de rostro algo enjuto y pálido. La mirada de sus grandes ojos azules era lánguida, y la espresion de su semblante, altiva y desdeñosa, indicando todos sus gestos ese cansancio prematuro de una vida agitada, de esa vida de escesos donde todas las pasiones, todos los sentimientos se estinguen ó se amortiguan en medio del estrépito de las orgias, del desenfreno de todos los vicios. En medio de la viveza y de la alegria que demostraba, advertíase cierto abatimiento, cierta enervacion impro-

pia de sus pocos años. Sin disputa era bello á pesar de su palidez y de dos semicírculos ligeramente amoratados que guarnecian la parte inferior de sus ojos. Su barba y sus cabellos eran rubios, finos y brillantes, pero sus lábios estaban siempre frios, secos y blanquecinos.

El jóven vizconde era huérfano y heredero de una inmensa fortuna que gastaba locamente al par de su salud. Era atrevido y valiente y manejaba la espada con tan rara destreza como era grande su gracia y habilidad para pulsar de noche una guitarra y entonar un romance tierno y amoroso como ningun rondador. En toda la villa era conocido, y sus calaveradas se habian hecho proverbiales. Los maridos celosos lo calificaban de hombre depravado y torcian el gesto cuando, acompañados de sus mujeres, lo encontraban en la calle ó en algun sarao; los amantes le llamaban nécio y fingian reirse de él mientras que le envidiaban su buena estrella ó temian ser sus rivales, y las mujeres, á pesar de que murmuraban de su licenciosa vida, lo miraban con cierto interés y se envanecian cuando las llamaba hermosas. Le gustaban las damas por la finura de su porte, y las mujeres de humilde condicion por su franqueza y sencillez: para él, segun decia, todas las mujeres de quince á treinta merecian los honores de un piropo si no querian aceptar mas obsequios, pero ninguna merecia un marido. Lo mismo poseia el lenguaje de las tabernas que el de los palacios, y le importaba muy poco, ó mejor dicho no le importaba que acabado de salir de las unas lo viesen entrar en los otros.

Sin embargo de todo esto, no era el vizconde un don Juan Tenorio ni con mucho: era solamente uno de esos desdichados que tienen la desgracia de estraviarse sin saber á dónde van, cayendo en el cieno de la sociedad para morir miserablemente en él sin dejar un recuerdo: no era de esos hombres que aun en medio de su perversidad saben engrandecerse y levantarse sobre los demas; la perversidad del vizconde era mezquina y ruin.

Conocido ya este nuevo personaje, nos queda referir la conversacion que tuvo con maese Mancioni.

—Sentaos—dijo el mancebo mientras él lo hacia así.—Sentaos y beber si quereis: yo no pienso probar vuestro vino ahora, sino hablaros, y si os mandé traer la botella fué solo por pedir y nada mas.

—Gracias, señor vizconde: sois muy generoso.

—Vais á contestarme á algunas preguntas.

—Ya escucho.

—¿Quién es esa mujer de ojos negros y de servidumbre negra á quien hospedais?

—Lo ignoro.

—Si á todo contestais lo mismo quedaré satisfecho.

—Esa mujer—repuso el hostelero—llegó ayer con su doncella, casi anochecido.

—Va ricamente vestida.

—Y lleva unos ricos collares de perlas que no habeis podido ver.

—Os habrá dicho su nombre.

—Solo que se llama doña María, y su doncella, Ana.

—¿Y el apellido?

—Lo ha callado.

—¿Tampoco sabeis de donde ha venido?

—Tampoco, pero sí puedo aseguraros que no es de esta tierra.

—¿Cómo lo sabeis?

—Habla muy mal al castellano, peor, mucho peor que yo.

—Ya vamos sacando algo en claro.

—Poco podré deciros.

—¿Es esta la primera vez que ha salido á la calle?

—Sí, señor.

—¿Y su doncella?

—Salió esta mañana temprano despues de preguntarme hácia qué lado de la villa estaba la calle de las Huertas.

—¿Tardó mucho tiempo en volver?

—Mas de dos horas.

—¿Y su señora ha estado mucho tiempo fuera de casa?

—Mas de una hora.

—¿Os paga bien?

—Como una reina.

—¿Es habladora la negra?

—Reservada y con apariencias de muy ladina.

—¿Y no habeis podido comprender si tiene mucha confianza con su ama?

—Mas que otra cosa parecen dos amigas.

—Y sin embargo, es su criada.

—Sí, señor.

—Esa mujer es un misterio, pero un misterio con dos ojos que me han trastornado la cabeza.

—No lo estraño.

—Hasta la pícara de la negra es hermosa.

—Bastante.

—Maese Mancioni, es preciso saber quien es esa mujer, de dónde viene, á dónde va, y cual es su flaco, pues todas las mujeres tienen uno al menos, y las mas de ellas son una pura flaqueza.

—Las conoce bien vuestra señoría.

—No debeis vos conocerlas mal puesto que no os habeis casado.

—No he tenido tiempo de ocuparme de esa cuestion.

—Sepamos cómo vais á componeros para conseguir lo que yo deseo.

—Obedeceré las órdenes de vuestra señoria: nadie me gana á guisar unos macarrones, pero á inventar una intriga....

—Es verdad, me olvidaba de que no teneis mas que barriga y careceis de cabeza.

—Así es lo cierto, y por eso digo que cumpliré las órdenes de vuestra señoría, pero nada mas.

—Pues escuchad mis órdenes, advirtiéndoos que pagaré generosamente porque no tienen precio los ojos de esa mujer.

—Ya escucho.

—No os faltará un amigo que tenga mas entendimiento que vos, un hombre de esos que se meten por el ojo de una aguja....

—Conozco uno que no tiene igual: si se propone espiaros lo encontrareis junto á vos en todas partes, en la calle, en casa, y hasta dentro de la cama.

—Debe ser un mozo de cuenta.

—Listo como ninguno.

—Bien.

—Le llaman el bachiller Lagartija, y con su viveza justifica bien su apodo. Es un poco hablador, aunque reservado, pero esto suele ser útil.

—Esa lagartija es un tesoro.

—En dándole dinero y vino, está dispuesto á todo.

—Es el hombre que necesito.

—Pues cuente con él vuestra señoría.

—Ya veis, maese, que no se trata de cometer ningun crímen.

—Así lo creo y por eso me presto á obedecer.

—Una intriga de amores....

—Eso no vale la pena.

—El llamado bachiller, que supongo no será tal....

—Nada de eso.

—Bien, esa lagartija no hará desde hoy otra cosa que seguir á vuestra huéspeda á todas partes.

—Es muy fácil.

—Averiguará quien vive en las casas á donde vaya.

—Tambien lo hará.

—Y lo mismo con la doncella si sale sola.

—Se entiende.

—Además, hará todo lo posible para trabar conocimiento con ella.

—¿Con la negra?

—Sí.

—Eso será mas difícil.

—¿Por qué?

—Porque tiene trazas de esquiva y desconfiada.

—No importa.

—Hará lo posible, y lo que él no consiga no lo logrará otro.

—Vendré todos los dias á saber el resultado de sus averiguaciones y vos me direis lo que ocurra.

—Buen plan de campaña, señor vizconde; con razon dicen que vuestra señoría....

—¿Otra vez me adulais?

—Os juro por la santa Madona de....

—No he concluido.

—Eso es otra cosa, señor.

—Necesito una habitacion en vuestra casa, y en concepto de esa dama pasaré por uno de tantos huéspedes. La ocuparé cuando me convenga, y cuando no, guardareis la llave.

—Cuidado, señor vizconde, que eso huele ya á negocio un poco sério—replicó maese con alguna desconfianza.

—¿Temeis que abuse, señor panzudo?

—Nada temo de vuestra señoría sino que se le alborote la cabeza y tengamos un conflicto.

—Tranquilizaos, que á mí mas que á vos me interesa ser prudente si he de alcanzar lo que deseo.

—Es verdad, pero..

—Dejaos de observaciones y haced lo que os digo si quereis mi amistad y mi bolsa.

—Bien, bien.... yo....

—En cuanto al secreto, escuso deciros lo que importa guardarlo por ahora, y que me respondeis de él con vuestra enorme barriga.

—Ocasiones ha tenido vuestra señoría en que poder conocerme.

—Una cosa me falta preguntaros.

—¿Cuál?

—¿Tiene ventana á la calle el aposento que ocupa esa dama?

—Uno de los balcones que caen á la plaza tiene la primera habitacion, y en la segunda una ventana que da al pátio.

—Bien, maese Mancioni—repuso el mancebo, sacando un bolsillo—tomad esos diez escudos de oro para los primeros gastos de Lagartija, y si el negocio sale bien, sereis recompensado largamente.

—Gracias, señor vizconde, gracias.

—Advierto que no habeis destapado la botella.

—Ya sabe vuestra señoría que nunca bebo.

El vizconde meditó algunos instantes y luego repuso:

—¿Cuándo vereis á Lagartija?

—A estas horas acostumbra á venir, y si vuestra señoría quiere conocerlo, no tiene mas que esperarse un poco.... no tardará un cuarto de hora.

—Nó.

—Tengo una hermosa trucha que servir á vuestra señoría para que entretenga el tiempo.

—Con gusto la comeria si me acompañase la dama misteriosa, pero para estar solo, quiero aprovechar el tiempo en otra cosa.

—Como plazca á vuestra señoría.

—Me voy—dijo el mancebo levantándose.

—¿Volverá hoy vuestra señoría?

—A la noche.

El vizconde salió, y maese Mancioni, no muy tranquilo con los proyectos en que acababa de tomar parte, se hizo las siguientes reflexiones:

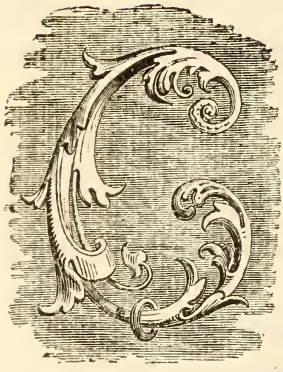
—En cuanto á que el bachiller Lagartija se convierta en sombra de esa dama, no encuentro cosa particular, porque

todo será que se averigüe quien es y que el vizconde tenga mas facilidad de galantearla, pero lo de darle un aposento en mi casa.... no me gusta mucho porque ese mancebo es un libertino que nada respeta, y bien puede suceder que abuse de la ocasion, comprometiendo mi reputacion de hombre honrado y mis intereses. No puedo negarme porque es temible si se enoja, y por lo menos, seria capaz de armar un escándalo, pero necesito tomar algunas precauciones, estar muy alerta, y en último caso obrar con energia.

Tras estas reflexiones, maese se dirigió á la cocina, y la casa quedó en el mas profundo silencio.

CAPITULO VI.

Donde volvemos á Portugal.



UANDO el prior don Antonio tuvo noticia de que el ejército del duque de Alba marchaba sobre Lisboa, comprendió que le era preciso evitar á todo trance aquel golpe, pues una vez que los españoles se apoderasen de la capital del reino, no le quedaba recurso para hacer triunfar su causa que indudablemente se perderia con semejante golpe.

Con cuanta prisa le fué posible, reunió don Antonio á sus mas decididos partidarios y el mayor número de sus tropas, reclutando algunos miles de soldados mas, y poniéndose él mismo á la cabeza de su ejército.

Ganadas por los españoles las plazas mas importantes,

cansados los defensores mas ardientes de la independencia, y desalentados los partidarios de don Antonio por los descalabros que habian sufrido y porque no veian llegar los prometidos socorros del estranjero, estaba el prior en el caso de arriesgar en una batalla decisiva todo el porvenir de su causa.

Al fin vió don Antonio reunido un ejército de diez y seis mil infantes y dos mil caballos, pero la mayor parte era gente indisciplinada, y no pocos moros berberiscos sin entusiasmo por la causa que iban á defender. Sin embargo, la prontitud con que se dispusieron les dió lugar á elegir una ventajosa posicion antes que los españoles pudiesen llegar á Lisboa, y sentaron el campo á una milla de esta ciudad que resguardaba uno de sus costados, teniendo al otro el Tajo donde contaban con cien embarcaciones, de los cuales, cuarenta y dos tenian numerosa artillería, y delante, es decir, por el único lado por donde podian ser acometidos, un riachuelo de escarpadas orillas que difícilmente podian atravesarse, á poco que fuesen defendidas.

Bien atrincherados, con el descanso de algunos dias, y con un plan estudiado detenidamente sobre el terreno, era mucha su ventaja sobre los españoles que á cuerpo descubierto y fatigados por largas y precipitadas marchas, debian atacar sin conocer el terreno y casi sin saber las fuerzas con que contaban sus enemigos.

Avistáronse al fin los dos ejércitos, y aunque el duque de Alba apreció fácilmente lo ventajoso de la posicion de los portugueses, resolvió dar la batalla, aunque no sin tomar algunas precauciones. Fué la mas importante enviar órden al marqués de Santa Cruz para que con sus galeras se pusiese á la vista de las de don Antonio; el rio tiene por aquella parte unas tres millas de anchura, y ambas flotas podian maniobrar desahogadamente.

Al anochecer de la víspera del dia de la batalla, dió el du-

que la órden para que todos se preparasen, pues queria que al amanecer se acometiese al enemigo.

El sol parecia tocar ya á las cumbres que se levantaban por la parte de Occidente, y el ejército español, acampado á la falda de una cordillera que se estiende de Norte á Sur, bullia y se agitaba mientras que los últimos rayos del astro del dia reflejaban en los brillantes cascos y armaduras, haciéndolas aparecer como espejos movibles cuyos luminosos destellos cambiaban, se perdian y volvian á relucir como si revoloteasen en el espacio. Perdíase entre las vecinas montañas el eco del sonido de las trompetas, y el relincho de los caballos, el choque de las armas al chocar con las armaduras, y los alegres cantos de la guerrera gente, esparcian ese rumor que en los campamentos enciende el entusiasmo belicoso y hace palpitar el corazon con mas fuerza de la acostumbrada. En un campamento todo es alegria, mayor cuanto mas cercano está el combate, y entre el ruido de las armas y el son de los clarines se ahogan todos los recuerdos y se disipan todos los temores porque el valor se comunica de unos en otros pechos como se comunica el espanto cuando la derrota pone en desórden siquiera una pequeña parte de los combatientes.

Despues de haber entrado en contestaciones con algunos centinelas y en esplicaciones con algunos gefes de las avanzadas, un hombre que á la espalda llevaba un pequeño lio de ropa y que á pesar del cansancio de su precipitada marcha entonaba alegremente una cancion que tanto tenia de báquica como de guerrera, atravesaba el campamento por entre los grupos de soldados que jugaban y reñian, bebian y se alegraban ó se entretenian en arreglar sus armaduras.

De vez en cuando interrumpia su cantar para decir á algunos soldados:

—¡Ola, camaradas, buenos ánimos mostrais!

Y mientras ellos le contestaban con tono burlon,

—¿Camaradas nos llamas con esas trazas de bachiller ó sopista?

Continuaba su camino y preguntaba á otros:

—¿Voy bien para el sitio donde está el tercio de don Lope?

—¿Sois comediante que venís á divertirnos? le dijo un soldado español.

—Juro por los zapatos que robé esta mañana á un portugués—añadió un andaluz—que este que con esa tizona y ese jubon raido presume de hidalgo, es barbero y lleva en ese lio los serruches de su oficio.

—Vos lo habeis acertado—contestó Cervantes, que no era otro el que se habia introducido en el campamento.—Barbero soy, antiguo en la profesion, y vengo con el fin de afeitar al prior don Antonio que diz tiene en las barbas todo su poder. Teneis buen golpe de vista, cualidad que en vos es añeja, señor Anton Navarrete....

—¡Cómo!—exclamó el soldado sorprendido al oirse llamar por su nombre.—¿Acaso me conoceis?

—Cerca de diez años hace que no nos hemos visto, desde aquella broma de Lepanto, pero....

—¡Por mi abuela!—interrumpió el soldado.—¿Quién sois?

—Miradme bien.

Navarrete fijó atentamente la mirada en el poeta, y reconociéndolo al fin, levantóse, le echó al cuello los brazos con muestras de la mayor alegria, y exclamó:

—¡Voto al rabo de Satanás! ¡El señor Miguel de Cervantes aquí!

Semejante encuentro conmovió tiernamente el ánimo de aquellos dos hombres porque habian sido leales camaradas y acudieron á su memoria muchos recuerdos de su pasada vida.

—¡Y os llamé barbero, vive Dios!—repuso Navarrete.—Bien decís, habeis venido á afeitar á ese maldito portugués que si supiera que estamos juntos no nos esperaria mañana. Pero sentaos y descansad, bebed un trago de vino para que se os refresque el cuerpo y se os alegre el alma, y luego iremos á ver á algunos de nuestros antiguos compañeros. Supongo

que venís para alistaros con nosotros porque estará bailando de impaciencia en la vaina vuestra lanceta despues de tanto tiempo de no haber hecho una sangría. Mañana, carne fresca de portugueses y moros: á estos últimos ya los conoceis y sabeis que gritan mucho y son ligeros como el aire cuando se toca á talones. Pronto los despacharemos: al uno un puntapié, al otro un bofeton, á este una estocada y al otro un revés que lo divida en dos pedazos, será funcion de media hora. Tienen ahí unos barquichuelos.... ¡nada!.... cascarones de nueces que pueden servir de zapatos para las monas; no hay que hacer caso de ellos, porque solo del aire que se moverá al avanzar nosotros, se irán á pique.

Cervantes se sonrió y dijo:

—Veo que nada habeis perdido de vuestro antiguo buen humor y que hablais tanto y tan de prisa como antes.

—¿Qué he de hacer? Las palabras se me indigestan en el cuerpo y por eso las vomito.... ¿Pero no bebeis ni os sentais? ¡Voto al infierno!

—Si quereis complacerme, guiadme á donde esté don Lope de Figueroa y don Diego de Urbina, y despues que los haya visto iré á sorprender á mi hermano que ni me espera ni sabe que he salido del cautiverio.

—¿Y luego sereis nuestro?

—Sí, nos reuniremos los camaradas de Lepanto y beberemos á la salud de los valientes y por la victoria de mañana.

—Vamos, pues. Vereis á don Lope, á don Diego y á vuestro hermano que ya es alférez....

—Lo sé.

—Y que se ha portado como un valiente: no os diré mas sino que en la toma de Olivenza mató mas portugueses que dias tiene el año y no sacó ni un rasguño: y no hay que decir que todo fué saltar las murallas, porque despues, en las calles, nos echaron desde las casas mesas, sillas, agua hirviendo y qué se yo cuantas cosas por el estilo. Pero en el in-

fierno lo pagarán: Dios permita que el diablo mayor les dé mas tizonazos que granos de tierra tiene el mundo, que los desuelle siete veces al dia y que los alimente con hambre.

—¿Cuándo dejareis de ser maldiciente?

—Cuando me corten la lengua; aunque entonces maldeciré con el pensamiento. No sabeis lo que es esta gente: todo castigo es poco para ellos: no estaré contento hasta que los vea convertidos en truchas y nadando en plomo derretido.

—Buenas intenciones.

—Tales son sus hechos.

No cesó de hablar el soldado hasta que llegaron á la tienda de don Lope de Figueroa, á quien pasaron recado de parte de Cervantes.

El valor y la honradez del poeta, habian dejado un recuerdo en el tercio donde sirvió, que no era fácil que el tiempo lo borrara: por esta razon, don Lope de Figueroa lo recibió al momento y con muestras del mayor cariño, haciéndole sentar á su lado y preguntándole el objeto de su viaje con amistoso tono.

—No sé si sabreis—le dijo el poeta—que he estado cautivo.

—Sí, lo supe—le contestó el ilustre guerrero—porque pregunté por vos, y antes de que saliésemos de España para esta espedicion, me dijo vuestro hermano que habia muchas esperanzas de que alcanzáseis vuestra libertad. Despues no ha sabido darme mas noticias, y creo que lo habreis sorprendido como á mí.

—No lo he visto aun.

—¡Que no lo habeis visto!

—Nó, señor, porque antes que cumplir con ese ardiente deseo de mi fraternal cariño, era mi deber de ponerme á vuestras órdenes.

—Veo que habeis conservado vuestra antigua severidad.

—Así he nacido, y la condicion de la criatura no cambia.

—¿Habeis visto á S. M.?

—Tampoco, aunque en Badajoz he permanecido muchos dias con ese fin; pero estorbólo su enfermedad, y como esta se prolongaba, y el tiempo transcurria sin que yo cumpliese mis deseos de tomar parte en esta guerra, me he venido con intencion de dejar para despues el besar la mano á S. M.

—Siento que no hayais podido hablarle, porque con vuestros brillantes antecedentes, estoy seguro que el monarca os hubiese enviado ya con el empleo de alférez que teneis tan ganado.

—Lo conquistaré de nuevo aquí.

—Ya sabeis que nada puedo hacer por vos ahora.

—Lo sé, don Lope, y por eso quiero hacer por mí. Dadme un mosquete y designadme un puesto, que aunque manco, me queda la diestra y el corazon. Si á mis servicios añado otros voluntariamente, el rey me recompensará, seguro estoy, porque no es posible que mire con indiferencia mi lealtad y mi desinterés.

—Llegais precisamente en el momento mas oportuno para conquistar la gloria y la fortuna.

—Para mí, don Lope, ha estado siempre reñida la primera con la segunda, bien lo sabeis; pero esta vez no espero recibir un desengaño.

—Ciertamente, señor Miguel; vos habeis corrido sin descanso tras la gloria, pero la fortuna no ha corrido tras de vos.

—Es que no habrá podido darme alcance; tan veloz ha sido mi carrera.

—¿Sabeis que tenemos enfrente al ejército enemigo, y que mañana se dará una batalla decisiva?

—Sí, señor, y por eso he apresurado mi marcha.

—Puesto que tan decidido estais, os destinaré á una compañía....

—¿En cuál sirve mi hermano?

—En la de don Diego de Urbina.

—Con él quisiera ir yo.

—Estais complacido: ahora mismo daré las órdenes convenientes.

—Gracias, don Lope.

—Yo soy quien tengo que agradeceros vuestra ayuda. Ahora, id á ver á vuestro hermano y luego descansad porque al amanecer nos pondremos en marcha.

El poeta tomó una órden que don Lope le dió para Diego de Urbina, y salió de la tienda, reuniéndose con Navarrete que lo esperaba.

Poco tardaron en encontrar á Rodrigo que estaba hablando con otros compañeros.

—¡Hermano mio!—exclamó Cervantes, abriendo los brazos y mientras que á sus ojos asomaba una lágrima de ternura.

Rodrigo miró sorprendido á su hermano y exhaló un grito á la vez que lo abrazaba.

Largo rato permanecieron silenciosos, sin poder articular una sílaba, pues la emocion les embargaba las lenguas.

—¡Libre!—exclamó al fin el alférez.

—Libre y juntos para correr la misma suerte—contestó el poeta.

—¡Gracias, Dios mio!

Pueden figurarse nuestros lectores cuantos recuerdos conmoverian el ánimo de los dos hermanos. Volvian á verse despues de una larga ausencia, despues de haberse separado sin la esperanza de reunirse sino en el cielo. Ambos se acordaron de aquellos dias de horribles amarguras, de crueles tormentos, y á la vez de ilusiones risueñas en que sumidos en la oscuridad de un sótano elevaban á Dios sus preces al despuntar el dia, y luego, poseidos de la mas ardiente fé, con todo el entusiasmo de su heróico valor, con todo el desinterés y la nobleza de su abnegacion virtuosa, arriesgaban á cada instante la vida, no solo para alcanzar su libertad, sino tambien la de sus infelices compañeros. La desnudez, el hambre, las vigilias,

las ofensas y malos tratamientos, todo lo habian soportado sin exhalar una queja, y en medio de su espantosa desgracia se tuvieron por felices los momentos en que podian con su ejemplar virtud reanimar el abatido espíritu de los débiles, ó con sus dulces palabras consolar á los mas afligidos. El recuerdo de tales sucesos con sus mas insignificantes detalles se conservaba vivo en la memoria de ambos hermanos porque no era posible que lo borrase el tiempo, y como era natural, conmovió sus almas y á los ojos hizo asomar tierno llanto, que no era en ellos muestra de femenil debilidad, sino de grandeza de corazon.

Levantáronse al cielo los ojos de Miguel y de Rodrigo.

El sol acababa de ocultarse, y los dorados resplandores de los vespertinos crepúsculos se estendian en Occidente como una faja de transparente y luminoso vapor, y sonrosaban la bóveda del universo, donde todavia no brillaba ninguna estrella ni habia esparcido la nacarada luna sus plateados reflejos. Era esa hora en que, lejos de la atmósfera de las ciudades, fuera de sus artísticos nidos y de sus calles, se siente languidecer el alma en fuerza de tanta ternura, y elevarse el pensamiento hasta lo infinito de las mas sublimes creaciones al aspirar el aire puro y libre de la campiña, embalsamado con el aroma suave del tomillo y del romero, del laurel que se mece en la colina y de las flores que tapizan el valle; al contemplar el cielo transparente y puro mientras que el alma preguntan por él *mas allá* y los ojos no ven mas que un horizonte que no se sabe donde concluye; al escuchar el último trino de algun gilguero que busca su nido, y el primero de algun ruiseñor que sacude sus alas para cantar á la noche y mezclar sus dulcísimos y variados gorgeos al monótono y triste quejido del buho; al percibir lejano el ladrido del mastin ó el balido de la fatigada obeja mientras que entre la nudosa carrasca espira el eco del repetido cantar del pastor; esa hora en que comienza á espirar el alegre bullicio y ruido continuado del

dia sin que le haya sucedido aun la triste oscuridad y silenciosa quietud de la noche; esa hora, como la del amanecer que ha roto el crespon de la tenebrosa noche sin haber despertado al mundo con el torbellino de su movimiento.

Miguel de Cervantes era poeta, y es imposible, ó muy difícil, hacer comprender al que no esté dotado de un alma como la suya lo que sintió en aquellos momentos. Su rostro se dilató y los dorados resplandores del crepúsculo coronaron su espaciosa y noble frente, encendiéndose en su fantasía el fuego de la mas sublime y tierna inspiracion. Sin duda á estar solo hubiese salido de sus lábios, con la armonía de su inimitable lenguaje, un canto dulce, lánguido y conmovedor; pero las repetidas preguntas de su hermano le obligaron á contestarle, y despidiéndose del camarada Navarrete hasta mas tarde, pasaron cerca de dos horas en no interrumpida plática sobre el cautiverio, sobre los asuntos de familia, y últimamente sobre los amores de Zoraida.

—¿Y qué piensas hacer—dijo Rodrigo—si la hermosa berberisca logra escapar de Arjel y viene á buscarte?

—Ya sabes—contestó el poeta—que mi corazon no se ha interesado mucho por esa mujer, ya fuese porque cosas de mas importancia tenian embargada mi atencion, ya porque la idea de que no era cristiana me retrajese sin yo advertirlo. Pero es el caso que ella ha hecho sacrificios tales, ha corrido tan peligrosos riesgos por mí, que si no he de ser ingrato debo corresponderle con hacer yo algo en su obsequio. Es verdad que si ella lo sacrificó todo por mí, fué para lograr los deseos de su pasion, pero es justo corresponder al cariño, y sobre todo, en medio de mis tristísimas amarguras, hubo momentos en que sus caricias amorosas me hicieron olvidar todas las penas. ¿Y cuánto no valia para mí entonces un instante de consuelo ó de alegria, y qué no debo al que me lo diera?

—En una palabra, Miguel, estás decidido á casarte con ella.

—No te diré que sí, pero si nuestra madre no mostrase re-

pugnancia á semejante casamiento, y Zoraida viniese tan enamorada como antes, me casaré con ella. Otra cosa me obligaria tambien, y es que si Zoraida comenzase su nueva vida, viendo que los cristianos mentian y engañaban sin temor como los hijos de Mahoma, y que aquí como allí, se abusa sin conciencia de la debilidad de las mujeres, perderia la fé en sus nuevas creencias que aun no deben haber echado muy profundas raices en su alma.

—¿Y si á pesar de esas razones y de tus escrúpulos, nuestra madre se opusiera á tu casamiento, ó demostrara alguna repugnancia?

—Intentaria convencerla, y creo que lo conseguiria fácilmente, porque no querria ser causa de que la berberisca se perdiese por falta de guia y de apoyo.

—Asunto es ese en el que necesitas obrar con mucha prudencia.

—No ha llegado el caso todavia, y es difícil que llegue, porque tal vez Zoraida no haya podido escapar de Arjel.

—Muchas dificultades habrá encontrado.

—Y quizás le haya costado la vida el intentar la fuga, pues Dalí Mamí no la habrá perdonado si la ha sorprendido.

—¡Infeliz mujer!

—Muy desdichada, y por eso merece mas consideracion.

—Ciertamente, y volviendo á lo mas importante, veo que á nada estás decidido.

—A nada mientras que con la llegada de Zoraida no pueda apreciar los fundamentos de mi decision.

—Entonces, solo debemos ocuparnos ahora de lo presente.

—Sí, del suceso que se prepara, pues segun me ha dicho don Lope, mañana será Portugal independiente ó de Felipe II, ó mejor dicho, de este ó del prior.

—Aun ganando queda mucho que hacer.

—Tal creo, porque las islas Terceras no quieren reconocer á don Felipe.

—Como que creen firmemente que no ha muerto su querido monarca el bravo don Sebastian.

—Pues allá iremos.

—Caro habrá de costarnos porque las islas son fuertes, casi inespugnables, y se asegura que una escuadra francesa acudirá en auxilio de don Antonio.

—Tanto mejor porque así tendremos mas ocasiones de hacer fortuna.

—Espero que serás alférez á la conclusion de la guerra.

—Yo tambien—repuso el poeta—y por esta vez no creo que tendré un desengaño.

Poco mas hablaron los dos hermanos, pues Miguel queria ver cuanto antes á su antiguo capitan Diego de Urbina, en cuya busca fueron, encontrando el poeta tan buena acogida como la que le habia hecho Figueroa.

Luego, cumplidos sus deberes y satisfechos los deseos de su corazon, Miguel de Cervantes fué á saludar á muchos antiguos camaradas, concluyendo por reunirse con muchos de estos para cenar juntos, beber y cantar alegremente.

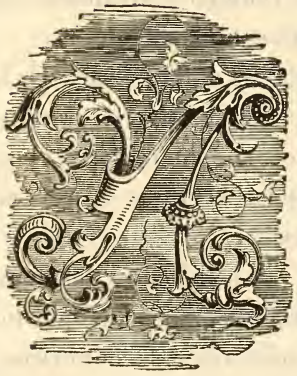
Entonces renació en el poeta toda su antigua vivacidad, todo su buen humor, y olvidándose de su cautiverio y de todas sus desventuras, volvió á ser el camarada decidor y chistoso cuya picante y variada conversacion hizo que se pasasen sin sentir las primeras horas de la noche.

Al cabo, rendidos por la fatiga y por los vapores del vino, fueron uno á uno tendiéndose en el suelo, y mientras que los reflejos de la luna bañaban sus animados rostros, entonaron, ó mejor dicho, desentonaron una cancion cuya primera estrofa no pudieron concluir porque el sueño cerró sus ojos y trabó sus lenguas.

Pocos momentos despues, el silencio mas profundo reinaba en el campamento, y solo de cuando en cuando se oia el *alerta* de los centinelas de los puestos avanzados, y alguna vez, aunque pocas, el relincho de algun corcel.

CAPITULO VII.

Donde se verá que Miguel de Cervantes no habia perdido nada de su antiguo valor.



o habia dejado ver la aurora sus dulces resplandores, cuando el toque de las trompetas y atabales resonó en todo el campamento y se percibió un murmullo prolongado, producido por millares de voces que acogieron con alegre entusiasmo la bélica señal.

La guerrera gente se puso en movimiento, cada cual corrió á reunirse á su compañía, sonaron las armas al chocarse, relincharon los caballos, y en breve tiempo, encontróse el ejército en disposicion de ponerse en ordenada marcha.

Entretanto la escuadra española á las órdenes del marqués de Santa Cruz, se habia colocado á la vista de las gale-

ras portuguesas, esperando para obrar segun las circunstancias y con arreglo á las instrucciones que sobre el caso tenia.

El poeta habia trocado su traje de hidalgo pobre ó de barbero presumido, como le llamó Navarrete, por un coleto de ante con mangas de lo mismo, y habia puesto en su sombrero una larga pluma encarnada. Armado de un mosquete y esperando la señal de partida, estaba á la cabeza de algunos soldados que, como en Lepanto, debian obedecer sus órdenes en el combate, pues aunque no era mas que simple soldado, merecia esta distincion de su gefe.

El duque de Alba dispuso al fin que se avanzase, y el ejército, en buen órden y anhelando el momento de la lucha, tomó campo adelante en direccion al rio de que hemos hecho mencion y el cual solo podia pasarse por un estrecho puente defendido con artillería por el enemigo.

Los primeros resplandores de la mañana comenzaron á rasgar el impalpable y negro velo de la noche.

Huyeron espantados los pajarillos al dejar su lecho de hojas, y no se atrevieron á saludar con sus trinos al nuevo dia.

Los españoles caminaron con todo el ardimiento de su valor, con toda la confianza de una segura victoria, porque tal pensaban que habia de suceder los que siempre tenian de su lado la fortuna.

Lucieron los primeros rayos del sol, y viéronse aquellos rostros animados por la mas entusiasta alegria, como si se preparase una fiesta.

Al fin se divisaron los puntiagudos riscos que se levantaban á la orilla opuesta del rio, y viéronse á los portugueses coronando las alturas y prevenidos á rechazar el ataque.

Todos los corazones palpitaron con violencia, requiriéronse todas las armas, y se oyó un murmullo sordo, anuncio de la sangre que iba á correr.

Balanceábanse sobre las aguas del caudaloso Tajo las galeras portuguesas, y mas lejos las españolas.

Multitud de órdenes se cruzaron en el ejército de Felipe II, y las diversas compañías tardaron bien poco en ocupar sus respectivos puestos.

Las trompetas dieron la señal de acometida.

Resonó en el espacio al primer grito de guerra, y tembló la tierra al crujido atronador producido por los disparos de la artillería y de los mosquetes.

Los portugueses respondieron con un fuego nutrido; y desde sus ventajosas posiciones comenzaron á causar bastante daño á las tropas castellanas; pero estas sostuvieron aquel primer descalabro, y á pesar de que se encontraban á cuerpo descubierto, avanzaron hácia el rio con la mas temeraria intrepidez, dirigiendo con mas ahinco su ataque sobre el puente.

Habian levantado sobre este las tropas de don Antonio un fuerte parapeto y colocado dos piezas de artillería de buen calibre que sin cesar vomitaban mortífera metralla, y algunas compañías de arcabuceros portugueses las cubrian, estendiéndose por la orilla del rio y cruzando sus fuegos sobre el puente.

En aquella parte era horrorosa la carnicería.

Cuantos soldados se lanzaban sobre el puente, otros tantos perecian sin que uno solo lograse llegar al parapeto.

Lo mismo sucedia con los que intentaban, con mas ceguedad que prudencia, vadear el rio, porque los portugueses, á cubierto por la misma escabrosidad de la rivera, los herian sin temor de ser ofendidos.

La caballería española, al mando de don Fernando de Toledo, hijo del duque de Alba, estaba imposibilitada de maniobrar, y permanecia inmóvil á retaguardia hasta que los peones lograsen pasar á la otra orilla y acudir á sostenerlos.

Transcurrieron algunas horas y el combate siguió tenaz y encarnizado, sin que la victoria se declarase por ninguno de los dos ejércitos.

El duque de Alba, despreciando el peligro, corria de un lado para otro, infundiendo valor á los suyos, dando repetidas órdenes. Su audacia habia empeñado la lucha, y su honor le mandaba morir allí ó vencer, pues la retirada, no solo hubiese tenido fatales consecuencias para el éxito de la conquista, sino que hubiera sido una acusacion contra su loca temeridad, pues que en vista de las posiciones ocupadas por los enemigos, debió aplazar el ataque para mejor ocasion.

¿Qué era de Cervantes?

Con el puñado de valientes que lo seguian dirigióse tambien al puente á la vez que lo atacaban algunas compañías de italianos.

El poeta, con los suyos, se lanzó delante de todos, y al arrostrar con rostro sereno el primer disparo de metralla, gritó con acento firme:

—¡Adelante, camaradas!

—¡Adelante, vive Dios!—contestaron los españoles.

Llovian, puede decirse, las balas de los arcabuces.

Los valientes acometedores tuvieron que caminar sobre cadáveres horriblemente mutilados.

—¡La victoria va con nosotros!—volvió á decir Cervantes. —¡Viva España!.... ¡Apaguemos con nuestros pies el fuego de esos cañones!.... ¡Sígame el que quiera la gloria, que allí está, y sino yo solo iré á conquistarla! ¡Yo solo á cantar la victoria sobre ese parapeto para avergonzar á los que hayan retrocedido un solo paso!.... ¡Adelante, camaradas, adelante como en Lepanto donde os enseñaron á morir los que allí alcanzaron un nombre que envidiais!

Un grito de entusiasmo respondió á las palabras del poeta, y lo mismo españoles que italianos, precipitáronse con tal ardor sobre el parapeto, que la metralla no fué bastante á contener la impetuosidad de su acometida. Muchos, muchísimos, cayeron sin vida y aumentaron la sangre que en abundancia corria, tiñendo las puras y mansas aguas del rio; pero sir-

vieron de escalon glorioso á sus compañeros que, ciegos ya, perdido hasta el instinto de conservacion, sin atender á su propia defensa, avanzaron hasta colocarse sobre las candentes bocas de los cañones.

—¡Victoria!—gritó Cervantes cuyos ojos chispearon.

—¡Victoria!—repitieron los que le seguian.

El poeta abandonó el mosquete, empuñó la espada, y despues de sostener un breve, pero encarnizado combate cuerpo á cuerpo, logró colocarse sobre el parapeto, volviendo á gritar:

—¡Victoria! ¡Viva España! ¡Viva Felipe II.

Este grito, que se repitió con loco entusiasmo por sus compañeros, cundió rápidamente por todo el campo, y puso en fuga á los que estaban cerca del puente y alentó á los que no habian podido pasarlo.

Los italianos cayeron con ardor sobre los portugueses; el parapeto quedó destruido en pocos minutos; la caballería española, impaciente por tomar parte en la lucha, cargó con violento empuje, y la acometida de los piqueros alemanes decidió al fin la victoria.

Antes de una hora, los españoles se hicieron dueños de todas las posiciones, y el campo estaba cubierto de cadáveres.

El prior don Antonio habia peleado con valor, con desesperacion, como quien todo lo juega; pero sus esfuerzos fueron inútiles para contener la precipitada fuga de su gente, y herido en la garganta de un lanzazo, tuvo tambien que huir á toda prisa, logrando salvarse por la ligereza de su caballo.

La caballería enemiga persiguió á los fugitivos tenazmente, haciendo en ellos gran matanza, y esta hubiera sido mayor, á no encontrar los malaventurados cercano refugio en Lisboa, pues si mayor fuera el camino que hubiesen tenido que recorrer en la huida, no quedára ni uno de ellos para llorar la sangrienta rota.

Mientras esto sucedia, el marqués de Santa Cruz, ponia

su escuadra en movimiento para acometer á la portuguesa, pero esta izó bandera blanca y se rindió á discrecion.

El prior de Ocrato no se detuvo hasta Santaren, y á pesar de ser esta una plaza muy fuerte, no se creyó seguro y siguió hasta Porto, acompañado de setenta caballeros moros y de algunos portugueses. Su intencion era volver á reunir sus tropas y aumentar el número de ellas cuanto le fuese posible, y esperar los socorros prometidos por otras potencias. Pero esto no pasaba de ser esperanzas que pronto vió desvanecidas con la toma de Lisboa y con la solemne proclamacion de Felipe II.

CAPITULO VIII.

De cómo Felipe II conquistó un reino, y Cervantes un corazon.

OBRE la conquista de Portugal escusaremos entrar en detalles que nada hacen á nuestro propósito, sin dar á conocer otros sucesos que los que tienen relacion con la vida de nuestro poeta. A este fin diremos solamente que el ejército español, al mando de don Fernando de Toledo, marchó sobre Lisboa donde el terror que habia dominado todos los ánimos debia naturalmente debilitar la defensa.

Era opinion generalmente admitida que despues de la derrota de don Antonio en la batalla que ligeramente hemos descrito, no habia salvacion para la independencia ni mucho menos para la causa del prior: y esta falta de fé, unida á los

anteriores descalabros de las armas portuguesas, eran sin duda alguna el mas funesto mal para los defensores de aquel territorio sobre el cual habia colocado su ambiciosa mano de hierro el tirano de dos mundos.

La defensa, pues, de Lisboa fué débil, como hecha sin fé y con escasos medios de combatir á un enemigo poderoso y que iba con los ánimos que infunde la victoria. El sitio fué de corta duracion, y al fin, como si mal contenidos por diques de movediza arena, los cristalinos caudales del Tajo se hubiesen derramado sobre la ciudad, los tercios españoles entraron en ella por diversos puntos, sin que nada fuese bastante á contener la impetuosidad de su acometida.

Felipe II, sin duda por una mira política, habia dado las órdenes mas terminantes para que sus tropas respetasen las vidas y los bienes de los habitantes de la ciudad, y no cometiesen el mas leve esceso ni violencia, y estas órdenes las circuló don Fernando de Toledo, imponiendo severas penas al que las contraviniese. Empero tales prevenciones fueron inútiles en parte, pues si bien pudieron los gefes contener al mayor número de soldados, no así á todos, y una parte de estos, ó mas desobedientes ó menos vigilados, invadieron un barrio de la poblacion, cometiendo todo género de crueldades y abusos. Nada respetaron, ni la vida de los hombres, ni la castidad de las mujeres; y no encontrando su codicia riquezas de que apoderarse, destrozaron los muebles á cuchilladas ó los quemaron en las calles.

Aunque como simple soldado ninguna autoridad tenia, Miguel de Cervantes, que entró por aquel barrio en la ciudad, intentó contener á la desenfrenada soldadesca, y aunque con riesgo de su vida, logró salvar la de algun infeliz débil é indefenso, y el honor de alguna mujer que en el aturdimiento de su pánico no acertaba á oponer resistencia á los brutales vencedores.

La sangre corria por todas partes; apenas podia darse un

paso sin tropezar con los restos de un rico mueble ó con los tizones de una hoguera. Al estruendo de los gritos, de las amenazas, de las blasfemias, de las carcajadas feroces y de los golpes descargados sobre puertas y muebles, mezclábanse los ayes de los moribundos, los lamentos y el llanto que en tanta abundancia como la sangre se vertia.

No podemos presentar á la vez todas las escenas que en pocas horas tuvieron lugar, ni queremos tampoco abusar de la sensibilidad de nuestros lectores haciéndoles estremecer con la pintura de los hechos mas repugnantes: nos concretaremos á lo que directamente se relaciona con nuestro héroe.

Como la mayor parte de las casas, habia sido invadida una despues de derribar la puerta, por diez ó doce alemanes cuyo primer cuidado fué entrar en las bodegas, beber cuanto vino pudieron, y dirigirse en seguida á las demás habitaciones, destruyendo cuanto encontraban á su paso.

Habitaba aquella casa una dama rica, de noble alcurnia, jóven y hermosa; pero soltera y que vivia sola con sus criados. Dos ó tres de estos habian pagado con sus vidas su fidelidad al querer oponerse á la entrada de los soldados, y otros, mas cobardes ó menos fieles, habian huido; de manera que la dama, sola y sin ninguna defensa, se habia retirado al último aposento para aguardar allí la muerte con toda la resignacion cristiana.

Los alemanes se esparcieron desordenadamente por unas y otras habitaciones en busca del botin, apartándose cada cual de los otros para no verse en la precision de partir con un compañero el hallazgo de las riquezas que la suerte le deparase.

Uno de aquellos soldados, despues de haber recorrido gran parte de la casa sin encontrar persona á quien asesinar ni dinero ni joyas de que apoderarse, llegó á un apartado gabinete amueblado con el mayor gusto y riqueza, y en el cual, delante de un reclinatorio que sostenia un Crucifijo, habia una

mujer arrodillada, con la mirada afanosa y fija en la santa imágen del Hijo de Dios, las manos cruzadas y estendidos los brazos con suplicante ademan. Dos lágrimas que á sus ojos habian arrancado el espanto y el dolor, oscilaban pendientes de sus largas pestañas de oro y estaban próximas á desprenderse para caer en su agitado seno, que mal oculto por el descuido de su propio dolor, cuando mas debiera guardar sus encantos, se levantaba á impulsos de una respiracion desigual y agitada como los latidos de su atormentado corazon. Temblaba su cuerpo convulsivamente; sus megillas estaban en estremo pálidas, y sus secos y ardientes lábios, entreabiertos levemente, agitábanse de vez en cuando sin que diesen salida mas que á un murmullo incomprensible, á un suspiro ó un ay doloroso. Sus cabellos eran rubios, negros sus ojos y esbelto su talle.

Ó porque lo estorbase el ruido atronador que hasta allí llegaba, ó por efecto de su mismo espanto, no se apercibió de la presencia del soldado hasta que este dijo al verla:

—Algo es algo: sino hay dinero, al menos pasaré un rato divertido.

La dama volvió la cabeza, fijó una mirada de terror en el aleman, exhaló un agudo grito y se puso repentinamente de pié.

—No te asustes, paloma—repuso el soldado, yendo hácia ella con pasos vacilantes y con los ojos encendidos.—No quiero hacerte daño porque soy muy galante con las mujeres; pero en cambio de mi dulzura no has de mostrarte esquiva.

—¡No me toques, miserable!—exclamó la dama con tan imponente acento que el soldado se detuvo por un instante.

—Mal me recibes, lucero, y no es lo que te conviene, porque si de todas maneras has de ser mia, mas te vale no provocar una lucha en la que serás vencida.

—¿Qué quieres?—repuso la dama cuya agitacion crecia.—¿Buscas oro?

—No he podido encontrarlo.

—Te lo daré, pero vete.

—Eso es otra cosa: el oro lo acepto porque no he tenido aun la fortuna de encontrar ni un escudo, pero en cuanto á que me vaya.... lo haré tambien si te vienes conmigo.

Y al decir esto el soldado se acercó mas á la dama, intentando cojerle una mano; pero ella retrocedió hasta llegar á la pared, y gritó:

—¡Apártate, miserable! Te daré oro, todo el que desees, todo el que poseo.

—Es poco; me has de dar corales y perlas, y los tienes en la boca—repuso el aleman mientras sonreia brutalmente.

—Asesíname, aquí tienes mi pecho, no opondré resistencia, pero que no me toque mas que tu puñal, y no tus impuras manos.

—No quiero derramar tu sangre, ni esperes verme hacer tal locura, porque seria privarme yo mismo de mi gusto: tengo bastantes fuerzas para vencerte sin necesidad de matarte.

La dama miró con espanto al aleman y se sintió próxima á desfallecer. No podia salvarse, no habia quien acudiese en su socorro, y la resistencia no debia dar otro resultado que acrecentar el impuro deseo de aquel hombre. Estaba resuelta á matarse ella misma si otro medio no encontraba de libertarse del soldado, pero esto era tambien muy horrible, era una esperanza de salvacion que no podia tranquilizarla.

—Si ha de ser—repuso el soldado—evítate el disgusto de una lucha vana.

Y se acercó á la dama y le asió los brazos.

—¡Dios mio, favorecedme!—gritó la infeliz con acento desgarrador y elevando al cielo una mirada suplicante.

No podia moverse: tenia detrás la pared y delante al soldado que la sujetaba con irresistible fuerza.

—No te sofoques, paloma mia, que hemos de acabar por ser buenos amigos—dijo el aleman.

Pero al intentar acercar sus lábios á los de la dama, oyó que decian desde la puerta.

—Eres muy blando y no mereces ser dueño de esa prenda.

Y entró otro soldado de los que recorrian la casa, y se acercó al primero.

—¿Qué quieres?—le preguntó este.

—Lo mismo que tú, como puedes presumir.

—Esta mujer me pertenece.

—Si sabes ganarla.

—Te arrancaré el corazon.

—O tendrás el disgusto de que yo te le arranque, y con el corazon esa tórtola asustadiza á quien retorceré el pescuezo si me mortifica con muchos dengues.

—Lo veremos.

—Bien, lo veremos, y si no te convienes á jugarla, la disputaremos á cuchilladas.

—Fuera la espada y no mas conversacion—dijo el primer soldado mientras desenvainaba su pesado acero.

El otro hizo lo mismo, y colocados cerca de la puerta para evitar que la dama se escapase mientras ellos combatian, cruzáronse las espadas y se trabó la pelea.

—Me asiste la justicia porque vine el primero.

—Y á mí me ayuda la fuerza, que es el mejor derecho, como lo hemos visto en la conquista de Portugal.

El que esto dijo se equivocó, porque á los pocos momentos se vió obligado á retroceder para librarse de los certeros golpes de su rival.

La dama, entretanto, permanecia inmóvil en el mismo sitio, con la mirada fija en los combatientes, ahogado el pecho y trastornada la cabeza. Apenas podia darse cuenta de lo que le sucedia, y era tal su turbacion, que ni siquiera pensó en intentar escaparse en algunos momentos en que se lo hubiera permitido lo ceguedad de los combatientes.

Corta fué la lucha.

El soldado que apoyaba en la fuerza su derecho, al dar un paso atrás, tropezó con un taburete, y perdiendo su equilibrio, dió con su cuerpo en tierra.

Esta desgracia fué una fortuna para su contrario que sin escrúpulos de ningun género, se aprovechó de la ocasion para atravesar de parte á parte al caido.

Un ay desgarrador y el hipo de la agonía siguieron al ruido de las espadas. La mullida alfombra se vió inundada de sangre, el vencedor arrojó su acero, y acercándose otra vez á la dama, le dijo:

—Te he ganado con riesgo de mi vida, y supongo que ya me creerás digno de tí.

La infeliz no pudo articular una sílaba; su cuerpo se estremeció convulsivamente, y sus ojos, estremadamente abiertos, fijaron su espantada mirada en el aleman.

—Veo que vas convenciéndote—repuso este, denotando su estado de exaltacion en sus dilatadas pupilas y en el encendido color de su rostro.

Y asió nuevamente á la dama, que al sentir en su talle las manos de aquel hombre brutal, dejó escapar un grito desgarrador, y con acento que no podemos definir, exclamó:

—¡Socorro!

—¡Vive el cielo!—respondió con energía la voz varonil de un hombre que se precipitó en la estancia, y que comprendiendo al primer golpe de vista lo que allí sucedia, lanzóse rápidamente sobre el aleman, lo cogió por el cuello y lo separó bruscamente de la dama.

Era Miguel de Cervantes que, como ya hemos dicho, andaba por aquel barrio esponiendo su vida para evitar atropellos y robos.

El aleman dejó escapar un grito de rábia, recogió su acero, y dijo al poeta:

—¿Tú tambien me la disputas?

—Si hablas de la vida, sí, porque has intentado abusar de

esta dama indefensa y porque no has obedecido las órdenes del rey—contestó Cervantes con serenidad.—Y no pienses que te perdonaré si te vas, porque has delinquido con solo entrar aquí, y es necesario que te se castigue. A dos hombres he visto asesinados en el zaguan....

—A uno de ellos lo maté yo.

—Y aquí estoy viendo á otro, compañero tuyo....

—Que quiso disputarme la presa y pagó con su vida su atrevimiento.

—Señora—repuso el poeta, dirigiéndose á la dama—tranquilizaos en cuanto á vuestro honor, que yo estoy aquí para defenderlo: y en cuanto á vuestras riquezas, si ya os las han robado, nada podré hacer por la dificultad de encontrar el hurto.

—¡Gracias, caballero!—exclamó la dama, acercándose á Cervantes y estrechándole entre las suyas, ardientes y temblorosas, las manos.—¡Gracias por vuestra generosa ayuda! No me importan las riquezas, solo mi honra quiero salvar.

El soldado, traidor como lo habia sido con su compañero, se lanzó sobre el poeta para herirlo; pero este pudo, aunque con dificultad, evitar el golpe retrocediendo, y sacó su espada.

—¡Cobarde, villano!—exclamó con mas indignacion que ira.—Ya no estraño que quisieses abusar de la debilidad de una mujer, y creo que habrás asesinado á tu compañero como acabas de intentar conmigo.

Y al concluir estas palabras, cruzó su tizona con la del aleman que le atacó rudamente.

No fué la dama muda espectadora de aquel segundo duelo.

—¡Por Dios, caballero!—exclamó.—¡No arriesgueis vuestra vida, jugándola contra la de un villano! Gritad, pedid socorro....

—Tranquilizaos, señora, que Dios me ayuda porque defiendo la justicia y protejo la debilidad.

—Ya verás lo que te cuesta, arrogante español.

—¡Calla, menguado, y defiéndete, ya que te he hecho la honra de cruzar mi espada con la tuya.

Como si las matadoras puntas de los aceros tuviesen una misteriosa fuerza de atraccion, llevábanse tras sí la mirada de la noble portuguesa que no se apartaba de ellos mientras que su corazon palpitaba con violencia.

Mucha era la destreza del aleman y no menos su hercúlea fuerza, pero el vino que habia bebido, y el trastorno de su rabioso coraje, eran dos enemigos mas temibles que la espada del poeta.

El combate se sostuvo tenazmente y por largo rato por una y otra parte, sin que ninguno de ellos aventajase en sus acometidas; pero al fin la fortuna se puso del lado del hidalgo, el cual, aprovechando una ocasion favorable, asestó á su contrario nna estocada en el vientre que lo dejó muy mal parado, y en seguida otra en la garganta que dió con él en tierra.

No era asunto concluido.

Cuando el aleman espiraba, revolcándose en su sangre, y la dama iba á dar las gracias al poeta, oyóse ruido de pasos en la habitacion inmediata, y luego entraron otros cuatro soldados de los mismos que habian invadido la casa.

—¿Qué sucede aquí?—dijo uno de ellos.—Dos camaradas en tierra y este español con una mujer.... Y es hermosa.... no estraño que se la hayan disputado hasta perder la vida.

—¡Atrás!—gritó Cervantes, poniéndose delante de la dama.

—Has vencido á dos, pero quedamos nosotros.

La situacion era mas apurada que nunca, pero el poeta no se arredró, y decidido á perder la vida por salvar la honra de aquella infeliz mujer, volvió á decir á los alemanes que saliesen. Pero ellos, lejos de obedecer, sacaron á relucir sus espadas, y todos á la vez se dispusieron á atacar al enemigo comun para disputarse despues la presa entre sí.

Era imposible resistir el ataque sin sucumbir. Así lo

comprendió la dama, é impulsada por un sentimiento generoso, dijo á Cervantes:

—Si intentais defenderos, perdereis la vida y yo el honor.

—¿Quereis que os abandone?—replicó el poeta.—Hidalgo soy, señora, y como tal obraré.

—Ya que os mostrais tan generoso, hacedme el único favor que puedo esperar: matadme ó dadme vuestra daga para que yo me quite la vida, y así salvaré mi honor.

—Hacedlo cuando veais que esos cobardes villanos van á pasar por encima de mi cuerpo exánime—contestó el poeta.

Y volviéndose á los soldados, y clavando en ellos su penetrante y dominadora mirada, añadió:

—¡No tengais miedo, cobardes, menguados!

Levantaron las espadas los alemanes; pero al dar el primer paso hácia Cervantes, presentóse á la puerta el capitan Diego de Urbina seguido de muchos soldados de su compañía, y gritó:

—¡Alto, canalla!

—¡El capitan Urbina!—exclamaron los otros.

—¿Es contra vos?—repuso el oficial, dirigiéndose al poeta.

—Contra esta dama á quien defiendo.

—¡Vive el cielo!.... Desarmadlos y atadlos. ¿Así cumplís las órdenes de S. M?... ¡Perros, mal nacidos!

Y sin mas miramientos, el capitan comenzó á descargar cintarazos y los suyos á despojar á los alemanes de las espadas.

Ninguno opuso resistencia porque todos comprendieron que hubiera sido colocarse en peor situacion cualquier acto de rebeldía; por lo cual, sustituyendo la humildad á la arrogancia, suplicaron á Diego de Urbina para que los dejase; pero este se mostró inflexible.

La dama contempló aquella escena sin pronunciar una palabra: tal era su aturdimiento y á la vez su alegría al verse libre en el mismo instante en que ya creia que era imposible salvar su honor.

—Capitan—dijo Miguel de Cervantes—es preciso evitar que esta señora vuelva á verse en el peligro de que la ha salvado vuestra inesperada venida.

—Vos—respondió Urbina—que habeis sido su protector, dispondreis en este caso con mas acierto. Por mí no tengo inconveniente en dejarle una guarda, si pensais que nada mas se necesita.

—Esos miserables han asesinado á los criados que intentaron defender á su señora, y segun entiendo, á nadie le queda que le preste socorro en caso de necesidadad.

—Pues bien, vos dispondreis, señor Miguel.

—Me parece bien lo que habeis dicho, y que será suficiente dejarle seis ú ocho soldados de confianza.

—Doce quedarán—repuso Urbina—y vos para mandarlos.

—¡Oh, sí!—exclamó la dama, fijando en el poeta una mirada suplicante.—Quedaos, caballero; aceptad mi casa por alojamiento en lugar de otro cualquiera. No me creeria segura sin vos, y ya que con tanta nobleza me habeis defendido, ya que á no llegar este socorro os hubiesen asesinado, dadme ocasion de mostrarme agradecida y de ganar vuestra amistad con el trato.

Cervantes contempló á la dama por algunos instantes, y subyugado por aquella belleza, cedió á la súplica despues de dudar por un sentimiento delicado.

—Señora—dijo—tranquila podiais estar quedando aquí los soldados de don Diego, y en cuanto á mi amistad, no habriais menester el trato para ganarla porque ya lo teneis; pero si vuestro reposo ha de ser mayor sabiendo que yo soy quien vela por vuestra seguridad, me quedaré y al daros ocasion para que me demostreis vuestra gratitud, contraeré con vos una deuda que no sé cuando podré pagar.

La dama dió las gracias al capitan Urbina y le ofreció tambien su casa; pero él no quiso aceptar porque le llamaban cuidados urgentes, y despues de señalar los doce soldados que

habian de quedarse, despidióse y salió con los demas, llevándose á los alemanes tristes y pensativos.

—¿Con qué podré pagaros?—dijo la hermosa jóven al poeta.

—Os debo el honor....

—Prenda es de mucha estima, pero yo, señora, os debo la dicha de haberos conocido, y.... la satisfaccion de haberos ayudado en este lance.

La dama contemplaba al poeta con interés para ella desconocido, y sentia latir su corazon con mas fuerza que de costumbre.

—Señora—dijo Cervantes—necesitais descansar....

—Nó, nó.... pero vos.... debeis estar muy fatigado.

—Me siento perfectamente bien.

—Voy á dar órden.... ¡Ah!.... Me olvidaba que no tengo criados: han huido mis doncellas y escuderos, y solo dos que no me abandonaron, han perecido.... ¡Infelices!

—Decidme á donde se puede ir á buscar á vuestros parientes....

—Ninguno tengo.

—¿Entonces?...

—Todo se arreglará mañana cuando esté sosegada la ciudad.

—Ahora mismo, señora.

—Lo que habeis de hacer ahora mismo, es seguirme y os enseñaré la casa para que cuando se os antoje os retireis á descansar.

Despues que registraron todos los aposentos y que Cervantes supo cual era el dormitorio de la jóven, esta se retiró á descansar, y aquel dió las órdenes oportunas á los soldados, y quedó tan pensativo que mas que otra cosa parecia que acababa de sucederle una desgracia.

Toda la noche la pasó el poeta en una habitacion cercana al dormitorio de la jóven, y cuando los crepúsculos matutinos empezaban á esparcir su débil claridad, acostóse para recobrar las fuerzas.

CAPITULO IX.

Ocho dias despues.

HABIAN transcurrido ocho dias, y á Cervantes lo echaban de menos sus camaradas porque no asistia á sus alegres reuniones ni lo veian mas que cuando tenia que reunirse precisamente á su compañía, y aun de esto lo dispensaba muchas veces su capitan. Ninguno sabia la verdadera causa de semejante conducta, aunque todos la sospechaban; pero fuese lo que fuese, la verdad del caso era que el poeta pasaba los dias sin salir de su alojamiento.

Empezaba á ocultarse el sol y sus últimos rayos penetraban á través de las cortinas de seda azul que ocultaban las ventanas de un aposento de la casa en que tuvieron lugar las

escenas que acabamos de referir. Ricamente amueblada estaba aquella habitacion, sin que se echase de menos nada de cuanto el lujo de la época habia inventado, y revelando todo el gusto mas esquisito de la dueña de la casa.

Esta, que era la dama á quien ya conocemos, estaba sentada en un ancho sillon forrado de seda azul, y escuchaba á Miguel de Cervantes, que á su lado, le hablaba con el acento mas dulce y cariñoso.

Largo rato llevaban ya de coloquio, y ninguno de los dos parecia fatigado de hablar ni menos afanoso por escuchar. En el semblante de la dama habíanse pintado alternativamente la sorpresa, el dolor ó la alegría; su frente habia palidecido muchas veces, y otras, enrojecido sus blancas megillas, y ya sus hechiceros lábios habian negado la salida á un indiscreto suspiro, ó entreabriéndose habian dejado que una sonrisa dulce y melancólica vagase en ellos. Sus pupilas estaban dilatadas, húmedas y relucientes, escapándose de ellas miradas ardientes como el fuego que encendia en aquellos momentos su corazon. Era muy hermosa, pero en aquellos momentos parecia mas encantadora su belleza.

El rostro del poeta estaba tambien muy animado, sus ojos ardientes y destellantes debian derramar sobre la dama una corriente magnética irresistible y cuyo influjo era el que dominaba tan poderosamente á la doncella.

Si Zoraida hubiese llegado en aquellos momentos, el tormento de los celos la habria vuelto loca, y tal vez, como la infeliz Jaguá, hubiese sido víctima de la violencia de su pasion.

Empero Cervantes no se acordaba entonces de la enamorada berberisca, no se acordaba de nada, porque en aquellos momentos no habia para él mas mundo que aquel estrecho recinto, ni mas luz que la velada y misteriosa que temerosamente se deslizaba por entre las anchas cortinas, ni otro ruído, ni otros ecos que la dulce y melancólica voz de la doncella, ni otras emociones que las que entonces agitaban su espíritu.

Acababa el poeta de referir muchos de los sucesos de su vida, y temeroso de haber fatigado á la dama con su relato triste, le dijo:

—He abusado de vuestra bondad, señora, entreteniéndoos largo rato con una historia que nada tiene de alegre ni divertida.

—Es la historia de un gran corazon—contestó la dama.—Proseguid que me han interesado mucho vuestras desgracias.

—¿Qué he de deciros mas sino que despues de tantos sufrimientos he tenido la fortuna de encontraros en el triste camino de mi vida? Os interesan mis desgracias, y alguna vez su triste relato ha hecho asomar á vuestros ojos una lágrima de ternura y de compasion que ha recompensado todos mis dolores; pero aun este consuelo es fugaz porque no tardaré muchos dias en alejarme de vos, y mientras que entre el estruendo de los combates quizás exhalo el último suspiro, vos, doña Isabel, jóven, rica y hermosa como ninguna mujer, adulada y envidiada, olvidareis entre el bullicio de los salones al pobre soldado manco.

—¿Así me juzgais?—replicó la dama con acento de profunda y dolorosa tristeza.

—¿No es la verdad, señora?

—¡Qué olvidaré al soldado, pobre y desvalido!....

—¿Y por qué no? ¿Acaso no habeis olvidado á cuantos habeis visto en vuestra vida, á menos que una antigua amistad haya impreso en vuestra memoria un recuerdo?

—Es qne....

Doña Isabel se detuvo: su lengua iba á ser delatora de su pasion con mas ó menos disimulo ó claridad; pero el pudor cerró sus labios.

—¿No proseguís?—dijo Cervantes que por el rubor que cubrió la frente de la dama, adivinó lo que iba á decir su indiscreta lengua.

—Es que.... como no tengo familia á quien amar....

—Señora—interrumpió el poeta que quiso evitar la turbacion embarazosa de doña Isabel—yo no puedo pedirle recuerdos á nadie porque el recuerdo mio es el de dolores y desdichas. Si os han interesado mis desgracias y vuestro apartamiento del trato social deja á vuestra mente lugar para conservar la memoria de mi nombre, olvidadme.

—¡Me aconsejais que os olvide para no veros obligado á pagar la deuda!

—¡Oh!.... nó—exclamó Cervantes con el acento mas espresivo, y poniendo sobre su corazon la diestra.—Aquí, doña Isabel, vivireis siempre, aquí tendreis un lugar que no ocupará nadie. Pobre soy, desvalido y mal afortunado; mi pasado es de dolores y tormentos, mi porvenir será de mayores desdichas, de lágrimas y desengaños, pero tengo un corazon grande y puro, un corazon que siente como pocos.... ¡Ah! perdonadme—prosiguió cambiando de tono y con amarga tristeza —Perdonadme.... ¿Qué es el corazon para el mundo?....

—Es un tesoro....

—El corazon del pobre no es nada mas que un estorbo á la fortuna, un manantial de lágrimas; un libro que encierra la historia de todos los dolores, de todas las amarguras, de todos los sufrimientos con que Dios pone á prueba nuestra fé y nuestra resignacion, nuestra constancia y nuestra virtud. El corazon del pobre es una flor marchita que todo el mundo arroja con desden porque su perfume son lamentos y quejas, porque la miel de su cáliz es la hiel del llanto, porque sus pétalos son las espinas del sufrimiento.

Dos lágrimas brotaron de los negros y espresivos ojos de la dama que inclinó la cabeza sobre su agitado seno y permaneció silenciosa.

—Ya lo veis, señora—prosiguió el poeta—os entristezco, os hago llorar.... Perdonadme....

—Sí, me atormentais—replicó doña Isabel—porque habeis creido que yo, lo mismo que ese mundo á quien justamente

acusais, quiero solamente un pecho, cubierto de vano oropel, aunque no abrigue mas que un corazon insensible y ruin. ¿A quién debo la vida y la pureza de mi honor, sino á los sentimientos de noble generosidad que vuestro corazon abriga?.... ¡Ah!.... Ese corazon....

Doña Isabel se detuvo nuevamente, bajó, como avergonzada, la cabeza, y en vano intentó ahogar en su pecho un suspiro que al fin salió de su boca, y cuyo perfume lo aspiró el poeta, sintiéndose trastornado.

—Si en tanto estimais mi corazon—dijo Cervantes, sin poder ya dominar los impulsos de su pasion—si en tanto lo estimais, yo os lo ofrezco y con él mi vida.... nada mas poseo....

La dama se estremeció, pareció que la sangre iba á brotar por sus tersas megillas, y fijó en el poeta una mirada ardiente.

—Si lo aceptais—añadió el soldado con mas vehemente acento—aunque flor marchita por la tristeza de los pesares, le devolverá su frescura y lozanía la luz vivificadora de vuestros hechiceros ojos y el perfumado ambiente de vuestros tiernos suspiros; si es ahora manantial de amargo llanto, este lo secará la dulzura de vuestros consuelos, y si como negro libro de palpitantes hojas encierra una historia dolorosísima de horribles sufrimientos, vos escribireis en él una página de tan sin igual ventura que borrará el recuerdo de las pasadas desdichas.

—Yo.... yo....—balbuceó doña Isabel sin poder proseguir porque la ahogaba la emocion de su felicidad, porque turbaba su lengua su pudor.

—Vos, doña Isabel, sereis el ángel que por entre las negras nubes de la mas negra y tempestuosa noche de mi vida dejais ver vuestra faz pura y serena, radiante con la aureola de dulcísima luz celestial para derramar sobre mi abrasada frente al consuelo de la esperanza de un porvenir risueño, el

bálsamo del olvido de un pasado de desdichas. ¡Os amo, doña Isabel! Os amo y si mi lengua ha callado el secreto de mi pasion, ha sido porque yo os veia colocada á una altura donde creí no poder remontarme sino con el deseo, porque sin mas nobleza que la de mi cuna de simple hidalgo, sin mas fortuna que la de mi espada de soldado oscuro, no me juzgué digno de vos. Pero ya que el oropel de las riquezas lo despreciais, y que en nada teneis el humo de los honores; ya que para vos nada vale del hombre mas que el corazon, único tesoro que estimais, no desdeñeis el mio, que en el mismo llanto de sus pesares, en las mismas espinas de sus dolorosos sufrimientos está su valor.

—¡Ah!—exclamó al fin la dama.—¿Qué han de deciros mis lábios que no os haya dado á entender mi silencio? Por primera vez en mi vida he sentido arder en mi pecho la llama del amor, y si vos me dais un corazon noble y lleno de ternura, yo os he consagrado el mio cuando no habia palpitado por ningun hombre, que no se habia siquiera abierto á los sentimientos del cariño filial, porque huérfana cuando aun no tenia uso de razon, sola en el mundo, no habian podido desarrollarse los gérmenes de ternura que Dios depositó en mi alma.

—¡Cuánto os adoro!—exclamó el poeta cuyos encendidos ojos fijaron en doña Isabel una ardiente y fascinadora mirada.

Y sus manos cogieron las temblorosas manos de la dama, y en ellas estampó frenéticamente un ósculo abrasador.

Del arrebato de la pasion al olvido del deber no hay mas que un paso, y este tan corto y por tan resbaladiza pendiente, que se dá sin querer y sin sentir, sin advertirlo hasta que ya no es tiempo de retroceder, cuando atormenta un arrepentimiento tardío, y se piden cuentas á la razon por su debilidad y se llora por muchos años la risa de pocos instantes.

Acababa el sol de ocultar sus luminosos rayos, y ya á través de las cortinas azules no penetraban sino los ténues

resplandores del crepúsculo, con la vaguedad de la última lejana mirada del viajero que se despide al desaparecer tras la colina.

Quizás en aquellos momentos la pobre Zoraida, con todo el ardor de su naciente fé, pedia al Omnipotente felicidad para su antiguo amante, corazon para amarle mas. ¡Desdichada! si hubiera sabido que mientras ardia en su pecho la llama de la fé, en el de su amante se encendia la llama de una pasion inspirada por otra mujer.... ¡ah! los celos la hubiesen llevado tal vez al horrible estremo que acabó con la vida de la pobre Jaguá.

CAPITULO X.

Contraste.

ORAIDA no rogaba á Dios por la felicidad de Cervantes mientras que este se olvidaba de ella en los brazos de otra mujer, pero el mismo dia y á la misma hora se encontraba en una situacion que formaba con la del poeta un contraste digno de fijar nuestra atencion.

Ya saben nuestros lectores la pasion violenta que por la berberisca sintió el jóven vizconde, y los proyectos de este para conseguir sus deseos. Ahora, para que se comprenda la escena que vamos á pintar, y por vía de introduccion, nos trasladaremos al aposento del piso bajo de la hostería de maese Mancioni y en el cual sufrió este el interrogatorio del enamorado mancebo y se convino en utilizar los servicios del bachiller Lagartija.

El vizconde se paseaba por el salon con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, como si meditase para encontrar algun medio que le sacase de un apuro de su intriga. Como siempre, estaba pálido y ojeroso, pero interesante, porque ya hemos dicho que estaba dotado de no comun belleza.

Junto á la puerta del aposento, de pié, inmóvil y silencioso como una estátua, y con la mirada fija en el mancebo, habia un hombre de elevada estatura y estremadamente flaco, de rostro aguileño, tez morena y despoblada barba, de ojos negros, redondos, vivos y de mirada penetrante, de escasa frente y de lábios delgados como un pergamino. En aquel momento, su semblante no tenia mas espresion que la del que observa y aguarda; pero generalmente lo animaba una sonrisa un si es no es burlona, y sus facciones tenian una estraordinaria movilidad que daba gran fuerza de espresion á sus palabras. Vestia coleto, calzas y gregüescos de lana parda y capa del mismo color, pero todo tan llevado y tan traido que bien hubiera podido contársele el pelo sin temor de equivocarse, pues no le quedaba ni uno para atestiguar que en otro tiempo fué paño. Llevaba larga tizona aunque por su clase no le estaba permitido, pero ya por aquel tiempo empezaban los villanos á usurpar á los nobles el derecho esclusivo de ceñir espada, y no habia maton de oficio que no la usase á pesar de las ordenanzas que lo prohibian: además, el personaje en cuestion, se jactaba de ser hidalgo y de poderlo acreditar, diciendo que si no gastaba tambien pespuntes de seda en su coleto, era porque no habia sastre que se los hiciese á su gusto, ó lo que es lo mismo, que se los hiciese de balde.

Tal era, pues, el llamado bachiller Lagartija, que habia ido á dar cuenta al vizconde del estado de su amoroso asunto, y que esperaba recibir nuevas órdenes.

Detúvose al fin el mancebo, y despues de mirar de arriba abajo al bachiller, le dijo:

—Esa condenada negra, á quien el diablo lleve, acabará por desesperarme.

—No es la bruja negra, sino la hechicera blanca—contestó el bachiller—la que tiene la culpa de todo. ¿Qué ha de hacer la esclava si su ama se empeña en ser esquiva?

—Creo, señor Lagartija, que vais á desmentir vuestro nombre.

—No será por falta de voluntad y de conveniencia de acreditarlo.

—En resúmen, nada habeis hecho.

—Primeramente he averiguado que la dama en cuestion es una mora convertida que tiene magníficos brazaletes de perlas y muchos escudos de oro.

—Poco es eso.

—Luego, que no conoce á nadie mas que á la viuda de dos maridos, con dos hijas, viuda tambien la mayor, y soltera la menor.

—Poco es tambien.

—Además, que está enamorada de uno de los hijos de esa viuda, lo cual es ya un inconveniente para que vuestra señoría consiga lo que desea, y en fin, que el amante estuvo cautivo en Arjel, que ahora se encuentra en la guerra de Portugal, y que es mozo de cuenta, porque lo mismo sabe dar cuchilladas que escribir romances tiernos, y esos amigos de las musas tienen pacto con Satanás.

—Eso es algo.

—Y es mucho mas el haber tentado la indiscrecion de una vieja entrometida y beata para saber que la dama en cuestion está desesperada porque no hay noticias de su amante, y que se le ha ocurrido la locura de querer ir á buscarlo á Portugal, sin temor á la guerra ni á la peste.

—¿Y qué adelanto con eso? Si la esclava no quiere ayudarnos....

—Renuncio á la conquista de la esclava: no he podido con-

seguir que me hable siquiera para decirme que no la persiga.

—Pues bien, no estoy dispuesto á esperar ni un solo dia —replicó el vizconde.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Yo digo lo que quiero, y á vos os toca ejecutarlo.

—¿Es decir?....

—Que hoy mismo he de hablar con la convertida.

—¿Con su consentimiento?

—O sin él.

—Ocasiones ha tenido vuestra señoría para hablarle sin que ella dé su licencia.

—Esperaba que se ablandase....

—Pues es esperanza perdida.

—Por eso quiero adoptar otro plan.

—Bien, señor, variaremos los medios de ataque sin dar tiempo á que ella varíe los de defensa.

—Dejaos de palabras inútiles.

—Voy á probar á vuestra señoría que sé obrar.

—Veamos.

—Vuestra señoría quiere hablar hoy mismo con esa dama sin andar con mas rodeos.

—Sí.

—¿Por supuesto, sin el testigo de la esclava?

—Se entiende.

—Pues bien, vengan algunos maravedises.

—Siempre lo mismo.

—No me creerá vuestra señoría, pero cuanto me ha dado lo he gastado en hacer hablar á viejas hipócritas, y espero la conclusion del negocio para ganar algo.

—Tomad—dijo el vizconde, arrojando á los pies de Lagartija un escudo de oro.—Es todo cuanto tengo por hoy.

—Ahora, espere aquí vuestra señoría hasta que yo vuelva.

—¿Tardareis?

—Ni un cuarto de hora.

—Pero esplicadme....

—Vendré á decir á vuestra señoría que puede subir al aposento de esa dama; pero cuidado con que esto lo trasluzca el panzudo maese Mancioni, porque estoy seguro de que echaria el negocio á perder.

—¿Se atreveria ese tunante?....

—Hay que confesar, señor vizconde, que tendria razon, porque un escándalo de la naturaleza del que puede ocurrir, no dejaria en muy buen lugar el crédito de su hostería.

—Por eso le pago generosamente.

—No es bastante.

—¿Con que tenemos el enemigo en casa?

—No es el enemigo, sino el amigo que no quiere servir á vuestra señoría sino hasta cierto punto. Pero dejando esto á un lado porque de ello solo nos importa el tenerlo entendido para obrar con prudencia, volveremos á la cuestion principal.

—Segun decís, es cosa resuelta.

—Tal creo, pero no lo aseguro.

—Señor Lagartija, cuidado con lo que haceis—replicó el mancebo con tono de amenaza.

—Haré todo lo que pueda—dijo el bachiller sin turbarse.

—Acabais de prometerme que antes de media hora estará la dama sola en su aposento.

—Procuraré que así suceda.

—Valeos del medio que mas os plazca, pero no olvideis que ya estoy consentido á verla sola, y que si no puede ser así, á nadie mas cerca que vos tendré para desahogar mi enojo.

—No ha llegado ese caso—contestó Lagartija sonriéndose.

—Bien, lo que importa ahora es no perder tiempo.

—En eso mismo pensaba yo.

—Idos, que aquí os aguardo.

—No tardaré, señor.

El llamado Lagartija salió del aposento, y el vizconde, en estremo pensativo, se dejó caer en una silla y se entregó á

meditaciones ilusorias sobre su amor. Nunca habia sentido el mancebo una pasion tan violenta como la que le habia inspirado la berberisca, y puede asegurarse que en el transcurso de su corta, pero agitada vida, era aquella la primera vez que se habia sentido dominado por el amor.

Los minutos parecieron siglos al impaciente vizconde, y á cada ruido que por la parte de afuera sentia, levantábase creyendo que era el bachiller que volvia para anunciarle el resultado de su intriga.

Una, dos y tres veces levantóse y hubo de volver á sentarse con muestras de grandísimo enojo, hasta que al fin, pasado mas de un cuarto de hora que esperaba, se abrió la puerta y entró Lagartija con alegre semblante:

—¿Qué hay? le preguntó afanosamente el mancebo.

—La dama está sola—contestó el bachiller.

—¡Será mia!—exclamó el vizconde cuyos ojos brillaron como dos luces.

Y sin detenerse salió del aposento, atravesó el zaguan y subió de dos en dos los escalones que conducian al piso superior. Iba en estremo agitado, latian sus sienes con violencia y su frente se abrasaba.

Cuando el mancebo llegó á la puerta de la habitacion de Zoraida, se detuvo porque sintió que le faltaba el aliento y el valor: por primera vez en su vida vacilaba para atentar contra el honor de una mujer; por primera vez se sentia débil para tales empresas.

Largo rato permaneció inmóvil, oprimiéndose el pecho como si quisiese contener los latidos violentos y desiguales de su corazon, y al fin, llamando en su auxilio toda su audacia, empujó la puerta que se abrió fácilmente.

Zoraida estaba sentada en un ancho sillon, con la cabeza inclinada sobre el pecho y tan preocupada en sus tristes pensamientos, que no se apercibió de la llegada del vizconde.

Los últimos rayos del sol se derramaban dulcemente al re-

dedor de la berberisca, aquellos mismos rayos que tambien iluminaban misteriosamente el aposento donde estaba doña Isabel y Cervantes. Sus negros y rasgados ojos estaban velados por las mas negras y largas pestañas que los guarnecian y á través de las cuales se escapaban miradas tristísimas.

—¡Qué hermosa es!—dijo para sí el vizconde.

Y sus ojos, encendidos por la pasion, clavaron en la mora una mirada ardiente; pero no se atrevió á dar un paso.

Volvieron á transcurrir algunos instantes sin que se percibiese otra cosa que la agitada respiracion del mancebo, y al fin Zoraida levantó la cabeza, fijó una mirada de sorpresa y de espanto en el vizconde, y luego exhaló un grito.

—Perdonad, señora—dijo entonces el doncel con voz balbuciente y adelantándose con pasos inseguros.—Perdonad si he venido sin vuestra licencia, y concededme la gracia de escucharme.

—¡Caballero!—exclamó la berberisca, recobrándose de su sorpresa.—¿Cómo os habeis atrevido!....

—Nada temais, señora—interrumpió el vizconde:—solo deseo que me escucheis.

—Salid, caballero—replicó Zoraida.—No puedo escucharos.

Esta primera resistencia por parte de la morisca, hizo renacer en el mancebo su valor.

—Señora—dijo—no me habeis dado tiempo á pediros permiso para entrar, y por eso habeis creido que he abusado de vuestra distraccion para sorprenderos.

—Os conozco—repuso la mora.—Hace muchos dias que me perseguís tenazmente y que habeis intentado comprar la fidelidad de la negra que me sirve; pero ocasiones habeis tenido para comprender que serian inútiles vuestros pasos, y debierais haber desistido de un intento loco.

—Me alegro, señora, que me conozcais y que hayais adivinado mis deseos, porque así podré escusar muchas palabras que pudieran seros enojosas puesto que yo os soy del todo in-

diferente; pero á pesar de eso mis lábios tienen que deciros lo que os han manifestado mis ojos, y además lo que estos no han podido esplicaros.

—Caballero, ya os he dicho que no puedo escucharos, y os ruego otra vez que me dejeis.

—¡Imposible, señora!

—Me obligareis á llamar....

—No adelantareis nada porque están lejos de aquí los que debieran responderos.

—¡Me habeis tendido un lazo infame!—replicó la berberisca con acento de profundo enojo.—Ahora comprendo el medio de que os habeis valido para alejar á mi esclava....

—Os equivocais....

—¡Y quereis que escuche al que tan ruinmente obra!....

—Vuestra esclava, señora....

—Ha salido de aquí engañada, creyendo de buena fé que la mandaba á llamar doña Leonor de Cortinas....

—Sosegaos, señora—interrumpió el doncel.—No lleveis vuestras sospechas hasta un punto exagerado.

—De cualquier modo que sea, os repito que salgais de aquí porque vuestra sola presencia me ofende.

—¡Salir cuando os tengo tan cerca, cuando puedo miraros sin que nadie me lo estorbe, cuando puedo deciros que os amo!.... ¡Imposible!

—¡Dejadme, caballero!

—Escuchadme no mas que un momento, pero escuchadme siquiera por lástima porque bien lo merezco.... Perdonad, me faltan las fuerzas—añadió el doncel á la vez que se sentaba cerca de la mora.

—¡Esto mas!.... Salid ó yo me iré—dijo Zoraida poniéndose de pie.

El vizconde no se movió, ni tampoco pronunció una palabra, pero miró á la berberisca tan tiernamente, se pintó en sus azules y espresivos ojos tanto dolor, que ella, conmovida

á su pesar, no pudo seguir mostrando su primer enojo.

Hubo algunos momentos de silencio embarazoso para los dos, durante los cuales, Zoraida fijó su atencion en el mancebo, que era cuanto este podia desear.

—¡Sufro mucho! — dijo al fin el vizconde con lánguido acento.—¡Soy muy desgraciado, señora, porque la abrasadora sed de mi amor no se mitiga ni aun con una débil y lejana esperanza!.... Sentaos, os lo suplico, y nada temais, os respetaré y os lo juro por esta cruz—añadió, poniendo la diestra sobre la de Calatrava que se veia en su lujoso coleto de terciopelo azul.—Si os enoja mi presencia, me iré, pero quiero que antes me perdoneis, que no tomeis por villana accion lo que me obligó á hacer la locura de mi pasion violenta.

Zoraida, sin saber lo que hacia, volvió á sentarse, y el vizconde prosiguió diciendo:

—No es un crímen el amar ni es mia la culpa de que el fuego encendido en mi corazon me quite el reposo ahora para quitarme luego la vida; pero si eso es un crímen, de vuestros ojos es la culpa, porque sin los rayos que despiden no se hubiese prendido la hoguera que consume mi corazon. Mi amor no es amor, es un frenesí: ¿qué puede esperarse de una cabeza trastornada? Vos, señora, me hubieseis negado la licencia para hablaros, y como tenia de esto una necesidad superior á mis fuerzas y á mi razon, á trueque de conseguirlo llegué hasta aquí abusando de vos por medio de la sorpresa. Ya sé que semejante locura, en vez de hacerme agradable para con vos me hará aborrecible; ¿pero qué puede esperarse de un loco sino locuras?

Zoraida inclinó la cabeza sobre el pecho y se acordó de que ella, impulsada tambien por su pasion, todo lo habia atropellado sin que fuese bastante á detenerla ni sus deberes de esposa, ni el temor de que su marido la sorprendiese, ni aun el sentimiento de pudor que en las mujeres es las mas

veces superior á los impulsos de las pasiones. Semejante recuerdo arguyó á su conciencia, y pensó que no perdonar al hermoso mancebo era hacer inexcusable su propia falta.

—¿Acaso no habeis amado nunca?—prosiguió el vizconde como si hubiese adivinado lo que pensaba la berberisca.—¿No habeis tenido en vuestra vida un momento en que trastornada por la pasion os hayais olvidado de todo? Sin duda lo sabeis porque amais á un hombre....

—¿Qué decís?—interrumpió Zoraida cuyas megillas enrojecieron.

—¿No es verdad que amais á otro hombre?—repuso vivamente el mancebo.—¡Ah!.... decid que nó y se trocará en felicidad mi desdicha, en alegría mi dolor; decid que á ninguno amais, ni á mí tampoco, y entonces la esperanza me dará alientos para hacerme digno de vos á costa de sacrificios.

Zoraida se estremeció, y con voz débil y entrecortada, dijo:

—Dejadme, caballero; os perdono el abuso que habeis cometido, pero no puedo daros la mas leve esperanza, ni siquiera puedo escucharos....

—¡Ah!—murmuró tristemente el vizconde.—Vuestro corazon es de otro hombre.... ¡Cuán nécio anduve al abrigar por un instante la esperanza de alcanzar vuestro amor!....

—Os mortificais inútilmente, y....

—Que os mortifico, debeis decir, que os desagrada mi presencia, que os causan enojo mis palabras.... Dichoso el hombre que supo conquistar vuestro cariño.... Mucho debeis amarle cuando estando lejos de aquí, olvidado de todo entre el estruendo de las batallas ó entre el alegre ruido de una orgía, quizás en los brazos de otra mujer....

—¡Oh!.... callad—exclamó Zoraida cuya frente palideció.

—El hombre á quien tanto amais, guardándole tan pura fé, no puede ser digno de vos—replicó el vizconde resuelta-

mente.—¿Qué podeis esperar de un soldado que se olvida de todo cuando pelea, que se embriaga en el festin con que celebra la victoria, y que con el derecho de conquistador se apodera lo mismo de las riquezas que de la esposa ó de las hijas del vencido? Quizás desgarro vuestro corazon con el afilado puñal de la sospechosa duda, pero es preciso que veais la verdad en toda su desnudez. ¿Habeis podido pensar que el hombre á quien amais, en la embriaguez del triunfo, arrastrado por el torbellino de la desenfrenada soldadesca, en esos momentos en que todo se olvida y nada se prevee, habrá dejado de aprovechar la ocasion?....

—¡Oh, callad!—interrumpió Zoraida cuyos ojos chispearon. —¡Callad, siquiera por compasion!.... ¡Quereis haceros amar desgarrándome el alma!.... No me arranqueis las ilusiones que me hacen feliz, porque moriré de desesperacion. Nada tengo en el mundo mas que mi fé y mis sueños de amor.... ¡Maldito sea el que las borre de mi alma! ¿Por qué me haceis pensar en lo que mas lejos estaba de mi mente?.... ¡Oh, Dios mio!.... Siempre el tormento de los celos: antes Jaguá; ahora.... ahora otra mujer que llena de encantos crea mi fantasía....

—Otra mujer que quizás no es un fantasma, sino un ser viviente, de dorada y brillante cabellera, de azules ojos, de provocativos lábios....

—¡Callad, que me matais!—gritó la berberisca.

—Otra mujer que en nada se os parece y que produce en ese hombre una nueva impresion; otra mujer que quizás en este instante le tiende sus brazos como yo os tiendo los mios, pero que encuentra otros brazos que la reciben mientras que yo no encuentro sino desvío....

—¡Oh!.... si eso fuese verdad; si ese sol que se oculta y es testigo de mi firmeza fuese tambien testigo de su debilidad....

—¿Lo olvidariais?

—¡Me mataria para que se cumpliese la prediccion de Jaguá!

El vizconde contempló á Zoraida por algunos instantes y se estremeció al ver la descompostura de sus facciones y el estravío de sus miradas, lo cual le convenció de que nada conseguiria de aquella mujer que no sentia otra cosa que el tormento de los celos. Pero la amaba de tal modo el doncel que le era imposible renunciar sus ardientes deseos, y por verlos cumplidos, hasta hubiese aceptado por esposa á la berberisca; pero este recurso no le convenia tocarlo sino despues de que todo otro medio hubiese sido inútil; por lo que dominándose cuanto pudo, trató de inspirar alguna confianza que le diese lugar á ejecutar otros planes.

—Señora—dijo fingiéndose pesaroso de lo que acababa de hacer,—perdonadme, estoy loco, ya os lo he dicho.... No volveré á veros aunque tenga que hacerme pedazos el corazon; sufriré en silencio; la hiel amarga de vuestros desdenes no saldrá de mi pecho con las quejas de mis dolores. Perdonadme, nada hay mas egoista que el amor, y en un momento de estravío os he atormentado. Cuando se ama, todo lo sacrificamos para lograr nuestros deseos.... ¡Plegue á Dios que jamás tengais que hacer con otro lo que con vos he hecho!

Acordóse Zoraida de que tampoco ella habia tenido compasion de Jaguá, y por segunda vez, acallada por su concien. cia, no acertó á contestar al vizconde.

—¡Cuánto—repuso este—me dice vuestro silencio! Os inspiro compasion....

—Idos, caballero, os lo suplico—replicó la berberisca que, enervada repentinamente, no pudo contener el llanto que acudió á sus ojos.—No sabeis el daño que me habeis hecho....

—¡Llorais!.... ¡Oh!.... ¡Y yo he arrancado esas lágrimas, yo que en mi locura pensé hacer asomar á vuestros lábios la sonrisa de la felicidad!.... ¡Soy un miserable!....

Y el mancebo se puso de pie, apretó los puños con rabia,

brillaron sus azules pupilas y levantó su contraida frente con aire de despecho.

—Me voy, señora,—dijo con voz comprimida.—Me voy sin dejaros mas que un recuerdo triste y doloroso, un recuerdo de horror en tanto que vuestra celestial imágen va en mi corazon grabada y solo la negra y fria mano de la muerte podrá borrarla. Empero enjugad antes vuestro llanto, pensad que cada una de esas lágrimas que para los ojos son cristalinas perlas, son para mi alma gotas de líquido fuego que la abrasan. Mi corazon os dejo, señora; un corazon amante y tierno como ninguno, pero que vos lo rechazais por otro.... ¡Quiera el cielo que no os equivoqueis en la eleccion!....

—¡Ah! mi noble cautivo no puede olvidarme—dijo Zoraida, sintiendo renacer su fé amorosa.

Pero en aquellos momentos acababa de ocultarse el sol y no penetraban en el aposento sino los débiles resplandores del vespertino crepúsculo, los mismos resplandores que á través de las cortinas azules se deslizaban tímidamente en la lujosa habitacion de doña Isabel cuando esta, loca de amor, con las pupilas húmedas por la pasion, ardientes los lábios y agitado el pecho, tendia sus brazos temblorosos al poeta.

¡Pobre Zoraida!

Contemplóla por última vez el vizconde, pasóse las manos por su ardorosa frente, y despues de ahogar en su pecho una exclamacion de la mas desesperada ira, se lanzó fuera de la estancia como impulsado por un arrebato de locura.

De dos en dos bajó los escalones sin reparar en Zamareta que al mismo tiempo subia, y en llegando al zaguan, se detuvo al encontrarse con el bachiller Lagartija que le dijo:

—No os pregunto el resultado porque lo dice vuestro rostro.

—Ha sido inútil vuestro ardid—le replicó el mancebo;—pero no renuncio á ella, es preciso que sea mia, ¿lo entendeis? es preciso.

—Bien, señor—repuso con calma Lagartija—lo será, Dios

ó el diablo mediante, y si vuestra señoría no se anda con escrúpulos de monja.

—Estoy dispuesto á todo, porque sino consigo mi deseo, seré capaz de casarme, es decir, de hacer una cosa indigna de un hombre como yo, de esponerme á pagar las deudas que tengo pendientes con mas de cien maridos, de hacerme condescendiente, bonachon, crédulo, estúpido.... ¡voto al infierno!.... Señor Lagartija, proponedme cuanto os dé la gana, haced cuanto se os venga al magin, con tal que yo sea dueño de esa mujer.

—En lo que vuestra señoría dice de casarse, conozco que va perdiendo el seso, pues no hay señal mas positiva de la locura que la de que un hombre cargue con la cruz del matrimonio. Que se casen los turcos, pase, pero los que hemos nacido en esta tierra bendita, no lo comprendo.

—Loco ya lo estoy.

—Pues no se deje arrebatar vuestra señoría.

—Dejad los consejos y pensad lo que tenemos que hacer.

—Necesito algun tiempo para meditar.

—¿Cuántas horas?

—Toda esta noche que la pasaré saboreando el contenido de una botella que es mi musa favorita.

—Es mucho tiempo.

—Paciencia, señor, que mañana será otro dia. Acuérdese vuestra señoría del refran que dice, si quieres comer mucho come poco.

—Bien, pues mañana os esperaré en mi casa.

—No faltaré.

El mancebo salió de la hostería, y el bachiller Lagartija llamó á maese Mancioni para que le diese de beber.

La hostería quedó tan silenciosa como la casa de doña Isabel, sin mas diferencia que en la una palpitaban dos corazones henchidos de felicidad, y en la otra se oprimian dolorosamente.

Cervantes estrechaba entre sus brazos á la dama portuguesa sin acordarse de Zoraida, y esta oprimia á la negra contra su agitado pecho y tenia el pensamiento fijo en Cervantes.

Tal era el contraste digno de nuestra atencion que presentaban en un mismo momento los principales personajes de esta historia.

¿Qué iba á ser de la berberisca? Negras nubes agrupábanse sobre su cabeza, amenazándole con rayos mortíferos. No la habia olvidado el poeta sino por algunos instantes, pero otra mujer habia interesado su corazon y una de ambas debia ser víctima de aquel momento de estravío, ó mejor dicho, de aquella inconsecuencia.

CAPITULO XI.

Cuál era el proyecto del bachiller y cómo se practicó.

L bachiller Lagartija cumplió su promesa, y aquella misma noche, inspirado por una botella de vino de Jerez, combinó un plan diabólico, pero que tuvo por de felicísimos resultados si á ponerlo en práctica se atrevia el vizconde.

Este mostró algunos escrúpulos cuando á la mañana siguiente supo el proyecto, pero como no acertase con otro mejor, ni tan bueno siquiera, aceptólo al fin porque á todo estaba decidido para lograr sus deseos. Para ponerlo en ejecucion habia que esperar forzosamente que se presentase una ocasion oportuna, sin que para ello pudiese fijarse un dia determinado, y esto le hacia contar una por una las horas que pa-

saban y se perdian sin que viese el término de su afan. Pero como remedio no habia para tal inconveniente, hubo de conformarse, y con el mayor detenimiento trató con Lagartija de cuanto debia practicarse.

La conversacion del vizconde con el bachiller fué en estremo reservada, y de ella no ha podido transmitirnos la historia ni una palabra siquiera, por lo que solo podremos decir á nuestros lectores que cuando Lagartija salió de casa del mancebo, este abrió un armario, sacó una escala de seda y la examinó para asegurarse de que estaba en estado de buen uso.

Pasaron tres dias sin que ocurriese novedad alguna.

Zoraida, recelosa del vizconde, procuraba guardarse cuanto podia, y aun pensó en variar de domicilio; pero esto no habia podido hacerlo todavia.

Las cuatro de la tarde serian, y aunque el cielo estaba despejado y el sol brillaba sin que la nube mas leve entibiase el ardor de sus rayos, se dejaba sentir un frio intenso, producido sin duda por el vientecillo sutil que de Guadarrama soplaba.

Fuese por un rarísimo capricho, ó por otra razon cualquiera, es el caso, y caso verdadero, que el vizconde habia llegado á la hostería, y despues de saber que Zoraida y Zamareta habian salido, mandó á maese Mancioni que pusiese una mesa en el patio de la casa y que le sirviese de comer, pues queria honrar al bachiller Lagartija, brindando con él. En vano el panzudo hostelero intentó convencer al vizconde de que su capricho era una locura porque se esponia á enfermar si estaba media hora en el húmedo patio y con el frio que hacia: el mancebo insistió, añadiendo que no pedia consejos, sino un cabrito bien asado y un par de botellas de Arganda.

Maese Mancioni tuvo que obedecer, colocó la mesa, y sirvió el cabrito y el vino, dudando si el vizconde se habria vuelto loco.

—No queremos que se nos interrumpa—dijo el doncel al hostelero: — tenemos que hablar mucho y de asuntos muy graves, y por consiguiente, aunque á las doce de la noche no hayamos salido, nos dejareis en paz.

—Temo que os quedeis helados—replicó maese.

—Con un par de tajadas y una botella, nadie puede helarse aunque se entierre en nieve.

—Una cosa quiero rogar á vuestra señoría, sin que por ello se ofenda—repuso el hostelero.

—¿Cuál?

—Que si mientras está aquí vuestra señoría viniese la dama que habita arriba, seais prudente al hablar porque está abierta la ventana del cuarto de la negra y pueden oiros lo bueno y lo malo.

—Agradezco el aviso, maese, y para no pecar por ignorancia, cuando venga esa hermosa esquiva, dareis unos golpecitos á la puerta, lo cual será suficiente para que yo mida mis palabras y aun las escuse en cuanto pueda.

—No lo digo tanto por vuestra señoría como por este bachiller hablador que tan suelta tiene la lengua.

—Idos tranquilo, maese Moncioni, que aquí quedo y nada tendreis que sentir.

El hostelero salió, cerrando tras sí la puerta, y libres ya del estorboso testigo, el vizconde y Lagartija empezaron á comer, entablando el diálogo siguiente:

—Ya veis—dijo el mancebo—que la ocasion no puede ser mas propicia.

—Indudablemente, señor, y casi estoy seguro del buen éxito de nuestra empresa si no os falta el valor ó no os asaltan esos malditos escrúpulos que tanto os han hecho vacilar estos dias.

—No es para menos el asunto, pues tal escándalo puede sobrevenir, que me cueste por lo menos un destierro, si es que con semejante castigo se contentaba el rey.

—Todo puede ser cuatro gritos y alguna corrida, y esto mismo os daria la ocasion de escapar, dejándolos con la boca abierta: aunque bien pensado, ni aun así puede suceder porque ninguna de las dos despertará; y en todo caso, si la ocasion no me es propicia, todo se reducirá á que paseis una mala noche y ayuneis medio dia.

—No es lo mas agradable.

—Pero bien merece la pena el asunto de que os espongais á tal tropiezo.

—Ciertamente.

—Las probabilidades son de un resultado feliz.

—Supongo que no os habreis olvidado del narcótico.

—Miradlo, señor—dijo el bachiller.

Y sacó de debajo de su colcto un pomito de cristal que contenia un líquido rojizo.

—¿Teneis seguridad en sus efectos?

—Como si yo lo hubiese confeccionado.

—Bien.

—Lo sé por esperiencia.

—¿Es decir, que no es la primera vez?...

—Otras muchas he recurrido á la ciencia del que me lo ha vendido y nunca me ha engañado, ni me engañará porque está convencido de que le costaria muy caro.

—Entonces puedo estar tranquilo.

—Completamente.

—¿Cuánto tiempo dormirán?

—Lo menos ocho horas con un sueño tan pesado que no despertarian aunque se hundiese la casa.

—Entonces nada debo temer con tal que tengais ocasion de hacerles beber ese brebaje.

—Por eso os he dicho que todo lo malo puede ser que no podais salir de vuestro escondite.

—Hay otro peligro.

—¿Cuál?

—Que me descubran antes de tomarlo ó de dormirse.

—Entonces gritarán, y mientras maese Mancioni acude con su paso torpe, tiempo tendreis de escaparos.

—Tal creo.

—Sobre todo, señor, algun riesgo habeis de correr, que mucho cuesta lo que mucho vale.

—¡Será mia!—exclamó el mancebo cuyos ojos brillaron.

—Bien la mereceis.

—Brindemos por la cercana victoria.

Apuraron un vaso, y despues de algunos instantes dijo el bachiller:

—¿Tampoco habreis olvidado vos la escala?

—Nó.

—Ya veis—repuso Lagartija, señalando al emparrado que no recordamos si hemos dicho que se estendia bajo las ventanas que daban al patio.—Desde ahí no es dificil enganchar la escala.

—Otra dificultad me ocurre.

—Sepamos cual es.

—Que el narcótico dará al agua color y lo conocerán.

—Eso está previsto, y ningun color tomará el agua.

Largo rato siguieron hablando, comiendo y bebiendo, y ya el sol tocaba á su ocaso, cuando dijo el bachiller:

—Señor, no debeis esperar á mas tarde.

—Manos á la obra y que Satanás me guie puesto que Satanás os inspiró el proyecto.

—Fué una botella de Jerez.

—Ahora nadie nos observa.

—Todos los huéspedes están fuera de casa, y este es el mejor momento.

El vizconde y Lagartija se levantaron, y despues de mirar á las ventanas y de convencerse de que nadie los observaba, acercáronse al emparrado.

—Ea—dijo el bachiller—subid sobre mis espaldas y trepad.

Ejecutólo así el mancebo, y con una agilidad envidiable, se encaramó sobre la parra en pocos momentos.

Una vez allí, sacó de debajo de su coleto la escala de que ya hemos hablado, y tuvo tal fortuna que logró engancharla á una ventana á la primera vez que la tiró.

—Buen viaje, señor—dijo entonces el bachiller.

—Hasta mañana, señor Lagartija—contestó el mancebo que en su semblante daba claras muestras de la emocion alegre que sentia.

Y trepó ligeramente por la escala, encontrándose bien pronto en el interior del aposento.

Entonces Lagartija volvió á sentarse junto á la mesa, disponiéndose á dar fin de los restos de la comida.

Aunque no habia cerrado la noche, quedó el patio completamente á oscuras porque sus elevadas paredes no permitian á los crepúsculos entrar en su interior.

Pasó una media hora y ya el bachiller, á punto de perder la paciencia pensaba en salir, cuando oyó algunos golpes dados á la puerta.

—Ya han venido—murmuró.

Y despues de dar tiempo á que maese Mancioni se hubiese alejado, salió en tan buena ocasion que llegó al zaguan sin que nadie lo viese.

Entonces se sentó tranquilamente, y pensando en la manera de terminar mejor el asunto que le ocupaba, esperó á que llegase el momento oportuno.

No tardó en salir maese Mancioni para colocar en su sitio el farol que de noche alumbraba el zaguan, y al ver á Lagartija le dijo:

—¿Ya habeis concluido la comida?

—Claro está, porque sino aun estariamos en el patio.

—¿Y el señor vizconde?

—Se ha ido, y yo estoy descansando y pronto haré lo mismo.

—Pues yo voy á preparar la cena para la dama que tanto os dá que hacer, porque segun me ha dicho quiere acostarse temprano.

El hostelero entró en la cocina, y el bachiller murmuró:

—Se acerca el momento decisivo.

Y despues de resgistrar bajo su coleto y de asegurarse que no habia perdido el narcótico y que podia sacarlo con prontitud y disimulo, se cruzó de brazos y volvió á meditar.

Cerca de media hora pasó, y ya Lagartija empezaba á impacientarse, cuando volvió á salir maese llevando algunos platos, manteles y cubiertos.

—¿Todavia por aquí?—le dijo á Lagartija.

—Es tal el frio que he cojido en ese maldito patio, que no me atrevo á moverme.

—Raro capricho ha sido—repuso el hostelero mientras tomaba escalera arriba.

—Manos á la obra—dijo para sí el bachiller.—A la otra vez que pase llevará la cena y el agua.

Efectivamente, maese Mancioni volvió á la cocina, y luego salió otra vez con la cena y un jarro lleno de agua.

—Aquí de mi ingenio—murmuro Lagartija.

Y levantándose, exhaló un doloroso grito, encojió una pierna y se apoyó en la mesa en tanto que su movible rostro se contraia, haciendo un horrible y lastimoso gesto.

—¿Qué os sucede?—le preguntó sorprendido el hostelero.

—Venid—repuso el bachiller con voz entrecortada.—¡Por Dios!.... ¡Ay, ay!.... ¡Venid!....

—¿Pero qué es ello?—volvió á decir maese acercándose al asesino.

—Un.... ¡ay!.... un calambre.... tirad de esta pierna.... pronto.... ¡ay.... ay!.... ¡Cien legiones!.... ¡Pronto!.... ¡ay!

El hostelero, turbado por la sorpresa, dejó en la mesa el jarro y la fuente, hincóse de rodillas y cojió con ambas ma-

nos el pié que Lagartija habia levantado y que intentó bajar hasta el suelo.

—¡Ay!.... ¡ay!....—volvió á gritar el bachiller.

Y mientras que el panzudo maese se esforzaba para estirar la contraida pierna, sacó el pomito y vertió el narcótico en el agua.

En esto se oyó la voz de Zamareta que desde arriba gritaba diciendo:

—¿No subís la cena?.... Daos prisa.

—Voy corriendo....

—¡Ay!.... ¡Tirad con fuerza!.... ¡vive Dios!.... ¡Ay!....

—¡Lleve el diablo vuestra pierna que parece de hierro!—exclamó Mancioni, sudando y medio ahogado de fatiga.

—¿Acabareis de subir?—volvió á gritar la esclava.

—Entre todos me volvereis loco....

—¡Ay!.... Ya pasa.... otro estiron.... ¡Uf!.... ¡Gracias á Dios!—dijo el bachiller, exhalando un suspiro.

El hostelero se levantó aturdido, y tomando la cena y el jarro, subió la escalera con una ligereza que nadie le hubiera supuesto.

Zamareta continuaba dando prisa.

El bachiller no pudo contener una carcajada burlona, y con aire de triunfo salió de la hostería.

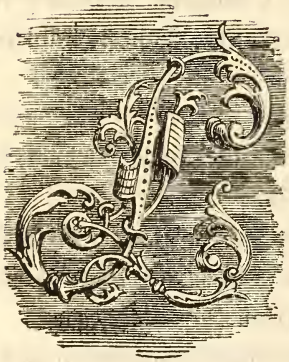
—¡Voto á!....—se oyó exclamar al mismo tiempo á maese Mancioni que sin duda se enfadó con la esclava porque le hacia correr á pesar de su abultada barriga.

—Negocio hecho—dijo Lagartija cuando se encontró en la plaza.

Y parándose debajo del balcon del aposento de Zoraida, imitó por tres veces el canto de la lechuza que era la señal para que el vizconde supiese que el narcótico habia sido puesto en el agua.

CAPITULO XII.

Del resultado que dió el plan del bachiller Lagartija.



La berberisca y su esclava concluyeron de cenar y se dispusieron á acostarse, muy agenas de que el vizconde estaba escondido debajo de una cama, esperando el momento tan deseado.

—¿Está bien cerrada la puerta? —preguntó Zoraida en lengua berberisca.

—Sí, señora mia—le contestó Zamareta;—puedes acostarte con toda tranquilidad.

—Desde el desagradable suceso del otro dia, no vivo con sosiego en esta casa porque desconfio de todos sus habitantes.

—Poco estaremos en ella, pues, segun doña Leonor te ha

prometido, mañana quizás quedará srreglado el ajuste de la nueva vivienda.

—Quiéralo el cielo porque aeguramente el hostelero está vendido á ese mancebo que me persigue con sus amorosas pretensiones.

—Tal creo, segun lo que se ha visto.

—Desnúdame—repuso Zoraida, entrando en el aposento inmediato.

Zamareta la siguió, llevando la bujía con que se alumbraban, y pocos momentos despues, la hermosa berberisca estaba en su lecho y rezaba fervorosamente.

El movimiento de sus lábios fué haciéndose mas leve cada vez, sus ojos fueron cerrándose insensiblemente, y antes de un cuarto de hora quedó completamente dormida.

Los ténues resplandores de la bujía se derramaban sobre el lecho y permitian que se viese el rostro encantador de la berberisca dilatado por una sonrisa leve, producida tal vez por algun ensueño dulce de amor. Descubríase parte de su levantado pecho y uno de sus torneados brazos sobre el cual descansaba la cabeza, resaltando sobre su nacarada blancura el negro brillante de las sedosas crenchas de sus cabellos, que se esparcian sobre la almohada. Sus rojos lábios, entreabiertos por la sonrisa, dejaban ver parte de las perlas que encubrian, y por entre ellos se escapaba un aliento suave y perfumado como el ambiente que acaricia en la callada noche á la blanca azucena y le roba el aroma de su cáliz.

¡Qué hermosa estaba!

Los encantos de su rara belleza interesaban mas con el natural descuido de su sueño, y como toda mujer hermosa, eran mas arrebatadores, mas irresistibles sus atractivos estando dormida. Es verdad que entonces se ocultaban sus negros y rasgados ojos, con sus ardientes pupilas, con sus miradas llenas de ternura y de pasion; pero quizás por lo mismo que esto se adivinaba bajo sus largas pestañas y sus son-

rosados párpados de azuladas y finas venas, crecia mas el deseo de abrirlos para que dejasen escapar sus centellas de amor ó sus miradas de pudorosa timidez.

Si el poeta la hubiese visto entonces y hubiese comparado aquel negro reluciente de su sedosa cabellera con el oro de los rizos de doña Isabel, y el tranquilo pecho de la una con el agitado de la otra, y la espresion de ardientes pasiones que revelaba el rostro de la berberisca con la dulce y de tiernisimo amor de la portuguesa, se hubiese decidido.... No sabemos por cual, porque nosotros, siquiera por hacer un sacrificio á la galantería, nos habriamos decidido por las dos, y probablemente cualquiera hubiese hecho lo mismo.

Empero es la verdad, y verdad harto triste para Zoraida, que esta no inspiró nunca á Cervantes la pasion que doña Isabel.

Largo rato pasó, y en medio del silencio profundo que allí reinaba, no se percibió mas que la respiracion igual y pausada de la mora que seguia durmiendo tranquilamente.

El vizconde estaba oculto debajo de la cama de la negra en el inmediato aposento, y sin duda habia esperado sin salir antes de su escondite para poder hacerlo con mayor seguridad. Pero al fin se decidió, y sin hacer el menor ruido, dirigióse con pasos lentos y silenciosos al dormitorio de Zoraida.

La luz de la bujía dió de lleno en el rostro del enamorado vizconde, y entonces pudo verse la descompostura de sus facciones y el brillo estraordinario de sus pupilas que parecian dos luces fosfóricas. Su pecho estaba en estremo agitado, y eran tan fuertes y desiguales los latidos de su corazon, que parecia que iba á saltarle del pecho. La palidez de sus megillas, el ligero temblor de sus miembros, y la como temerosa incertidumbre de sus pasos, daban claras muestras de las emociones que agitaban su espíritu.

Cuando se acercó al lecho y su mirada afanosa se fijó en la berberisca, la palidez de su rostro se trocó en carmin y sin-

tió circular por sus venas la sangre como una corriente de fuego.

—¡Ah!—murmuró con acento ahogado.

Y no pudo proseguir porque le faltó el aliento por algunos instantes y sintió el pecho abrasado y oprimido como por un enorme peso.

—Va á ser mia—volvió á murmurar con débil acento.—Va á ser mia.... nadie podrá estorbármelo.... ¡Qué hermosa es!.... ¡Oh!.... No despiertes, no despiertes porque al abrir tus ojos cerraria la muerte los mios, me verias morir á impulsos de la desesperacion.... ¡Qué hermosa es!.... Las houríes prometidas á los de su raza envidiarán tanta belleza.... ¡Cuánta es mi felicidad!....

Estravióse la mirada del mancebo, su tersa frente se contrajo, formando largas arrugas, y sus facciones se descompusieron mas de lo que estaban, y hasta tal punto, que le dieron á su rostro una espresion repugnante, haciéndole perder completamente todo el encanto de su no comun belleza varonil.

Sin saber por qué dejaba perder el tiempo, estuvo largo rato sin moverse, contemplando á Zoraida y conteniendo los arrebatados impulsos de su pasion.

—¿A qué espero?—dijo al fin.—Nada tengo que temer porque no puede defenderse, ni llamar en su auxilio, ni siquiera apercibirse de lo que le pasa porque no despertará de ese pesado sueño con que duerme. Cada instante que se pierde es un mundo de goces y de felicidad que tengo en mis manos y dejo escapar sin saber lo que vale.... ¡Ah!....

El vizconde dió un paso mas y se acercó al lecho sin que Zoraida despertase.

El bachiller habia tenido razon al asegurar que el narcótico era de confianza.

¡Desdichada!.... ¿Qué iba á ser de ella? Habia caido en el lazo mas infame que el hombre puede tender; iba á ser

víctima de la traicion mas fea, mas repugnante que puede cometerse. ¿Quién acudiria en su ayuda? ¿Quién la salvaria de aquel peligro? Nadie: ni su esclava podia socorrerla ni los habitantes de la hostería sospechaban que en aquel momento iba á cometerse tan villana accion.

¡Infeliz Zoraida!

La mas dulce sonrisa seguia vagando aun sobre sus entreabiertos lábios, envidia del coral por su color, y de la rosa por su frescura. ¡Qué tranquilo y descuidado era su sueño! Su blanco y mórbido pecho se levantaba suavemente á impulsos de su respiracion, y su hermosa cabeza descansaba aun sobre el torneado brazo enteramente desnudo.

—¡Mia!—exclamó el vizconde con todo el arrebato de su pasion, con todo el frenesí de sus ardientes deseos.

Y con los ojos relucientes como dos ascuas, y con los lábios entreabiertos, se inclinó hácia la berberisca....

Empero Zoraida abrió repentinamente los ojos y dejó escapar un grito desgarrador de espanto mientras que aceleradamente escondia la cabeza entre las ropas de la cama.

Tras aquel grito se oyó una blasfemia horrible pronunciada por el doncel, y luego otro grito lanzado por Zamareta que apareció medio desnuda á la puerta del aposento.

Reinó por algunos instantes un profundo silencio.

La berberisca permaneció oculta bajo las ropas del lecho sin que la dejase moverse el espanto de que estaba poseida.

El doncel apretaba los puños hasta hacer saltar con las uñas la sangre de sus manos, rechinaba los dientes y levantaba al cielo una mirada de acusadora desesperacion y que podia traducirse por una blasfemia mas horrible que la que salió de su boca. Estaba su frente contraida, pálido su rostro y la rábia hacia temblar todos sus miembros.

Zamareta, sin cuidarse de ocultar su desnudez, miraba al vizconde con espanto, y en su aturdimiento, ni acertaba á moverse ni á gritar para pedir socorro.

Zarza dir.º y lit.º Lit.ª Heraldica

.....Zoraida abrio repentinamente los ojos y dejó escapar un grito desgarrador de espanto.

Situacion mas violenta ni penosa no podia darse para todos tres. ¿Cómo terminaria?

Al fin el vizconde, despues de exhalar un rugido de cólera, exclamó con voz reconcentrada:

—¡Maldicion!

Esta palabra pareció despertar á la negra de su medroso letargo, y con descompasadas voces comenzó á gritar diciendo:

—¡Socorro, socorro, favor!

No quedaba con esto al doncel mas que salvarse huyendo porque toda tentativa de hacer callar á la negra hubiera sido comprometerse mas: así fué que, sin detenerse un instante, dió un brinco hácia la puerta que abrió presurosamente y se lanzó fuera del aposento, dirigiéndose á la escalera.

Maese Mancioni subia en aquel momento porque habia oido las voces de Zamareta, y encontrándose con el vizconde que no se detuvo en su precipitada huida, dió contra él tan fuerte golpe, que ambos, perdiendo el equilibrio, rodaron la escalera y con ellos el candil de garabato que subia maese.

Allí fué la confusion y el espanto sin igual.

Zamareta seguia dando desaforadas voces y el hostelero gritos de dolor, mientras que el vizconde juraba y maldecia con toda la fuerza de sus pulmones.

Despues de inauditos esfuerzos, pudo el doncel sacar una pierna que en la caida le habia cojido maese debajo de su enorme barriga, y logró salir de la casa antes que llegasen otros huéspedes que acudian á las voces.

Al fin, y como siempre sucede, tras la agitacion y el ruido, vino la quietud y el silencio, y mas sosegados los unos y recobrados los otros comenzaron las preguntas y las esplicaciones.

Y ahora, mientras que maese Mancioni exhala gritos lastimeros y dice que está reventado, y Zoraida y Zamareta se visten con intencion de no volver á acostarse aquella noche,

esplicaremos por qué casualidad no habia servido de nada el narcótico.

Ya saben nuestros lectores que el hostelero, despues de estirar la pierna á Lagartija, subió la escalera apresuradamente porque no cesaba de llamarlo la esclava, y tambien saben que al llegar arriba se le oyó exclamar. «¡Voto á!....»: pues bien, aquella exclamacion que creimos hija de un arrebato de cólera, fué producida por un tropezon que en su aturdimiento y no acostumbrada prisa dió maese, lo cual hizo que el jarro se le escapase de las manos y se derramase el agua que contenia el narcótico. Tal fué la casualidad que salvó á Zoraida.

El vizconde, ébrio de coraje, creyó que el bachiller lo habia engañado, y juró hacerle pagar con la vida tan ofensiva burla; pero no pudo encontrarlo en ninguna parte por mas que recorrió de estremo á estremo toda la villa sin dejar taberna ni lugar sospechoso que no registrase.

CAPITULO XIII.

De cómo los unos huyen y los otros persiguen.

AL fué el espanto de Zoraida, que en ninguna parte creyó que podria estar segura, y mayor hubiera sido, á saber que sin la casualidad de derramarse el agua que contenia el narcótico, el vizconde habria conseguido su intento.

Apenas eran las ocho de la mañana del siguiente dia, cuando la atribulada berberisca, despues de haber pagado á maese Mancioni, se cobijó con un largo manto, mandó á Zamareta que tomase el equipaje, y ambas salieron de la hostería y se dirigieron precipitadamente á casa de doña Leonor.

Grande fué la sorpresa de esta al enterarse de lo ocurrido,

y con su cariñosa solicitud ofreció á Zoraida que se quedase allí mientras encontraba alojamiento seguro.

—¡Oh, nó!—exclamó la convertida con acento que demostraba el miedo de que se hallaba poseida.—Ni en vuestra casa ni en ninguna otra estaré tranquila, porque el hombre que me persigue, ayudado de sus riquezas, encontrará el medio de incomodarme sin cesar.

—No sucederá así si se guarda la mayor reserva sobre vuestro paradero—replicó la viuda.

—Y entretanto—añadió Andrea—que se encuentra un hospedaje de confianza, permaneceis á nuestro lado.

—Todo será inútil: ya veis como ha logrado llegar hasta mi mismo lecho.

—¿Qué hareis, pues, si en ninguna parte habeis de vivir tranquila?

—Una idea me ha ocurrido—repuso la berberisca—que no sé si podrá realizarse, porque no conozco los usos y costumbres de este pais; pero si pudiese llevarse á cabo con el mayor secreto, me consideraria á cubierto de las asechanzas de ese hombre.

—Esplicaos, señora, que tal vez sea cosa posible.

—Quisiera vivir en un convento hasta que volviese vuestro hijo, y si la desgracia fuese tal que sucumbiese en la guerra.... ¡Oh!.... No hablemos de eso—añadió Zoraida, estremeciéndose.—Por ahora solo deseo evitar que me persiga ese mancebo.

—No habeis pensado mal—repuso doña Leonor.—Ningun inconveniente hay para que os admitan en un convento, y de esta manera tambien podreis recibir la instruccion religiosa de que tanto necesitais. Teneis medios de indemnizar á la comunidad del gasto que le ocasioneis, y allí, en el sagrado recinto de la casa de Dios, no se atreverá á penetrar vuestro seductor infame.

—De todo es capaz, señora, pero en un convento será mas

fácil guardar el secreto de mi retiro. ¡Ah, qué tranquilos pasaré los dias, rogando á Dios por vuestra felicidad, acrecentando mi fé y haciéndome digna del hombre á quien tanto amo! No quiero perder un momento, hoy mismo, antes del medio dia si pudiera ser....

—Si tan decidida estais, antes de una hora será, porque cerca de aquí hay un convento cuya superiora es amiga mia desde la infancia, y no me negará el favor de que permanezcais allí.

—Gracias, señora, gracias—repuso la berberisca con acento de alegria.

—En ninguna parte estariais mejor.

—¿Y podré veros allí?

—Iremos á visitaros con frecuencia y á daros noticias de mi hijo Miguel.

—¡Cuánta es vuestra bondad!—exclamó Zoraida.—¡Cuánto os debo!....

—Es mi obligacion protejeros porque á nadie conoceis, no teneis ningun amparo.

—Dispuesta estoy para marchar, y solo espero vuestras órdenes.

—Ahora mismo—repuso doña Leonor.

Y mandó á su hija que se vistiese, y ella se dispuso á hacer otro tanto.

Zoraida se sintió mas tranquila porque creia que era imposible que se averiguase su paradero, guardando el secreto, como lo guardarian cuidadosamente, doña Leonor y Andrea.

Empero mientras esto sucedia en casa de Cervantes, en la del vizconde entraba el bachiller Lagartija con rostro alegre y con aire de triunfo, y hacia que lo anunciasen.

—Tal vez—le dijo un criado—no os reciba su señoria, porque se ha retirado á la madrugada y con muestras de estar sumamente fatigado.

—¡Ya lo creo!—repuso el bachiller, dejando escapar una

sonrisa maliciosa.—Vos, amigo mio, no sabeis de la misa la media. Precisamente porque llegó muy fatigado y tan á deshora me veis contento como nunca, y por lo mismo tambien me recibirá con los brazos abiertos. Lo mismo sucederá de aquí en adelante por espacio de quince dias lo menos, y aunque veais que enflaquece, no os dé cuidado, que ya recobrará las carnes cuando.... Pero dejemos este asunto que ya os esplicaré mas despacio, y no perdais un momento en decirle que estoy aquí porque de esta entrevista está pendiente mi fortuna.

El sirviente no quedó convencido del todo porque habia advertido en su señor cierto gesto desagradable y le habia oido jurar y blasfemar al tiempo de acostarse; pero como tenia órden de avisar á cualquier hora que llegase Lagartija, hízolo así sin meterse en mas averiguaciones.

Acababa de vestirse el mancebo, y no bien se le presentó Lagartija con su alegre semblante, levantóse con aire colérico y exclamó:

—¡Miserable! ¿Y teneis valor de poneros en mi presencia?... Me alegro porque vais á pagar lo que me debeis.

No era el bachiller hombre que se turbaba fácilmente, pero sin embargo, tan inesperada acogida le hizo detenerse y murmurar:

—Está visto que los enamorados se vuelven locos ó tontos.

—¡Vive el cielo, señor tunante, que no ha de quedar sin su merecido la burla que me habeis hecho!

—Señor—replicó Lagartija—ó vuestra señoría está soñando, ó yo he perdido el seso.

—Ya lo vereis cuando mis lacayos os muelan á palos las costillas.

—Señor....

—¡Silencio, bergante!

—¡Por quien soy, que esto es para volverse loco!

—¡Callad os digo!

—Bromas á un lado, señor—replicó el bachiller con algun enojo.

—¿Eso mas?

—Y mas aun, mal que pese á vuestra señoría, porque si es que no quiere darme lo prometido....

—¿Pero teneis valor?....

—¿Quereis esplicaros? Aunque he cumplido lo que prometí, supongo que alguna desgracia imprevista....

—No me engañareis.

—Está visto que no acabaremos de entendernos.

—Todo se aclarará.

—¿En qué consiste mi delito, señor?

—¿Habré de esplicaros lo que sabeis mejor que yo?

—Repito que nada sé.

—¿Hicisteis anoche la señal convenida para que yo supiese que habiais puesto el narcótico?

—Sí, señor.

—En eso, pues, consiste vuestra burla.

—No lo entiendo.

—La que debia dormir tan profundamente....

—¡Oh!—exclamó Lagartija.—El maldito viejo me ha engañado.... ¡Vive Dios! ....

—No hemos conseguido mas que armar un escándalo, y á estas horas no sé lo que sucederá porque todo el mundo me conoció anoche cuando me ví precisado á huir vergonzosamente como un ladron hasta del hostelero que me dió de cachetes y coces á su placer.... ¡Oh!....

—Esperadme—dijo el bachiller, interrumpiendo al vizconde.

Y mientras rechinaba los dientes y apretaba los puños, se lanzó fuera del aposento como un rayo.

—¿A dónde vais?—gritó el mancebo que á su vez fué el sorprendido.

Pero Lagartija no lo oyó, porque corria como un desespe-

rado, y sin detenerse un segundo se encaminó á la hostería con ánimo resuelto de aclarar el asunto y de vengarse del que hubiese frustrado su bien combinado plan.

No pensó el enfurecido bachiller que podia comprometerse presentándose á maese Mancioni; en aquel momento, ciego de cólera, solo trató de saber quien era la causa del desgraciado suceso que lo ponia en tan grande compromiso.

No hacia un cuarto de hora que habian salido de la hostería Zoraida y la negra, y que el hostelero maldecia á los autores de tamaña desgracia, cuando entró el bachiller agitado y con rostro sombrío.

Estaba maese Mancioni sentado en una silla, cruzado de brazos y con la cabeza inclinada sobre el pecho, con tan melancólico rostro y tan distraido que no se apercibió de la llegada de Lagartija. De vez en cuando exhalaba un suspiro que parecia arrancado del alma, y hacia un gesto de amarga pesadumbre capaz de enternecer al corazon mas duro.

—Bien haceis—le dijo el bachiller—en encomendaros á Dios porque está cercano vuestro fin.

Levantó el hostelero la cabeza, fijó en el asesino una mirada de espanto, y exclamó:

—¡Santa Madona!

—¡Voto al infierno!—replicó Lagartija con tono de amenaza.—¿Qué hicisteis anoche, miserable?

—Téngase el menguado—contestó maese con cierto atrevimiento, porque pensó en que era su posicion mas ventajosa, toda vez que podia amenazar al bachiller con la justicia.—¿Qué quereis? ¿Así os presentais en mi casa con ese descaro despues de haber comprometido mi reputacion y mis intereses?

—Bien, señor panzudo, muy bien—replicó el asesino á la vez que sonreia irónicameute, enseñando su desigual dentadura como el perro cuando va á morder.—Venid conmigo y disponeos á decir la verdad, porque estoy resuelto á no dejaros

con vida si me engañais. Ya me conoceis, y por consiguiente es inútil que os repita esto para dejaros convencido.

Maese Mancioni tembló, y sin oponer resistencia siguió al bachiller que lo arrastró por un brazo, haciéndole entrar en la sala del piso bajo, conocida ya de nuestros lectores.

—¿Qué intentais?—preguntó el infeliz hostelero cuando vió que el asesino cerraba la puerta y guardaba la llave.

—Nada mas que haceros una pregunta.

—Pero....

—Silencio y escuchadme que tengo prisa.

—¡Santa!....

—Dejaos de lloriqueos.

—Bien, decid lo que os plazca: ya sabeis que siempre os he servido de buena voluntad....

—Sois falso como Judas, pero esto no me importa porque os conozco.

—Bien, paciencia—dijo el hostelero, cruzando las manos y dejándolas descansar sobre su enorme barriga.

—¿Por qué no ha dormido anoche la dama que habita arriba?

—¡Dormir!—contestó con estrañeza maese.—¿Eso preguntais? ¿Pues el lance fué acaso para que pudiese sosegar?

—Quiero decir, por qué no durmió antes de ese suceso.

—No os comprendo, amigo mio.

—¿Hablo en griego?.... ¡Por Satanás! que me hareis perder la paciencia.

—¡Pero, señor bachiller, por los clavos de Jesucristo!....

—Ya sabeis, y digo que lo sabeis porque sin duda me vísteis poner el brebaje, que esas dos mujeres debian dormir sin que nada fuese bastante para despertarlas.

—¡Por Dios, amigo mio! decidme si me he vuelto loco ó vos lo estais, porque no entiendo una palabra de todo eso de brebaje, sueño pesado....

—¿Todavia intentais engañarme? Decid francamente que

como sois tan estúpido pensásteis que se trataba de envenenarlas y que quisísteis estorbarlo.

Maese Mancioni hizo un gesto de desesperacion, se llevó las manos á la cabeza, y con entonacion dolorosa exclamó:

—¡Dios mio, yo estoy loco!

Con tal acento de verdad dijo estas palabras, que Lagartija empezó á creer que el desdichado hostelero ninguna parte tenia en lo ocurrido la noche anterior.

—Yo os lo esplicaré bien claro—repuso el bachiller;—pero como entienda que esas exclamaciones son puro fingimiento para burlar mi cólera ¡voto al mismo Satanás!....

—Ya lo vereis.... No os engaño, os lo juro....

—Anoche, delante de mí, subísteis la cena para esas mujeres.

—Sí.

—Llevábais un jarro lleno de agua....

—Y os dió el maldito calambre que me obligó á detenerme, lo cual fué causa de que la negra me llamase cien veces y de que yo, por subir corriendo, tropezase y dejase caer el jarro que se rompió....

—¿Por qué no os habeis esplicado así desde el principio?.... ¡Voto á cien legiones de condenados!.... Todo lo comprendo ahora....

—¡Gracias á Dios!—exclamó maese á la vez que exhalaba un suspiro.—¿Pero quereis esplicarme qué significa todo ese enredo, cómo pudo el vizconde introducirse en el cuarto de la dama, y por qué me decíais que yo os habia engañado?

—Ya lo sabreis: lo que importa ahora es que me digais lo que piensa hacer la dama en cuestion.

—Lo ignoro.

—Cuidado, señor panzudo, que no se ha aplacado mi cólera.

—¿Cómo he de saberlo sí no me ha hablado mas que para preguntarme el importe de su cuenta y ni siquiera me ha dicho adios al salir?

—¿Pero ya no se alojan en vuestra casa?

—Hace media hora que se fueron para no volver....

—¡Vive Dios!

—No volveré á hospedar gente que mejor pague y menos dé que hacer....

—¿Y á dónde han ido á parar?

—No lo sé.

—¿Y porqué no habeis hecho que la sigan?

—¿Y con qué fin?

—Para decírmelo.

—No habiamos quedado en semejante cosa....

—Sois un estúpido.

—Cuanto os plazca, pero....

—No espereis recibir ninguna recompensa del señor vizconde.

—Lo que le agradeceré mucho será que no vuelvo por aquí, y le perdono lo que me debe, que son ya mas de veinte escudos, porque con otro escándalo como el de anoche no habrá persona de vergüenza que entre en mi hostería.

—Maese Mancioni—repuso Lagartija despues de meditar algunos instantes—volveré á veros si necesito que me deis mas noticias; y si viniese el señor vizconde, contadle todo lo que sucedió cuando servísteis la cena.

Abrió el bachiller la puerta y salió sin detenerse á escuchar lo que iba á decirle el hostelero.

—¿Qué haré?—se preguntó cuando estuvo en la plaza.—¿A dónde habrán ido esas mujeres? Probablemente á casa de la viuda porque á nadie mas conocen en Madrid. Vamos allá, que poco he de valer ó antes que concluya la mañana he de saber lo que ha sido de ellas. ¡Fuego del infierno!

Con acelerados pasos llegó el bachiller á la Costanilla de San Pedro, despues de mirar y ver que nadie lo observaba, se ocultó en el hueco de una puerta desde donde podia ver quien entraba y salia en casa de Cervantes.

Esto sucedia precisamente cuando doña Leonor y Andrea se acababan de vestir, y se disponian á llevar al convento á Zoraida y á la negra; de modo que Lagartija no tuvo que esperar mucho tiempo, pues á los pocos minutos de estar en su escondite, vió salir de la casa á las cuatro mujeres.

Aunque iban cubiertas con anchos mantos, conociólas en seguida el asesino, y dejándolas que anduviesen buen trecho en direccion á Puerta de Moros, siguiólas, recatándose el rostro con la capa.

Nada de esto advirtieron ellas que iban harto preocupadas con sus tristes pensamientos, y así, descuidadamente anduvieron con ligero paso, y en pocos minutos entraron en la calle del Humilladero y llegaron al convento de monjas Trinitarias que estaba allí y que cerca de medio siglo despues se trasladó á la calle de Cantarranas.

—Bien—dijo para sí Lagartija;—sin duda ha determinado encerrarse en este nido de palomas para huir de las garras del milano; pero no sabe que yo aprendí lo mismo á entrar en un convento que en una hostería.

En seguida se situó el asesino frente al templo con intencion de esperar para convencerse de si quedaba en el convento la berberisca.

Entonces hubo de tener mas paciencia porque la visita fué larga; pero empleó bien el tiempo, meditando sobre los medios de dar un segundo golpe, pues ya era, no solamente cuestion de intereses, sino de amor propio el salir triunfante en la amorosa empresa.

Media hora transcurrió, y al cabo, doña Leonor y su hija salieron del convento, enjugando aun las últimas lágrimas del llanto que habia corrido por sus megillas al despedirse de Zoraida.

—No me equivoqué—murmuró Lagartija, frotándose alegremente las manos.—Este será negocio concluido antes de ocho dias. Bien, me agradan las aventuras en los conventos

porque son las mas productivas y las que ofrecen mas diversion.

Y luego, como ya no le importaba seguir á la viuda, encaminóse á casa del mancebo.

—He andado la mitad de la villa en menos de dos horas, y estoy quebrantado: si el enamorado vizconde no manda que me den de almorzar sin ponerme tasa en el vino, renuncio á servirlo mas.

El mancebo esperaba al bachiller con toda la impaciencia que puede suponerse, y cuando supo la causa de que la noche anterior se hubiesen frustrado sus planes, y que Zoraida y la negra habian abandonado la hostería, desesperóse hasta el último estremo; pero Lagartija lo tranquilizó, diciéndole:

—Sosiéguese vuestra señoría que todo saldrá á medida de su deseo. Mucho he tenido que correr, pero ya sé en donde se encuentra la dama.

—¿Dónde está?—preguntó afanosamente el doncel.

—En el convento de Trinitarias del Humilladero.

—Pues bien, señor Lagartija ó señor demonio, es preciso ir al convento.

—Lo mismo he pensado, señor, pero como allí no puede entrarse con la facilidad que en la hostería, tenemos que meditar muy despacio sobre este punto.

—Pero siempre encontraremos un inconveniente.

—¿Cuál?

—Ese maldito soldado poeta, ese amante á quien el infierno confunda.

—Si con quitarlo de en medio se consiguiese todo lo demás....

—Todo, pero no quiero que se cometa un crímen—replicó el vizconde que, aunque de tan malos instintos, no era lo suficientemente cobarde para apelar al medio de un asesinato.

—Advierta vuestra señoria que no estamos en el caso de

andar con escrúpulos, porque entonces vale mas que renunciemos á luchar.

—Haré cuanto sea necesario, pero atentar contra la vida de un hombre por medio de una accion villana, jamás. Si lo encontrase, lo retaria y cruzaria con él mi espada para matarlo ó morir, pero no otra cosa indigna de quien soy.

—Bien, bien, entonces vuestra señoría dirá lo que quiere hacer, y ejecutaré sus órdenes.

El mancebo quedó pensativo por algunos instantes, y luego dijo:

—¿Quereis acompañarme á Portugal?

—¡A Portugal!—replicó admirado Lagartija.

—Sí.

—¿Qué piensa hacer vuestra señoría?

—Ya lo vereis.

—Sea lo que fuere, desde luego digo que no debemos separarnos de Madrid. ¿Qué adelantareis con tener un duelo con el tal amante? Si la suerte lo favorece, vuestra señoría quedará peor que ahora, y si sucumbe, será su muerte un motivo mas de aborrecimiento que os tenga la dama.

—No intento matar á su amante.

—¿Entonces?....

—Mi plan es otro mas seguro.

—Iremos á Portugal, pero en mi opinion, señor, lo que debe hacerse es sacarla del convento, y una vez en vuestro poder, con mas ó menos trabajo....

—Eso es casi imposible.

—No para mí que ya me he visto en lances semejantes.

—No desisto de mi plan.

—Pues manos á la obra, que la responsabilidad de su resultado no ha de ser mia.

—Dentro de ocho dias marcharemos, y entre tanto, puede hacerse aquí alguna tentativa para aprovechar el tiempo; pero no confio,

—Entonces con permiso de vuestra señoría, voy á almorzar y volveré á la tarde para convenir en lo que deba hacerse.

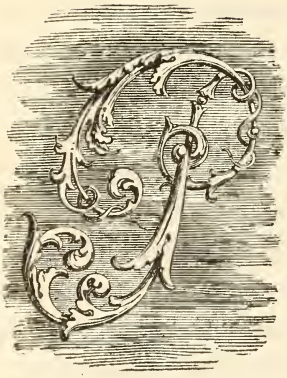
El bachiller salió, y el vizconde se entregó á profundas meditaciones.

¿Qué nuevo peligro amenazaba á Zoraida? ¿Qué pensaba hacer el mancebo que tanta seguridad le daba del triunfo?

Lo veremos mas adelante, y para ello, antes que el vizconde, nos trasladaremos á Lisboa, pues hace mucho tiempo que tenemos abandonado á nuestro poeta.

CAPITULO XIV.

Nuevas intrigas.



Pocos dias disfrutó Cervantes del sosiego y felicidad que le proporcionaban la estancia en casa de doña Isabel y los cariñosos cuidados de esta. La mayor parte del ejército español tuvo que salir de Lisboa para combatir al prior don Antonio que, despues de haber reunido nuevas fuerzas, habia llegado hasta Coimbra.

El tercio de don Lope de Figueroa fué uno de los que formaron parte de aquella nueva espedicion, y Cervantes tuvo que separarse de la enamorada portuguesa.

Como no es nuestro ánimo escribir una historia de la conquista de Portugal, escusaremos hacer repetidas descripciones de batallas y asaltos, y solo diremos que las tropas es-

pañolas marcharon en busca del ejército enemigo, tomando á su paso las plazas de Coimbra, Montemayor, Aveiro y otras de menos importortancia, y derrotando, en fin, á don Antonio que tuvo que huir con algunos caballeros para salvar la vida.

Cervantes, como siempre, se distinguió entre todos por su valor heróico y su serenidad, y como siempre tambien recojió gran cosecha de alabanzas y promesas que debian ser otros tantos desengaños al convertirse en humo.

El ejército vencedor se retiró de nuevo hasta Aveiro con el fin de descansar mientras se recibian órdenes del duque de Alba, y allí vamos á llevar al lector aunque nos espongamos á no encontrar alojamiento.

Eran las cuatro de la tarde, y por una de las calles de la poblacion caminaban dos hombres, jóven y hermoso el uno, de mas edad, flaco y de elevada estatura el otro. El primero, de maneras distinguidas, vestia coleto de terciopelo azul oscuro, gregüescos de lo mismo, botas de ante con espuelas de plata, y capa de finísimo paño verde. Llevaba espada con empuñadura de acero cincelado, y por sus guantes de fina piel de gamuza y el broche de oro y esmeraldas de su sombrero, conocíase que era persona de calidad. El segundo vestia todo de paño verde oscuro y tambien calzaba botas con espuelas de acero, y aunque ceñia larga tizona, ni llevaba guantes, ni broche en el sombrero, lo que inclina á creer que fuese escudero del jóven, á pesar de que, en vez de seguirlo á respetuosa distancia, iba á su lado y ambos sostenian una animada conversacion.

—Me canso ya de idas y venidas—decia el de menos edad —y os aseguro que casi voy arrepintiéndome de no haber tomado vuestro consejo.

—Y lo peor de todo será—le contestó el otro—que despues de haber corrido mil peligros y gastado mucho dinero, tengamos que volver á España lo mismo que vinimos.

—¡Eso nó, vive el cielo!

—¿Qué hareis si la traza de que vamos á servirnos ahora nos da el mismo resultado que las anteriores, que ha sido cansarnos en valde?

—Por esta vez creo que podemos contar por nuestro el triunfo.

—Completo hubiera sido á seguir mi consejo sin necesidad de venir á esta maldita tierra donde no se encuentra que comer ni que beber, ni aun casa donde dormir en muchas ocasiones porque todo lo ocupan los soldados. Y gracias, señor, que en medio de esta broma no hayamos tenido que lamentar alguna desgracia.

—Os vais haciendo demasiado prudente.

—No tal, señor, sino que cuando las cosas pueden hacerse con comodidad y sin riesgo, no hay para qué buscar el peligro y los malos ratos. Vos teneis ahora la sangre hirviendo, y yo, como mas viejo no me arrebato por nada.

—Bien, pues ya lo hecho no puede deshacerse, y como creo que al fin encontraremos la recompensa de nuestras fatigas, no me pesa. Vos sois, de cualquier modo, el que menos debe quejarse, pues ni que salgamos bien ni mal de nuestra empresa, tendreis lo prometido, y entretanto, os dais buena vida y no estais aquí, como allá, temeroso á todas horas de que un corchete os tome por su cuenta.

—No soy tan egoista que no mire por vos.

—Lo que sois, y no os atrevereis á negármelo, es un tunante sin igual.

—Me lleno de orgullo con que reconozcais que soy maestro en mi oficio.

—Lo veremos dentro de poco.

—¡Voto al infierno con todos sus habitantes! ¡Por mi abuela, señor!....

—Ya comenzais á hacerlo mal.

—¿Por qué?

—Con tales juramentos y palabras groseras no habrá quien os tome por un escudero bien educado y respetuoso, como debe serlo el de una persona de mi porte.

—Ciertamente, señor, pero cuando llegue el caso no sucederá lo mismo, y os convencereis de que sé representar mejor mi papel que vos el vuestro.

—¿Y decid, señor escudero de nuevo cuño, tenemos aun mucho que andar?

—Otro tanto camino del que hemos dejado.

—Lo siento.

—Ya os he dicho que la casa está á un estremo de la poblacion, precisamente el opuesto del en que se encuentra nuestra posada.

—Adelante, pues.

—Es muy temprano aun, y bueno será llegar á hora bastante avanzada de la tarde.

—¿Estais seguro de no haberos equivocado?

—Ademas de los informes que tomé, los he visto entrar en la casa.

—Si hubiesen salido....

—Nos costaria mas trabajo conseguir nuestro intento, y aun tal vez tendriamos que formar nuevo plan.

—Ciertamente, porque no podriamos llegar segunda vez sin hacernos sospechosos.

—¿Y no perderiamos la paciencia?

—Jamás.

—Amor es el vuestro que bien merece ser correspondido.

—Es la primera vez que el amor me ha dominado, y para daros una idea de la intensidad de mi pasion, os diré solamente que esa mujer puede hacerme renunciar á todas las locuras de mi agitada vida, hacerme el hombre mas virtuoso del mundo.

—Mas que eso aun, pues segun me dijísteis en otra oca-

sion, hasta os casariais, por lo cual tuve de vos gran lástima y pedí á Dios que os devolviese el juicio.

Sonrióse el apuesto mancebo, y suspendiendo por algunos instantes la plática, continuaron su camino.

Calles y mas calles dejaron atrás, y como habia dicho el uno de ellos, no pararon hasta llegar á una, sucia y estrecha, situada á un estremo de la poblacion, en cuya mitad próximamente se veia una casa de pobre apariencia.

En el interior de aquella casa, que era bien reducido, no habia mas que un oscuro zaguan, la cocina, y otros dos ó tres aposentos, en uno de los cuales estaban dos hombres sentados en las dos únicas sillas que en él habia.

Eran Miguel de Cervantes y su hermano Rodrigo, que bien demostraban las peligrosas fatigas que acababan de pasar, en lo tostado de sus rostros y en lo estropeado de sus vestidos. Habíanlos alojado allí donde no tenian mas que una cama para los dos, y se consideraban muy afortunados, pues otros muchos no habian podido lograr semejante comodidad.

—Ya puede asegurarse—decia el poeta—que ha terminado la guerra, y muy pronto nos será fácil enviar una carta á nuestra buena madre que aun ignora nuestra suerte, y recibir noticias suyas.

—Mucho deseo saber—contestó Rodrigo—lo que ha sido de ella y de nuestra hermana, pues aun cuando no sea mas que el cuidado que por nuestra suerte tendrán, ha de producirles el mayor disgusto. Ademas, tambien deseo saber, como á tí te sucederá, si al fin la infeliz Zoraida....

—No habrá logrado su deseo—interrumpió el poeta cuya frente se contrajo ligeramente.

—¿Y si lo ha conseguido? En verdad, hermano, que no sé lo que harás con ella en Madrid, y aquí doña Isabel, ambas enamoradas y ambas merecedoras de tu cariño.

—No me atrevo á pensar en semejante cosa, Rodrigo, porque me pone de muy mal humor. Ya sabes que nunca me ha

interesado Zoraida sino como un capricho pasajero, y sabes tambien que nada le he prometido que me obligue á guardarle amorosa fé: esto escusa mi proceder porque yo era libre; pero sin embargo, considero que será para la berberisca un golpe mortal el saber que amo á otra que ha puesto en mi honor el suyo y que tiene derecho á ser la preferida. Ví á doña Isabel, la amé con locura, y llegó un momento en que me olvidé de Zoraida.... No hablemos de esto, Rodrigo, porque me atormenta el pensar que puede suceder algun dia que yo, sin intencion dañada, haga infeliz á una mujer que todo lo ha sacrificado por mí, que ha sufrido mucho, y que fundaba en mi amor sus esperanzas todas. Tiempo me queda de padecer si Zoraida ha logrado escaparse de su prision, y si no ha sucedido así, es en vano atormentarse ahora con suposiciones que quizás estén muy distantes de la realidad. Lo que nos importa mucho es saber de nuestra familia y que sepan de nosotros: hasta ahora ha sido imposible enviar ni recibir cartas, pero ya que las comunicaciones han quedado libres, procuremos cumplir con nuestro deber y llenar los deseos de nuestro corazon.

Esto decia Miguel, cuando llamaron á la puerta de la casa los dos hombres á quienes ya hemos visto. Abrió el ama, que era una vieja gruñona, y al encontrarse con ellos, les preguntó:

—¿Qué quereis?

—Buena mujer—le dijo el mancebo—tenemos que pasar la noche en la poblacion, y á duras penas y pagándolo generosamente, hemos podido encontrar un rincon de cuadra donde acomodar nuestras cabalgaduras, pero ni por un ojo de la cara hemos conseguido para nosotros ni un desvan donde recojernos. No conocemos á nadie, y á la ventura andamos de un lado para otro, llamando á todas las puertas, ofreciendo escudos de oro en cambio de un aposento donde dormir aunque sea sentados en una silla; pero todo ha sido en vano, y ya

molidos y sin aliento, llegamos aquí y os hacemos la misma peticion. Este que veis es mi escudero que se contentará con estar debajo de techado, y yo lo mismo si otra cosa no puede ser.

—Mucho me duele vuestra mala ventura—contestó la vieja—y temo que ha de ser mayor, pues en mi casa, á pesar de que estais dispuesto á pagarlo bien, no podeis alojaros.

—Estrecha será—replicó el mancebo,—pero no faltará un rincon donde siquiera pueda uno sentarse.

—Cama no tengo mas que la mia.

—No importa, si por dinero no quereis cedérmela, os pagaré y dormiré en el suelo.

—Pero tengo dos soldados que me maltratarian si hiciese por vos lo que no he querido hacer por ellos.

—¿No hay mas que ese inconveniente?

—¿Os parece poco?

—Me parece nada.

—Yo puedo pasar una mala noche y cederos mi cama por ganar los escudos que me ofreceis, pero arriesgarme á sufrir malos tratamientos....

—Todo puede remediarse.

—¿Cómo?

—Yo hablaré á esos soldados y con su licencia me quedaré.

—Mo me atrevo.

—Decidles que un caballero español desea verlos, que yo arreglaré lo demás.

—¿Y si se enfadan?

—Nos iremos.

—¿Cuánto ganaré?

—Vos lo direis.

Los ojos de la vieja brillaron.

—Tres escudos de oro—repuso.

—Os daré seis.

—¡Seis!....

—En otras tantas monedas.

—¿No me engañais? replicó la huéspeda que no habia sido nunca dueña de semejante cantidad.

—Os pagaré adelantado.... ahora mismo.

El mancebo sacó los seis escudos.

—Entrad, noble señor—repuso la vieja á la vez que tomaba el dinero y le daba vueltas y vueltas entre las manos.

—Gracias, buena mujer.

—Esperad aquí que voy á darles aviso.

La vieja entró en el aposento donde estaban Miguel y Rodaigo: y les dijo:

—Un caballero español que viene con su escudero, quiere hablaros.

—Hacedle entrar—contestó el poeta.—¿Nos traerá noticias de nuestra madre?

Pocos momentos despues se presentó el mancebo, y como ya sabia que no iba á tratar con dos soldados groseros, sino con hidalgos, saludólos con la mas delicada cortesanía.

—Sentaos, caballero—dijo el poeta al recien llegado.

—Gracias, señores: perdonadme si me tomo la libertad de incomodaros pidiéndoos un favor.

—¡No trae cartas ni noticias de nuestra madre!—pensaron los dos hermanos.

—Vuestra huéspeda—prosiguió el jóven—no se atreve á dejarme pasar la noche en un rincon cualquiera de esta casa si vosotros no otorgais vuestra licencia. Todo el dia lo he pasado llamando de puerta en puerta sin lograr que á precio ninguno me den hospitalidad, y estoy rendido por el cansancio y tendré que pasar la noche al aire libre si tampoco aquí puedo quedarme.

—Pero sentaos, caballero—volvió á decir el poeta que habia dejado su silla, no pudiendo menos que tratar con toda consideracion al jóven, cuyo aspecto le hizo conocer que era persona de calidad.—Sentaos y descansad: no temais pasar la

noche al aire libre si para evitarlo es suficiente nuestro permiso.

—No os molestaré mucho tiempo porque al amanecer pienso salir para continuar mi viaje á España.

—¡España!—murmuró tristemente Miguel de Cervantes.—Dichoso vos que vais allá.

—Comprendo vuestra envidia: ya estareis cansados de sangre y horrores, de peligros y desvelos....

—Mas que eso aun—dijo entonces Rodrigo—nos llama á nuestra patria el deseo de saber de nuestra familia y de que sepan de nosotros, pues ninguna noticia hemos podido darles ni recibir desde que comenzó la guerra.

—¿A lo que parece sois hermanos?

—Sí, caballero.

—Natural es vuestro deseo, y á mi vez os envidio la fortuna de tener un padre ó una madre....

—Madre no mas y una hermana.

—Pues yo estoy solo en el mundo: un solo pariente tenia y hace tres meses que murió aquí en Portugal, lo que ha dado motivo á mi viaje para arreglar los asuntos de la herencia que me ha dejado.

Lo primero que se ocurrió á Miguel y á Rodrigo fué que el mancebo podia encargarse de llevar una carta á doña Leonor, lo cual era para ellos la mayor fortuna que el cielo podia enviarles entonces.

—Perdonad mi indiscrecion—dijo el poeta—pero la escusa mi natural y buen deseo: ¿vais á Madrid?

—Allí tengo mi solitaria casa; y digo solitaria porque los sirvientes no son los que quisiera ver á mi lado, sino á mi familia.

—Entonces....

—¿Teneis á vuestra madre en Madrid?

—Sí, caballero.

—Adivino lo que deseais, y tendré mucho gusto en servi-

ros: dadme una carta, y apenas llegue á Madrid, iré á visitar á vuestra madre y le hablaré de vosotros, con lo cual estoy seguro de hacerla feliz siquiera por algunos momentos.

—¡Oh!.... ¡sí, sí, caballero!—exclamaron á la vez los dos hermanos.—Ningun favor mas señalado podeis hacernos.

—Será pagaros el que acabais de otorgarme: sin vuestra condescendencia me hubiese visto obligado á dormir en la calle.

—Nada hemos hecho por vos porque no es nuestra la casa....

—Pero su dueña temia que llevaseis á mal el que me cediese su cama, no habiéndolo hecho con vosotros antes.

—Sin duda nos ha tomado por dos soldados pendencieros.... Yo mismo le diré que os prepare la cama y cuanto necesiteis.

—No puedo permitir que lleveis hasta tal punto vuestras atenciones: fuera está mi escudero que hará cuanto necesario fuese.... ¡Fortun!—gritó el mancebo.

El hombre flaco entró.

—Dí á la huéspeda que estos señores desean que me quede aquí.

—Bien, señor.

—Luego irás á la posada y verás si han dado de comer á nuestros caballos que mañana han de hacer una buena jornada.

—¿Dónde cenará vuestra señoría?

—Me habia olvidado de la cena.... Otro favor tengo que pediros—dijo el mancebo á Miguel y á Rodrigo.

—Cuánto os plazca.

—Que me acompañeis á cenar.

—Vos á nosotros, porque sois el forastero.

—Los tres lo somos aquí, y el derecho de convidaros es mio porque hablé el primero. Aceptad y os quedaré agradecido, obligándome á corresponder del mismo modo cuando vayais á España.

—Estamos á vuestras órdenes.

Pensaba el mancebo, á quien nuestros lectores habrán conocido ya, sacar mucho partido de la cena, haciendo de modo

que Miguel de Cervantes se esplicase con respecto á Zoraida, lo cual no llegó á conseguir, y solo pudo convencerse de que el poeta era un rival temible por su vivo y fecundo ingenio y por su valor.

Sin embargo, el enamorado vizconde habia tendido á su rival un lazo en que este habia caido ya y que debia producir los mas tristes resultados.

En animada conversacion siguieron largo rato, sin que el poeta sospechase que aquel gallardo jóven que le ofrecia su amistad, era su mayor enemigo, y cuando llegó la hora convenida, cenaron tan alegremente, se trataron con tanta franqueza como si ya se conociesen desde mucho tiempo.

—Ved cómo—dijo el vizconde despues de terminada la cena —cuando yo pensaba pasar una noche cruel, la he tenido del mayor contento. ¡Feliz casualidad la de haberos conocido en tan oportuna ocasion!

—Feliz para todos—contestó Cervantes, —pues cuando lamentábamos la desgracia de no poder tranquilizar á nuestra madre, vinísteis como enviado del cielo.

—Creo que seremos buenos amigos.

—Mientras vivamos.

—El recuerdo de esta noche no se borrará de mi memoria.

—Es demasiado grato para que se olvide.

—Vaya, pues, mis buenos amigos—repuso el mancebo—brindemos por última vez.

Llenaron los vasos con el resto de las botellas que habian estado llenas de rico Oporto, y el vizconde dijo:

—¡Por los ojos negros como el azabache de una dama blanca como las perlas!

—¡Por mi madre!—exclamó el poeta que no quiso preferir en su brindis ni á Zoraida ni á doña Isabel.

—¡Por mi buena hermana!—dijo á su vez Rodrigo.

—Ahora—repuso Miguel—debeis retiraros á descansar, puesto que habreis de salir muy de mañana.

—¿Y la carta?—preguntó el mancebo.

—Dos son, porque yo tambien quiero escribir—añadió Rodrigo.

—Dadme dos ó doscientos, que el mismo trabajo ha de costarme entregar una que muchas.

—Pues bien aguardad un momento.

Miguel y Rodrigo se pusieron á escribir, y sin duda por no detener al vizconde que habia dicho estar muy fatigado, no dijeron á su madre otra cosa sino que se hallaban en completa salud.

Cuando el mancebo tomó las cartas, palideció su rostro y tembló su mano: pero nada advirtieron nuestros amigos.

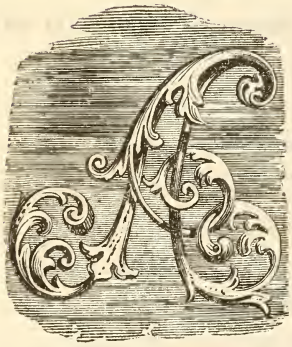
—¡Cuánto os agradecerá nuestra madre este favor!

—No sabeis—replicó el vizconde—cuan señalado me lo habeis hecho.

Si Miguel de Cervantes hubiese comprendido lo que significaban estas palabras, seguramente su primer pensamiento hubiera sido el de echar mano á la espada para castigar la villana traicion de que acababa de ser objeto y de que seria víctima la desdichada Zoraida.

CAPITULO XV.

Para lo que habian de servir las cartas de Miguel y de Rodrigo de Cervantes.



la mañana siguiente al despuntar el dia, el fingido escudero, es decir, el bachiller Lagartija, despertó al vizconde en tanto que tambien sacudian el sueño los dos hermanos.

El mancebo se vistió con estremada lijereza, y antes que nuestros amigos hubiesen podido hacerlo, entró en el aposento de estos á despedirse.

—Esperad, amigo mio—dijo el poeta al vizconde—que poco tardamos en salir de la cama.

—Si vuestra intencion—replicó el jóven—es la de venir á despedirme, os lo prohibo, pues no quiero causaros semejante incomodidad.

—Al contrario, tendremos un rato de placer.

—Os digo que no quiero.

—Dejadnos que no es caso de que á la despedida nos negueis una cosa que nada os cuesta y vale mucho para nosotros.

—Os ruego que os quedeis.

—Imposible.

—Dareis lugar á que me vaya sin apretaros la mano.

—Pero semejante obstinacion....

—Está en su lugar.

—Pues no lo consiento.

—Decídalo la suerte.

—¿Cómo?

El vizconde sacó su bolsillo, y mostrándolo al poeta, le dijo:

—Pedid.

—Pares—contestó Miguel.

—No direis que en esto puede haber trampa—repuso el mancebo.

Y vaciando sobre la cama el bolsillo, contaron las monedas y vieron que habia treinta y siete.

—Habeis perdido.

—Pero....

—No repliqueis: era convenio aceptado por vos y teneis que someteros al fallo de la suerte.

—Mal empieza el dia.

—Bien para mí.

—¿Con qué no quereis ceder vuestro derecho?

—Nó.

—Entonces aprovechad el tiempo.

—Adios, amigos mios—dijo el vizconde á la vez que con mano convulsiva apretaba las de Miguel y Rodrigo.

—Me vengaré—dijo el poeta con tono de chanza.

—No quiera el cielo que la ocasion se os ponga delante—contestó el mancebo que á su pesar se estremeció.

Y luego salió de la casa, y en compañía del bachiller, atravesó las mismas calles que la tarde anterior, llegando á una posada donde tenia su alojamiento.

Cuando entraron en su habitacion, sentóse el vizconde, y el bachiller le dijo:

—Dadme las cartas.

Hízolo así el jóven, y Lagartija, dejando á un lado la de Miguel, se puso á examinar atentamente la de Rodrigo.

—Bien, es cosa hecha—dijo despues de largo rato.

—¿Os parece fácil?

—Sencillísimo para mi rara habilidad.

—Sois muy vanidoso.

—Soy de mucho provecho para estos lances.

—Vamos, señor bachiller, manos á la obra y que Satanás dé á vuestras manos tino.

Lagartija se sonrió, y sentándose delante de una mesa, se dispuso á escribir.

El vizconde palideció porque de la habilidad del bachiller dependia el éxito de su criminal empresa.

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales escribió el asesino, imitando con la mayor exactitud la letra de Rodrigo de Cervantes.

—¡Bien!—exclamó.—Si concluyo lo mismo que he comenzado, quedareis satisfecho.

—No olvideis que en la pluma llevais mi vida.

—Perded cuidado.... ¡Voto al infierno!

—¿Os habeis equivocado?—preguntó afanosamente el doncel.

—Es una exclamacion de entusiasmo.

—No hableis.

—Descuidad que.... ¡Magnífico!.... Habreis de hacerme un buen regalo....

—Veamos....

—Nó, señor; cuando esté concluido.... Poco falta.

—Esperaré.

Largo rato transcurrió.

El vizconde, con la mirada fija en el bachiller parecia esperar su sentencia de vida ó muerte.

—Ya está—dijo al fin Lagartija.

Y entregó al mancebo el escrito falsificado que era ni mas ni menos que una carta dirigida á doña Leonor y que debia sustituir á la de Rodrigo, en la cual habia puesto el bachiller lo siguiente:

«Madre mia, os escribo con el corazon transido de dolor: ayer tuvimos un encuentro con las tropas del Prior, y mi querido hermano Miguel.... ¡Esto es horrible, madre mia!.... No puedo escribiros mas porque estoy trastornado.... ¡Pobre hermano mio!.... No puedo resignarme con esta desgracia. Rogad por él.... ¡Dios os consuele!.... ¡Cuánto diera por enjugar vuestras lágrimas y abrazaros vuestro hijo»

«*Rodrigo.*»

—¿Qué tal?—preguntó el bachiller.—¿Hay diferencia entre esa letra y esta?

El vizconde examinó la carta verdadera y la falsa, y luego dijo:

—Ninguna, y estoy seguro de que nada sospecharán. No creí que llegase vuestra habilidad á tanto.

—Porque me teneis por un cualquiera, sin creer, como ya os he dicho otras veces, que estudié tres años en Alcalá de Henares y que soy un hidalgo bien nacido, como lo indica mi nombre.

—Aun no sé cómo os llamais.

—Diego de Cisneros, señor; pero los que me conocieron de estudiante dieron en llamarme bachiller, y al fin sucederá que yo mismo olvide mi verdadero nombre.

—Ya veis que todo sale á medida de mi deseo.

—Ciertamente, señor, pero temo que no ha de suceder lo mismo despues.

—¿No os habeis convencido de lo bien combinado de mi plan?

—Sigo creyendo lo mismo que antes, que es descabellado.

—Lo veremos.

—¿Sabeis el efecto que va á producir esta carta?

—¿Cuál?

—Llanto y lamentaciones por parte de la familia de vuestro rival, y la desesperacion de la dama que os tiene vuelto el juicio.

—Pero cuando ya no tenga esperanza....

—Se enamorará de cualquier otro que no seais vos, ó lo que es lo mismo, sembrareis y otro cojerá, lo que es bien triste.

—No tal ¡vive el cielo!—exclamó arrebatadamente el vizconde.—Eso lo estorbaré.

—Mentira parece que no conozcais el mundo, y sobre todo lo que son las mujeres.

—En buen hora, señor bachiller: dejadme con mi ilusion, que por esta vez os equivocais. ¿Qué se hubiera adelantado con sacar del convento á la dama? Un escándalo y no mas.

—Bien, señor vizconde; no quiero quitaros vuestra ilusion: adelante, y ya veremos quien acierta. Romped esas cartas que solo pueden servir para comprometernos, y guardad la que acabo de escribir.

Rompió el vizconde las cartas de Miguel y de Rodrigo, y luego repuso:

—Que ensillen nuestros caballos.

—Al momento, señor.

Un cuarto de hora despues salian de la poblacion á buen paso, pues el vizconde estaba ansioso de llegar á Madrid.

Entretanto, otro ginete se apeaba á la puerta del alojamiento del poeta, y entregaba á este una carta escrita en portugués y que decia:

«He pasado la noche orando para dar gracias á Dios que

te ha librado de la muerte. ¡Cuánto he llorado desde que te separastes de mí!.... Soy la mujer mas desgraciada y mas feliz.... Miguel, vuelve á mi lado, vuelve al lado de la que lleva en sus entrañas el recuerdo vivo de su amor....»

Al leer estas palabras palideció Cervantes, temblaron sus manos y exhaló un grito:

—¡Madre!—exclamó.

Luego se dejó caer en una silla, y hasta despues de algunos instantes no pudo continuar leyendo. A su viva imaginacion se agolparon á la vez muchas y muy tristes ideas. Su situacion no podia ser mas crítica: el amor vehemente que profesaba á doña Isabel, y el derecho que esta tenia á que se reparase su honor, hacian imposible todo medio de satisfacer las aspiraciones de Zoraida, y cuando esta lo habia sacrificado todo por su cautivo, cuando arriesgando la vida habia abandonado su casa, su patria y sus riquezas para ir á ofrecerle el tesoro de su inagotable y tiernísimo amor, tendria que pagarle con el mas cruel desden, tendria que decirle, «mi corazon es de otra, nada tengo para tí sino un sentimiento de lástima, para tí que fuistes en mi larga noche de cautiverio la estrella que alumbró mis ojos, el bálsamo que cerró todas mis heridas, el consuelo de todos mis pesares.» El inmortal ingenio sintió que lo acusaba su conciencia; pensó que sino amaba tanto á Zoraida como á doña Isabel, el amor de esta debió haber sido sacrificado á la gratitud que la berberisca merecia.

Pensando de esta manera, atormentado por el temor de lo que pudiera suceder, pasó gran parte del dia sin que á tranquilizarlo ni aliviar su pesadumbre fuesen bastantes los fraternales consuelos de Rodrigo.

Dos dias despues, Cervantes escribia otra carta á su madre porque habia encontrado nueva proporcion de remitírsela con un compañero que regresaba á su casa porque habia perdido un brazo y no podia continuar al servicio del rey. En aquella carta decia entre otras cosas el poeta:

«Madre mia, soy muy desgraciado. Hace dos dias que os escribí, y ahora os repito lo mismo que decia entonces: ¿qué sabeis de la pobre Zoraida? ¿Ha logrado escaparse? ¿Tiene esperanza de ver cumplidos sus amorosos deseos, siendo mi esposa? Contestadme sin perder un momento porque está interesada la felicidad de toda mi vida. He corrido los peligros mas espantosos y no ha temblado mi corazon, y ahora tiembla cuando pienso que puedo ser la causa de la desdicha de esa mujer: he visto correr la sangre á torrentes sin que se oprima mi pecho, y no tendré fuerzas para ver asomar una lágrima de dolor á los ojos de Zoraida.»

El mutilado compañero de Cervantes salió de Aveiro, llevando la carta; pero no iba á caballo como el vizconde, ni aceleraba sus pasos el aguijon de una amorosa esperanza.

CAPITULO XVI.

La carta falsa empieza á producir sus efectos.

AN pasado quince dias desde que el vizconde salió de Aveiro provisto de la carta que debia decidir de la suerte de la infeliz berberisca.

Eran las once de la mañana.

Grandes y negros nubarrones encapotaban el cielo y ocultaban el sol.

Los habitantes de la coronada villa atravesaban presurosamente las calles y buscaban sus viviendas para ponerse á cubierto de la lluvia que amenazaba.

El aire no era frio, pero soplaba con fuerza y levantaba en espesos remolinos la tierra de las calles que en aquella época no estaban empedradas.

Tampoco entonces era conocido el paragüas, cuya feliz

invencion debió ser hija del caletre de algun pobre para bien de los que tenemos derecho á llamarnos lo mismo.

Huyamos, pues, de la tormenta que amenaza y del viento que sopla y sin respeto ninguno levanta lo mismo la capa de un hidalgo que la basquiña de una dama, y refugiémonos en casa de doña Leonor de Cortinas para saber lo que allí sucede.

La madre de Cervantes y Andrea estaban sentadas en el aposento donde las vimos recibir á la berberisca, y cerca del balcon, sin cuidarse de las nubes ni del viento, cosian afanosamente y sin pronunciar una palabra.

Cerca de ellas y entretenida en acariciar á un gatazo rubio, habia una niña que apenas tendria tres años, hija de doña Leonor y de su segundo marido. En el pálido semblante de aquella tierna criatura y en la mirada de sus pardos y redondos ojos, veíase una espresion de tristeza agena de sus pocos años, y cuando su infantil entretenimiento le daba ocasion para alguna sonrisa, no era esta espansiva como lo es siempre la de la niñez. Su contestura era delicada, y en sus movimientos se advertia una languidez que arrancaba á su madre suspiros dolorosos porque le hacia temer para su hija una muerte cercana ó una existencia débil y penosa. Era de carácter apacible y buenas inclinaciones, y sin duda estaba llamada á ser una de esas criaturas cuya existencia se resbala apaciblemente á través de los años sin que despierten sus pasiones ni se abran los ojos de su entendimiento para examinar el corazon de la sociedad, de esas criaturas que comprenden y practican todas las virtudes sin comprender que existan todas las maldades.

Largo rato transcurrió sin que el silencio que reinaba fuese interrumpido mas que por los silbidos del viento ó por el ruido que producian algunas gruesas gotas de agua que comenzaban á azotar los vidrios del balcon.

Doña Leonor y Andrea continuaban su costura, la inocente Magdalena acariciaba su paciente gato, y así hubieran se-

guido algunas horas si la luz de un relámpago no obligase á las dos primeras á exclamar:

—¡Jesús!

Respondió á los pocos segundos el eco del trueno, quejóse el huracan con lastimero y prolongado silbido, y la tierna Magdalena, asustada y temblando, corrió precipitadamente y escondió la cabeza en el regazo de su cariñosa madre.

—Andrea—dijo doña Leonor—enciende la vela del Santísimo.

La hermana del poeta se levantó, y sacando del cajon de una mesa un trozo de vela de cera amarilla, lo encendió y puso en un candelero.

—Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar—dijo á la vez que se santiguaba.

—Por siempre alabado y bendito—contestó doña Leonor con toda la fé de sus puras creencias religiosas.

Ambas volvieron á su trabajo y en voz baja murmuraron algunas oraciones.

La lluvia comenzó á espesar.

—A buena hora empieza á llover—dijo al fin Andrea.

—Tal vez aclare para la hora en que debes salir.

—¿A cómo estamos, madre mia?

—A siete.

—¡Cuánto tiempo ha transcurrido!

—Mucho, hija mia; á lo menos para nosotras es un siglo cada dia—contestó doña Leonor que habia adivinado el pensamiento de Andrea.

—Pero tengo esperanzas de que salgamos pronto de esta cruel incertidumbre.

—Si como dicen, es cierto que el pretendiente don Antonio ha quedado completamente derrotado, no tardaremos en recibir noticias.

—¡El cielo nos las envie consoladoras!

—Dios los habrá protejido.

—Hace algunos dias—repuso Andrea estremeciéndose—que tengo presentimientos tan tristes que me atormentan mucho.

—Yo tambien, hija mia; pero comprendo que son producidos por mi cariño que en fuerza de ser mucho está dominado por incesantes temores.

—Lo mismo me sucedia cuando estaban en Arjel, y ninguno de mis presentimientos se realizó.

Brilló un segundo relámpago y crujió el trueno.

—Tengo miedo—dijo Andrea.—Nunca la tormenta me ha causado tanto horror.... ¡Ah!....

Y cubriéndose el rostro con las manos dió libre curso á sus lágrimas.

—¿Por qué lloras?—le preguntó su madre.

—No lo sé.... estoy triste.... ¡Dios mio, protejed á mis hermanos!

Doña Leonor sintió oprimido su pecho, y muy trabajosamente pudo contener sus lágrimas para no aumentar la tristeza de su hija.

—Desecha esos temores, Andrea. ¿No ha velado siempre Dios por ellos y por nosotras?

Iba Andrea á contestar, pero exhaló un ogudo grito al oir que llamaban á la puerta del cuarto.

—¿Quién puede ser?—dijo doña Leonor.

—No contesteis, madre mia; tengo miedo....

—Es preciso ver quien es....

—Esperad....

—¿Qué puede sucedernos? ¿Acaso no llaman con frecuencia y tú misma corres á abrir?

—Sí, pero ahora....

—Nada temas—replicó doña Leonor.

Y tomando en brazos á Magdalena que estaba poseida del mayor espanto, se dirigió á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó á la vez que miraba por la rejilla que daba á la escalera.

—¿No vive aquí—dijeron desde afuera—doña Leonor de Cortinas?

—Sí, caballero.

—Pues si á bien lo teneis, decidle que deseo verla.

—¿Quién sois?

—Inútil es que le digais cómo me llamo porque no me conoce; pero no tendrá inconveniente en recibirme cuando sepa que vengo de Portugal.

Doña Leonor dejó escapar un grito de alegria y abrió la puerta.

—Entrad, caballero.... venid por aquí.... ¡Andrea, Andrea!

El vizconde pasó adelante y tomó asiento en una silla que le ofreció solícitamente la madre del poeta.

—¡Hablad, caballero!....

—¿Los habeis visto?—preguntó afanosamente Andrea.

—No hace muchos dias—contestó con embarazo el mancebo.—Despues de una batalla....

—¡Gracias, Dios mio!—exclamaron á la vez la madre y la hija, llorando de júbilo.

El vizconde se estremeció, y á pesar de su perversidad y de su amor á la berberisca, vaciló antes de herir el corazon de aquellas infelices mujeres. Les habia hecho concebir risueñas esperanzas y llorar de alegria, y no tenia suficiente valor para engañarlas.

—Habladnos de ellos....

—Os diré—repuso el mancebo con cierto embarazo—ví á vuestro hijo Rodrigo....

—¿Y Miguel?....

—Ese.... fué imposible....

—Os turbais—replicó doña Leonor.—¿Por qué palideceis?

—Tranquilizaos, señora.... pero la vida del soldado tiene un riesgo en cada paso que dá....

—¿Trácis alguna carta?

—Sí, señora.

—¡Oh!.... dádmela....

—Antes os advierto....

—Algo ha sucedido á mi hijo....

—Esplicaos....

—Os daré la carta, pero ya os he dicho que....

—La carta, la carta—interrumpió afanosamente doña Leonor que apenas podia sostenerse.

El vizconde puso la mano en el bolsillo interior de su coleto, pero la conciencia volvió á gritarle y se detuvo.

—¿A qué esperais?—dijo Andrea cuya frente palideció.

—Os veo tan agitadas....

—No estaremos tranquilas hasta leer la carta.

—Antes quisiera que me escuchaseis.

—Bastante significa vuestra vacilacion.... ¡Oh!.... ¡La carta, la carta!.... ¿Qué ha sucedido?

—Dios—repuso el vizconde—nos manda resignarnos....

—¿Qué ha sido de mi hijo?—replicó doña Leonor cuyos ojos estremadamente abiertos fijaron en el doncel una mirada de espanto.

—Señora—repuso el mancebo turbado hasta el punto de no acertar á pronunciar una sílaba.—Señora.... os confieso que solo el deseo de servir á vuestro hijo, ha podido decidirme....

—¡Dios mio!—exclamó Andrea con acento ahogado.

—¡Esta incertidumbre es horrible!.... ¡Dadme esa carta!—gritó la dolorida madre con acento de desesperacion.

Y se acercó al vizconde como para arrancarle el papel á viva fuerza.

El mancebo palideció, se agitaron sus miembros, corrieron por su frente algunas gotas de frio sudor, y dudó aun. Empero ya era tarde para retroceder; era preciso entregar la carta ó confesar el crímen que habia intentado cometer. Entonces se acordó de Zoraida, y buscó en su pasion, en su amor

propio y en sus celos el valor y la audacia que momentos antes le habia negado la conciencia.

—Tomad, señora—dijo sacando el papel fatal con temblorosa mano.

Doña Leonor fijó en el escrito su afanosa mirada con toda la avidez de su cariño maternal, y Andrea se puso á su lado y leyó tambien porque no tuvo paciencia para esperar.

Ambas recorrieron en un segundo todo el escrito que, como sabemos, contenia pocos renglones; y mientras que Andrea dejaba escapar un grito desgarrador y cruzaba las manos y las levantaba al cielo con ademan á la vez de súplica y de acusacion, su madre, con el aliento suspendido y desfigurado el rostro cuya palidez era la de un cadáver, abrió los brazos y sus pupilas inmóviles, inflamadas un breve instante y apagado despues su brillo, fijaron en el vizconde una mirada vaga, incierta, medrosa y que hacia estremecer de espanto. Luego, sin que de su boca se escapase un solo grito ni una queja, ni un leve suspiro, se estremeció á impulsos de una violenta sacudida nerviosa y cayó sin sentido en el duro pavimento.

El vizconde, como espantado de sí mismo, no se atrevió á moverse ni á socorrer á su desdichada víctima, ni acertó á decir una palabra.

Solo la inocente Magdalena, sobrecojida de terror, prorumpió en llanto y lastimeras quejas y se arrojó sobre el cuerpo frio de su madre.

La luz azulada de un relámpago iluminó instantáneamente aquel cuadro desgarrador, y el pavoroso tableteo del trueno pareció lanzar sobre el vizconde una maldicion y anunciarle un castigo horrible.

Inclinó el mancebo su abrasada frente sin atreverse á mirar á la desdichada madre.

Reinó un silencio profundo, interrumpido solamente por

los sollozos de la cándida Magdalena y por la agitada y desigual respiracion del doncel.

Largo rato transcurrió sin que ninguno se moviese, pues Andrea, en la turbacion de su dolor, ni siquiera se habia apercibido de que su madre estaba á sus piés casi sin vida y necesitando prontos socorros.

Casi podemos decir que el vizconde estaba horrorizado de su obra, arrepentido de haber consumado tan ruin proyecto, porque no habia llegado á comprender hasta qué punto iba á desgarrar el corazon de una madre. Empero ya no podia retroceder: lanzado por la ceguedad de su pasion en la senda del crímen, le era preciso seguir adelante siquiera fuese por salvarse á sí propio.

—¡Dios mio!—murmuró al fin Andrea con acento ahogado.

Estas palabras estremecieron al doncel que, atreviéndose á levantar la cabeza, intentó decir algunas palabras de consuelo; pero no pudo, y despues de esforzarse para desatar su turbada lengua y abrir sus lábios secos y abrasados por la calentura, estrujó entre sus manos ardientes su gorra de terciopelo azul, y con pasos vacilantes y temerosos primero, y despues con precipitacion, salió del aposento como un loco y bajó de dos en dos los escalones hasta llegar al zaguan donde lo esperaba el bachiller Lagartija.

—¿A dónde vais, señor?—dijo el asesino que no daba al vizconde el tratamiento de señoría desde que eran compañeros de crímen.—La tormenta arrecia, las calles parecen rios....

—¡Al infierno!—gritó el doncel, lanzándose á través del ancho y cenagoso arroyo que casi llenaba la calle.

—Pues tras de vos me voy—repuso Lagartija en tono de bronca y saliendo tambien del zaguan.—Allí al menos no lloverá, y hay fuego donde podremos secar nuestros vestidos.

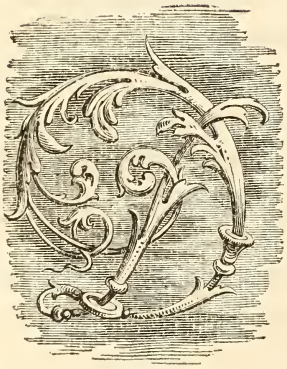
Ambos desaparecieron por la calle del Nuncio, sin que el vizconde supiese á donde iba ni casi pudiese darse cuenta aun de lo que acababa de sucederle. Tal era su estado de exalta-

cion mental producido por la fiebre nerviosa que abrasaba su pecho y su cabeza.

Entretanto Andrea, mientras que en ayes lastimeros exhalaba su agudo dolor, prestaba á su madre los auxilios de que tanto necesitaba, hasta que atraidos por sus lamentos llegaron algunos vecinos para ayudarle en aquel trance de amargura sin igual.

CAPITULO XVII.

La carta sigue produciendo sus efectos.



os dias pasaron de amarguísimo dolor, de incomparable tormento para la madre infeliz que lloraba la pérdida de su mejor hijo.

En este tiempo, ni doña Leonor ni Andrea fueron á visitar á Zoraida; pero esta no dejó de enviar un recado cada dia para saber de la salud de la dama y si se habian recibido noticias del poeta.

Al tercer dia fué Andrea al convento y dijo á la berberisca que su hermano estaba gravemente herido, y al siguiente, que habian recibido otra carta y que peligraba su vida.

La buena hermana de Cervantes, condolida de Zoraida, no quiso darle repentinamente la triste noticia, y aun así, hu-

bo de costarle trabajo el contenerla para que no abandonase el convento y arrebatada por su dolor fuese en busca de su amante para prodigarle sus cuidados ó morir con él segun decia.

Veinte y cuatro horas despues, doña Leonor, aunque sin haber recobrado del todo sus fuerzas, decidió visitar á la berberisca y llevarle la carta de Rodrigo.

No estaba el dia tormentoso ni el viento silbaba, sino que el sol, suspendido en la celeste bóveda, derramaba sobre la tierra sus torrentes de luz.

Zoraida estaba en su celda y oraba fervorosamente, ante una imágen de la santa Vírgen, por la salud de Cervantes, cuando entró la madre de este con vacilantes pasos.

—¿Habeis recibido carta?—dijo la berberisca, corriendo hácia doña Leonor.

—Sí, hija mia—le contestó esta con lánguido y triste acento.

—¿Qué os dicen?

—Ya lo vereis.... dejadme reposar un instante porque apenas tengo fuerzas para sostenerme.

Sentóse doña Leonor y á su lado Zoraida.

—Estais muy pálida—dijo esta;—debeis haber llorado mucho.... ¡Ah!.... Me estremezco....

—Ya sabeis que todas las prababilidades eran de una desgracia....

—¡Por Dios, esplicaos!—interrumpió la berberisca que se encontraba en igual situacion que cuatro dias antes la madre del poeta.

—Cualquiera mala noticia que recibamos no debe sorprendernos, y....

—¡Dios mio!.... ¡Me haceis temblar!....

—Y si el Omnipotente, en su infinita sabiduria llegase á disponer....

—¡Ah!—exclamó Zoraida, estremeciéndose y á la vez que

fijaba en doña Leonor una mirada de afanosa angustia.—¡Esplicaos, señora!.... ¡Por compasion!....

—Os daré la carta que he recibido....

—Sí, sí, dadme esa carta.... ¡Dios mio, tened piedad de mí!....—exclamó la berberisca con acento tan doloroso que profundizó las heridas del corazon de la viuda.

—Sois cristiana—repuso esta—y debeis conformaros con la voluntad de Dios y bendecir su mano santa cuando en vez de alegrías os envie pesares.

—¡Oh!.... sí, yo lo bendigo siempre, lo bendeciré, pero dadme esa carta, que yo sepa si vive....

Doña Leonor exhaló un profundo suspiro y repuso:

—Seguid mi ejemplo, imitadme....

—¡La carta!.... ¡Oh!.... ¡La carta!....

—¡Dios os dé fuerzas!—murmuró la viuda.

Y sacó de su seno la carta fatal, y lo mismo que el vizconde, aunque por distinta causa, la puso temblando en manos de la berberisca.

¡Infeliz Zoraida! Su agitado corazon iba á sentir el cruel tormento de un dolor desconocido. ¡Cuántas esperanzas, cuántas ilusiones iban á desvanecerse en un instante!

Sus ojos, abiertos como si fuesen á salirse de sus órbitas, brillantes como si fuesen á despedir dos centellas, fijaron ávidamente una mirada afanosa en el escrito. Empero luego, dejando caer los brazos, inclinando la cabeza sobre el pecho con aire abatido y trocándose en triste y lánguida la mirada ardiente y afanosa, dijo:

—¡No sé leer esta escritura!

Efectivamente, en su deseo de saber lo que habia sido de su amante, no se acordó de que no sabia leer sino la escritura árabe, y eso por rara casualidad, pues en su pais, como en el nuestro en aquella época, la educacion de las mujeres era en estremo descuidada.

Doña Leonor volvió á tomar la carta y guardó silencio.

—¡Leed, señora!—repuso Zoraida.

Pero la viuda, dominada por su dolorosa emocion, ni acertó á moverse ni á pronunciar una palabra. ¿Qué habia de sucederle á aquella madre infeliz? Su situacion era horriblemente penosa: tenia que dominar su desgarradora emocion para dar á su esterior alguna serenidad y no aumentar el dolor de la berberisca. ¡Prestar ella consuelos cuando tanto los necesitaba!

La agitacion de Zoraida crecia entretanto, y aunque debió haber comprendido que su amante ya no existia porque bien claramente lo habia demostrado doña Leonor con sus indicaciones y sus reticencias, pero aun no queria creerlo y su dolor buscaba el consuelo de una esperanza loca, luchando para no convencerse de lo que tanto temia.

—¡Oh, leed!—volvió á decir la infeliz.—Vuestro silencio me espanta.... ¡Dios mio!

Y volviendo sus negros ojos llenos de lágrimas hácia la imágen de la Madre de Dios como para buscar un consuelo, exclamó:

—¡Madre bendita, tú que nos diste ejemplo de santa resignacion cuando pusieron en tus maternales brazos el Hijo Santo que acababa de espirar, derramando por nosotros su sangre, dame fuerzas para no sucumbir bajo el peso de mi dolor y poder dedicarte los dias que me resten de vida á bendecir tu nombre!....

No pudo proseguir la infeliz Zoraida porque sintió oprimido su pecho hasta el punto de no poder respirar.

—Descansad—dijo entonces doña Leonor—que bien necesitais fuerzas. Mañana volveré....

—¡Oh, no!—exclamó repentinamente la berberisca, levantando la cabeza á impulsos de una sacudida nerviosa.

Y el llanto desapareció de sus ojos cuya mirada, en vez de triste y dolorosa, se tornó sombría y vaga, en tanto que parecia haber recobrado repentinamente sus fuerzas.

—Decidlo de una vez—repuso con exaltacion febril:—nada temais, aun tengo fuerzas para soportar el terrible golpe que me anuncias.... Hablad, señora.

Doña Leonor se estremeció al ver el aspecto de Zoraida, y no se atrevió á hablar.

—¿Por qué callais? repuso la berberisca, poniéndose de pie. —Os he dicho que nada temais.... ¿Ha muerto?

La viuda levantó pausadamente su brazo derecho y señaló al cielo.

Zoraida retrocedió un paso como si le infundiese miedo doña Leonor; sus ojos se abrieron estremadamente y se revolvieron en sus órbitas, y luego se oprimió el pecho y entreabrió la boca como si fuese á dejar escapar un grito, pero despues de vacilar algunos instantes, una carcajada sardónica, horrible, salió de sus secos lábios y estremeció convulsivamente su cuerpo.

La viuda exhaló un grito y se arrojó sobre la infeliz berberisca que cayó sobre el pavimento, presa de una violenta convulsion.

A los pocos instantes acudió Zamareta y luego algunas monjas.

Zoraida quedó luego aletargada, y no volvió á dar señales de vida hasta la noche en que rompió á llorar con muestras de su profundísimo dolor.

Cuando se sintió mas tranquila por el desahogo del llanto y por las palabras consoladoras de las religiosas, dijo á la abadesa:

—Madre, quiero dedicar mi vida á la oracion y á la penitencia.

—Así alcanzareis el incomparable bien de la gloria eterna —le contestó la superiora.

—Legaré al convento mis riquezas y entraré en vuestra comunidad si os dignais admitirme.

Zarza d.º y lit.º

lit. Heràldica.

.....Cayo sobre el pavimento, presa de una violenta convulsion.

CAPITULO XVIII.

Cómo se encontraba Zoraida.

El vizconde se habia equivocado, y aunque el bachiller Lagartija no habia tampoco adivinado el resultado de la intriga, sin embargo, aproximóse mas su cálculo cuando dijo que Zoraida no seria ni del uno ni del otro.

Tras la primera escitacion dolorosa de la berberisca, vino la enervacion, la mas estremada languidez, y lo que fueron quejas y sensaciones locas contra el destino, tornáronse amargas lágrimas y tiernas súplicas al Eterno, en demanda de resignacion y fé.

Tres dias despues de lo que hemos referido en el capítulo anterior, Zoraida estaba sola en su celda, recostada en un

ancho sillon, cerca de una ventana y contemplando el cielo con mirada triste. El centellante fuego que en otro tiempo animaba las negras pupilas de sus grandes ojos, habia desaparecido para dejar que asomase á ellas la dolorosa tristeza del alma. Una palidez mate cubria su rostro, antes de transparente blancura, y las rosas de sus megillas, parecia que comenzaban á perder su frescura, marchitadas por el fuego abrasador de los pesares.

¡Pobre Zoraida!

Ya en otro tiempo la vimos tambien, como la azucena á quien el rocío niega el consuelo de sus perlas, y sus besos la brisa, y sus arrullos la mansa y cristalina corriente, inclinar su débil tallo como si su cáliz buscase sepultura en la abrasada arena ó en las espumas del arroyo; pero sus hojas volvieron á estenderse con lozanía y á mecerse orgullosa, levantando al cielo su corola brillante, porque apagó su sed el rocío, refrescó la brisa sus ardores y la juguetona corriente la arrulló con dulce murmurio.

Empero aquellos dias felices pasaron para no volver porque las gotas de rocío lo fueron de hiel amarga y venenosa, el blando soplo de la brisa habíase trocado en recio y abrasador huracan; y los dulces murmurios del cristalino arroyo en los amedrentadores mugidos de cenagoso torrente.

Esparcíanse en desórden las negras trenzas de sus brillantes cabellos, y á la espresion dolorosa de su semblante y al abatimiento que en ella se advertia, daba mas triste aspecto el vestido de negra lana que envolvia desarregladamente sus formas.

El sol estaba ya muy cerca de su ocaso y comenzaba á estenderse en el horizonte, sobre la cumbre de las montañas occidentales, esa faja de vivísimo fuego que se cambia en sonrosado crepúsculo cuando acaba de ocultarse el astro del dia.

Llegaban hasta la celda los últimos trinos del gilguero y

el eco del canto del gallo que despedia á su amigo el sol, y el soplo casi imperceptible de un céfiro suave entraba por la ventana silenciosamente y llegaba hasta Zoraida con la timidez del que no quiere interrumpir el tranquilo sueño de un desgraciado que no tiene mas felicidad que dormir.

Silencio y quietud; reposo, conmovedor reposo rodeaba á la infeliz berberisca.

Nunca habia estado el cielo tan puro y transparente, nunca habia estado la naturaleza tan encantadora.

Empero Zoraida encontraba en todo motivo de mayor tristeza: si miraba al cielo, se acordaba de que allí debia estar su amante; si sentia en su abrasada frente el soplo de la brisa, creia que era el último suspiro del poeta que iba á pedirle una lágrima, y si escuchaba el canto de las aves, tomábalo por lamentos que respondian á los de su pena.

A pesar de sus creencias religiosas, no podia olvidar la berberisca la prediccion de la esclava Jaguá: se habia cumplido, la pasion que les inspiró Cervantes habia sido fatal para ambas.

¡Pobre Zoraida!

La infeliz habia comenzado á espiar el pecado de sus debilidades como esposa y como mujer.

Largo rato permaneció inmóvil, con la mirada fija en el cielo y puesta una mano sobre el corazon que débilmente latia.

Se perdieron en la inmensidad del espacio los últimos trinos de las aves.

Tañó el esquilon del convento el toque del *Angelus*, y al vibrar y alejarse sus ecos tristes, estremecióse Zoraida, exhaló un suspiro débil y á sus ojos asomaron dos gruesas lágrimas que se deslizaron por sus pálidas megillas, dejando una brillante huella.

Pasóse las manos por la frente como si quisiese sacudir un pesado sueño, y luego se arrodilló.

¡Con cuánta fé, con cuánta ternura salió de sus lábios la oracion de la tarde!

Sin duda, absorta en sus tristes ideas, repitiendo las frases dulces de su rezo, hubiera permanecido en aquella postura largo rato si á interrumpirla no llegase la superiora.

Era esta una anciana de noble aspecto y en cuyo rostro, marchito y arrugado por el tiempo, se vian pintadas la inocencia y la candidez de una niña. Era flaca en estremo, y su espalda estaba encorbada por el peso de los años, por la costumbre de inclinarse y por la falta de movimiento consiguiente á su sosegada vida. Era torpe y tardío su paso, y andaba apoyando su descarnada diestra en un baston de caña de Indias con puño en forma de muleta.

—¿Cómo os encontrais?—dijo con acento cariñoso y acercándose á la berberisca.

Esta le ayudó á sentar en su sillon, y acercando otro y colocándose junto á la anciana, contestó:

—Resignada, madre mia; pero nada mas que resignada.

—Ya se calmará vuestro dolor si así lo pedís con fé al Omnipotente.

—Sí, se calmará—repuso tristemente Zoraida;—se calmará á medida que se acaben las fuerzas para sentir....

—¡Siempre esos lúgubres pensamientos!....

—¿Qué puede esperarse de quien siente acabársele la vida como se vé desaparecer la luz de ese sol que se oculta tras las montañas?

—Ya recuperareis la salud del cuerpo y la tranquilidad del espíritu, pero no os abandoneis al dolor.

—No me espanta la idea de la muerte, madre mia, sino que me consuela porque será el término de mis sufrimientos. Lo único que pido á Dios es que me perdone mis muchos pecados, pero no que prolongue mi existencia. ¿Qué puedo esperar en esta vida? Dolores y llanto. Todo es negro en torno mio, nada veo que me sonria, y si mis ojos, cansados de no

encontrar mas que recuerdos desgarradores, dirijen sus miradas al horizonte de lo porvenir, no ven mas que un negro caos ó un desierto de abrasadoras arenas, sin límites que den la esperanza de encontrar mas allá la sombra que convida al descanso y la fuente que apaga la sed.

—Ideas nacidas de vuestro mismo dolor; pero este se calmará con el tiempo y la oracion que cierra todas las llagas del alma.

—Es mi único consuelo y por eso, madre mia, quiero dedicar los dias de mi penosa existencia á la oracion.

—Ya os dije que meditaseis sobre ese punto porque vuestra resolucion, aunque muy santa, como hija de un arrebato de dolor, podia no ser duradera, y un arrepentimiento tardío seria vuestro mayor tormento y quizás vuestra eterna condenacion.

—Lo he meditado y cada vez lo deseo mas. No dejo en el mundo nada que pueda halagarme y provocar mi arrepentimiento: ni tengo padres, ni parientes, ni amigos: solo esa infeliz negra que me sirve es mi única, mi última afeccion, y no se separará de mí.

—Os ama mucho.

—Hartas pruebas me tiene dadas de su cariño.

—Segun esta mañana me ha manifestado—repuso la anciana—tomará tambien el hábito si vos lo haceis.

—Tal empeño muestra....

—No he querido apartarla del buen camino.

—Ahora—dijo Zoraida despues de algunos instantes—falta conseguir la dispensa que quiero para profesar en seguida.

—Creo que se concederá.

—¿Y si nó?

—Vuestra justa impaciencia tendrá que refrenarse y esperar el tiempo de noviciado establecido; pero estareis entre nosotras como si ya hubiéseis pronunciado los santos votos, podreis dedicaros á los mismos ejercicios, y....

—No me basta, no estaré tranquila....

—¡Que no estareis tranquila!—repuso la superiora con estrañeza.—No comprendo....

—Quiero que me separe del mundo y que me una á vosotras un lazo que nadie pueda romperlo, que no haya quien deje de respetarlo.... ¡Tengo miedo!—exclamó la berberisca que no podia separar de su memoria el recuerdo del vizconde, aunque este no habia vuelto á incomodarla.

—Os repito que no os comprendo—dijo la sencilla abadesa.

—No conoceis el mundo, ignorais los peligros que puede correr una mujer sola, y por eso no me comprendereis. Básteos saber que me espanta la idea de tener que salir de esta santa casa, y que solo el sagrado de mis votos religiosos impondrá respeto á quien á nada lo tiene.

—Mucho habeis sufrido sin duda.

—¡Ah!.... mis ojos no han hecho mas que verter lágrimas: en mi país somos muy desgraciadas las mujeres, y cuando logré abandonarlo, libre de las cadenas de oro que me sujetaban en mi encierro, ya veis lo que he encontrado.

—¡Infeliz!—murmuró la abadesa cuyos ojos se humedecieron.

Las megillas de Zoraida se cubrieron de llanto, y se sucedió un silencio profundo.

Apenas se divisaban ya algunos tímidos rayos de sol.

El crepúsculo iba estendiendo sus dulces resplandores.

La berberisca sintió abrasada la frente y palpitar su corazon con desigual violencia. La aparente tranquilidad que habia mostrado en la anterior conversacion no hubiera dado á conocer á nadie el agudo dolor que sufria.

—¡No puedo olvidarlo!—murmuró con acento débil.—¡Perdonadme, Dios mio!....

—Valor, hija mia—dijo la abadesa.

—Necesito que me fortifiqueis con vuestros consejos.

—Si conservais la fé en Dios....

—¡Oh, sí!

—Si una mira de particular interés no os lleva al pié del altar....

—Nó, madre mia, pero no he podido olvidarlo.

—El tiempo, vuelvo á deciros, el tiempo y la oracion....

—¡Cuánto sufro!

—Tranquilizaos: se acerca la hora de que tomeis algun alimento y debeis estar mas sosegada.

La abadesa se levantó.

—¿Os vais, madre mia?

—Me es preciso, pero volveré—contestó la anciana.

Y despues de dar su mano á besar á Zoraida, salió del aposento en tanto que esta seguia derramando copioso llanto.

Mientras esto sucedia, el vizconde y el bachiller Lagartija, en la hostería de Mancioni, tenian el siguiente diálogo:

—Veo que el tal rapavelas—decia el vizconde—es mozo que vale mucho y servirá para el caso.

—Nos conocimos en Flandes, dando cuchilladas á los hereges, y fuimos camaradas.

—¿De modo que podreis hablarle con entera franqueza?

—Si me conviene.

—Sois un tunante.

—Y el sacristan casi tanto como yo, por lo que ha sido un cargo de conciencia perder el tiempo en el maldito viaje sin haber conseguido otra cosa que poner de mal humor á la dama.

—Voy conociendo que he cometido una torpeza, pero ya no tiene remedio.

—Y ahora que le ha dado la manía de ser monja....

—Pero antes que llegue ese caso....

—Por supuesto, estará en otra celda que no sea del convento de las Trinitarias.

—¿Cuántos dias calculais que se necesitan para poner en práctica nuestro plan?

—Quince lo menos porque es preciso esperar la ocasion que os he indicado.

—Si dijéseis quince horas seria llevadero.

—Paciencia, señor.

—Se me va acabando.

—Eso decís hace mucho tiempo.

—Bien, dejaos de réplicas y ocupaos de lo que importa.

—Ahora me voy porque tengo que despachar otro negocio.

—Digno de vos será.

—Por el estilo del vuestro, señor.

CAPITULO XIX.

De cómo todos iban perdiendo cada vez mas, escepto el bachiller.

EIS dias pasaron durante los cuales Zoraida siguió llorando sin cesar y anhelando el momento de pronunciar los votos religiosos, sin saber que con esto ella misma abria un abismo que la separaria para siempre del hombre á quien tanto amaba. ¿Pero cómo habia de sospechar la infeliz que era una mentira infame la muerte del poeta, y que mientras este viviese podia abrigar siquiera una leve esperanza de recuperar el corazon que le habia robado otra mujer? Lo mismo que doña Leonor, ella habia sido engañada porque la intriga se habia manejado con bastante habilidad. No habia, pues, para la infeliz esperanza alguna, y en tan triste situacion, sola, en estraña tier-

ra y perseguida por un hombre tan depravado que no reparaba en los medios, por criminales que fuesen, con tal de lograr sus fines, la berberisca no encontró para librarse de los peligros del mundo otra defensa mejor que su encierro en el claustro, ni para curar las heridas de su alma otro bálsamo que la oracion. Tambien creyó un deber respetar la memoria de Cervantes no dando lugar á que su corazon se interesase por otro hombre, y esta consideracion acabó de decidirla á persistir en su primera idea de tomar el hábito.

Doña Leonor y Andrea lloraban tambien y ningun consuelo podian prestar á la berberisca, pues que ellas lo habian menester, siendo, como era, tan grande su afliccion.

Así pasaban los dias aquellas tres mujeres tan dignas de compasion, mientras que el vizconde, mas apasionado cuantos mas obstáculos encontraba, seguia con incansable ardor su criminal intriga, ayudado por el astuto bachiller que esplotaba hábilmente los bolsillos del enamorado mancebo.

Las nueve de la noche acababan de dar, y el bachiller Lagartija, apurando sorbo á sorbo una botella de vino de la Mancha, encontrábase en el mas apartado rincon de una taberna que habia en la plazuela de Puerta Cerrada y donde acostumbraban á reunirse muchos de su oficio para tratar de sus negocios. Dificilmente hubieran podido distinguirse sus facciones, pues la habitacion no estaba alumbrada mas que por un candil de garabato que parecia dormir como el dueño de la taberna tras de su negro mostrador; pero no fué obstáculo la escasez de claridad para que lo reconociese un hombre que entró, y que acercándosele le dijo:

—Aquí me tienes, mi amigo y camarada, con deseos de ayudarte á concluir con esa botella.

—Ya era hora de que llegases—le contestó Lagartija.

—Eres muy vivo de genio—replicó el recien llegado mientras que sin mas cumplimientos llevaba á los labios un vaso de vino.

—Como tú lo eras en otro tiempo, pero desde que tomastes ese pícaro oficio de sacristan te has vuelto perezoso como toda la gente de sotana.

—Bien puedes llamarle pícaro porque en él no hay percances, sino desgracias. y de estas puedo presentarte un ejemplo en la que yo he tenido hoy que me ha dejado sin sacristia, y por consiguiente sin velas que afeitar ni beatas á quienes sacar el dinero, ni cepos que limpiar.

—¿Qué dices?—replicó Lagartija sorprendido.—¿Ya no eres sacristan de las monjas?

—No soy mas que murciélago ó lechuza, pues solo de noche puedo salir de mi nido sino quiero que den sobre mi los corchetes de la villa.

—¿Has hecho alguna de las tuyas?

—Soy víctima de una injusticia—respondió el ex-sacristan con cómica tristeza.

—Pues no podias haber esperado á mejor ocasion.

—¿Qué he de hacerle? Mucho lo siento porque he perdido una posicion social que me daba ciertas preeminencias y emolumentos que lloraré toda mi vida.

—Esplícate con claridad y deja esa palabrería que has aprendido entre las hopalandas.

—Pues bien, amigo mio, has de saber que esta mañana, por rara casualidad me dejaron solo algunos momentos mientras me ocupaba en limpiar el polvo á una vírgen, y sin saber cómo, al sacudir el trapo con que limpiaba, se desprendió una gruesa perla de la parte de atrás de la corona de la imágen, y en vez de caer al suelo, cayó en mi bolsillo sin que yo lo advirtiese.

—No te corregirás.

—Como el dia era desgraciado, sucedió lo que no debia esperarse, y fué que á la madre abadesa se le antojó quitar la corona á la vírgen para ponerle la de las grandes fiestas, y al hacerlo asi echaron de menos la joya. Nadie se acercaba á la

vírgen sino yo, y unido esto á la circunstancia de haberme quedado solo algunos momentos, sospecharon de mi pureza, y sin andarse en mas miramientos me rodearon el cura, la abadesa y cuatro monjas, me interrogaron, me amenazaron, y últimamente se atrevieron á registrarme.

—No es menester que digas lo demas.

—Pero sí que cuando me encontraron la perla y me ví perdido, me remangué la sotana, descargué una tremenda coz sobre la enorme barriga del cura, dí un cachete á la monja que tenia delante, y logré escapar.

—Pues ya puedes andarte con cuidado.

—Como que se me acusará de robo y sacrilegio, siendo lo segundo bastante para que la inquisicion me tome por su cuenta y despues de apretarme la calle del pan me convierta en ceniza para escarmiento de sacristanes que saben limpiar demasiado bien el polvo.

—¿Es decir que ya no puedes servirme?

—Algo porque conozco las entradas y salidas del convento, las costumbres de las monjas y estoy al alcance de muchas cosas que pueden ser de gran provecho para el negocio que te ocupa.

—¿Y ahora no tienes ninguna noticia que darme.

—Sí. una de mucha importancia, pero no te la regalo sino que te la vendo, y aunque muy barata, algo ha de costarte.

—¿Cuánto quieres?

—Poco, una botella de vino porque tengo una sed que me ahogo, y aquí no quedaba mas que un vaso.

Lagartija llamó al tabernero, le mandó traer una botella, y luego dijo:

—Sepamos esa noticia tan importante.

—La dama en cuestion será monja.

—Eso ya lo sabiamos.

—Pero no queriendo esperar á que pase el año de noviciado, pidió una dispensa de este.

—Eso es decir algo.

—Falta lo mejor.

—¿Pero cómo no me has dado antes esa nueva?

—Nada supe hasta ayer por la tarde.

—Bien, continua.

—Y al mismo tiempo....

—¿Pero crees que le concederán la dispensa?

—Ya se la han concedido.

—¡Que se la han concedido!—repitió el bachiller con acento de desagradable sorpresa.

—Sí, camarada.

—¡Vive Dios!

—¿No te gusta?

—¿Cómo ha de gustarme?.... ¡Voto al infierno!

—Pues es peor aun lo que tengo que decirte.

—¿Profesa mañana?

—Nó, pero lo hará dentro de pocos dias.

—¿Sin necesidad de ningun otro requisito?

—Queda autorizada la abadesa para permitírselo cuando mas le plazca.

—¡Por el infierno, señor sacristan!....

—¡Ojalá lo fuese aun!....

—El negocio toma mal aspecto.

—No debes descuidarte.

—¿Y no tienes idea del dia en que piensa hacer esa dama semejante desatino?

—Lo ignoro, pero no debe tardar mas que lo preciso para prepararse porque muestra los mayores deseos de profesar.

—¡Ahora que no podemos contar con tu ayuda!....

—Tengo para mí, segun la prisa que se ha dado, que no ha de pasar un mes sin que pronuncie los votos.

El bachiller meditó algunos instantes, y luego se levantó, disponiéndose á marchar.

—Mañana te espero aquí—dijo al sacristan cesante.

—¿A esta misma hora?

—Sí.

—Buena estrella te guie y á mí me aproveche esta botella.

Lagartija salió y con acelerado paso se encaminó á la hostería donde lo esperaba el vizconde para saber el resultado de la entrevista con el sacristan.

—¿Lo habeis visto?—preguntó el mancebo al bachiller apenas lo vió entrar.

—Sí, señor.

—¿Y qué noticias?....

—Malas.

—¡Por Satanás!—exclamó el vizconde palideciendo.

—Mucha prisa tenemos que darnos.

—¿Pues qué sucede?

—La dama será monja antes de un mes....

—¡Imposible!—interrumpió el enamorado.

—Antes de quince dias....

—Estais loco.

—Antes de que concluya la semana....

—¡Señor Lagartija!....

—Lo que os digo, señor.

—¿Pero cómo es posible?....

—Alcanzando una dispensa del noviciado.

—¿Quién concede esa autorizacion?

—No lo sé ni nos importa mas sino que es asi y que puede profesar mañana mismo si se empeña en ello.

—¡Oh! —exclamó el vizconde, apretando los puños con rabia.

—Aun tengo que deciros otra cosa peor.

—¡Se conjura el infierno contra mí!

—Mi camarada ya no es sacristan del convento.

—¡Eso mas!....

—Ni puede presentarse en él porque ha salido por ladron y sacrílego.

—¡Señor Lagartija ó señor demonio, no prosigais porque soy capaz de retorceros el pescuezo!

—Así mejoraria mucho vuestra situacion.

—Es que estoy desesperado.

—Tanto peor.

—¿Qué hemos de hacer?

—No he tenido tiempo de pensarlo.

—Voy perdiendo la esperanza.

—Siempre os quedará un recurso.

—¿Cuál?

—Sacarla del convento.

—¿Y si antes de poderlo hacer profesa?

—El hábito no hace al monge, señor.

—¡Jamás!—exclamó el vizconde estremeciéndose á impulsos de un resto debilísimo de respeto á lo sagrado.

—¿Todavía sois escrupuloso?

—No volvais á proponerme tan horrible crímen.

—Pues tened entendido que el plazo es corto, y si no podeis conseguir vuestro deseo antes de pocos dias, habreis de renunciar á vuestro amor y echar el anzuelo por otro lado.

—¡Renunciar á ella!—murmuró el doncel.

—Es lo mas probable.

—¿Y vuestra travesura, vuestra osadía?....

—No dejará de emplearse en vuestro servicio, pero el hombre propone y Dios dispone.

—Señor bachiller, no perdais un instante.

—Tengo citado al sacristan para mañana.

—¿Qué pensais proponerle?

—Lo meditaré esta noche, iré á veros por la mañana, y os consultaré.

—No perdoneis medio alguno.

—Ya os he dicho que ese maldito sacristan es codicioso como un judio.

—No importa.

—Y ya no me queda un maravedí.

—¿Es que quereis dinero?

—Si no lo llevais á mal....

—Tomad—dijo el mancebo á la vez que echaba sobre la mesa algunas monedas de plata.—Es cuanto posco. Tengo que recurrir al viejo hipócrita.

—¿El señor Justo?

—Sí.

—Os arruinará.

—¿Qué he de hacer?

—Casi me voy convenciendo de que hariais un buen negocio casándoos con la presunta monja.

—¿Por qué?

—Tiene muchas y muy gruesas perlas, magníficos brazaletes con brillantes y otras frioleras por el estilo que os sacarian de apuros.

—No teneis un sentimiento noble.

—Por eso me acerco á vos, para ver si se me pega alguno de los vuestros—replicó el bachiller con la mayor desvergüenza.

Pocas palabras mediaron ya, y el vizconde dejó á Lagartija que era la única persona que iba ganando en aquel juego.

CAPITULO XX.

De cómo el sacristan era mozo de tanta cuenta como Lagartija.

ESESPERÁBASE el vizconde porque todo el ingenio del bachiller Lagartija y el conocimiento que de las costumbres de las monjas tenia el sacristan, no sirvieron de nada para encontrar medio de sacar del convento á la berberisca. En vano el enamorado mancebo empeñaba sus joyas y su ya mermado patrimonio para satisfacer las continuadas exigencias de los dos asesinos; todo era en vano, los dias pasaban y el de la profesion se acercaba sin haber hecho otra cosa que gastar el tiempo y la paciencia, perder el dinero con la esperanza, y encontrarse cada vez peor.

Despues de dos semanas, durante las cuales el bachiller

apuró por lo menos cincuenta botellas, ó como él decia, se inspiró con la sangre de cincuenta musas, una noche en que llovia como si amenazase un segundo diluvio, y en que el azulado fulgor de los relámpagos y el espantoso crujido de los truenos hacia temblar amedrentados á los habitantes de la coronada villa, el vizconde, con la cabeza inclinada sobre el pecho, la mirada torva y sombria y dominado por la ira mas reconcentrada, entró en la hostería de maese Mancioni, y sin contestar al humilde saludo que este le dirigió, atravesó el zaguan y entró en el aposento donde acostumbraba á tener sus entrevistas con el bachiller.

Ya lo esperaba este media hora hacia, apurando la quincuagésima primera botella de las que hemos mencionado, sin que su musa predilecta hubiese querido favorecerlo inspirándole una idea para servir al que tan generosamente le pagaba.

—¿No ha venido ese hombre?—dijo el mancebo al entrar y mientras que dejaba caer sobre una silla su mojada capa y su gorra de terciopelo sobre la mesa.

—No son las nueve todavia, señor—contestó el bachiller, examinando el rostro contraido del vizconde.—No faltará....

—¿Y aprovechais el tiempo emborrachándoos?

—Tenia sed y....

—¡Vive el cielo!—interrumpió el doncel, descargando una puñada sobre la mesa.—¡Bien holgais y os divertís con mis escudos mientras que yo me desespero!

—Primeramente, señor—repuso Lagartija—habeis de considerar que yo no estoy enamorado, y luego....

—Basta, que tanto hablar á nada conduce. Lo que hay que hacer es terminar el negocio bien ó mal ó dejarlo de una vez.

—Soy de vuestra opinion, señor vizconde, pero la ocasion no viene cuando se desea, sino cuando le da la gana, y lo que hay que hacer es no dejarla pasar y tener acierto para aprovecharla.

—Pero hace muy cerca de un mes que vinimos de Portu-

gal, y esa ocasion no llega, y todo se vuelven consultas, idas y venidas.... ¡Vive el cielo!.... Ya me canso, estoy aburrido, desesperado, y no quiero seguir adelante con este enredo que acabará por volverme loco.

—Quede en tal estado si así os place.

—Si nada ha de conseguirse, ganaré mucho con no calentarme la cabeza ni gastar el dinero.

—Bien, señor, bien—repuso con calma Lagartija.

—Esta noche ha de quedar todo concluido: ó ese canalla de sacristan ha pensado algo que merezca la pena de tomarse en consideracion, ó abandono el campo aunque me muera de rábia y tenga que desahogar mi enojo ahogándoos á los dos.

—No ha podido hacerlo todavia el verdugo: y eso que hay muchos corchetes y escribanos que de ello tienen mucha gana.

—¡Señor Lagartija!....

—Señor vizconde, no es apretarme el pescuezo lo que ha de abriros las puertas de las Trinitarias. ¿Os pesa el dinero que me habeis dado? Pues si algun dia llegamos á entrar en el convento y me cojen con las manos en la masa, veremos si vuestros escudos pueden servirme para que no me pongan una coroza y un sambenito y me azoten y me tuesten como á un judío.

—En ese caso no seria mi riesgo menor.

—Os equivocais porque vos me diríais, entrad, sacadla y traédmela.

—Poco se perderia con que os quemasen.

—Creo—replicó el bachiller en uno de sus atrevidos y desvergonzados desahogos,—que á vos no os echarian de menos en la villa.

—¡Canalla!—exclamó el vizconde, cerrando los puños con ademan amenazador.

Quizás la disputa no hubiese parado en bien, pero la puerta se abrió en aquel instante y el sacristan entró diciendo:

—Pax vobis.

—Me alegro—le dijo Lagartija.—Llegas en buen momento.

—Siempre me ha sucedido lo mismo, escepto el desdichado dia en que limpiando el polvo....

—No estamos para bromas, seor tunante—interrumpió el mancebo.

—Os equivocais, señor vizconde; debemos alegrarnos.

—¿Tracis alguna buena noticia?

—Lo que es noticia, ninguna, pero.... es decir, tambien he de dar noticias....

—Acabad—interrumpió afanosamente el vizconde.

—Dejadme que comience.

—No eras antes tan hablador.

—Desde que aprendí latin se me soltó la lengua....

—Sepamos, don bergante—replicó el mancebo con tono de mal humor.

—He formado un plan....

—¡Un plan!....

—Segurísimo.

—¿Para entrar en el convento?

—Para salir ya sé que no hay mas que limpiar el polvo....

—¡Voto al infierno!—exclamó con impaciencia el doncel.

Y descargó tal puñada sobre la mesa, que el velon perdió su centro de gravedad y hubiese caido á no sejetarlo el sacristan hablador, que dijo con tono grave:

—Fiat lux, es decir, hizo fiasco la luz....

—¿Acabareis?

—Será difícil si seguís interrumpiéndome.

—Proseguid.

—Tengo un medio para que podamos entrar en el convento. Es muy peligroso, mucho, pero siendo el negocio de tal importancia como es, y pagando vos generosamente, puede arriesgarse todo.

—¿Pero decís que es seguro el éxito?

—En cuanto puede serlo en un asunto de esta clase.

—Veamos lo que se os ha ocurrido.

—Escuchadme.

—Comenzad.

—Debajo de la reja del coro, es decir, en el sitio mas oscuro de la iglesia de las Trinitarias, hay un banco.

—No lo sé—dijo Lagartija.

—Yo sí porque le he quitado el polvo muchas veces, aunque de peor gana que á la corona y al cepillo....

—Proseguid.

—Este banco no es un banco cualquiera, aunque es como otros muchos, porque al hacerlo fué sin duda con la intencion de que sirviese de arca para guardar velas ú otra cosa, y de banco para sentanse. No tiene patas, sino que esta formado como un cajon, y la tapa es el asiento sujeto con goznes á la parte de atrás. Tuvo llave en otro tiempo, pero desde que no sirve, nadie se acuerda de la cerradura, pero yo sí porque muchas veces me ha servido para ocultar en él aceite ó cera que á las manos se me venia.

—Bien—dijo el vizconde que estaba ya mas tranquilo—esplicad ahora de qué puede servir ese cofre ó banco.

—Despues de las misas que se dicen diariamente, sigue abierta la iglesia hasta las diez ó las once de la mañana, porque hay muchos devotos que van á rezar á una santa Rita que está en un altar, y dejan limosnas, ya en dinero en el cepillo, ya en cera; pero sucede algunos dias que se pasa media hora sin que entre un alma, estando sola la iglesia, pues el sacristan duerme en la sacristía y las madres han dejado el coro.

—Voy adivinando vuestro plan.

—Me alegro porque eso prueba que no está mal pensado.

—Proseguid.

—En uno de esos momentos en que no hay nadie en la iglesia, se levanta el asiento del banco y se mete uno en el cajon.

—Bien.

—Allí se pasa el dia y se come si se lleva qué, y por la noche, á la hora conveniente, se sale, y por la puerta que comunica con el coro bajo....

—¿Pero esa puerta?....

—Se abre con una llave maestra que se lleva al efecto, y con mayor facilidad cuando se conoce la cerradura como yo la conozco.

—¡Magnífico, señor sacristan!

—Qué fuí.

—Adelante.

—Atravesar el coro, subir, entrar en la celda de esa dama sin hacer ruido y taparle la boca antes que despierte, es cosa de poco tiempo.

—¿Y si no estuviese dormida?

—Se le tapa la boca antes de darle tiempo para gritar.

—¿Pero y si gritase?

—Ya he dicho que habia que correr muchos riesgos, y ese es uno.

—Ciertamente.

—¿Qué os parece el plan?

—Buenísimo—contestó el vizconde—pero se me ocurre una cosa,

—¿Cuál?

—¿Cómo saldreis del convento?

—Volviendo á la iglesia, abiendo uno de los dos postigos de la puerta principal, lo cual puede hacerse sin mas que descorrer un cerrojo, y luego, adios y no me acuerdo si te ví.

—¿Y si el cerrojo hace ruido y lo siente el sacristan?

—Otro peligro de los que hay que atravesar; pero entonces ya hay campo libre donde correr, y mientras acuden á perseguirnos se puede trasponer la calle; sin contar con que en un caso de apuro se le rompe la sotana al sacristan, de manera que tengan que zurcirle la barriga además del paño, y un pasgon hecho así suele cerrar el pico.

—¡Vive Dios!—exclamó entusiasmado el vizconde.—He de haceros ricos.

—O ser la causa de nuestra perdicion.

—Ahora dudo si valeis mas que Lagartija.

—No tanto, señor, porque él es bachiller, y yo, aunque he aprendido algunas palabras en latin, no he llegado á su altura.

—¿Te burlas?

—Ya sabes que nos conocemos.

—Sea como quiera, os repito que he de haceros poderosos.

—Santa y buena es vuestra intencion, señor vizconde, pero no quita lo cortés á lo valiente, y por lo que pueda ocurrir, bueno será que ajustemos antes el negocio como gente de razon.

—¿Pensais?....

—Pienso—repuso el ex-sacristan—que mejor se vé donde hay claridad.

—Soy de tu opinion—dijo Lagartija.

—¿Cuánto quereis?

—Ya se supone que los dos vamos á entrar en el convento, porque uno solo no podria salir adelante con la empresa.

—Desde luego.

—Pues bien, nos dareis para los dos cien escudos de oro.

—Mas vale el vino que se ha bebido este tunante desde que lo conozco—dijo el mancebo, señalando á Lagartija.—Os daré doscientos.

—No hay mas que hablar.

—Estamos convenidos.

—¿Qué garantía quereis?

—La tenemos en la punta de nuestros puñales.

El vizconde no contestó porque absorto en sus pensamientos, soñando con sus esperanzas, no oyó las últimas palabras del sacristan que demostraba ser aun mas atrevido y mas desvergonzado que Lagartija.

—Vaya—dijo este—que nos dé maese panzudo una botella por si es la última vez que brindamos.

—Esperad—interrumpió el mancebo;—otra dificultad se me ocurre.

—¿Cuál?

—Sin duda, la alegria de haber encontrado el ingenioso medio del banco, no os ha dejado pensar en lo mas importante.

—Bien puede ser.

—Habeis perdido la sacristía por....

—Demasiado limpio.

—Enhorabuena, pero la justicia os persigue.

—Y ha de costarle trabajo echarme el guante.

—Si os presentais en la iglesia en medio del dia....

—Descuidad, no seré yo sino un viejo mendigo, cojo y manco.

—Buena idea.

—No me apuro mientras haya barbas postizas.

—Ya veo que no os perdereis.

—Seguro estoy de que no me conocerá ni el buen padre á quien dí la coz, y casi estoy por decir que me dará limosna.

—Nada tengo ya que advertiros.

—Id descuidado.

—¿Cuándo nos veremos?

—Mañana para tratar de los pormenores y convenir en la parte que á vos os toca.

—Bebed á mi salud—dijo el vizconde, echando sobre la mesa una moneda de plata.

—Gracias, señor.

Salió el mancebo y los asesinos quedaron celebrando el negocio con una botella de manzanilla.

CAPITULO XXI.

Un grito de alegria y otro de dolor.

las diez de la mañana del siguiente dia, el sol no habia podido disipar las espesas nubes que aun cubrian el cielo y que amenazaban descargar otro aguacero como el anterior. Las calles estaban llenas de pantanosos charcos y de espeso lodo, y no podia transitarse por ellas sin que se hundiesen los pies hasta el tobillo por lo menos. Solamente los que tenian que acudir á su trabajo y los que tenian que despachar negocios urgentes, se atrevian á dejar sus casas, pues hasta las viejas mas devotas, y las beatas de oficio habian dejado de ir á misa. El número, pues, de personas que cruzaban las calles,

era escaso, hombres en su mayor parte, y algunas mujeres del pueblo.

Indudablemente, ningun dia como aquel hubiera sido tan á propósito para poner en ejecucion el proyecto de rapto de la berberisca, pues cuanto menos gente acudiese á la iglesia, con mas facilidad se presentaria la ocasion de esconderse en el banco.

Así lo comprendieron el bachiller y el sacristan, y con deseos de aprovecharse de la proteccion que el nublado les dispensaba y de ganar cuanto antes los prometidos doscientos escudos, se encaminaron al convento de las Trinitarias, provistos de una magra de jamon, un pan y una botella de vino que llevaban bien ocultos y que debian servirles para satisfacer el hambre y la sed durante el dia en su escondite.

A Lagartija lo hubiese conocido cualquiera; pero no así al sacristan que se habia transformado hábilmente.

Iba el rapavelas miserablemente vestido; habíase puesto en un ojo un parche de tafetan negro sujeto con una venda del mismo color, y envuelta la cabeza en un pañuelo que le cubria parte de la frente y sujetaba atrás con un nudo. Su rostro estaba medio tapado por una barba gris, súcia y despeinada, y la parte que esta dejaba al descubierto, tenia una palidez amarillenta como la de un enfermo que sufre una larga y continuada fiebre, pero que era en realidad producida por el humo de azufre quemado. De esta manera, con la falta aparente de la mitad del brazo izquierdo y con la torcedura del pie derecho que no le dejaba andar sino con mucho trabajo, nadie lo hubiera reconocido, ni él mismo, como le sucedió al mirarse á un espejo despues que se hubo disfrazado, pues se preguntó sorprendido: «¿Dónde estoy?»

Cuando llegaron á la calle del Humilladero, el bachiller apretó el paso, y dejando atrás á su camarada, se puso en pocos momentos en la iglesia donde entró con muestras de gran devocion. Solo una vieja y dos menestrales habia cerca

del altar mayor, lo cual era buen principio y auguraba mejor fin, pues, segun presumió Lagartija, pronto quedaria la iglesia sola.

Debajo de la reja del coro estaba efectivamente el banco que debia prestar un importante servicio al vizconde, y apoyando una mano en el asiento, arrodillóse delante de él Lagartija y comenzó á darse golpes de pecho y á mover los labios como si rezase.

Un cuarto de hora despues, con inseguros y tardíos pasos, encorvada la espalda y la cabeza inclinada sobre el pecho, entró el transformado sacristan, tomó agua bendita, santiguóse y fué á colocarse junto á un estremo del banco. Se arrodilló, besó el suelo por tres veces, sacó un rosario que llevaba bajo su coleto en compañía de un puñal de estrecha hoja y afilada punta, y comenzó á pasar lentamente las cuentas, murmurando ferviente rezo y aun dejando alguna vez entender tal cual palabra como las de *Pater noster* y *amen*.

Pasados pocos momentos se fué la beata despues de haber echado una moneda en el cepillo del altar de santa Rita, y antes de diez minutos, los menestrales, uno despues de otro, abandonaron tambien el templo.

El sacristan que habia sustituido al que conocemos, salió de allí á corto rato, echó una ojeada por la iglesia y se volvió á la sacristía.

—Esta es la ocasion—dijo para sí el rapavelas cesante.—Aprovechemos estos momentos.

Luego tosió para llamar la atencion de Lagartija, y cuando este lo miró con disimulo, levantó un poco el asiento del banco.

El bachiller comprendió que habia llegado el momento de obrar, y acabando de abrir el arca, se deslizó dentro con la mayor ligereza y tras él su camarada.

No pudo ejecutarse la maniobra con mayor fortuna ni mas habilidad, ni tampoco mas á tiempo, pues apenas se habian

ocultado, el cura salió de la sacristía, y despues de orar algunos instantes, se fué del templo.

Un cuarto de hora despues estaba este cerrado, y cuando los asesinos esperaban que todo quedase en silencio, oyeron con estrañeza que entraban y salian las monjas y el sacristan y que hablaban mucho y se daban repetidas órdenes. No se atrevieron los encajonados á sacar la cabeza para averiguar la causa de aquel movimiento, pero nosotros que nada tenemos que temer podemos observar para decir á nuestros lectores lo que sucedia.

Algunas monjas se ocupaban en adornar los altares con flores y paños bordados, mientras que la abadesa iba dando al sacristan órdenes y este cubriendo algunos trozos de la pared con tapices flamencos y colgaduras de damasco carmesí galoneado de oro. Luego se colgaron algunas arañas de cristal, se aumentó el número de candeleros con velas adornadas con papeles de colores picados y rizados, se pusieron algunos sillones junto al altar mayor y en el suelo algunos almohadones de seda encarnada con borlas de oro, y en fin, se adornó la iglesia como si el siguiente dia fuese el de una solemne festividad.

¿Cuál era la causa de aquellos preparativos? Fácilmente la hubiese adivinado el ex-sacristan á no prohibirle la prudencia asomar siquiera un ojo para ver lo que se hacia.

Zoraida iba á profesar aquella tarde....

¡Infeliz! ¿Qué seria de ella cuando llegase á saber que su amante vivia? ¿Qué, cuando no hubiese remedio en lo humano para levantar los sagrados votos que la separaban del mundo y de su amante?

La segunda carta del poeta, que debia dar al traste con la criminal invencion del vizconde, no habia llegado aun porque como saben nuestros lectores, era portador de ella un veterano estropeado que caminaba á pié y sin una blanca. Pero tarde ó temprano, la carta llegaria, y si no aquella porque lo

estorbase cualquier accidente, otra, pues Cervantes no dejaria de aprovechar todas las ocasiones de escribir á su desconsolada madre. Y cuando así sucediera y la berberisca supiese que su amante vivia, que podia haber visto realizados sus deseos de unirse á él como legítima esposa, pero que entre los dos se abria el abismo insondable de sus votos, entonces la desesperacion deberia concluir con su vida en un momento, ó envenenar su existencia, haciéndola mas penosa que la muerte.

La situacion de Zoraida era en estremo triste el dia de su profesion, pero debia ser horrible, espantosamente horrible el dia en que se descubriese la falsedad de la muerte del poeta.

Doña Leonor debia ser la madrina de Zoraida porque esta se lo habia rogado así con insistencia, y á la hora del medio dia se preparaba la viuda para ir al convento, debiendo quedarse en casa Andrea para cuidar de su tierna hermanita Magdalena.

—Vais, madre mia — dijo Andrea á doña Leonor cuando esta se encontraba ya vestida—vais á cumplir un deber muy triste por la causa que lo motiva, y temo que al renovarse vuestros dolorosos recuerdos se altere vuestra salud: procurad dominaros porque habreis de sufrir mucho al ver el sacrificio de esa infeliz mujer cuya vida ha sido una série de contínuas desgracias.

—Nada temas por mí—contestó doña Leonor.—¿Qué mas puedo sufrir que lo que he sufrido? ¿Cómo han de renovarse mis dolores si no se han cerrado las llagas de mi corazon?

—Bien hubiera yo querido escusaros lo que vais á padecer, siendo la madrina en vuestro lugar, pero os lo ha rogado, va á separarse para siempre del mundo y no hubiera sido humanitario negarle el último favor que pide al enterrarse en vida.

—Tengo que hacer este sacrificio.... ¡Pluguiese á Dios que fuese el último!

Doña Leonor besó á sus hijas, y con los ojos preñados de

lágrimas salió de su pobre vivienda y se encaminó al convento con vacilantes pasos.

Pocos momentos despues Magdalena se durmió en el suelo, con la cabeza sobre su paciente gato, y Andrea se estremeció al encontrarse sola y en medio del silencio sepulcral que reinaba en toda la casa.

Cuantas tristes ideas acudieron á su mente escusamos decirlo; baste saber que muchas veces el llanto bañó sus pálidas megillas y de su ahogado pecho se escaparon tristes y dolosos suspiros.

Magdalena seguia durmiendo con todo el descuido de su inocencia, con toda la tranquilidad de su ignorancia, y su viviente almohadon tambien dormia sin hacer el menor movimiento.

Pasaron dos horas que fueron como dos siglos para Andrea.

—Tal vez—dijo—camine en este momento hácia el altar.

No se equivocaba.

Muy pronto la negra y reluciente cabellera de la berberisca debia crujir entre las afiladas hojas de las tijeras como para que desapareciese hasta el último recuerdo de lo que en el mundo pudo haber sido motivo de vanidad. Ya habrian desaparecido bajo el tosco sayal las esbeltas formas que en otro tiempo no conocian rival en sus puros contornos; y sus ojos centellantes, de mirada altiva, de amorosa espresion, se bajarian humildemente para mirar la tierra ó verter una lágrima; y sus labios rojos, hechiceros, provocativos, perenne manantial de encantadoras sonrisas, murmuradores incansables de dulcísimos, lánguidos y amorosos arrullos, habrian perdido su color y se abririan trabajosamente para dar salida á las severas palabras de santo rezo ó del triste *pulvis est* que nos recuerda la realidad y nos presenta convertido en asquerosos gusanos el pobre oropel de nuestras vanidades.

Cuando mas absorta estaba Andrea en sus tristes pensamientos, cuando fija toda su atencion en una sola idea se en-

contraba en ese estado en que se hace abstraccion completa de cuanto pasa en el mundo esterior, llamaron á la puerta con dos golpes, y como si despertase asustada, se estremeció y no pudo reprimir un grito de espanto. Pero aquella primera impresion pasó rápidamente, y repuesta en seguida, levantóse y fué á ver quien habia llamado.

—¿Quién es?—preguntó mirando por la rejilla y viendo á un hombre.

—¿Vive aquí doña Leonor de Cortinas?—dijo el que estaba á la parte de afuera.

—Aquí vive: ¿qué se os ofrece?

—¿Sois vos?

—Nó.

—Deseo verla.

—Ha salido de casa.

—Lo siento porque me gusta cumplir los encargos de mis amigos tal y como me los hacen; pero volveré despues ó mañana, segun me digais vos que es mas oportuno para verla.

—Dentro de dos horas habrá vuelto, pero tal vez no podais hablarle hasta mañana.

—Bien, señora, mañana me tendreis aquí sin falta alguna, pero entretanto no quiero privarla de un placer y os dejaré un encargo.

—Como gusteis.

El hombre sacó un papel bastante sucio y arrugado, lo introdujo por el ventanillo y repuso:

—Hacedme la merced de darle esa carta que le traigo de Portugal....

—¡De mi hermano!—exclamó Andrea, apoderándose del papel como un avaro de su tesoro cuando intentan robárselo.

—¿Sois la hija de Doña Leonor?....

—Sí.... entrad.

Andrea abrió la puerta y pasó adelante el hombre que era el veterano portador de la carta del poeta.

Creyó la viuda que la carta seria de Rodrigo, pero al ver la firma de Miguel, sus megillas se llenaron de lágrimas y besó repetidas veces el nombre de su querido hermano.

—¡Infeliz!—exclamó.

Y luego leyó el escrito detenidamente.

—¡No puedo abrazarlo!—repuso.—¡No lo veré mas!....

—¿Por qué?—replicó alegremente el rudo soldado.—¡Vive Dios!.... ¿Perdeis la esperanza de verlo ahora que pasó el peligro y que volverá muy pronto porque nada hay que hacer allí?

—Buen hombre, ignorais la desgracia de mi pobre hermano.... ha muerto....

—¡Que ha muerto!—exclamó sorprendido el veterano.—¿Cómo, si nunca ha gozado mejor salud?....

—Las balas no respetan la salud.

—Señora, creo que no os he comprendido, y no es estraño porque soy bastante torpe. Mirad que quiero á vuestro hermano como á las niñas de mis ojos.... ¿Qué balas si ha quedado aquello como una balsa de aceite? La última batalla se dió muchos dias antes de salir yo de Portugal, y despues, segun todo el mundo sabe, no ha habido mas que fiestas por la coronacion del rey.

—Ahora me toca á mí no comprenderos.

—Debeis saberlo lo mismo que yo porque segun me dijeron los dos habian escrito á vuestra señora madre antes de que yo saliese de Aveiro!

—Ciertamente.

—Y os daban la noticia de la conclusion de la guerra....

—Aquí dice tambien que habia escrito dos dias antes, pero no hemos recibido la carta.

—Esto es para volverse loco.

—¿Es estraño que se haya perdido?

—¿No decís que el señor Rodrigo os ha escrito noticiándoos la muerte que no creo del señor Miguel?

—Sí—contestó Andrea, algo pensativa.

—Esa carta debe ser posterior á esta puesto que yo lo dejé vivo.

Andrea miró entonces la fecha de la carta, palideció, volvió á mirar y luego dijo:

—¡Dios mio!.... Está escrita despues del dia en que Rodrigo dice que murió.... ¿Qué significa esto?.... Esplicaos, buen hombre....

—¡Que me esplique!.... Al contrario, no entiendo una palabra de este enredo. Asegurais que vuestro hermano ha muerto en una batalla, y desde que salí de Portugal no se ha disparado un mosquete.

—No comprendo.... ¡Ah!.... Esta duda es horrible....

—¡Vive Dios! señora, que en este asunto debe haber trampa.

Andrea fijó una mirada penetrante y escudriñadora en el veterano, porque como éste, creyó que alguna intriga era el orígen de la contradiccion que resultaba entre ambos escritos. Bien hubiera podido suceder que se hubiesen perdido las dos cartas primeras, y que despues de escritas hubiese muerto Miguel; pero la en que daba Rodrigo noticia del fatal suceso era anterior á la que llevaba el veterano, y éste habia visto vivo al poeta. De todo esto dedujo Andrea despues de meditar largo rato lo que era muy natural deducir, que una de las dos cartas era falsa. ¿Pero con qué fin habia nadie de suponer la muerte de Cervantes, estando vivo, ni que existia, si habia muerto?

Era preciso aclarar aquella duda, y aclararla al instante, no solamente por lo que interesaba á la madre y á la hermana del poeta, sino por Zoraida que quizás en aquellos momentos pronunciaba los votos religiosos, lo cual debia evitarse si efectivamente no habia muerto Miguel.

—«Hace dos dias que os escribí»—volvió á decir Andrea, leyendo.—Dos dias.... esta carta es del 15, luego....

Sin detenerse abrió el cajon de una mesa, sacó la carta falsificada, miró la fecha y repuso:

—Del dia 15.... el mismo en que Miguel dice que escribió.... ¡Dios mio!....

Y examinó detenidamente la letra, y ya fuese porque su sospecha le hizo ver lo que no habia, ya porque no estuviese imitada con tal perfeccion que dejase de conocerse la falsedad, parecióle que era dudosa su autenticidad al reparar en ciertos rasgos.

—¿Qué sacais en limpio?—le preguntó el soldado con estremada curiosidad.—Decidmelo porque estoy en áscuas y....

—¿Jurais haber visto vivo á mi hermano Miguel el dia quince del mes pasado?

El veterano hizo la señal de la cruz y estampó en ella un sonoro beso.

—Lo juro—dijo—por esta cruz que ha de salvarme.

Con tal acento de verdad y de fé pronunció estas palabras que Andrea dejó escapar un grito de júbilo.

—¿Quién os ha traido ese maldito papel?—repuso el soldado.—Porque el señor Miguel me dijo que su carta y la del señor Rodrigo las habian entregado á un mancebo á quien no conocian, pero que tenia los aires de un gran señor.

—¿Jóven?

—Muy jóven....

—¿Os dió algunas mas señas, su nombre?....

—No me dijo mas sino que un caballero de la órden de Calatrava á quien conocieron por casualidad....

—¡De la órden de Calatrava!....

—Sí.

—Es el mismo....

—Pues os ha engañado....

—¿Con qué fin?

—El mundo está perdido, y quién sabe lo que pueden proponerse haciendo creer que vuestro hermano ha muerto....

La agitacion de Andrea era cada vez mas visible. Sufria mucho, no se atrevia á creer que vivia su hermano, porque el desengaño hubiera sido un terrible golpe. ¿Pero cómo renunciar á tan lisonjera idea? Ademas, aquel hombre en cuyo rostro se veia pintada la verdad y la franqueza, habia jurado que Miguel vivia.

—¡Dios mio, esta duda me mata!—exclamó la infeliz Andrea con voz ahogada.—¿Qué haré? ¿Debo evitar que profese esa desdichada? ¿Y si luego?.... ¡Inspiradme, Dios mio!

—Si yo supiese leer—replicó el soldado,—os juro que habia de encontrar en esa carta algo que me probase su falsedad.

—Yo os la leeré.

—Sí, hacedme ese favor.

Andrea comenzó la lectura de la fingida carta de Rodrigo, que como ya sabemos, decia:

»Madre mia, os escribo con el corazon transido de dolor: ayer tuvimos un encuentro con las tropas del Prior....»

—¡Basta!—gritó el soldado, interrumpiendo á la viuda.—¡Por el infierno!.... Eso es mentira.

—¿Podreis probarlo?—preguntó afanosamente Andrea.

—¿En qué dia se escribió esa carta?

—El trece....

—¡Vive Dios!.... ¡Decis que si puedo probarlo!.... Carta canta, señora.

—¡Oh!.... esplicaos, esplicaos....

El veterano sacó de un bolsillo interior de su coleto un papel cuidadosamente doblado, y dijo:

—Tomad, señora. En este documento, que es mi licencia para retirarme del servicio de las armas, se dice que perdí este brazo en la última batalla que se dió el dia dos del pasado mes. ¿Dudareis ahora?

Andrea cogió el certificado y la leyó con avidez.

—¡Vive!—exclamó la infeliz cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

Y luego tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillon porque sintió que le faltaban las fuerzas.

—¿Estais convencida?

—Sí, sí.

—Alguien tiene interés en que muera ó aparezca muerto vuestro hermano.

En la mente de la viuda surgió repentinamente una idea que no se le habia ocurrido.

—¿Será—murmuró—una intriga de ese mancebo que persigue á la berberisca para ver si por este medio se hace amar de ella? Es, segun dicen, como el portador de la carta, jóven, hermoso.... ¡Ah!.... Y la cruz de Calatrava.... ¡Es él!.... ¡Vive mi hermano!

Andrea corrió como una loca por el aposento, y despues de avanzar y retroceder como si no acertase á salir, se detuvo un instante, y luego entró en la habitacion inmediata, volviendo á poco mal cobijada con un largo manto.

—Es preciso salvarla—dijo.

Pero mirando á Magdalena, de quien se habia olvidado y que seguia durmiendo, repuso:

—No puedo dejarla sola....

—¿Os puedo servir de algo?—preguntó el veterano.

—¡Oh! sí.... Quedaos aquí hasta que yo vuelva y cuidad de esa criatura.... Perdonad.... voy á impedir que suceda una horrible desgracia.... ¡Dios mio, no permitais que la infeliz pronuncie un juramento de que ha de arrepentirse!

Andrea aceptó los ofrecimientos del veterano, y sin reparar en que llamaba la atencion de los transeuntes, corrió como si la persiguiesen, dejó atrás la empinada costanilla, la cenagosa plazuela de puerta de Moros y entró en la calle del Humilladero.

Cuando llegó á las Trinitarias apenas podia respirar y se vió obligada á detenerse para tomar aliento. Escuchó por un instante, pero ni los ecos armoniosos del órgano ni otro ru-

mor llegó á sus oidos. O la ceremonia no habia comenzado, ó habia concluido y ya no era tiempo de salvar á la berberisca.

—¡No debo perder un instante!—exclamó.

Luego llamó, dijo su nombre, le abrieron y preguntó á la monja que salió á recibirla:

—¿Dónde está doña María?

—En la celda de la superiora—le contestó la religiosa—pero....

Andrea no escuchó mas y se precipitó á través de un pasillo, subió una escalera, atravesó un corredor y entró en la celda de la abadesa.

Esta se encontraba allí con Zoraida y doña Leonor, y Andrea creyó que se preparaban para la ceremonia.

—¡Vive!—exclamó al entrar.—¡Vive mi hermano!.... ¡Nos engañó el seductor infame!....

—¡Andrea!—dijeron á la vez doña Leonor y la berberisca que miraron con espanto á la recien llegada.

—¡Vive!.... No estoy loca.... sí, estoy loca, pero es de alegria.... Ya no sereis monja....

Los ojos de la berberisca se dilataron, su rostro palideció, y mientras doña Leonor se apoderaba de la carta de Miguel, que Andrea llevaba en la mano, murmuró:

—Decís que.... Miguel....

—No ha muerto y pronto lo vereis.

Zoraida abrió la boca, pero no pudo pronunciar una palabra; dilatáronse mas sus negras pupilas y se iluminaron con estraño fuego mientras que, estendiendo pausadamente el brazo derecho, señaló hácia el reclinatorio de la abadesa.

Andrea fijó allí su mirada y dejó escapar un grito á la vez que la berberisca una carcajada estridente, nerviosa, tras la cual cayó al suelo sin sentido.

Sobre el reclinatorio estaba la negra cabellera de la infeliz que acababa de profesar.

Reinó un silencio pavoroso.

La agitada respiracion de aquellas cuatro mujeres se percibió clara y distintamente como el estertor de un moribundo. Ninguna se atrevió á moverse como si tuviese miedo de su sombra ó de sí misma.

La luz del sol empezaba á desaparecer.

En el umbral de la puerta, postrada de rodillas, con las manos cruzadas y elevando al cielo una mirada de profundo dolor, habia otra persona en la cual nadie habia reparado: era Zamareta por cuyas negras y relucientes megillas corrian gruesas lágrimas.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO.

PÁGINAS.

PRÓLOGO.—Lepanto I. V
IDEM. . . . II. XIX

PARTE PRIMERA.

EL CAUTIVERIO.

I.	Donde se verá lo que habia sido de Cervantes. .	47
II.	Donde pasaremos desde el negro calabozo del esclavo á la dorada prision de una mujer. . .	61
III.	Siguen los preparativos de fuga.	75
IV.	El ramillete.	80
V.	Cómo Cervantes no perdia el tiempo para conseguir su libertad.	90
VI.	Lo que sucedió en el aposento de Zoraida. . .	104
VII.	Nuevos apuros.	110
VIII.	Donde conocerá el lector á Dalí Mamí. . . .	121
IX.	Lo que aconteció aquella noche á los cautivos. .	128
X.	De la entrevista de los cautivos con Dalí Mamí. .	136
XI.	Lo que sucedió entre Zoraida y Jaguá. . . .	142
XII.	Loca de amor y loca de celos.	149
XIII.	Se prosiguen los sucesos del anterior.	159

		PÁGINAS.
XIV.	Cómo Cervantes daba los consuelos de que él necesitaba.	166
XV.	De Argel á España.	176
XVI.	De la primer visita que el señor Rodrigo de Cervantes hizo en la córte.	183
XVII.	De la vuelta á su casa del señor Rodrigo. . .	194
XVIII.	Del resultado que dió el sacrificio de Rodrigo de Cervantes.	200
XIX.	Cuál fué la desgracia sucedida y la que estuvo á punto de suceder.	210
XX.	De lo que trataron Miguel y Rodrigo. . . .	215
XXI.	Siete meses despues.	225
XXIII.	De cómo Cervantes fué á reunirse con sus compañeros.	234
XXIV.	De cómo llegó el deseado bajél.	241
XXV.	Del resultado que dió la nueva tentativa de desembarque.	254
XXVI.	Donde se da cuenta de lo que hizo el dorador. .	260
XXVII.	Abnegacion de Cervantes.	265
XXVIII.	Cómo Cervantes cumplió su propósito.	272
XXIX.	De la entrevista de Cervantes y Azan.	281
XXX.	Cómo se encontraba Zoraida.	298
XXXI.	Donde volveremos á ver al anciano señor Rodrigo de Cervantes. . . . , ...	304
XXXII.	Una herida de muerte en el alma.	314
XXXIII.	Lágrimas.	323
XXXIV.	Lo que sucedia en Argel.	330
XXXV.	El contrato.	336
XXXVI.	De cómo Cervantes pensaba bien al pensar que no debe cantarse victoria antes de haber vencido..	342
XXXVII.	Cervantes sigue dando pruebas de su abnegacion.	353
XXXVIII.	Ingenio contra fuerza	362
XXXIX.	En Madrid y en Argel.	368
XL.	Mal principio.	379
XLI.	De la entrevista de Fray Juan Gil con Cervantes. .	385
XLII.	Síguese tratando del rescate de Cervantes y de los proyectos de Zoraida.	393
XLIII.	El último esfuerzo.	399
XLIV.	Lo que sucedió despues del rescate.	410

PARTE SEGUNDA.

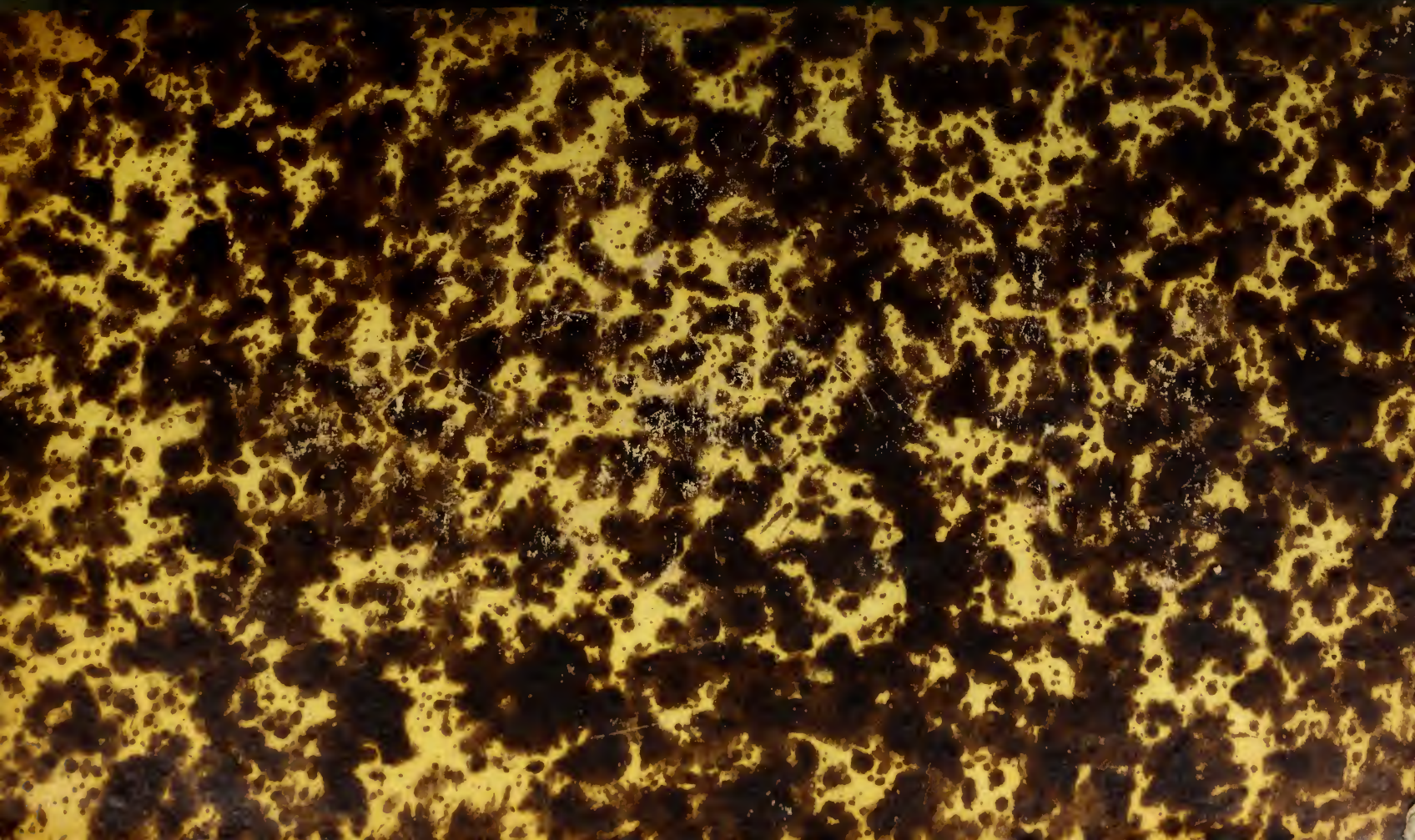
DESENGAÑOS.

		PÁGINAS.
I.	¡Hijo mio!.	415
II.	Donde se trata del contenido de los pliegos cerrados que él anciano Cervantes dejó para su esposa y para su hijo Miguel.	424
III.	De la resolucion que tomó Cervantes.	434
IV.	Donde volvemos á ver á Zoraida.	442
V.	De la conversacion que tuvieron el vizconde y maese.	456
VI.	Donde volvemos á Portugal.	464
VII.	Donde se verá que Miguel de Cervantes no habia perdido nada de su antiguo valor.	476
VIII.	De cómo Felipe II conquistó un reino, y Cervantes un corazon..	482
IX.	Ocho dias despues.	494
X.	Contraste.	501
XI.	Cuál era el proyecto del bachiller y cómo se practicó.	516
XII.	Del resultado que dió el plan del bachiller Lagartija.	524
XIII.	De cómo los unos huyen y los otros persiguen. .	534
XIV.	Nuevas intrigas.	544
XV.	Para lo que habian de servir las cartas de Miguel y de Rodrigo de Cervantes.	556
XVI.	La carta falsa empieza á producir sus efectos. .	565
XVII.	La carta sigue produciendo sus efectos. . . .	572
XVIII.	Cómo se encontraba Zoraida.	577
XIX.	De cómo todos iban perdiendo cada vez mas, escepto el bachiller.	585
XX.	De cómo el sacristan era mozo de tanta cuenta como Lagartija.	593
XXI.	Un grito de alegría y otro de dolor.	601

PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL TOMO I.

	PÁGINAS.
Portada.	1
Retrato de don Ramon Ortega y Frias.	3
Oprimió contra su ensangrentado pecho el estandarte. . . .	44
Tiemblo porque me amenazas dijo la negra cayendo de rodillas.	72
Que lo ahorquen ahora mismo, que lo ahorquen.	124
¿Los habeis visto?—Sí—contestó el alférez.	178
Tuyo es mi corazon, mi pensamiento es tuyo.	230
¡Solo yo soy el criminal!.	273
¿Quién eres? le preguntó al fin Azan.	281
¡Señor comendador!—exclamó levantando la cabeza con orgullo.	321
—Y si Dios dispone que sucumbamos en tan noble empresa al menos moriremos con gloria.	341
¡Dejadme paso ó matadme!.	407
Ni advirtió que un caballero jóven, ricamente vestido, iba tras ella.	454
Zoraida abrió repentinamente los ojos y dejó escapar un grito desgarrador de espanto.	528
Cayó sobre el pavimento, presa de una violenta convulsion. .	576

Author Ortega y Frías, Ramón
Title Cervantes. Vol.1.
303192
LS
O 773ce
DATE.
NAME OF BORROWER.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED